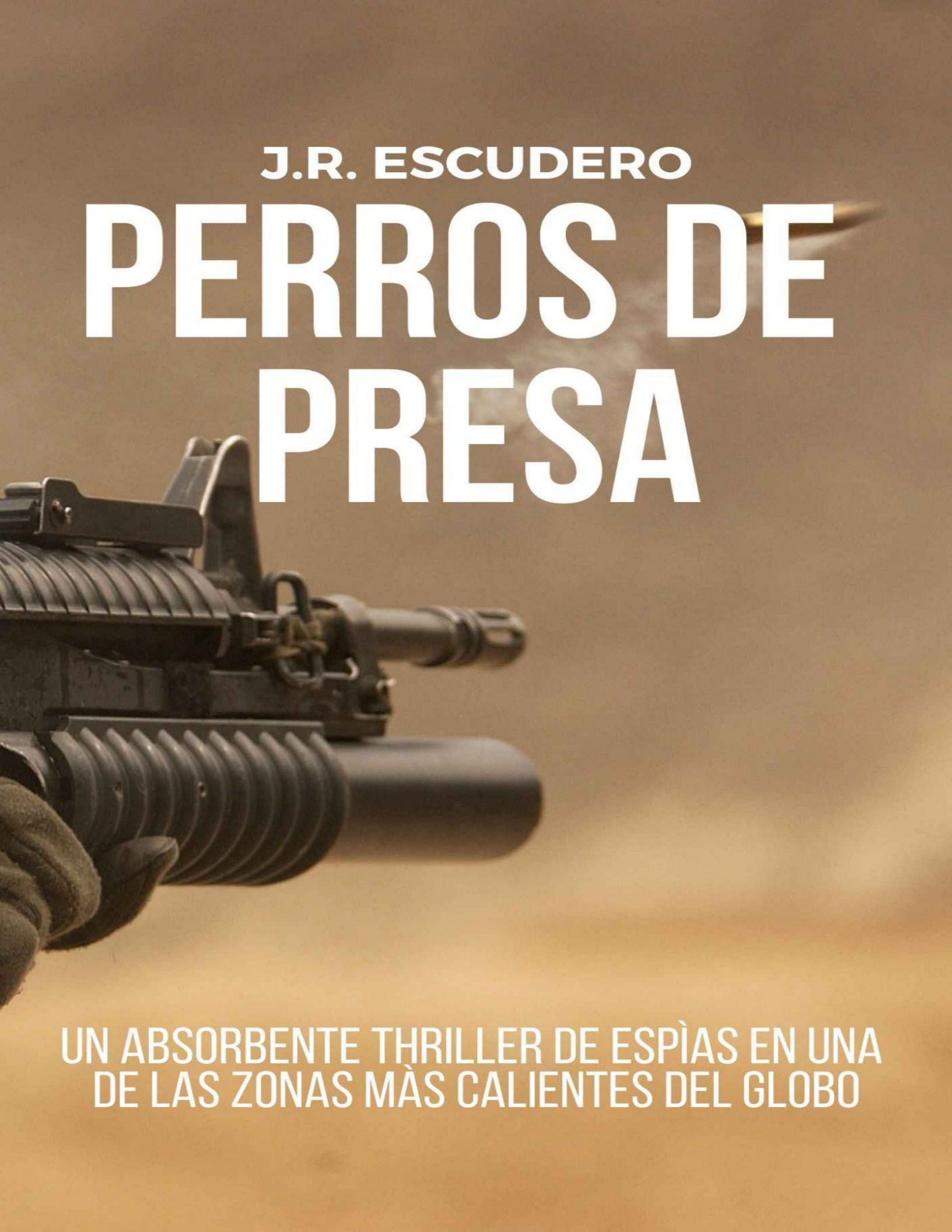


J.R. ESCUDERO

PERROS DE PRESA



UN ABSORBENTE THRILLER DE ESPÍAS EN UNA
DE LAS ZONAS MÁS CALIENTES DEL GLOBO

PERROS DE PRESA

J.R. ESCUDERO

Primera Edición. Julio 2019.

©Todos los derechos reservados.

SINOPSIS

Anthony Nolan, aventurero, contrabandista y buscavidas sin conciencia, es reclutado por el CNI como agente a sueldo. El secuestro de unos jóvenes europeos en el Sahel, perpetrado por el Estado Islámico, lleva a Nolan hasta Niamey, turbulenta encrucijada de espías, tráfico ilícito y conspiraciones, con el encargo de conseguir un acuerdo con su carismático líder. Acostumbrado al peligro y a las situaciones límite, Nolan deberá utilizar todo su ingenio y argucias para salir indemne y llevar la operación a buen puerto.

También deberá enfrentarse a los juegos de poder dentro del CNI, una realidad que se escribe a estocada limpia y en la que nada es lo que parece. Una realidad a la que él es ajeno, y a la que aplicará sus propios métodos.

Perros de Presa es una novela intensa y de acción vertiginosa, en la que están presentes los temas inherentes al autor: la crítica política, las desigualdades sociales, la hipocresía de la opinión pública, los excesos del poder y el horror de los dogmas. Y lo hace con pasión, ritmo trepidante y humor, herramienta necesaria para entender el mundo.

Aunque documentada con algunas situaciones reales, Perros de Presa es una novela cuya historia y personajes son en su mayor parte ficticios. También son imaginarias las acciones que en algún momento se atribuyen a personajes reales.

Contenido

PRIMERA PARTE

PERROS DE GUERRA

PREÁMBULO

2018. EL SAHEL, SUR DE MARRUECOS

2014. CIZRE, FRONTERA DEL KURDISTÁN

2018. MADRID, BARRIO DE SALAMANCA

2014. KURDISTÁN e IRAK

2018. MADRID, INSTALACIONES DEL CNI

2018. EL SAHEL, ALGÚN LUGAR EN LA FRONTERA ENTRE MALI Y NÍGER

2018. MADRID, INSTALACIONES DEL CNI

2014. BAGDAD (IRAK)

2018. MADRID, PUENTE DE VALLECAS

2018. EN ALGÚN LUGAR SOBRE EL SAHEL

SEGUNDA PARTE

PERROS DE PRESA

PREÁMBULO

DÍA 1

DÍA 2

DÍA 3

DÍA 4

TERCERA PARTE

PERROS FALDEROS

ABRIL DE 2018. MADRID

MAYO DE 2018. MÓNACO

EPÍLOGO

SOBRE EL AUTOR

PRIMERA PARTE
PERROS DE GUERRA

PREÁMBULO

2018. EL SAHEL, SUR DE MARRUECOS

Tres potentes todoterrenos Land Rover Defender quebraban la quietud de la noche subsahariana. Avanzaban muy rápido, conscientes sus ocupantes de que en esa parte del mundo ellos imponían su ley —la Sharia prevalecía sobre el resto de imperativos terrenales—, y, de que, a esas horas intempestivas, no habría nadie, ni animal, ni hombre, ni cosa, que estuviese vigilando unos caminos polvorientos perdidos de la mano de Dios, en el corazón del Sahel.

A la cabeza del convoy, al lado del conductor, viajaba un hombre de rostro noble y mirada límpida como el agua de un estanque cristalino. Sus ojos observaban la quietud más allá del camino, siguiendo la luz de la luna como un faro en la oscuridad de la noche.

A veces, en esos momentos de sosiego y paz espiritual, se le aparecía su hija de la mano de su esposa, con su sempiterna sonrisa y su mirada pícara, pidiéndole monedas para comprar un dulce en la tienda del viejo Faruk, en la plaza, justo antes de salir por la puerta de casa. Una mañana como otra cualquiera, ellas partieron camino del colegio, —como maestra y alumna, como madre e hija—, y nunca más las volvió a ver. No pudieron ni recoger sus restos, calcinados por un misil inteligente que confundió la escuela con una zona de adiestramiento militar. Un campamento donde él mismo acudía regularmente a ejercitarse en el manejo de fusiles y pistolas, junto con el resto de aldeanos, obligado por los hombres del Imán.

Él debería estar muerto y ellas vivas. No obstante, Alá —sus designios son

inescrutables— no opinaba lo mismo, lo había querido de otra manera. Lo puso a prueba de la forma más dolorosa que uno pudiese imaginar. A veces, hasta él mismo perdía la fe. Quizás Alá no fuese merecedor de semejante sacrificio, o quizás él no era merecedor del amor divino. Se hubiese conformado con disfrutar de la mortalidad de su amor por su esposa y por su hija, un amor perecedero pero incondicional.

Eran pensamientos que anidaban en lo más profundo de su mente, nunca los decía en voz alta, y que afloraban en las noches más oscuras. De cara al exterior, él tenía un único grito de guerra: el clamor de la venganza contra los infieles. La venganza era un bálsamo que apaciguaba sus demonios. Únicamente en el poder del odio y en la muerte encontraba consuelo.

Cuando cerraba los ojos y dormía, aparecían con sus rasgos deformados, con la piel cayéndose a tiras, envueltas en llamas, gritando y pidiendo ayuda. Por eso nunca dormía, a no ser que fuera con el consuelo de los somníferos que le suministraba su médico personal. Desde aquel día, se entregó a la yihad y a la búsqueda de una paz que nunca llegaba. Por más que matase, por más que mutilase, por más que se alimentase del dolor ajeno, su venganza nunca se consumaba —como una bestia que no se saciaba—. Porque, ellas no podían volver a besarle ni acariciarle el pelo, ni le podían esconderle las babuchas para que las buscara mientras reían a sus espaldas. Antes era un humilde artesano que trabajaba el cobre —como hizo su padre antes que él, y el padre de su padre— en un pueblecito cercano a Mosul, y ahora se había convertido en uno de los líderes más venerados y respetados del Estado Islámico, también en uno de los más crueles y despiadados.

Tenía carisma y había adquirido la fama necesaria para convertirse en una leyenda viviente. El pueblo hablaba de él con veneración, pronunciaba su nombre como si se tratase de un personaje sobrenatural, inmune a las balas y las bombas de los perros occidentales. Y, sus hazañas se magnificaban hasta convertirse en cuentos que se relataban en los poblados más remotos para que los niños soñasen con un futuro de esperanza.

El Estado Islámico estaba en declive, atravesaba momentos de oscuridad, sufría derrota tras derrota en todos los frentes y su territorio se reducía y fragmentaba cada vez más. Necesitaban héroes que levantasen la moral.

Sabía que sus hombres lo seguirían hasta la muerte y más allá. En su mayoría eran fanáticos religiosos adoctrinados desde la cuna, y también había algunos con el alma rota, como él mismo. Cuando hacía un llamamiento a la yihad, a los pocos días aparecían cientos de voluntarios procedentes de los

lugares más recónditos del globo dispuestos a convertirse en muyahidines por un ideal. Y, cuando los mártires eran necesarios para la causa, se presentaban ante él decenas de ellos dispuestos a recibir órdenes e inmolarsse, o a llevar a cabo cualquier tipo de atentado suicida que ordenase. Él mismo se hubiera prestado a morir matando infieles en Jerusalén, París, Madrid, Londres, o dónde hiciera falta, pero sentía que aún no había llegado su hora. Pronto, se decía.

En el poblado reinaba la tensa calma que precedía a la tempestad. A esas horas, todos dormían. Había sido un día duro, abriendo acequias, horadando la tierra para la siembra y construyendo un edificio que haría de escuela.

La joven se desperezó lentamente dentro de la choza de barro y adobe que ocupaba junto a su compañero y amante. Se encontraba desnuda y unas gotas de sudor perlaban su frente. Como todas las noches de la última semana, habían hecho el amor con fruición y su felicidad era plena. Se encontraba en África, donde siempre había soñado, ayudando a la gente que más lo necesitaba; y había encontrado el amor allí, en ese recóndito rincón de la Tierra, lleno de enfermedad, miseria y gente riendo y con ganas de vivir plenamente a pesar de las adversidades.

Su media naranja era Brian, un joven británico de piel traslúcida y mirada intensa. Nunca antes se habían visto, pero después de un par de semanas juntos era como si se conocieran de toda la vida. El destino los había unido allí precisamente, como ella anhelaba en sus sueños de niña. Era su príncipe azul. Hacían muchos planes, estudios, viajes, fiestas, una vida en común. Su padre no se tendría que preocupar por su dinero. Había sido una buena idea participar en ese voluntariado. En África, la vida podía ser maravillosa.

Se puso una de las camisas de Brian, se calzó unas chancletas, cogió una linterna y salió de la cabaña para hacer pis en el agujero que utilizaban a modo de fosa séptica, ubicado a una decena de pasos por detrás de las casas del poblado. Apagó la linterna. No hacía falta. La luz de la luna llena bañaba todo el paisaje como si estuviera fabricado de mercurio líquido. No había nada a decenas de kilómetros a la redonda, se encontraban en el límite meridional del Sahara, en el último pueblo del Sahel, un oasis de agua, palmeras y cultivos donde paraban las caravanas desde tiempos inmemoriales antes de adentrarse en el desierto.

Ante ella se extendía una tierra estéril y pedregosa y, más al fondo, se apreciaba el comienzo del inmenso mar de dunas que avanzaba cada día un

poco más y que, si nadie lo evitaba, en pocos años, quizás décadas, engulliría el pequeño paraíso en el que se encontraba. Miró hacia arriba, hacia la bóveda celeste, con miles de estrellas brillando, cada una con su propia historia, como la suya. Era su momento preferido del día, después del sexo esperaba a que los ruidos cotidianos se apagasen en el campamento y comenzasen los ronquidos y los jadeos apagados de la noche. Le habían dicho que no debía salir sola, que era peligroso, que había serpientes y escorpiones, pero ella no les tenía miedo. Sabía que estaban de su parte.

Oyó un ronroneo tenue, pero que se hacía cada vez más patente. Conforme pasaban los segundos estaba claro que se trataba de ruido de motor. Al poco aparecieron tres vehículos en la cumbre de la colina que escondía el poblado de los vientos secos del Sahara. Venían con prisa, derrapaban en cada curva que daban y levantaban una estela de polvo tras de sí. En unos pocos minutos estarían en el valle.

Corrió hacia la choza donde Brian dormía plácidamente y lo zarandéo varias veces. Como no despertaba, cogió la cantimplora y le vertió casi toda el agua encima de la cara.

—¡Despierta! —gritó en un susurro.

—¿Qué pasa? —preguntó desorientado.

—Viene alguien.

—A estas horas, ¿quién será?

—No lo sé, pero ya están aquí. Tenemos que avisar a los de seguridad.

—Espera, a ver qué pasa.

Oyeron como los vehículos derrapaban en el centro de la plaza. Se asomaron por la ventana sin encender luz alguna. Observaron como las sombras se convertían en siluetas. Bajaron unos diez hombres, con turbante y ropa militar, armados con pistolas y metralletas. Uno de ellos comenzó a gritar algo en un dialecto ininteligible para ellos, y disparó al aire en repetidas ocasiones.

Los disparos cesaron cuando uno de los visitantes se apeó y dijo algo al resto. Formaron un círculo a su alrededor y avanzaron unos metros asegurando el perímetro, medio agachados, apuntando a la nada, con sus armas pegadas al hombro.

El jefe del poblado, un anciano de tez oscura como la noche y ojos blancos como la luna, salió a su encuentro. Intercambiaron unas breves palabras y señaló varias chozas, entre ellas la suya.

Se apretó a Brian con todas sus fuerzas mientras veía como se acercaban

dos hombres con paso firme y decidido. Irrumpieron en la habitación echando la puerta abajo y los encañonaron con la punta del fusil. Brian estaba en cueros, abrazado a ella. Sintió como su cuerpo temblaba y miccionaba encima de su pierna. El que parecía el jefe entró en la cabaña y en un perfecto inglés les dijo que se vistieran.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de nosotros? —preguntó ella con los pocos arrestos que le quedaban.

—Son prisioneros del Estado Islámico —su inglés era rudo pero entendible—, a partir de ahora, harán lo que se les diga.

—¿Sabe con quién está hablando? —farfulló.

—Las preguntas las hacemos nosotros —replicó hosco.

—No sabe quién soy —replicó ella temblando de miedo.

Le dio una bofetada con el dorso de la mano que hizo que su labio sangrase profusamente. Brian se meó encima de nuevo.

La agarró por el cuello y alzó su cara haciendo que se apoyase de puntillas.

—Se equivoca, sé perfectamente quienes son cada uno de ustedes. Si colaboran saldrán con vida, si se oponen o causan algún problema los degüello, ¿entendido?

Ella asintió con la cabeza. Los soldados rieron por lo bajini al ver que Brian se había cagado.

Se vistieron delante de sus captores con unos monos naranjas que les proporcionaron. Los amordazaron y los maniataron de pies y manos, casi cortándoles la circulación. Dando saltitos y a punta de pistola, los llevaron junto a otros cooperantes hacia uno de los todoterrenos, donde los tumbaron en el suelo, al lado de los cadáveres degollados del personal de seguridad de la empresa que los había llevado hasta allí. El hedor que despedía su joven amante era nauseabundo, y sería el olor que los acompañaría en los siguientes días.

El jefe del poblado se acercó hacia el portón y les escupió a la cara con una mirada de odio que no dejaba lugar a dudas ni conjeturas sobre lo que había pasado. En unos minutos el sueño de cuento de hadas de Estrella Bouvilla se había transmutado en su peor pesadilla.

2014. CIZRE, FRONTERA DEL KURDISTÁN

El hombre enjuto, de piel oscura y cuarteada, los escrutaba con ojos de halcón. Se atusó levemente su prominente mostacho. Vestía uniforme de campaña, arrugado y lleno de polvo, salpicado en la manga con varias manchitas oscuras que bien podían ser restos de sangre de algún compañero o de algún enemigo.

Con una mueca despectiva sonrió y negó con la cabeza. Hizo un gesto con la mano y sus milicianos comenzaron a vaciar el local de la clientela habitual: comerciantes, traficantes, contrabandistas, pastores y montaraces —la mayoría aglutinaba un poco de cada cosa—. Todos barbudos, con aspecto rudo y expresión fiera. Olía a té, tabaco y a humanidad reconcentrada.

Algunos, los menos, rechistaron mientras los empujaban con la culata del fusil, mirando con cara esquinada a los dos occidentales, arrinconados entre las sombras en una mesa del fondo. Esos dos que llevaban semanas paseándose por la ciudad en un camión con el logo de la Media Luna Roja xerografiado en los laterales del remolque —aunque ninguno vestía atuendo de médico, ni de enfermero, ni de nada que se le pareciera—.

—¿Qué ocurre? —preguntó el más hablador de los dos fingiendo extrañeza—. Safir, ¿qué hacen sus hombres? —. De reojo, observó como Guancho, su amigo y socio en la empresa, echaba la mano a la sobaquera de forma instintiva, mientras masticaba tabaco cada vez más nervioso. Le dijo que no con la mirada. Se encontraban en clara desventaja. Liarse a tiros no era la opción más recomendable, pensó evaluando rápidamente la situación. Ante el silencio del otro continuó—. Coronel... Esto no me gusta. Hemos venido a

hacer negocios... como siempre... No buscamos problemas.

—Anthony... Anthony... Ustedes dos siempre haciendo negocios, aquí y allá, con nosotros, con unos y con otros... Seguro que la suya es una actividad rentable —respondió con voz pedregosa, en un inglés con acento afrancesado. Acababa de salir el último de los parroquianos—. Pero, resulta que uno de sus negocios, un cargamento que le compramos la semana pasada... ¿recuerda? ¿en este mismo local? —ante la pregunta, a todas luces retórica, Anthony mantuvo la boca cerrada—, está... defectuoso y eso nos ha costado algunas vidas... Fíjese... los rifles se calientan y se encasquillan, y mis hombres quedan a merced de los cerdos del Daesh que los matan como si fueran palomas en campo de tiro... Una auténtica carnicería... se puede imaginar...

—No entiendo dónde quiere ir a parar... No me gusta lo que insinúa... —replicó mostrando una frialdad ensayada, casi impecable.

—No hay mucho que entender, señor Nolan —atajó, remarcando las dos sílabas que conformaban su apellido—, ¿ve a esa muchacha que me acompaña? —Anthony alzó un poco la vista. Por supuesto, ya se había percatado de que había una fémina en el grupo, poseía ojo clínico para esas cosas. Una chica muy joven, de grandes ojos negros, con pañuelo verde en la cabeza y una larga trenza cayéndole por los hombros, de mirada furtiva y belleza salvaje. Los observaba con ademanes hoscos, cargados de odio, desde una de las esquinas del café. Una pena, se dijo Anthony, en otras circunstancias la hubiera invitado a un trago—. Es una de nuestras comandantes más aguerridas del YPJ. Fíjese que cosas, los cerdos del Daesh se cagan con solo saber que la tienen en frente. Dicen que no deja prisioneros, que les corta las pelotas a los que quedan con vida hasta que se desangran...

Nolan había oído hablar de las Unidades Femeninas de Protección (YPJ) y de sus hazañas en la revolución de Rojava. El YPJ era una organización militar formada por mujeres kurdas, creada en su origen para proteger a los civiles de la región siria de Rojava, de mayoría Kurda. Servían en sus filas más de 10.000 milicianas voluntarias. Su objetivo: liberar a Siria del autodenominado Estado Islámico del Levante e Irak. Las hazañas de las YPJ en el Kurdistán sirio, habían atraído la atención internacional debido a que allí las mujeres luchaban por su libertad en todos los frentes: tanto en la guerra como en la sociedad. También levantaban muchas ampollas en todos los bandos. Y, sobre todo, desataban la ira de los terroristas del ISIS, que hacían la guerra contra chicas de veinte años. Después de un mes de entrenamiento intensivo, las jóvenes de las YPJ iban a luchar al frente más hostil, y ahí se las

apañaban como podían. No recibían ninguna financiación de la comunidad internacional y confiaban en las poblaciones locales para suministros y comida.

Si Anthony Nolan hubiera estado en otras circunstancias pensaría en la joven como en una heroína, o una loca suicida, dependiendo del grado de alcohol que llevase en sangre. Pero, en las circunstancias en que se encontraba la catalogaba como una amenaza, más que palpable.

—No lo dudo —dijo Nolan sin retirar el ojo del coronel Safir.

—Han puesto precio a su cabeza, literalmente a su cabeza... ¿sabe? —hizo una pausa para chupar de su cachimba— Utilizamos a nuestras mujeres e hijas para atormentarlos y hacerlos retroceder, ¿tiene idea de por qué? —Anthony guardó un prudente silencio, la cólera del comandante crecía por segundos—. ¡Los cerdos yihadistas creen que, si mueren en combate a manos de una hembra, sus almas no irán al cielo y arderán en el infierno!

Su voz tronó por todo el local.

—Hacen bien —musitó Anthony con su habitual flema británica, por parte de madre.

El otro le lanzó una mirada afilada como un puñal.

—Hoy ha escapado, de milagro, mientras defendía una aldea cerca de Hasaka, más de quince horas de encarnizado combate... y, de repente... ¿adivine? ¡Sus armas dejan de escupir plomo! —silencio—. El resto del pelotón no ha tenido tanta suerte: cuatro bajas y han capturado a tres de sus soldados, muy jóvenes, casi adolescentes... imagínese lo que les estarán haciendo mientras estamos aquí sentados.

Anthony no quería imaginárselo. Sabía muy bien por lo que estarían pasando, había presenciado la brutalidad del Estado Islámico en sus incursiones comerciales: hombres colgados de las farolas, mujeres violadas en las calles a plena luz del día y familias enteras sacadas de sus casas, masacradas en los caminos. Los soldados del YPJ que sobreviviesen a esa noche, las menos afortunadas, serían vendidas como esclavas sexuales y serían tratadas como escoria, subhumanos más cerca de los animales que de las personas. Eso, si no terminaban matándolas de una paliza o de un balazo en la cabeza cuando ya no diesen más de sí. Y, quizás, él tuviese algo que ver. Un regusto amargo de bilis le subió por la boca del estómago.

Los ojos de la chica relucían con desprecio hacia él y todo lo que representaba, y desprecio en general a toda la raza humana, que permitía aquella locura que segaba cientos de vidas cada día. Al fin y al cabo,

quedarían como una mera anécdota en los libros de historia. No más de un par de líneas, siendo generosos.

El cerebro de Anthony maquinaba a toda velocidad. Llevaban meses traficando con armas en el borde meridional de una de las regiones más calientes del globo: el Kurdistán. Tierra de montaraces, de gente dura e intrépida, en la que cada cual hacía la guerra por un motivo u otro. Un sitio peligroso, pero ideal para que oportunistas sin escrúpulos como él hiciesen fortuna rápidamente.

Eligieron Cizre como campamento base —una ciudad llena de cochambre, asediada por la muerte, la destrucción y los bombardeos de uno y otro bando—, porque se encontraba entre la frontera de Turquía, Siria e Irak. Un punto estratégico para sus intereses, a tiro de piedra de todos sus potenciales clientes. Y también, porque era la única en la urbe en la que había un hotel en pie medio decente. Estaban jugando con fuego y, hasta ahora, nadie se había quemado, hasta ahora.

Su negocio era bien simple, pero sumamente peligroso: compraban y vendían armas, las pasaban de una frontera a otra, y se lucraban con ello. Su proveedor, en primera instancia, era el ejército turco, al cual a su vez abastecía la administración del Kremlin, y, tras la última escalada de violencia, también llegaban armas de algunas potencias de la UE, entre ellas España. Resultaba curioso como la Europa que cerraba sus puertas a los refugiados de la guerra, levantaba muros y vallas para frenar la inmigración, y extendía sus fronteras físicas hasta estados limítrofes para controlar la incesante marea migratoria, era la misma que contribuía a generar esos refugiados. Refugiados —personas, seres humanos de pleno derecho— a quienes después rechazaba acoger. Una paradoja que reportaba pingües beneficios a unas pocas empresas y numerosos políticos que practicaban el fariseísmo sin conciencia ni remordimientos. No en vano, el negocio del tráfico de armas movía 100.000 millones de dólares americanos al año. Y, Nolan y su asociado, también querían su trocito de la jugosa tarta.

Con el estallido de la guerra, proveerse de armas en Siria no resultaba un problema, ni para el Estado Islámico ni para los grupos opositores a Al Assad. El conflicto civil en el país había conformado, en la permeable frontera con el Líbano, una de las rutas habituales para el tráfico de armas. «Los kurdos lo tienen más jodido», le dijo Guancho en un alarde de clarividencia poco habitual en él, «están rodeados de montañas y de enemigos,

ahí es donde tenemos que ir. Tendremos negocio, Llanito». Y no le faltaba razón.

Básicamente, se regían por la ley de la oferta y la demanda. Existía un excedente de un producto ubicado en un mercado en el que no tenía salida y que había que mover hacia otros en los que escaseaba y era sumamente valioso. Ellos eran los intermediarios: quienes transportaban la mercancía y hacían los contactos. Tenían que aprovechar esa oportunidad, si no, lo harían otros.

Para proveerse de armas, utilizaban las relaciones que aún poseía de Guancho dentro del ejército. La recién llegada misión española, ubicada en el aeropuerto de Adana —dentro de la denominada operación «Apoyo a Turquía»—, era un campo en barbecho que había que abonar con algunos miles de euros por aquí y por allá. No les fue difícil encontrar a un capitán corrupto que era habibi de algún habibi. Más bien al contrario, proliferaban como setas. Una vez que olieron dinero fresco, tuvieron que hacer juegos malabares para contentarlos a todos y que ninguno se fuera de la lengua.

Compraban armas que luego vendían en el mercado negro al mejor postor. Solían comerciar con equipo ligero —así no llamaban demasiado la atención—: rifles de asalto, pistolas, granadas de mano y morteros, también alguna ametralladora pesada Brownig M2 y munición para todas esas máquinas, concebidas para destruir y provocar el caos en una zona ya de por sí inestable. Para Anthony y Guancho —dos hombres y un destino sin alma—, se trataba de un material que podía aprovecharse en lugar de que estuviera almacenado cogiendo polvo.

Su principal cliente eran las Fuerzas de Defensa Popular (HPG), el brazo armado del Partido de los Trabajadores del Kurdistán, conocido como PKK, enemigos de sangre de los turcos desde tiempos inmemoriales. Aunque, también habían realizado alguna incursión en territorio sirio controlado por el ISIS. Viajes en los que aprovechaban para vender armas a los terroristas y comprar barriles de gasolina a coste de saldo, que luego revendían a precio de oro a un ejército turco mal provisionado de combustible en las zonas fronterizas. Las curiosas paradojas de la guerra, como las denominaba Nolan: vendemos armas a los enemigos de los que nos la venden, y abastecemos los camiones del ejército que bombardea los pozos petrolíferos de los que se nutren sus transportes. Un negocio redondo, o casi redondo, si uno sabía retirarse a tiempo.

Incluso el Mossad había contactado con ellos para que hiciesen de

intermediarios, y pasasen armamento a los guerrilleros kurdos —equipos de procedencia hebrea y norteamericana—. Nolan sospechaba que la CIA estaba detrás de todo el tinglado, orquestando la operación en la sombra, utilizando a la inteligencia israelí como cortina de humo para que los turcos no se sintiesen ninguneados en su propio patio trasero. Al fin y al cabo, los Estados Unidos estaban armando a un grupo al que el gobierno turco consideraba terrorista. Cuando los otomanos se enterasen se iba a liar parda, pensaba Nolan, por eso era mejor hacer dinero rápido y salir de allí echando leches.

En definitiva, jugaban a tres bandas: habían montado un negocio triangular que les reportaba jugosos beneficios. Se estaban haciendo de oro, pero también empezaban a llamar demasiado la atención. Y eso no era bueno para una empresa como la suya, donde no llamar la atención formaba parte de su estrategia comercial.

A muchos nos podría parecer una actividad deleznable, y probablemente lo era. Traficaban con la muerte, pero se trataba de la única manera de ganarse la vida que conocían.

El de esa noche se suponía que iba a ser su último cargamento. Después de la entrega, Nolan y Guancho se escabullirían y no volverían a pisar ese agujero sucio y maloliente, olvidado de la mano de Dios —y de parte de la humanidad—, en lo que les quedaba de vida. Un agujero que solo salía en las noticias cuando las masacres sobrepasaban con creces lo que la crueldad del hombre puede tolerar.

«Esta es la última entrega a Guanchito, después nos largamos con viento fresco a Suiza» fue lo que le dijo Nolan a su socio antes de entrar en el cochambroso café. Y, si no salían del atolladero en que estaban metidos con los kurdos, lo iba a ser de verdad: el último cargamento, pero de su vida.

—Debe de tratarse un error —dijo Anthony, diplomático. Sacó con parsimonia un paquete de cigarrillos americanos de un bolsillo de su chaqueta. Eligió uno y le prendió fuego. Dejó el resto sobre la mesita—. No entiendo qué puede haber ocurrido, comprobamos la mercancía antes del intercambio —mintió mientras cogía su vasito de cristal y le daba un sorbo a su té ya frío. Y añadió—: Le recompensaremos su valor, no se preocupe.

En su retina aparecía nítidamente la sonrisa sardónica del capitán Yusuf, un turco grandote y gordo, con varios dientes de oro. Con las prisas, comprobaron únicamente los rifles de encima de las cajas. El turco hijo de puta se la había metido doblada.

—¡Su valor! —bramó el Coronel Safir rabioso, echando espuma por la boca—. ¡Perros occidentales capitalistas! ¡Creen que las vidas humanas se pueden comprar sin más!

El escupitajo verde le llegó al bolsillo de la casaca. Nolan entendió algo así como que «¡Alá los maldiga!», seguido de un galimatías en un dialecto kurdo cuyo significado era perfectamente imaginable.

Ante la subida de tono de su comandante, el resto de soldados amartillaron sus armas con un inconfundible click click. Apuntaron hacia ellos con sus AK47 de fabricación soviética y las Jerichó 941, que ellos mismos les habían proporcionado. Paradojas de la vida, pensó Anthony Nolan; sabía que tenían muy pocas posibilidades de salir de esta de una pieza, con todos sus miembros intactos.

Esta vez Nolan dejó que Guancho sacara su pistola a la velocidad del rayo y apuntara directamente a la frente del coronel Safir. No quería derramar sangre, admiraba a esa gente de mirada torcida y determinación inquebrantable. Pero, puestos a derramar, prefería que fuera la sangre de otros.

—Lo siento, no quería ofenderle. Tengo a su causa en muy alta estima y sé de buena tinta que cada uno de sus hombres es irremplazable —Anthony aspiró el humo de su cigarro y carraspeó un poco—. Creo que los turcos me la han jugado.

—Los turcos se la han jugado —repitió Safir más calmado, ajeno al cañón que lo apuntaba a pocos centímetros de su frente—. ¡Claro que los turcos se la iban a jugar tarde o temprano! Qué se creía, que iban a dejar que nos armase indefinidamente.

El Coronel asió el paquete y se lo tendió al resto de soldados con la mano levantada. Todos respiraron aliviados. Los guerrilleros comenzaron a prender sus cigarrillos unos a otros sin soltar sus armas.

—Guanchito —dijo Anthony consciente de que si los quisieran liquidar ya estarían muertos en alguna cuneta.

Guancho escupió el tabaco que mascaba, bajó su arma y la dejó encima de sus rodillas, mirando la escena con aire ausente. Poco hablador cuando andaban en faena, nada imaginativo, quizá también poco inteligente para asuntos ajenos a la acción propiamente dicha, Guancho no se hacía preguntas ni buscaba respuestas. Se limitaba a cumplir con su rutina profesional que abarcaba un amplio espectro de intimidación y altas dosis de violencia. Siguiendo las órdenes de Anthony Nolan su vida resultaba mucho más simple.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Anthony.

—Lo que yo quiero es meterles un balazo entre ceja y ceja —susurró sacando la punta de la lengua como una serpiente—, y abrirles en canal como si fueran corderitos y, ya de paso, sacarles las entrañas para que se las coman los cuervos —hizo una pausa para que sus palabras quedasen suspendidas en el aire—. Pero, tengo órdenes que cumplir.

—¿Órdenes? ¿De quién?

—De alguien que los quiere vivos. Es usted un tipo con suerte, Anthony Nolan.

—Tony... —murmuró Guancho con el mentón hacia la ventana.

Varios Hummer con las lunas tintadas llegaban a toda velocidad levantando una columna polvo por toda la avenida. Aparcaron justo delante del local sin apagar los motores. Se bajaron varios hombres, armados hasta las cejas con chalecos antibalas y con el inconfundible uniforme negro de Oryzon, la multinacional que le hacía el trabajo sucio al ejército norteamericano. Se situaron alrededor de la comitiva asegurando el perímetro, escrutando a su alrededor y apuntando con sus armas a cuando bicho viviente se movía.

Al poco, la calle, ya de por sí desierta, quedó aún más desierta. El del pañuelo en la cabeza que llevaba la voz cantante, hizo una señal a sus hombres con el puño en alto y habló por el pinganillo. Se abrió una puerta del Hummer que iba en segundo lugar. Bajaron un hombre calvo y recio, estatura media, de unos cincuenta años, y una mujer que rondaría la treintena, casi tan alta como él y con el pelo muy corto, ambos vestidos con ropa de campaña, sin distintivos identificables.

—Tiene usted suerte, Anthony Nolan —repitió el comandante kurdo. Sus palabras supuraban odio—, esa gente lo anda buscando y pagan muy bien por mantenerle de una pieza.

El Coronel Safir escupió en el suelo algo negro y viscoso. Cogió el paquete de cigarrillos para guardárselo en el bolsillo de la guerrera e hizo un ademán para que sus hombres bajasen la guardia.

2018. MADRID, BARRIO DE SALAMANCA

Guancho se miraba una y otra vez por el espejo retrovisor. No le gustaba ni un pelo lo que iban a hacer allí. Él era un tipo de acción, de afeitarse con el cuchillo de campaña, de carajillos a las diez de la mañana y de echarle cojones a la vida. No estaba para mariconadas ni disfraces de curas. Pero, también era consciente de sus limitaciones, y para eso estaba con Anthony Nolan, para que le facilitase la vida y tomase las decisiones por él. Aunque, en los últimos tiempos, fuesen de mal en peor. Una mala racha Guanchito, saldremos de esta, le decía Anthony cada vez más a menudo.

Llevaban vigilando la casa varios días. Era lo mejor que se les había ocurrido. Tenían que recuperar ese ordenador y los pinchos como fuera, sin causar demasiado revuelo y, a ser posible, sin violencia.

Media España estaba pendiente de lo que pasaba dentro de ese piso y el CNI no quería ningún fallo, ni por supuesto, que les salpicase un escándalo. Eran tiempos convulsos dentro de La Casa. Por eso habían acudido a ellos, por si la cosa se torcía, y algún incauto debía de pagar el pato.

—Estás muy guapo, Guanchito, quién diría que a tu edad escucharías la llamada del Señor —dijo Anthony zalamero.

—En mi cabeza oigo muchas cosas, Tony, pero no creo que ninguna venga de Dios.

Ambos sonrieron con complicidad.

—Nunca subestimes el poder del altísimo. Los caminos del Señor son inescrutables —añadió Anthony en tono melifluo y guasón.

—¡Los caminos del Señor me los paso por el forro de los huevos! Qué puto calor hace dentro de esta sotana de los cojones... No te pases de listo,

Llanito...

Cuando Guancho estaba nervioso, o bien se mordía la lengua y bizqueaba como un condenado, o bien soltaba improperios a diestro y siniestro.

—No sé por qué no eres tú el que haces de cura. Tienes mejor porte con el alzacuello.

—A ti se te dan mejor las cerraduras, y te pareces al fraile ese que entra de vez en cuando al piso de la viuda. Con ese bigote postizo y ese peluquín le das un aire —soltó Anthony con una media carcajada—. Anda, sécate un poco el sudor de la frente y... ¿esa tiritera que llevas encima? —dijo fijándose en cómo le temblaban las manos—. ¿Estás de resaca so cabrón?

—Un poco —concedió mostrando su dentadura amarilla—. Anoche me despedí de Dani por todo lo alto. Lo siento...

Silencio. Nolan sabía de la naturaleza pendenciera de Guancho y de sus resacas.

—¿Podrás trabajar así? ¿Quieres que lo haga yo? —inquirió Anthony con el rostro preocupado.

—Bah, no te preocupes —respondió quitándole hierro al asunto. Abrió la ventanilla y escupió tabaco—. En peores plazas hemos toreado, Llanito... Solo estará la chacha, cuando le pegue dos voces y me vea la cara de mala leche, se asustará como una colegiala, meándose en las bragas. Además, tienes razón, yo soy el que me parezco al cura, y mis dedos son de oro, ya sabes...

Alzó la mano y le hizo una peineta hacia arriba y hacia abajo.

—Eso lo sabrá Dani... so mamón.

Ambos dieron una honda calada a sus cigarrillos, imbuidos cada uno en sus pensamientos, no demasiado profundos.

La verdad era que Guancho se parecía bastante al sacerdote cubano que se trajinaba a la viuda dos veces por semana. Por eso iba a entrar él, para no levantar sospechas. La piel cetrina de Guancho y su cara chupada, como la del cura, darían el pego —solo habían tenido que recortarle un poco las patillas de Curro Jiménez—. El portero que cuidaba del edificio era un señor mayor a punto de jubilarse, y, que, sin las gafas de culo de botella, no veía dos en un burro.

Nolan ya se había encargado de allanar el camino, y de darle un empujón, de forma accidental, haciendo como que contestaba un wasap mientras el hombre barría en un lateral de la fachada. Justo debajo de la cámara de seguridad, donde el ángulo de visión los perdía. De un manotazo certero, a la media vuelta, las gafas cayeron al suelo y, por si acaso las pisó haciéndose el

despistado. Ante las protestas del hombre, le dio cuatro billetes de cincuenta a modo de disculpa y el asunto quedó zanjado.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Guancho de pronto, algo lo había sacado de su sopor—. Este asunto no me da buena espina.

—¿Por qué?

—No lo sé, está todo muy tranquilo, demasiado, fíjate...

—Como siempre, en esta calle nunca pasa nada.

—Me pica el culo, como si tuviera un nido de lombrices con ganas de jarana —soltó una sonora carcajada, secundada por Anthony—. En serio, cúbreme las espaldas, Llanito.

—Descuida, estaré observándolo todo, es pan comido, Guanchito.

A Nolan tampoco le daba buenas vibraciones. Se guardó de decirlo. No era de perder los nervios en los prolegómenos de una misión.

Desde que les hicieron el encargo había algo que no cuadraba, algo que rondaba en su cabeza, pero no sabía muy bien qué era.

—Al menos, Dani está durmiendo en un hotel.

Y la hija de Natalia tiene su tratamiento, pensó Anthony para sus adentros. Algo parecido a un sentimiento de bondad brotó de su estómago de un modo efímero, durante unos segundos se sintió bien consigo mismo. Solo durante unos segundos. «Te estás ablandando y eso no es bueno para el negocio», caviló.

—Mira, ya salen —señaló el merchero con la cabeza.

—Vamos a la faena —apuntó Anthony.

Un potente todoterreno negro subía por la rampa del garaje del edificio de cinco plantas que llevaban vigilando desde hacía un par de semanas. La mujer y los dos hijos irían en ese vehículo como todos los domingos a visitar al cabeza de familia, que esperaba juicio en Soto del Real.

A Anthony Nolan no le gustaba lo que estaban haciendo, era un castigo por lo ocurrido en Sudamérica, una especie de purgatorio. Les habían encargado un trabajo de un nivel inferior, para profesionales de segunda o principiantes de primera. Pero, eso, era mucho mejor que seguir de porteros en el Four Roses, el burdel de la carretera de Valencia.

*

Después del desastre de Venezuela, Ulises les sugirió que desapareciesen por un tiempo. El CNI les agradecía sus servicios, pero había llegado la hora de tomarse un descanso. Sus identidades estuvieron a un tris de salir en los

medios, algo que cualquier espía que se precie debe evitar a toda costa. Y, a fin de cuentas, a eso era a lo que se dedicaban desde que los reclutaron cuatro años atrás en la frontera kurda: eran agentes secretos, externos, al servicio del Reino de España; al menos al servicio de una parte del reino.

Aceptaron la sugerencia de Ulises y decidieron poner tierra de por medio. Una bocanada de aire fresco les vendría bien para templar los ánimos. Emprendieron un viaje de un par meses, de vacaciones, para recorrer el sureste asiático como dos turistas que buscaban un poco de descanso y tierras exóticas que descubrir.

La cuenta en Suiza seguía bloqueada hasta que a Ulises le viniese en gana retirar el veto. El Coronel de Brigada Mateo Salazar, conocido por el alias de Ulises dentro de La Casa, los tenía bien cogidos por los huevos. Tiraron de algunos ahorros, pero, aun en países tan pobres, el elevado tren de vida que llevaban les obligó regresar a España antes de lo previsto. Necesitaban trabajo, liquidez, dinero, o se verían forzados a volver a las andadas, cosa que Guancho veía con buenos ojos, pero, sobre lo que Nolan tenía sus reservas. Habían cruzado una línea, una frontera nada permeable, a partir de la cual no había vuelta atrás.

Ahora jugamos en el equipo contrario, Guanchito, le dijo Anthony: no es ni mejor ni peor del que venimos, pero no podemos estar tentando a la suerte volviendo a casa por Navidad a ver qué pasa. Eran funambulistas que trataban de sobrevivir en la cuerda floja. Con el riesgo de que, si la cuerda se balanceaba un poco, un solo movimiento en falso, podían caer al vacío sin red que los sujetase.

Optaron por una tercera vía. Guancho mantenía el contacto con algunos de sus antiguos camaradas de armas del Tercio «Gran Capitán» de Melilla. Tras varias llamadas consiguió una información que les podía servir. Uno de los exlegionarios, un tal Bartolo, apodado el Pichagrande, había montado junto a su cuñado —empresario de la noche—, un puticlub de dimensiones faraónicas en la carretera de la Coruña. Un auténtico hipermercado del sexo que al parecer daba dinero a espuestas. El cuñado ponía la pasta y el Pichagrande hacía de encargado del local.

Dio la casualidad que necesitaban personal para reforzar la seguridad. Según les contó Bartolo, cada semana aumentaba el número de clientes y, por ende, el número de problemas. Tenemos las habitaciones hasta los topes de chicas, les comentó el Pichagrande cuando se presentaron a las puertas del burdel; no damos abasto con tanto putero que hay en este país, ¡qué vergüenza

de gentuza! Si Franco levantara la cabeza... Pero es lo que me da de comer, hay que joderse...

Eso mismo pensaba Nolan: había que joderse. No le gustaba demasiado andar repartiendo ostias y empujones en un prostíbulo, por muy lujoso que fuese, pero, hasta que el cabrón de Ulises no diera señales de vida, tenían que ganarse el pan de alguna forma. Y dar ostias y asustar al personal se le daba bastante bien, a veces, incluso lo sacaba de su ostracismo.

El cabrón de Ulises se presentó al cabo de tres meses, con una sonrisa de oreja a oreja marca de la casa. Con ese aire de mafioso venido a menos y esos andares de patizambo inconfundibles en la distancia. Desde el momento que se bajó del coche, Nolan pudo apreciar cómo le relucía el colmillo. Su sonrisa de hiena seguía siendo la misma de siempre.

—Me alegro de verle —le dijo Anthony a modo de saludo.

Aún seguían manteniendo las distancias, a ninguno de los dos le parecía adecuado estrechar lazos con el lenguaje. No había tuteos. Su relación era estrictamente profesional.

—El sentimiento es mutuo. —observó a su alrededor con aire distraído—. Bonito antro. La verdad sea dicha, me sorprendió cuando me enteré que trabajaba aquí. Pensaba que tenía algo más de clase, y de estómago. De ese gitano de Guanchito... todavía... Pero usted... No me lo creía —negó con la cabeza de forma exagerada.

—Es lo que hay cuando las cosas se tuercen —respondió Anthony con una chispa de recelo en su mirada—. Ya vendrán tiempos mejores.

—Seguro... —respondió con sorna.

—¿A qué se debe esta visita? Simplemente cortesía, o quiere echar un quiqui... Invita la casa... para policías y guardias civiles la primera es gratis.

—Menos coña... Nolan, vengo por trabajo... En el Centro ha habido algunos cambios... Con el nuevo Gobierno ha entrado savia nueva (que no mejor), y a los que estábamos ya se nos ha olvidado lo de Venezuela. Parece que ha pasado una eternidad de aquello...

—No salió tan mal. Hicimos lo que pudimos, dadas las circunstancias, lo que nos dejaron...

Nolan aún pensaba que alguien se había ido de la lengua más de la cuenta.

—No fue suficiente.

—Demasiados invitados a la fiesta.

—Suele pasar.

—A veces la vida te baraja malas cartas —Anthony se bajó del escalón para situarse a su altura—. Ya lo dice la canción... la culpa fue del chá chá chá...

Nolan tarareó un poco la letra con la que cerraban el lupanar las noches del fin de semana.

—A veces se pasa de listo —Ulises sonreía, pero su mirada lo taladraba y apretaba la mandíbula—. Cállese la puta boca y escuche... Hay un trabajito con el que podría reengancharse al tren.

—¿Y Guanchito? —no se le escapó que habló en singular—. No lo voy a dejar tirado.

El otro clavó su mirada en él. Su cicatriz en la mejilla parecía palpitar.

—Guanchito —bufó—. No sé qué mosca le ha picado con ese tipo. Siempre anda por ahí jodiendo al personal, es demasiado violento para ciertos trabajos.

—Pero, para otros viene muy bien...

Ulises se subió el cuello de su abrigo negro —de paño, de AD—, era media tarde y comenzaba a refrescar.

—Ande, invíteme a una copa y hablemos. No me gusta que me graben las cámaras de seguridad. —había una que le enfocaba el rostro de cara—. Después se encarga de borrar las cintas, ¿puede hacerlo?

—Sin problema —respondió lacónico.

—Vamos para adentro, que el tiempo es oro.

Nolan apretó el pinganillo que le colgaba de la oreja, susurró unas palabras de espaldas a Ulises y alguien abrió la puerta en la distancia.

Estaban de lunes negro, justo después de las fiestas navideñas. El local se encontraba desierto. No había entrado ningún cliente en el turno de tarde y solo dos chicas hacían la preceptiva guardia para cumplir con el jefe. Bartolo era muy estricto con lo que publicitaba en internet y en los carteles de la carretera. «Para ti, 24x7 días a la semana: porque te lo mereces».

A esas horas, lo habitual era que el negocio estuviese funcionando a medio gas. Pero, la pos navidad hacía estragos. Según los estudiosos de la materia —sociólogos y psicólogos— transitaban por el deprimente Blue Monday, el día más triste del año. Muchos clientes estarían subiendo la cuesta de enero y, otros tantos, haciendo propósito de enmienda para los próximos doce meses, lo que incluiría no gastarse tanto dinero en prostitutas y más en las extraescolares de los niños o en un viaje romántico en pareja.

En un par de semanas se recuperaría el ritmo, pensaba Anthony con un sabor ácido en la boca. No le gustaba ganarse la vida con el negocio más antiguo del mundo, como algunos lo llamaban. Pero había mucho dinero circulando por la carretera de La Coruña, dinero fácil, que les venía muy bien.

El par de chicas que había acodadas en la barra, fumando un cigarro, aburridas o asqueadas, se acercaron a ellos, solícitas y con una mueca en la cara parecida a una sonrisa. Entraba carne fresca en la sala, tenían que probar suerte. Seguramente, Ulises les había llamado la atención por su abrigo y su traje italiano de chaqueta cruzada, algo holgado —escondía en la sobaquera su Magnum 44—, más que por su porte: corpulento, barriga incipiente, calvo y con bigote.

Nolan las mantuvo a raya, negando con la cabeza.

Carla y Dani. Las conocía de sobra, llevaban allí más o menos el mismo tiempo que él. Habían llegado con la remesa de octubre. Cada trimestre, Bartolo solía traer género nuevo. Para reavivar el interés, decía, uno se cansa siempre de lo mismo y tengo clientes que vienen un par de días por semana. También, cada trimestre, soltaba algo de lastre, producto caduco.

Carla era una mulata brasileña de labios carnosos y curvas imposibles, y Danila, una rumana alta y delgada, de poco pecho y cara de niña buena. Dani era una de las estrellas del local, a la que la suerte le había resultado esquiva, pensaba Nolan. Si la moneda de la vida hubiera salido cara, o si no hubiera dado con las personas equivocadas, quizás estaría en alguna pasarela de modas en Milán, en París o en Cibeles, o quizás sería una maestra de escuela felizmente casada y con dos hijos.

En su primera noche de trabajo, tuvieron que darle una paliza a un depravado que había pagado para pasar tres horas con Dani, en una de las suites con jacuzzi. En el transcurso de esos 180 minutos, la había atado, amordazado y pegado con saña mientras eyaculaba encima de su pecho. Una de las chicas pasó por la puerta, oyó unos llantos ahogados y los avisó. Guancho, al que la chica le había entrado por el ojo desde el primer momento, saltó a la habitación hecho un basilisco, cogió al malnacido por el cuello y, desnudo, lo arrastró por la escalera de incendios hasta el descampado de atrás, donde le dio una manta de palos que casi lo deja sin sentido. Bartolo, tan ecuánime como siempre, devolvió el dinero invertido al cliente y le pagó un taxi hasta la Moraleja.

Danila pasó un par de noches recuperándose de las contusiones, bajo la atenta mirada de Guancho, que no escatimaba en mimos y cuidados. Anthony

lo observaba extrañado, nunca antes lo había visto así con una mujer.

¿Te estás pillando Guanchito? No es buen lugar para enamorarse, le preguntó mientras bebían ron añejo en el descanso del turno. Métete en tus putos asuntos, Llanito... le escupió el quinquillero con esa mirada suya, la que daba miedo y hacía que te cagases las patas abajo de un vistazo. Nolan no comentó nada más, pero, velaba, preocupado por su amigo. El idilio que Guancho tenía con la chica se estaba yendo de madre, incluso dormían juntos las noches que ella libraba.

Se sentaron al fondo, en la penumbra de un reservado que daba al lateral de la pasarela de striptease.

El camarero, un orondo dominicano de piel oscura como el carbón, les sirvió ágilmente dos Chivas, mirando al suelo sin decir nada. Con tantas horas de vuelo a sus espaldas, había desarrollado un sexto sentido para saber cuándo tenía que aparentar invisibilidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Nolan mientras saboreaba su whisky con hielo.

El otro se hizo el remolón mirando sin recato a las dos prostitutas que charlaban y bebían refrescos en el otro extremo del bar.

—Hay un trabajo que queremos que haga alguien externo al Centro, alguien como usted. Había otras opciones, pero le he recomendado personalmente; no tuvo la culpa de lo que pasó, al menos usted. En lo suyo es uno de los mejores, Anthony, si no el mejor.

Nolan no sabía a qué se refería: si era uno de los mejores extorsionando, si era uno de los mejores matando, si era uno de los mejores traficando, o si era uno de los mejores robando.

—No queréis mancharos las manos —apuntó Anthony con un recelo mal disimulado.

—Para eso están los externos, ¿no? Venga Anthony, no me venga con esas... Aquí todos somos mayorcitos, los de su condición están para hacer el trabajo sucio. Cada uno sabe cuál es su lugar.

Nolan ni se inmutó. Ya se había acostumbrado a los aires de Ulises.

—De vez en cuando hay que desatascar las alcantarillas... —aventuró Anthony resignado.

—Para que la gente siga con su vida, las cloacas deben estar limpias.

Era una frase que se la había escuchado en infinidad de ocasiones; esa, o cualquiera de sus variantes. Se la tenía bien aprendida.

Hubo un silencio en el que una conocida canción inundó los rincones del local. Una milonga de Sabina que el barman ponía a menudo para calentar el ambiente: 19 días y 500 noches. A las chicas les encantaba.

—Guanchito está incluido, eso es innegociable.

—¡Joder! —exclamó airado—. No sé qué manía le ha dado con ese tipejo.

Torció el otro el bigote, exageradamente, desdeñoso.

—Innegociable —recalcó a la vez que sacaba un paquete arrugado de Camel con dos cigarrillos. Cogió una cajetilla de fósforos y prendió uno.

—De acuerdo, si se empeña, es su responsabilidad.

—¿De qué se trata?

Con un movimiento circular de su muñeca el coronel del CNI agitó la bebida y el hielo tintineó.

Las luces del techo cobraron algo de vida. Una mujer elástica y voluptuosa al mismo tiempo, con mallas y camiseta pegada, que acariciaba la treintena, apareció en la pasarela y comenzó a contonearse ejecutando ejercicios diversos, jugando con la barra fija. Calentando para la noche. Por momentos, desafiaba a la gravedad. Ulises se quedó embobado.

—¡Qué hembra redios! Algunos matarían por ella. Cantarejo tenía razón, el muy hijo de puta se las sabe todas... Menudo género tienen por aquí... Ya me lo advirtió...

—Lástima que esté casado —apuntó con sorna.

—Por una mujer así... me quito el anillo ahora mismo.

Nolan no le rio la gracia. Aunque, temporalmente trabajase allí no le gustaban los puteros. Los consideraba basura que se aprovechaban de una situación injusta casi desde la cuna. La vida de Anthony Nolan estaba llena de paradojas enrevesadas a cuál más estrambótica.

—No le quita ojo, Anthony —comentó riendo por lo bajini como si le costara arrancar una carcajada. Una risa de hiena.

En eso no le faltaba razón. A buen seguro que Natalia recordaba, igual que él, las noches que habían pasado juntos en el último mes. Dos o tres veces por semana, dependiendo del horario de ambos. Noches calientes, húmedas, carnales y viscosas. Solo sexo, no había amor de por medio; al menos, eso habían pactado. Desde su último desencuentro, unos días atrás, no había vuelto a verla ni a llamarla.

Natalia era una stripper, de las mejores que había visto. Era capaz de hacer unas piruetas imposibles en la barra y abrirse de piernas 180 grados, suspendida con una mano, boca abajo, en posición horizontal. Se tomaba muy

en serio su trabajo y se machacaba varias horas al día en el gimnasio. «Es la única forma de sobrevivir, Tony, intento que lo que hago parezca algo normal», le dijo con las lágrimas recorriéndole por las mejillas cuando le preguntó, sin tacto, el porqué de su afán en ser la mejor en la pasarela.

Las chicas de la barra no eran meretrices. Se ganaban la vida como bailarinas. Básicamente, cobraban por calentar al personal con sus elaboradas coreografías de striptease. Aunque, algunas se sacaban algún extra de vez en cuando, si les gustaba un cliente o necesitaban liquidez para hacer un viaje, comprarse un par de zapatos caros u otro tipo de caprichos.

La mayoría eran auténticas profesionales del baile que se habían formado en academias y escuelas de danza, pero que habían sucumbido al dinero fácil del mundo de la noche, primero trabajando de gogos y luego de strippers, bajando en el escalafón. Algunas, las menos, bailaban en el Four Roses por necesidad imperiosa, como Natalia, que tenía una hija de cinco años, fruto de un matrimonio fallido con un empresario sin escrúpulos, y de la que cuidaba su madre en el pueblo.

Nolan había intentado darle algo de dinero en un par de ocasiones. Muy mala idea. La última vez le contestó desabrida, todavía húmeda con su semen dentro, que ella no era una puta. No había vuelto a verla desde entonces.

—No es una puta, tenga cuidado.

El otro lo miró divertido con su sempiterna sonrisa de hiena.

—Entiendo... Es usted todo un galán, se le dan bien las mujeres... todo tipo de mujeres.

—¿De qué se trata? —repitió por tercera vez chupando el cigarro en una larga calada.

A Ulises no le pasó desapercibido su mal humor.

—Hay que extraer una información sensible... un ordenador y unos pendrives... de un político.

—¿Y cuál es el problema?

El otro esperó unos segundos deleitándose con la bailarina y su apertura de 180 grados, horizontal y boca abajo.

—Se trata de Cárdenas.

Las sienas de Nolan palpitaron. Otra larga calada a su cigarro, echando el humo de sus pulmones por los orificios nasales. Vaciló antes de hablar.

—Ya veo por qué recurre a nosotros.

Alberto Cárdenas ocupó el cargo, hasta hacía solo un par de meses, de Secretario General del partido más importante del país, puesto que había

ocupado durante los últimos ocho años. Alguien, aún no se sabía quién, había levantado la liebre de la financiación en B del partido, prácticamente desde su fundación. Alguien interesado en provocar una catarsis, y se rumoreaba que ese alguien estaba dentro del propio partido.

Alberto Cárdenas había caído desde lo más alto y de la peor forma: víctima de fuego amigo, por una traición de uno de los suyos. Las cloacas estaban atascadas, hedían desde las alcantarillas, a punto de rebosar heces.

—Porque es el mejor —añadió chasqueando los dientes.

Se tensó Nolan, alerta por el derrotero que tomaba la conversación.

—Y porque nadie puede relacionarnos con el Centro.

El coronel sonrió dándole un sorbo a su vaso de whisky.

—Alberto Cárdenas está muy cabreado con todo este asunto y amenaza con empezar a soltar mierda en cantidades industriales, mierda que puede salpicar a mucha gente importante.

—Y poderosa, por lo que veo. Si está usted aquí...

—Las cloacas del estado es lo que tienen, huelen a una mezcla de perfume barato, atarjea, sudor y carne en descomposición... como este sitio.

—Y alguien tiene que bajar... y hacer el trabajo.

—Lo va pillando, Anthony —miraba de reojo como Natalia abría de nuevo sus nalgas y después giraba una y otra vez ondeando su melena color caoba. Babeaba—. Esa chica es un espectáculo, vale su peso en oro.

Anthony Nolan bien lo sabía, pero no dijo nada al respecto. Se limitó a seguir sus saltos de acróbata y sus movimientos felinos, recordando el calor y la humedad que la mujer despedía bajo las sábanas cuando estaba con él. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se excitó como un muchacho.

—Reconozco que, a veces, solo a veces, le tengo un poco de envidia, señor Nolan... —añadió Ulises con una franqueza fingida. Se limpiaba la comisura de los labios con un pañuelo blanco en el que se apreciaba un bordado con un caballo de madera en una de las esquinas.

—Siga contando, no se corte.

Nolan no quería que Natalia acaparase más atención de la necesaria, bastantes problemas tenía ya la chica para que llamase la atención de una comadreja como la que tenía delante.

—Cárdenas se encuentra en Soto del Real haciendo amigos. Una juez... de los rojos, lo ha puesto en prisión preventiva y le ha retirado el pasaporte.

—Ya no podrá esquiar en Azerbayán...

—Ni hacer buceo en el Mar Rojo, y eso lo tiene de muy mala leche —

replicó con sorna, envuelto en una bocanada de humo.

—Yo también lo estaría.

—No me venga con jodiendas, Anthony... —Ulises se puso serio. Se arrellanó en su sillón y se alisó la pernera del pantalón—. La gente se está poniendo nerviosa y, mientras antes actuemos, antes regresará la calma, para todos. Los ordenadores de la sede del partido han sido borrados completamente, los tiene la policía nacional y no han sacado ni una puñetera pista, cosa que por otra parte nos conviene. Sabemos de muy buena tinta que Cárdenas guarda la información en su ordenador y en unos pinchos, unos pendrives, escondidos a buen recaudo en una caja fuerte de su piso del Barrio de Salamanca. La verdad que las medidas de seguridad son irrisorias, no tienen alarma ni nada que se le parezca. Solo hay que sortear al portero, entrar en la casa, reducir a la asistenta, abrir la caja fuerte, coger los pinchos y salir pitando.

Anthony dio un sorbo apurando su vaso.

—¿Quién es la fuente?

—El chófer de la familia, es un confidente de la Policía Nacional desde hace años.

—La Policía Nacional no es el CNI.

—Es como si fuéramos primos hermanos, carnales, normalmente nos ayudamos.

—Normalmente...

—En este caso, delo por seguro. Cantarejo está metido en el ajo.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

—Doscientos mil de euros, los desbloquearé de su cuenta y podrá retirarlos cuando quiera a partir de que la información esté en nuestro poder.

Nolan se rio con ganas, el otro lo imitó sin saber por qué.

—Me va a pagar con mi propio dinero.

Cuatro años después seguían con el mismo juego. Cuando no podía tirar de fondos reservados lo hacía de la cuenta en Suiza.

—Eso es, Anthony, ahí reside la gracia de todo este asunto, le voy a pagar con dinero procedente del narcotráfico, del contrabando, de la extorsión y del comercio de armas —el coronel moduló una deliberada mueca de cinismo, sin propasarse en exceso.

—Doscientos mil antes del trabajo, para gastos... y otros cien mil cuando terminemos.

Hubo un silencio incómodo en el que el espía titular del CNI parecía

barajar diversas opciones.

—De acuerdo, por mi parte... —dijo finalmente con un atisbo de duda—. Pero, no depende de mí. Espere un momento, mientras consulto.

Ulises cogió su móvil, se levantó y se apartó unos metros en dirección a la barra donde estaban las dos meretrices hablando con el dominicano en plan zumbón. Se quedó bajo la bola de cristal que coronaba el techo de la zona de mesas a medio arreglar. Anthony recelaba de que hubiese cerrado el acuerdo sin regatear sus condiciones, muy desesperado debía de estar, se dijo, y, además, ¿con quién tenía que consultar? El coronel tenía manga ancha y bula papal para los asuntos que le encomendaban, quizás, simplemente, los tiempos estuviesen cambiando.

—Mire su móvil, Anthony, y localice la cuenta que usted ya sabe.

Así lo hizo y comprobó que le acababan de ingresar doscientos mil. Dinero que procedía de la cuenta que él mismo abrió en Zúrich y que ahora gestionaba la comadreja del CNI a su antojo.

No obstante, ocultó su frustración y una sonrisa esquinada de tres cuartos asomó sin querer, la misma sonrisa que tenía siempre que cobraba un trabajo por adelantado. Si había algo que a Anthony Nolan le hiciese más feliz que disfrutar de las atenciones de una mujer en la cama, eso, sin lugar a dudas era el dinero.

—¿Todo correcto? —preguntó Ulises.

—Sí, todo correcto —corroboró.

Se conocían lo suficiente para que Nolan percibiera que Ulises disfrutaba también con todo aquello: el dinero, la situación, cómo los tenía comiendo de la palma de su mano, la suave insolencia que solía darse entre ellos, jefe y subordinado. El estilo del veterano espía rayaba lo chabacano, y había empeorado con la edad. Algún día podrían cambiar las tornas.

—Pues a trabajar. Mientras antes terminemos con esto, mejor. Y, ahora, vamos a celebrarlo... ¿Cuál me recomienda? —Anthony no sabía muy bien a qué se refería—. Me dijo que invitaba la casa, ¿no?

Nolan asintió comprendiendo.

—Mejor pruebe con la mulata de chocolate —dijo sereno—. Dígale que va de mi parte y le hará un completo. La otra no tiene mucho fuelle y le pone pegas a todo, y a veces ha tenido que ir al médico...

El otro captó al vuelo su mirada de advertencia.

—Me gusta más la rubita con aire de estrella de cine, pero... le haré caso, en cuestiones de féminas es usted el que manda —apuntó con una mueca

lasciva, mientras se quitaba el anillo del anular y se lo guardaba en un bolsillo del interior de la chaqueta.

Nolan respiró aliviado, no quería imaginarse como se pondría Guancho si se enteraba que el coronel se había tirado a su novia, las consecuencias podrían ser imprevisibles, y del todo nefastas, para sus intereses más inmediatos. Además, con su parte de los doscientos mil que habían ingresado, Guancho podría pagar las deudas de Danila y sacarla de la mala vida, al menos por un tiempo.

—Hágame caso —musitó Anthony mientras lo veía marcharse con esos andares de vaquero dispuesto a derramar su virilidad sobre carne carioca.

Nolan se quedó solo en la mesa, sumido en sus pensamientos, dándole largas caladas al último cigarro que le quedaba. Se giró hacia uno de los espejos que adornaban las paredes del puticlub, entre luces y sombras, y le devolvió la mirada un hombre de ojos fríos, de azul acerado, de mandíbula cuadrada y pómulos salientes, con el pelo cortado a cepillo. Un hombre que, a veces, le costaba trabajo reconocer.

Sintió como una mirada se clavaba profunda en su nuca, como una daga afilada. Se giró dando un pequeño respingo.

—Hola Tony —era la voz dulce y sensual de Natalia.

—Hola —respondió.

Natalia lo miraba desde lo alto de la pasarela tenuemente iluminada, sus piernas abiertas, estirada sobre el suelo. Las gotas de sudor caían por la frente y bajaban por su pecho perdiéndose dentro del escote de licra. Se puso de pie y bajó de un brinco, ágil y elástica. Se plantó delante de él, sin pedir permiso. Ella nunca lo hacía. Se acomodó en el silloncito de tela rancia que había ocupado Ulises.

—¿Quién era tu amigo? —preguntó mientras cogía el paquete de cigarrillos. Lo agitó levemente y frunció el ceño cuando se cercioró de que no había ninguno dentro—. Parecía un madero y el muy cerdo no paraba de babear.

—Algo parecido —respondió serio—. Si lo vuelves a ver, mantente alejada. Huye.

Ella asintió con la cabeza. Se inclinó un poco y estiró la pierna poniendo la punta de su dedo gordo del pie en la entepierna de Nolan, acariciando hacia arriba y hacia abajo. Anthony notó como su cuerpo respondía al instante.

—Tony, te he echado de menos.

—Mejor no complicar las cosas, no me vas a ver en un tiempo.

—Razón de más para aprovecharlo —dijo con una sonrisa pícaro—. Nada de sentimentalismos, solo sexo, ¿no quedamos en eso?

Anthony Nolan esbozó una sonrisa cargada de lascivia.

Horas después, Natalia yacía desnuda y aovillada, pegada a él, ronroneando levemente, bajo las sábanas de franela de su cama. Anthony la observaba despierto, no podía conciliar el sueño. Demasiados pensamientos ocupaban su mente.

Acariciaba su piel suave y tersa hasta llegar a su pubis rasurado, aún húmedo. Se incorporó y pasó su nariz cerca de él. Estuvo tentado de despertarla y disfrutar de la calidez de su cuerpo por última vez.

En lugar de eso, se levantó para vestirse y se observó en el espejo de la puerta del armario. Ya no era ningún jovencito, el próximo otoño cumpliría cuarenta, había ganado volumen en el gimnasio y bastante peso. Tenía una cicatriz muy fea en el hombro, consecuencia de la mala puntería de un sicario sueco, y otra, de un navajazo de un traficante marroquí, en el abdomen, si no fuera por Guancho, esa no la hubiese contado.

Se vistió en el salón sin hacer ruido. Cogió una coca cola del frigorífico y, cuando se disponía a salir, sintió una comezón que le roía el estómago, algo parecido a su conciencia. De nuevo, volvió al dormitorio. Sin atravesar el dintel de la puerta, se quedó observando como su pecho subía bajaba, y como sus narinas se abrían levemente con cada respiración. Sonreía liviana, feliz en sus sueños. Tenía un cuerpo devastadoramente atractivo, comprobó con un dolor casi físico. Dudó unos instantes, debatiéndose entre despedirse a la francesa sin más o despedirse a la francesa haciendo la buena acción del año. «Hace un tiempo ni te lo hubieras planteado», se dijo así mismo.

En la mesilla de noche había una fotografía enmarcada, Natalia y su hija, tomada en los jardines de Aranjuez, con la pequeña agachada, cogiendo un puñado de las hojas otoñales que formaban una tupida alfombra en el suelo. En la esquina inferior izquierda, tenía encajada una imagen sacada en un fotomatón, besándose con él, se la habían hecho en Las Rozas Village. Se acercó y la guardó en su chaqueta, no le gustaba dejar rastros. En su lugar, depositó un sobre con 60.000 euros, con una nota dentro que simplemente ponía: para el tratamiento de tu pequeña.

Te estás ablandando, Anthony Nolan, caviló mientras cerraba la puerta sin hacer ruido. No sabía si era bueno o malo.

*

Nolan seguía los pasos de Guancho cómodamente sentado en el asiento del potente cupé, de marca alemana, que habían alquilado en metálico con un DNI falso. En la pantalla de la tablet observaba, sin perder detalle, como su socio saludaba al portero y este entornaba sus ojos de topillo deslumbrado por el sol. Una microcámara de última generación, integrada en el crucifijo que llevaba al cuello, retransmitía toda la operación en directo. También podía oír todo lo que ocurría alrededor de Guancho.

—Buenos días nos de Dios.

—Buenos días, padre, ¿cómo está hoy? ¿Viene a ver otra vez a la Señora D'alexandro? Pensaba que esta semana ya habían comulgado.

Lo dijo despreocupadamente, con una sonrisa ladina que evidenciaba una doble intención en sus palabras.

—La señora ha sufrido una repentina crisis espiritual... y necesita urgentemente de los servicios de un siervo de Dios —respondió Guanchito presto, con un acento raro, a mitad de camino entre canario y el argentino. Improvisó según un guion preestablecido. Habían ensayado algunos escenarios hipotéticos, por si se presentaba el caso de que el portero o algún vecino preguntasen más de la cuenta—. Será cosa de poco, supongo, esa mujer es una santa, un par de avemarías y un padrenuestro.

Eso era de su cosecha, pensó Nolan, que no pudo por menos que sonreír ante la ocurrencia de su camarada. Quizás lo pudiese emplear en trabajos más finos que los habituales.

—Entiendo. No la haga esperar —se dio la vuelta para ordenar el correo en los buzones y antes de que Guancho abriera la puerta del ascensor preguntó —: A propósito, ¿cómo está su sobrina? ¿se ha recuperado? ¿cómo se llamaba esa enfermedad rara que dijo que tenía?

Guancho carraspeó un par de veces. Desde luego que no tenía ni pajolera de idea de lo que le preguntaba. Nolan se mantuvo rígido, expectante, a ver por dónde salía.

—¡Ay! Mejor no pregunte, el Señor se la ha llevado a su reino, estará en el cielo la pobre niña, con los angelitos cantándole dulcemente.

—No sabe cuánto lo siento —el portero salió de su garita y le dio un abrazo fraternal que casi le corta la respiración—. ¿Pero no tenía ya cuarenta años? No sé si estamos hablando de la misma persona...

Anthony obtuvo un primer plano de la oronda barriga y la camisa a rayas, sudada, del buen hombre. Casi podía oler la solución salina que exudaba.

—Para mí siempre será la pequeña de la casa... pobrecita... mi niña.

—Entiendo perfectamente... No sabe cuánto lo siento.

De nuevo le dio un fuerte abrazo.

La sonrisa de Nolan se borró en el momento que el dispositivo dejó de funcionar. Durante unos segundos la imagen y el sonido se perdieron para reaparecer mostrando un plano en perspectiva del ascensor cerrándose con Guancho dentro.

«¡Ostia Puta!», masculló Anthony, «¡Guanchito, Guanchito! ¡Contesta!», gritó llamándolo a través del pinganillo. El merchero ya estaba subiendo hacia la tercera planta. El receptor central estaba tirado en el suelo, conectado al dispositivo de la microcámara. Guancho no podía oír nada de lo que le decía, ni él tampoco.

Nolan confiaba en Guancho como un ciego podía confiar en su perro lazarillo. Era su socio, su confidente en contadas ocasiones, y lo más parecido a un amigo que siempre tendría. Pero, de sobra sabía que, entre sus numerosas virtudes, no se encontraba la de mantener la sangre fría —más bien la cabeza caliente—, ni la entereza y cordura para adaptarse a los cambios. Si las cosas se ponían feas, solía utilizar la violencia extrema.

Le había dicho que nada de golpes, ni tiros, ni navajazos. Por muy mal que salieran las cosas, había que hilar fino en este asunto de Cárdenas.

Aunque llevaba años fuera del ejército, Guancho seguía siendo un militar de los pies a la cabeza; si le dabas una orden obedecía sin rechistar, y la cumplía hasta las últimas consecuencias. Casi siempre. Había un pequeño porcentaje de veces que los fusibles se fundían y hacía lo que le venía en gana. Actuaba por libre sin pensar en las consecuencias. Ese era el porcentaje que preocupaba a Nolan y hacía que las gotas de sudor cayeran por su frente.

«Mierda, tenía que haber entrado con él», se dijo arrepintiéndose de haberlo dejado solo. Si la situación se complicaba, sería como dejar entrar a un elefante en una cacharrería.

Anthony Nolan se encontraba perdido en un dilema. No había forma de avisar a Guancho que no tenía apoyo externo, ni había forma de entrar en el edificio sin que pasase por delante del portero, ni sin que lo grabasen las cámaras a pelo, no tenía ningún disfraz ni nada que se le pareciera. Respiró hondo y bajó pulsaciones. Se daría cuenta de que no tenían comunicación y abortaría. También podría seguir con el plan, era un trabajo fácil, solo estaba la asistenta, que no debía poner excesivos problemas. Y sabían exactamente dónde se encontraban el ordenador y los pendrives. La fuente de Ulises había

especificado el lugar exacto de la caja de seguridad. No había por qué agobiarse, tenían tiempo de sobra.

Evaluaba la situación mientras algunos periodistas se apostaban en su lado de la acera, unos metros más adelante del vehículo. Era algo normal. Dependiendo del día, solían turnarse y hacían guardias a partir de media mañana. Hoy se suponía que tocaba visita a la prisión, querían sacar alguna imagen de la familia a la vuelta. Encendió el motor a ralentí y lo volvió a apagar. La duda lo atenazaba. Había pasado ya más de un cuarto de hora desde que entró, ¿demasiado para Guancho allí solo? Algo había salido mal, se lo decía su olfato. Un cuarto de hora era mucho para un salvaje como Guancho.

En esas estaba, cuando oyó un sonido fuerte y seco, un sonido de revólver, inconfundible para alguien como él, que se repitió otra vez más. Alguien había disparado dos veces, y no había sido su socio, él llevaba una Beretta, que emitía un ruido muy diferente.

Se disponía a salir del coche para ver de primera mano lo que había sucedido y para sacar de allí a su amigo, cuando oyó las sirenas. Por el espejo retrovisor observó cómo se acercaban dos coches patrulla seguidos de un furgón de la Policía Nacional. Al mismo tiempo, una mujer de tez muy morena, ataviada con uniforme y cofia, salió del portal gritando como alma que lleva el diablo. Varios periodistas comenzaron a correr tras ella y otros esperaron la llegada de las fuerzas de seguridad con sus cámaras al hombro. Los reporteros iban a hacer su agosto en una sola mañana de trabajo.

Frunció el ceño, arrancó el coche y se fue de allí echando leches, con el corazón en un puño. «Pintan bastos Guanchito. Algún hijo de puta nos la ha jugado», susurró apretando la mandíbula mientras enfilaba hacia la Castellana cuidando de no pisar el acelerador más de la cuenta.

2014. KURDISTÁN e IRAK

El hombre calvo y corpulento, de mirada torva, entró en el destartado café como si se encontrase en el hall de un hotel de lujo: admirando las alfombras raídas de las paredes, los azulejos desconchados y observando a la clientela con un aire apaciguador. Tenía una fea cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda, la disimulaba con una barba entrecana que crecía rala sobre ella.

A pesar de su aspecto tosco sonreía hacia uno y otro lado, con al rostro relajado, ajeno a las miradas iracundas cargadas de odio que le lanzaban los milicianos desde las esquinas del local. Lo seguía una mujer de pelo corto, ni alta ni baja, vestida en un uniforme caqui sin distintivo militar, de rostro anguloso y con un parche cubriendo el glóbulo ocular derecho, que le daba un aspecto amenazador. Su único ojo, grande y felino, de color oscuro como un pozo sin fondo, escrutaba a su alrededor con suma atención. Parecía tensa, dispuesta a sacar su pistola del cinturón en cualquier momento.

Cerraba la comitiva un soldado rubio y espigado, con atuendo de campaña negro —también sin insignia—, con el semblante rudo, y las mejillas surcadas de pequeñas cicatrices. Mientras andaba mecía su ametralladora entre sus brazos sin quitarle el dedo del gatillo.

Anthony no tenía ni pajolera idea de quiénes eran los otros dos, pero, del guerrero vikingo con la mirada de hielo, no tenía dudas: se trataba de un oficial de Oryzon, la empresa multinacional que hacía los trabajos sucios para el ejército estadounidense y limpiaba mierda a punta pala a lo ancho y alto del globo. La mayoría eran exmilitares y mercenarios cualificados —holandeses, suecos, daneses, chilenos y sudafricanos, principalmente—, con poca conciencia y menos escrúpulos, a los que les pagaban jugosas sumas por matar

y callar.

Guancho, siempre ducho en temas militares, le había contado que la sede principal estaba situada en Carolina del Norte, donde poseían un complejo de formación táctico especializado. Allí se entrenaba a más de 40.000 soldados al año procedentes de distintas ramas de las Fuerzas Armadas, así como de otras agencias de seguridad de varios países. La empresa era el buque insignia de la privatización de las guerras del siglo XXI.

No le gustaba ese tipo ni lo que representaba, tampoco es que él fuera un santo, pero se regía por unos pocos principios —solo unos pocos— que respetaba a raja tabla. Entre los guerrilleros kurdos había oído rumores de las carnicerías que perpetraban al otro lado de la frontera, masacrando poblados enteros del ISIS sin discriminación alguna de edad, sexo o credo. Eso no salía en las noticias, pero ocurría, pensaba Nolan sin quitarle el ojo al mercenario.

El hombre calvo de la cicatriz se acercó a la mesa y le dio un par de palmaditas en la espalda al comandante Safir tendiéndole la mano. Este lo taladró con la mirada y dejó su mano sobre la mesa. La mujer se sentó al lado de Anthony sin apenas mirarle. Al darle un perfil de su rostro, se dio cuenta de dos cosas: que, a pesar de tener un parche, poseía unas facciones armoniosas, y que esa mezcla de belleza enigmática y animal, lo atraía.

La chica intercambió un par de frases muy deprisa con el jefe de los milicianos, su acento era hosco y cerrado. La mujer hablaba con la autoridad propia de quién sabe que no tiene que levantar la voz para que le presten atención.

Su conocimiento de la lengua local era más bien básico, chapurreaba palabras y entendía frases sueltas, por lo que Nolan no supo discernir el origen de su acento. Aunque sí entendió claramente varias expresiones que ambos utilizaban para referirse a ellos: perros occidentales, hijos de satanás, diablos europeos y españoles de mierda. Después de un duro intercambio de golpes, la cosa se suavizó y el coronel Safir paseó su mirada hacia la esquina donde se encontraba la joven guerrillera. Después, se encogió de hombros, como avergonzado.

—Nos vamos —dijo la mujer del parche, dirigiéndose a ellos en inglés con una entonación bronca—. Sin perder tiempo, ustedes vienen con nosotros. Salimos de este local, ahora; con calma y sin hacer aspavientos.

—¿Tenemos otra opción? —preguntó Anthony ganando tiempo para evaluar de qué iba todo aquello—. A la vuelta de la esquina hay una camioneta llena de género... hasta los topes que nos gustaría cobrar...

La otra se levantó moviendo con la cabeza. Miró al hombre de la cicatriz, que habló en perfecto castellano, recrudesciendo su semblante, hasta el momento sosegado:

—Les aconsejo que vengan con nosotros ipso facto, les acabamos de salvar la vida. O pueden quedarse y enfrentarse a esa fiera de la esquina que, al parecer, los quiere despellejar vivos y cortarles los huevos para dárselos de aperitivo a sus perros.

«Hay que joderse. Español», pensó Anthony.

Guancho se levantó decidido al oír lo que pretendían hacer con sus preciados y legendarios genitales —en Melilla tenía fama de ser el tío con más huevos del cuartel, lo apodaban «huevos de oro», literal—. Nolan lo siguió sin dudarle demasiado, consciente de lo delicada que se tornaba la situación y de que, probablemente, se metían en la boca de un lobo mucho más oscura y maloliente de la que se encontraban. Era lo que había, desde que tenía uso de razón, su vida consistía en eso, en salir de una para meterse en otra.

La joven comandante kurda, al parecer nadie le había contado de qué iba todo aquello, se coscó de lo que pasaba y comenzó a gritar como si estuviera poseída por siete demonios. Tuvieron que agarrarla entre dos fornidos milicianos que a duras penas consiguieron desarmarla. La chica logró zafarse de sus compañeros de armas a base de una patada en los cojones de uno y un gancho a la mandíbula del otro. Se abalanzó sobre Guancho como una pantera, blandiendo un cuchillo que le acababa de quitar a uno de los soldados que lo llevaba al cinto. La joven era rápida pero el exlegionario lo fue más. Se echó a un lado, esquivando la puñalada en el abdomen y, al mismo tiempo que le ponía una zancadilla, le dio un mamporro en la cabeza, una buena ostia dada con precisión en la sien, que hizo que su cuerpo cayera a plomo sin moverse.

Nolan se temió lo peor. Consciente de que la situación se complicaría en las próximas décimas de segundo, le dio un fuerte golpe en la tráquea al barbudo que tenía más próximo y se parapetó tras él. Lo agarró fuertemente del cuello con su antebrazo, haciendo tenaza, apuntándole a la nuca con la pistola que escondía bajo el chaleco.

Pudo apreciar como el resto de la comitiva que los había rescatado eran auténticos profesionales. Reaccionaron al instante, como un resorte. El vikingo de mirada asesina apuntaba encorvado, alternativamente, a dos de los soldados que habían levantado sus Ak47, mientras retrocedía hacia la puerta. La mujer de un solo ojo se había desecho del ataque de un gigante seboso de

casi dos metros con un golpe de seco en el abdomen y una certera patada en los huevos. Y, el hombre calvo, apuntaba a la cabeza del coronel Safir, que alzó las manos pidiendo calma a sus secuaces, que esperaban una orden para apretar el gatillo de sus kalasnikovs.

Hubo unos segundos de tensa calma, hasta que la joven soldado comenzó a moverse levemente y a maldecir desde el suelo, bufando en un dialecto ininteligible y escupiendo sangre. Se había mordido la lengua.

Todos respiraron aliviados. Safir ordenó a sus milicianos que bajaran las armas. Nolan, Guancho y sus nuevos captos retrocedieron hacia la puerta, muy lentamente, sin darles la espalda.

Nolan viajaba en el asiento trasero del polvoriento Hummer, entre la mujer del parche y el tipo de la cicatriz. La gente de Oryzon los había maniatado a punta de metralleta, sin demasiados miramientos, apretando fuerte en las muñecas, tanto a él como a su compinche, que iba en el coche que los seguía. Cada vez que el vehículo tomaba una curva se rozaba con la misteriosa mujer, que se tensaba como un alambre al notar su contacto y lo agujereaba con su único ojo.

Hacía rato que habían sobrepasado el puerto de montaña. Bajaban serpenteando la cordillera, ribeteada de un halo plateado en la cumbre, en dirección Suroeste, adentrándose en territorio iraquí hacia Zakho. De vez en cuando, se cruzaban con patrullas kurdas que, tras un breve intercambio de saludos y una comprobación con sus superiores vía radio, los dejaban pasar.

Carreteras y caminos se encontraban atestados de personas que deambulaban solas, las menos, y, en su mayoría, grupitos y familias —principalmente ancianos, mujeres y niños—. Caminaban con la mirada perdida, llenos de mugre y polvo, cargados con las pertenencias que podían llevar a sus espaldas y el sufrimiento de los seres queridos que habían dejado atrás. Huían de la barbarie de la guerra hacia un futuro incierto, un futuro nada halagüeño. Muchos ya eran apátridas sin saberlo, parias del mundo. Algunos se convertirían pronto en carne de cañón y engrosarían las filas de las milicias de la región, de uno u otro bando. Otros, serían tratados como esclavos por los suyos, o pasarían a ser mercancías con las que las mafias traficaban para llevarlos a la vieja Europa, donde serían repudiados como vulgares criminales sin haber hecho otra cosa que sobrevivir. «Pobres diablos», pensaba Anthony Nolan con una pizca de remordimiento que, a veces, solo a veces, lo carcomía por dentro.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren? —había repetido esa pregunta en un par de ocasiones, con el mismo resultado: la omisión tácita de ambos por respuesta. Ante el silencio decidió soltar un chiste fácil para romper el hielo—. Déjenme adivinar... de la patrulla X, o agentes de Shield... Nick Furia y Natasha Romanov, aunque no sé muy bien quién hace de quién.

La aludida le propinó un codazo en las costillas, justo en el sitio donde más duele, lo que hizo que Nolan se encogiera hacia adelante dando un bufido. Ese gesto corroboró su impresión de que estaba entrenada y que tenía los cojones bien puestos.

El jefe de los mercenarios iba delante, rio entre dientes mientras hablaba con el conductor en una mezcla de inglés y holandés, que Nolan enseguida identificó como bóer. «El hijo de puta es sudafricano», caviló.

Tomó la palabra el español de la cicatriz carraspeando con voz pedregosa:

—Anthony Nolan... Menudo pájaro... Ha tenido suerte, le hemos salvado la vida a usted a y su socio, Juan Óscar Becerra, alias huevos de oro, o... Guancho o Guanchito para los más allegados. Espero que lo tengan en cuenta. Menudos pájaros, ustedes dos... —repitió moviendo la cabeza y mesándose el bigote, que llevaba más tupido que el resto de la barba. Hacía años que Anthony no pensaba en Guanchito como en Juan Óscar, desde que los niños de la Atunara le pusieron ese mote por el color oscuro de su piel, primero fue Pancho y después Guancho—. Un Llanito... tiene su gracia... Se crio entre Gibraltar y La Línea, súbdito británico y español, doble nacionalidad... buena mezcla hicieron sus progenitores.

—Hicieron lo que pudieron, no daban para más —repuso Anthony sin amedrentarse.

El otro entornó sus ojos, avieso.

—Empezó sus andanzas traficando con tabaco —continuó el de la cicatriz —, como hacía su padre; siguió con el hachís, como no podía ser de otra forma; y terminó con las mafias que pasan pateras en el Estrecho... como cabía esperar de un tipo de su calaña...

—Personas que buscan una vida mejor —lo interrumpió. No estaba orgulloso de esa etapa de su vida, solo fueron unos meses que se vio entre la espada y la pared para pagar unas deudas, y no tuvo ninguna baja en sus travesías.

—Ya, y usted, como buen samaritano, se aprovechó de ello.

—Otro lo hubiera hecho. Mejor uno de los buenos...

—¿De los buenos?

—De los malos, el menos malo —un brillo herrumbroso asomó en la mirada de Anthony.

—Ahí, hubo un punto de inflexión en su carrera... apuntó demasiado alto y la mierda le cayó encima... Se pasó al tráfico de cocaína y coqueteó con las armas. Trabajó como asesor para las mafias que querían instalarse en la Costa del Sol, como un agente inmobiliario: les buscaba casas, les organizaba fiestas y les presentaba a gente... Es usted toda una joyita, señor Nolan... y no hablemos de Guancho, Guanchito... un tipo violento donde los haya. Exlegionario, licenciado con deshonor por asestarle un navajazo a un superior.

—Se trajinaba a su esposa —aclaró Anthony con un tonito dramático—, la pobre estaba falta de cariño, y Guanchito es como un osito de peluche cuando le coges el punto. El capitán los pilló con las manos en la masa y se volvió loco, no tuvo más remedio que defenderse.

Nolan se encogió de hombros con naturalidad.

El rictus del otro se contrajo en algo parecido a una mueca risueña, pero se quedó a medio camino. Se ajustó las Rayban de piloto para protegerse del sol.

A Nolan le molestaba hablar con una persona sin verle los ojos, siempre valoraba mejor a la gente que lo miraba de frente, sin ocultarse detrás de unos cristales.

—Se criaron juntos en las calles de La Línea —continuó—, pasando tabaco con la banda de su padre, cogiendo fardos de hachís cuando había que ganarse un extra. Amigos de la infancia... Después, Guancho, se alistó en la legión para librarse de un ajuste de cuentas... y usted siguió a lo suyo, labrándose un nombre y una ficha policial... Cuando lo licenciaron, lo reclutó para sus negocios... y desde entonces han sido inseparables.

—Como un matrimonio bien avenido, tenemos nuestros altibajos, pero, siempre nos reconciamos. Y ya sabe lo que dicen de las reconciliaciones... —guiñó el ojo y se llevó otro codazo de la mujer tuerta. Esta vez, se inclinó antes de tiempo, para amortiguar el golpe.

—Vivieron la vida loca, deportivos, yates, fiestas, chicas... —el barbudo continuó; se había aprendido bien la lección. Hilvanaba fino—. Formaban parte de la jet set marbellí, la de baja estofa, pero, hicieron sus contactos aquí y allá... Hasta que la cosa se torció con la mafia rusa y enviaron a dos matones para que cantasen y enviarlos al otro barrio. Algo relacionado con unos envíos de coca interceptados misteriosamente por los colombianos... Los restos de los sicarios aparecieron en un descampado, calcinados; se los estaban zampando unos perros callejeros, con dos balas, una en la cabeza y otra en el

pecho. Y, cuchilladas por todo el cuerpo, actuaron con inquina. Me atrevería a decir que su socio se ensañó con ellos. Ahí se les perdió la pista, se esfumaron... hasta hoy... Tiene su gracia...

—¿Qué le resulta tan gracioso?

—Que dos traficantes de medio pelo hayan prosperado tanto como para terminar asesinando y esconderse en estas montañas...

—No sé de qué me está hablando —mintió Anthony circunspecto. Sorprendido por la precisión de la información. Efectivamente, Guancho entró en trance aquella noche. Cosió a cuchilladas a los dos sicarios suecos que envió Igor el Ruso con intención de eliminarles, antes de que Anthony los rematara con un par de balas para que dejasen de chillar como cochinitos.

—De esto —sacó una carpeta azul de una mochila de cuero y le mostró una ficha de la Interpol con su fotografía—. Hay mucha gente que lo tiene entre ceja y ceja, no se ha ganado muchos amigos, y, eso, a la larga, pasa factura —parecía especialmente divertido, entusiasmado, con los apuntes biográficos.

—A la larga, quizás... mientras tanto vamos tirando con lo que hay.

—Pues vamos a seguir tirando del hilo...

De nuevo una curva cerrada y de nuevo cayó a plomo, a propósito, sobre la chica, quien dio otro respingo malhumorada.

—¿Qué quieren de mí? —inquirió Anthony serio y calmado—. Parecen profesionales, han montado un buen operativo para sacarme de ese agujero. Me atrevería a decir que son representantes... de sus respectivos gobiernos... y, los de delante, mercenarios de Oryzon.

El de la cara picada de viruela se volvió y sonrió con malicia, mostrando una dentadura perfecta.

—Supone bien —afirmó el español—. Un tipo listo... un listillo...

—De usted, no tengo duda, pero de la chica... Estoy entre el Mossad y la CIA.

—Es un aguililla, un carroñero... más bien —replicó de nuevo el de la cicatriz—. Tiene el olfato desarrollado.

—Si no, no estaría aquí, ¿no cree?

—Vamos al grano, dejen de jugar a ver quién la tiene más larga... si les parece, no tenemos todo el día —apremió la mujer, hosca. Hablaba un correcto castellano. Aunque Anthony no supo identificar la procedencia de su acento—. Hay vidas que corren peligro.

—Anthony Nolan, su país le necesita —dijo solemne el español, expirando el aire de sus pulmones.

—No me diga, ¿qué país? —hizo una pequeña pausa— ¿A estas alturas? Muy mal tienen que andar las cosas.

—Sobre todo para usted —replicó el otro taladrándole con la mirada—. Necesitamos su ayuda para capturar a un líder del ISIS. Y, no le quedan más cojones que aceptar.

—¿Un líder del ISIS? —repitió incrédulo Anthony ante el derrotero que tomaba el asunto.

—¿Es usted sordo? —respondió la mujer, enervada, cogiendo la batuta de la conversación—. Un líder del Daesh. Se hace llamar Abdel Aziz, el sirviente del poderoso, un imán, de los más radicales y peligrosos, ideólogo de la política expansionista de esos cerdos terroristas.

—No tengo ni idea de lo que me hablan.

—Usted le ha proporcionado armas —acusó la mujer con desprecio—. Según los kurdos, ha estado vendiéndoles nuestro equipo, el que iba destinado al PKK.

Estaban bien informados. No valía la pena negarlo.

—¿Por qué yo?

—Es uno de los pocos occidentales que le ha visto la cara —respondió ella.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. —Su único ojo lo escrutó con furia. Anthony enarcó una ceja—. Yo era la responsable de la operación para armar al ejército kurdo con equipo israelí y... estadounidense —susurró—. Creíamos que usted haría bien su trabajo... como buen traficante de armas, sin dobleces absurdas, pero no, tuvo que ganarse un extra. ¡Menudo hijo de puta! —espetó iracunda—, si por mí fuera, lo hubiera dejado con los kurdos... y que le cortasen las pelotas.

—¿Es agente del Mossad? No puede decir esas cosas... Mi gobierno se lo tomará a mal...

La aludida miró para la ventanilla resoplando.

—La puede llamar Dana, y es oficial de alto rango del Mossad —certificó el agente español—. Y tiene razones para estar cabreada con usted, Anthony; desde su despacho de Tel-Aviv coordinaba una operación conjunta con la CIA para abastecer a las milicias kurdas, misión que se ha ido al garete por su filosofía de libre mercado. Y, ahora, gracias a su codicia... coordina la misión para apresar a Abdel Aziz sobre el terreno, cerrando el círculo de la vida. Mire por donde, una cosa ha llevado a la otra. Una bonita paradoja.

—Entiendo... —de un cómodo despacho, a un camino polvoriento en mitad

de una guerra, él también estaría muy cabreado—. ¿Y usted que pinta en todo esto?

—En realidad estoy aquí porque... son españoles, al menos eso pone en su pasaporte... qué ironía, ¿no? A los del Mossad y a los de la CIA les pareció bien solicitarnos asesoramiento. En su ficha, pone que está catalogado como una persona peligrosa, imprevisible y con una moral algo laxa. Tuvieron la deferencia de preguntar antes de abordarles por su cuenta; por supuesto, les comenté que nosotros haríamos que colaborase de buena gana, y, así, de paso, nos deberían un favor. En mi mundo los favores se devuelven de una u otra forma...

—¿A quiénes se refiere con nosotros? —preguntó Anthony digiriendo la información a marchas forzadas.

—Al CNI —hizo una pausa un tanto melodramática—. Puede llamarme Ulises, soy jefe de operaciones del Centro en Irak. Mire, Anthony, los tenemos cogidos por los huevos, más les vale que lo hagan fácil.

Sonaba a amenaza seria.

—Entiendo.

—No, no entiende ni una mierda, pero lo hará... —contestó calmado—, se lo aseguro. Nos dirigimos hacia Mosul, las armas que les vendieron al ISIS tienen un geolocalizador. Necesitamos que identifique a Abdel Aziz.

—¿Y qué gano yo si les ayudo?

—Su vida, la gratitud de su país y la mía... Y su dinero en Suiza —dijo modulando una sonrisa lobuna.

Anthony Nolan se limitó a emitir un acuse de recibo con un leve parpadeo. Una sola vez. Si sabían lo de la cuenta en Suiza, sí que estaban realmente jodidos, caviló con un hormigueo en el estómago.

Llevaba horas sin probar bocado, pero, en ese momento, sintió unas ganas irrefrenables de vomitar y, a duras penas se contuvo, manteniendo un registro inexpresivo, con la mirada perdida en el ocaso del día. La cuenta de Zúrich era su seguro de vida y su jubilación anticipada, la suya y la de Guancho.

Los habían recogido al Sur de Zakho, en una colina, cercana a un meandro del río Jabur. Volaban alto, en un viejo Chinook; un rescoldo del ejército americano al que le habían quitado los distintivos militares y que había pasado a manos de la gente de Oryzon.

Los hijos de puta rastrosos no iban de farol. Efectivamente, habían bloqueado su cuenta de Suiza. Cuando se ponían de acuerdo la CIA y el

Mossad —y el CNI— debían ser bastante persuasivos. Se habían movido rápido, tocando no pocos resortes para bloquearles el dinero. Al principio, tenía la esperanza de que fuese una treta para amedrentarles; pero, no, no lo era. Le desataron las manos y le dieron su móvil para que pudiera comprobarlo por él mismo. Casi se arroja por la ventana del helicóptero. Hizo una llamada a su abogado que, llorando a lágrima viva como un niño, le dijo que se habían plantado en su despacho varios agentes de la policía nacional con una orden judicial y estaban poniendo patas arriba todo el bufete.

No le quedó más remedio que aceptar. Los tenían bien pillados.

Cuando se lo dijese a Guancho se iba a cabrear de lo lindo. Lo mejor sería esperar a que todo este asunto pasara, se decía para sus adentros. El merchero viajaba en la parte de delante, marcado con un corte no muy profundo en la sien, todavía maniatado, escoltado por tres gorilas y el tío de la viruela que respondía al nombre Hans. Apenas habían intercambiado un par de miradas circunstanciales, de «esto es lo que toca».

Era ya noche cerrada cuando abandonaron la provincia autónoma de Dohur, todavía dentro del Kurdistán, y entraron en espacio aéreo iraquí de facto. Un espacio que en tierra controlaba el ISIS y, que, el recién formado gobierno iraquí quería recuperar a toda costa. Con la ayuda de los Estados Unidos. Los americanos habían enviado un importante contingente de asesores militares que estaban desplegados por la zona. Intentaban lo imposible, contener una marea que se extendía por todas direcciones, como un virus letal en un organismo enfermo. Un virus, que muchos decían que había inoculado Occidente, con su prepotencia, sus guerras sin sentido y sus intereses económicos.

Viraron hacia el Oeste bordeando el territorio conquistado por los insurgentes, dejando atrás el cauce plateado del Tigris y tomando altura. Aunque el Estado Islámico, en teoría, no poseía medios como para derribar un helicóptero a oscuras, sí que había muchos hijos de puta sin escrúpulos por ahí sueltos —como Anthony y Guancho—, vendiendo tecnología al mejor postor. Cualquier precaución era poca.

Dana y Ulises no paraban de hablar por el móvil en susurros amortiguados por el ruido de los rotores. Al coger altura, respirar un poco de aire fresco y perder cobertura, dejaron que los aparatos descansasen. Guancho se giraba y lo miraba de vez en cuando con una costra de sangre reseca cubriéndole medio rostro. Nolan, utilizando su particular código de señales, primero, asentía para tranquilizarlo y después negaba con la cabeza para que no hiciera ninguna

tontería. Parecía un animal acorralado, maltratado y herido. Peligroso.

Llegaron a la base de Qayyarah, al sur de Mosul, bien entrada la madrugada. A lo lejos, advirtió varios fogonazos iluminando la noche. También se oían truenos retumbando, como un eco siniestro. El complejo se encontraba a unos escasos quince kilómetros de la zona de guerra en la que se libraban los encarnizados combates, a las afueras de la ciudad.

A pesar de las horas, se percibía mucha agitación en las instalaciones. Había varios helicópteros con el motor funcionando a ralentí, pilotos dispuestos y soldados perfectamente pertrechados, con sus quince kilos de equipo, subiendo a la panza del artilugio con el semblante sombrío.

Los llevaron a un barracón apartado del resto. Ondeaba al viento la bandera de Oryzon, mimetizándose con la noche. A empujones, fueron escoltados a una habitación pequeña con dos catres, un wáter y un lavabo. Por fuera, cerraron la puerta con llave.

—¿Qué quieren estos hijos de puta? —exclamó Guancho nada más quedarse a solas.

—Ya lo ves... gente de Oryzon... —evitó la respuesta para descansar unos minutos, dilatando el enfrentamiento.

Nolan hizo varios ejercicios de estiramientos antes de tumbarse en la cama y dar un resoplido, evaluando interiormente si debía contarle toda la verdad.

Guancho se limpiaba la herida en el lavabo con una toalla y un poco de agua maldiciendo en alto.

—¡Qué coño quieren, Tony! —exclamó finalmente exasperado, crujiendo sus nudillos—. Cagoendios... si voy a tener que partirme la cara para que hables, mariconazo...

Nolan se incorporó brazos en jarras.

—Quieren que los ayudemos a encontrar a un terrorista del Daesh — anunció suave —, al parecer el tipo al que le vendimos las armas, el sirio ese del valle... es un pez gordo, un imán. Abdel Aziz, el que sigue al iluminado o algo así... Y somos los únicos occidentales que le hemos visto la cara, eso dicen... fijate que suerte la nuestra, Guanchito.

—¿El pastor de cabras? —preguntó volviéndose hacia el espejo, sorprendido—. Joder, tengo la cara echa un Cristo... Ese viejo enclenque debe tener por lo menos sesenta años, ¿estás de guasa?

—No creo que ese anciano medio cojo sea ningún líder yihadista, ese pobre diablo parecía un mandado. Pero, los kurdos les han dicho otra cosa, y estos parecen que se lo han tragado... y han pagado un dineral por salvarnos,

que es lo que cuenta.

Guancho bufó como un toro antes de salir al ruedo.

—¿Qué vamos a hacer? No tenemos ni puta idea de quién es ese tipo, Abdul de Asís o cómo cojones se llame.

—Tú pórtate bien y sígueme la corriente, algo se nos ocurrirá.

—No me gusta esta gente, deberíamos largarnos a la primera oportunidad.

A Nolan tampoco le gustaban, sobre todo el de la cara picada de viruela. Le daba repelús, le incomodaba su sola presencia.

Se cuidó de ocultarle lo de la cuenta en Suiza. Además, les habían quitado el dinero que llevaban encima, los móviles y los pasaportes. Y estaban en Irak, en medio de una cruenta guerra, en un terreno que no conocían. Se encontraban a su merced. No le convenía agobiar más de la cuenta a su compinche.

—Escapar no es una opción, Guanchito —sentenció—, ya vendrán tiempos mejores.

Guancho se tumbó en su futón y se tiró un par de sonoros pedos antes de respirar hondo.

—Esa chica...

—¿Qué le pasa?

—Creo que no te quita el ojo de encima.

Nolan no tuvo más remedio que esbozar una tenue sonrisa. Guancho era un hijo de puta redomado, pero, lo tenía de su parte.

A la mañana siguiente, después de una ducha, un cambio de muda y un desayuno enlatado, los reunieron a en una sala llena de paneles que funcionaba a modo de centro de mando. Mostraban imágenes aéreas que enviaban los drones que sobrevolaban la zona de guerra y vídeos de las cámaras que portaban los marines en sus cascos. La guerra 3.0, en vivo y en directo, como si se tratase de un videojuego o el montaje de una película de Hollywood.

Las bombas inteligentes, guiadas por control remoto o por los láseres de los soldados que marcaban los objetivos en tierra, se acercaban al blanco — un convoy, una casa, una fábrica—, que se tornaba cada vez más y más grande, hasta que desaparecía de la pantalla dejando paso a un negro absoluto. Unos pocos marines, junto a las inexpertas tropas iraquíes, plagadas de reclutas sacados de poblaciones remotas —que ni sabían por qué estaban allí matando a sus semejantes—, peleaban en las calles en una lucha encarnizada. Una guerra de guerrillas en la que avanzar un metro o tomar una calle, costaba varias vidas de uno y otro bando.

Hans observaba sonriente al fondo, deformando su cara con una mueca, mientras tomaba una coca cola y prendía fuego a un enorme puro. Ulises estaba a su derecha, moviendo la cucharita de su café, su rostro denotaba cierta tensión y cansancio. Guancho, a su izquierda, inquieto, movía las manos y miraba hacia un lado y hacia otro como un animal enjaulado. No le gustaban los espacios cerrados y menos en compañía de desconocidos. Dana estaba sentada al otro lado de la mesa, vestida con ropa de camuflaje —sin distintivo—, ojeando fotografías aéreas y mapas de la zona. De vez en cuando, lo miraba de soslayo, como si no quisiera hacerlo. Algo instintivo. Su ojo relucía de un modo diferente, menos agresivo, más amistoso.

Tras consultar su móvil por enésima vez, ella fue la que finalmente tomó la palabra.

—La CIA acaba de autorizar la operación —todos en la sala se volvieron para mirarla. Tenía algo especial, pensó Anthony, y no era el único que se había dado cuenta. Hans la desnudaba con cada vistazo que le daba, sin ningún tipo de tapujos y sin ocultar esa sonrisa auto complaciente de su rostro—. Vamos a cazar a Abdel Aziz, la jota de picas, la única carta de la baraja que no tiene rostro.

Hizo una seña con la mano levantada a uno de los técnicos de la sala. Un tipo con gafas, alto y rosado, con cara de buena gente, de Ohio o Montana, que manejaba dos teclados y varios de los paneles al mismo tiempo.

En la pantalla central apareció la imagen en vivo que retransmitía un dron de última generación. Sobrevolaba el terreno desértico a más de dos mil pies, según el indicador de la derecha. Una mota oscura en el azul del cielo. Mostraba lo que parecía una aldea de unas cincuenta o cien casas desparramadas en torno a un par de calles centrales, y una plaza con una fuente flanqueada por un racimo de palmeras. El asentamiento se emplazaba en mitad de una zona árida y baldía, sin vegetación, con un enorme uadi al suroeste.

Conforme el operador hacía zoom, se percibían pequeños puntos que se movían de un lado a otro como hormigas: personas, los habitantes del poblado en sus quehaceres cotidianos.

—El objetivo se encuentra en este complejo —dijo señalando con el índice—. Amplíe, por favor. —a un golpe de teclado del técnico, la lente del dron enfocó el área que la agente del Mossad requería, agrandando la imagen hasta distinguir la ropa blanca tendida en las azoteas de los edificios de planta rectangular—. Uno de nuestros confidentes se ha acercado lo suficiente como para asegurarnos que los cabecillas del Daesh han montado su cuartel general

en ese edificio de dos alturas. Atacaremos a esos perros de inmediato. Antes de que se nos escape nuestra presa. Hay un campo de entrenamiento al Oeste, ahí crearemos la distracción. Las armas se encuentran en este almacén anexo... este, justo aquí —señaló de nuevo con el índice.

La mujer hablaba con determinación, estaba acostumbrada a dar órdenes, pero, había algo más. En su mirada se atisbaba una chispa de odio, un destello de ira que enardecía su discurso. Hizo una pausa para escrutar a los presentes con su único ojo, Nolan sintió que sus miradas se cruzaron durante un par de segundos.

—¿Qué tipo de distracción? —preguntó Anthony vacilante, ya que todo el mundo asentía con la cabeza; menos Guancho, que jugaba con un mondadientes en la boca, y él, cuyo ritmo cardíaco se había acelerado ostensiblemente conforme discurría la charla.

La oficial del Mossad torció la cara, dibujó un gesto brusco con su mandíbula y frunció los labios. Parecía contrariada por la interrupción.

—Nuestro Gran Hermano, nuestro Reaper —aclaró, se refería al dron que les suministraba las imágenes—, lanzará un misil al arsenal del campo de entrenamiento, y aprovecharemos el caos para coger a Abdel Aziz. Aterrizaremos a un par de kilómetros de la aldea, detrás de estas colinas, los hombres de Hans nos darán cobertura —el aludido sonrió sin dejar de mascar chicle—. A las nueve en punto comenzará la fiesta, todos están invitados —muecas en forma de sonrisas taimadas—, y a esa hora debemos estar preparados para entrar en el recinto, apresar a Abdel Aziz y avisar a los helicópteros para que nos recojan en el punto de extracción cuando lo tengamos. Dispararemos a matar, pero a Abdel lo queremos vivo, ¿entendido? Nuestros amigos españoles se encargarán de identificarlo.

Guancho dejó de morder el palillo y observó de reojo a Nolan, que aparentaba tranquilidad, a pesar de las circunstancias y de tener el corazón desbocado. Todas las miradas se volvieron hacia él.

—Espere un segundo... pero, si no he entendido mal, ¿están pidiendo que dos civiles vayan a una zona de guerra? Con toda esta tecnología, creo que podemos identificar al objetivo desde aquí.

Hans soltó una sonora carcajada. Ulises lo taladró muy serio, a todas luces cabreado, y Dana negó con la cabeza.

—¿De qué tiene miedo Señor Nolan? —preguntó la mujer.

—Miedo... no es la palabra, pero sí le tengo aprecio a mi pellejo.

—Entiendo que en el Kurdistán también le tenía aprecio.

Anthony vaciló.

—Eso eran negocios, esto... es meterse de lleno en un avispero... una guerra. Es cosa de soldados entrenados o... de mercenarios. No es cosa de civiles.

—¡Civiles! —rió Dana con una carcajada—. Me han dicho que ustedes dos son poco dados a la civilización.

—Depende de las circunstancias —musitó Nolan, consciente de que poco o nada iba a conseguir.

—¡Basta! —gritó Ulises dando un manotazo sobre la mesa—. Vosotros dos vais donde yo diga... Teníamos un trato, señor Nolan, no hace falta que se lo recuerde. Si no son de utilidad, los volvemos a dejar en las montañas con sus amigos los kurdos, como civiles.

Nolan y Guancho se miraron, y, sin decir nada más, ambos asintieron con la cabeza, mansos como dos corderitos.

—De acuerdo —cedió Anthony—, los acompañaremos y después nos despediremos como buenos amigos.

—Así me gusta —dijo Dana cerrando la conversación—. Señores, vayan a descansar y a ultimar detalles, los quiero preparados y listos para partir mañana mucho antes del alba. Es sabandija no suele estar mucho tiempo en el mismo sitio, no queremos que se nos escape.

Anthony Nolan caminaba con Ulises por el perímetro de la base, dando un paseo, estirando piernas y haciendo patria, con Guancho unos metros por detrás mascando tabaco y mascullando para sí maldiciones e improperios varios. El sol se ponía en el horizonte creando un caleidoscopio de naranjas y morados que hacían del cielo un escenario de fantasía, de no ser por el ruido de las bombas y los disparos que no habían cesado durante todo el día, y que tampoco lo harían durante la noche.

—¿Vendrá con nosotros? —preguntó Anthony tirando un palito a la alambrada que circundaba el recinto.

—Por supuesto, me juego mucho en esto. Si la cosa sale bien, lo mismo dentro de unos meses vuelvo a Madrid.

—Esta misión es su salvoconducto.

—Lo ha pillado... Estoy harto, asqueado. Esta guerra es una puta locura, una sinrazón, como todas las guerras, ya ve lo que hay: muertos y miseria por todos lados. Y es una hidra que creamos nosotros mismos, occidente... y nosotros tendríamos que acabar con ella. Es nuestro deber, pero, ya ve lo que

hay... nadie tiene cojones de enviar tropas —Anthony le dio la razón asintiendo con la cabeza. A él le importaba un carajo occidente y la hidra de siete cabezas, lo único que pensaba era en cómo salir del embrollo en el que se había metido—. El Estado Islámico... toda acción tiene una reacción... A esta gente le pusimos una soga al cuello y tiramos de la cuerda. Es normal que se revuelvan y pataleen, y que nos caiga el meado y la mierda. Olemos mal. Derrocamos a un demonio, a un sátrapa, un ególatra, pero, al menos ponía orden en las cosas. Quitamos a los Suníes y llegaron los Chiíes, unos apoyados por los iraníes, otros por Arabia y los Emiratos. Se odiaban desde hacía siglos, y nosotros sin enterarnos... —su mirada se desvanecía en el ocaso, buscando respuestas que no llegaban, entre sombras que comenzaban a alargarse difuminando en gris el ocre del desierto—. Fíjese donde nos ha llevado la Primavera Árabe, al caos y a la barbarie.

Ulises siguió su perorata durante un buen rato. Nolan escuchaba impertérrito las divagaciones filosóficas del agente del CNI, se perdió entre las líneas de parentesco del profeta y los movimientos geopolíticos en el actual escenario internacional. Le venía al paio quién se matase en ese rincón perdido del mundo, mientras no fuera él uno de los que cayera.

—En la aldea... hay civiles, mujeres y niños —continuó Ulises, cambiando de tema—. Espero que la cosa no desvaríe, no me fio un pelo de ese Hans y sus hombres, estén atentos.

Nolan sacó un paquete de cigarrillos Camel, le ofreció uno a Ulises. Cogió una caja de cerillas del bolsillo de su chaleco y con un fósforo prendió fuego a los dos pitillos. Al otro lado, a unos cien metros de la valla se adivinaban los restos calcinados de varios coches y camionetas, un rescoldo de un ataque frustrado a la base un par de semanas atrás. El Estado Islámico se acercaba cada vez más, podían sentir su aliento fétido y putrefacto. El teatro de operaciones se estrechaba.

—¿A qué se refiere?

—He oído cosas de ese tipo, cosas que hacen que a uno se le revuelvan las tripas, después de tantos años... Dicen que le gusta matar, por placer.

—No es el primero que conozco, ni será el último... Lo que me importa es que nos saque de allí con vida y no metidos en una bolsa.

—Es bueno en su trabajo, lo hará, le pagan muy bien —Ulises asintió circunspecto.

—¿Entonces?

—Estando el Mossad y la CIA de por medio, cualquiera sabe lo que puede

pasar.

El espía frunció los labios con un rictus de censura. Estaba claro que no merecían su aprobación. Ulises sacó una petaca de uno de los bolsillos laterales de su pantalón y le dio un trago. Se la pasó a Nolan que no le hizo ascos.

—Su oficio es saber —dijo Anthony.

—En eso tiene razón —rio entre dientes.

—¿Qué hace el Mossad coordinando una operación de la CIA en Irak?

El otro hizo una pausa. Chasqueó la lengua.

—El Mossad tiene ojos por todo Oriente Medio y, por todo el mundo si me apura. Pero, en este caso concreto, necesitan a ese puto árabe para canjear a unos rehenes... Hamas ha secuestrado a dos soldados hebreos y quiere cambiar cromos: dos por cincuenta prisioneros palestinos. El gobierno israelí no está muy por la labor de negociar soltando a terroristas, y le ha pedido ayuda a la CIA para coger a ese condenado Aziz y tener un as en la manga con el que presionar.

Las piezas encajaban, suaves, sin necesidad de forzarlas.

—¿Por qué precisamente ese hombre? —inquirió animándole a hablar.

Ulises dio una larga calada a su cigarro antes de responder.

—Es palestino, se crio huérfano en las calles de Gaza. Una infancia dura, jodida. Lo adoptaron los extremistas. El cuento de siempre, violencia y pobreza. Se formó en las filas Fatah y lideró una de las facciones más radicales durante años, bajo el amparo de Arafat... atentados en Israel, Líbano, secuestro de aviones. Todo el repertorio. Se dice que estuvo detrás del grupo Septiembre Negro. Y que lideró la cúpula de Hamas en sus inicios. Cuando vinieron los del ISIS, se marchó a hacer la guerra por su cuenta a Siria. Aun así, después de tanto tiempo, siempre lo hizo en la sombra, sin dar la cara. Un tipo astuto. Los israelíes le tienen ganas, los ha burlado durante mucho tiempo, décadas.

—Entiendo —Anthony le dio otro trago a la petaca, lo reconfortó por dentro. Lanzó una mirada inquisitiva a su interlocutor—. ¿Y Oryzon?

—El gobierno estadounidense no quiere ensuciarse más las manos en esta guerra —matizó haciendo un mohín de desagrado—. Es la política del premio Nobel de la paz, del Obama este que tenemos de adalid del buenismo universal. Delega las operaciones encubiertas a los chacales de Oryzon, que la lían parda cada vez que salen a dar tiros, digamos que tienen un gatillo fácil, lo de las operaciones quirúrgicas no va con ellos. No se dan cuenta de que por

cada inocente que matan aparecen cinco guerrilleros insurgentes: hermanos, primos, amigos... Una guerra sin fin, una hidra de mil cabezas... a las puertas de la vieja y autocomplaciente Europa. A este paso, terminaremos orando en las mezquitas los domingos por la mañana...

Nolan le rio la gracia, mirando a Guancho de reojo, que seguía a lo suyo.

—Dana... parece muy implicada en la misión... diría que se lo toma como algo personal —terció Anthony.

Cambiaron una mirada significativa. Ulises tiró la colilla y la aplastó bajo el peso de su bota. Metió las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero, la temperatura bajaba rápidamente, el contraste térmico era de unos veinte grados en esa época del año entre el día y la noche. Nolan apuró una última chupada al cigarrillo, pensativo. Guancho seguía unos metros más atrás, dándole patadas a las piedras y olisqueando el aire como si fuera un sabueso.

—He visto las miraditas que le echa, tenga cuidado con ella. Es una espía, y los espías no somos de fiar, siempre tenemos intenciones ocultas —advirtió haciendo un alto en el borde meridional del campamento. Habían llegado a una torreta. El soldado de guardia les hizo un gesto desde las alturas para que se alejaran y emprendieran el camino de vuelta. Desde allí se veía el Tigris, como una serpiente de reflejo plateado, el mismo río que bañaba las riberas de Cizre—. Uno de los militares que tienen prisionero los palestinos es su hermano menor, así que no la cague.

Nolan asintió sin decir nada, preocupado. Un asunto personal. Eso siempre empeoraba las cosas.

Guancho se acercó a ellos dando grandes zancadas, torció la boca y sin parar susurró:

—Va a cambiar el tiempo, se avecina tormenta —anunció con mirada torva de tahúr, aflorando una parte de su sangre gitana—. Me duele la cicatriz de la rodilla —escupió tabaco negro, balanceó un poco las manos, se subió el cuello de su guerrera y continuó su camino hacia los barracones en solitario.

—Supongo que iremos armados —añadió Anthony siguiendo la estela de su socio.

—Supone bien —certificó Ulises.

2018. MADRID, INSTALACIONES DEL CNI

Mateo Salazar, alias Ulises, coronel de brigada en la reserva y jefe de la División de Operaciones del CNI, movía el pie intranquilo, recostado en su mullido sillón de cuero. Sudaba profusamente dentro de un traje de corte italiano. Se levantó, mordió un extremo del habano y, con una cerilla larga, lo prendió.

Observaba como corrían los caballos por la curva del hipódromo, visible desde su despacho de la penúltima planta. Chupó fuerte y exhaló hasta que las volutas ascendieron hacia el techo. Abrió la ventana un poco para ventilar, no fuera que la jodida zorrilla petulante entrara en la habitación y le echase la bronca por fumar.

La operación fue un completo desastre, se la habían jugado a él y a sus hombres. Y no se mostraba ningún reparo en restregárselo por la cara. El maldito Cantarejo tenía a todo el mundo cogido por los huevos. Había rumores de que escondía grabaciones que harían tambalear a medio gobierno —y parte de la oposición— si salían a la luz. Por ahora, era casi intocable. El otro medio, con la Vicepresidenta a la cabeza, le había pedido extraoficialmente, y encarecidamente, que recuperase los pendrives de un modo sutil, sin llamar la atención y sin comentarlo con sus superiores.

Lo tendremos en cuenta para un futuro próximo, le dijo la enanita zumbona; y él picó el anzuelo, imaginándose en el sillón de arriba, dirigiendo La Casa —un sillón que le pertenecía por derecho después de más de veinte años jugándose el pellejo—. Contactó con su viejo camarada de armas, el comisario Cantarejo, para preparar una operación conjunta —sabía de buena tinta que tenía al chófer de Cárdenas en nómina—, ajeno al juego de sombras y lealtades que se traía entre manos. El comisario tenía otras opciones, y él sin

saberlo. Hay una guerra de poder dentro del gobierno y esta vez estamos en bandos opuestos, lo siento, viejo amigo; le dijo con esa sonrisa socarrona que le salía de dentro cuando se sabía ganador.

¡Hay que joderse! ¡Un policía ninguneando a todo un jefe de División del CNI!

Por ahora, no le iban a apretar las tuercas a Guancho, su rol en la trama era el de cabeza de turco ocasional, pero, lo tendrían bajo custodia como garantía de buen comportamiento. Pasaría una temporadita en la cárcel hasta que las aguas volviesen a su cauce. El tipo era duro, vieja escuela, no había soltado prenda. Se hacía el loco, que, por lo visto, era algo que se le daba muy bien.

A la prensa le habían soltado que todo el asunto —asalto, intento de robo y posterior circo— era obra de un chalado, un exlegionario con la chaveta perdida que quería hacer la guerra por su cuenta. Un justiciero perdido de la mano de Dios. Versión que no iba desencaminada del todo.

Esos hijos de perra habían ganado una batalla, pero no la guerra, pensaba Ulises apretando los dientes. Ya habría tiempo de devolvérsela a Cantarejo. Ellos habían perdido un peón. Ese Guancho podía ser una baja perfectamente asumible para él, pero no para Anthony Nolan.

El llanito cabrón llevaba tres días desaparecido, sin dar señales de vida, escondido en algún agujero. Seguro que buscando un chochito que lo calentase, cavilaba Ulises, cada vez más subido de revoluciones. Hasta ahora, nadie era capaz de dar con su paradero. Confiaba en que tarde o temprano aparecería; le tenía demasiado aprecio a ese Guancho, y, además, todavía creía que tenían bloqueada su cuenta en Suiza y que le daban pagos a cuenta gotas. Pobre infeliz, cuando se percatase de que trabajaban por amor a la patria, por algunos miles de euros de los fondos reservados... pondría el grito en el cielo, y quizás sería el momento de silenciarlo. Era un canalla que le caía bien y al que tenía aprecio, pero, a veces mostraba esa mirada insondable e imprevisible, como si tuviera planes propios y otras opciones aparte de la suya. Eso lo inquietaba, y él ya no estaba para sustos.

Cogió la foto enmarcada en la que aparecía junto a su esposa y su hija en la boda de su sobrina. Por asociación de ideas de sus retorcidas neuronas, recordó la visita al lupanar de la carretera de La Coruña donde se había autoexiliado Nolan, con su compinche, a la vuelta de su periplo asiático. Ese hombre lo seguía sorprendiendo, era capaz de adaptarse a cualquier entorno, tenía un don para saber estar sin desentonar tanto en la recepción de la embajada estadounidense como en una reunión clandestina de traficantes

colombianos y mafiosos rusos. «Al fin y al cabo, quizás no sean tan diferentes los unos de los otros», pensó modulando una sonrisa sardónica.

El himno de España tronó en su móvil.

Tenía asignada esa melodía a dos personas, a sus jefas: a la Vicepresidenta y a la recién nombrada Directora del CNI —la zorra petulante, como él la llamaba—, que sustituyó al viejo Adolfo tras lo de Venezuela. La Zorra Petulante había sacado al Viejo Zorro del gallinero en un visto y no visto. Eran dos ejemplares de *canis lupus* muy diferentes entre sí. Adolfo, cuanto lo echaba de menos, él si entendía lo que era La Casa y de qué iba esto de espiar, extorsionar, asesinar y estafar. Para defender a la patria. España, una, grande y libre. Con dos cojones.

Posó su mirada en la pantalla del móvil. Se trataba de la Directora, dejó que el aparato siguiera sonando y vibrando, encolerizado, dando saltitos sobre la mesa.

La Vicepresidenta también se encontraba en el edificio, sus pajaritos se lo habían contado nada más poner un pie en suelo sagrado. Pondría la mano en el fuego porque estaría en su despacho, echando humo interiormente con el chasco de los papeles de Cárdenas. Ya le había tocado una buena bronca de la Enanita Zumbona.

¿Se lo estaría contando a la Zorra Petulante? No lo creía probable, pero, si no era así, para qué diantres había venido a La Casa. Solo había ido una vez, el día de su reciente nombramiento. De nuevo, sintió cómo le chorreaba el sudor por la frente. Se secó con un pañuelo de seda y agarró la petaca dándole un trago largo. Un buen whisky de malta siempre reconfortaba por dentro. Se sentía como un equilibrista caminando por la cuerda floja, entre los bordes de un abismo sin una red en el suelo que amortiguase la caída. Un nuevo traspié lo pondría en una situación muy delicada

Otra llamada, esta vez del Jefe de la División de Inteligencia. Aquiles, el otro héroe griego de la *Iliada*. Sus alias se los había puesto el Viejo Adolfo en un alarde de ingenio. Qué pesado, Aquiles siempre con sus divagaciones y sus informes kilométricos. Un tipo inteligente, aunque inseguro. Adolfo lo tenía en alta estima; él no se explicaba por qué. En los últimos años, su gente estaba ganando enteros a costa de la División de Operaciones. Eso lo repateaba, quienes realmente se jugaban el cuello, eran ellos: los guerreros, los agentes de campo. Eran ellos los que limpiaban las alcantarillas y desratizaban cloacas del estado del puto bienestar. Los verdaderos guardianes del orden.

El móvil, no dejaba de sonar. ¡Redios! No podían dejarlo tranquilo

mientras fumaba su puro y reordenaba sus ideas. ¡Que les den por el orto! Dejó que siguiera sonando. De nuevo Aquiles. Aunque era un buen tipo y se llevaban razonablemente, no estaba de humor para sus ocurrencias y teorías conspiranoicas —a veces incluso llevaba razón—.

Les devolvería la llamada dentro de un par de minutos, les diría que estaba cagando.

Volvió su mirada al hipódromo. Con el dinero que le birlaron a Nolan se había comprado un semental que mamporreaban cada semana en la Zarzuela, un antiguo campeón retirado. El muy cabrón se follaba a yeguas a las que les doblaba la edad, como él hacía últimamente.

Adolfo se había llevado la otra mitad del dinero de Nolan; los de la CIA, previo pago, les dieron manga ancha y aprovecharon su oportunidad para desviar el resto de la pasta de esos infelices a unas cuentas de las Caimán.

Otra vez sonó el himno patrio y esta vez no era la Directora. A la Vicepresidenta todavía no se atrevía a ponerle el capote ni hacerle una media verónica. Podía terminar con una buena cornada fuera de la plaza.

Dos llamadas seguidas de sus dos jefas directas. Y de Aquiles. Algo grave sucedía, y no podía ser nada bueno. Contestó ipso facto.

«Suba al despacho ahora mismo», y la Enanita Zumbona colgó sin más.

2018. EL SAHEL, ALGÚN LUGAR EN LA FRONTERA ENTRE MALI Y NÍGER

La macabra escena se retransmitía en directo vía YouTube, utilizando una cuenta creada ad hoc a través de una red de servidores zombis distribuidos por Rusia, China, Venezuela, Irán y Corea. Cuatro sujetos dispuestos en fila, arrodillados, con un mono naranja y maniatados con bridas negras, miraban al frente con una capucha negra cubriéndoles la testa. Uno de ellos cayó al suelo, a plomo, comenzó a convulsionar y a jadear. Detrás, una enorme bandera negra, con las siglas del Estado Islámico, colgada de una cochambrosa pared de barro y adobe. Se trataba de un plano fijo, la cámara estaba dispuesta sobre un trípode. No había nada más que identificase el lugar, a excepción de la luz natural que entraba oblicua por uno de los laterales.

Apareció en la secuencia un hombre delgado y fibroso, ataviado con ropa militar de camuflaje, con un turbante negro a la cabeza. En la franja de su rostro que no cubría la tela, se adivinaba una tez morena curtida por el sol. Comenzó a hablar en árabe. Sus ojos eran azules y su mirada tranquila, como un estanque en calma, y a la vez dura como el acero pavonado.

El Estado Islámico está en el Sahel y hemos venido para quedarnos, con la intención de hacer la yihad y ayudar a nuestros hermanos a expulsar a los infieles de esta, nuestra tierra sagrada para los verdaderos creyentes. Hemos secuestrado a estos demonios occidentales que, con sus acciones y su sola presencia, pervierten la verdadera fe y desafían al Altísimo.

El hombre hizo una pausa y se situó detrás de los sujetos con la capucha negra y el mono naranja. Tiró bruscamente del que se había caído, ayudándole a recuperar su posición original. Uno tras otro, les fue quitando el capuz, mostrando a la cámara sus caras demacradas, ojerosas y vacuas, llenas de

hematomas y sangre. Había dos chicos y dos chicas muy jóvenes, de veintipocos años.

En la red se sucedían los comentarios, aumentando exponencialmente con cada nuevo fotograma. Las visitas subían a cientos de miles en pocos segundos, y comenzaban a circular los rumores sobre la identidad de los rehenes.

El hombre empujó a una de ellas, una chica con el pelo greñoso, que, con voz ronca y temblorosa, sorbiéndose sus mucosidades, habló en perfecto castellano:

Hemos sido secuestrados por el Estado Islámico. Si dentro de una semana la ONU no retira a sus soldados de los territorios de Mali, Níger, Burkina Faso y Nigeria seremos decapitados en directo por nuestros captores. Por favor, ayúdenos.

Su ojo izquierdo estaba hinchado y el labio, partido en dos. Tenía una costra de sangre seca y sucia, parduzca, desde la sien hasta el mentón. Su rostro tumefacto, bello y armonioso en otras circunstancias, se deformó aún más, en una mueca contrita que era la viva imagen de la desesperación. Tras un breve silencio, emitió varios sollozos terminando en un llanto desconsolado de terror.

En ese momento, YouTube cortó la emisión.

2018. MADRID, INSTALACIONES DEL CNI

...La alianza del Estado Islámico con Ansar Din y con el Frente de Liberación de Macina nos hará invencibles, junto con nuestra férrea determinación cumpliremos con los mandamientos de las sagradas escrituras y con la voluntad de Alá.

Damos de plazo una semana, si no se hacen efectivas nuestras exigencias, los infieles morirán...

La grabación íntegra mostraba la escena del hombre del turbante desenfundando un machete, cortando la oreja de un tajo a uno de los chicos, uno muy rubio, de tez pálida, que gritaba de dolor en francés de forma estridente, como si fuera un lechón al que abren en canal en el matadero. Era el tercer visionado, con moviola hacia adelante y hacia atrás, parando en los detalles más nimios.

—A pesar de que YouTube censuró las imágenes, se han debido una filtrar y el vídeo completo circula por internet como la pólvora, ¿Qué opina, Mateo? ¿Quién es este hombre que nos desafía a cara descubierta con semejante descaro?

El jefe de la División de operaciones cabeceó, conturbado por lo que veía en pantalla. Ese tipo, su mirada, le era sumamente familiar. Aunque aún no sabía ubicarlo con certeza.

La que se dirigía a Ulises con tanta familiaridad era Cayetana Pons de Heredia, la flamante y nueva Directora del CNI. La misma que había jubilado en el puesto al anacrónico, pero eficiente, Adolfo —al que muchos de sus

compañeros se referían ahora como el hereje—. Después de partirse la cara al frente del Centro Nacional de Inteligencia durante ocho años, tres presidentes, y cuatro legislaturas y media —sin contar las tres décadas de servicio a la patria como agente de campo contribuyendo a acabar con ETA—, lo habían retirado por la puerta de atrás con una palmadita en la espalda, una mísera pensión y una Cruz al Mérito Militar con distintivo blanco. Sin el Gran delante, como habían hecho con otros con un historial menor.

Como siempre, Adolfo se había adelantado a los hechos aprovechando su privilegiada posición. Haciendo gala de su pragmatismo y buen olfato, había sacado una jugosa tajada a tiempo, en previsión de lo bien agradecida que era La Casa con sus servidores públicos. Junto a él, Ulises había pergeñado el desvío del dinero de la cuenta en Suiza de Nolan. Un mordisco muy apetecible para ambos.

Con un poco de suerte, solo con una pizca de buena suerte, él hubiera estado ahí sentado, en el despacho de la última planta, dando órdenes y tomando café con la Vicepresidenta. Pero la suerte decantó la balanza del otro lado, del lado de los de siempre.

Cayetana Pons de Heredia era una mujer de La Casa, predestinada desde la cuna a formar parte de la élite. Provenía de una familia de militares ilustres que empezó a colonizar el Centro y a avanzar sus peones en las casillas adecuadas durante los primeros años de la Transición, esperando pacientemente a posicionarse y dar el jaque mate definitivo.

Ulises la conocía muy bien. Había mamado tetilla en los pisos inferiores durante varios años. Pertenecía a la familia de los chupópteros, género calentabraguetas, orden comepolla.

Cayetana comenzó su carrera de analista nada más terminar Derecho, y, año tras año, paciente y trabajadora cual abeja obrera, ascendió en el escalafón, medrando a base de tejer complejas redes clientelares y forjar alianzas inverosímiles. Hasta alcanzar, primero, el cargo de Secretaria General y, después, más recientemente, el de Abeja Reina, que era el apodo con el que se la conocía internamente desde su nombramiento como Directora del CNI — para él, la zorra petulante—. Adolfo siempre le había comentado medio en broma medio en serio que, además de astuta e inteligente, era muy buena mamándola.

La jodida lo había hecho realmente bien, cavilaba Ulises mientras observaba su prominente escote y su lengua asomándose entre la comisura de sus labios —aún a sus cincuenta y pocos años seguía siendo una mujer de

bandera—. Siempre en la sombra, sin darse a conocer demasiado, moviendo hilos invisibles que articulaban las operaciones del Centro. Hasta que llegó su oportunidad.

La familia Pons de Heredia había estado maquinando el asalto al poder durante años, décadas más bien. No en vano, Cayetana era la hermana del Ministro del Interior del gobierno saliente, y, su otro hermano, era un general del Estado Mayor, un JEMAD del nuevo ejecutivo. Una estrategia a largo plazo que le cubría muy bien las espaldas a nivel político.

La ola que levantó el desastre en Venezuela, unió a todas las familias que llevaban lustros inmersas en las guerras intestinas de La Casa, luchando con uñas y dientes para conseguir la mayor cuota de poder posible. Familias que peleaban como lo hacen algunos catedráticos en las universidades para conseguir que sus discípulos alcancen puestos relevantes, y que a largo plazo les beneficien a ellos en sus ambiciones dentro y fuera del entorno académico.

El resultado de la alianza para echar a Adolfo, para muchos símbolo de los malos modos y decadencia del Centro, para otros, un revolucionario que quería eliminar las malas hierbas de raíz, fue el nombramiento de Cayetana. Una directora moderada que agradaba a todas las facciones y repartía cuotas de poder con ecuanimidad, de acuerdo a la antigua usanza. Él mismo, aún se encontraba en periodo de prueba. Sabía que nunca había sido santo de devoción de Cayetana por su estrecha relación con Adolfo. «Si sospechase lo de la cuenta en Suiza o lo de Cantarejo, estoy acabado», pensaba con cierta ansiedad.

Sentada a su lado, sus pies rozaban la moqueta, se encontraba la Vicepresidenta —girando su pulsera de oro constantemente—; una mujer bajita y regordeta, de rostro agraciado, con largas pestañas y ojos de búho. A Ulises le incomodaba su presencia, sobre todo cuando lo observaba sin decir nada. Era capaz de mirarte intensamente durante varios minutos sin parpadear. Su nombre, Paloma Prado de Pamanés —conocida en el argot como PPP; para él, la enanita zumbona—, la mano derecha del Presidente y, ahora, la mujer con más poder del país. Odiada y envidiada a partes iguales.

¡Cómo habían cambiado los tiempos! cavilaba Ulises con cierta nostalgia. Hasta hacía unos años, aunque a los legos en la materia pudiera parecerles inverosímil, era el propio CNI el que elaboraba el listado de las prioridades y el gobierno se limitaba a dar el visto bueno con leves rectificaciones. La Casa había llegado a tener un poder desmedido, insano para los que estaban fuera del tablero de juego. Sin embargo, ahora, anualmente debían adaptar sus

programas de trabajo a las directrices marcadas por el poder ejecutivo. Eran sus títeres. El propio Adolfo había facilitado el cambio —Ulises no entendía del todo sus razones—, había acatado las nuevas directrices sin rechistar.

Ulises las observaba desde las alturas, no lo habían invitado a sentarse, querían dejarle bien claro quien mandaba allí. Ambas repasaban notas y mensajes de móvil, ambas impecablemente vestidas —Cayetana con una falda y una blusa que realzaba su figura y Paloma, con un traje a medida diseñado para esconder más que para enseñar—, ambas con esa mirada que lo ambicionaba todo. «Parecen muy amigas, están en el mismo bando, pero no se lo cuentan todo... Cantarejo... ya veremos cuando el viento cambie...» cavilaba Ulises dibujando una sonrisa en su interior.

—Vamos, Mateo, no sea tímido, usted es nuestro jefe de operaciones encubiertas... Ha estado en Irak y conoce de primera mano de lo que estamos hablando... ¿qué opina? —preguntó la Vicepresidenta con su voz nasal. Se ajustó las gafas mientras observaba al jefe de Operaciones apoyarse en una silla, escrutando la mirada del terrorista.

Ulises carraspeó un poco antes de contestar. Tenía que ganar algo de tiempo. Notaba un cierto nerviosismo subyacente debajo de la piel de las dos hembras beta. Le habían hecho una encerrona, aunque aún no vislumbraba el motivo.

—El Estado Islámico en el Sahel, en el norte de Mali... formando una alianza con el resto de organizaciones de la zona... Sería la tormenta perfecta, una catástrofe para las potencias occidentales, entre las que todavía se incluye el Reino de España —dijo con un deje de ironía que rápidamente borró de su rostro al ver las cejas arqueadas de PPP y la mueca de la Abeja Reina—. La confederación terrorista podría adquirir un territorio extenso para administrar y gobernar, como ocurrió en Irak. Si es cierto, que lo dudo... más bien, me parece propaganda o un trato a la desesperada del Daesh. Deben haberse movido muy rápido para repartir cuotas de poder y cerrar viejas heridas y rencillas. Posible, pero improbable —sentenció.

—Sin que sirva de precedente, Ulises, estamos de acuerdo. Las conclusiones de Aquiles también van en la misma dirección —prosiguió la Abeja Reina, moviendo una pierna hacia arriba y hacia abajo, apuntando su zapato de tacón alto, de piel de cocodrilo, hacia él—, es Al Qaeda quien lleva desde los años 90 adueñándose del norte de Mali y los países fronterizos. En 2012 los yihadistas aprovecharon la rebelión de los tuaregs para imponerse en

la región. Llegaron a dominar dos tercios del territorio maliense. En 2013, la operación militar francesa Serval reconquistó el terreno que se habían adherido, dispersándolos en el desierto del Sáhara, hacia Níger principalmente. El Estado Islámico no respondió a su llamada a la Guerra Santa y las relaciones ente los terroristas... se enquistaron, por decirlo de alguna manera.

Ulises la miró con una chispa de desdén que no pasó inadvertida para la Vicepresidenta. La Abeja Reina podía recitar cada uno de los informes que había leído de una tacada, su portentosa memoria era bien conocida por todos. Pero, nunca había pisado el terreno, siempre parapetada detrás de ordenadores, la burocracia y su familia. Eso era un hándicap que él debía aprovechar, cuando se presentase la oportunidad.

Cayetana continuó su discurso después de sorber un par de veces de su taza de café y consultar la tablet frunciendo el ceño. El teléfono de Ulises también vibró levemente.

—Los tres principales grupos en la zona son los Ansar Dine, el movimiento yihadista liderado por Ghali que nació a principios de esta década y que fue uno de los protagonistas de la ocupación del norte de Malí en 2012; Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI) en el Sáhara, encabezado por el argelino Djamel Okacha, alias Yahia Abou el Hammam, que cuenta entre sus filas con la katiba (brigada) del famoso terrorista argelino Mojtar Belmojtar, y, finalmente, el Frente de Liberación de Macina, un movimiento terrorista nacido hace dos años en el centro de Malí liderado por el predicador peul Amadou Koufa. El yihadismo no deja de crecer en esta región del Sahel, ayudando y a su vez propiciando el caos de la vecina Libia y Níger. La inmensidad del Sáhara, la falta de control de los gobiernos africanos, corruptos hasta la médula y faltos de recursos y efectivos militares, y por encima de todo, la extrema pobreza, invita a los jóvenes a unirse a estos grupos terroristas. Y, lo peor, a creer en ellos...

Desde luego que su capacidad de retener nombres asombraba, pensó para sus adentros el jefe de la División de Operaciones. Hablaba como una computadora. Si quería encandilar a la Vicepresidenta, lo estaba consiguiendo.

—¿Y el Estado Islámico? —preguntó PPP con una mirada inquisitiva.

—Bastante tiene con lo suyo en Siria y en Irak... —respondió Ulises antes de que lo hiciera la Abeja Reina—. Están perdiendo la guerra y lo saben... Puede ser una estrategia a la desesperada para conseguir territorio en otras zonas... aunque eso sería declarar otra guerra abierta... En dos frentes...

Tendremos que trabajar conjuntamente con el resto de servicios secretos para sacar algo en claro. Lo que sí sabemos es que en la actualidad el ISIS cuenta con tres filiales en África, tres grupos escindidos de Al Shabab en Somalia, Boko Haram en Nigeria y AQMI en el Sahel. En concreto, en esta última región, la escisión se produjo este mismo año cuando Abu Walid Saharaui decidió declarar lealtad al ISIS rompiendo con Al Qaeda, lo cual cabreó bastante a sus amigos de Ansar Din y de AQMI.

Cayetana lo miró apretando los labios. Esa información la desconocía, y no le gustaba enterarse de las cosas a última hora y, sobre todo, delante de la Vicepresidenta.

El móvil de Ulises no paraba de vibrar.

—Centrémonos en lo urgente —apremió la responsable política del CNI—, ya habrá tiempo de ocuparse de lo importante. Si el Estado Islámico quiere una guerra en el Sahel, habrá varias naciones implicadas; la UE tendrá que posicionarse... la ONU, la OTAN, Rusia, China, y, por supuesto, Estados Unidos. Por ahora, mantendremos una posición equidistante y nos ocuparemos de resolver este secuestro.

No era la geopolítica internacional lo que las preocupaba, si fuera así, estarían hablando con Aquiles. La Vicepresidenta estaba allí por algo más concreto, por supuesto, como no habría caído antes.

—¿Quiénes son los rehenes? —preguntó Ulises, arrepintiéndose en el acto al ver la punta de la lengua de la Abeja Reina asomar por entre sus labios, dibujando una tenue sonrisa. Había caído en su trampa, había tejido una tela de araña casi invisible, pero muy pegajosa. Su propósito era dejarlo en evidencia ante la Vicepresidenta, de forma bastante sutil, y lo había conseguido.

—Quizás si atendiese a su móvil de vez en cuando... podría tener una idea de lo que ocurre —replicó la Vicepresidenta cortante, con su voz medio gangosa.

Se le estaban subiendo a las barbas.

Ulises asió el aparato con sus manazas y observó los mensajes que tenía almacenados en su móvil. Levantó la vista, incrédulo, hacia sus dos interlocutoras. Sus ojos se salían de sus órbitas y la subida de su ritmo cardiaco aumentó sus pulsaciones hasta hacerlo sudar de nuevo. Tuvo que respirar un par de veces para controlarse.

—Debe ser una broma —dijo finalmente de forma apresurada en un bufido. Cayetana negó con la cabeza—. ¿Qué hacían todos juntos? ¿Un campamento de verano para niños pijos en Marruecos? Este asunto se nos va de las manos. Y

circulando por Internet, mala espina me da.

—De ninguna manera es una broma —confirmó la Vicepresidenta cambiando el registro hacia uno mucho más grave del que tenía anteriormente—. Los cuatro formaban parte de una especie de ONG de voluntariado, Happy Life in Africa, especializada en organizar las vacaciones de verano a hijos de magnates mega ricos ávidos de experiencias... auténticas, como la vida misma —a pesar de su dureza, había un deje de ironía en sus palabras—. Se trata de un viaje muy exclusivo en el que participan jóvenes llegados de diversas partes del globo terráqueo... la cereza que corona la nata... y se han quedado con los cuatro pata negra del grupo. Esta mañana, a primera hora, me ha llamado Onofre Bouvilla, en persona; primero, para rogarme, después para pedirme, y, finalmente, para exigirme, ¿se lo imagina?... que saque a su hija pequeña, a su ojito derecho, de la pesadilla en la que está inmersa... Y, por supuesto, le he asegurado que pondríamos todos nuestros recursos en ello. Así que, cuénteme algo que no sepa, Ulises... como por ejemplo... ¿Qué podemos hacer para rescatarlos? —dijo énfasis a las últimas sílabas remarcando su nombre en clave—. Porque, si no lo hace, ya puede preparar las maletas de vuelta a Ítaca.

Interpretaba muy bien su papel, demasiado bien.

«Si yo caigo, tú también te verás llena de mierda, hasta las cejas» pensó Ulises, clavando su mirada en ella, apretando la mandíbula. Ella le mantuvo el pulso sin pestañear.

La Abeja Reina lo observaba divertida, ajena al juego de la Vicepresidenta y a su sobreactuación, apoyando los codos en la mesa de cristal. Le daba vueltas a un globo terráqueo, plateado, sostenido por fuerzas magnéticas e invisibles, como los que movían los hilos de La Casa en ese mismo momento.

«Así que era esto lo que quería, ponerme en evidencia y lanzarme un órdago con el que anudarme una soga al cuello, e ir tirando lentamente», caviló Ulises evaluando la situación.

—Ese tipo, el del turbante... amplíe la imagen por favor, Cayetana —pidió Ulises con calma, acercándose a la enorme pantalla que ocupaba la pared del fondo de la sala. La Abeja Reina hizo un gesto abriendo la imagen en su tablet y automáticamente causó el efecto deseado en la pantalla.

—¿Qué pasa con él? —preguntó la directora de La Casa con mirada inquisitiva—. ¿Tiene alguna idea de quién es?

—Quizás, esos ojos... —apuntó dubitativo. No podían ser de otro, pensó para sus adentros. ¡Era él! —, podrían ser de Farid Al Golani... el Fantasma

de Mosul.

—¿El Fantasma? —preguntó la abeja reina incrédula—. Creía que se trataba de una leyenda urbana, no tenemos constancia de que ese hombre exista realmente. ¿En qué se basa para realizar tal afirmación? No existen fotografías, ni pruebas de que Farid Al Golani sea algo más que una invención del ISIS para reforzar la moral de sus tropas... rumores y habladurías.

—Se equivoca, hay un expediente clasificado, nivel cinco... —dejó abierto un pequeño suspense. Al nivel cinco únicamente tenían acceso el Director del Centro y los jefes de División—, que habla de él y de la operación en Mosul en el 2014, y de la posterior tragedia en Bagdad...

—Nivel cinco... —repitió pensativa.

—Ahora tiene acceso a él, señora Directora. Le recomiendo que lo lea. Creo que es él.

«Tocada», pensó Ulises. Donde las dan las toman.

—No le quepa duda que lo haré —remachó desafiante con la barbilla en alto.

Ahora era la Vicepresidenta la que asistía impertérrita al cruce dialéctico, como si se tratase de un partido de tenis en los que los jugadores hiciesen dejadas imposibles en el filo de la red.

—Por favor... —medió la Enanita Zumbona—, necesitamos hechos concretos, no conjeturas. La vida de una súbdita española está en juego, y no hace falta que les recuerde que no es una cualquiera... ni lo importante que es su familia.

No, no hacía falta. Su apellido, de por sí, abría puertas a los presidentes y cerraba contratos millonarios.

—Tenemos varias unidades en la zona, me pondré a trabajar inmediatamente y contactaré con el resto de servicios de inteligencia... —mintió Ulises a medias. En realidad, solo tenían una unidad activa, en Bamako; con los últimos recortes de plantilla, era lo que había—. Hay un hombre que ya se ha cruzado en su camino, y que podría identificarlo —añadió con una parsimonia calculada. Ambas tenían toda su atención. Dejó sus palabras en suspenso durante unos segundos, calibrando si debía continuar—. Se trata de Anthony Nolan.

—¿Anthony Nolan? —preguntó la Directora de La Casa con cierto nerviosismo. Ulises tuvo que contenerse para que en su cara no se dibujase una sonrisilla—. Nunca he oído hablar de ese hombre. ¿Para quién trabaja?

—Para mí —respondió triunfal—. Es un activo encubierto. Un externo.

Era lo que tenía andar siempre escondida entre montones de papeles, se dijo Ulises, mirando furtivamente a la Vicepresidenta, que le dijo que no, con un leve movimiento de cabeza. De nuevo giraba su pulsera nerviosa. «Vaya, vaya, todo el mundo tiene secretos. Ahora te toca sudar, Enanita Zumbona».

A veces, para sobrevivir en La Casa, uno tenía que actuar como si fuera el propio Maquiavelo. A pesar de que había bajado la guardia, y le habían dado malas cartas, Ulises no había salido tan mal parado del envite.

2014. BAGDAD (IRAK)

Anthony Nolan observaba su reflejo en el espejo de la suite de 200 euros la noche, estirando el cuello, ajustándose el smoking para la fiesta en la embajada estadounidense, ensayando diferentes poses y sonrisas. Por si acaso.

Se alojaban en el Babylon Warwick, un hotel de 300 habitaciones en la calle Karrada, a orillas del río Tigris —la misma agua emponzoñada de sangre que bañaba las riberas de Cizre y Mosul— con vistas a la Zona Verde, en el distrito Al-Jadriya. El hotel imitaba a un zigurat en forma de pirámide escalonada, y Nolan y Guancho ocupaban dos habitaciones contiguas en la penúltima planta. Según Ulises, todos los gastos corrían a cargo de los fondos reservados.

Veo potencial en vosotros, les dijo después de la operación —hacía ya un mes, parecía media vida—; me gustaría que trabajaseis para mí. ¿Para el CNI?, preguntó Guancho, incrédulo, mirando de soslayo a Anthony. Como agentes externos, en operaciones encubiertas, matizó el coronel reconvertido a jefe de operaciones del CNI en Bagdad. ¿Tenemos alguna opción? Inquirió Nolan, aunque ya sabía la respuesta de antemano, conocía de sobra a los tipos como Ulises o como cojones se llamara en realidad. Muy pocas, respondió el espía, y todas ellas de pobres. Si trabajan para mí, no les faltará el dinero. Ya tenemos dinero de sobra, respondió Guancho muy ufano, mejor cada uno por su lado, ¿no te parece? Nolan lo miró muy serio y finalmente dijo: creo que nos conviene aceptar, estaría bien estar del lado de los buenos durante un tiempo.

Media hora después estaba explicándole a Guancho que los tenían bien cogidos por los huevos con el bloqueo de la cuenta en Suiza. Tranquilo Guanchito, todo se arreglará. ¡Ese hijo de puta quiere que trabajemos para recuperar un dinero que es nuestro! ¡Nos lo hemos ganado! Nos hemos jugado la vida durante todos estos años... ¡para terminar limpiando la mierda del *senei*! La próxima vez que me lo encuentre, te juro por *mimuertosacaballo* que le rebano el pescuezo al muy bastardo. Fuera de sí comenzó a dar patadas y a destrozarse el mobiliario de la habitación.

Nolan salió de la suite de Guancho y regresó cuando dejó de oír ruidos extraños. Sabía de sobra que cuando su socio entraba en trance era mejor no estar cerca de la fiera que llevaba dentro.

Esa misma noche, entre bocanadas de humo y largos tragos de ginebra y absenta, hablaron de lo que les convenía y lo que no en ese momento. Para ello, Nolan lo llevó al mejor cabaret de la ciudad y lo acostó con las dos prostitutas más caras que encontraron, por supuesto, todo a cargo de los fondos reservados. Después de descargar, el quinquillero estaba de mejor humor y veía las cosas de otra manera. Bastó una aceptable borrachera, un buen *ménage à trois* y una resaca de órdago para que depurase neuronas, descargase a gusto y expulsase los malos humores de su cuerpo y de su cabeza. De esa forma entró en razón. Gauncho se aflojó como un muelle que hubiera estado sometido a más tensión de la cuenta. Ya más calmados, tuvieron tiempo de sobra para centrarse y reflexionar sobre lo ocurrido y considerar los pros y los contras de la oferta que tenían sobre la mesa. Finalmente, aceptaron la propuesta de Ulises, trabajarían para él hasta recuperar su dinero. «Todo el mundo cobra al final, Guanchito, de una u otra manera», le dijo exhalando la última bocanada de su cigarrillo.

Salió a la terraza para refrescarse con el aire de la noche y fumarse un Camel, necesitaba algo de nicotina en su organismo para aferrarse a su nueva realidad. Llevaban cuatro semanas de entrenamiento con el equipo de operaciones encubiertas del CNI en Bagdad. Al principio, los recibieron con cierto recelo, sin disimulos, pero las órdenes de Ulises no se cuestionaban — el tipo tenía reputación, carisma y mala leche—, y la captura de Abdel Aziz estaba en boca de todo el mundo. Era la única noticia positiva del mes dentro de la Zona Verde.

El ISIS había lanzado una ofensiva relámpago a lo largo del frente norte de Irak y capturó Mosul en menos de una semana, derrotando a un ejército veinte

veces superior. Las fuerzas gubernamentales iniciaron una contraofensiva, en un intento desesperado por restablecer el control de la región. Tuvieron éxito al recapturar Samarra, y bombardearon fuertemente Faluya para debilitar a las fuerzas de Daesh. Sin embargo, la organización terrorista había realizado importantes avances territoriales en Siria, lo que le permitió tener acceso a una gran cantidad de armamento y fortalecer su posición en todo Oriente Medio. Nolan daba buena fe de ello.

A mediados de junio, al poco de terminar la campaña del ejército en Ambar, los insurgentes comenzaron a avanzar por el centro y norte del país sin apenas oposición. El comandante de las fuerzas del Daesh, Abu Abdulrahman al-Bilawi, fue abatido por una operación de las fuerzas especiales, y, a la postre, el grupo terrorista bautizó la operación que culminaría con la caída de Mosul como Operación Venganza de Bilawi.

A vista de pájaro, el paisaje de la ciudad era impresionante, con el Tigris reptando en meandros como una serpiente plateada, dividiendo a la ciudad en dos: la mitad este, conocida popularmente como Rusafa, y la mitad oeste, la Karkh. Parecía que ese río les perseguía donde quiera que fueran. Tenía ganas de perderlo de vista de una vez por todas.

El futuro se presentaba lleno de incógnitas. Mañana, por fin regresarían a España y no podrían retomar su vida anterior a menos que corriera la sangre. La Costa del Sol era terreno vedado. Igor el Ruso había puesto precio a su cabeza, aún estaba demasiado reciente el asunto del cargamento de cocaína que le birlaron y el tema de los suecos muertos; y en el Campo de Gibraltar las cosas habían ido a peor, las guerras entre clanes y la atención mediática focalizaban el problema y harían que las fuerzas de seguridad tomaran cartas en el asunto más pronto que tarde. Peligro. Además, su vuelta podría provocar cierto caos y levantar viejas rencillas; algunos de los gerifaltes se sentirían amenazados por el lobo solitario y su sicario loco. No le quedaba otra que seguirle el juego a Ulises y trabajar para el CNI hasta que recuperasen su dinero. Al menos, no tendría que preocuparse de que le estallase una bomba debajo del coche al ir al trabajo o que le metieran un balazo en la cabeza cuando saliese a dar un paseo.

Desde su atalaya en lo alto del zigurat saboreaba el cálido crepúsculo con un regusto amargo en la boca. Soplaban Siroco, viento de cambio e incertidumbre, de caos y violencia. Era lo que tocaba y era su forma de vida desde que tenía uso de razón: salir de una para meterse en otra, aún peor. Prendió un segundo cigarrillo y aspiró hondo, llenando sus pulmones de humo

que ascendía lentamente hacia el cielo.

Como en cualquier ciudad, era a la caída de la tarde cuando comenzaba la vida nocturna de los bagdadíes. Nolan vislumbraba las formas difuminadas y los tonos blanquinegros hasta que sus sentidos los confundían y los mezclaban con grises. La gente de la gran urbe intentaba recuperar la normalidad dentro de una guerra de la que llegaban los coletazos a la capital en forma de atentados suicidas. Caótica Bagdad, perdida en su propio laberinto. Las luces de los coches le recordaban a luciérnagas moviéndose de un lado hacia otro por unas arterias de asfalto. Y la iluminación de los hoteles se le antojaba irreal, como grandes faros en mitad de una llanura de cemento y ladrillo, construida a base de sangre y fuego desde tiempos inmemoriales.

Llamó a la habitación de Guancho. Le abrió presto, con su sonrisa habitual de malaje y bullanguero cuando había una juerga en ciernes. Había alquilado en recepción otro smoking parecido al suyo, pero en una tonalidad algo más clareada. Le quedaba apretado, al menos una talla más pequeña de lo que debería. Se había afeitado, delimitando sus patillas en forma de pico, y se había engominado el pelo, color azabache y rizado, hacia atrás, quizás más de la cuenta.

—Tienes pinta de torero gitano. —Le dio una palmada en la mejilla—. Incluso hueles bien. Te has echado colonia. Me dan ganas de darte un beso.

—Y tú tienes pinta de chulo de putas, como el malnacido de tu padre —respondió Guancho apartándolo de la puerta con un manotazo—. Anda, quita. Nos esperan abajo.

Siempre era agradable tener amigos, pensó Anthony.

Salieron del vestíbulo, acaparando las miradas de recepcionistas y botones, acostumbrado a verlos barbudos, desmadejados y llenos de polvo.

En la media rotonda que daba acceso a la entrada del hotel, los esperaba Ulises, con aire ufano. Lo acompañaban el resto de la cuadrilla, acomodados dentro de la furgoneta negra con los cristales tintados, reforzados a prueba de balas; uno de los vehículos en los que se movían por la ciudad.

Conrado, un tipo duro y leal, veterano de la guerra contra Sadam, iba al volante. Silbaba alegremente junto a otros dos agentes que se habían desvirgado en esta misión. Detrás, otro par de espías, catalán y madrileño —vikingo y culé—, charlaban de un modo efervescente sobre los pormenores último Madrid-Barca de Copa que se había disputado la noche anterior.

Cruzaron el Tigris por el puente de Al Jumariyah para entrar en la Zona Verde —era la única ruta abierta esa noche—. Pasaron por delante del

Ministerio de Planificación iraquí, una enorme mole de piedra roja sin ningún tipo de interés estético ni arquitectónico, y en la rotonda de Yafa giraron hacia la izquierda. Enfilaron hacia el primer control situado bajo la Puerta de los Asesinos, un arco de arenisca de más de veinte metros en mitad de la avenida, custodiado por soldados iraquíes armados hasta los dientes. Los escrutaban acariciando el gatillo con el dedo índice.

Todos se identificaron ante el sargento que estaba al mando, un tipo alto y barrigudo de aires desafiante al que le faltaban varios dientes. Cuando sus soldados, con más miedo que otra cosa, comprobaron que estaban en el listado de invitados, dio la orden, con un movimiento de muñeca semicircular, para que continuasen con el protocolo. Tras la rutinaria revisión de los bajos y el olisqueo de los perros alrededor del vehículo, retiraron la alambrada aliviados. Ya les quedaba un coche menos para terminar el turno.

Conrado maniobró hábilmente, serpenteando entre los bloques de hormigón que habían colocado como medida de precaución para evitar, sobre todo, ataques suicidas con camiones y furgonetas.

Repetieron la operación una vez más en el parque que daba a la sede del gobierno, el Palacio Presidencial, antaño Palacio de la República.

—Era el lugar preferido de Sadam para recibir a los jefes de Estado —dijo Conrado chasqueando la lengua—. El muy hijo de puta, tenía el chiringuito bien montado. Los yankees protegieron el palacio durante la invasión de Irak en 2003, creían que podrían encontrar documentos valiosos, los muy lerdos, la información importante estaba ya lejos de ahí cuando llegaron. Buscaban pruebas de las armas de destrucción masiva por todos lados, tenían que justificar de alguna manera la carnicería que estaban montando... de aquellos polvos estos lodos —hablaba con voz calmada, con conocimiento de causa. A Anthony le recordó a los guías turísticos que recitan de una tacada un discurso pronunciado en decenas de ocasiones delante de un público diferente—. Ya se lo avisamos nosotros, ¿eh, Ulises? Pero el gobierno se tapó los oídos y cerró los ojos, apenas bizquearon un poco. Querían su guerra y doy fe de que la tuvieron, ¡bastardos! Tendrían que haber venido ellos a pegar tiros y a que se los follasen por el culo uno de esos barbudos.

Conrado era un tipo tranquilo, pero cuando algo le tocaba la vena sensible despotricaba procaz como un preso sin derecho a un vis a vis mensual.

—A veces, la Inteligencia está de más, ya lo sabes tú bien, Conrado —añadió Ulises refiriéndose a los informes que suministró el CNI—. Eso ocurrió hace mucho, compañero, agua pasada no mueve molino.

—Cayeron muchos en estas calles, tú no estabas aquí, ibas de pimpollo haciendo méritos por La Casa, ¿no?

Un silencio tenso se apoderó de la furgoneta. En la frente de Ulises se dibujaron varias arrugas, pero no respondió a la andanada de profundidad que la acababan de lanzar. A veces hay que joderse, y dejar paso a que la verdad pase por delante de tus narices, pensó Nolan, observando la cara avinagrada de Conrado y el rictus contrito de Ulises.

Guancho sonrió; siempre que ponían en aprietos al jefe de los espías en Bagdad, parecía que se regocijaba por dentro.

—La bendita Zona Verde se diseñó a su alrededor —continuó Conrado, más relajado, con ojos melancólicos, volviendo al rol de guía turístico en una ciudad en estado de guerra—. El palacio fue, finalmente, la sede de la ocupación estadounidense de Irak. Lo encargó el rey Faisal II. Sí, cojones... un rey en Bagdad... aunque suene raro... Se construyó en la década de 1950, como la nueva residencia real, tras su boda prevista con la Princesa egipcia Sabiha Fazila Khanim Sultan. Adivinad quién la construyó... ¡Joder! ¡Un putito inglés! —soltó una sonora carcajada. Su rostro afilado e hierático se deformó un instante—. Sin ofender, Anthony.

—Sin ofender —concedió el aludido—. Hay casi tantos hijos de puta ingleses como españoles. Y yo tengo un poco de cada casa.

Alguno de los de detrás soltó una risotada.

La verdad que, después de las lógicas reticencias iniciales, habían tenido una acogida bastante aceptable entre los integrantes de la misión española. Nolan y Guancho fueron tratados como dos héroes después de la misión en Mosul, se habían ganado la reputación de tipos duros y resolutivos. «Con dos grandes cojones de toro», como les dijo Conrado cuando los invitó a un whisky en las dependencias de la embajada, días después de su llegada, mientras escuchaba de su boca la versión edulcorada de lo acontecido en esa pequeña aldea del Norte de Irak.

—Fue construido por Harold Claridge... —musitó Conrado—, arquitecto de las Fuerzas Armadas británicas, hay que joderse con estos ingleses, están por todos lados.

Desde la distancia solo se podía adivinar los grandes bustos de piedra de los guerreros barbudos que se alzaban en lo más alto de las columnas de la entrada del Palacio.

Conforme se acercaban al complejo estadounidense, la seguridad cambió de bandera. En el siguiente control eran marines americanos los que estaban al

mando; y, antes de entrar a la embajada, se toparon con miembros de Oryzon registrando el vehículo, escaneándoles con sofisticados aparatos y comprobando su identidad.

La embajada estadounidense era un edificio funcional, macizo y fuertemente blindado, de cuatro plantas. Tenía forma cúbica con pequeñas ventanas, y lo habían construido con materiales de la zona que le daban un color ocre a su fachada. Más bien parecía un búnker frío y deshumanizado que un lugar donde establecer contactos y relaciones diplomáticas.

El edificio fue el proyecto culmen del SED: programa Estándar de Diseño de Embajadas. Un programa iniciado en 2002 por la Casa Blanca tras el 11M, cuyo objetivo era diseñar un edificio modelo que pudiese ser replicado rápidamente en cualquier parte del mundo, en función de las necesidades. El de Bagdad tenía el honor de ser la representación diplomática estadounidense más grande y cara del globo.

Sin embargo, el lugar elegido para la fiesta fue un viejo, pero coqueto, palacete remodelado como instalación anexa, de estilo colonial con toques arabescos, rodeado de una zona de jardines. Mucho más apropiado que el mamotreto principal de la embajada para ese tipo de eventos sociales.

Mostraron sus pases por enésima vez y subieron por la escalinata de mármol. Al final de la misma, los esperaba el embajador que charlaba animadamente con miembros de la delegación danesa y representantes del gobierno local.

Su esposa le regaló un leve gesto con la mirada y él se volvió sonriente.

Arturo Ruipérez de Vigo era un tipo alto y espigado, de mirada vacua, mandíbula cuadrada y melena plateada con una raya perfectamente marcada. Lucía un pequeño bigotito que se atusaba de forma inconsciente a modo de tic nervioso.

Nolan había acompañado a Ulises en labores de escolta del embajador y de su mujer, Beatriz de la Piedra-Arístegui. Ambos ricos de cuna. En la delegación andaban algo faltos de personal y Ulises había insistido, con la aquiescencia tácita de Ruipérez, que no terminaba de ver con buenos ojos que dos desconocidos campasen a sus anchas por las instalaciones patrias. No obstante, como aún no estaba afianzado en el cargo y poseía un carácter voluble, accedió a las peticiones del jefe del CNI. En general, no ponía demasiados reparos a las peticiones del viejo zorro plateado que llevaba en el desierto mucho más tiempo que él.

—Me alegro de verles —se separó unos pasos, haciendo hueco con el resto de sus contertulios y les estrechó la mano uno a uno—. Al final he conseguido colarles, quiero que su última noche en Bagdad sea especial, memorable si puede ser. Aquí está reunida la flor y nata de la ciudad, no se podrán quejar.

Anthony Nolan observó que el embajador estaba algo achispado. No le caía bien el personaje, siempre mirando por encima del hombro y haciendo comentarios fuera de lugar. Mucho debía haberla pifiado para terminar en ese destino.

Ulises se quedó en la primera parada con Arturo Ruipérez, su encantadora esposa, Beatriz —que disimuladamente le lanzó un par de ojeadas incisivas—, y el resto de la delegación danesa.

—Me voy con Conrado —le dijo Guancho—. Dice que conoce a unas espías belgas que tienen ganas de que las fogueen un poco.

—Mientras no te fogueen a ti... No te metas en líos.

—Descuida, que ya soy mayorcito. ¿No vienes?

—No, prefiero dar una vuelta a ver que se huele por aquí.

La mirada de Nolan paseó por el recibidor.

—Estás muy raro —dijo Guancho agitando su cabeza.

—Será que lo soy.

—No te metas en líos —remedó.

—Descuida, también soy mayorcito.

—Ten cuidado, truhan, que está el marido delante...

Anthony le dio una palmada en el hombro y dejó que se fuera con su aliento a tabaco a otra parte.

Entró en el palacio por uno de los grandes arcos tumidos de la entrada. Había una estancia principal, amplia, bajo una cúpula bulbiforme dorada, de techos muy altos. Cuatro puertas, en forma de arcos lobulados decorados con cenefas y arabescos, comunicaban con otras tres salas de menor tamaño y con los jardines que rodeaban al palacete. Cogió una copa de Champagne espumoso de una de las bandejas que servía el personal autóctono, ataviado con vestimentas tradicionales.

Se dio una vuelta por todo el recinto, haciéndose el despistado, pero a la vez observando con interés a la fauna que se concentraba en ese oasis de opulencia desmedida, ajena al país que se derrumbaba solo unos kilómetros más allá de la Zona Verde. Calculó a groso modo que habría casi dos mil personas allí congregadas. Como había mencionado el petulante embajador

Ruipérez, la crema y nata de la sociedad bagdadí, las elites dominantes que decidían el destino de los cuarenta millones de almas que poblaban esa parte de Mesopotamia. De un vistazo, catalogó a empresarios, políticos, diplomáticos, militares, contratistas, estrellas televisivas, cantantes, espías y mercenarios a cargo de la seguridad. Todos tenían que mostrarse, todos tenían algo que ganar en ese juego de política y poder.

Al acto le daban vistosidad los atuendos típicos de las naciones representadas, exhibidos por algunos embajadores y diplomáticos. En especial los de ciertos países árabes, africanos y asiáticos. Los hombres occidentales vestían de escrupulosa etiqueta, como el protocolo marcaba, y las mujeres europeas lucían llamativos vestidos de fiesta.

Una curiosa macedonia de culturas, países, pensamientos e intereses. En esencia, eran personas de carne y hueso.

No era un ambiente muy diferente de las fiestas de mafiosos, narcotraficantes y contrabandistas que solía frecuentar en la Costa del Sol. La gente solo estaba allí para pavonearse, lucir palmito y, si era posible, echar un buen polvo. Quizás estos tenían algo más de decoro en público. Pero, también robaban, mataban y estafaban, solo que lo hacían de forma más civilizada, con unos estados y unas leyes que los amparaban.

La gente de Oryzon velaba por la seguridad dentro del recinto, de forma discreta, camuflados aquí y allá, pero omnipresentes en todos los rincones. Se fijaba de modo inconsciente en esos detalles, deformación profesional y quizás algo más que lo recarcomía por dentro. Se preguntaba cuánto tardaría en encontrarse con el malamadre de Hans y si tendría cuentas pendientes que ajustar después de lo que pasó en Mosul. Ese tipo no era de los que olvidan, pensó Anthony.

En los jardines, en un claro apartado del resto de la fiesta, atisbó un grupo de seis personas, entre los que se encontraban el anfitrión del evento —el embajador americano—, el presidente de la república, Fuad Masum, y el flamante primer ministro, recién nombrado por este, Haidar al Abadi. El jefe del ejecutivo reía a carcajada limpia un comentario que le hacía al oído el supremo de la diplomacia estadounidense. Una metáfora de las relaciones de ambas naciones, cruda como la vida misma.

El caos político que vivía Irak había alcanzado esa mañana su cenit, con el nombramiento del chií Haider al Abadi como nuevo primer ministro. Lo que en principio desalojaba del poder al jefe del Gobierno interino, Nuri al Maliki; aunque éste no parecía dispuesto a renunciar al cargo, según palabras

textuales de Ulises. En mitad de la ofensiva yihadista del Estado Islámico en el norte de Irak y de una polarización del panorama político sin precedentes, el presidente del país, Fuad Masum, encargó la formación de gobierno a Al Abadi, hasta ahora vicepresidente del Parlamento. «La seguridad del país está en sus manos y la responsabilidad recae sobre sus hombros. Los asuntos deben volver a su cauce normal», afirmó solemne el presidente a Al Abadi en el discurso matutino, retransmitido por la televisión pública a todo el país.

Se dio la vuelta, esa zona estaba vedada a los simples mortales. Volvió sobre sus pasos al salón principal en el que una banda instrumental tocaba canciones del folclore local. Las manos de los músicos, de dedos largos y callosos, acariciaban el laúd árabe, el santur, y la joza, sacando notas sinuosas y escurridizas, llenando todos los rincones de dulces melodías. El servicio danzaba entre la multitud, esquivando a los asistentes con movimientos gráciles, no faltos de equilibrio, con las bandejas repletas de galletas con nueces, galletas con cardamomo, fesenjan de pollo y yaprakh de arroz con cordero y berenjenas. Había mesas en los laterales con aperitivos y ensaladas – los famosos meze—. Algunos platos incluían kebab, gauss bamia, quzi, falafel, kubbah, masgûf, y maqluba.

El estómago de Anthony no toleraba muy bien las especias ni el picante. Dudó unos instantes. Finalmente, se decantó por un bocado de dolma, un pastel vegetal relleno de arroz y carne.

Alguien le sopló al oído.

—Pruebe el mahshi —le dijo una voz aterciopelada que reconoció al instante—. Se lo recomiendo, está muy bueno.

Anthony se volvió con esa sonrisa con la que era capaz de rendir a mujeres y hombres por igual.

—Puedes tutearme, hay confianza.

Ambos se miraron con complicidad, recordando la tarde que habían pasado en la habitación del Babylon. Ulises asignó a Nolan un servicio de escolta con Beatriz para visitar una de las casas de niños huérfanos de la guerra que proliferaban en Bagdad. Habían llevado cajas de juguetes y de ropa, sembrando una alegría perentoria en las caras de los pequeños, deslucidas y sombrías. La ternura no entiende de muros, se cuela por cualquier grieta, le dijo ella rozándole el dorso de la mano, mientras las miradas de los niños chispeaban. Anthony la vio falta de cariño, con ganas de hablar y desahogarse. La invitó a una copa en el bar del hotel y lanzó un par de insinuaciones veladas que ella cogió al vuelo, terminando entre sus brazos quince pisos más

arriba.

—Si insistes, Tony... —Beatriz le obsequió con una bonita sonrisa que marcaba dos coquetos hoyuelos—. Te he observado, andas por ahí como un lobo solitario, ¿qué buscas? ¿un inocente corderito?

—Un poco de intimidad... —rio con una mirada cargada de segundas intenciones.

—No es el lugar para eso, Tony —le alisó la solapa de la chaqueta del traje—. Ya te dije que fue un desliz, me pillaste con las defensas bajas, no volverá a ocurrir.

—Si tú lo dices...

Ella parpadeó sonrojándose. Estaba imponente, con un vestido de seda, dorado, que realzaba su voluptuosa figura, luciendo escote en uve por delante y una abertura de pierna. Llevaba el pelo color avellana en un medio recogido de moño y le colgaban varios tirabuzones a la altura del cuello. Tenía una mancha de nacimiento en la clavícula, cerca del hombro izquierdo —y otra más abajo del ombligo—. Completaban su atuendo unas sandalias de tacón fino, unos pendientes largos y varios anillos en la mano. La tez, impregnada de Le teint ultra para poder aguantar toda la noche perfecta. Un look fresco, natural e impoluto, acorde con la ocasión.

Dos escoltas se abrían paso entre la multitud, seguidos del presidente del Parlamento, el suní Selim al Yaburi, y el jefe de la mayor coalición chií, la Alianza Nacional, Ibrahim al Yaafari, que fue el que postuló al primer ministro designado. Beatriz no les perdía de vista y observó que se reunían con el selecto grupo del jardín.

—Dios los cría y ellos se juntan —comentó Anthony.

—Tiempo de cambios... Aunque no veo el futuro muy halagüeño. Se ha elegido al nuevo primer ministro, pero no creo que Al Maliki le vaya a dejar su puesto... así como así.

Nolan tenía fundadas sospechas de que Beatriz de la Piedra-Arístegui era algo más que la mera mujer comparsa del embajador con un apellido rimbombante. Por lo poco o mucho que sabía de ella, era Beatriz la que había acudido a las diferentes embajadas a conversar con los diplomáticos y establecer lazos comerciales y quién sabe si de otro tipo; mientras, su marido se dedicaba a ir de fiesta a los mejores cabarets de la ciudad durante la noche y dormía la mona durante el día. Le había preguntado a Ulises si ella pertenecía al CNI, pero lo negó rotundamente. Quizás, simplemente se preocupaba por su fortuna y por hacer un mundo mejor y más justo.

—¿Por qué lo dices? —en realidad, le importaba un bledo lo que ocurriera en Irak, mañana abandonaría ese país para no volver jamás. Pero le agradaba Beatriz y lo que contenía esa cabeza tan bien amueblada, junto con otros atributos ocultos. Anthony aún recordaba el calor que emanaban sus labios cuando se rozaban en su piel y las carnes prietas de sus muslos enroscándose en su cintura. La abstinencia le estaba pasando factura—. ¿Las aguas andan revueltas?

—Hay diferentes amenazas que se ciernen sobre él —contestó con suficiencia, saboreando su copa de Champagne, relamiéndose los labios con una media sonrisa elocuente. Miró a su alrededor con aire despreocupado, por si alguien los estaba observando. Sus ojos chispeaban inteligencia—. La primera, es saber cuál será la reacción de Al Maliki a su sustitución por Al Abadi, quien, por cierto, es miembro de su mismo partido, Dawa, después de que anoche en un discurso insistiera en que su intención era proseguir un tercer mandato y que anunciara que va a demandar al presidente por violar la Constitución.

—Una guerra interna, dentro del mismo partido.

—En política, a menudo los adversarios están en la oposición, pero los enemigos los encuentras dentro de tu propio partido.

—Muy aguda.

Nolan le rozó el dorso de la mano y ella le cogió el meñique, pegando la mano a su ombligo. Sonrió. Anthony advirtió un atisbo de victoria.

—En segundo lugar... Al Abadi deberá conformar un Gobierno que respalde el Parlamento en un plazo de un mes, algo que no está ni mucho menos asegurado teniendo en cuenta la volatilidad de las alianzas y el cambiante entorno político iraquí. Ahora mismo, te habrás dado cuenta del caos en que estamos sumidos.

—Un caos controlado —musitó en su oído. Le rozó el antebrazo y las pupilas de ella se dilataron.

—Y, por último, tendrá que hacer frente desde el primer minuto a la ofensiva yihadista en el norte, que ha conseguido dejar buena parte del país fuera del control del Gobierno central. El ISIS ha tomado Mosul con aparente facilidad, como comprobaste en tus propias carnes...

Beatriz dio medio paso hacia atrás, dejando un espacio de confort entre ellos.

Anthony la escrutó de arriba a abajo. Esa mujer no encajaba allí. Era una mujer de bandera casada con un pelele; bella, inteligente, encantadora, de

buena familia y se encontraba en uno de los destinos más peligrosos del mundo.

—¿Quién eres realmente? —le preguntó mientras sacaba una pitillera de plata, comprada para la ocasión en uno de los bazares cercanos al Babylon. Encendió un cigarrillo y le ofreció otro que ella rehusó con un gesto de su mano.

Se apoyó en el alféizar de un ventanal por el que entraba una brisa agradable levantando sus tirabuzones al vuelo.

—Una pregunta difícil, Anthony Nolan, lo mismo podría preguntarte, ¿quién demonios eres tú? Apareces de la nada y te cuelas en la embajada como Pedro por su casa... Un enigma.

—Esto no lo he elegido yo...

—Ni yo tampoco... ahí tienes tu respuesta.

—Ambos somos frutos de las casualidades.

—Y de las malas decisiones.

—Y de las malas decisiones —repitió Nolan.

—He oído que mañana vuelves a Madrid —se quitó un tirabuzón que caía por su frente.

—No has oído mal.

—Una lástima.

Ella se acercó un poco más. Anthony podía oler su perfume de agua de rosas y ver el iris de sus pupilas dilatadas con absoluta claridad.

—¿Por qué? —preguntó rozándole el lóbulo de la oreja.

—Porque... no podremos despedirnos como es debido —respondió ella con picardía.—. Mi marido se acerca a las seis en punto, con ese jefe tuyo, Ulises, que lo sigue a todos lados como un perrito faldero. No se fie de él, señor Nolan.

—¿De quién? —preguntó Anthony, ¿de Ulises o de su marido? Pero, a la diplomática no le dio tiempo a responder.

Arturo Ruipérez se interpuso entre ellos con la brusquedad y la torpeza de quién lleva varias copas de más.

—Vamos Beatriz, te necesito conmigo, no con este... guardaespaldas de tres al cuarto.

Nolan siguió mirando hacia el jardín, sin hacer caso de las provocaciones del embajador, que intentó coger a Beatriz del brazo sin conseguirlo. Cornudo.

Ella lo había esquivado con una pequeña finta situándose a su izquierda, sin perder un ápice de compostura.

—Nos veremos pronto, señor Nolan, espero... —dijo Beatriz a modo de despedida.

Se dieron la vuelta y se quedó a solas con Ulises que negó con la cabeza.

—¿Qué intenta? —exclamó—. No le conviene enfadar al embajador tonteando con su mujer.

—No sé muy bien quién hace de embajador —respondió Nolan dándole la última calada a su cigarro.

—También se ha dado cuenta... —replicó mesándose una barba perfectamente cortada, que equilibraba su calvicie.

—No hay que ser muy avisado.

Ulises miraba nervioso hacia uno y otro lado. Los había perdido de vista.

—Ambos provienen de familias de apellidos nobles... Y ella es bastante más brillante. Se rumorea que prefiere estar en un segundo plano, haciendo contactos aquí y allá para favorecer sus intereses empresariales. No se meta en líos en su última noche... guarde esa pollita de oro a buen recaudo...

Nolan asintió pensativo. Era la segunda vez que se lo repetían. Ulises se dio la vuelta, siguiendo la estela de la extraña pareja que había divisado entre la multitud.

La fiesta atravesaba su punto culminante, el alcohol comenzaba a hacer efecto, y de los murmullos y las poses rígidas se pasó en cuestión de minutos a las risotadas y las muecas desenfadadas. Como si todo fuera una comedia perfectamente orquestada, pensó Anthony. Miró al tendido y atisbó como Guancho y Conrado charlaban animadamente con las chicas de la delegación belga, unas imponentes valkirias de piel rosada y grandes pechos. Parecían embelesadas con el espía y el exlegionario reconvertido a traficante —y reconvertido nuevamente a colaborador del CNI—.

De repente, un sexto sentido se despertó en Nolan, un picor en la nuca que se extendió por el resto del cuerpo. Se sentía observado. Alguien lo acechaba, de eso estaba seguro. Sin perder la calma, se revolvió incómodo y viró hacia un lado y hacia otro, como un barco perdido en la niebla que intenta no chocarse con las rocas.

Avanzó hacia una de las salas adyacentes, cogiendo otra copa de Champagne al vuelo. Ahí habría menos gente y el observador podría ser cazado con más facilidad. ¿Hans? ¿Le estaría tendiendo una trampa? No creía que fuera tan imbécil de montar un escándalo en mitad de la fiesta que daban los Estados Unidos —su cliente—.

Tendría que cuidarse de estar visible en todo momento, y, a ser posible,

acompañado.

Se dio un encontronazo involuntario con un pequeño hombrecillo de piel cetrina. Un árabe vestido al estilo occidental, que lo escrutó con cara de pocos amigos, pero que rápidamente esquivó su mirada y se concentró en la imponente rubia de ojos claros que tenía enfrente. La chica iba embutida, literalmente, en un traje negro de tirantes, con una abertura que dejaba al descubierto unos tacones de aguja y una pierna muy bien torneada. La rubia le guiñó el ojo y siguió riendo con el hombrecillo.

Anthony, un poco desconcertado, continuó hacia la segunda estancia donde los grupitos se reunían en sillones de mimbre en torno a pequeñas mesitas de madera negra. El ambiente comenzaba a cargarse y él estaba cansado. Se detuvo debajo del arco que daba a los jardines para respirar un poco de aire fresco. Algo lo conturbaba. ¡La rubia! Le era extrañamente familiar, pero no conseguía ubicarla del todo.

—Anthony Nolan, me alegro de verte... de nuevo —era una voz seca, con un acento que reconocía perfectamente.

Dio un respingo, se dio la vuelta y se encontró cara a cara con dos ojos azules y una sonrisa dibujada sobre unos labios finos y levemente cárdenos. La voz no cuadraba del todo con ese rostro, ¿o sí? Tardó un par de segundos en percatarse.

—Dana... yo también me alegro... Pensaba que no volvería a verte. Bonito disfraz. Rubia platino, como las divas de Hollywood.

—No me has reconocido.

—Eres muy buena en lo tuyo.

—O tú olvidas muy rápido.

Anthony sacó de nuevo la pitillera. Por segunda vez en la misma noche le ofrecía un cigarrillo a una mujer extremadamente bella, aunque opuesta a la anterior. La primera, todo curvas y voluptuosidad; la segunda andrógina y misteriosa.

Dana lo cogió entre dos dedos y sacó un encendedor dorado de un pequeño bolsito que colgaba de su hombro derecho. Prendió fuego al suyo y al de Nolan.

Ambos se observaron sin decir nada.

Los ojos de ella, penetrantes, inquietantes, maquillados enteramente con la sombra dorada Ombre Première Platine, con una ligera raya debajo, casi imperceptible, para alargar la mirada sin que se notase demasiado. Sus angulosos pómulos edulcorados con una fina capa de Rouge Coco Flash en

tono rosado.

—Impresionante.

—¿El qué?

—Tú, estás impresionante, aunque te hayas cambiado el color de tus ojos...

—Eres un maldito adulator, hijo de puta —rio incrédula—, te he visto con esa misma sonrisa, con esa que parece que no has roto un plato en tu vida, ahí mismo, con la gordita...

Hizo un ademán con la barbilla y se giró sosteniendo el cigarro a la altura de su cintura, dejando que se consumiera.

—¿Gordita? —sonrió él, amplio e inocente.

—Con la mujer del embajador... No te fíes de ella, no es lo que parece.

—Nadie lo es en este lugar...

—En eso te doy la razón.

Nolan se estiró y se ajustó la pajarita.

—¿Quién era él? El hombrecillo al que le reías las gracias.

—Nadie de quién debas preocuparte.

—Me preocupo por todo.

Sonrió divertida.

—Un diplomático jordano que me debía un par de favores y me los he cobrado esta noche.

Se adelantó un par de pasos hacia los jardines, en esa parte casi no había nadie. Nolan la siguió en silencio, como un perrito faldero sigue a su ama; no quería centrar la atención de la conversación en Beatriz ni en el hombrecillo.

—¿Qué haces aquí? —susurró—. Es un sitio peligroso para un oficial del Mossad.

—He venido a saldar deudas, soy una chica de palabra... Te dije que te daría las gracias. Me salvaste la vida... y la de mi hermano, es lo menos que puedo hacer.

—En persona —chupó hondo de su cigarro y exhaló el humo lentamente, las volutas se perdían en la negrura de la noche—. Te has arriesgado viniendo, mucho.

Ella caminaba delante. Se había quitado los tacones y andaba con los pies desnudos sobre el césped húmedo y perfectamente cortado. Anthony Nolan contemplaba su esbelta figura, atlética y proporcionada, la perfección de sus hombros, la armonía de sus caderas, y la cadencia de sus pasos. Su pulso se aceleró y su corazón comenzó a latir a ritmo de metrallera.

Se adentraron entre unos setos que hacían un pequeño reservado, lejos de miradas indiscretas, con un quiosco en el centro sobre el que se enredaban las buganvillas hasta copar el techo. Olía a flores de azahar mezclado con dosis de jazmín.

—Sí, eso dije, y aquí estoy, en persona. El riesgo es algo inherente en mi oficio y en la vida en general, ¿no crees?

Nolan ladeó la cabeza, mesándose la mejilla, con la otra mano metida en el bolsillo de la chaqueta.

—Me alegro. Creía que no volvería a verte.

Anthony mantuvo la mirada fija en ella. Sus pensamientos volvían demasiado a menudo a Dana y eso lo inquietaba en exceso, no estaba acostumbrado a que una chica calase en él de esa manera. Normalmente, él tenía el control de la situación, pero, con esa mujer, que exudaba peligro por los cuatro costados, la cosa era diferente. Se sentía desarmado, débil, expuesto.

—El riesgo es una forma de vida —continuó Anthony.

—De nuestra vida.

Ella se acercó a él y lo observó con los dos ojos muy abiertos, como una lechuga, sin pestañear, aunque solo uno de ellos brillaba. Anthony le cogió la barbilla, alzó su mentón y probó sus labios, dejándole un sabor dulce en la boca.

Él sonrió como solo los locos lo hacen a la luz de la luna. Y ella lo besó de nuevo, buscando su aliento. Se abrazaron dibujando una sonrisa de felicidad, sintiendo el calor que emanaban sus cuerpos.

Oyeron unas ramitas que crujían a sus espaldas y, una voz ruda, de sobra conocida, rompió el encantamiento.

—Vaya, vaya, qué tenemos... dos tortolitos pillados en mitad de la noche.

Nolan cogió la mano de Dana y la acarició suavemente.

—Hans... —exclamó Dana sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¿No debías estar ya de vuelta?

—Veo que no soy el único al que le tenías algo que agradecer —murmuró Anthony escamado por la familiaridad entre ambos.

La observó de reojo y vio cómo su rostro se contraía en una mueca de disgusto, fue solo un segundo, pero ahí estaba la prueba. Esta vez fue ella la que le apretó la mano.

—No le creas —le susurró Dana al oído—, confía en mí.

El sudafricano no estaba solo, lo acompañaban dos gorilas de Oryzon. Uno

alto y musculoso, con una coleta, y otro algo más bajo, con cara de comadreja. Todos ellos trajeados, de etiqueta, con pinganillos sobresaliendo en la oreja. Nolan enseguida catalogó al bajito como el rival más peligroso de los tres: tenía el rostro relajado, pero sus ojos eran los de un asesino entrenado para matar sin titubear. Había visto esa mirada en demasiadas ocasiones a lo largo de su vida: en sicarios colombianos, en matarifes marroquíes y en exmilitares del este.

—Vete de aquí, Dana —ordenó Hans sin más preámbulos—, voy a ajustar cuentas con nuestro común amigo... La próxima vez que lo veas, si es que lo ves... quizás tengas problemas en reconocerlo. Le vamos a machacar su bonito rostro.

—Estoy trabajando para el CNI, tengo pasaporte diplomático —mintió Anthony tragando saliva, intentaba ganar tiempo—. Os vais a meter en un lío tremendo como me toquéis un pelo...

—Tienes agallas, Nolan y mucha imaginación... Sinceramente, no creo que a tu embajador le importe un carajo lo que te ocurra. En cuanto le mostremos las fotografías de su mujer saliendo del Babylon con una sonrisa de oreja a oreja... cogida de tu brazo... Incluso nos lo agradecerá.

Una risa estertórea desprovista de vida brotó de la garganta del mercenario. Esta vez fue Dana la que lo miró de soslayo y soltó la mano de Anthony.

—Vamos, Dana, no compliques más las cosas —repitió Hans—. Vete de aquí, ya hablaremos de esto.

La agente del Mossad alzó la cabeza y lo miró con el rictus muy serio, asintiendo levemente con la cabeza.

—Lo siento, Tony, otra vez será.

Acarició su mejilla con un halo de tristeza y le guiñó el ojo muy levemente. Dana se alejó descalza, dejando los zapatos en el alféizar del quiosco. Nolan tensó todos los músculos de su cuerpo dispuesto a presentar batalla hasta donde le fuera posible.

Bajo las chaquetas de Hans y sus dos secuaces abultaban las pistolas en la sobaquera, solo un poco, pero allí estaban. Nolan pensó que no se arriesgarían a dispararle, el ruido se oiría en la fiesta y sembraría el caos. Aun así, eran tres contra uno. Tres mercenarios contra él. La calle le había enseñado a pelear y a sobrevivir. Había matado en varias ocasiones, sin titubear. Vendería cara su piel.

Hans sonrió a Dana de forma soez y le susurró unas palabras cuando pasó a

su lado, a lo cual ella respondió dibujando una sonrisa forzada. Los tres estaban pendientes de la agente del Mossad. Era el momento, ahora o nunca, se dijo Nolan, tendría que confiar en Dana.

Todo transcurrió muy rápido. Nolan se abalanzó sobre el de la cara afilada, y le propinó un puñetazo en la tráquea que hizo que se doblase echando varios bufos, boqueando. Lo pilló completamente desprevenido. La sorpresa era el factor clave en cualquier pelea. Normalmente, quien golpea primero, tiene más posibilidades. Sacó un pequeño estilete que siempre llevaba encima, dentro del cinturón, con el mango de madera y la hoja de cerámica, y se lo clavó en la pantorrilla. El tipo estaba fuera de combate.

Simultáneamente, Dana le dio a Hans una fuerte patada de empeine, metiendo cadera, en la entrepierna. Un golpe seco y certero, proyectando todo su peso en un punto muy sensible. El dolor hizo que el mercenario se encogiera. Rápida como una serpiente, lo remató con otra patada, de talón, vertical de arriba a abajo, golpeando en la nuca. Lo dejó semiinconsciente. Dos segundos.

El grandullón, algo lento de reflejos, dudó durante un instante sin saber qué hacer. Finalmente atacó a Dana, cogiéndola desprevenida, se recuperaba del primer envite, y la agarró por detrás estrangulándola con su potente antebrazo. Nolan le dio la vuelta al hombre que yacía a sus pies, que, a duras penas, respiraba en medio de lastimosos quejidos apagados. Sin dudarle, le quitó la pistola de la sobaquera y apuntó con ella hacia el gigante que aprisionaba a Dana. Ella, siguiendo a su instinto y su entrenamiento, intentaba meter una mano entre el brazo de acero que le impedía aspirar y su cuello, haciendo un poco de cuña, a la vez que se enroscaba entre sus piernas para trabarle.

—¡Suéltala! —gritó Anthony, apuntándole en la frente a escasos dos metros — O te mato ahora mismo.

Ambos cruzaron sus miradas. La tensión cortaba el aire. El gigantón debió de advertir algo de verdad en los ojos grises y acerados de Nolan, quizás lo mismo que él mismo había visto en el hombre que yacía en el suelo: que no tendría ningún reparo en matarle allí mismo.

Murmuró varios improperios, en un idioma que a Nolan le pareció que provenía de los Balcanes, antes de aflojar la presión sobre Dana y dejarla libre. Esta salió disparada, escupiendo y tosiendo, con la cara roja, recuperando el resuello.

—Has hecho bien —asintió Anthony, aparentando calma. Bajando pulsaciones—, no eres tan tonto como parece. Ahora, levanta las manos muy

lentamente y ponte de rodillas. No cometas ninguna estupidez.

El otro obedeció sin rechistar, esperando el golpe de gracia que le vino en forma de un fuerte culotazo con la pistola que sostenía Nolan en su mano derecha.

—Vámonos de aquí cuanto antes —le dijo Dana recogiendo sus zapatos del quiosco—. Tengo un coche esperando en la puerta. Ahora, estamos en paz.

*

Un mes antes de la fiesta en la embajada, el día de la misión en Mosul, las cosas se torcieron. Desde el primer momento.

Los levantaron en plena noche, una hora más temprano de lo previsto, apenas habían dormido, y los llevaron de nuevo a la sala de reuniones. El tiempo había cambiado, como vaticinó Guancho —quizás alertado por sus cicatrices o los huesos que se había roto—. Se aproximaba una tormenta de arena por el sudeste.

«Esperamos una gran tempestad para las próximas horas. El del Tigris y el Éufrates poseen un flujo de agua paupérrimo, afectados por las presas en países vecinos, lo que ha empeorado las cosas en los últimos años. El clima local es aún más extremo. La escasez de agua hace que la tierra se seque y se vuelva más polvorienta, y las tormentas...». Uno de los técnicos, el joven estadounidense imberbe con pinta de empollón, de Ohio o Montana, les soltó un pequeño discurso pegado a un monitor que mostraba una imagen de satélite, en vivo, con un vórtice oscuro girando sobre su eje. Dana lo cortó tajante alzando la mano.

En esas condiciones, los helicópteros podrían despegar de la base, pero, no regresar a tiempo. Los cogerían en plena tormenta. Un suicidio.

El teatro de operaciones había cambiado. Todos miraron a Dana, que permanecía pensativa, sopesando en su interior los pros y los contras, calibrando si las vidas de su hermano y de Abdel Aziz valían más que la de los mercenarios y la suya propia. Sacrificarse por un bien mayor —eso no iba con Nolan, que se revolvía inquieto—. Su único ojo apenas parpadeaba. Observaba impertérrita la pantalla donde se mostraba el mapa de la zona, con la tormenta avanzando desde Siria. Quizás una metáfora de lo que se avecinaba.

La prudencia pedía a gritos abandonar la misión, pero, ella tenía la última palabra y ordenó continuar. Los helicópteros despegarían para llevarles, según lo previsto, pero la extracción sería por tierra.

Casi nadie había dormido. Nadie escapaba del insomnio la noche antes de enfrentarse a la muerte. Habían velado la madrugada y velaban el tiempo. Nadie comentaba ni discutía sobre nimiedades. Los mercenarios municionaban y dedicaban especial atención a las armas, los vehículos y las transmisiones. Eran veteranos —la mayoría pasaba de los cuarenta— que conocían y entendían su oficio. Sabían lo que había que hacer. En breve, iban a enfrentarse a la muerte. Quizás, muchos de ellos estarían de su parte ese día. Portadores de la parca.

A la hora de subir a los helicópteros no titubearon. Se deseaban suerte: nudillos entrechocando, dedos entrelazados, abrazos, guiños y alguna sonrisa. Solamente quedaba esperar la orden de despegue.

Conforme avanzaban hacia el norte, territorio hostil, se hacía más patente que tendrían dificultad para llegar al objetivo. Nolan viajaba en el mismo Black Hawk que Guancho y Dana —la cual parecía completamente inmune a su presencia—, acompañados por cinco mercenarios de Oryzon. El artillero no dejaba de apuntar a la negrura de la noche acariciando a la GAU-19/A emplazada sobre un afuste de pedestal en uno de los laterales —una ametralladora rotativa accionada eléctricamente que disparaba un cartucho 12,7 x 99 OTAN—. «Una puta máquina de matar», pensó Nolan con cierto resquemor.

Los mercenarios susurraban por lo bajini algún chascarrillo, pero, la mayor parte del tiempo repasaban su armamento y la munición que cargaban en el pecho, o mantenían la mirada perdida en algún punto del panel del helicóptero.

«No hay sonrisas nerviosas. Profesionales», cavilaba Anthony, mientras deglutía su miedo con la ayuda de una pequeña petaca de whisky escocés que le había pasado Ulises antes de partir. Saben que más pronto que tarde tendrán que saludar a la primera bala; y, posiblemente, devolverla. Y él también lo intuía. La muerte siempre tiene el último as en la manga.

Guancho mascaba tabaco y, de vez en cuando, dibujaba una mueca que se asemejaba a una sonrisa. Nolan no le preguntó el por qué ni quería saberlo. Conocía de sobra a su socio como para intuir que se encontraba en su salsa, con los de su especie. Guancho tenía una dilatada experiencia en combate, era un veterano que había servido en misiones en el Líbano, Malí y en Afganistán. Perro batallador. Y, por encima de todo, su naturaleza era violenta; no era un sádico, no disfrutaba con ello, pero, se sentía más cómodo allí sentado con su corazón bombeando adrenalina, esperando a que las balas silbasen a su

alrededor, que tumbado en el sofá de su casa viendo la televisión y acariciando un gato.

Tenía la impresión de que todos los que estaban allí sabían a lo que iban, menos él. Anthony Nolan conocía de sobra la crueldad humana y la violencia, no le eran ajenas, desde pequeño había lidiado con ambas. Por supuesto que había matado, a sangre fría y a sangre caliente, con navaja y con pistola; en su mundo era algo a lo que había que acostumbrarse. Pero, siempre en defensa propia o a indeseables que merecían mil veces su muerte. No obstante, esto era diferente, nunca había estado en un combate de guerra, donde los muertos no tienen rostro, donde se lucha por intereses que uno no acierta siquiera a vislumbrar, donde los muertos solo son estadísticas y bajas.

—¿Tiene miedo señor Nolan? —Anthony se volvió hacia Dana, que estaba a su lado izquierdo cerca de la ventanilla—. Haga lo que el resto —ante su silencio ella continuó—: repase mentalmente la misión o revise su equipo. Engañe a su mente.

Dana, Ulises, Guancho y Nolan iban pertrechados con un equipo ligero, que incluía casco con visor nocturno, chaleco antibalas, pistola y un subfusil de asalto M16, con tres cargadores sujetos en el pecho. Sin cámaras, ningún integrante de la misión las llevaba; no habría registro alguno de la operación. Serían fantasmas.

—Tengo respeto a la muerte —contestó con el rictus serio.

Su único ojo lo observó evaluando al tipo de hombre que tenía en frente.

—No está entrenado para combatir, péguese a mí y no me pierda de vista, yo tampoco lo haré. Cuanto antes identifique al objetivo, antes volveremos.

—¿Y si no lo hago?

—¿Qué quiere decir?

Anthony tardó un par de segundos en responder. A esas alturas no le podía contar la verdad, que no tenían ni pajolera idea de quién era Abdel Aziz. Tendría que improvisar sobre la marcha, como siempre.

—Me refiero a que si no logro verlo con claridad... la visibilidad con la tormenta... puede dificultar la identificación.

—No se preocupe, la idea es cogerlos desprevenidos, nos acercaremos lo suficiente. Déjese llevar y la adrenalina hará el resto.

Hizo un extraña mohín que Anthony interpretó como una sonrisa.

Observó cómo cogía un paquete de Marlboro arrugado del bolsillo de su pantalón, se metió un cigarrillo entre los labios, le prendió fuego con un encendedor, y aspiró con placer una bocanada de humo. Él hizo lo mismo.

Los Black Hawk aterrizaron a dos kilómetros del poblado, detrás de unas lomas peladas y rocosas. El viento comenzaba a arreciar con fuerza, cada vez había más polvo y arena, haciendo que el pilotaje fuera demasiado arriesgado. Tendrían que cubrir el último tramo a pie. Por suerte, iban con adelanto al horario previsto y pudieron llegar a las postrimerías de la aldea antes del alba.

Hans y Dana otearon el terreno con unos prismáticos de visión nocturna infrarroja, y hablaron brevemente entre ellos.

—Nada de movimientos complejos —susurró Hans a sus hombres con excitación palpable. Sus ojos relucían entre las sombras previas al amanecer con un atisbo de locura—. Nos ceñiremos al plan. Iremos con todo lo que tenemos y ocuparemos la zona, que es lo que hace la Infantería... una vez allí, el que quiera, el que pueda, que nos desaloje.

Los mercenarios asintieron y comenzaron a prepararse para el asalto. La mayoría, perros viejos en esas lides, vaciaron intestinos y esfínteres. Era mejor recibir un balazo en un cuerpo libre de fluidos y heces, por las infecciones que pudiesen coger. El resto los imitaron sin separarse demasiado.

El sol despuntaría en el horizonte en veinte minutos, y la temperatura era aún muy baja, en torno a los cinco grados. Frío, aunque nadie lo sentía.

El escalón aéreo ya había lanzado el dron, y el pájaro de metal enviaba las imágenes que todos esperaban al móvil de Dana; desde las alturas la visión era borrosa e imprecisa. Tendrían que señalar el blanco, el arsenal donde guardaban sus armas y su campo de entrenamiento, con láser.

Nolan se tendió en la cima de una de las paredes del uadi, bien pegado al suelo, y echó un rápido vistazo con los prismáticos de Dana. En tonos verdosos, observó que habría unas cincuenta o sesenta casas de adobe, de una o dos alturas, alrededor de una plaza con una fuente y varias palmeras. Rehízo el esquema mental que se había creado con las imágenes aéreas.

Ya habían localizado a los cuatro centinelas que la inteligencia previa ubicaba en las terrazas de cuatro casas, en los puntos cardinales de la aldea. No se escondían, visibles, con poses cansadas, sentados en una silla o apoyados en la barandilla. Se advertían sus cigarrillos desde la distancia. No se esperaban un ataque a unas decenas kilómetros de la retaguardia del frente de Mosul. Esos pobres desgraciados serían los primeros en caer, en silencio.

—¿Y los civiles? —preguntó Ulises que, igual que el resto, estaba echado en el suelo, detrás de unos densos matorrales que cubrían el margen exterior

del uadi que bordeaba el extremo este de la aldea.

—Esperemos que no se inmiscuyan —respondió Hans sin mirarle a la cara—. Las órdenes son disparar a matar.

Dana no lo contradijo. Ulises le echó a Nolan una mirada de esto es lo que hay. Guancho escupió el tabaco que mascaba y negó con la cabeza.

Se dividieron en tres comandos. El sudafricano debía aproximarse por el Norte dando un rodeo, con seis hombres, para marcar las coordenadas exactas donde debía impactar el misil. Su unidad también se encargaría de eliminar a los centinelas de la aldea sin hacer ruido.

Dana comandaría el segundo equipo, con los españoles —Anthony, Ulises y Guancho— y ocho mercenarios más. Se apostarían cerca de la casa encalada de dos pisos en la que, se suponía, dormitaban Abdel Aziz y sus lugartenientes más cercanos, estableciendo un perímetro de control. Cuando se desatase el caos, los terroristas saldrían de la casa, Nolan y Guancho identificarían al objetivo, y entrarían en acción, a saco, se llevarían a todo dios por delante y capturarían al imán. Vivito y coleando. Era prioritario mantenerlo con vida para poder canjearlo, lo cual hacía que la misión fuese aún más peligrosa.

El tercer equipo, con un trío de francotiradores, los cubriría desde el tejado de un cobertizo localizado al sur, a las afueras de la ciudad, y desde una casa medio derruida emplazada al oeste.

Todo parecía perfectamente planificado y todos eran profesionales, duros soldados, veteranos curtidos en mil batallas. Pero, todo salió rematadamente mal. Un cúmulo de casualidades y malas decisiones, una detrás de otra.

Ya se sabe, el simple aleteo de una mariposa en Londres Madrid puede desencadenar una tempestad de arena en Mosul.

Justo cuando el sol comenzase a asomar, debía comenzar el baile, pero las telecomunicaciones no funcionaron correctamente. Con la tormenta cada vez más cerca, las interferencias dificultaron la correcta señalización del objetivo. O eso les dijeron después, para justificar el desastre.

El equipo de Nolan era el que más expuesto estaba. Avanzaban dentro del pueblo, cubriéndose unos a otros, ocultos entre las sombras que le proporcionaban los callejones, las esquinas, las puertas y la falta de visibilidad. Dana no dejaba de susurrar por el pinganillo con Hans, apremiándole para que hiciese su trabajo.

A pesar de las inclemencias meteorológicas, los lugareños comenzaban con

sus quehaceres diarios. Se veía el humo saliendo de las cocinas, algunas cortinas descorridas, se oían voces de diferente tonalidad que provenían del interior de las casas y, Anthony, observó en la distancia a un hombre afanado en un corral ordeñando una cabra mientras las gallinas revoloteaban alrededor del pienso que les había traído. Pero, había algo que no cuadraba, eran varios niños que caminaban por la calle principal cargados con sus mochilas, solos o cogidos de la mano de sus madres, con paso firme, para acudir prestos a la escuela. Era demasiado temprano para ir a clase, caviló Nolan. Algo inusual debía pasar para que acudieran al amanecer.

¡La escuela! Una voz aulló dentro de la cabeza de Nolan. Los muy cabrones habían montado el campo de entrenamiento justo al lado del colegio, para que hiciera de escudo humano. Ya lo habían previsto. Por ello, planificaron la operación al alba, para minimizar las bajas y los posibles daños colaterales entre los menores. Pero, por alguna razón, los niños se dirigían hacia al colegio antes de la hora habitual. Debía avisar a Dana, que se encontraba unos metros más adelante, a la vanguardia del grupo. Había que abortar la misión. Podría ser una catástrofe.

Una puerta herrumbrosa se abrió a su izquierda, apareció un anciano de barba larga y rostro macilento, sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a Nolan pasar delante de él. Ambos se miraron, durante una fracción de segundo, petrificados, suspendidos en ese corto espacio de tiempo.

Antes de que el hombre profiriera un grito, Guancho le rebanó el pescuezo con la presteza de un carnicero que desangraba un cerdo en una matanza. Le dio un empujón a Anthony para que avanzase.

—Dana... espera... —le susurró cuando llegó a su altura. Ella se volvió y alzó el puño. Señal de parón y de permanecer alerta. Su único ojo refulgiendo como un oscuro ópalo, la otra cavidad ocular cubierta por el parche. Los miembros de equipo aguardaron expectantes, agazapados en sus escondites o pegados a la pared—. La escuela, los niños...

No le dio tiempo a terminar la frase. En ese momento se oyó una gran explosión. A partir de ahí, sobrevino el terror y el caos. Nolan no recordaba con exactitud lo que ocurrió, a veces le venían retazos a la memoria, sin un orden cronológico establecido: imágenes, sonidos, olores y temblores alternos.

Comenzaron los disparos y los aullidos, las balas silbaban desde todas direcciones. Gritos de dolor se superponían al sonido del viento y de las armas escupiendo plomo. La tormenta había llegado a la aldea.

La visibilidad se tornaba imposible por el polvo que levantaba el viento, a cada minuto rugiendo con más furia. Apenas se atisbaba nada a más de diez o quince metros de distancia. Los mercenarios abrían fuego a todo lo que se movía o se acercaba hacia ellos, incluidos perros, cabras y gallinas que salían despavoridos de los corrales. Dana, Guancho y Ulises fueron algo más selectivos: en un primer momento, solo respondieron con plomo a quien previamente les disparaba.

Nolan aún no había salido del shock, no estaba entrenado para disparar a quemarropa, era una situación que estaba a punto de sobrepasarlo. Guancho hizo que se moviera a empujones.

Se acercaron a la casa donde suponían que se encontraba el imán, justo en el momento en que salían los primeros guerrilleros, con sus viejos Ak17 apuntando en todas direcciones. Dana le susurró al oído.

—Identifica a este hijo de la gran puta o te meto un tiro aquí mismo.

Nolan asintió. Su corazón latía desbocado y las sienas le iban a estallar. La adrenalina acumulada, al fin se desparramó por su torrente sanguíneo y activó su cerebro y, sobre todo, su instinto de supervivencia.

Comenzó a descargar el subfusil M16 como un poseso, avanzando hacia la puerta. Dana y Guancho le siguieron sin decir nada, guardando una distancia aproximada de un metro y manteniendo la formación de fila india, dejando a Ulises y al resto del comando cubriéndoles la retaguardia.

Acabaron con los cuatro guardias que custodiaban la entrada en un par de segundos. El factor sorpresa jugó a su favor. Improvisando sobre la marcha, Dana se agachó y lanzó una granada aturdidora por la puerta entreabierta — una M84—, se pegó a la pared, cerró los ojos y se tapó los oídos. Nolan y Guancho la imitaron.

A los cinco segundos de la detonación entró Anthony, seguido de Guancho. Dana los cubría desde la puerta. Ahora eran ellos quienes debían elegir quién iba morir y quién iba a vivir. En el pasillo había dos jóvenes armados con sendos Kalashnikov que se revolvían en el suelo e imploraban la ayuda de Alá o de quién les estuviera escuchando. Recibieron varias ráfagas a bocajarro de Guancho y pronto dejaron de gritar. Nolan le hizo un ademán con la cabeza a Dana y esta lanzó otra granada escaleras arriba. Se tiraron al suelo de la cocina, se taparon los oídos, cerraron los ojos y esperaron unos segundos a que se difuminase el efecto aturdidor.

Silencio. Una ráfaga de disparos proveniente del segundo piso les atronó el oído. Calibre pesado, del que atravesaba las paredes. Se resguardaron en el

hueco de la despensa, encogidos y muy quietos, cubriéndose la cabeza con las manos. Algunas latas salieron disparadas y esparcieron su contenido por el suelo. Hubo un alarido de alguien que bajaba por las escaleras como alma que lleva el diablo sin dejar de apretar el gatillo. Dana se echó al suelo y se asomó al pasillo disparándole con su subfusil, primero en las piernas y después en la cabeza. La testa del yihadista explotó como una calabaza, dejando restos de sangre y sesos por todo el piso.

De nuevo silencio. Tensión. Adrenalina zumbando. Únicamente oían su propia respiración y el corazón palpitando desbocado. De fondo, las balas, los gritos y las explosiones de la batalla que se libraba en las calles. Sonidos amortiguados.

Dana se levantó y fue hacia las escaleras, en el mismo instante en que se abría la puerta del baño del fondo y salía otro barbudo bizqueando y gritando en el nombre de Alá. Descargó una ráfaga breve sobre Dana que logró esquivar los proyectiles arrojándose detrás de un viejo sofá. Nolan abatió al terrorista por la espalda, sin miramientos ni avisos, escupiéndole medio cargador sobre su tórax, justo un segundo antes que acribillara a Dana.

—¿Estás bien? —preguntó Anthony.

La cabeza de la agente del Mossad apareció en uno de los laterales con una brecha en la frente, una de las balas la había rozado.

—Por poco. Solo un rasguño —respondió quitándose la sangre con el dorso de la mano—. Me has salvado la vida.

—De nada.

—¿Era ese Abdel Aziz?

Nolan negó con la cabeza, lo mismo podía haber asentido, pero tenía una corazonada.

De nuevo el silencio y el sonido de la guerra de fondo. La situación no se podía postergar mucho más.

—¡Abdel Aziz! ¡Sabemos que está ahí! —Anthony decidió jugársela y tirarse un farol, si ese hombre estaba arriba y quería morir matando estaban bien jodidos, y, si ya estaba muerto, también lo estaban. Solo había una posibilidad: que estuviera vivo y quisiera vivir, y por añadidura que fuera un cobarde—. ¡Lo queremos con vida! ¡Baje y le prometo que saldrá de esta!

Guancho, todo sudor y testosterona, lo miró desde la cocina con una mueca de aprobación. Dana resoplaba y lo observaba con el rictus deformado por la tensión, con expresión de empezar a comprender lo que pasaba.

Como nadie contestaba, continuó.

—¡Si en diez segundos no baja con las manos en alto lo mataremos! — Anthony comenzaba a perder la paciencia y el buen juicio— ¡Maldito bastardo, te juro por mis muertos que hago explotar esta puta casa y les daremos tus tripas a los perros de la calle! —eso último lo dijo en la lengua de Cervantes.

Al poco oyeron una voz quejumbrosa.

—¡No disparen! ¡Bajo! ¡No disparen!

Ataviado en una túnica blanca impoluta, con el pelo ensortijado y una barba larga y canosa que le llegaba por el pecho, bajó un hombre mayor, cojeando ostensiblemente, con las manos alzadas, gritando despavorido que era Abdel Aziz y que no lo matasen. Guancho y él lo encañonaron con sus armas, mientras Dana le ataba las manos por detrás con unas bridas de plástico

—¡Ustedes dos! —paseó su mirada con rabia, de uno a otro, antes de escupirle a Anthony un salivazo verde en la cara—. ¡Malditos españoles de mierda!

Dana le dio con la culata en la boca. Esta vez escupió sangre y dientes.

Guancho y Nolan se miraron con estupefacción. «El puto pastor», pensaron ambos sin decir nada en voz alta.

Afuera se había desatado el infierno. La tormenta se cernía sobre aldea mostrando su ojo oscuro y endemoniado. Miles de granos de arena formaban extraños remolinos y se clavaban en la piel como si fueran pequeñas dagas de acero. Los disparos provenían de todos lados, no había forma de salir de allí sin que se perdiesen o los acribillasen a balazos.

Los integrantes del comando de Dana se replegaban hacia la casa disparando a bocajarro y lanzando granadas a diestro y siniestro.

Por uno de los callejones que daba a la zona Norte, aparecieron cinco siluetas que se movían de espaldas hacia ellos, retrocedían muy lentamente como si arrastrasen algún cuerpo u objeto pesado. Ulises y otro de los mercenarios se volvieron para disparar, dudaron un segundo antes de hacerlo.

—¡Alto! —gritó Dana con voz seca—. Son de los nuestros. ¡Es Hans con el resto de su equipo!

Dos de los mercenarios corrieron en su ayuda y el resto tomó posiciones dentro de la casa, en la azotea y en las ventanas.

Hans apareció con el uniforme lleno de una sangre viscosa y húmeda, que no era suya, junto con cuatro de sus hombres —los otros dos habían caído—.

Pero, no venían solos, traían a varios rehenes con ellos: tres mujeres, dos niños, que murmuraban y lloraban desconsoladamente, y un hombre que tenía la mirada perdida. Los habían utilizado como parapeto ante los disparos de los insurgentes. Los ataron en una de las habitaciones de la parte de atrás.

De repente, los disparos cesaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ulises.

—Se reagrupan y esperan a que pase la tormenta —escupió Hans visiblemente alterado, mientras prendía fuego a un cigarrillo y miraba de perfil por una de las ventanas—. Al menos, es lo que yo haría. Después vendrán a por nosotros con todo lo que tengan, que no creo que sea mucho. La bomba ha destrozado el arsenal, la zona de entrenamiento y la escuela —todos se miraron con el rostro muy serio, sin decir nada, conscientes de lo que significaba—. ¿Tenemos a nuestro hombre?

—Ahí está el hijo de puta —señaló Dana con el dedo.

—Bien, solo nos queda resistir el asedio hasta que lleguen los refuerzos. Y tenemos la baza de los rehenes —dijo con una mirada helada, cargada de odio, apretando su prominente mandíbula—. Han matado a dos de mis hombres... me las van a pagar estos cerdos hijos de puta, antes de largarme de esta ratonera pienso llevarme a varios por delante.

El sudafricano dio órdenes a sus hombres para que tomasen posiciones y se parapetasen lo mejor posible.

El tiempo transcurría despacio en el interior de la casa. Mientras afuera solo se oía el aullido del viento y el siseo de la arena, adentro tomaban posiciones defensivas, descansaban, comían, bebían y fumaban. Poca charla. Lo básico. No había mucho que decir. Consiguieron contactar con dos de los francotiradores apostados en el perímetro de la aldea. Habían logrado escapar y se encontraban en la zona del uadi, esperando que amainase la tormenta. El otro tirador no daba señales de vida. El operador de radio habló con la base tras unos minutos de interferencias manipulando el aparato. Las noticias no eran ni buenas ni malas: el convoy de Humvee blindados se encontraba a unos cinco kilómetros, también esperando a que mejorase la visibilidad. Y con un poco de suerte, contarían con apoyo aéreo, dos helicópteros Apache estaban preparados para despegar en cuanto las condiciones mejorasen.

Llevaron los rehenes a la cocina, junto a Abdel Aziz. Guancho y Ulises se quedaron custodiándolos. Las mujeres y los niños, que tenían los pantalones empapados, no dejaban de llorar.

—¡Joder! ¡Hacedles callar! —gritó Hans desde el salón—. O les meto un disparo en la cabeza a cada uno.

Dana y Nolan fueron a la cocina con el semblante circunspecto.

—¿Qué dicen? —preguntó Anthony a Ulises—. ¿Se entiende algo?

El espía asintió.

—Las dos mujeres son hermanas. Han matado al marido de una y a dos hijos de la otra. Hans y sus hombres han entrado en su casa a punta de pistola y los han cogido como parapeto. Los cerdos del Daesh no han dudado ni un segundo en dispararles a bocajarro. Ellas están vivas de milagro... Imploran por la vida de los pequeños.

Dana se agachó y les ofreció a los chicos, que no pasarían de los seis o siete años, agua y chokolatinas. Consiguió calmarles momentáneamente. Cruzó algunas palabras de consuelo con las dos mujeres que, al poco, comenzaron de nuevo con su letanía de lágrimas, llantos y gemidos, moviendo sus cuerpos acurrucados hacia adelante y hacia atrás, en un ritmo lento y balsámico para ellas.

Nolan se estremeció al ver la escena. Se sintió como una boñiga de cerdo, apestosa y putrefacta.

—No son del Daesh —comentó Ulises apesadumbrado—. Juran que son del pueblo de toda la vida, y que los obligan a darles cobijo y comida. También obligan a los hombres y a los jóvenes a luchar por ellos. Si no, los matan y violan a sus mujeres y a sus hijas.

—¿Y ese? —apuntó Anthony, señalando con el mentón al hombre de la mirada perdida, azul como un estanque en calma.

Dana intercambió unas frases con una de las mujeres.

—También es de la aldea —vaciló antes de continuar—: su mujer y su hija estaban en la escuela cuando explotó en mil pedazos. Se lo encontraron de rodillas en la plaza, muy callado, mirando al cielo, y Hans lo cogió también como rehén.

Anthony Nolan se sintió culpable por primera vez en mucho tiempo, culpable de lo que había sucedido, culpable de la matanza que se había perpetrado. Culpable de que hubiera madres sin hijos, esposas sin maridos, niños sin padres y hombres sin familia. Fue solo una sensación momentánea, pero caló hondo dentro de él.

—Díales que ninguno resultará herido —comentó Anthony con una voz templada, carente de entonación. Guancho y Ulises lo miraron sin decir nada. Dana asintió y el hombre de la mirada perdida lo observó de reojo—. Esta

gente no va a morir hoy aquí —sentenció, escrutando alternativamente a Ulises, Dana y Guancho.

Ninguno se atrevió a contradecirle. La línea de sus labios seguía torcida en una mueca llena de crispación, y los ojos fríos y grises como el acero, no habían perdido un ápice de su dureza. Era aquella la expresión tosca e insondable, de quien acababa de verle el blanco de los ojos al diablo, y se atrevía a desafiarlo.

Cuando la tormenta amainó, comenzó un tímido intercambio de disparos. Los yihadistas parecían temerosos de lanzar un gran ataque, quizás porque no tenían efectivos o porque no eran lo suficientemente experimentados. Su única intención era mantenerlos dentro de esa ratonera hasta que llegasen refuerzos, si es que llegaban, porque en Mosul se libraba un encarnizado combate.

—Llegarán —pronosticó Hans dando un trago de su petaca—. Salen como ratas de todos los rincones del desierto.

Ulises asintió con el rostro preocupado.

—No nos queda otra que aguantar hasta que lleguen los nuestros —dijo el jefe de los espías del CNI en Bagdad.

—Señor... —era el operador de radio, un tipo calvo y barbudo con acento americano—. Los blindados tiene problemas, se han encontrado con una patrulla de insurgentes y están inmersos en mitad de una refriega.

—¡Putos demonios! —masculló Hans brazos en jarras—. ¿Y el apoyo aéreo?

—La tormenta todavía no ha amainado del todo en la base, aún no tienen permiso para despegar.

Debían aguantar en su improvisado bastión hasta que llegasen los blindados.

De nuevo masculló varios improperios en bóer cerrado. Las órdenes de Hans fueron claras, disparar a matar a todo lo que se moviera en cuanto hubiera un blanco.

Nolan subió a la terraza. Necesitaba respirar aire fresco.

Hacían guardia dos mercenarios perfectamente parapetados que revisaban armas y munición. Lo miraron con expresión neutra. Tenían suerte, relativamente, era una de las construcciones más altas del pueblo, lo que les daba cierta ventaja estratégica.

Se asomó por encima de la maraña de muebles y electrodomésticos que

reforzaban el murete de un metro de altura de ladrillo y adobe. Se podía apreciar una gran columna de humo al otro lado del pueblo, donde se ubicaba la escuela y el campo de entrenamiento. Los muertos se esparcían por las calles adyacentes y se apilaban en la plaza. De fondo, los gritos de dolor de hombres, mujeres y niños resonaban en sus cabezas.

—No son buenos tiradores, aficionados más bien... —dijo uno de rostro afilado y piel cetrina, acento sudamericano, chileno quizás; fumaba un cigarrillo y bebía un sorbo de agua de la cantimplora—. Pero no te asomes demasiado. ¿Quieres uno?

Le tendió un cigarrillo rubio liado a mano. Nolan lo aceptó y chupó unas caladas sentándose a su lado. Bebió también varios sorbitos de agua y comió una barrita energética con sabor a naranja.

El día comenzaba abrirse. La tormenta había pasado y bordeaba Mosul. El sol estaba ya bien alto y hacía calor, mucho calor.

—¿Cómo lo veis?

El otro mercenario escupió antes de responderle.

—Depende de lo que tarden en llegar sus refuerzos y los nuestros. Si aguantamos un par de horas bien... si no... —escupió al suelo. Su acento era del Este de Europa. Parecía tranquilo y relajado con las piernas estiradas y la cabeza recostada hacia atrás, como si estuviese tomándose un respiro a media mañana en la obra—. Esta guerra es una puta locura.

Una ráfaga de plomo pasó muy cerca de sus cabezas haciendo saltar las piezas de una vieja televisión en pequeños trocitos. Los tres se encogieron por instinto y se pegaron más a la pared.

—¿Hay alguna que no lo sea? —inquirió Anthony.

—Depende del lado en el que estés... *huegón*... —replicó el sudamericano estirando brazos y piernas. Llevaba un pañuelo atado alrededor de la cabeza y un bigotito ralo. Hablaba muy rápido, casi de corrido—. Esta gente no nos quiere por aquí ni en pintura... y no se arrugan. Están *mu aperraos*... En cada casa se deben resolver los problemas de puertas adentro. Lo que hemos hecho hoy, menuda pendejada, una carnicería. ¡Una operación quirúrgica! Cago en Dios... —rio como si hubiera dicho algo gracioso—. Hemos reventado una escuela, si había alguien que no apoyaba al Daesh por la zona, ahora... —dejó que sus palabras se perdieran en el viento—. Por cada chamaco que haya muerto... habrá cuatro nuevos yihadistas locos dispuestos a morir cuándo y dónde haga falta. Padres, hermanos, amigos...

Asintió Nolan terminando su cigarro. Recibieron otra ráfaga. Esta vez,

ninguno se inmutó. Al cabo de unos minutos, surgió un griterío de dentro del pueblo. El mercenario de los Balcanes oteó por encima del muro.

—¡Mirad! —exclamó—. Por allí vienen los refuerzos de los hijos de puta...

Ambos asomaron sus cabezas hacia donde señalaba el hombretón, hacia el Norte. Eran refuerzos de los yihadistas. Un pelotón de unos veinte hombres cabalgaba al trote a lomos de sus caballos a menos de un kilómetro.

—Se avecina otra tormenta —masculló Anthony.

Al poco de llegar la comitiva, comenzaron a recibir disparos de lanzagranadas RPG, que hacían tambalear las paredes de la casa. Desde dentro, respondían como podían, descargando andanadas de proyectiles de gran calibre, manteniendo a los muyahidines a una distancia todavía prudencial.

Nadie perdía la calma, la calma que daba la instrucción continua y la preparación para el combate. Todos eran perros viejos en esas lides, perros de presa, perros adiestrados para la guerra, perros que no tenían miedo a morir ni a matar por sus amos. Habían mirado a la parca a los ojos y habían vivido para contarlo. Estaban de su parte.

Disparaban, descansaban unos segundos, bebían y orinaban en botellas sin perder de vista al enemigo, y volvían a disparar. En esos instantes, solo eran una cosa, guerreros que habían nacido para bregar con los cuatro elementos: la tierra, el aire, el agua y el fuego.

No bajaban la guardia ni un solo segundo. Silbaban las balas por todos lados. Agujereaban ventanas y paredes. Su sonido no terminaba nunca, como si el mismo proyectil rodeara el orbe y volviera a la refriega.

Conforme pasaban los minutos se vieron obligados a ser más selectivos y racionar la munición. Hubo caras largas y aparecieron algunas miradas cargadas de dudas.

No obstante, la situación se hubiera complicado aún más si no fuera por los dos tiradores que se habían atrincherado en una pendiente pedregosa, al otro lado del uadi. A casi un kilómetro de la aldea. Eran buenos en su trabajo e iban cambiando de lugar cada cierto tiempo. Desde su posición, tenían una visión panorámica de lo que sucedía e iban informando por radio a la casa. Los insurgentes que se aventuraban a salir a terreno abierto o asomaban la cabeza unos centímetros más de la cuenta, caían muertos o heridos por un proyectil del calibre 7,62mm, disparado por uno de los dos rifles

semiautomáticos M110 que utilizaban los francotiradores. Sus tiros eran muy certeros y pronto empezó a flojear el ataque de los guerrilleros.

Estuvieron jugando al gato y al ratón durante casi dos horas, hasta que, de repente, cesó el fuego. Dentro de la casa todos se miraron extrañados y extremaron las precauciones. Sudaban a chorros y sus caras denotaban cansancio, el esfuerzo y la tensión comenzaban a pasar factura.

Por la calle principal, avanzó un carro tirado por dos bueyes con una especie de cruz en lo alto. Conforme se acercaba, advirtieron claramente que los cuerpos de sus dos compañeros caídos colgaban flácidos, clavados en ambos lados de la madera, con las cabezas atadas con alambre en los extremos de la cruceta.

—¡Dejad libre al imán Abedl Aziz y os dejaremos con vida! —gritó una voz escondida entre las sombras en un inglés burdo pero entendible.

Por supuesto, nadie creyó la promesa.

Hans estalló. Se encontraba fuera de sí. Despotricaba y echaba espuma por la boca.

La imagen de sus dos camaradas decapitados, afectó la moral de la tropa. En respuesta descargaron una ráfaga de balas sobre las bestias, que cayeron a plomo a medio camino, dejando la esperpéntica cruz a vista de todos.

Desde la azotea, observaron cómo varios yihadistas se aproximaban desde diferentes calles parapetándose detrás de mujeres y niños, que caminaban encañonados, con las manos atadas y cargados con un cinturón de explosivos. Avisaron al sudafricano. Su respuesta fue clara y concisa.

—¡Disparad a matar! —ordenó Hans cada vez más desquiciado, con un grito que parecía provenir de sus entrañas—. ¡Le meto una bala en la nuca a quien no lo haga!

Los tiradores del exterior consiguieron abatir a dos de los insurgentes con un disparo limpio. Aún quedaban media docena que avanzaban despacio, impasibles a las balas que silbaban a su alrededor con miedo a matar a un inocente —a pesar de las amenazas de Hans—. Les faltaban por recorrer unos metros antes de que el peligro fuese inminente para los de la casa. Tenían muy poco margen.

Hans parecía poseído por el mismísimo demonio. Vociferaba y gritaba sin parar que disparasen a matar. Subió a la azotea y se acomodó el fusil apoyando el cañón en el murete y la culata sobre su hombro, inmune a los proyectiles que pasaban rozándole a escasos centímetros. Disparó, certero, sobre el cinturón de una mujer que explotó al instante desparramando sus

restos sobre el suelo junto con los de su captor. Hubo un cruce de miradas de desaprobación, pero ninguno de los mercenarios de la azotea dijo nada. Para ellos era una cuestión de pura supervivencia. Matar o morir.

Apuntó, de nuevo dispuesto apretar el gatillo, a uno de los cuatro niños que cubrían a dos yihadistas que avanzaban por una callejita al este de la casa.

—No lo hagas —le advirtió Anthony apuntándole con una pistola entre ceja y ceja. Había llegado sin hacer ruido.

El otro alzó el rostro con una mirada cargada de odio.

—No te atreverás.

—No lo hagas —repitió—. Y no tendrás que comprobarlo. Baja el arma y métete adentro. ¡Ahora!

Los otros dos no sabían qué hacer. Se quedaron observando cualquier gesto de su jefe que delatase alguna indicación.

Algo en la mirada acerada de Nolan debió de advertirle al sudafricano que hablaba completamente en serio. Al cabo de un par de segundos retando a la suerte bajó el rifle.

—Estás loco, Nolan, nos matarán y nos crucificarán...

—No más inocentes muertos.

—¿Y qué hacemos? —inquirió Hans—. ¿Nos rendimos y bajamos las armas?

—Ahora, bajaremos y esperaremos.

—¿Esperar? Además de loco, estúpido... —negó con la cabeza.

—Mira, allí.

Todos volvieron la cabeza hacia donde señalaba Nolan con la punta de la pistola. Por el camino que bordeaba la depresión del uadi avanzaba seis blindados Humvee a toda mecha, levantando una columna de polvo de varias decenas de metros. Los mercenarios respiraron aliviados.

—¿Jefe? —el chileno, hábil, ofreció al sudafricano la última palabra.

—Matadlos, si se acercan a menos de diez metros de la casa —ordenó Hans mientras agachaba la cabeza para pasar bajo el dintel de la puerta.

Descendieron por las escaleras, Nolan pegado a sus espaldas con la pistola en la mano, apuntando al suelo. Todos se percataron de que algo no iba bien. Hans tenía la mirada inyectada en sangre y las venas se le marcaban por el cuello. Fue directo a la cocina y ordenó a los rehenes que salieran al porche de la casa. Las mujeres y los niños se negaron, comenzaron a llorar y a implorar que no lo hiciese. Los matarían en cuanto asomasen por la puerta.

Le dio un culetazo a una de ellas, la de más edad, abriéndole una brecha en

plena frente. Metió el cañón por la boca al hombre de la mirada azul que seguía acuclillado en la misma posición en que lo dejaron, y que apenas se inmutó.

Nolan, de nuevo, lo encañonó con la pistola. El resto de mercenarios estuvieron más diligentes que los de arriba y apuntaron a Nolan; al mismo tiempo, Ulises y Guancho alzaron sus armas hacia ellos. Dana dudó por un segundo y, finalmente, se unió al grupo de los españoles.

—Vienen los blindados, no hay necesidad de más sangre —dijo Anthony sin dejar de mirar el rostro escarificado de Hans, que acariciaba el gatillo dispuesto a volarle los sesos al hombre que tenía de rodillas.

—Tenemos que ganar unos minutos hasta que lleguen, esto los entretendrá —escupió el sudafricano.

Los mercenarios acariciaron el gatillo, preparados para disparar. Ulises, Guancho y Dana hicieron lo mismo. Nadie parpadeaba. Apenas respiraban, conteniendo el aliento para que no les temblase el pulso. El tiempo se detuvo durante unos interminables cinco segundos.

De repente, se oyó un trueno en la distancia, el inconfundible sonido de rotor de aspas de dos helicópteros Apache estadounidenses. Había llegado toda la caballería. No habían escatimado en medios. Los helicópteros descargaban bombas y metralla a diestro y siniestro, aumentando el número de bajas de los insurgentes y los lugareños.

Todos bajaron las armas, aliviados. Todos, menos Hans.

Finalmente, iracundo, el sudafricano se colgó el rifle al hombro y cogió por el cuello a Abdel Aziz arrastrándolo hasta el salón. Comenzó a dar órdenes, preparando a sus hombres para la evacuación. Cuando pasó al lado de Nolan le susurró al oído: «Algún día te mataré, maldito hijo de puta».

Nolan sabía que no iba de farol. Tenía un enemigo más que añadir a su larga lista de admiradores.

Al poco, llegaron los blindados. El comando se repartió entre los helicópteros y los vehículos de tierra. Antes de abandonar la casa, Nolan volvió a la cocina para cortar las bridas de los rehenes. El hombre arrodillado se volvió hacia él y asintió con la cabeza. «Gracias», le dijo. Su mirada era azul, atormentada, fría como el hielo glacial, desprovista de todo brillo y cualquier atisbo de vida.

Esa tarde, las tropas iraquíes perdieron Mosul ante la ofensiva del Estado Islámico. De una tacada, el ISIS unificaba los frentes de Irak y Siria, dejando miles muertos en las calles de la segunda ciudad más importante del país y

sembrando el caos en todo Oriente Medio. Una situación que amenazaba la paz mundial.

También esa misma tarde, la base estadounidense fue abandonada, evacuando a todo el personal a Bagdad. Un grupo de artificieros se encargó de volar las instalaciones a base de cartuchos de dinamita.

No obstante, oficialmente, la misión se consideraba un éxito. Habían cumplido su objetivo: capturar a Abdel Aziz con vida. La CIA, el Mossad y el CNI se felicitaban mutuamente y se daban palmaditas en la espalda. Los de Oryzon cobrarían un buen plus por el trabajo. Solo tres bajas cuantificables, tres mercenarios a los que nadie o casi nadie iba a echar de menos.

Una aldea entera fue arrasada, habían muerto muchos inocentes, mujeres y niños indefensos incluidos; pero de eso no se hablaba, ni se cuantificaba. No saldría en las noticias del mediodía. La masacre se quedaría en las conciencias de los que estuvieron allí.

Para suerte o desgracia de Anthony Nolan, muchos lo consideraban un héroe. Simplemente había hecho lo de siempre, sobrevivir.

*

Todavía era de noche, en Bagdad. Entre las cortinas de la habitación de Nolan penetraba la claridad de un anuncio luminoso, una bebida isotónica patrocinada por un conocido presentador local, situado en el edificio de enfrente.

Sentado en un sillón en la penumbra, desnudo, prendió un Camel torciendo la comisura de los labios, contemplando el cuerpo dormido de la mujer, ahora templado y relajado. Hacía calor dentro. El ambiente estaba cargado, y él seguía sudando, con su corazón resonando en las sienes como un tambor. Olía a tabaco, alcohol y efluvios corporales.

Abrió la ventana para que entrase la brisa del amanecer y disipase los rescoldos de una noche de lujuria y desenfreno. Estar cerca de la muerte avivaba el deseo de la carne.

Al poco, la temperatura comenzó a ser agradable. Dana dormía como una bendita, profundamente, destapada de lado, abrazada a una almohada, roncando de forma muy ligera. Su cara reflejaba una placidez infinita y sus narinas se abrían y se cerraban de forma acompasada. Desde ese ángulo podía ver su sexo perfectamente rasurado, donde había humedecido sus labios y después se había derramado dentro, con furia, varias veces.

La ceniza del cigarro caía sobre la alfombra sin importarle lo más mínimo.

Nolan seguía ensimismado en un torrente imprevisto de pensamientos, observando los pliegues y rincones de su cuerpo: sus músculos tonificados, sus lunares y su piel lechosa, levemente bronceada en las zonas expuestas al sol, haciéndole marca en el resto.

—Vente conmigo a Israel, necesitamos gente con talento —le dijo después del primer envite. Anthony la miró enarcando una ceja—. Necesitamos gente que pueda improvisar y salir airoso de situaciones comprometidas. Estoy segura de que formaríamos un buen equipo.

Lo decía en serio, dedujo, por cómo se sonrojaba y bajaba la cabeza. Evitaba el contacto visual.

—Tengo asuntos pendientes en la península —mintió Anthony, concentrando su atención en un punto indeterminado del techo. Frunció el ceño y suspiró. Era un maestro en esas lides—. Ineludibles. Me lo pensaré más adelante.

—¿Qué vas a hacer con ese Ulises?

Nolan se lo pensó un instante.

—Todo a su tiempo.

—Te utilizará y cuando menos te lo esperes te dejará tirado como a un perro.

—¿Cómo lo sabes?

Ella vaciló antes de responder.

—Es el protocolo habitual —rio—. Para la gente como tú y como ese amigo tuyo, para cuando ya no servís... Conmigo estarías mejor, te lo aseguro. El mañana pertenece a los que pueden oírlo venir y tú pareces sordo —Le acarició la mejilla y después comenzó a masajearle su miembro—. Después de un par de misiones podríamos retirarnos a un kibutz que conozco... en Galilea, muy cerca del mar, cultivar y pescar; sentar la cabeza... tener una familia.

Su ojo lo brillaba con intensidad, en sus iris podía vislumbrar las olas del Mediterráneo. El otro era una bonita imitación de un lago en calma. Hablaba con un tono dulce y aflautado, muy lejano de su habitual voz seca y afilada. Parecía que soñase despierta mientras relataba la vida que realmente anhelaba.

Nolan dejó que continuase, siempre le reconfortaba la ilusión en la vida de los demás. Le hacía creer en un mundo mejor, un mundo que no era el suyo.

—Un bonito sueño. Pero, vivimos en una realidad bastante cruda, nos guste

o no... La gente como tú y como yo estamos hechos de otra pasta —se blindó con su mejor sonrisa y el rostro de ella se ensombreció, mostrando su cara oculta—. No duraríamos ni una semana en una de esas comunas, contemplando la vida pasar... sin exprimir su jugo...

Dana se tensó como un alambre y despertó de su ensoñación de forma abrupta. Abandonó el pene de Nolan, medio erecto.

—Desde que te vi supe que eras un canalla redomado, un pirata... Siempre tengo mala suerte con los hombres.

—¿También con Hans?

Quizás se había pasado de la raya. Ella enmudeció y se revolvió incómoda. El ojo de cristal y el ojo de verdad se alinearon en una mirada reprobatoria, cargada de desdén.

—Eso era trabajo. Simplemente tenía que sacarle cierta información que no te incumbe.

—Entiendo.

—Te aseguro que no entiendes nada —suspiró juntando los labios en una fina línea—. No te vuelvas a cruzar en su camino, ya lo has humillado dos veces, la próxima vez te matará sin dudarlo, es de los que se las guardan... y se las cobran tarde o temprano.

—Lo tendré en cuenta —dijo Anthony rozándole la espalda con el dedo índice, recorriendo todo su espinazo. El cuerpo de Dana respondió con un breve temblor erizando el vello—. ¿Qué más he de saber?

Ella se dio la vuelta y lo besó asiendo su cabeza con fuerza.

—Esto —respondió enroscándose en él y mordiéndole los labios.

—¿También trabajo?

—No, solo placer. Puro placer.

—Me alegro.

—Una pregunta me ronda la cabeza desde el momento en que te conocí.

—Dispara.

—¿No sabías quién era Abdel Aziz? ¿Verdad?

Nolan la observó con suspicacia. Si hubiese querido matarle ya lo habría hecho o hubiese dejado que Hans lo hiciera. No obstante, tenía a mano su estilete, debajo de un cojín en la silla al lado de la cama, por si acaso, como medida de precaución. No quería ser el último incauto que se llevasen por delante en la cama.

—No —admitió—. No lo sabía.

—Tuviste suerte, un canalla con suerte.

—Mejor tenerla de tu parte que no tenerla.

Ella lo observó dura y precisa, una mirada que escrutaba la verdadera naturaleza del hombre, calculando a qué clase pertenecía el que tenía en frente. Pocas autoestimas masculinas la hubieran aguantado, pero Anthony Nolan le sostuvo la mirada sin que le causara el más mínimo estrago.

Le había sorprendido la pasión que se había desatado en ella al rozarse sus labios y juntar sus pieles. Fría por fuera, caliente por dentro.

Nolan podía oír el ritmo regular y acompasado de su respiración.

Su tez tenía el lustre de una recién nacida. Se había dado la vuelta y ahora yacía boca arriba, con los brazos en cruz y las piernas abiertas, en una postura que, en otra mujer menos hermosa, habría parecido soez. La débil iluminación exterior llegaba hasta su cuerpo a través de un tamiz azulado que silueteaba sus contornos en trazos grises.

Pensaba fríamente en todo lo que había acontecido en el último mes, sobre todo pensaba en las caras de los niños de la aldea, en la de aquellos que habían asesinado. Sus actos tenían consecuencias. Quizás si él hubiese dicho la verdad, ahora seguirían con vida. O, quizás, no, y él estaría muerto, un fiambre tirado en alguna cuneta o en una fosa improvisada en el cementerio de Cizre.

Los primeros rayos de sol se filtraban por los resquicios que dejaba la doble cortina, alargando las sombras del mobiliario y cambiando la silueta de su cuerpo, sus pliegues, sus recovecos, su vello púbico. Sus formas en sí mismas tomaban otra textura, otra paleta de colores. Anthony no pensaba con lucidez, pensaba más con las vísceras que con su cerebro, algo inusual en él. Tenía que tomar una decisión. Dana le daba vértigo, lo atraía y lo repelía a partes iguales, como dos polos opuestos del mismo imán, una sensación a la que no estaba acostumbrado y eso lo conturbaba.

Sacó de la mochila una petaca metálica llena de brandy y bebió un trago. Sintió como su calor descendía lentamente desde la garganta hasta el estómago.

Notó una comezón extraña, a base de sueños que permanecían ocultos en su subconsciente y de sensaciones que afloraban peligrosamente. Una vida con Dana, sentar la cabeza... O tal vez eran sentimientos. Guancho solía decir — medio en broma medio en serio— que no era que Anthony Nolan tuviera buenos o malos sentimientos, sino que, simplemente, carecía de ellos. Los sentimientos alteraban su ecuanimidad de pensamiento, tan necesaria en el

submundo Nolan.

La inquietud le crispó los músculos y el pensamiento. Entonces supo que Dana lo hacía predecible, demasiado vulnerable. Lo ponía en peligro. Paradójicamente, la palabra peligro le devolvió a la cruda realidad y se estrelló en ella, como un gorrión en la luna de un coche.

Aturdido, se levantó lentamente, recogió su ropa y se vistió en el contraluz plomizo que se filtraba por las cortinas. Se vistió con prendas cómodas: pantalones de algodón caqui, camiseta negra, cazadora de cuero y botas militares. Sin hacer ruido.

Antes de abandonar la habitación le dio un beso en la frente.

—En otra vida, quizás hubiera estado bien —musitó.

Cogió la pistola, el móvil, la cartera —con documentos, tarjetas y algo de dinero— y el pasaporte. Dejó el resto de ropa y utensilios de aseo en la habitación. Se ajustó la cuchilla de cerámica en el compartimento del cinturón. Se miró en el espejo antes de salir, tenía la barba creciente y el cabello demasiado largo para sus costumbres, sus rasgos se habían endurecido en el último año.

En la habitación de Guancho no había nadie. Vacío. Olía a limpio, no había pasado la noche allí. Eso no le gustaba, pero tampoco le inquietaba. No creía que Hans hubiese ido a por él. Era posible, pero improbable. No lo creía tan estúpido. Además, Guancho sabía cuidarse solo.

Bajó a la recepción del hotel. Lo esperaba Ulises hablando con el móvil al lado de una enorme estatua de piedra de Lammasu, una divinidad protectora de la mitología mesopotámica —representada bajo la figura de hombre-toro con alas de águila—. Según uno de los botones del hotel, el dueño la había comprado a través de varios intermediarios que sacaban piezas de contrabando de la anciana Nínive; comerciaban con el Estado Islámico, evitando que las reliquias de otros tiempos terminaran como escombros en el desierto.

—Guancho está en un piso franco de las belgas —gruñó el espía del CNI—. Acabo de hablar con Conrado, llega con el resto de la tropa.

—¿No viene con él? —inquirió Nolan preocupado.

—Dice que está durmiendo la mona y que es imposible despertarlo.

—Me lo imagino —dijo Anthony con una media sonrisa—. El muy cabrón entra en coma.

—No se lo tome a broma, no está el horno para bollos. Anoche hubo un altercado en la embajada estadounidense. Encontraron a tres miembros de

Oryzon semiconscientes en un apartado del jardín. Les habían dado una paliza. Uno de ellos era ese cretino sudafricano... —dibujó un amago de sonrisa. Sus ojos le decían «bien hecho»—. ¿No sabrá a lo que me refiero?

—Ni por asomo.

—Ya... Ni tampoco estará en su habitación una bella y peligrosa agente del Mossad —respiró hondo hinchando el pecho.

—No sé a qué se refiere —se mantuvo hierático.

—En Bagdad existen mil ojos que vigilan día y noche... Recuérdelo en el futuro, en este oficio hay que ser discreto. Ese Hans es un tipo peligroso... —lo miraba con los brazos cruzados sosteniendo la barbilla con sus dedos índice y pulgar—. No le conviene tener cuentas pendientes con él.

—No soy yo quién las tiene.

—Hay que tener cojones...—carcajeó.

—Soy muchas cosas, pero no un asesino de mujeres y niños. Le volvería a parar los pies a ese malnacido... Bastante hicimos ya ese día.

—Se ha buscado un mal enemigo.

Anthony asintió juntando los labios.

—Enemigos tengo muchos, por uno más no creo que me salga una úlcera.

—Es un tipo con suerte, Anthony Nolan, pero la suerte se agota...

Ambos sostuvieron la mirada durante más segundos de la cuenta.

—¿Qué pasa con Guanchito? Yo no me voy sin él —advirtió metiendo las manos en la cazadora de cuero.

—No haga que me arrepienta de haberles fichado para el equipo —Ulises movió la cabeza de un lado hacia otro, estirando su cuello de toro—. La furgoneta está al llegar. Vayan directamente al aeropuerto. Yo iré a buscar a ese jodido Guanchito de los cojones.

Anthony se relajó, solo un poco.

—No sea muy severo con él, es como un niño que de vez en cuando busca algo de diversión.

El otro lo miró amenazante, se mordió el labio y se dio la vuelta bruscamente cubriéndose la calva con una gorra de béisbol negra.

Tenían previsto regresar en un avión de transporte de tropas estadounidense, con destino en la base germana de Ramsey, que hacía escala en Rota. Los yankees les harían el favor de hacerles de taxistas.

Respetando el protocolo de seguridad, no cogieron la ruta habitual de la autopista que los dejaba a las puertas del aeropuerto militar —

estadísticamente esa ruta era más proclive a los ataques—; si no que enfilaron por una carretera secundaria, serpenteando por las afueras de Bagdad, adentrándose unos kilómetros en las postrimerías del desierto.

Iban armados, cada uno con su pistola Glock, y, debajo de cada asiento, descansaban las manejables y prácticas ametralladoras Uzi israelíes, un arma a cerrojo abierto, fácil de disparar. Los agentes tenían asumida, entrenada e interiorizada la reacción de protegerse unos a otros en caso de que ocurriese algo inesperado.

Se desplazaban en una furgoneta negra con blindaje antibalas. Conducía, como siempre, Conrado, ágil y seguro al volante. Y, eran escoltados por un vehículo todoterreno con tres miembros de los GEO de la policía Nacional, que habían sustituido a las fuerzas especiales del ejército unas semanas atrás.

Casi ninguno hablaba, todos habían trasnochado, y estaban deseando coger el avión y olvidarse de ese infierno por una temporada.

Fue un ataque relámpago perfectamente orquestado. Prácticamente no tuvieron tiempo de reaccionar.

A la altura de Abu Ghraif, a unos 20 kilómetros al oeste de Bagdad, un vehículo tipo camioneta, de color blanco, se colocó detrás del convoy de los espías españoles. De la parte de atrás se alzó un hombre envuelto en un turbante con una lanza misiles al hombro, y disparó al todoterreno en la parte trasera. El vehículo de los GEO salió despedido por los aires varios metros por encima de la cuneta.

El impacto despertó de su letargo a los agentes españoles del primer coche, que intentaron coger las Uzis, pero no tuvieron tiempo. Un camión que transitaba varias decenas de metros por delante se detuvo en seco. Conrado dio un frenazo y maniobró bruscamente para evitar estrellarse contra él. La camioneta, que aceleraba por detrás, les embistió brutalmente sacándoles de la carretera por el carril contrario hacia un terraplén de varias decenas de metros y una fuerte pendiente. La furgoneta en la que viajaban los agentes dio varias vueltas hasta que quedó tendida boca abajo entre una nube de polvo.

Una docena de hombres saltaron del remolque del camión gritando consignas en nombre de Alá. Sus kalashnikov escupieron como serpientes de fuego, descargando una cortina de balas que rebotaron al chocar con el blindaje del vehículo.

Una violenta explosión se oyó en la distancia, a unos cientos de metros. El vehículo de los escoltas había saltado por los aires, lo habían reventado con

un bazuca.

Nolan, con un fuerte golpe en la cabeza y una herida en el brazo, comenzó a mover sus articulaciones y a palparse. Estaba medianamente ileso, únicamente el shock, una magulladura sin importancia y un dolor agudo que se expandía en oleadas desde las cervicales a su sien. Había que actuar rápido, cada segundo contaba.

Al igual que el resto, se encontraba boca abajo, pegado al techo. Observó a su alrededor, cabeceando y contorsionando su cuerpo, intentando encontrar una postura para salir de allí lo antes posible. Otros no habían tenido tanta suerte. El espía que estaba a su lado gritaba de dolor, su pierna sangraba profusamente y se veía que tenía un hueso astillado; y el del asiento opuesto dormitaba inconsciente, con una brecha en la frente. Conrado, el más lúcido y avisado, trataba de contactar con Ulises y con la base estadounidense a través del móvil, sin éxito.

Varias granadas cayeron sobre el vehículo, retumbando y dejándolos medio sordos.

¡No tengo cobertura! gritó Conrado desesperado. ¡Hay que salir de aquí! exclamó Anthony. Por el espejo retrovisor derecho observaba como el hombre del turbante de la camioneta se preparaba para disparar su lanza misiles sobre ellos.

Nolan espabiló al instante, la adrenalina en vena hacía su trabajo. Pudo coger la cuchilla del compartimento de su correa y logró cortar el cinturón de seguridad. Asió la Uzi de su asiento, y disparó a bocajarro a la ventanilla. El cristal saltó en mil pedazos clavándose en sus manos y en su cara, ocasionándole algunas heridas leves en forma de cortes poco profundos.

El compañero que iba detrás le pidió ayuda, se había atascado su cinturón. Dudó un microsegundo. Rápidamente dio un tajo a la cinta con su estilete y se arrastró sin mirar atrás hasta que salió del vehículo por el lado contrario a donde les disparaban. El otro agente también logró salir arrastrándose.

Conrado ya estaba fuera escupiendo fuego como un poseso, apretando el gatillo de su Uzi. Se unieron a él y comenzaron a ametrallar a sus agresores parapetándose detrás de la furgoneta. ¡Al de la camioneta! gritó Anthony desesperado. Si el terrorista conseguía armar su bazuca, estaban perdidos. El espía al que había ayudado, un tipo bajito y regordete con cara de niño, se alzó sin pensarlo. Apuntó y descargó una ráfaga de balas que acertó en el pecho al hombre que ya los apuntaba, dispuesto a enviarlos al más allá con un misil tierra aire.

Siguieron varios minutos duros en medio de un polvorín. Los atacantes les triplicaban en número y, si no recibían ayuda, terminarían aniquilándolos. Era cuestión de tiempo. Los de dentro de la furgoneta no daban señales de vida. ¡Hay que avisar a alguien! ¡Necesitamos refuerzos! gritó Conrado. Ninguno tenía cobertura en ese punto. ¡Sube a la carretera, Nolan! ¡Te cubrimos!

Anthony asintió y, sin pensárselo, corrió en diagonal, tirando la metralleta al suelo para ganar en soltura, haciendo varios zigzags, mientras las balas silbaban a su alrededor. Conrado y el otro espía lograron que los disparos se centrasen en ellos y abatieron a varios de sus atacantes.

Nolan logró alcanzar la carretera, sin resuello. Corrió unos metros en dirección contraria a la emboscada y sacó el móvil. Había cobertura, pero muy débil. Un hilillo de esperanza. Contactó con Ulises detallando su posición atropelladamente, y se dispuso a ayudar a los otros. Antes de que pudiese sacar su pistola, un vehículo salido de la nada e intentó atropellarle. Giró sobre sí mismo y dio un salto hacia la cuneta, pero, en el último segundo el vehículo también lo hizo e impactó con su cuerpo de refilón. Nolan cayó de bruces sobre el duro asfalto. Magullado y con alguna costilla rota, intentó de nuevo sacar su pistola. Tenía la mano ensangrentada, apretó el gatillo con rabia, apuntando a los hombres que salían del coche, pero, se le encasquilló. Demasiado polvo y arena en la recámara.

Una turba cayó sobre él, moliéndolo a palos. Le quitaron el cinturón para esposarle. Lo tiraron una y otra vez al suelo para patearlo. Nolan oyó la explosión del segundo vehículo, como un eco muy lejano reverberando en su mente, y los gritos de júbilo de los terroristas.

Es el fin, pensó, en el mejor de los casos me pegarán un tiro en la cabeza y, en el peor, me darán una paliza hasta que me rompan todos los huesos, o me degollarán delante de una cámara.

Los terroristas optaron por la segunda opción. Patadas, puñetazos, escupitajos, uno detrás de otro. Llegó un momento en que su propia sangre le impedía ver y el dolor se apoderó de cada una de sus células. La imagen de Dana se dibujó en su mente, observándolo con un solo ojo, oscuro, en el que atisbó a ver el mar en su interior. «En otra vida». Deliraba. Ya no sentía los golpes, había llegado al límite de su umbral de dolor. Estuvo a punto de desmayarse y perder el conocimiento.

Lo que ocurrió a continuación fue motivo de muchas suspicacias entre los miembros del CNI que investigaron posteriormente la masacre. Anthony Nolan

solo tenía recuerdos vagos e inconexos del suceso.

Recordaba que levantaron de nuevo y lo arrastraron por las axilas. Solo adivinaba el contorno de caras de hombres barbudos, ancianos y algún niño que le tiró una piedra con una mirada rebosando de odio. De repente, cesaron los gritos y un hombre alto, ataviado con túnica y turbante negro, se abrió paso entre el gentío. Tenía un rostro bien proporcionado, una tupida barba, una nariz aguileña, y una mirada azul como un estanque en calma. A Nolan le pareció que irradiaba un aura dorada a su alrededor —después lo achacaría al estado de shock en que se encontraba—. Se acercó a Anthony, le dio un beso en la frente y le dijo en voz alta para que todos lo oyeran: «Estamos en paz extranjero, vuelve a tu país y no regreses jamás, sino solo hallarás muerte y destrucción como la que sembraste». O, eso discernió Nolan.

Inmediatamente la turba desapareció.

Anthony Nolan quedó tirado en la cuneta, como un perro apaleado, abandonado a su suerte.

Cuando Ulises y Guancho llegaron, acompañados de un pelotón de las fuerzas especiales estadounidenses, el panorama era desolador. Los coches de los espías y escoltas españoles ardían, con varios cadáveres quemados y decapitados a su alrededor. En la cuneta hallaron a Anthony que se agarraba a un hilillo de vida. Fue el único superviviente de una masacre cargada de incógnitas.

Los servicios secretos, no obstante, barajaron la hipótesis de que alguien debía de estar al tanto de los movimientos de los espías. Se llegó a interrogar a Flayeh al Mawari, un traductor que tenía trato frecuente con Conrado y que, a menudo, lo acompañaba en sus misiones por Bagdad. Conocidos del iraquí declararon que había vendido información de los agentes españoles a cambio de 70.000 dólares. Al Mawari terminó con sus huesos en la prisión de Abu Grahib. Un año después quedó en libertad sin cargos. Para Anthony Nolan fue, simplemente, un cabeza de turco.

2018. MADRID, PUENTE DE VALLECAS

UN PERTURBADO MENTAL SECUESTRA A LA FAMILIA CÁRDENAS EN SU CASA

•El hombre se coló con un revólver en el piso tras simular ser un cura de Instituciones penitenciarias

•Maniató a Almudena del Valle, a su hijo y a una empleada del hogar

•El hijo se zafó de las bridas y redujeron al intruso, de cuarenta y pocos años

•El rapto se prolongó durante casi una hora

•El detenido exigió a la familia que le diera los pendrives y ordenadores que hubiera en la casa

La familia Cárdenas, gracias a la valentía de su hijo Federico, el conocido poeta de La Latina, cantante y fundador del grupo Barra Fija, logró frustrar con fortuna un secuestro que duró algo menos de una hora y que presagiaba un desenlace traumático. Almudena y su hijo desconocían que los cartuchos del revólver con el que los apuntaba el exlegionario fueran de fogueo y, en todo momento, temieron por sus vidas.

Según fuentes extraoficiales, la mujer y el hijo declararon a la policía que el falso cura disponía de «unos conocimientos muy exhaustivos» de la vida familiar de todos los miembros, lo cual hace sospechar que seguía sus movimientos o alguien lo tenía al tanto. Por ejemplo, sabía que Federico Cárdenas había estudiado en Londres y así se lo hizo saber durante el tiempo que duró el secuestro. También, según el testimonio de Almudena, parecía desorientado y sorprendido por la presencia de la familia dentro de la vivienda, dijo algo así como «cagoendios, tenían que estar en Soto del Real».

En efecto, tal y como el secuestrador creía, debían estar en Soto del Real, como era habitual los martes por la mañana, visitando a Alberto Cárdenas, el cabeza de familia; pero, en el último momento, los avisaron desde la prisión, se encontraba indispuesto para recibir visitas y anularon la cita.

SE LES ATRAGANTÓ EL DESAYUNO

El falso cura, cuyos fines aún se desconocen, accedió a la vivienda de los Cárdenas la mañana del 30 de enero de 2018 sobre las 09,45 horas, cuando la familia desayunaba en la cocina. El hombre iba vestido de sacerdote con traje negro y alzacuellos, disfraz con el que engañó al portero del edificio y, poco después, a la trabajadora doméstica, la ecuatoriana María Magdalena Veracruz Domínguez.

Tras accionar el timbre, el falso sacerdote comprobó cómo la sirvienta pedía permiso a Almudena del Valle y le abría la puerta del domicilio. Fue definitivo que le explicara que era un cura de Instituciones Penitenciarias y que quería entrevistarse con el hijo y la esposa de Cárdenas. ¿El motivo?: cumplimentar un formulario a fin de que le concediesen la libertad provisional al ex Secretario General.

La mentira dio resultado porque la mujer de Cárdenas y su hijo Federico lo invitaron a pasar al salón. Una vez allí, en un descuido de los anfitriones, sacó de debajo de la sotana un revolver corto de autodefensa, tipo «the judge», sin marca, modelo y número de serie, que había sido modificado de manera artesanal.

EL POETA LOGRA REDUCIRLO

De la amabilidad, el cura falsario pasó a la acción amenazando con malos modales a Federico Cárdenas: «Tú, pringadillo, de espaldas a la pared o le pego un tiro a tu madre». Después, los maniató a todos con unas bridas de plástico y los sentó en el sillón. Los tres fueron conminados en un marcado acento andaluz —de Cádiz, según Almudena que es oriunda de El Puerto de Santa María—: “Ahora me lleváis al despacho de Cárdenas y, una vez allí, me hacéis entrega de los pendrives de tu padre u os doy una manta de palos”. Y soltó otra amenaza dirigiéndose al joven Federico: “O me das la información o le doy un culetazo a tu madre y la duermo”.

Saltaba a la vista que el delincuente común había sido aleccionado, todavía se desconoce por quién. Por eso le espetó a los secuestrados: “Quiero la información que tienen en contra del Partido”.

La criada, de origen centroamericano, ha declarado que el asaltante la

amenazó apuntándole con el revólver: “Usted es de Guatemala, así que ya sabe qué es lo que va a pasar aquí”, dejando entrever un desenlace violento.

Pero, cuando el falso sacerdote se disponía a cumplir su amenaza, en un descuido, el hijo de Cárdenas —cantante y poeta— se libró de sus bridas mal ajustadas y se lanzó contra el secuestrador consiguiendo derribarlo, golpeándole en la sien con la ayuda de una lámpara, dejándolo medio inconsciente. Del empujón, el revólver cayó al suelo, momento que también aprovechó la asistente para retirar el arma de una patada. A gritos llamó a la Policía desde el balcón que da a la calle Juan Bravo y salió corriendo de la vivienda hacia la cafetería Alfileritos, donde dejó el revólver, en estado de pánico. Otra vecina que escuchó las voces también avisó a las fuerzas del orden.

El impostor, finalmente, fue reducido y detenido por agentes de la Policía Nacional.

El intruso, según el portavoz de la Policía tiene «problemas psiquiátricos y bastantes antecedentes», el último por estragos, en 2010. Se le asocia a los bajos fondos y al tráfico de estupefacientes. Por su comportamiento no se descarta que sufra alucinaciones y que haya actuado bajo el efecto de alguna sustancia psicotrópica.

Nolan releía la noticia por segunda vez. No creía toda la información que daba el digital. Lo de que se estaba haciendo el loco, no tenía la menor duda... pero que a Guancho lo redujese un mequetrefe de tres al cuarto... Eso, no había quién se lo creyese. Y, además, la policía los estaba esperando. Puntuales como un reloj suizo. Una filtración, un chivatazo. Algo olía muy mal en todo aquello. Apeataba a juego en la sombra.

Después del desastre de Cárdenas, Nolan decidió esconderse durante un par de días hasta que pasase el chaparrón. Tarde o temprano tendría que asomar la cabeza y contactar con Ulises, había que sacar a Guancho del marrón en que estaba metido con la mierda hasta el cuello. Podía hacerse pasar por tarado durante un tiempo, pero, al final, se sabría toda la verdad, siempre había alguien que terminaba cantando. Y, si les habían tendido una trampa, con más razón para que se filtrase a la prensa más pronto que tarde.

¿Quién se la había jugado? ¿Ulises? A hijo de puta rastrero no había quién le ganase. Lo creía capaz, de eso y de más, pero, no acertaba a vislumbrar el motivo. Con los movimientos de ajedrez y las alianzas que se forjaban en el Centro en época de cambios, él tenía todas las de perder si la operación salía

a la luz. Con Guancho entre rejas, le habían comido un peón y se encontraba en una situación de jaque, sin poder enrocarse.

¿Quién le había encargado la operación? Les dijo que venía de arriba, un concepto difuso y con muchos matices. Además, de las alturas uno se podía caer muy fácilmente y dejarse los sesos desparramados por el suelo.

¿Los habían utilizado de chivo expiatorio? De eso estaba seguro, pero no tenía lógica que el que dio el encargo se pusiese así mismo la soga al cuello. Aunque, en asuntos de espías, todo era posible. El engaño y la mentira formaban parte de su ADN.

Se decantaba más por la opción del Comisario Cantarejo; era el único que estaba al tanto, y tenía los cojones y los arrestos suficientes para enfrentarse a todo un jefe de división del CNI. Además, controlaba directamente los servicios de inteligencia de la Policía Nacional e indirectamente los de la Benemérita. Se rumoreaba que el pájaro tenía información que podría sonrojar al propio Rey, y poner en aprietos al Presidente del Gobierno, al saliente y al entrante.

—¿Qué miras? —preguntó Natalia soñolienta, aovillándose junto a él y dándole un beso en el antebrazo. Sentía su piel cálida y suave, rozándose, y eso lo excitaba—. Se parece a Guancho, el cura ese... le da un aire —rio divertida, líquida. Sus pupilas se movían como si tuviesen vida propia. Como Anthony no le siguió la broma, lo miró con los ojos muy abiertos—. No me digas que... ¡En qué líos andáis metidos!

Hacía mucho tiempo que no veía un rostro tan vivo... Desde Dana. Evitaba pensar en ella más de lo debido, sobre todo cuando estaba acostado con otra mujer. Apenas recordaba su cara, pero, su subconsciente lo traicionaba en los momentos más inoportunos. Tenía que reconocer que, más de una vez, se había imaginado que era ella mientras estaba dentro de otra mujer.

—En ninguno... anda, no inventes más... —Anthony hizo un ademán con la barbilla en dirección a los juguetitos sexuales que habían usado y que estaban desparramados por el suelo—, que tienes una imaginación calenturienta...

Ambos rieron, él disimulando su preocupación y ella con una carcajada sincera. Natalia le acarició el vello del pecho haciendo tirabuzones.

—Es que leo muchos libros y a veces me dejo llevar... Tú nunca lees, solo ves películas de esas antiguas, en blanco y negro, con Bogart y Bacall, en el fondo eres un soñador, disfrazado de Anthony Nolan... —él gruñó un poco mientras ella bajaba su mano acariciando su vello púbico—. ¿Sabes quién es Haruki Murakami? Quizás te guste...

—No —frunció los labios— ¿Quién es? ¿Alguien con quién te has acostado?

—¡Tonto! —carcajeó lamiéndole los pezones, provocando una erección instantánea. Le dirigió una sonrisa entre excitada y cándida—. Nunca te hablaría de alguien con el que me he acostado.

—¿Por qué?

—Por pudor... Haruki es un escritor...

—Solo leo a Pérez-Reverte y muy de vez en cuando... —musitó.

Comenzó a bajar su lengua por su vientre. Nolan cruzó sus manos detrás de la cabeza y se preparó para un nuevo envite.

—Tienes algo distinto a los demás —susurró ella.

—¿Cómo qué?

—Hay algo dentro de ti... en tu corazón. Una roca en tu corazón, que pesa demasiado. Te hunde. Te aniquila. Por eso no puedes disfrutar plenamente de nada de lo que haces, las cosas buenas que pasan se quedan en agua de borrajas... Por eso el dulce no te sabe tan rico. No puedes decirle a una chica que la quieres.

—¿Y qué tengo que hacer? —jadeó excitado.

—Hay que extraer la piedra. ¿Quieres que lo haga?

Rozó su miembro con la punta de la lengua.

—¿Puedes hacerlo? —un tibio gemido.

—Confía en mí.

El timbre de la puerta sonó. Ella se irguió contrariada, mirando hacia la entrada, con el pene entre sus manos. Él se revolvió inquieto.

—¿Quién puede ser? ¿Esperas a alguien?

—Es muy temprano —dijo Natalia arrugando la nariz. Negó con la cabeza—. No tengo ni idea, quizás se hayan equivocado.

De nuevo sonó el timbre, seguido de unos golpes de nudillos sobre la madera. Nolan se levantó de un salto, en proceso de desempalme. Se puso los pantalones y una sudadera, y los deportivos por si había que correr. Buscó en la bolsa la Beretta, 92 F de 9 mm parabellum, sin número de serie, y la asió con firmeza con las dos manos, ante el asombro y el grito apagado de Natalia que se tapaba con la sábana buscando un refugio imaginario.

—No te muevas de aquí —le ordenó.

Salió del dormitorio, encorvado, su arma a la altura del rostro, con el índice en el gatillo, apuntando a la puerta del apartamento —de un dormitorio, salón y cocina americana—. Se acercó en oblicuo, con pasos cruzados y sumo

sigilo. De nuevo golpearon la puerta con los nudillos.

—Anthony... abra la puerta, sé que está ahí —el tono era condescendiente y la voz...

Su pulso se disparó por un instante, tuvo que esperar unos segundos y respirar hondo antes de abrir y enfrentarse de nuevo a la horma de su zapato. El muy cretino lo había encontrado.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó crispado, tensos los músculos, observando el rostro de Ulises con desagrado.

—Olfato profesional —respondió el espía desabotonándose la gabardina, sacando una pitillera dorada. Prendió fuego a un cigarrillo y le ofreció uno a Anthony que hizo lo propio—. Sabía que permanecería cerca de la única persona a la que considera algo así como a un amigo —dio una calada al cigarro. No andaba muy descaminado—, y el Sur hace tiempo que dejó de ser un lugar seguro para usted.

—Algún día volveré —musitó Anthony sin convicción.

—Una vocecita me dijo que buscaría calor humano —continuó—, y esta chica... cómo le miraba el otro día... como un corderillo al que iban a degollar. Y, joder, cómo la defendía... No había que ser un lumberas. Estaba claro que había algo entre los dos. Seguro que se ha alegrado de verle y le ha abierto las piernas de par en par. Menuda elasticidad tiene la pava, joder... —rio la gracia como una hiena—. Le hace usted a todo... su espectro es inabarcable, desde esposas de embajadores, hijas de ministros, pasando por bailarinas de striptease, ¿cómo lo hace?

—Usted también anda lo suyo...

El rostro del otro se ensombreció.

—¿Por qué se ha escondido? —inquirió Ulises sin más preámbulos.

Nolan dio una larga calada a su cigarro.

—Alguien nos la ha jugado y usted estaba en mi lista de sospechosos. No sabía en quién podía confiar.

—Entiendo... —cruzó las piernas, estiró sus calcetines de ejecutivo dentro de sus zapatos Martinelli—. ¿Y qué pensaba hacer? ¿Pensaba desaparecer o aparecer?

—Pensaba, simplemente pensaba.

—Usted no es de los que piensan, es de los que actúan. Miedo me da si se pone a pensar...

En eso tenía razón. Anthony no tenía ningún plan, simplemente esperar a

que los acontecimientos se precipitasen. No existía otra alternativa.

—¿Quién ha sido?

Ulises dio un sorbo a su taza y se pasó la lengua por sus labios antes de contestar.

—Los del Cuerpo nos han tendido una trampa. Cantarejo está moviendo hilos... Hay demasiados intereses espurios detrás de todo esto. Facciones internas dentro del partido, de la oposición, del gobierno... Todos están pendientes de lo que contienen esos pendrives.

—Y en la Casa... ¿qué dicen? Van a dejar a uno de sus trabajadores que se pudra en prisión. Guanchito no es de los que hablan... pero tampoco es tonto... y tarde o temprano cantará.

—Espero que sea un pasodoble.

—O una seguidilla.

Estaban sentados en la terraza de un bar situado en los bajos del edificio donde vivía Natalia. Habían pedido tostadas con tomate y aceite, a compartir, y sendos carajillos para calentarse y digerir lo que tuviesen que tragar esa mañana.

—En la Casa también hay muchas familias con intereses contrapuestos... Son tiempos de cambios y ya se sabe... a río revuelto...

—¡No me joda! —Anthony se acababa de dar cuenta de la jugada—. Era una operación no oficial.

Ulises lo miraba como se mira a un niño incapaz de comprender, o a un idiota, al que de pronto le viene una revelación.

—Un asunto de índole personal... de muy arriba.

—¿Quién lo sabe? —preguntó Anthony bebiendo de un trago el carajillo—
¿Quién encargó el trabajo?

Ulises miró de un lado a otro. Se rascó la nuca, dio un bocado a su tostada y abrió su móvil.

—La Vicepresidenta —dijo como quién no quiere la cosa—, y el antiguo jefe, Adolfo... se encontraron en la reunión anual de la asociación de espías retirados... De ahí salió una bonita amistad...

A Nolan le costó trabajo digerir aquello. El Viejo Zorro y la Enanita Zumbona, como los llamaba Ulises, mal asunto. Se trataba de una conspiración en toda regla dentro del CNI y dentro del Gobierno. Un juego en el que había poderes ocultos que urdían maquiavélicamente entre las sombras del poder. Algo a lo que él no estaba acostumbrado.

—¿No lo sabe la nueva dirección? —preguntó Anthony ocultando su

nerviosismo. Ulises negó con la cabeza—. Maldito cabrón... —masculló entre dientes.

—Venga, no se ponga así.

—Nos ha engañado desde el primer momento.

Ulises no lo negó. El engaño y los subterfugios formaban parte de su oficio, era algo intrínseco a la naturaleza del espía.

—Las alcantarillas hay que desatascarlas cada cierto tiempo; si no se hace, el olor se convierte en nauseabundo y puede llegar a la calle. La nueva Directora tiene un hermano que está en el otro bando... y eso no gusta a todos. Son tiempos de posicionarse...

Su tono era el de un maestro de escuela que alecciona a un niño.

—Supongo que tiene razón, en parte.

Echó una ojeada a su alrededor, el bar comenzaba a llenarse de jubilados y madres que regresaban en manada de llevar a los niños al colegio.

—Qué panorama —apuntó Ulises.

—Es lo que toca, dosis de realidad... de vez en cuando.

—Lo que le decía, se hace a todo, como un camaleón, se mimetiza con el entorno —abrió las manos—. Para que toda esta gente viva tranquila, debe haber alguien que se ocupe de mantener su espejismo de seguridad, si no, sobrevendría el caos. Usted lo sabe, ha estado al otro lado, debe haber un equilibrio, aunque sea una falsa sensación de que todo va bien.

—¿Realmente lo cree así? —Anthony moduló una sonrisa plana cargada de ironía.

—Sí —afirmó solemne, sereno—, esta gente necesita creer que vive en un mundo seguro, donde prevalecen los valores y las instituciones, donde, al llegar a casa, se pueden sentar a ver un partido... —dio el último bocado a su tostada—, o a soñar con participar en Gran Hermano...

—Somos lo que somos —dijo con voz ausente, con calma fatigada, cual si no le hablara a él—. Es lo que hay.

—No vengo por lo de Guanchito.

—¿Cómo? —contestó sorprendido—. ¿A qué se refiere?

—Que la operación Cárdenas ha dejado de ser prioritaria, ha quedado en segundo plano. Le necesitamos para otro asunto. Ha estallado una bomba y tenemos que apagar el fuego y evitar daños colaterales.

—Pues entonces... ya se puede largar echando leches de aquí, a tomar por culo. Yo no muevo un dedo hasta que vea a Guanchito salir de la trena.

La mirada de Nolan era dura como el acero.

Ulises prendió otro cigarrillo mientras miraba al tendido, respirando hondo. Un camión de reparto se había parado a sus espaldas y los operarios bajaban barriles de cerveza, haciendo un ruido espantoso.

—Quizás encontremos una solución a todo esto. Si hacemos este trabajo, si llegamos a buen puerto, le garantizo que podremos negociar lo de Guanchito y recibirán todo el dinero que se les debe... todos los atrasos.

Anthony apoyó los codos sobre la mesa.

—Tengo toda su atención, pero como me vuelva a mentir le garantizo que se arrepentirá.

Ulises endureció la mandíbula y arrugó la frente, dando una fuerte calada. Pulverizó minuciosamente las cenizas en un cenicero con varios golpecitos. Su mirada atravesó a Anthony y, si fuera un puñal, lo habría clavado en la pared del fondo del establecimiento, en medio de un viejo póster de Toni Polster y otro de Rosendo Mercado, de cuando Leño.

—No se atreva a amenazarme y diríjase a mí con respeto —dijo con voz seca y pedregosa, bajando el tono varias octavas—. Puedo hacer una llamada y hablar con sus amigos rusos de Marbella... esos que creen que está bien muerto...

Nolan se puso rígido, muy erguido en su silla. Nunca antes había mencionado ese tema. Ulises era un tipo con muchos recursos y sabía qué clavija tenía que apretar en cada momento para que el mecanismo del juguete comenzase a funcionar.

—Le escucho —repuso Anthony en tono conciliador—. No hay que sacar los pies del tiesto...

Ulises pareció satisfecho.

—Mire este vídeo y dígame a quién le recuerda.

El espía le mostró unas imágenes en las que aparecían varios jóvenes occidentales con un mono naranja, arrodillados, con el rostro demacrado y macilento, y un hombre con un turbante y la cara cubierta. Solo mostraba su mirada acerada y sus ojos azules.

Nolan sintió como un escalofrío le recorría todo el espinazo.

2018. EN ALGÚN LUGAR SOBRE EL SAHEL

Anthony Nolan oteaba el horizonte blanquecino a través de la ventanilla del flamante A400m, recién adquirido por el ejército del aire. Olía a nuevo y tenía adhesivos y pegatinas por todos lados, prácticamente lo estaban estrenando. El Estado Mayor había fletado un vuelo casi exclusivo para él —y para la misión—. También se trataba del primer vuelo de los dos pilotos al mando, fuera de los ejercicios de pruebas, y eso se notaba, tenían que cogerle el tacto a la aeronave. En cada turbulencia el aparato daba pequeños bandazos hacia uno y otro lado.

Tanto él como su compañero, iban sentados en uno de los ochenta asientos para transporte de tropas, instalados en el interior de la enorme panza de la bestia alada de 70 toneladas. Para aprovechar el viaje y economizar gastos, los acompañaba un pequeño destacamento de la brigada de zapadores del ejército de tierra, destinados a reforzar el contingente español en la base de Koulikoro en Mali. No habían cruzado palabra con los militares, cada cual tenía sus órdenes y nadie quería complicarse la vida más de lo necesario.

Desde la distancia, parecían tipos duros, veteranos curtidos ya en alguna guerra, sonreían y bromeaban de vez en cuando con camaradería. También formaba parte de la unidad un perro de ojos acuosos y mirada atenta, que ladraba cuando los otros hacían un chiste o contaban un chascarrillo, como uno más de la manada.

Había algo de lucidez y determinación en esa forma de entender la vida, cavilaba Nolan, en contraposición con la locura del día a día de una responsable de ventas o de un empleado de banca. Se saboreaba cada instante como si fuera el último, se exprimía más el jugo.

Por el rabillo del ojo, observó como el azul espumoso del Atlántico

rompía con el ocre de la costa saharauí. Volaban a unos tres mil pies sobre un cielo completamente despejado. Entraban en África; volvía a África. Pronto, el océano de agua salada se convertiría en un mar de fuego, de crestas de arena de cientos de metros de altura, alimentado por un sol abrasador capaz de calentar el aire a casi 60 grados centígrados en la depresión de Qattara. A Nolan le hipnotizaba, le calmaba, ese paisaje inmenso, en el que China o Estados Unidos podrían hundirse en la profundidad de sus arenas; donde la nada ganaba al todo, el continente al contenido, la luz nívea a la oscuridad y, cada noche, las estrellas asaltaban el firmamento como si de una legión de luciérnagas se tratase. El Sahara, esa fuerza devastadora que avanzaba inexorable y agrandaba sus fronteras sin oposición. Ese lugar inhóspito, inabarcable e ingobernable, tumba de muchos infelices que intentaban cruzarlo buscando una vida mejor, sustento de otros que se aprovechaban de él, hogar de tribus nómadas, mafias, contrabandistas y traficantes —de armas, de personas y de drogas—.

Bien conocía ese mundo. Un pequeño nudo comenzó a formarse en la boca de su estómago.

Nolan había colaborado con el Clan del Golfo, años atrás, abriendo una ruta por el borde occidental del Sahara, para transportar la coca que cruzaba el charco en grandes cargueros y que arribaba a la costa africana sin excesivos problemas. Todo era cuestión de dinero —allí más que en ningún sitio— y de diversificar el negocio, tanto para los narcos, como para las bandas criminales y las autoridades locales.

La droga desembarcaba en Guinea-Bissau y llegaba a Marruecos en caravanas de camiones. Seguían los caminos de las antiguas rutas de camellos, ahora en poder de las mafias de trata de nigerianas, con el beneplácito de los señores de la guerra. Una vez cruzado el Reino Alauita, sin excesivos problemas más allá de untar bien a quién debían, se transportaba en lanchas rápidas a la península. Y, de ahí, en autopista, directos a Europa.

La ruta del Estrecho era un auténtico coladero para el paso de inmigrantes y estupefacientes. Las bandas tenían atemorizados o en nómina a la mitad de los miembros de Aduanas y de la Guardia Civil, y, la otra mitad, no daba abasto o miraba para otro lado. La Costa del Sol conformaba el primer escalón hacia la distribución en la vieja Europa por el crimen organizado británico, holandés, ruso, sueco, italiano y demás nacionalidades que se establecían en Marbella y alrededores para morder su parte del pastel. Una

actividad lucrativa que movía millones al cabo del año y que daba empleo a cientos de familias.

Fueron sus amigos colombianos del Clan del Golfo quienes los escondieron en Tánger después del affaire de Ígor y sus matones. Los traficantes colombianos eran gente sin escrúpulos, pero mantenían un código de honor a raja tabla: eran leales con quién les era leal. Y, por suerte para Nolan y Guancho, siempre habían seguido sus reglas no escritas a sangre y fuego, nunca los habían traicionado.

El avión volvía a traquetear. Su compañero de viaje estaba tan blanco como una pared encalada; contuvo su primera arcada, a la segunda echó todo el desayuno. Le habían asignado un ayudante, un sustituto de Guancho —una versión paya y algo más refinada de su amigo—. No se podía quejar, dentro de lo malo, era lo menos malo, mientras no se entrometiese demasiado en sus asuntos.

Delgado era uno de los más experimentados agentes de la unidad operativa del CNI. Nolan ya lo conocía de vista y oídos, y tenía buena impresión de él. Había coincidido con Delgado en un curso intensivo de supervivencia en el Desierto de los Monegros, impartido por instructores del SAS británico. Poco hablador cuando estaba concentrado en faena, excelente puntería, hábil en el cuerpo a cuerpo, letal con el cuchillo y certero en sus palabras. Un tipo bajito, enjuto y fibroso, con abundantes entradas, lo mismo podía tener cuarenta que cincuenta, con una barba rala y una piel tostada, una cara anodina y corriente —de esas que uno no recuerda—, capaz de pasar desapercibido en cualquier ambiente. Lo único malo, que tenía un humor cambiante. Uno no sabías por dónde podía salir. Por ejemplo, tan pronto hablaba por los codos, animado, como estaba deprimido, con una cara larga. Guancho le dijo que lo había visto tomar unas pastillas amarillas, a escondidas, justo después de las cenas.

—¿Cuánto falta? —preguntó Delgado con la babilla rebosándole entre la comisura de los labios.

—Un par de horas aún. Veo que has desayunado tostadas con tomate.

Anthony intentaba romper el hielo. No habían hablado durante todo el trayecto. Ulises lo llamó a última hora y le dijo que tendría compañía, una especie de escolta, para cubrirle las espaldas. En cierto modo, lo esperaba; el asunto tenía demasiado calado como para que lo dejaran pilotar a sus anchas.

—Muy chistoso... Ya veremos cuando estés en tierra quién le ríe las gracias a quién.

—Tranquilo, hombre, era solo una broma.

—No estoy para bromas, joder... —esta vez le dio tiempo de agarrar la bolsa antes de vomitar el resto del desayuno. Después de echar un líquido viscoso y verde, que Anthony identificó como bilis, con un pañuelo se limpió la barbilla y parte de la cazadora. Sacó una pastilla amarilla y se la puso debajo de la lengua—. Me acuerdo de ti, en operaciones encubiertas tienes muchos admiradores y detractores...

—Nunca tuve término medio —respondió procaz—. Es lo que hay...

—Eres la mascota de Ulises —carraspeó—, te rescató de la mierda y te utiliza para las misiones más sucias... para desatascar las alcantarillas.

—Simplemente hago mi trabajo. Me gano el pan, como todos...

—Como a mí me utilizaba Adolfo... —rio entre dientes, mirada aviesa—. Somos perros de presa, perros de guerra, nos sacan cuando hay que morder fuerte... No te creas otra cosa.

Anthony no lo creía.

—A algunos os deberían poner bozal.

Delgado estiró las piernas y los brazos.

—Conozco a la gente como tú... escoria, material fungible de usar y tirar; tarde o temprano volverás a las andadas.

Anthony decidió omitir el comentario. No era el momento ni el lugar.

—Y ahora que no está el Viejo Zorro... ¿Trabajas para la Abeja Reina? Eres una de sus obreras...

Ulises le había comentado que no intimase demasiado con él. Y a ese paso no lo iba a hacer, quisiera o no.

—Soy un patriota —afirmó Delgado tajante, sacando pecho.

—¿Llevas tatuada la bandera o el escudo con el águila?

Sonrió Anthony con una mueca taimada.

—Después de esta me jubilo —pausa, Delgado comenzó a silbar la melodía del Cara al Sol—, me han prometido un buen plus, si esto sale bien; así que no la cagues... guapito de cara... Si tengo que protegerte, te protegeré, pero no me jodas... Hay que traer a esa chica de vuelta sí o sí.

Le guiñó un ojo y chasqueó la lengua. Sacó de su mochila un cuchillo y comenzó a afilarlo con una piedra, pacientemente, dando una y otra pasada.

—¿Cómo está el panorama?

—Dicen que tú lo sabes mejor que yo —se encogió de hombros—, por eso estás al mando.

Siguió ensimismado, afilando su la hoja, cada vez más brillante y

reluciente. En el siguiente traqueteo cerró los ojos y cayó dormido en un profundo sueño.

El mendigo Delgado conocía bien su oficio, era un experto en contraterrorismo, y hablaba el idioma local con fluidez: había estado destinado en el Sahel en varias misiones. La última en Bamako, como asesor para entrenar a los cuerpos de seguridad locales —era la excusa— y establecer una red de informadores sólida —el verdadero motivo—. Trabajo de espía puro y duro.

Antes de eso, se había hecho pasar por un pedigüeño en las calles circundantes a la mezquita de Cornellá, para detectar la presencia de sospechosos vinculados con el terrorismo yihadista, pasando desapercibido, sin que nadie de los que acudía a la mezquita sospechase en ningún momento que estaba siendo vigilado. De ahí su actual apodo: el mendigo. Con su ayuda, el CNI había logrado desarticular un comando que pretendía atacar contra la comisaría de policía.

Y, mucho antes de cumplir con ese trabajo, un Delgado joven y brioso había tomado calimochos en las herriko tabernas de Bilbao con radicales de la izquierda abertzale, haciéndose pasar por un parado sin más aspiraciones en la vida que defender la independencia de Euskal Herria; con la kale borroca primero, y, después, dentro de ETA, bajo la batuta del mismísimo Lobo. Se había jugado el cuello en numerosas ocasiones para salvar la vida de policías y guardias civiles, avisando en el último momento de los planes de la banda.

Después del primer alto el fuego, les siguió la pista hasta Venezuela localizando a peligrosos pistoleros de ETA. También colocó micrófonos en embajadas sospechosas de apoyar al terrorismo y controló en Bosnia a los temidos comandos de la muerte. Era, definitiva, un tipo fogueado y que sabía mimetizarse con el entorno. De ahí su anterior apodo antes de mendigo: el camaleón. Los rumores que Nolan había oído, susurraban que se había pasado por el cirujano en varias ocasiones; la inexpresividad de su cara y la apatía de su mirada, algo achinada, podrían ser las cicatrices del bisturí.

El mendigo Delgado trabajó toda su vida años en operaciones encubiertas, siempre caminando al filo del abismo sin una red en el suelo. Un hombre que nació para estar en primera línea de fuego, que disfrutaba con el riesgo, que nunca quiso ser otra cosa que un hombre de acción al servicio de su país. Un auténtico patriota, de esos que a Anthony Nolan le causaban grima. Sabía que le iba a guardar bien las espaldas, pero, no hasta qué punto podía confiar en él. Era un agente de la Abeja Reina, como le había comentado Ulises; se

cambió al bando de los ganadores en plena guerra de sucesión dentro de La Casa. Muchos lo consideraban un chaquetero.

*

—La Casa tiene quince veces menos presupuesto que la inteligencia británica, seis veces menos que la francesa y la italiana, y doscientas veces menos que la CIA. Con eso hacemos lo que podemos... Tenemos un Seat, un utilitario, que funciona bien, pero no es un Porsche.

Anthony Nolan escuchaba apático en el asiento de atrás. Lo habían recogido en un A5 reluciente en la esquina de Atocha.

El tipo le dio la mano con un apretón blandito, de los de pega. Se había presentado como Franz Ferdinand, o algo así... su alias dentro de La Casa. Se daba demasiados aires para ser un buen espía.

—O un Audi —murmuró Nolan lo suficientemente alto como para que lo oyera.

El aludido paseó una ojeada por el espejo retrovisor. Hizo el ademán de decirle algo, pero se lo pensó mejor y siguió conduciendo hábilmente, sorteando un coche tras otro por la M-30.

Era un tipo alto y atlético, carne de gimnasio, con abundante cabello ensortijado, que a duras penas aguantaba la gomina, y una barba muy tupida, enfundado en un traje de tres piezas —de corte inglés—, que no iba mucho con él. No llegaría a los veinticinco y hablaba de La Casa como si llevase viviendo en ella décadas. A buen seguro que le espera un futuro prometedor, se decía Nolan.

El tal Franz Ferdinand parecía un sujeto ciertamente peculiar. Algo amanerado y carente de habilidades sociales. Hablaba poco y a trompicones, y, cuando lo hacía, era para referirse a las bondades del Centro, como si, de repente, le hubieran dado cuerda.

Cogieron la salida de la A6 y después se desviaron hacia la avenida Padre Huidobro, donde está ubicada la sede central del CNI. A simple vista, no había nada que indicara una seguridad especial, ni garitas de vigilancia ni policías armados.

—No se deje engañar por las apariencias. Este es uno de los lugares más vigilados del país, si no el que más —aclaró Franz con voz aflautada mientras conducía, sin que Anthony le hubiese pedido explicaciones—. Hay decenas de cámaras de última generación que observan todo lo que ocurre a cientos de metros a la redonda, incluso cámaras infrarrojas... y también desde el cielo,

drones ultramodernos de fabricación israelí.

—Ahora me siento más tranquilo —musitó.

—Le gusta la guasa... algo había oído. Gracioso y con la piel fina.

Nolan dio la llamada por respuesta.

Entraron por la calle Argentona, atravesando el primer control, una puerta corredera con personal muy serio y poco amable, ataviados a juego, con la sobriedad de un traje oscuro de rebajas, camisa blanca y corbata.

El cuartel general de los espías patrios destilaba un elegante aspecto ochentero, bunkerizado y pulido hasta el paroxismo.

Dentro del complejo, tampoco se transmitía la imagen de fortaleza inexpugnable que muchos imaginan que debe proteger a la sede central del CNI. Al contrario, pensaba Nolan, el entorno era bucólico. Los árboles bien cuidados, las fuentes, el silencio y la magnífica alfombra de césped, perfectamente cortado a ras, invitaban a jugar al golf, dar un paseo al perro, o a respirar hondo y practicar yoga. Nada que ver con las misiones en que había participado y la mierda que se habían comido.

Lo único llamativo, era una escultura de Corazón que simulaba un orbe, ubicada en el centro de una pradera, en honor de los ocho agentes asesinados en Irak en 2003; y, otra, en forma de monolito, a unos pocos metros de la entrada principal, recordando a los caídos del atentado de 2014 —del cual milagrosamente salió con vida, y que seguramente era la razón por la que la Abeja Reina lo había citado allí—.

Aparcaron en las entrañas del edificio principal —el de la forma de Y, la Estrella—, de un complejo de cinco bloques, en el que trabajaban más de dos mil agentes. Una pequeña ciudad llena de espías hasta los topes.

Tomaron un ascensor que les llevó al hall de la planta baja donde pasaron los correspondientes controles de escáner, sin identificarse; la sola presencia de Franz parecía ser aval suficiente. No obstante, una amable funcionaria de veintitantos, bonita de cara, pecosa y con el pelo muy corto, le pidió el móvil y lo guardó en una cajita mientras intentaba establecer contacto visual con Franz, contacto que este rehusó con gesto mohíno.

—...Hay que tener en cuenta que en muchos países no existe el fenómeno patrio de *hacelotodo*, un solo servicio secreto para realizar todas las tareas, y, como mínimo, hay uno para el interior y otro para el exterior, incluso un tercero para las labores de espionaje técnico. Ya sabe el MI5 y el MI6, la CIA, el FBI y la NSA.

Caminaban por la pasarela interior hacia el Hexágono, el moderno y reciente edificio que cobijaba a los altos cargos, y Franz disfrutaba con su soliloquio. Se había arrancado de nuevo.

—¿Le gustan las películas de espías? —inquirió Nolan de forma brusca, cortante. Empezaba a cansarle su petulancia y su pose altiva—. Sería un buen secundario...

El interpelado lo miró de arriba a abajo.

—Algunas... —respondió Franz Ferdinand, mientras avanzaban hacia el ascensor. A la izquierda había una placa conmemorativa, homenaje a los agentes caídos, con sus nombres escritos sobre el metal oscuro. El nombre de Conrado, el verdadero, estaría allí, pensó Anthony—. Misión Imposible, la primera, Cortina Rasgada y Casino Royale... ya sabe...

—No, no sé.

—Dónde haya tipos cachas y que ganen los buenos —sonrió sin arrancar una carcajada.

—Me suena la de Cortina Rasgada...

—Se parece un poco al protagonista.

—En el cielo de los ojos.

—Usted es más canalla.

Nolan no sabía si estaba hablando en broma o en serio. Un tipo realmente peculiar, caviló mientras se subía en el ascensor hacia la última planta, donde lo había citado la nueva Directora del Centro. Se miró en el espejo y observó que Franz le hacía un escaneado riguroso, sin ningún tipo de pudor, levantando una ceja, fijándose en cada detalle de su indumentaria: pantalones chinos color beige, botas de ante con suela de goma, jersey de cuello vuelto azul y americana de cuadros.

—¿Pasa algo? —inquirió Nolan—. ¿Tengo monos en la espalda?

—Elegante, pero informal, quizás demasiado informal... —respondió cogiéndole los hombros—. Quizás una talla menos... y unos zapatos de los de verdad...

—No sabía que venía a una pasarela.

—No se enfade, hombretón... Es deformación profesional, mi padre era sastre... Este traje me lo hizo a medida.

—De casta le viene al galgo. No da puntada sin hilo... —contestó con ironía.

Se volvieron ambos hacia la puerta. Quedaban aún cuatro pisos.

—¿Es la primera vez que viene?

—Sí —dijo sucinto, se estaba cansando del personaje. Ulises siempre precavido, lo había mantenido al margen de la estructura formal y la burocracia de los pasillos de La Casa. A Anthony y a Guancho les pareció bien esa forma de actuar, no querían involucrarse más de lo que estaban; desde luego que no pensaban jubilarse como agentes del CNI.

—Se le nota un poco nervioso.

—Hay algo que me da urticaria... algún ácaro se habrá colado.

Esta vez Franz le rio la ocurrencia. La puerta finalmente se abrió.

—Vamos, llegamos un poco tarde y no le gustan que la hagan esperar.

Nolan siguió los pasos de su particular cicerone, un metro por detrás. Los tacones de sus zapatos Tallsem, de estilo full brogue, marrones y negros, resonaban con un pequeño eco. Se atisbaba poca actividad en los pasillos y las conversaciones eran murmullos apagados. Nadie los saludó ni les dedicó una mirada que durase más de un segundo. Anthony observó cómo entraban y salían de los pequeños habitáculos mediante un dispositivo de identificación de huella digital. Se fijó durante un abrir y cerrar de ojos en el interior de uno de ellos: una habitación sin adornos, con una mesa y un ordenador, ni un solo papel, ni una sola foto, totalmente impersonal.

Le pareció que se adentraban en un mundo sigiloso, en el que nadie quería que el vecino de despacho supiese de sus asuntos. Ulises le había comentado en alguna ocasión que cada dependencia solo permitía el acceso de personas concretas, de tal modo que un agente perteneciente a la División de Contraterrorismo no podía entrar en el ala reservada a Seguridad.

Giraron hacia la izquierda, tomaron un pasillo solitario con cuadros en las paredes de todos los directores, en orden cronológico, desde 1977 —observó que el hueco de Adolfo estaba vacante—. Machos alfa plateados. Casi todos militares; la excepción eran un diplomático y un ingeniero de Montes. Tenían que atravesar el pasillo para llegar al despacho de la Abeja Reina, al final del corredor.

Franz Ferdinand colocó su índice en el lector y, al poco, la puerta se abrió con un pequeño clic. Pasaron prestos por delante de dos secretarías que no levantaron la cabeza, y Franz abrió otra puerta de madera maciza con el mismo sistema que la anterior.

Cayetana Pons de Heredia estaba de pie, de espaldas a la puerta y de cara a los ventanales tintados de azul oscuro, hablando por teléfono. Nolan paseó su mirada por su torneada figura, dentro de un traje de dos piezas azul marino, sobrio, que se ajustaba a su cuerpo como un guante de seda. Por deformación

profesional, y natural, tomó nota de sus espaldas de nadadora y sus fémures kilométricos.

La mujer del país con más poder en la sombra; la persona que asesoraba al Gobierno en asuntos de seguridad nacional y repartía instrucciones a diario los tres pilares de la casa: los directores de Inteligencia, Operaciones y Recursos. Una estructura que en su siguiente escalón se organizaba en 18 divisiones, y, en cascada, en sus respectivos departamentos. Y un poco más allá, en grupos horizontales, temáticos y geográficos.

Echó una rápida ojeada a su despacho. Imposible deducir algún rasgo de su personalidad. Era un espacio grande, desnudo, frío; sin papeles, libros, recuerdos ni fotografías familiares.

La directora de los espías dejó su móvil, casi lo arrojó sobre la mesa de forma violenta. Se quedó escrutándole, quieta como una esfinge, durante varios segundos antes de pronunciar su nombre.

—Anthony Nolan —le tendió una mano fuerte, dedos alargados, con las venas marcadas. Voz áspera, curtida por infinitos cigarrillos rubios—. Me alegro de que haya aceptado mi invitación.

Nolan observó un rostro anguloso, para nada armonioso, en el que destacaban sus pómulos salientes y una nariz algo desproporcionada. Había algo en su asimetría facial que resultaba atractivo. Anthony tuvo que hacer algún esfuerzo para dejar de mirarla, era como uno de esos cuadros de Picasso, de figuras geométricas imposibles, que te dejan atrapado por la rareza de sus formas.

—Un placer —respondió Anthony lacónico. No sabía si hacía bien en presentarse allí de espaldas a Ulises. En cierto modo, lo estaba traicionando. Y, si se lo contaba, la traicionaría a ella. Todo un dilema al que poder darle vueltas durante la misión.

Franz Ferdinand se quedó en la puerta, con una mano sobre la otra, como si estuviera custodiando la entrada.

—Me he puesto al día en cuanto a su expediente, uno de los secretos de Adolfo, y de Ulises... —notó un deje despectivo en como pronunciaba su nombre—. Otro de tantos. Toda una joyita, usted y ese amigo suyo... con ese apodo tan campechano... Guancho.

—Guanchito —corrigió Anthony muy serio.

La otra lo oteó durante unos instantes que se alargaron más de lo necesario. Finalmente rio por lo bajini recogiendo su móvil de la mesa. «Parece que tiene sentido del humor», pensó Anthony.

—Un expediente de nivel 5... tiene licencia para hacer lo que se le antoje, como si fuera James Bond —entornó los ojos y dibujó una mueca severa—. Una posición privilegiada...

Seguían de pie.

—No diría eso exactamente —respiró sereno.

—¿Ah no?

—Tanto usted como yo sabemos que, a ambos, al Centro y a mí, nos conviene esta relación —dijo elocuente—. Soy un agente externo... un paria sin ningún tipo de vínculo formal con el CNI. Hago lo que es necesario para cumplir con sus encargos. Desatasco las alcantarillas cuando las heces rebosan y nadie quiere que le salpiquen.

Cayetana se cruzó de brazos. No hizo ademán alguno de sentarse.

—Veo que Ulises lo ha aleccionado bien —hizo una pausa. Se mojó sus labios con la punta de la lengua—. Soy consciente de su oscuro pasado... y también soy de las que piensan que las personas no cambian, se pueden adaptar a las circunstancias, pero cambiar, no... ¿O sí? —Avanzó unos pasos. Anthony optó por no responder—. Durante mi mandato estoy dispuesta a acabar con este filibusterismo rastrero. Las cosas van a ir por otros derroteros, más legales... —añadió dando golpecitos en la mesa con los nudillos—. Pero, mientras tanto, le necesitamos; según Ulises, es la persona indicada para desempeñar esta misión, la primera crisis a la que me enfrento... Quería conocerle en persona... ver de qué pasta está hecho.

Sus grandes ojos color avellana lo escrutaron de nuevo sin parpadear. Destilaban poder y astucia.

—De la misma que usted... espero.

De nuevo rio con un ruidito entre dientes, con los labios cerrados. Parecía que contuviese una sonrisa.

—Tiene agallas, no esperaba menos... Venga, acompáñeme, vamos a tener una charla de cómo se va a desarrollar este trabajo.

Salieron al pasillo y cogieron un ascensor diferente al que los había subido. La Directora colocó su dedo índice, huesudo, en un lector de huellas digitales. Nolan se fijó en que no portaba anillos y en la pulsera de actividad de color blanco que se enroscaba en su muñeca izquierda.

Una luz verde parpadeó en el panel del elevador y comenzaron a descender de forma silenciosa, solo un leve zumbido de fondo. Franz se colocó detrás de ellos, manos entrelazadas, con una pose de guardaespaldas que resultaba algo cómica. No abría la boca. Había entrado en una de sus fases de mutismo.

—Bajamos al centro de operaciones —ella se adelantó a su pregunta—. Va a tener el privilegio de conocer uno de los lugares mejor protegidos del país —Anthony pensó que bien podían ahorrarse el viaje, le gustaba tanto estar allí metido como pegarse un tiro en el pie—. A propósito... ¿Dónde anda su amigo? ¿Guanchito? Ulises me ha comentado que está ilocalizable,

—De vacaciones en la India...

—Muy oportuno.

Anthony no le retiró la mirada, con tacones de aguja sus ojos estaban a la misma altura. No había sonrisas ni rictus serio. Le pareció que no había doblez alguna en su interés. «No está fingiendo; no sabe lo de la operación Cárdenas. Interesante...».

—Se encuentra en una especie de viaje espiritual... una redención... expiando sus pecados.

—Que serán muchos —apuntó ella apretando la mandíbula—. Necesitará a alguien que le guarde las espaldas.

—Prefiero trabajar solo. Lo que menos necesito es hacer de niñera de uno de sus espías.

Hizo un pequeño gesto mirando hacia atrás.

—Ya veremos... alguien con experiencia no le vendría mal.

Iba a replicarle en el momento en que se abrió la puerta del ascensor — planta menos cuatro—, dando paso a una enorme estancia ovalada de techos altos y luces rojas, muy tenues.

Hacía un poco de calor, y el ambiente se le antojó cargado, aunque no hubiese nadie a la vista.

Era un espacio diáfano. La zona próxima a la puerta albergaba una decena de ordenadores encendidos. Una gran mesa de reuniones de madera de caoba destacaba en el centro, con cómodos sillones de cuero dispuestos a su alrededor. Lo que más llamaba la atención era el enorme panel, a modo de pantalla, que cubría toda la extensión de las paredes de la sala. En uno de los laterales se mostraba una imagen digitalizada de un globo terráqueo en 3D, girando muy lentamente.

La habitación estaba vacía a excepción de una persona, que se medio escondía de pie en la penumbra, ocultando su torso. Se trataba de una mujer, y había algo en su silueta que le era vagamente familiar. Nolan sintió como dos puñales se clavaban en su nuca.

Franz se dirigió con presteza a uno de los ordenadores y comenzó a teclear con agilidad, como si tuviera dedos de pianista y estuviese ejecutando una

complicada pieza.

—¿Qué le parece? —preguntó Cayetana con orgullo, poniendo las palmas de las manos hacia arriba, dando un pasito a la izquierda y otro a la derecha—. El corazón de La Casa, nuestro nuevo Centro de Operaciones.

—Impresiona —musitó él.

Cayetana sacó el móvil y apretó un par de veces el teclado. Al pronto, en el lateral opuesto al globo terráqueo, apareció una imagen congelada del dichoso vídeo, mostrando un primer plano del hombre con la mirada azul celeste. Esa mirada que él tenía marcada a fuego, y que recordaría perfectamente el resto de sus días.

En la zona frontal se encendió una lucecita y, al instante, se abrió una sección con una fotografía de la chica de los Bouvilla —casi irreconocible, con el pelo lavado y la cara impoluta, luciendo una enorme sonrisa inocente, enfundada en unos vaqueros y una chaqueta de ante—, y después de los otros tres rehenes —a menor tamaño—.

—¿Conoce a ese sujeto? —adelantó el mentón hacia el hombre de negro.

Anthony asintió.

—Creo que sí —balbuceó, sus ojos azules parecían que lo mirasen directamente a él, y se adentrase en lo más recóndito de su alma. Sintió un pequeño calambre en el cuello—. Sí.

—Ulises me ha contado lo que pasó en esa aldea... una masacre que se podría haber evitado siguiendo el protocolo... ¡Joder! ¡Qué demonios hacían en medio de aquel avispero!

—Yo quería estar allí tanto como usted...

Ella se colocó a escasos centímetros.

—También he leído su declaración sobre el atentado en Bagdad. Afirma que se trata de la misma persona...

—Sí. Es la misma persona que me salvó la vida.

—Y la que asesinó a cinco de nuestros agentes —añadió seca—. He consentido que fuese usted nuestro negociador, por el vínculo especial que le une con este terrorista... creemos que puede ser una baza a nuestro favor.

La mujer que estaba en la penumbra encendió un cigarrillo con aroma afrutado. La Directora le dirigió una mirada furtiva, pero no dijo nada. Nolan aún no lograba verla con claridad.

—Puede ser.

—Y porque conoce la zona... y se desenvuelve como pez en el agua en esos ambientes... —«Más bien como un escorpión en el desierto», pensó

Nolan para sus adentros. Ella continuó—: Tiene contactos que nos pueden ser útiles para llegar a los secuestradores... por decirlo de alguna manera... Queremos que encuentre a ese hombre y negocie con él. Sabe la presión que tenemos, las redes sociales están que arden... Hemos llegado a un acuerdo con los principales medios del país... para que guarden silencio y tengan la boca cerrada, pero no sabemos cuánto puede durar la tregua. Y la familia, ya saben quiénes son...

—Las familias... —corrigió Nolan dando un paso hasta situarse frente al hombre del turbante. No conocía su verdadero nombre, Farid al Golani era una identidad falsa, solo que sus hombres lo apodaban el Fantasma, y que en unos pocos años se había convertido en un líder fanático al que seguían hasta la muerte; y que estaba en la aldea aquel día, y en Bagdad...—. Tienen recursos... Puede que ya estén actuando a nuestras espaldas... y dificulten nuestros intereses.

Hubo un carraspeo procedente de la penumbra.

—Yo represento a esa parte —exclamó una voz desde las sombras, una voz dulzona, que Anthony había escuchado entre las sábanas perfumadas de hoteles de cinco estrellas y que no le cuadraba allí. Tardó unos segundos en reconocerla—. Las familias colaborarán, por ahora, con los servicios secretos. Les daremos una semana, no más. Si no consiguen traerlos de vuelta, haremos todo lo que nos pidan.

Su tono no fue amenazante, simplemente exponía unos los hechos tal y como eran. Sin edulcorantes.

Dio un paso al frente y la mujer tomó forma. Primero, la silueta perfectamente contorneada, voluptuosa, dentro de un traje oscuro rayado y una blusa ligeramente estampada. Y, después, un rostro que él conocía perfectamente, cada arruga, cada línea de sus mejillas, incluido su lunar detrás de la oreja sin lóbulo.

Anthony estuvo a punto de gritar su nombre, pero se contuvo.

—Me llamo Beatriz de la Piedra-Arístegui y represento a los intereses de la familia Bouvilla —Le tendió la mano con la mirada clavada en sus ojos. Anthony decidió seguirle la corriente—. Espero que tenga usted éxito en su misión.

Nolan apretó firme, algo más de la cuenta.

*

Aterrizaron en Bamako para repostar y para dejar en tierra al pelotón de

zapadores, que se uniría al destacamento de tropas españolas de la base de Koulikoro. Delgado seguía durmiendo como un bendito, con la baba rebosando por la comisura de los labios, dando sonoros ronquidos y suspirando de vez en cuando. Apoyaba el cuello sobre el lateral del asiento en una postura forzada, cayendo todo el peso hacia adelante y hacia un lado.

«Cuando despierte tendrá una tortícolis de caballo». Lo zarandeó un poco y después lo dejó estar en la misma posición. «Que se joda el muy cabrón».

Se encontraban en mitad de un páramo asfaltado. La pista aparecía medio desierta. Solo un par de operarios, de piel negra como la noche, repostando combustible en la panza del avión, manejando una cisterna herrumbrosa. Al fondo la silueta de la terminal.

Nolan aprovechó para estirar las piernas y tomar un poco el aire recalentado que abrasó sus pulmones nada más salir del avión.

Afuera, trajinaban los militares bajo un sol de justicia. Sudaban a chorros y apilaban el equipo, perfectamente empacado en cajas de metal, dentro de dos camiones de transporte de tropas que habían acudido a recogerlos.

El asfalto abrasaba. Encendió un pitillo y se acercó a curiosear. Trataban el material con mucho mimo, no en vano era muy delicado y les iba la vida en ello, literalmente. Nolan siempre pensó que desactivar minas y tratar con explosivos requería estar hecho de una pasta especial, y también estar un poco más cerca de locura que de la cordura. Había que tener una sangre fría fuera de lo normal y un puntito de demencia para desactivar los resortes naturales del miedo.

El perro se acercó a olisquearle, moviendo la cola. Nolan se agachó y lo acarició por el lomo disfrutando con el ronroneo de conformidad del can.

—Buen perro —dijo Anthony dándole unas palmaditas.

—Se llama Detonador, Deto para los amigos —dijo el capitán apareciendo detrás de él. Se abrochaba la cremallera del pantalón—. Le ha caído bien. Normalmente no es muy sociable, el ruido de las explosiones lo enloquece, lo tiene de los nervios al pobre.

—Imagino que a mí me ocurriría lo mismo —contestó Anthony agachándose más para mirarle a los ojos—. Buen perro, Deto... ¿Quiere un pitillo?

Nolan le alargó al capitán el paquete de Camel. Se fijó en su porte, era un hombre fuerte rayando lo orondo, con unas manos callosas y una nariz achatada como la de un boxeador.

—Gracias —movió el paquete y sacó un cigarrillo que prendió con una

cerilla sin dejar de observar a sus hombres—. ¡Joder que calor hace en África! ¡Un puto horno! Y todo lleno de mosquitos... Estuve destinado en Afganistán y El Líbano, pero esto... no tiene nombre, un castigo de Dios.

—Se acostumbrará, la clave consiste en beber durante todo el día... Bourbon con cola, a ser posible... mear mucho y follar poco...

El capitán le rio la gracia, parecía campechano, con un acento maño, muy cerrado.

—¿Ha estado ya por aquí? —se interesó el militar, se veía que más por cortesía que por curiosidad. Sacó una botellita de Jack Daniel's del bolsillo lateral de su pantalón. Sudaba a chorros.

—En efecto.

—¿Quiere un trago? Es un ritual que sigo a rajatabla cada vez que piso tierra en un destino nuevo.

—Como el Papa.

El otro atronó con una carcajada.

—Como el Papa —repitió moviendo la cabeza—. Tiene usted un gracejo del Sur... ¿Me equivoco?

—No mucho.

El capitán maño no perdía detalle de lo que hacían sus hombres.

—¿Siguen camino?

—En efecto.

—Ostia puta, ¿dónde coño van? Pensaba que esto era el fin del mundo, que más allá solo había desierto, selva, monos y guerras que no le importan una mierda a nadie —dio un sorbo a la botella hasta que apuró la última gota.

—Se equivoca, el fin del mundo está en Niamey.

—Niamey... Y eso, ¿dónde cojones pilla? —el militar se atusó su prominente mostacho. Miraba de reojo lo que trajinaban sus soldados.

—En Níger, ahí al lado. A la vuelta de la esquina.

—¡Cago en la orden y en la madre que te parió, Julillo! —le gritó a uno de sus hombres, al que se le había resbalado una caja cayendo al suelo estrepitosamente— Eres peor que el recluta patoso, puta de oros... ¡Os tengo dicho que tratéis el equipo como si fuera el coño de una virgen!... Tengo un pelotón chiflado de la ostia. Vaya elementos...

Se volvió para seguir la charla con Nolan, pero este ya estaba sentado de nuevo en el interior de la aeronave. Había visto a los operarios retirar la manguera y a los pilotos regresar a la cabina. Allí no había nada más que hacer.

*

Niamey, su destino era Niamey. La capital del segundo país más pobre del mundo, una urbe de casi setecientas mil personas que se hacinaba entre dos altiplanicies divididas por el Río Níger.

—¿Por qué Niamey? —le preguntó Beatriz horas después de la reunión en el CNI, en la cama del Hotel recostada sobre su hombro. No habían vuelto a verse después del desastre de Venezuela, más bien desde antes del desastre. Anthony comenzaba a atar cabos rápidamente—. ¿Cómo vas a encontrar a ese hombre en otro país?

—Otro país —rio Anthony con una mueca sardónica—. Allí prácticamente no hay fronteras. Rige la ley del desierto, la ley del más fuerte.

Nolan no se fiaba un pelo de ella. «Nunca conoces realmente a una persona hasta que no has llevado sus zapatos y has caminado con ellos», solía decirle su abuelo.

Desde su regreso de Irak, habían estado viéndose a escondidas, dos, tres, cuatro, veces al año, dependiendo de la agenda y las apetencias de uno y otro; contándose confidencias entre las sábanas y el paraíso de la carne. Él, datos sin importancia sobre sus trabajos y ella cotilleos de las Cortes y de las empresas del Ibex. «Sin importancia» para la supuesta esposa insatisfecha de un diputado, una mujer que trabajaba en una ONG recorriéndose medio mundo con el dinero de su familia ayudando a los más pobres.

«Ahora, te veo con otros ojos, ahora cobras otra dimensión».

—Estás muy serio... ¿No te ha gustado verme en el trabajo? Si te sirve de consuelo, yo tampoco sabía que te iba a encontrar allí.

—No, no me sirve.

Anthony no estaba acostumbrado ni preparado a ser el juguete de una mujer. Un hombre objeto.

—Pues que pena... —susurró ella torciendo el gesto.

—No te ha temblado la voz... ni el pulso.

—Por dentro estaba como un flan.

Anthony se levantó, desnudo, con su miembro flácido, y se sirvió otra copa de Brandy en un vaso ancho. Olía bien, la condenada siempre olía jodidamente bien, y ese olor y esa carne magra lo excitaba hasta el extremo.

Encendió un cigarrillo y se sentó en una silla de mimbre tapizada con motivos circulares.

—No me gusta que me mientan, ni que me manipulen... —repuso Anthony

destilando trazas de acritud.

Él mismo se sentía ofendido con las palabras que salían de su boca. ¿Realmente le estaba recriminando que hubiese jugado con él como si fuese una marioneta? Era lo que él mismo llevaba haciendo desde los trece años con las mujeres que se iban cruzando en su camino. Quizás se tenía que replantear su filosofía de vida. O quizás, no, lo dejaría para más adelante.

—El macho alfa se cabrea...

—Durante todo este tiempo te has aprovechado de la situación y yo sin saberlo. Tienes un don para lo que haces, lo que quiera que hagas...

—Vamos Tony, no seas crío, todo el mundo se aprovecha del todo el mundo... Tú también creías que te aprovechabas de mí, la esposa mediocre e insatisfecha de un político mediocre que no tiene tiempo para ella... Me follabas, nos reíamos un rato y te ibas, hasta la siguiente... Esto es un quid pro quo, sobre todo en este trabajo...

—¿En este trabajo? —Anthony enarcó una ceja—. ¿Cuál es tu trabajo?

Ella suspiró e hizo una pausa para medir sus palabras con escuadra y cartabón.

—Mi trabajo es conseguir información... mediar, poner en contacto a la gente adecuada, facilitar las cosas.

—Facilitar las cosas... —rió Anthony—. ¿Tuviste algo que ver con lo de Venezuela?

Se lo preguntó a bocajarro. Era una curiosa coincidencia, teniendo en cuenta que en un oficio como el suyo las coincidencias no tenían cabida y las casualidades formaban una ínfima parte de la historia; si acaso, aclaraciones y poco más. La suerte era una explicación plausible solo para los idiotas, y los idiotas siempre pagaban el pato.

Ella se incorporó apoyándose en sus antebrazos, mostrando con sensualidad y sin pudor sus curvas voluptuosas, curvas de guitarra flamenca, cuyas cuerdas Anthony sabía afinar a la perfección.

—No me contaste lo suficiente —dijo a modo de falsa disculpa.

—Sabías que estábamos allí, dos y dos son cuatro.

—A veces sí, a veces no... Tony... Agua pasada no mueve molino.

Movió una pierna mostrando su vello púbico.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Nolan. Le dio un sorbo a su Brandy y aspiró la nicotina de su cigarrillo, mirando de reojo el sexo de Beatriz que se abría a él como una coquina.

—¿Ahora? Para la familia Bouvilla. Me han contratado para que traiga a su

hija sana y salva a casa. Y, en eso estoy trabajando —añadió dulzona.

—Ya veo, estás dándome un incentivo... —ella asintió. Anthony dejó el vaso en la mesilla y se concentró en su cigarrillo—. ¿Por qué lo haces? Tu familia tiene dinero de sobra.

Beatriz lo miró a medio camino entre la provocación y la hilaridad.

—Comenzó siendo un divertimento... Un juego para salir de la monotonía, qué se yo, alguien me dijo que vigilase a alguien durante unas vacaciones... y lo hice bien, ya casi no me acuerdo... Qué más da... Soy buena en lo que hago y eso es lo que cuenta.

—Eres muy buena —matizó con el rictus serio—. ¿Quién sabe lo nuestro?

Se levantó y se acercó hacia él sentándose a horcajadas sobre sus rodillas. Le quitó el cigarro con dos dedos y le dio la última calada.

—Nadie —afirmó tajante. Comenzó a frotarse sobre su miembro hasta que se humedeció lo suficiente para que entrase en ella—. Solos tú y yo... ¿Estás seguro de que tu plan funcionará? —susurró al oído mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Recuérdalo, tienes una semana, después entraré en escena y pagaremos lo que nos pidan.

Desde luego, que a esas alturas no estaba seguro de nada. Anthony se dejó llevar, por ahora estaba en sus manos, más bien entre sus muslos, y muy dentro de ella.

*

La aeronave comenzó a ejecutar la maniobra de aterrizaje, con un ligero picado, descendiendo gradualmente hacia el aeródromo. En breve estarían sobre la base francesa, a menos de cincuenta kilómetros de la capital.

Estaba seguro de que, si en algún lugar podía encontrar pistas sobre el secuestro en el Sahel, ese lugar, sin duda era Niamey: la capital mundial de los espías; en la que se entremezclaban los intereses y subterfugios de estados, empresas, mafias y terroristas. En los cafés y cabarets de la ciudad nigerina se sentaban a diario, para tratar de sus temas, agentes de inteligencia, yihadistas, militares, traficantes y representantes de grandes emporios. Un cóctel explosivo que ya había probado durante su etapa con el Clan del Golfo.

A ver cómo se tomaban sus antiguos compadres que regresase al hogar. El hijo pródigo volvía al redil.

«A veces hay que desplazarse a los bordes para ver con claridad lo que ocurre en el ojo de la tormenta», le dijo a Cayetana cuando Nolan le esbozó a groso modo el plan de acción que había ideado con Ulises. Beatriz asentía

sentada en un sillón, sin perder detalle de su exposición.

Por ahora, solo tenían la opción Niamey. Nadie tenía ni pajolera idea de dónde estaban los secuestrados. En algún lugar del Sahel, según el MI6; en la frontera de Mali y Níger, según los servicios secretos franceses. Eso y nada es lo mismo, les dijo. ¿Qué propone? Buscarlos en Niamey, contestó. ¿Niamey? preguntó Cayetana, ¡Joder, no tenemos a nadie allí! exclamó airada, mirando a Franz que negaba con la cabeza. Franz Ferdinand tecleó con fervor y al poco se iluminó un punto en el globo terráqueo que dejó de dar vueltas, e hizo un zoom hasta que apareció una imagen de satélite de la ciudad junto con varias ventanas de información básica. ¿Por qué allí? preguntó la ya no tan dulce Beatriz.

La bella durmiente despertaba de su letargo. Tragó saliva un par de veces antes de abrir los ojos. Estiró sus extremidades, movió la cabeza hacia un lado y hacia otro y dijo:

—¡Carallo con el jodido cuello!

«Así que es gallego», pensó Anthony modulando una sonrisa interior. «Lo disimula bien».

—Buena siesta has echado. Te has perdido la parada en Mali.

—Me hacía falta —se masajeaba el gollete torciendo el gesto—. Y en Mali no se me ha perdido nada. Ya tragué bastante polvo allá.

—Estamos llegando —anunció Anthony, aunque no hacía falta que lo hiciese por el bloqueo que sentían en los oídos. Ambos abrieron la mandíbula y comenzaron a hacer mohines.

De repente, el avión comenzó a coger altura de nuevo. Uno de los pilotos voceó desde la cabina que tendrían que dar unas vueltas por los alrededores antes de aterrizar. El espacio aéreo tenía dueño. Había un par de Mirage que necesitaban la pista despejada para una salida de emergencia.

—Anda, dame un pitillo —le dijo el mendigo Delgado con un tono más amigable que el que había utilizado horas atrás.

Nolan le tiró el paquete, con unos reflejos felinos lo cogió al vuelo antes de cayera en el suelo, esbozando una sonrisa de satisfacción.

«Parece que la siesta le ha venido bien al jodido».

—Niamey... Nunca he estado aquí... En ciertos círculos se habla mucho de ella...

—Nuestra particular Lisboa... de la Segunda Guerra Mundial.

—¿A qué te refieres? De estudios ando algo justito... Me crie ordeñando

vacas.

Anthony se encendió otro cigarrillo. Ambos aspiraron hondo y arrojaron la ceniza con un golpe de dedo sobre el piso del avión.

—La ciudad predilecta para espiarse entre nazis y aliados no era Londres, ni Berlín ni París. Era la capital de un país neutral y fuera del meollo bélico: Lisboa.

—Lisboa... —repitió Delgado dando un sonoro bostezo—. He estado un par de veces, de rapaz, una por placer y otra por trabajo. Buena comida... el bacalao delicioso, y buenas mujeres, de caderas anchas... —se relamió con ojos vidriosos—. Y hombres muy guapos también.

—Un nido de serpientes, con intrigas en cada esquina, en cada habitación de hotel y en cada café. Hasta Lisboa enviaban a diario, en bimotor, la prensa alemana y la británica, además de 'The New York Post' desde el otro lado del charco. Todos los países implicados en la contienda tenían embajada, espías y soplones en nómina que leían las noticias de uno y otro bando y apuntaban qué cosas le interesaban al enemigo. En restaurantes como Martinho da Arcada o A brasileira los agentes se vigilaban a sabiendas de quién era quién, mientras tomaban el aperitivo con un taco de periódicos en la mesa.

—Qué tiempos aquellos... de espías de los de verdad... De gomina, traje y corbata —rumió.

—De guante blanco y sombrero. Pitillos, Bourbon y mujeres elegantes de sonrisa recóndita y mirada aviesa.

—Y cuchillas afiladas.

—La inteligencia se devanaba los sesos enviando mensajes en clave en los anuncios por palabras y había que identificar cuáles eran reales y cuáles instrucciones de agentes dobles tras las líneas enemigas.

—Eso me gusta menos. Muy complicado —dijo la última calada. Suspiró hondo—. Eres un canalla muy versado, Anthony Nolan.

—Mi abuelo combatió en la guerra y contaba batallitas —mintió Anthony, en realidad su abuelo también fue contrabandista de tabaco, pero le había narrado muchas historias de la época antes de irse a la cama—. Y tú no eres tan cretino como parece... mendigo Delgado...

—Otros métodos y otras formas... —un fuerte sonido, parecido a un potente trueno, se fue aproximando. Por la ventanilla atisbaron a los dos Mirage franceses acelerando hasta alcanzar la velocidad del sonido. A los pocos segundos el avión viró hacia el Norte y los perdieron de vista—. Ahí van, a tirar unas bombas... en mitad del desierto. Así se arreglan las cosas en estas

latitudes, a bombazo limpio a ver quién la tiene más grande.

—Otros tiempos—musitó Anthony para sus adentros—. Otras formas.

El avión bajó el morro y comenzó la maniobra de aterrizaje. En unos minutos pisarían Níger.

En el mundo globalizado del siglo XXI, tan diferente al de los convulsos años cuarenta, había unas pocas ciudades que podían rivalizar con aquella Lisboa, misteriosa y brumosa, de la Segunda Guerra Mundial, donde el tráfico de información era poder, poder verdadero, y marcaba los derroteros de la contienda y el destino de millones de personas. Uno de esos lugares era Niamey.

SEGUNDA PARTE
PERROS DE PRESA

PREÁMBULO

El ingeniero de piel pálida y ojos acuosos salió al porche de la cabaña de paredes de madera y techos de paja. Necesitaba respirar aire fresco, adentro estaba viciado. Humanidad reconcentrada, humanidad de la mala.

Se estiró la piel de la cara, seca y cuarteada, horadada por finas arrugas. Tenía la camisa de lino empapada en sudor, más por los vapores etílicos y el tabaco —que provocaban que su metabolismo generase julios en grandes cantidades— que por los grados centígrados que soportaban. Resopló varias veces y se apoyó en la barandilla de madera carcomida por la arena del Sahara. Se encontraba cansado, hastiado de todo aquel infierno de dunas, de roca y de calor sofocante. Le licuaba el cerebro. Iba a explotar, a terminar enloqueciendo, si es que no lo había hecho ya. Ese lugar no estaba hecho para el hombre.

Afuera, la temperatura refrescaba. El atardecer en el desierto siempre daba un respiro al final del día. Y, más, en las inmediaciones del Teneré. Saboreaba su whisky de malta, derritiendo los hielos en su paladar, deleitando a sus papilas gustativas. Observó como el sol se perdía más allá del horizonte en una mezcla de tenues franjas anaranjadas, violáceas y ocres.

Hizo un ademán con su mano izquierda para desabotonarse la camisa y facilitar la transpiración de su cuerpo, pero ya lo había hecho una de las chicas, la más cariñosa, de carnes prietas y relucientes. Sonrió para sus adentros. Lujuria. Deseo. Desenfreno. La sonrisa se truncó por el recuerdo efímero de una niña y sus dibujos de grandes trazos y vivos colores. Culpa. Vergüenza. Arrepentimiento. Siempre el mismo ciclo.

Durante una milésima de segundo, sintió una punzada de remordimientos al

pensar en su mujer y su hija.

La pequeña Amanda acudía presta, cada tres meses, con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja a la zona de llegadas del aeropuerto Charles de Gaulle, de la mano de su madre, Liana —siempre moderna y elegante, a la última moda parisina—. Le tenía preparada una carpeta con los dibujos, pulcramente ordenados por fechas, que hacía cada trimestre en clase para él: aparecía con una pala excavando la roca, con un casco y unos planos sobre la mesa, o conduciendo un jeep, eran los temas más recurrentes. Todos los dibujos tenían un común denominador, aparecía él solo, bajo un sol de justicia, sin sonreír, con una línea recta a modo de labios. Neutra, sin expresión.

Sus dos chicas siempre estaban allí, esperando su regreso, ya fuera de madrugada, a primera hora de la mañana, o a última de la tarde. Por ellas estaba en ese jodido lugar, alejado de la mano de Dios; quería lo mejor para su hija y a saciar el apetito y los gustos caros de su esposa. Liana era una mujer muy caprichosa. Hasta ahora, nunca le había pedido que volviera, que cambiara de trabajo, nunca le había dicho que pasaba demasiado tiempo fuera de casa, que no veía a su hija, ni que la distancia era un lastre en su relación. Tampoco le había preguntado si había otra u otras —no las había, excepto las prostitutas de los martes—. Sospechaba que, mientras el dinero manase de su tarjeta American Express, nunca lo haría. También sospechaba que tenía algún amante esporádico. La carne era débil, no se lo reprochaba. Una vez le cogió móvil, delante de ella, sin tapujos. Ellos nunca tenían secretos. Y había visto la app de Tinder. Él frunció los labios, levantó una ceja y ella sonrió pícara. Silencio cómplice. Aparentaban ser un matrimonio normal durante sus estancias en París y en las vacaciones a todo trapo que se pegaban un par de veces al año. Las siguientes serían en Islandia. «Me gusta el frío glacial, me resulta acogedor», le dijo ella mientras lo abrazaba cálidamente por detrás, enroscándose en su pecho, y reservaban los billetes desde el ordenador de casa; «mucho más acogedor que el calor del Sahara». Tenían que darse la oportunidad de ser felices, de forma plena.

Abrió un paquete de cigarrillos americanos y prendió fuego a uno de ellos. Aspiró hondo como para coger fuerza. Su sombra se proyectaba tenue en la gravilla.

Había acudido a la cita de los martes, la cita puteril de los martes. No podía evitarlo. A pesar de todo, acudía dispuesto a lo que fuera, a consumir carne al por menor. Después, la vergüenza lo carcomía por dentro. Llevaban con la tradición más de cinco años. Antes, al principio, se iban a Agadez, cada

uno por su cuenta o en parejas. Pero, desde que secuestraron a dos de sus compañeros y los devolvieron con tres dedos menos y sin orejas, casi nadie quería arriesgar su pellejo fuera del recinto de la empresa.

Allí, en *Le petit Uranium* tenían de todo: piscina olímpica, gimnasio, bares, restaurantes, jardines y un puto campo de golf en mitad del desierto. Un vergel. El uranio de esa tierra yerma y árida les proporcionaba todo eso y mucho más. Era como vivir en otro planeta. Alrededor, dunas, escorpiones y cochambre.

Sin el uranio, su país no podría funcionar, sobrevendría el caos, la desestabilización económica y energética y, finalmente, desembocaría en un conflicto armado. En cierta medida, el uranio nigerino estaba en todos y cada uno de los hogares franceses y casi nadie quería darse cuenta de ello. Pasaba como con el coltan del Congo. Costaba vidas, sangre, destrozaba seres humanos. Niños también. A nadie parecía importarle demasiado —más allá de algún incómodo documental que azuzaba levemente unas pocas de conciencias durmientes—, por eso seguían allí y hacían lo que debían: colonizaban y expoliaban para sacar el combustible. Lo esencial, lo importante, era que en la metrópoli hubiera corriente para cargar el móvil y para ver la serie de Netflix por la noche.

No importaba que expoliasen recursos, a lo bestia, sin que la población se beneficiase en absoluto. No importaba que los esclavizasen y los denigrasen a un estado subhumano.

«Son putos nigerinos, Thomas... negros de mala muerte, sucios tuaregs y puercos yihadistas... míralos, parecen ratas del desierto, animales... No lo pienses. La vida es así de puta. Si pudieran nos degollarían y nos colgarían de un palo. A ti y a mí nos ha tocado la mejor parte». Era el discurso elocuente de André, el responsable de la mina y su superior directo, que, con una vaharada indolente, le soltaba entre vino y vino en las cenas de gala de los jueves, cuando Thomas miraba abatido al infinito con aire taciturno.

El nuevo jefe de seguridad les había preparado una buena bacanal. No escatimaba en gastos. Sus hombres habían llevado a varias chicas desde Agadez al complejo residencial de la empresa, *Le Petit Uranium*, emplazado a veinte kilómetros de las minas, a barlovento de la montaña.

Era un tipo que le daba grima, un mercenario alto y espigado, malcarado, con una sonrisa de hiena y un acento extraño. Extremadamente violento. Pero, según sus superiores, ofrecía las máximas garantías. Incluso habían asegurado

sus vidas en más de un millón por cabeza.

Estaban en buenas manos, esos americanos de Oryzon sabían lo que se hacían. Nada más aterrizar, lo primero que hicieron, fue reforzar todo el perímetro con cámaras de seguridad, sensores infrarrojos y sensores de movimiento. Incluso los había visto cavar en la zona trasera, la que daba al desierto, para instalar minas anti personas.

En su época estudiantil hubiera protestado enérgicamente y se habría opuesto con todas sus fuerzas, incluso habría hecho huelga de hambre. Como aquella vez que se encerró en el salón de actos de la universidad junto a otros cincuenta estudiantes de izquierdas para protestar por la posición cobarde y pusilánime de su gobierno en el genocidio de Ruanda. Habían salido en las noticias y su rostro fue conocido durante un tiempo. Subsistieron a base de barritas energéticas, whisky y sexo. Nadie se enteró de la parte más lúdica. Lo único que importaba es que eran unos jóvenes atractivos de clase media que luchaban por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero de eso hacía ya más de veinte años. Ya nada quedaba de ese estudiante soñador, lleno de ideas para cambiar el mundo. Los ideales del mundo lo habían cambiado a él.

El uranio era lo que le daba de comer, lo que pagaba el colegio privado de su hija y las operaciones de cirugía labiales y pectorales de su mujer *siemprejoven*. Y, también, pagaba las chicas de los martes. El único desahogo que se permitía. Ya había catado a una, seguía atada y amordazada a su cama, drogada y dócil. Siempre cogía a las más carnosas, eran lo opuesto a su mujer, un palo con las curvas justas.

Había motivos más que de sobra para adorar al uranio nigerino.

Al estudiante idealista le hubieran salido sarpullidos por todo el cuerpo de pensar que terminaría haciendo lo que él hacía, pero de eso había pasado mucho tiempo, media vida. Y la vida era muy puta.

Tenían tecnología punta, la mejor maquinaria del mercado de extracción, los mejores ingenieros y la mano de obra más barata del mundo. Y nadie les vigilaba. Básicamente, hacían lo que les daba la gana. Las autoridades miraban para otro lado, bien untadas de manteca.

Solo los Tuaregs armaban un poco más de ruido, que si los beneficios había que democratizarlos, que si les estaban robando en su propia tierra, que si la gente se moría de hambre... Los yihadistas, no daban mucha coba, los mantenían a raya con extraños pactos a través de los señores de la guerra que nunca entendería. Al final, todo era cuestión de untar aquí y allá; untar al

gobierno, untar a la policía, untar al ejército, untar a los yihadistas y untar a los tuaregs. Y volver a untar si hacía falta. Dinero. Así se democratizaría la riqueza. Moduló una sonrisa interior. ¡Su tierra decían! Si no fuera por ellos, allí no habría nada, más que piedras y serpientes. Algo de riqueza sí que se quedaba en ese puto agujero negro. Mejor era eso que nada.

Apuró su whisky. Este sería su último año en la mina. Se lo había propuesto como fecha límite. Ya no aguantaba más esa mierda de vida. Había ahorrado una pequeña fortuna durante los quince años que llevaba abriendo vetas en la montaña. Le habían prometido un puesto de directivo en París. Compraría un ático cerca de los Campos Elíseos, le abriría a Liana una tienda de decoración y mandaría a su hija a estudiar a la Sorbona, a Londres o donde coño quisiera. Quizás echaría de menos las tardes de los martes.

Sus sueños se vieron interrumpidos por los gritos de dentro. Desgarradores, animales, guturales. André siempre se pasaba con las chicas que traían, era un maldito cabrón y un sádico. Las pobres crías no tendrían más de veinte años y él siempre pedía las más jóvenes. «Mañana tendréis una remesa de nigerianas, ternitas», les dijo el jefe de seguridad, nunca lograba recordar su nombre.

Dio la última calada y tiró el cigarrillo a la arena. Una ráfaga proveniente del desierto arrastró la colilla aun encendida a decenas de metros, suspendida hacia la verja que circundaba el recinto. La casita de los martes estaba bien apartada, lejos de miradas indiscretas, sobre todo de la de sus compañeras, que no imaginaban lo que pasaba a cientos de metros de sus residencias. Se armaría una buena, el día que lo descubriesen; pero, ese día aún no había llegado.

Polvo en la carretera. Entornó los ojos y usó la mano a modo de visera. Se acercaba un convoy. Levantaba mucha arena. Varios vehículos a toda velocidad. Sería el jefe de seguridad. A esas horas, nadie se acercaba a las instalaciones. A veces, el tipo desaparecía unos días y viajaba al Sur, a la capital. Las malas lenguas decían que al tarado que le gustaba jugar y apostar a la ruleta rusa. Ganaba miles de euros en una sola noche. Nunca había perdido, a la vista estaba. Después de sus ausencias venía con las pilas cargadas, se le notaba en la cara.

Conforme se fueron acercando los vehículos, percibió que algo no cuadraba. Los guardias de las torres parecían nerviosos, se llamaban a gritos unos a otros. Comenzaron a apostarse en torno a la entrada principal. Se parapetaron detrás de los Hummer apuntando con sus rifles a la carretera.

De repente, sonó una alarma que nunca antes había sonado fuera de un simulacro. Se trataba de la señal de ataque al complejo. Se encontraban a casi un kilómetro del anillo interior de seguridad. Tendrían que darse prisa.

Fue lo último que pensó, que tenía que darse prisa en salvar el pellejo.

DÍA 1

Anthony (Niamey)

Anthony paladeaba su Bourbon con hielo a la caída de la tarde, sentado en una de las mesitas de la terraza del *Grand Hotel du Niger*, bajo la pérgola dorada, con vistas al río que daba nombre al país. Había olvidado los atardeceres en África, allí la luz se concentraba con una claridad nívea y mate, y los colores despedían una fuerza inusual en otras latitudes. África negra, África indómita, África salvaje, África violenta, África bella. Para Anthony, África se presentaba como un caleidoscopio de epítetos que le hacían creer en que esa gente aún tenía alguna oportunidad de sobrevivir a la vieja Europa y a los depredadores que quedaban por venir de todos los rincones del globo. Sus riquezas tenían la culpa, llamaban a gritos que las expoliasen.

Una vez oyó decir a un anciano pastor que cuando los misioneros pisaron África por primera vez, ellos tenían la Biblia y, los africanos, la tierra. Ellos dijeron: «Vamos a orar». Los africanos cerraron los ojos, un leve parpadeo, y, cuando los volvieron a abrir, sostenían una Biblia mugrosa y los misioneros la tierra fértil.

El calor causaba cierto bochorno. Solamente unas tímidas ráfagas de viento procedentes de la ribera del Níger refrescaban el ambiente y traían un hedor putrefacto al que uno se acostumbraba tras la primera media hora respirándolo. Olía a humedad, basura y moho. Se desabotonó el primer botón de la camisa de algodón blanca, una diana perfecta para los mosquitos tigre que zumbaban por todo Niamey, pero que a él parecían no afectarle. Se habían

cebado con el mendigo Delgado. Buscan la mala sangre, le dijo con una media sonrisa ladina cuando se bajaron del taxi.

Una banda tocaba en lo alto de un pequeño estrado de madera. Un cantante orondo y bajito al micrófono, ataviado con una camisa de flores, interpretando temas de los Beatles. Se lo tomaba en serio, su piel relucía y sudaba a chorros por el esfuerzo. No lo hacía mal, pero el tono era profundo y aterciopelado, más parecido al de Elvis que al de John o Paul. Por la luz crepuscular, todo el entorno se le antojó como una postal anaranjada del atardecer nigerino, de esas que vendían en el aeropuerto. Un paisaje bucólico, si no fuera porque en la otra orilla, atravesando el río, dejando atrás las barcazas que lo cruzaban, se erguían los suburbios más pobres del planeta, una amalgama de colores y texturas plagada de chabolas y cuchitriles de adobe y paja.

Echó un vistazo a su alrededor. Había varios hombres en pareja y otros, como él, bebiendo a solas. Dos asiáticos con trajes caqui, parecían empresarios o mafiosos; y tres occidentales con pantalones de campaña y camisetas con aspecto de militares fuera de servicio, ojeando el periódico y, de vez en cuando, vigilando el móvil. También había una pareja, hombre y mujer, que discutían acaloradamente en francés sobre algo relacionado con los mosquitos y el aire acondicionado. En la piscina de atrás se bañaban tres lustrosas teutonas —según identificó por su acento—, riendo a carcajada limpia y hablando en voz alta —estaban algo bebidas—, bajo la atenta mirada de un par de camareros con cuerpo de Adonis.

Aún era temprano para los espías, pensó esbozando una sonrisa.

Sacó un paquete arrugado del bolsillo de su pantalón de lino color tierra y prendió un Camel. Una camarera se acercó a colocarle un cenicero sobre el mantel de rayas que decoraba la mesa. Cruzaron sus miradas durante unos segundos, más de lo preciso. Era espigada y bonita, boca amplia y labios carnosos, de piel oscura como el carbón y ojos grandes y blancos como la luna. Aun en su holgado uniforme azul se adivinaban unas curvas firmes y unas carnes magras.

Ella dibujó una sonrisa franca que podría sugerir cualquier cosa.

—*Voulez-vous prendre quelque chose d'autre?* —preguntó en un perfecto francés.

Anthony chupó hondo de su cigarro.

—*Pour l'instant non merci, peut-être plus tard* —respondió él, chapurreando la lengua de Voltaire. Agitó los hielos de su vaso y la desarmó con su sonrisa estándar para desconocidas candidas.

—¿Es usted inglés? —cambió de idioma sin excesivos problemas. Anthony negó con la cabeza, divertido—. ¿Alemán? —negó de nuevo sin quitarle ojo—. ¿Americano?

—Español.

La otra se quedó pensativa y rio tontamente enseñando una dentadura perfecta.

—No hay muchos españoles por aquí.

—Eso espero, no me gustan demasiado.

Ambos carcajearon cómplices.

—¿Viaja solo? —la pregunta no venía a cuento—. ¿Negocios o placer?

—Un poco de ambos, espero —o buscaba su dinero o buscaba información, caviló—. Viajo con un amigo.

—¿Militar?

—No, por ahora... no —replicó seco, esperando una reacción—. Vendo maquinaria agrícola, para instalar regadíos.

—Entiendo... si necesita cualquier cosa no dude en llamarme.

—No lo haré, créame... —respondió observándola de arriba a abajo como si fuera un lobo a punto de darse un festín con un cervatillo.

La camarera lo miró de reojo, asintiendo, rozándole el brazo al cambiarle el cenicero por otro limpio. Se alejó contoneando sus caderas a ritmo de *Love me do*.

Prendió otro cigarrillo.

Los jardineros aprovechaban para regar a la caída de la tarde con la esperanza de que el calor no evaporase el agua a los pocos minutos. El ambiente refrescó unas décimas. Por poco que fuese, algo era algo.

Comenzaron a llegar ráfagas de clientes. Primero tres, luego cuatro, y, finalmente una pareja. Por cómo se comportaban y las ropas que vestían, dedujo que la mayoría serían militares buscando algo de diversión. Al instante, varias camareras se acercaron solícitas a servirles. Algunas coqueteaban sin que se les notase demasiado. La chica de antes hablaba descuidadamente con un joven franchute de ojos saltones, casi imberbe, mientras lo observaba a él en un segundo plano.

El mendigo Delgado se había quedado descansando, aletargado en su habitación. Todavía me duran los efectos del jet lag, le soltó sin más explicaciones con un portazo de regalo. En el taxi observó cómo se tragaba otra de esas pastillas, esta vez una de las azules.

Le había dicho que lo llamaría si salía del hotel, cosa que por supuesto no pensaba hacer. Si los colombianos lo veían llegar acompañado de alguien que no fuera Guancho habría problemas, más que si acudía solo.

Tenía sed. El calor y la humedad se complementaban para deshidratar su cuerpo a un ritmo endiablado. La diosa de ébano había desaparecido del radar y las otras camareras estaban demasiado ocupadas.

Se levantó y pidió otro Bourbon en el bar de la piscina, un chamizo con una barra y un frigorífico congelador. Mientras lo servían, contempló entretenido como dos de las teutonas retozaban en el agua, entre daiquiris y martinis, aplaudiendo a la tercera que hacía una pequeña comedia en lo alto del trampolín. Acabó por tirarse haciendo una cabriola, empapando a los camareros que sonreían con lascivia, impertérritos ante el movimiento de las mamas rosadas que emergían exuberantes, sin la tela del bikini, y la exhibición de carnes prietas que presenciaban.

Asió el Bourbon dando un trago que le supo a gloria, dejando que uno de los cubitos de hielo se fundiera en su paladar.

Al volver a su mesa se encontró con que estaba ocupada por dos hombres de edad mediana que charlaban animadamente. «La hora de los espías», rumió Anthony modulando una sonrisa interior.

Uno, era alto y algo obeso —se le notaba a pesar del traje de lino holgado—, de pelo y ojos claros, labios gruesos y una nariz regordeta surcada por una fina cicatriz. Llevaba las mejillas perfectamente rasuradas con las patillas a la altura del lóbulo. «Un dandi inglés», dedujo. El otro, tenía un rostro triangular, con una barbilla muy fina, una frente amplia, nariz aguileña y ojos de topillo. Lucía una media barba que se equiparaba a su corte de pelo. «El franchute de turno».

—Disculpen, esta es mi mesa —dijo Anthony en un perfecto inglés.

—Lo sabemos —anunció el hombretón quitándose su sombrero Panamá, depositándolo encima de la mesa con sus enormes manazas. Eran peludas, de vello cobrizo—. Nos gustaría darle la bienvenida a Niamey, Señor Nolan.

Anthony se hizo el sorprendido, continuando con la comedia.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Siéntese, por favor —replicó el francés, directo, con una autoridad que no le dejó lugar a dudas sobre su procedencia castrense—. Deje sus dotes de actor para otra ocasión... El tiempo apremia, señor Nolan.

Anthony se dejó llevar y se sentó frente a ellos, de espaldas a las espectaculares vistas al meandro del Níger. Quería tener una panorámica

completa de la situación de cara al hotel. Se percató de que había un par de hombres trajeados detrás de las cristaleras, que los observaban, y que antes no estaban. «Sus lacayos».

El dandi abrió una pitillera dorada y le ofreció un cigarrillo con el papel múrice.

—No le haga demasiado caso a Duran —cruzó las piernas recostándose sobre el respaldo de mimbre. Llevaba unas zapatillas de esparto, sin calcetines—. Siempre está tenso y lleva prisas.

El aludido emitió un ligero gruñido.

—Gracias... ¿esto se fuma? —cogió el cigarrillo mirándolo desde diferentes ángulos. Finalmente, se lo puso en la comisura de los labios y el hombre del traje se lo encendió con una cerilla. Aspiró hondo y sonrió con un mohín—. Sabe a frutas... Son muy sofisticados en el MI6, cada día más...

El inglés carcajeó desde el esófago.

—Me llamo Orson —le tendió la mano y Anthony la estrechó. Era un apretón firme y sudoroso, sin más ambigüedades—. Bienvenido a Níger.

El que se hacía llamar Duran permaneció quieto como una esfinge, escrutándole de arriba a abajo.

La camarera de antes volvió a aparecer a sus cuatro en punto, unas mesas más atrás, sirviendo unas cervezas al matrimonio francés; por el rabillo del ojo atisbó que se acercaba hacia ellos de forma casual.

—¿Desean algo los señores? —preguntó con dulzura, de nuevo mostrando una perfecta dentadura.

—Es un poco tarde para la hora del té... ¿no cree? —la chica sonrió tontamente, con un vaho de picardía en sus ojos—. Un whisky escocés para mí y, para Duran, un vodka Martini, agitado, no revuelto —respondió el dandi observándola salaz en su plenitud, sin reparo.

El francés asintió sin decir nada.

—Enseguida vuelvo —dijo ella animada, devolviéndoles su intimidad.

Duran repiqueteó sus dedos sobre la mesa.

—El MI 6 y la Dirección General de Seguridad Exterior, juntos, conmigo en la misma mesa... todo un honor —Anthony chupó de su cigarrillo, consumiendo la ceniza muy rápidamente, dibujando una sonrisa taimada—. Mientras más seamos mejor nos lo pasamos.

Orson le rio la gracia con una tos ronca.

—Ya sabe a qué se debe —replicó el francés, escupiendo las palabras, seguía tenso como un alambre—. Nos ha dicho un pajarito que tiene un plan

para contactar con ese yihadista fanático, Farid al Golani, el Fantasma... como lo llaman ustedes.

—Como se puede imaginar, somos también parte interesada —añadió Orson, apagando la colilla de su cigarro en el cenicero de obsidiana, pausado, con una entonación de libro—. Hay un ciudadano británico de alta alcurnia... y dos franceses, además de su princesita. Queremos ayudarle a desarrollar su trabajo de forma adecuada y precisa.

—Las noticias tienen patas.

—Ya sabe que sí, no se haga el tonto, le han ordenado que colabore —replicó Orson—. En asuntos de altos vuelos, es mejor cubrirse bien las espaldas, y nosotros podemos proporcionarle contactos con las autoridades locales, que no tiene, y el apoyo logístico que le falta.

«Apuesto a que Orson es el tipo de los contactos, y Duran el del apoyo logístico», caviló Anthony.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Duran poniendo los codos encima del mantel.

La camarera llegó en ese momento dejando las bebidas sobre la mesa, rozando de nuevo el antebrazo de Anthony de forma deliberada. Su piel olía a lavanda. Orson la miró de nuevo con un halo de lascivia, sin ambigüedades. La chica se agachó lo justo para enseñar algo más que el escote, otorgando espacio para que la imaginación hiciese el resto. Dudó ante el silencio que obtuvo por respuesta y, finalmente, se marchó sin decir nada, quizás percibió algo de tensión en el trío de machos alfa.

—Ustedes puede que tengan contactos con las autoridades locales —Anthony saboreó su Bourbon—, pero yo los tengo en los bajos fondos.

Ulises (Madrid, instalaciones del CNI)

—Niamey, una ciudad que, únicamente por su nombre, muchos no sabrían ubicar. Una capital al margen de rutas turísticas o de viajes de negocios, pero donde se juegan varios conflictos al mismo tiempo, algunos de enorme importancia en la geopolítica de la zona: tráfico de personas, drogas, armas, yihadismo y recursos naturales.

Cayetana hablaba ante un reducido grupo de personas, entre las que se encontraban Ulises, Beatriz y Franz Ferdinand. También estaba presente el jefe de la División de Inteligencia junto con dos de sus agentes, un hombre con cara de ratoncillo y una mujer pequeña con aire de bibliotecaria que no paraba de mover su naricilla. Completaban el cónclave otros dos miembros del área de Seguridad Cibernética, unos frikis con camisetas de *Stars Wars* y *Dune*, que comandaba Franz.

«Siempre gusta de hacer circunloquios, antes de ir al grano», cavilaba Ulises mientras jugaba con su móvil, dándole vueltecitas sobre la mesa del Centro de Operaciones.

Cayetana daba pequeños pasos a la vez que hablaba, rodeando el óvalo, por detrás de ellos. Se detuvo junto a Ulises a propósito.

—Tenemos a dos activos trabajando sobre el terreno.

«Hija de perra, meter al mendigo Delgado en este asunto... Te puede salir el tiro por la culata, está en las últimas ...», se dijo para sus adentros. «Aún puedo dar la vuelta a la tortilla... Sin que te lo esperes».

El jefe de Inteligencia asintió, a la par que sus dos acólitos tomaban notas en sendas libretitas de anillas.

—Van a intentar contactar con el Fantasma y negociar con él un acuerdo satisfactorio para todas las partes... —siguió caminando por el pasillo exterior. Los miró a los ojos, sobre todo a Ulises y a Beatriz, y después se volvió hacia la pantalla lateral, con una imagen satélite de la ciudad centrada en el Grand Hotel du Niger y dos puntos parpadeantes—. Los móviles de Nolan y Delgado... —aclaró. En el lado opuesto, cortesía del MI6, se proyectaba una imagen en directo, procedente de la cámara de un dron, en la que se apreciaban varias mesas de la terraza del hotel, en una de ellas había tres hombres sentados—. Las exigencias de los secuestradores son inaceptables desde cualquier ángulo que se miren. Ninguno de los gobiernos implicados va a retirar tropas, por muy hijos de su madre y de su padre que sean. Lo que no quita que intentemos llevar a buen puerto la operación. La prioridad es traerlos sanos y salvos, pero no a cualquier precio... Ahí está la clave del asunto. Hemos llegado a un pacto con las familias implicadas, todos sabemos de quién estoy hablando... nos darán un margen hasta el viernes — pausa y suspiro entrecortado—, si al cabo de cinco días no obtenemos ningún resultado, pasaremos al plan b.

Cayetana tenía la boca seca. Cogió una botella y se sirvió agua en un vaso de culo ancho, sentándose en el sillón que presidía la reunión.

—¿El plan b? —preguntó el jefe de Inteligencia, un hombre achaparrado, con una calva en la coronilla y ojos saltones. A sus espaldas lo apodaban Sancho (bautizado por la mente calenturienta de Ulises), aunque su nombre en clave era Aquiles.

Beatriz, en su traje a medida, tomó la palabra tranquila, entrelazando sus manos:

—Las familias utilizarán su influencia y tirarán de contactos, para que regresen a casa sanos y salvos... a cualquier precio.

—Entiendo... —dijo Aquiles—. No queremos que sea a cualquier precio.

—Es preferible que no —asintió Cayetana—. En esta ocasión hay que actuar con precisión quirúrgica. El escándalo puede ser mayúsculo... si permitimos que se pague un rescate millonario. El ISIS estaba en las últimas hasta hace unas semanas, pero con la retirada del apoyo estadounidense... Y si logran volver a financiarse con el petróleo o con rescates como este... La zona se puede convertir en un auténtico polvorín.

—Los israelíes están muy nerviosos —añadió carraspeando Aquiles, alias Sancho.

Ulises lo observó divertido. Sanchito se había quitado la chaqueta del traje y exhibía dos redondeles a las alturas de las axilas. Era una de esas personas sudadoras compulsivas, sobre todo en momentos en que kilos de presión se agolpan sobre la cabeza de uno. No obstante, a pesar de su aspecto de agricultor, Ulises lo tenía por un tipo medianamente eficaz para lo acostumbrado en el Centro; algo lento, pero eficaz. Hijo bastardo de un general de brigada, veterano del Sahara y fundador de La Casa durante la Transición, había mamado el espionaje desde la cuna.

En cuestiones amplias coincidía con él, aunque le costase reconocerlo.

—Ayer mismo enviaron varios cazas a territorio sirio —continuó el jefe de los analistas—, para neutralizar objetivos militares. En teoría, arsenales de armas y material enviado por Irán. Si el ISIS logra rearmarse, se puede montar la de Dios... ¿Están enterados del asunto?

—No —Cayetana negó sin mover la cabeza y frunció el ceño—. ¿Deberían?

—Mejor tener al Mossad de nuestra parte que en contra —replicó Aquiles. Siempre venerando a los israelíes, pensó Ulises—. Además, tarde o temprano terminarán por enterarse... si no lo saben ya. Siempre van un paso por delante del resto. Tienen ojos y oídos en todos lados.

—¿Qué insinúas? —preguntó la Abeja Reina apoyando los codos sobre la

mesa, en una pose agresiva. Pese a su semblante tranquilo, rebosaba nerviosismo por dentro. Se jugaba mucho en su primera crisis como Directora del CNI. Ulises no se lo pasaba mal del todo como convidado de piedra—. Habla claro.

—Nada, simplemente me remito a los hechos, siempre parecen conocer las cosas antes de que ocurran —farfulló bajando la cabeza. Comenzó a ojear unos papeles dentro de una carpeta color caqui dando por zanjada su intervención.

«Te faltan pelotas, Sanchito, te dejaste los cojones en algún lugar de La Mancha...»

—De acuerdo, os quiero trabajando aquí las veinticuatro horas, sin turnos, no habrá nadie más, excepto nosotros. He encargado café, coca cola y abundante comida basura para mantener las neuronas en alerta. Si no tenéis ropa, avisad a alguien para que os la traiga —la arenga estaba cargada de un ímpetu con un punto infantiloides. Ulises estuvo a punto de emitir una sonora carcajada que se quedó en una tos ronca. «El viejo Adolfo lo hubiera llevado de otra forma»—. Vamos a coordinar toda la operación desde aquí. El señor Nolan contactará conmigo, exclusivamente conmigo, ¿entendido? —su mirada se cruzó con la de Ulises durante más tiempo del necesario—. Va a utilizar sus conexiones con el hampa para llevarnos hasta el Fantasma.

«Joder, con el hampa... Parece salida de una película de Scorsese».

—A propósito, ese Nolan... —dijo Aquiles resoplando, cruzado de brazos para ocultar sus rodiles salinos—, ¿quién diablos es? ¿Podemos confiar en él?

Cayetana dirigió una mirada a Ulises y todos los ojos se volvieron hacia el jefe de la División de Operaciones.

—Expediente nivel 5, recién desclasificado, salido del horno, calentito y humeante —se pasó la mano por la barba—. Podéis consultar el dossier que os he pasado. Ha estado en operaciones encubiertas durante cuatro años. Le confiaría a mi propia hermana el día antes de su boda.

—Tú no tienes hermana —replicó Aquiles con aire socarrón.

—Pues la tuya...

Cayetana los fulminó con una mirada cargada de ira.

—Ese puntito azul es Nolan y el rojo es Delgado —añadió la Abeja Reina—. A trabajar. Si no me equivoco, ahora mismo, el señor Nolan debe haber contactado con los agentes del MI6 y de la Dirección. Todo el mundo tiene los ojos puestos en nosotros, no me defrauden y no defrauden a su país.

De nuevo Ulises estuvo a punto de sonreír. Estaban en manos de Anthony

Nolan, y él más que ningún otro.

Su móvil vibró. Instintivamente, se separó un poco de la mesa. Era un mensaje del hijo de puta de Cantarejo, decía que el cabrón del cura había cantado como un jilguero. No lo creía. Conocía demasiado bien a su antiguo compañero de armas para saber cuándo se marcaba un farol. Llevaba recibiendo mensajes de esa índole desde el día después de su captura. El Comisario estaba igual de nervioso que él, por extraño que pudiese parecer. Y, eso era bueno. Tenía que aprovechar sus cartas.

Anthony (Niamey)

Anthony Nolan guardó su móvil en la mesita de noche. No tenían por qué enterarse de todo. Al fin y al cabo, lo que le exigían eran resultados, como decía Ulises, siempre pragmático: consigue el fin, no importan los medios, es el éxito de la misión lo que nos interesa.

No iba a facilitar información que le pusiera en el punto de mira de los sicarios de los cárteles colombianos —bastante tenía ya con sus asuntos pendientes con la mafia rusa—. Sabía perfectamente de lo que eran capaces cuando los traicionabas o se consideraban agraviados por menoscabar su confianza. A lo menos que podía aspirar, si creían que los estaba ninguneando, era a que su lengua o un par de dedos terminasen como una delicatesen en el estómago de Gringo, el dogo argentino de Fidel. Se trataba de gente con un particular código de honor y lealtad.

Con la imagen de Gringo comiéndose una lengua hinchada, medio convenciéndose de lo que hacía, abrió la puerta que daba a la habitación de su carabina: el mendigo Delgado. La Abeja Reina se cabrearía de cojones, pero él era el que se jugaba el cuello en Niamey.

—Delgado —susurró—. Delgado... —se acercó y observó cómo dormía profundamente a la luz de la luna que entraba por la ventana con las cortinas a medio correr. Lo zarandeó un poco—. Voy a dar una vuelta... después no digas que no te avisé —sonrió para sus adentros.

Cerró la puerta con cuidado de no hacer más ruido del necesario.

Se ajustó la cazadora Geox de tejido técnico, y comprobó que la pistola y

la cuchilla estaban en su sitio y no llamaban la atención: la primera en la sobaquera y la segunda, dentro del cinturón, disimulado dentro de un diminuto hueco en la parte lateral. Se miró al espejo para cerciorarse de que todo estaba en orden —un acto reflejo que formaba parte de su narcisismo inherente—: pantalones vaqueros negros, cazadora oscura sobre camiseta negra y zapatos casual de suela de goma, también negros. De noche le gustaba el negro, sobre todo cuando iba a visitar antros donde acudían los criminales de peor calaña —como él mismo— a exhibirse, divertirse y cerrar tratos millonarios.

Bajó por las escaleras de servicio y echó un rápido vistazo al hall del hotel desde la claraboya de la puerta de emergencias: lámparas de araña con cristalitos adiamantados, oscuros sillones de cuero, suelo de mármol blanco, reluciente, y una enorme escultura de bronce en el centro simulando las formas de una mujer. Los botones, perfectamente uniformados a la antigua usanza, ayudaban a subir el equipaje a un grupo de periodistas de France Télévisions, con cara de cansados, ataviados con unos chalecos que los identificaban y pertrechados con varias cámaras que colgaban de sus cuellos. Una reportera pelirroja, estirada, miraba con cara de asco a tres militares visiblemente ebrios. Una idealista con aspecto de retoño, recién salida de la universidad, caviló Nolan. Los soldados babeaban y se arrastraban cogidos del brazo de cinco chicas, pimpollos muy jóvenes, con ropas que enseñaban más que tapaban. El fulano que iba menos perjudicado se acercó al mostrador y consiguió articular cinco palabras seguidas: *une chambre s'il vous plaît*.

Había dos hombres al fondo, trajeados, sentados en unos sillones de mimbre. Uno fumaba y simulaba leer un periódico, y, el otro, bebía a sorbitos un cóctel azulado, aparentando consultar la tablet con un ojo puesto en el ascensor. Destacaban como si fueran dos grandes escarabajos peloteros en un restaurante minimalista. Realmente es lo que son, pensó Anthony, recogen la mierda, amasándola hasta convertirla en una bola que guardan bajo tierra. Les hacen el trabajo sucio de Orson y Duran. Como él se lo hacía a Ulises y a la Abeja Reina. Esto iba en cadena.

Acertó en no salir por la entrada principal.

Conocía el hotel de sus otras estancias y ya tenía reconocido el terreno, por si las circunstancias demandaban salir echando leches. Era una sana costumbre que adquirió de sus tiempos en el Estrecho: siempre buscar una segunda salida, un plan b, que pudiera sacarle del atolladero para que no lo escopetearan si las cosas se torcían.

Avanzó por un largo pasillo y giró a la derecha camino de las cocinas. Se topó con un par de camareros que lo miraron con cara extrañada. Continuaron sin decirle nada, con una sencilla finta y con cuidado de que no se les cayeran los platos de sopa de las bandejas.

Entró con confianza en la cocina principal. El calor y la humedad le hicieron sudar, pero no se quitó la cazadora. Olía a especias y a humanidad reconcentrada. El personal estaba demasiado abstraído en sus quehaceres como para llamarle la atención. Y, si alguno se percató, no le dijo nada, seguramente cada cual tenía sus propios problemas para preguntar a un cliente blanco, un *Tbabu*, qué hacía saliendo por la puerta de atrás. Habrían visto cosas más extrañas.

Ya en el callejón, se subió el cuello de la cazadora y se encajó una gorra negra. Apestaba a basura en descomposición. Había roedores de gran tamaño que lo observaban quietos como esfinges. Se pegó a la esquina y miró de reojo a la entrada del hotel. Justo en frente de la glorieta de entrada, advirtió un coche con otros dos occidentales dentro, fumando y hablando tranquilamente, mientras oteaban la entrada de vez en cuando. O eran bastante previsibles, o demasiado confiados. Las dos cosas le valían.

Se caló la gorra y se alejó en dirección contraria, hacia la furgoneta de la policía nacional apostada en la esquina, a unos cien metros de la entrada del *Grand Hotel du Niger*. Apoyados sobre el capó había tres oficiales, enseñando sus armas automáticas, coqueteando con un par de chicas de no más de quince años. Uno de ellos le metió la mano debajo de la falda a la más bajita y después le pasó los dedos por la nariz a su compañero, que sonrió procaz.

Sonaron unos disparos lejanos, seguidos de una ráfaga de metralleta y un grito desgarrador. Ninguno se inmutó. Siguieron a lo suyo. Ellas, a vender su cuerpo por un poco de dinero, y, ellos, a encontrar una ganga con la que pasar un buen rato y poder fardar a sus amigos. Así era Niamey, un lugar donde la vida de una persona valía menos que la de un camello y donde cada cual hacía lo que podía para salir adelante y sobrevivir un día más en el infierno.

Caminaba encorvado, la mirada gacha, pegado al borde de la calle. Las personas con las que se cruzaba tenían el mismo aire de derrota. Nadie alzaba la cabeza; nadie caminaba con la espalda recta o una sonrisa optimista. En la Niamey nocturna, esas cosas podían hacerte parecer sospechoso.

Antes de llegar a la altura de la patrulla, cruzó la avenida y alzó la mano para llamar a un taxi que circulaba a poca velocidad, a la caza de turistas

despistados u hombres de negocios ávidos de emociones fuertes. Se montó en la parte de atrás de un Citroën BX con la carrocería algo oxidada, pero que por dentro parecía en buen estado, al menos lo asientos no tenían manchas. Tras unos segundos de aclimatación, se percató de que apestaba a alcohol y tabaco. Cosa que aprovechó para encender un cigarrillo sin pedir permiso. El conductor, un hombre escuálido con el pelo canoso trenzado en rastas, camisa de flores y una boina a cuadros, arrancó y sonrió por el espejo retrovisor.

—¿Dónde le llevo? ¿Quiere algo de diversión? ¿Chicas, chicos, drogas? O todo junto, si tiene dinero... se lo puedo conseguir.

Anthony dio una calada y exhaló el humo lentamente.

—Al *Petit Paradis*.

La sonrisa desdentada del taxista se borró al instante, quizás intuyendo que no se trataba de un cliente habitual.

—¿Está seguro de dónde se mete?

—Seguro, ya he estado allí antes.

—Pues entonces le cobraré el doble —de nuevo los huecos entre los dientes.

—Trato hecho.

El doble de muy poco dinero era poco dinero. Era la ventaja de Niamey, con un buen fajo de billetes podías vivir a cuerpo de rey durante meses.

El taxista rastafari se encogió de hombros, encendió un canuto que tenía recién liado y comenzó a conducir, ágil como una gacela, esquivando el escaso tráfico de un lunes por la noche. Pasaron a un carro cargado de chatarra, tirado por un burro, y, poco después, un Ferrari descapotable los pasó a ellos acelerando el motor a tres mil revoluciones. Niamey era una ciudad llena de contrastes. Como en la mayoría de las megaurbes del continente negro, las chabolas y los guetos de edificios medio en ruinas, rodeaban a los barrios financieros y residenciales de las élites dominantes. El lujo exacerbado frente a la pobreza más abyecta, retroalimentándose el uno del otro. Un cuarto mundo que apenas tenía su hueco en los informativos, a no ser que se desatase algún incendio en una fábrica textil con decenas de muertos, pobrecitos, o las riadas se llevasen por delante los hogares de miles de familias. Pobrecitos los negritos.

La noche nigerina aún refrescaba. Estaban a final de febrero y todavía no se había instalado el calor extremo propio de esas latitudes, a mitad de camino entre el Trópico de Cáncer y la línea del Ecuador. Poco a poco, dejaron la zona céntrica de avenidas, hoteles, administraciones, patrullas de policía,

anuncios de neón y grandes edificios, para adentrarse en una ciudad más oscura y sórdida. Una ciudad gobernada por las mafias de criminales y las bandas de delincuentes locales, una ciudad en la que la policía tenía órdenes de no entrar.

Nolan abrió la ventanilla y apoyó el codo en el marco, fumaba tirando la ceniza a la calzada. Se estaba metiendo en la boca del lobo, él solito. Cabía la posibilidad de que la velada terminara con un negro zumbón dándole por culo sin anestesia, mientras lo encañonaban entre ceja y ceja, pero, no se le ocurría nada mejor.

Se veían restos de una batalla campal: neumáticos, contenedores quemados, piedras, palos, botes de gases lacrimógenos, cristales y sangre. Rastros de sangre, demasiados, manchando el asfalto y las aceras.

El taxista aminoró la marcha como si se tratase de un hito turístico de la ciudad.

—Cargas policiales... —masculló más para él que para su reducida audiencia—. Una manifestación no aprobada... —Anthony guardó silencio—. La educación, desmantelada, la atención médica es casi nula, las finanzas públicas son desastrosas y la vida política está llena de escándalos interminables y de corrupción. El estado de emergencia extendido en varias partes del país a causa de los ataques terroristas... ¿Esto es vida? ¿Y qué hago? ¿Intento emigrar a Europa? Cuántos lo han intentado y los ha engullido el Sahara o se los ha tragado el mar...

Nolan lo escuchaba impertérrito. Sabía muy bien que la maldición de África eran sus propias riquezas, que gobiernos y empresas de occidente fagocitaban sin miramientos. No en vano, Níger, uno de los países más pobres y miserables del mundo, si no el que más, era el cuarto productor de Uranio a nivel global y abastecía a las centrales nucleares francesas.

«A todo el mundo le interesaba el caos controlado», cavilaba mientras escuchaba sin demasiado entusiasmo el soliloquio del rastafari sofista. Tragó saliva y se encendió otro pitillo. En parte, él había puesto su granito de arena para generar toda aquella barbarie. Un sentimiento cercano a la culpa anidó dentro de él por unos segundos. Después lo desechó, el mundo no era un lugar para sentimentalismos, al menos, no el mundo que él habitaba.

Pasaron por delante de una pandilla de niños armados con pistolas y metralletas, vestidos con zapatillas, chanclas, y camisetas raídas de equipos de fútbol, del Manchester United, Madrid, Barça, Juventus... Los álter ego decrepitos y zarrapastrosos de Messi, Pogbá, Ronaldo y Benzemá comenzaron

a disparar al aire y a gritar como diablos condenados en un purgatorio sin fin. Nolan agachó la cabeza, un acto reflejo. El taxista aceleró a fondo y giró por la primera esquina, las balas pasaron rozándole la carrocería.

—Hijos de puta, se ponen hasta el culo de pegamento y todo lo que pillan —farfulló entre dientes el taxista filósofo, resignado—. Somos el país más pobre del mundo y a la vez el que tiene una tasa de natalidad más alta, una extraña paradoja de esta vida de mierda... Y este es el resultado... los lobos devoran a los corderos nada más nacer —hizo un ademán con la mano abierta. Pasaban por una calle mal iluminada. Decenas de mujeres, muy jóvenes, desfilaban por la acera, semidesnudas, se acercaban a los autos que las recogían; unas serias, resignadas a su destino, y otras, con la cara desencajada en una mueca artificial y decrepita—. A algunos aún les quedan arrestos para protestar... A mí no, desde luego. ¿Sabe? Antes era profesor en la universidad, tenía una educación y quería cambiar las cosas, mis padres eran afines a Mamadou Tandja... No era un santo, desde luego que no y cuando lo del golpe... nos lo quitaron todo... La vida te depara sorpresas detrás de cada esquina, quien sabe si en el próximo será mi turno... —hizo una pausa para darle la última calada al porro—. No le gusta hablar mucho, ¿no? No le hace falta... Si va al Petit a Paradis debe tener buenos contactos.

Rio con una carcajada estentórea y conectó la radio, para descanso de los oídos de Nolan.

Dejaron atrás la zona más derruida de los suburbios y se adentraron en un barrio donde reinaba algo parecido a la tranquilidad. Aunque, prácticamente, en cada recodo había hombres apostados con armas, con aspecto de paramilitares, que los escrutaban con ojos de halcón. Uno de ellos les dio el alto y les preguntó dónde iban. Cuando el taxista contestó Petit Paradis y le hizo un ademán como diciendo el de atrás sabrá, el otro bajó el fusil y los dejó pasar.

A Nolan le pareció que habían atravesado ocho de los círculos del infierno de Dante y se adentraban en el último de ellos, el de la traición.

Pagó lo convenido y dio una propina extra. La propina extra de poco, seguía siendo poco. El taxista se marchó con la música a otra parte, con una sonrisa en su rostro.

Lo había dejado en la esquina de una calle ancha, sin farolas, con escasos edificios, caso todos almacenes. A unos cincuenta metros del cabaret. Esperó durante unos instantes para repasar mentalmente su estrategia.

El Petit Paradis era un enorme edificio de ladrillo visto, con varias chimeneas que se alzaban como agujas hacia la negrura del cielo. En origen fue una antigua fábrica de calzado, perteneciente a uno de los ministros del antiguo régimen caído en desgracia en el último golpe de estado.

En esa nueva era que vivía, Fidel y sus socios le habían dado otro uso, lo habían reconvertido a antro de perversión y centro neurálgico de los negocios subterráneos de Niamey. Una zona neutral, franca y libre de violencia, donde mafiosos, criminales, empresarios y políticos acudían a divertirse y a cerrar acuerdos que afectaban al destino de miles de personas en el Sahel y en otras partes del globo. Lo mismo se pactaba la explotación de las minas de Uranio del desierto, que se acordaban las obras de potabilización de una ciudad, que se contrataba a un sicario para acabar con algún burócrata bienintencionado.

Ya desde la distancia, despedía un halo de depravación y corrupción putrefacta, como pocos en los que había estado. Había coches entrando, coches de gran cilindrada, blindados, con los cristales tintados. De ellos salían hombres trajeados, algunos solos, con sus escoltas, y, otros, acompañados de un séquito de jóvenes despampanantes —de diferentes razas, nacionalidades y credo—, que deslumbraban con sus joyas ostentosas y vestidos imposibles.

Se encendió un pitillo y se acercó con paso confiado, aire pausado, a la verja que circundaba el recinto. No sabía cómo iban a responder sus antiguos socios, pero era mejor que los tiburones no oliesen el miedo.

Aparecieron de la nada tres hombres perfectamente enchaquetados, con pinganillo y con cara de pocos amigos.

—¿Dónde cree que va? Este sitio no entra dentro de las rutas turísticas... —preguntó un enorme gorila que casi no cabía en el traje de Armani. Alargó una manaza e hizo ademán de cogerlo por la pechera.

Por deformación profesional, Nolan dio un paso atrás antes de que le tocara. El gesto quedó bastante cómico. Sus dedos cogieron aire.

—¿Tiene invitación? Aquí no se viene sin invitación... —dijo el otro segurata riendo entre dientes; algo más bajito que el anterior, y de complexión menos robusta.

—Anda, Eric, dile a tus gorilas que me dejen entrar, sin ofender... —Anthony dio la última calada y arrojó la colilla a los pies del mastodonte, que miró hacia atrás, visiblemente irritado, sin saber qué hacer.

Los dos guardaespaldas dejaron paso a un hombre fibroso, de nariz aguileña y rostro macilento, que, bajo la luz del foco parpadeante, lo parecía

aún más. Eric sonrió al reconocerlo.

—Anthony Nolan, cuánto tiempo... —dijo con acento afrancesado—. Me alegro de verte —mostrando una leve cojera se acercó a estrecharle la mano y darle un abrazo—. No esperaba que aparecieras de nuevo por aquí; de hecho, no esperaba verte nunca más —moduló una sonrisa esquinada.

—Yo tampoco, pero ya sabes que esto es una ruleta.

—Ni que lo digas.

—¿Qué haces en la puerta?

—Esto ha cambiado un poco... Marcelo ya no está —Anthony enarcó una ceja—. Ya no está entre nosotros... Es muy largo de explicar... —miró hacia sus dos secuaces y le hizo un gesto con la mano para que lo siguiese—. Yo me encargo, enseguida vuelvo... —los otros volvieron a las sombras. Cuando llevaban unos metros andando y no les podían oír, Eric continuó—: ¿Buscas a alguien o te buscan a ti?

Anthony sonrió.

—Busco... Quiero ver a Fidel, ¿sigue por aquí?

—Sí. Claro que sigue por aquí... y ha ganado enteros, se le ha subido a la cabeza. Los colombianos y los marselleses gobiernan ahora con uno que se hace llamar Hakeem... El triunvirato de Niamey... se autoapodan.

—El triunvirato de Niamey, suena a algo muy rebuscado... ¿Qué pasó?

El otro se paró en seco y miró al suelo nervioso.

—Marcelo se estaba haciendo viejo, se ablandó con la edad, chocheaba... no sobornaba a quién debía, se hacía un lío con sus alianzas... Ahora, están también los putos chinos metiendo baza con lo del uranio y eso no gusta a todos —escupió—. La actitud condescendiente de Marcelo afectaba al negocio...

—Imagino —se lo imaginaba perfectamente. A Fidel siempre le gustó el garito.

—... Y exasperó a tus amigos, que no veían con buenos ojos su falta de acierto y su falta de mano dura.

—¿Y tú? —Anthony se arrepintió de preguntarle en el mismo segundo, su mente ató cabos antes de que él contestara.

—Yo les ayudé... —comenzó a toser de forma estentórea y salió un gargajo rojo y espeso—, no me enorgullezco de lo que hice, pero al menos sigo con vida.

—Te veo mayor, Eric, tienes que dejar los vicios —le palmeó la espalda con afecto.

—Solo el tabaco...

Nolan asintió sin decir nada. Decidió cambiar de tema.

—¿Hakeem? No me suena...

—Uno del norte, un señor de la guerra, se ha hecho fuerte... Cuando tú estabas no pintaba casi nada...

—¿Cómo de fuerte?

—Protege las minas francesas... Tiene un ejército de mercenarios que le hacen el trabajo sucio a los de Oryzon. Le interesa al gobierno y le interesa a mi país...

—¿Tu país? —carcajeó forzado. Al escuchar Oryzon se le encendieron todas las alarmas—. Tú tienes tanto de francés como yo de español.

—Uno tiene sus raíces... Tony... En cuanto ahorre un poco para jubilarme me compro una casita en la Polinesia Francesa, una mujer que me abanique y a vivir que son dos días.

—Vamos, Eric, no me jodas... ¿lo dices en serio?

El otro se quedó mirándole fijamente hasta que rio con él.

—No has cambiado, Tony.

—Tú tampoco.

—¿Qué hacen los de Oryzon en Níger? —preguntó Anthony mientras encendía un cigarrillo y le ofrecía otro a Eric.

—Negocios... como todo el mundo en este puto país... ¿A qué van a venir? A por dinero... —negó con la cabeza. De nuevo tosió como si se le fuera a salir un pulmón por la boca—. Trabajan para los franceses de Uranium... se ocupan de la seguridad in situ de las minas y de hacer el trabajo sucio... por ejemplo, de tratar con Hakeem.

—¿Vienen a menudo? —preguntó Nolan, inocente, dando una calada a su cigarro. De forma instintiva, disimulando mal, se tocó primero la pistola y después su estilete, camuflado en un ensanche del cinturón—. ¿Los conoces?

Eric ahuecó las manos, encendió un pitillo que le colgaba de los labios y lo miró con el rostro relajado.

—¿A qué vienen tantas preguntas, Tony? —preguntó con una mirada inquisitiva. Eric arrugó las cejas.

—Tengo deudas pendientes.

—Mal sitio para tenerlas, amigo.

Anthony dio una calada honda.

—No importa, olvídale.

Ambos se pararon en seco, proyectando una sombra alargada sobre la

escalera.

—No olvido que una vez me salvaste el culo y no tenías por qué...

Se refería a aquella vez que Eric enfadó a un Fidel cargado de alcohol y coca, desplumándolo al póker, hasta hacerle perder los papeles. Lo acusó de hacer trampas, con una pistola en la sien del francés, y Nolan lo convenció para que lo dejase estar.

—Fidel tiene un mal perder, ya lo sabes... Fue un error de cálculo por tu parte.

Hubo una pequeña pausa que finalmente rompió Eric encogiéndose de hombros:

—El jefe es un tipo alto y rubio, con la cara carcomida por la viruela... ¿Te suena?

—No, no mucho —mintió Anthony, con el vello erizado.

—Menos mal, es un hijo de puta de gatillo fácil. Al principio, tuvo sus más y sus menos con Hakeem... Ahora parece que han limado asperezas. Incluso compadorean.

—¿Está por aquí? —hizo un ademán con la cabeza hacia la enorme puerta de madera maciza custodiada por otros dos enormes negros trajeados de Armani.

—Yo no lo he visto. Lo dudo, viene una vez al mes, más o menos... estará en el Norte. —Eric lo cogió del brazo—. No sé a qué has venido, Tony, pero ten cuidado, las cosas han cambiado mucho por Niamey...

—Tendré cuidado —convino Anthony—. No haré nada que te perjudique. El otro aflojó la presión.

—A propósito, ¿dónde está ese mal nacido que parecía tu sombra? Era un cretino, pero me caía bien.

—Guanchito está jodido —respondió Anthony lacónico.

—Como todos —rio el francés—. Como todos...

En ese momento, entró en el recinto una limusina blanca que los deslumbró con un potente haz de luz. Eric alzó la mano a los de la puerta y señaló a Nolan con el pulgar levantado.

—Pasa, y disfruta del panorama. Tengo trabajo.

—Gracias, Eric.

—Un placer comprobar que los viejos amigos siguen vivos.

«No sé por cuánto tiempo», caviló Nolan.

Anthony pasó entre las dos enormes moles de músculo y hueso que se pusieron de perfil y le abrieron la puerta del Petit Paradis. En ese momento, se

le antojaron las fauces de una enorme bestia que se disponía a masticarlo, deglutirlo y expulsarlo en forma de una diarrea vírica.

Pidió un Bourbon con hielo en una pequeña barra de la primera sala. El barman vestía de chaleco y levita, no reparó apenas en él. Sangre nueva. No lo conocía de su época anterior.

Necesitaba aclarar las ideas y relajarse, y el Bourbon siempre ayudaba a ambas cosas. Se acodó en una esquina y observó alrededor estirando el cuello con aire distraído. El pequeño anfiteatro estaba más oscuro de lo que recordaba. Unas luces azules iluminaban directamente desde el suelo hacia el techo, y, las pequeñas lamparillas de metal forjado, estilo retro, sobre las mesillas, despedían un tenue resplandor en ámbar. Olía a humedad —el río estaba a menos de un kilómetro—, tabaco y sudor.

El local tenía una entrada aceptable, no estaba lleno, pero casi. Las camareras pululaban como abejas en busca de miel. Vestían como las conejitas de las revistas de Play-boy, con medias de seda, ligeros y un corpiño muy apretado. Caminaban espigadas en tacones imposibles, y, sobre sus cabezas, llevaban unas estúpidas orejitas blancas y esponjosas.

En el escenario, unos metros por debajo de donde se encontraba, comenzaba el concierto en vivo. Una mujer de grandes proporciones, maciza, enfundada en un traje de cola púrpura, interpretaba *Feeling Good*, de Nina Simone, con voz de mezzosoprano. La acompañaban un habilidoso piano, una mediocre guitarra y un virtuoso bajo. No lo hacían mal.

Nolan saboreaba su Bourbon dando pequeños sorbitos. La clientela se divertía: reían, bebían, fumaban y algunos toqueteaban a las conejitas o metían mano a sus acompañantes sin ningún tipo de pudor.

En el reservado más próximo a la barra, advirtió a cuatro asiáticos sentados junto a cinco princesas nubias que les sacaban más de media cabeza. Cuando intentaban besarlas tenían que estirarse de una forma que resultaba bastante graciosa.

Un par de mesas más allá, un hombre de color, grasiento, de piel reluciente y el pelo a lo afro, con camisa blanca, cadenas de oro y anillos de diamantes, reía a mandíbula batiente, mientras abrazaba a dos jóvenes de piel lechosa y pelo dorado. Las chicas respondieron agasajándolo con comentarios al oído y caricias casquivanas. Desde la distancia, por sus poses y sus gestos, se apreciaba que tenían la conciencia visiblemente alterada.

Una altura más abajo, un grupo de occidentales de entre cuarenta y

cincuenta, perfectamente peinados y trajeados disfrutaban del espectáculo. Fumaban enormes puros y bebían en vasos anchos, mientras las camareras pasaban desfilando ante ellos en parejas. Cuando terminaron el escrutinio, eligieron a tres para que se quedaran con ellos.

«Nuevas caras, pero sigue siendo lo mismo».

De un rápido vistazo concluyó que Fidel no se encontraba en la primera sala. Su presencia cantaba demasiado y el ambiente estaba muy relajado esa noche como para que la banda anduviese por allí.

Se dio la vuelta para pedir otro Bourbon, cuando se percató de la mujer que había de espaldas a él, sola, embutida en un vestido de licra muy corto, negro, con tirantes anchos. Mostraba una silueta compacta y unas piernas perfectamente torneadas. No podía ver su cara con claridad, pero había algo familiar en ella, aunque no lograba vislumbrar el qué. La miró de refilón en el espejo, tenía el pelo echado sobre el rostro y rebuscaba dentro del bolso. Finalmente, la mujer sacó una pitillera dorada y se puso un cigarrillo entre sus labios. Siguió removiendo el contenido hasta que dio con un mechero plateado. Todas sus alarmas se activaron al unísono.

Nolan caminó hacia ella con el pulso acelerado.

—¿Tienes fuego? —preguntó Anthony.

La mujer se giró, retiró el flequillo que le tapaba y, con una mueca taimada, alzando las cejas, contestó de forma natural:

—Claro, he viajado 4.000 kilómetros para dártelo.

Dana. Ambos se quedaron mirándose durante unos segundos. Ella, con una media sonrisa que le formaba unas pequeñas arrugas en la comisura de los labios, —finos y perfectamente pintados en rouge—, y él, con el rostro serio e inexpresivo. Dana.

No era casualidad que estuviera en ese antro perdido de la mano de Dios. Desde luego que no. El azar no tenía cabida en un mundo como el suyo, o, si lo tenía, era en pequeñas dosis, mucho más pequeña que aquella. Nolan se mantuvo firme en su pose, ocultando la zozobra que sentía por dentro.

—Me alegro de verte, Tony —Nolan no contestó enseguida. Evaluaba la situación y sus sentimientos, algo a lo que no estaba acostumbrado—. Parece que has visto a un fantasma.

—Yo también me alegraría... en otras circunstancias... Dana.

—¿Qué circunstancias? —rio ella. Su único ojo refulgía, esta vez en tonos malvas; el otro, vacuo, reflejaba destellos azules.

—En otras.

Ella le cogió la mano. Suave. Como para comprobar su peso y consistencia.

Sus entrañas le decían que apretase fuerte, que se largase de allí con Dana en ese momento, que mandase todo a la mierda y montasen un kibutz en el mar de Galilea o donde ella quisiese. Dana, veía su rostro en el de otras, su piel y sus labios en sus sueños más íntimos, su voz en los anuncios de televisión y de radio. Ahí la tenía delante, más de cuatro años después y decenas de mujeres, no la había olvidado. Pero, su parte racional y desconfiada ganó la partida. Y, además, estaba Guancho, no podía dejarlo tirado de esa manera.

No movió ni un músculo de la mano.

—El mismo Tony que recordaba, frío como un témpano, por dentro y por fuera —dijo en tono seco sin perderlo de vista. Encendió su cigarrillo—. Relájate, hombre, estás tenso como una cuerda.

—¿Qué haces aquí Dana? —soltó a bocajarro.

—Lo mismo que tú.

—¿Qué es? —insistió él.

—Mi trabajo —chupó una calada honda y le tiró el humo en sus narices—. Tony, Tony, siempre tan ingenuo... Hay muchas cosas que desconoces... Te manejan como un títere y te van a dejar tirado como un perro cuando menos te lo esperes...

—Eso ya me lo dijiste una vez.

—Tienes buena memoria, después de todo... —suspiró ella mientras le rozaba la mejilla con el dorso de la mano. Anthony sintió una descarga recorriéndole el espinazo de arriba a abajo—. Me partiste el corazón en dos mitades aquella mañana, cuando me desperté sola... —lo dijo con un toque irónico, pero su ojo no mentía.

—Estás en un sitio muy peligroso —dijo Anthony, que aún no le había dado una calada a su cigarro. Se consumía convirtiéndose en colilla, como él mismo.

—Siempre lo estoy —ella se levantó estirándose el vestido. Con los siete centímetros de plataforma de sus zapatos, estaba casi a su altura.

—¿Me has seguido hasta aquí? —se apoyó en la barra.

—Así es... pero no he sido la única, créeme que tu estratagema de salir por la cocina no ha servido de mucho.

No sabía a qué se refería. Ella continuó:

—Ese Eric... el de la entrada... tu amigo Eric, trabaja para el servicio

secreto francés, para Duran. Es uno de sus soplones. Tus jefes estarán que trinan en este momento—. Anthony asintió sin alterar su pose—. Por no decir el MI6 y la Dirección.

«¿Eric? ¿Agente doble?» No se lo podía creer. Aunque él mismo era un buen ejemplo de las revueltas que daba la vida, a cuál más intrincada.

—¿Cómo estás tan segura?

—Tenemos ojos y oídos por todas partes, ya sabes...

Nolan apuró su copa. Se fijó en que estaba aún más delgada y fibrosa que de costumbre, su rostro era un conjunto de aristas muy bien encajadas que formaban finas arrugas alrededor de sus ojos, disimuladas con un poco de Kohl.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que todos —rió con el cigarrillo entre sus dedos—. Aprovecharme de ti —su índice recorrió su piel desde la nariz, pasando por sus labios hasta llegar al gatzate—. Sabemos lo que queréis hacer... Chicos malos... Negociar con terroristas.

Chistó negando con la cabeza.

—Ya veo...

—No es lo que piensas... Queremos ayudaros a conseguir vuestro objetivo y después coger a ese tipo, a ese yihadista que se hace llamar el Fantasma... Si ese hijo de la gran puta sale reforzado de esta, tendrá una legión de seguidores capaces de morir por él... en todo Oriente Medio, que es donde se encuentra Israel... y por el resto del mundo, que es donde os encontráis vosotros. Ya ha enviado varios mártires a inmolarsse por él en nuestro territorio. Su influencia y su buena relación con los iraníes hacen que en Hamas lo miren con buenos ojos y que Fatah permita a sus hombres campar a sus anchas por Palestina.

«¿No lo ha reconocido? No sabe quién es él realmente. No sabe que fuimos nosotros quien creamos al monstruo».

—¿Vivo o muerto?

—Vivo... —respondió arrastrando sus palabras—, o muerto.

—Tendré que consultarlo con mis superiores.

Dana movió la cabeza, le quitó el vaso, se apuró lo que le quedaba y pidió otro al barman.

—Tú no tienes que consultar nada a nadie, Tony —le dijo acariciándole la mejilla. Le subió el cuello de la cazadora y colocó sus labios muy cerca de los suyos, podía sentir el calor de su aliento al respirar—. Si siempre haces lo

que te interesa, al menos una persona estará contenta...

Su único ojo brillaba surcado de venitas rojas.

Conforme Dana hablaba, la mirada de Anthony Nolan se ensombreció, preocupado, codicioso, asombrado e incrédulo.

Apuró otro Bourbon de un par de tragos. El brebaje lo reconfortó por dentro. Le dio alas para avanzar con aire confiado hacia las puertas que delimitaban la zona VIP del casino, las verdaderas entrañas del Petit Paradis. Sorteó a una camarera con una bandeja, que lo miró de reojo y le obsequió con una sonrisa de oreja a oreja. Por un momento, pensó en la chica del hotel, se daban un aire. Cuando se dio la vuelta, la conejita había desaparecido por las escaleras del anfiteatro. Esa noche, todos los gatos eran pardos.

La entrada a la zona de juego estaba flanqueada por dos mestizos, de torso ancho y mirada acuosa, como toros bravos, con tatuajes que les subían por el cuello. «La gente de Fidel», pensó Nolan. Se cruzaron de brazos para impedirle el paso. Eran tipos broncos, duros, llevaban la noche consigo tatuada en su frente. Uno de ellos lo reconoció nada más entrar en el halo de luz que iluminaba la puerta. Habló por el pinganillo, solo un par de palabras se leían en sus labios: «Anthony Nolan». Seguramente, Eric ya había informado —doblemente—, y Fidel lo estaría esperando.

El mulato asintió con la cabeza. Lo cachearon de manera eficiente y profesional, sin sutilezas, contra la pared. Le requisaron la pistola, del estilete no se percataron. Ahí dentro no pensaba utilizar ni lo uno ni lo otro, los había llevado por precaución para el viaje de ida y de vuelta. Finalmente, lo repasaron con un pequeño detector de aparatos electrónicos y sin más parsimonia le dejaron el paso libre.

La segunda sala era la zona VIP, donde iba la gente importante y los poderosos cerraban sus tratos. El anfiteatro era solo el aperitivo. En el casino había ruletas, timbas de póker y mesas de Black Jack. Las crupieres llevaban una ridícula levita al estilo de los Dragones de Napoleón, un pequeño tanga y tacones de aguja. Las camareras eran aún más jóvenes que en el anfiteatro e iban desnudas de cintura para arriba. También vio varios Mandingo de proporciones hercúleas que servían bebidas a las damas, ataviados con un taparrabos de piel de cebra que dejaba su enorme miembro colgando y a la vista. No pudo evitar desviar un par de veces la mirada.

La luz era muy tenue, seguían emanando del suelo focos azules que apuntaban hacia arriba. En uno de los laterales había una piscina alargada con

una fuente en forma de concha de la que manaba Champagne, y en la que se bañaban varias jóvenes, semidesnudas, que chapoteaban y contorsionaban sus caras riendo tontamente.

Fue pasando una mesa tras otra, mirando de soslayo a las sirenas que nadaban en la fuente de Venus. Al fondo de la sala, en una de las mesas más apartadas atisbó a Fidel. Era inconfundible, con sus casi dos metros de altura, su figura desgarbada y sus grandes brazos de baloncestista de los Balcanes, que se movían haciendo aspavientos hacia un lado y hacia otro, en una estrambótica coreografía. Por como gesticulaba y reía, supuso que estaba colocado. Siempre le gustaba ponerse hasta las trancas cuando bajaba al Petit Paradis.

Avanzó hacia él sin más dilación. Ahí estaba el hombre en el que depositaba todas sus esperanzas de conseguir información y salir airoso del embrollo en el que se había metido. Nieto de inmigrantes serbios, hijo de colombianos, narcotraficante desde los catorce años, hombre de confianza del Clan del Golfo, y enviado especial a África para abrir rutas que llevaran la coca a la gran nariz del viejo continente.

Fidel era un tipo violento donde los hubiere. Pero, no se podía culparlo a él del todo. Su vida había sido muy puta. Huérfano desde los diez años, se crio en un entorno hostil, donde solo los más duros sobrevivían. Matar o morir. La ley de la selva. Lo único que supo hacer bien, desde pequeño, fue la guerra: a los 16 años, ingresó a las filas de la guerrilla Ejército Popular de Liberación (EPL), donde operó en distintas zonas, sobre todo en el Urabá. Años después, colaboró con la guerrilla de las FARC y luego entró en disputa con ellas por su carácter díscolo. Esto lo llevó a pasarse al bando contrario, al de los paramilitares, ingresando a las AUC. Allí se ganó el respeto y la admiración de sus compañeros y superiores, principalmente por su falta de escrúpulos, disciplina y sangre fría a la hora de ejercer la violencia extrema. No le temblaba el pulso cuando tenía que apretar el gatillo o cortar gargantas, algunos dirían que disfrutaba con ello. Volvió a cambiar de bando, tentado por el dinero de los narcos e ingresó en el Clan del Golfo como jefe de seguridad. A partir de ahí su carrera fue fulgurante hasta llegar al Estrecho que fue donde conoció a Nolan.

Uno de sus hombres le hizo un ademán con la barbilla. Fidel se volvió hacia él y dibujó una sonrisa macabra en su rostro asimétrico. Menos era nada, pensó Nolan.

El colombiano se levantó de un salto y abrió los brazos para acoger a Nolan.

—¡Tony! ¡Qué sorpresa inesperada! —rio moviendo todo el cuerpo como una marioneta—. Ven aquí, hermano... ¡El hijo pródigo ha vuelto!

«Está más colocado de lo que esperaba», pensó Anthony tragando saliva. Sabía de lo que era capaz Fidel cuando se ponía hasta el culo de coca y de alcohol. Sus cambios de humor eran conocidos por todos sus secuaces. Un amigo podía convertirse en enemigo por una mirada torva o una mala mano en las cartas, y viceversa.

Nolan lo abrazó con una sonrisa franca. La más franca de su repertorio.

—Me alegro de verte Fidel...

—Vamos, Tony —le dio un par de palmadas fuertes en la espalda. Tenía la cara color langosta y respiraba como una olla a presión. Los ojos se salían de las órbitas—, ven y tómate una copa con tus hermanos, siéntate en la mesa y juega una mano. ¡A ver si te acompaña la suerte! Anda, Quinto, levanta el culo y trae un vaso de... Bourbon a nuestro leal amigo... —remarcó las últimas palabras más de lo necesario.

El más joven de los que estaban en la mesa se levantó con cara de pocos amigos y se perdió hacia la barra, encorvado y dando empujones a quién se le ponía delante.

Nolan saludó a dos de sus antiguos compadres que jugaban la partida de póker, feos y malcarados como ellos solos: Quica, que había ganado bastante peso, y Gardel, que lo había perdido. Eran sus guardaespaldas, la antítesis el uno del otro, amigos desde que estaban en las AUC. Sus sicarios, sus perros de presa. Con un solo gesto de Fidel, no dudarían en acribillar a un policía a balazos o cortarle el pescuezo al hijo de un narco rival a pleno sol en mitad de un mercado. Fue testigo de lo primero y había oído historias sobre lo segundo.

—Vamos, Marcela, reparte —apremió Fidel cruzando los dedos y estirando los brazos—. Te toca dar la suerte.

—Descuida —dijo la aludida.

—Ten cuidado con este mala madre que tiene mucha potra...

Marcela, se llamaba la mujer que completaba el cuarteto. No la había visto nunca. Una tipa con aspecto fiero, voz de ultratumba y mirada torva. Estaba rapada al cero, tenía un aro en la nariz y unos bíceps bien musculados. Sobre la treintena. Más se parecía a un varón que a una hembra, caviló Anthony, mientras la evaluaba de soslayo.

—No se preocupe patrón... le acabo de echar un mal de ojo —replicó con

un acento caribeño muy marcado.

Marcela barajó con pericia formando montoncitos, volviendo a barajar una y otra vez, mirando fijamente a Nolan. No dejaba de murmurar por lo bajini en una letanía indescifrable. Sus dedos largos y fuertes, las venas marcadas, estaban surcados de intrincados tatuajes de tinta verdeazulada, dibujando serpientes emplumadas que le subían hasta el antebrazo. Parecían figuras o dioses precolombinos.

—Es un poco bruja y un poco teatrera, Tony, no te preocupes... —Fidel rio con ganas su ocurrencia. Se remangó la camisa de lino, cuello Mao, de color granate—. ¡Míralo! ¡Has asustado al cabronazo!

El resto rieron con él. Nolan hizo lo propio, moviendo la cabeza, intentando relajarse.

Quinto regresó con las mismas malas pulgas con las que se fue. Trajo consigo el encargo del patrón, una botella de Bourbon, y sirvió el licor a Nolan, que se tomó la mitad de la copa de un solo trago.

—Tienes sed —dijo Quica seco como un palo apurando su vaso de tequila con limón.

—Hace calor aquí dentro —replicó Anthony quitándose la cazadora.

—Venga, reparte Marcela. Ya está bien de marear las cartas, deja de mirar al pendejo, que se gasta... ¡coño! —dijo Fidel tamborileando con las palmas de la mano sobre el tapete—. ¡Vamos a jugar, carajo!

La mujer hizo lo propio y repartió naipes entre los cinco.

En el descarte de la segunda mano, de entre las sombras azuladas, se materializaron dos jóvenes despampanantes. Una rubia y una morena, de aspecto eslavo, mucho más al este de Varsovia, catalogó Anthony por inercia —tenía buen ojo para el pedigrí—. Iban envueltas en un albornoz esponjoso y llevaban sandalias de plataforma con brillantes. Aún tenían el pelo húmedo, mojado en Champagne, y bebían a sorbitos alternativos de una sola copa que se pasaban.

Se colocaron detrás de Fidel y cogieron un puro para fumárselo a medias. Una de ellas, la del cabello color trigo, se agachó a susurrarle algo al oído. Fidel miró a Anthony y rio escupiendo saliva en sus fichas.

—¡Joder, Tony! —bufó—, le has gustado, no has perdido un ápice de tu encanto... dice que te invitemos a unas rayas... ¡Venga Gardel! Pon una ronda... para celebrar que Tony ha vuelto... ¡Por los viejos tiempos!

—Por los viejo tiempos —asintió Nolan a medio camino entre la preocupación y la congoja. Esperaba el momento de la cocaína, sabía que

llegaría más pronto que tarde.

Gardel sacó una cajita metálica de debajo de la mesa. Contenía una bolsa de nieve, un espejo y varios tubitos para aspirar. Con la destreza de un profesional, preparó siete rayas, de considerable grosor y anchura, y fue pasando el espejo, uno por uno, hasta llegar a Nolan, que se terminó la última. Sorbió con fuerza, como solía hacer cuando estaba metido en el negocio.

Marcela repartió otra mano. Al cabo de unos minutos, una euforia generalizada se apoderó de la mesa. Risas y miradas cómplices. Todos compadreaban contando las viejas y las nuevas anécdotas, mientras sacaban tríos, figuras, full y escaleras, apostando cantidades cada vez mayores. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Gardel preparó otra ronda y, de nuevo, todos aspiraron con fruición.

La rubia y la morena bailaban enroscadas al ritmo de una música envolvente. De vez en cuando se acercaban, la una a Nolan y la otra a Fidel, a susurrarles obscenidades y besarles hasta meterles la lengua por la garganta.

Nolan aguardó paciente su momento, que llegó en la última mano; era cuando Fidel solía sacar los temas delicados.

—¿A qué has venido, Tony? —preguntó Fidel, hierático, cambiando de registro, con la expresión grave, juntando los labios y alzando las cejas. Tenían por costumbre terminar la timba por todo lo alto, apostando todas las ganancias a la última. Y también tenían por costumbre dejar que Fidel ganara.

Gardel, Marcela y Quica dejaron de tontear y miraron a Nolan a la vez que jugaban con sus cartas. Quica llevó su mano derecha debajo de la mesa. Nolan sabía perfectamente que lo estaba apuntando a su entepierna.

—Necesito tu ayuda Fidel —dijo Anthony, confiado, respaldado por la cantidad de alcohol y cocaína que llevaba en el cuerpo—. Estoy metido en un buen lío, y Guanchito también...

Sabía que Guancho le caía bien.

—¿Ayuda? —preguntó retóricamente. Tiró las cartas y abrió los brazos de forma exagerada. Su rostro se convirtió en una sucesión de gestos, a cuál más histriónico. Arrugó la nariz, guiñó un ojo, se mordió los labios y juntó las mejillas, todo casi al mismo tiempo—. ¡Te fuiste por la puerta de atrás so cabronazo! —bramó. La rubia y la morena se perdieron entre las sombras azuladas sin decir nada, o eso le pareció a Anthony, que todavía conservaba el sabor a tequila del último beso. El resto observaban a Fidel quietos como estatuas de sal—. Me dejaste... Sin despedirte... Te quería como a un hermano... Tony. Pensaba que continuaríamos juntos... me rompiste el

corazón.

En realidad, no fue así, Nolan dejó bien claro desde el principio que la sociedad sería temporal, unos meses, un año... Que, finalmente, terminaron siendo dos, al cabo de los cuales eran como de la familia, miembros de pleno derecho del Cartel. Y, después, cada uno por su lado.

Quizás no se lo explicó demasiado bien. Tampoco ayudó el hecho de que se largasen a la francesa. Una última juerga y una llamada diciendo que tenían que volver a la península para enterrar a la madre de Nolan, que llevaba incinerada más de una década. No hubo represalias por parte de los colombianos, les habían hecho ganar mucho dinero. Pero quedaban rescoldos, saltaba a la vista.

Lo que contaba era el ahora, no el pasado, caviló Anthony, calibrando al desequilibrado que tenía delante. Con la gente como Fidel, la locura era relativa, dependía de quien encerrara a quien en la jaula.

—Y yo, Fidel... si no, no estaría aquí —consiguió articular. Llevaba mucho tiempo sin colocarse de esa manera. No controlaba del todo sus emociones. La ansiedad comenzó a aletear dentro de su pecho como un marrajo atrapado en las redes de un pescador. Calma, se dijo.

—Dicen por ahí que trabajas para la poli... ¡un puto madero! —exclamó rechinando los dientes, con los ojos desorbitados e inyectados en sangre—. ¿Tú qué opinas Quica...? ¿Ha venido a arrestarnos?

Quica hizo un gesto con la mano que tenía libre, apuntando con el índice y disparándose en la sien con el pulgar. Marcela sacó un machete que llevaba al cinto y lo puso encima de la mesa.

—Lo cortamos en cachitos —dijo pausadamente, con una amplia sonrisa y una mirada cargada de sadismo—. Así... —dio varios golpecitos en el tapete con el filo de la hoja, cortando la tela.

—¿Y tú, Gardel? —preguntó el jefe de los narcos juntando las manos detrás de la nuca, echando todo el aire de sus pulmones en un sonoro suspiro—. Lo cortamos en cachitos o le metemos una bala en la cabeza...

Quizás Gardel fuese el que, precisamente, más cabeza tenía de los tres —de los cuatro, contando a Marcela—. Siempre mantenía la calma, repensaba los planes y solía acertar en sus estrategias. Y tenía una memoria de elefante. Fidel tenía sus valoraciones muy en cuenta y se dejaba aconsejar por él.

Gardel se lo pensó unos segundos antes de contestar. Chupó su enorme habano y espiró lentamente el humo que ascendía en volutas, formando unas espirales casi perfectas.

—Déjale hablar, no creo que haya vuelto a este vertedero para nada... Escúchale, y, si no te gusta lo que dice, nos lo cargamos... Acuérdate, que sin él no tendríamos abierta la actual ruta por el Estrecho, no debemos olvidar a quién nos ayuda.

En más de una ocasión, Nolan sospechó que Gardel era algo más que la mano derecha del jefe; a veces, parecía el que llevaba la voz cantante en el grupo, y que Fidel era una simple tapadera: un pelele que habían puesto ahí por si alguien quería cargárselo.

—He aquí un hombre razonable, Tony, como tú... —sonrió Fidel. El corazón de Anthony volvió a bombear—. Sabemos que llegaste esta mañana, junto con otro compadre, otro madero, y que te has visto con los británicos y con los franceses... Debe ser un asunto de altura, este que te traes entre manos. Míralo, como ha prosperado, el condenado. Creíamos que nos habías traicionado... pero cuando te hemos visto entrar aquí... No pongas esa cara, ya sabes cómo funciona esto... Tenemos en nómina a medio Niamey, y el otro medio nos debe favores.

—Nunca os traicionaría, me gusta el cuello tal y como lo tengo, y la cabeza sin agujeros.

Fidel bebió otro trago de tequila. Asintió condescendiente.

—Tienes para explicarte lo que tarde Gardel en fumarse el puro —sentenció Fidel.

Nolan encendió un cigarrillo, necesitaba reordenar sus ideas y ver algo de luz entre la nebulosa en que se encontraba su mente, para recordar por qué se encontraba allí.

—No trabajo para la policía... trabajo para mi gobierno —esa frase provocó la hilaridad de la Quica y de Fidel, sacando a relucir sus afilados colmillos—. Y no he venido a por vosotros... en ese caso sería un suicida y un traidor, y ya sabes que no soy ni lo uno ni lo otro.

—¡Y un imbécil! Me quieres chingar... para tu gobierno... —rio la Quica como a trompicones, escupiendo saliva sobre el escote de Marcela, que se lo limpió con un dedo—. Tú no tienes gobierno, hijo de mala madre, tu gobierno es la plata o el plomo... como el nuestro.

—Me tienen cogido por los cojones —Anthony dio una calada honda sin dejar de mirar a Fidel y Gardel. A la Quica era mejor obviarlo. Con la mano libre palpó la fina cuchilla que tenía dentro del cinturón. No le daría tiempo ni a sacarla—. No estaría aquí si hubiera otro modo... créeme.

Fidel asintió, alzando las cejas, y dejó que Anthony continuara:

—Quiero encontrar a alguien y necesito que me abráis ciertas puertas. Quiero contactar con el ISIS... busco al hombre que ha secuestrado a esos chicos de los que todo el mundo habla...

Los narcos se miraron sin decir nada. Hasta que Gardel habló de nuevo, pausado, con su habitual tono acaramelado:

—¿Qué te hace pensar que te vamos a ayudar? ¿Qué obtenemos nosotros a cambio?

—Eso, ¿qué ganamos nosotros? —inquirió Fidel encogiendo los hombros, con las palmas de las manos hacia arriba—. Nos conviene llevarnos bien con esos fanáticos. Les pagamos a todos: a los Ansar Dine, a los Boko Haram, a Al Qaeda o como cojones se llaman...

—Jama'at Nasr al-Islam wal Muslimin —aclaró Gardel, con una pomposa jerigonza, imitando el acento local—. Y ahora, también vienen esos huevones del ISIS y su califato del demonio...

Nolan le dio una última chupada a su cigarro y se apuró su copa. Su corazón latía desbocado. Se sonó la nariz con el pañuelo. Intentaba a duras penas controlar el tembleque de sus manos y de su voz.

Si huelen tu miedo estás perdido, se recordó. Calma.

—Puedo facilitaros la entrada de coca por el Estrecho durante un par de meses, sin problemas... Sin policías, ni aduanas, ni guardias civiles dando por culo —afirmó con una voz firme, sin fisuras. En realidad, improvisaba sobre la marcha, estaba claro que si quería salir con vida de allí tendría que ofrecerles algo a cambio. Ulises le dijo que si la cosa se torcía les prometiese el oro y el moro y que después ya verían con la Abeja Reina—. Os dejarán vía libre. Imaginaos... una autopista desde Guinea Bissau hasta Marbella... durante un par de meses seréis los auténticos reyes del Estrecho, con pasaporte diplomático. Lloverá el dinero como maná caído del cielo.

Fidel sonrió. Gardel asintió grave. Marcela siguió cortando un trozo de brazo imaginario. Y la Quica se removía inquieto en la silla, como si tuviera una almorra en el culo.

—Quizás nos convenga el trato —repuso finalmente Fidel, con sencillez, arrellanándose en su sillón con expresión aburrída. Su voz había perdido su sibilante aspereza.

—Quizás... Pero solamente os ponemos tras la pista... —continuó Gardel—. No podemos hacer nada más... No podemos arriesgarnos de esa manera. Esto es un negocio. Tenemos que mantener las formas y llevarnos bien con todo el mundo a este lado del espejo.

—Entiendo —replicó Anthony. Miraba al puro que sostenía Gardel con sus dedos; quedaba menos de un cuarto—. Solo necesito un contacto para tirar del hilo, del resto me encargo yo...

Fidel buscó a Gardel con la mirada. Este dio la última calada al puro y añadió con su voz de terciopelo:

—Hay algo más... —Anthony lo observó expectante—. Estaría bien que nos quitaseis de en medio algo de competencia. ¿No crees Fidel?

—Sí, eso estaría bien...

Fidel crujió los nudillos, estiró sus largas piernas e hizo una mueca arrugando la cara.

—Necesitamos algo de espacio con los kosovares y los italianos —añadió Gardel—. Al menos... por un tiempo. No digo que empecemos una guerra, ni mucho menos, pero comienzan a atosigarnos demasiado...

«Podría funcionar, así todo el mundo sale ganando, en parte», pensó Nolan.

—Trato hecho —replicó Anthony, aliviado. Una parte de su mente trabajaba en segundo plano, maquinando como sacar más beneficio del asunto.

—Espero que no te andes de Farol... Tony —añadió Fidel—, si nos la juegas, el día menos pensado la Quica te pegará un tiro y la Marcela te cortará en trocitos y se los dará de comer a los cerdos.

«Eso espero yo también».

—No es un farol. Tengo carta blanca —mintió de manera aceptable.

Gardel se encendió un cigarrillo. La Quica se sirvió otra copa. Y Marcela guardó el machete.

—¡Vamos a continuar la partida! —exclamó Fidel—. ¡Prepara otro tiro, Quica! ¡Y que vengan las chicas! A disfrutar todo el mundo. Ya está todo arreglado con el guevón de Tony...

Anthony Nolan oteó sus cartas levantándolas unos centímetros del tapete. Dobles parejas. Con esa suerte no iba a ninguna parte, perdería la partida. A no ser, que se marcase un farol como el que acababa de tirar ante del mismísimo Clan del Golfo.

DÍA 2

Ulises (Madrid, instalaciones del CNI)

—¡Qué les dejemos vía libre en el Estrecho! ¡Durante dos meses! ¡Se ha vuelto loco! —la que gritaba como una energúmena era Cayetana Pons de Heredia, andando nerviosa por el óvalo del Centro de Operaciones, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar—. ¡Una autopista para la droga!

«Mojigata», Ulises se rebullía en su sillón de cuero.

—No, no lo estoy —respondió Anthony Nolan, paciente, al otro lado del teléfono—. Estoy perfectamente cuerdo.

—¿Estás seguro de que la información es fiable? —inquirió Ulises. Se aflojó el nudo de la corbata mientras calculaba como podía salir beneficiado del giro, en apariencia fortuito, que daban los acontecimientos. Un giro que él mismo había provocado y pactado con Nolan. «A los colombianos les tendremos que ofrecer algo a cambio», le dijo Anthony; y Ulises urdió una estratagema que estaba dando sus primeros frutos: poner en un brete a la Abeja Reina—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Si aceptamos el trato... Estoy citado con el tal Hakeem, me enviarán un mensaje con el sitio y la hora. En cuanto confirme —su voz resonaba en el óvalo con gran nitidez—. Ese tipo es el amo de la frontera con Mali... sabrá cómo contactar con los yihadistas.

—¡Si aceptamos el trato...! La Casa no hace tratos con criminales, al menos no bajo mi mandato... No lo toleraré.

«Mojigata».

El jefe de inteligencia carraspeó ajustándose las gafas para ver de cerca. Aquiles y su equipo llevaban toda la noche trabajando, leyendo informes sobre

quién era quién, posibles escenarios a los que se podían enfrentar —y cómo afrontarlos—, y contactando con otros servicios de inteligencia.

—Podría funcionar... —dijo con un hilillo de voz. Se encontraba al otro lado de la sala, solo, con varios asientos despejados a su alrededor. Despedía un olor corporal demasiado fuerte y nadie se lo había comentado, por pudor, por vergüenza o por cansancio.

Desde la perspectiva que tenía Ulises se parecía más al fiel escudero de Don Quijote que al héroe de la Ilíada.

«Ahí está el toro bravo», caviló Ulises, «ahora deja que él trabaje por ti».

—¿Cómo? —Cayetana se giró incrédula, mirando con recelo—. ¿Está de acuerdo con lo que propone? Le tenía por una persona cabal y decente...

«Como Dios manda, le ha faltado. Está a punto de implosionar».

—No es cuestión de cabalidad y de decencia —corrigió suave, el jefe de los analistas, estableciendo contacto visual directo con la Directora—. Es cuestión de resultados. Por ahora, nadie tiene claro qué pasos dar. Ni el MI6, ni los franceses, ni la CIA... tienen ningún hilo del que tirar. Si es lo único que tenemos, a Nolan... No me parece descabellado del todo, ya se ha hecho antes. En otros escenarios. Mientras actuemos con sutileza y no salga a la luz, es una baza que tenemos, que debemos, aprovechar.

Cayetana dio pequeños golpecitos con la punta del zapato en el suelo.

—Hay una cosa más... —dijo Anthony a 4.000 kilómetros de distancia, desde el baño de su hotel, dando una pausa a sus palabras, dejándolas volar hasta Madrid. Ahora su voz resonaba con algo de eco—. Me han dado nombres, direcciones de empresas y rutas de los camiones que mueven la droga de la Costa del Sol a Europa —un breve corte en la comunicación—... podrían incriminar a varios miembros de la mafia albano-kosovar, del crimen organizado napolitano... y ruso... Eso también forma parte del trato. Quieren que los quitemos de en medio... o que les montemos una fiestecita y los entretengamos durante una temporada.

—Sería una cortina de humo perfecta y satisfaría a la Guardia Civil y a la Policía Nacional... y los mantendría ocupados... —se apresuró a añadir Aquiles sin llegar a la euforia, pero camino de ella.

Eso último no se lo esperaba, pero le iba a venir muy bien. Ulises mojó la mitad del donut que le quedaba en el café y le dio un bocado. Observaba con satisfacción como la situación se tornaba favorable a sus intereses a cada minuto que pasaba.

Se encendió un purito, regocijándose por dentro de cómo Cayetana

afrontaba la crisis, visiblemente atorada. Le sobrepasaba la situación. No sabía temprar sus nervios. «Una cosa es leer informes detrás de tu escritorio, taconear por los pasillos y mamársela a alguien de vez en cuando... y otra enfrentarse con la cruda realidad...», caviló para sus adentros, modulando una sonrisa interior.

Aquiles, hacía lo que esperaba que hiciera. Era previsible, simple de pensamiento en el plano táctico. Siempre intentaba apuntarse un tanto. Y, Beatriz, un par de sillas a su izquierda, aún no sabía qué esperar de ella; desde luego que era una caja de sorpresas, tendría que investigarla a fondo después de esto.

El resto del personal se había tomado un descanso a petición de la Directora de La Casa.

—Nos apuntaríamos un buen tanto... —pensó Cayetana en voz alta—. Sería ensuciarnos las manos... pero, todos saldríamos ganando.

—El juego de espías siempre es un juego sucio, Directora... —replicó Aquiles a mitad de camino entre la firmeza y la dulzura—. Si la pista no es fiable, adiós trato... Lo sabremos a lo largo del día, o, mañana... supongo.

«¡Directora!», rio interiormente Ulises, «Serás pelota. Si no fuera porque no estorbabas demasiado... hace tiempo que me habría deshecho de ti, Sanchito».

—Quiero hablar con Delgado —exigió Cayetana—. Pásemelo.

—Delgado... —carraspeó Nolan—. No se encuentra disponible en este momento... —sonó a chanza—. Anoche estaba algo indispuesto y todavía duerme como un tronco.

—¡Pues despiértelo de una patada si es necesario!

—No es necesario —aclaró—. Él todavía no sabe nada. Si hubiera venido conmigo, no creo que estuviera ahora aquí, de una pieza, hablando de cómo rescatar a esos chicos.

—¿Me está diciendo que ha ido usted solo? Contraviniendo mis órdenes —su voz era gélida como un témpano.

—Sí, con esa gente no puedo correr riesgos innecesarios. Soy yo el que se juega la piel...

—Quiero verle la cara... —dijo en tono amenazante—. Nolan... ahora... quiero mirarle a los ojos y ver si está jugando con nosotros... Si lo hace le juro que...

—Ya se lo he dicho, no hay cobertura 4G y la wifi del hotel no da para una videoconferencia... —la voz parecía que se perdía entre interferencias.

Cayetana se mordió los labios, cruzó los brazos y respiró hondo durante varios ciclos. Se masajeó las sienes mientras el resto podía ver cómo sus mecanismos internos funcionaban a pleno rendimiento, a punto del colapso.

—Está bien —claudicó pasado unos angustiosos segundos. Suspiro y pausa—. Si todos estamos de acuerdo... ¿Ulises? ¿Aquiles? —ambos asintieron—. ¿Nolan? ¿Sigue ahí?

—La escucho —respondió, ahora alto y claro.

—Seguimos adelante —ordenó la Abeja Reina alzando el mentón—. Manténganos informados de todo. No vuelva a olvidar su móvil... ni a Delgado, por su propio bien... Si vuelve a operar a oscuras se cancela la misión. Y, coopere con los británicos y con los franceses... son nuestros aliados.

Apretó el interruptor y se cortó la comunicación con Niamey. Observó a sus jefes de División.

—¿Cómo lo hacemos? —rezongó—. Si la información es válida... ¿Cómo cumplimos el trato con los colombianos?

«Venga Sancho, quítate el marrón», pensó Ulises apurando su purito, cuadrando unos papeles de forma distraída.

—Ulises es el que tiene los contactos.

«¡Bingo! Y sin abrir la boca» caviló, regocijándose en su asiento.

—¿Ulises? —Cayetana se estiraba el labio inferior con un pequeño pellizco.

—Yo me encargo de hablar con las personas adecuadas... —respondió solícito—, no se preocupe.

—Además, tampoco tenemos por qué cumplir con todo el trato —añadió Aquiles con una sonrisa ladina.

«Y esto, ¿a qué viene?»

—¿A qué se refiere? —inquirió ella mirando a Beatriz de soslayo, que continuaba sin abrir la boca, con el rostro pétreo.

—A que podemos aferrarnos a la parte que nos interese...

—Nuestro agente se quedaría en el disparadero... —dijo la Directora pensativa.

«Con el culo al aire», puntualizó Ulises para sí mismo.

—No es nuestro agente, es un externo... —matizó Aquiles.

—No es viable, no lo aconsejo —terció Ulises aplastando los restos del purito en el cenicero—. Sería comprometer el buen nombre de La Casa.

Aquiles rio divertido, negando con la cabeza. Golpe bajo, al plexo solar de

Ulises.

—Ya veremos más adelante —sentenció Cayetana ecuánime—. Por ahora, vaya tanteando el terreno.

«Eso haré. No lo dude», caviló Ulises mientras comenzaba a pergeñar su estrategia para negociar con el comisario Cantarejo.

Anthony (Niamey)

Anthony Nolan cabeceaba, intentando mantenerse despierto, en el asiento de copiloto del coche que les había proporcionado Orson, un SUV, un Peugeot 3008, gris metalizado, con todos los extras. Por fuera, lo adornaban una puerta abollada y varios rayones sobre la pintura. Y, en el interior, había contado dos agujeritos redondos en los asientos de cuero del conductor y tres en el suyo. Por lo demás, estaba a estrenar. Incluso olía a nuevo.

Como estaba previsto, recibió un mensaje —de Gardel— informando dónde podían encontrar a Hakeem. Ellos ya lo habían puesto sobre aviso.

Seguían las indicaciones del GPS, adentrándose en una zona de suburbios, poblada de chabolas y casas de adobe medio derruidas hasta donde llegaba la vista. La gente que caminaba por las calles parecían subhumanos de una película de zombis de serie B, vestidos con andrajos, sucios y llenos de polvo rojizo. Andaban trabajosamente con la cabeza gacha, mirando al suelo. Ni Google tenía mapeada la zona.

Varias veces se cruzaron con camionetas pick up que portaban jaurías de críos pertrechados con machetes, pistolas, metralletas, y cananas cruzadas sobre el pecho. Los miraban con los ojos inyectados en sangre, les apuntaban y reían a carcajada limpia.

En una explanada observaron como un grupo numeroso de hombres celebraba la Aid-al Kebir (Fiesta Grande), que conmemora el pasaje recogido en el Corán, en el que se muestra la voluntad de Abraham (Ibrahim) de sacrificar a su hijo Ismael (en la Biblia es Isaac quien sería sacrificado) como un acto de obediencia a Dios, antes de que Dios interviniera para proporcionarle un cordero y que sacrificara a este animal en su lugar.

El mendigo Delgado no había hablado mucho esa mañana. Seguía con su

particular ciclotimia, ahora tocaba un valle depresivo. Parecía un poco ido, somnoliento, de vez en cuando daba un volantazo y bostezaba.

Nolan lo observaba, preocupado. Antes de montar en el coche se tragó una pastilla de las amarillas, de las de la mañana. Para la ansiedad, le dijo que eran, con una media sonrisa que transmitía inquietud más que otra cosa.

Nolan tampoco es que estuviera para echar cohetes. Su cabeza resonaba como un bongo africano. Tenía lagunas, oscuras y profundas, de la noche anterior. Fidel ganó la última partida, como no podía ser de otra forma, y para celebrarlo se bañaron todos en la piscina. Todos menos Gardel, que ya no estaba para exhibiciones.

El ángel de cabello dorado se encaramó a él sin miramientos, y se besaron con pasión, succionando como si no hubiera un mañana. Naturalmente, terminaron durmiendo en la habitación del hotel. Dormir lo que se dice dormir... durmieron poco, pero tampoco recordaba con nitidez lo que habían hecho. De vez en cuando le venían fogonazos, imágenes de piernas entrelazadas, mordiscos, lenguas y gemidos animales.

Un par de horas después del último envite, a la tercera llamada, despertó totalmente abotargado. Sintió un pitido lejano dentro y fuera de su cabeza. Su móvil sonaba y vibraba. La Abeja Reina. En ese estado, prácticamente no podía articular palabra. Rebuscó con torpeza entre los bolsillos de su cazadora y encontró lo que buscaba. Una bolsita de coca de primera calidad, recién llegada al continente y cortada por la Quica para consumo en las fiestas de Fidel. «La vas a necesitar mañana, hermano», profetizó cuando se despidieron con un abrazo fraternal, fruto de las emociones de la noche.

Se metió las dos primeras rayas de la mañana y esperó unos minutos a que le hicieran efecto, antes de atender a sus obligaciones profesionales. Debía dar la impresión de estar despierto, con la cabeza sobre los hombros.

Al echarse agua a la cara y verse reflejado en el espejo, decidió que no habría videoconferencia. Se asomó a la habitación del mendigo Delgado, seguía roncando como un bendito.

Cuando el corazón empezó a bombear a pleno rendimiento, devolvió la cuarta llamada. La Directora parecía frenética, desbordada por la situación; y, se puso todavía más, cuando le soltó lo del trato. Pero, si quería resultados tenía que aceptar las cosas como le venían. No había tiempo para otra estrategia. Por ahora, todo iba dentro de los parámetros previstos.

Incluyó a la mafia rusa en el trato. Eso era de su cosecha, una jugada maestra. Nadie se enteraría de que había metido a Igor en el ajo. Solo tendría

que dejar caer información sobre alguna de sus empresas tapadera y la dirección de su mansión. Nadie sospecharía de Anthony Nolan.

La resaca comenzaba a amortiguar, el cansancio era infinito.

El mendigo Delgado dio un volantazo para esquivar a una mujer con una túnica rosa y un pañuelo añil descolorido a la cabeza. Cruzaba la calle de la mano de una niña pequeña semidesnuda y desnutrida.

—*Putain, mais qu'est-ce qu'il fait!* —exclamó Duran, seco, desde el asiento de atrás, agarrándose al asiento de Anthony—. ¿Alguno puede conducir? Si no, lo hago yo.

Delgado farfulló entre dientes palabras ininteligibles, que Anthony tradujo como maldito gabacho.

Nolan era consciente de que su comportamiento había cabreado a mucha gente, empezando por el propio Delgado y terminando por la Abeja Reina. También a Orson y a Duran. Lo estaban esperando en la terraza del hotel, circunspectos; incluso Orson parecía que había perdido algo de su flema británica. Eres un hijo de puta, le escupió el inglés, nada más verle, agarrándolo por las solapas. Duran, reía como una comadreja, como diciendo, ¿ves?, ya te lo dije, este tipo no es trigo limpio.

Durante el desayuno les contó, para apaciguarles, que tenía una pista fiable que seguir. Una pista que pasaba por reunirse con Hakeem en un suburbio del Norte de Niamey.

Ese es su cuartel general en la capital, le dijo un Duran enfurruñado. ¿Cómo lo sabes? Porque lo conozco, he tratado con él antes, por lo de las minas de Uranio, presta un buen servicio a la madre Francia. «Que tiene numerosos hijos a quien amamantar para que sus centrales funcionen...», pensó Anthony con la agudeza mental que le daba la cocaína en su torrente sanguíneo. ¿Te llevas bien con él? Duran se encogió de hombros y Nolan lo tomó como un sí. Os proporcionaré un coche y vía libre por los controles hacia la zona Norte, apuntó Orson. ¿No vienes? No, no me interesa que me vean por allí... Un dron os acompañará en todo momento, seguiré la operación desde la embajada. No emplees ninguno de tus trucos de prestidigitador aficionado... Nolan, por tu bien y por el nuestro. ¿Es una amenaza? Orson negó con la cabeza mientras sorbía de la taza de té: es cuestión de supervivencia y una muestra de confianza.

Tuvo despertar a Delgado antes de salir. La marmota seguía durmiendo plácidamente. Asió el cuerpo inerte, comatoso, y lo llevó arrastrando a darle

una buena ducha. Lo que se estuviese tomando lo dejaba grogui.

Curioseó en su bolsa mientras se espabilaba. Nolan quería saber con qué pastillas se drogaba y, sobre todo, con quién se jugaba lo cuartos. Una cosa era la fama y, otra distinta, escardar la lana. El muy hijo de puta estaba mezclando Lurasidona con Fluoxetina. Todos esos años infiltrado, haciéndose pasar por otras personas, bajo toneladas de presión, le habían pasado factura. Había sido un buen agente, uno de los mejores, pero ahora era una bomba de relojería, que se pasaba medio día durmiendo como un tronco.

«Me han asignado a un jodido loco». La pregunta que se hacía Nolan no era si explotaría, sino cuándo.

Mientras Delgado se vestía, volvió al cuarto a recoger su ropa. La bella durmiente seguía en su sueño, desnuda y espatarrada a todo lo ancho de la cama. Era muy joven, veintipocos. No le entraba en la cabeza como una chica que podía ser portada del Vogue había terminado allí. Pero tampoco se quedaría para averiguarlo. Cada uno tenía sus problemas, sus caminos divergían en ese mismo instante. Le dejó una jugosa propina en la mesita y pasó a recoger a un Delgado más presentable.

Dana, su nuevo rostro se le apareció en un fogonazo. ¿Se habría enterado de que se había acostado con la chica? Era lo más probable. La había vuelto a cagar, pero hubiera resultado extraño que Anthony Nolan, el macho alfa dominante por excelencia, hubiese dejado escapar a ese cervatillo. Dana, su aparición se le antojaba como algo irreal, y su propuesta todavía más descabellada.

Nada más abrir la puerta, Delgado lo recibió con un puñetazo en la boca del estómago que lo dejó sin aire. Cogiéndole por los huevos lo levantó y lo empotró contra el armario, poniéndole el puñal en el cuello. Ni una más, cabronazo, ni una más, no me la vuelvas a jugar de esa manera. Le faltaba echar espuma por la boca. Estaba en un pico.

Anthony Nolan no respondió, pero respiró aliviado cuando el acero se alejó de su garganta. Se alegró de no haberlo llevado con los colombianos; juntar al mendigo Delgado en ese estado con Fidel y la Quica, era como mezclar en un recipiente nitroglicerina con goma 2 y agitar a ver qué pasaba.

De nuevo, otro volantazo para esquivar un puesto de dátiles y fruta. A Nolan se le estaba pasando el efecto de la coca, las sienas le palpitaban como si fueran dos corazones y una sensación de abatimiento se apoderaba de su cuerpo.

—Para —ordenó a Delgado. Este continuó volteando la manzana según se plasmaba en la pantalla del GPS—. ¡Qué pares coño! Nos vas a matar como sigas así.

—Conduzco como me sale de los cojones —replicó sucinto en una especie de susurro—. Aquí cada uno hace lo que le sale de los cojones, ¿no?

Tenía la mirada perdida en algún lugar de la luna delantera.

—¡Para! —ordenó de nuevo apuntándole con una Beretta—. O te pego un tiro en el pie, y adiós misión y adiós jubilación en Tailandia.

—Españoles del carajo... —farfulló Duran detrás, moviendo repetidamente la cabeza hacia uno y otro lado.

Delgado debió de ver algo en los ojos de Nolan que le hizo recapacitar y paró el SUV en seco, en una calle de tierra poco transitada. Nolan muy tranquilo sacó su bolsita de nieve y se preparó un tiro sobre el salpicadero. Necesitaba estar ágil y tener la mente clara. Los otros observaban sin decir nada.

—¿Quieres? —preguntó dirigiéndose a Delgado—. Te hace falta, he visto lo que te tomas... podría tumbar a un elefante con esas pastillas... Te necesito fresco, no hecho un zombi. Nadie se va a enterar.

Delgado lo miró, primero, con cara de asco, y, después, suavizando la expresión. Anthony balanceó la bolsita delante de sus narices. Su rostro se contorsionó hasta convertirse en una mueca de aprobación.

Con pericia, el agente, se preparó una raya enorme, tanto en longitud como en anchura, sobre su tarjeta American Express y esnifó con un billete de veinte euros. Respiró hondo varias veces y movió sus narinas con expresión satisfecha.

—¡Joder! Está buena... la hostia de buena. Con esto vamos como un tiro.

Cogió la bolsita para ponerse otra, pero Nolan se la quitó con un ágil movimiento envolvente. Se disponía a guardarla en su mochila cuando Duran carraspeó un poco. Ambos se giraron hacia atrás y lo miraron sorprendidos.

—Yo tampoco he pegado ojo en toda la noche... —anunció con una media sonrisa.

Era la segunda vez que lo veía sonreír, pensó Nolan. «Vaya con el franchute, parecía un santurrón de la vieja escuela».

Le tendió la bolsita, el gabacho la agarró presto y utilizó los artilugios de precisión que le pasó Delgado. El móvil de Nolan sonó un par de veces. Orson.

—¿Ocurre algo? ¿Por qué os detenéis? —dijo al otro lado.

Anthony miró a los otros dos. Aspiraban hondo y movían sus narices como si olisqueasen una presa.

—Una parada técnica, estábamos algo desorientados, pero ya está solucionado.

La casa donde estaban citados con Hakeem era el único edificio de ladrillo y cemento en varias manzanas a la redonda. Se encontraba en lo alto de una pequeña loma, como una pequeña atalaya encalada, rodeada de calles sin asfaltar, casas de adobe y chabolas de los materiales más diversos. El paisaje se le antojaba como una amalgama de colores en los que se palpaba la pobreza y la miseria más abyecta.

En cuanto enfilaron la cuesta, se percataron del comité de bienvenida que comenzó a rodearlos. De ambos lados de la callejuela, aparecieron muchachos ataviados con ropa militar, portando machetes y armas de fuego, algunas de gran calibre.

Muchos de los chicos apenas llegarían a la pubertad, meditó Nolan, observando con cierto nerviosismo dónde se metían.

—Lo principal es que conservemos la calma, nada de aspavientos, ni de armas, ni movimientos en falso. Tranquilidad —dijo Duran algo acelerado—. Dejadme hablar a mí. Sé lo que me hago. Conozco como tratar con esta gente.

«Ahora parece que le han dado de comer lengua», se dijo Anthony, que asintió sin decir nada. Delgado tampoco parecía por la labor de abrir la puerta.

Duran fue el primero en salir del coche, con aire confiado, casi desafiante. Nada más pisar tierra, recibió un culetazo seco, en el estómago, de parte de un AK47 que portaba un joven musculoso con una boina carmesí, que le hizo encorvarse para recobrar el resuello. Se le fueron todos los humos de golpe. El resto del comité de bienvenida quitó el seguro de sus armas. Apuntaban alternativamente al francés, que aun boqueaba, y al interior del coche.

Nolan y Delgado se miraron con complicidad y levantaron las manos. Fueron sacados a empujones por la turba, encañonados por dos niños de no más de diez años. Apenas podían sostener los Kalashnikov que les temblaban en sus manos.

Nolan atisbó trazas de odio y miedo a partes iguales en sus ojos negros y profundos, sin fondo ni inocencia, pero inyectados en sangre. «Puede que estén drogados», se dijo para sus adentros.

—Españoles, españoles —empezó a decir Delgado moviéndose lentamente

—. Tenemos camisetas del Madrid y del Barça. T-shirts, Madrid, Barça... into the car...

Los niños soldado se miraron sorprendidos, excitados, y sonrieron con el rostro más relajado. ¡Messi, Ronaldo! ¡Barça! ¡Madrid! exclamaron en algarabía levantando los brazos.

Una multitud de infantes de la guerra se arremolinó en torno a Delgado. Gritaban a los dioses del balompié como si fueran a romper el hechizo que los mantenía encadenados a ese círculo del infierno.

De repente, se oyó una ráfaga de disparos procedente de la entrada a la casa. Los chicos cesaron en su griterío y, de nuevo, adoptaron una actitud pétrea, agarrando sus armas con fuerza. Una comitiva de cuatro milicianos salió escoltando a un hombre alto y robusto que portaba unas gafas de sol.

—Hakeem —susurró Duran.

Nolan se volvió.

—¡Qué diablos pasa aquí! —gritó Hakeem con una voz cavernosa. Vestía con ropa militar, de camuflaje, y llevaba una boina negra calada con una calavera dibujada en el centro y dos estrellas en el lateral—. ¡Qué es este alboroto!

El cadete de la boina carmesí se acercó y le habló en un dialecto local. Hakeem miró a los recién llegados y meneó la cabeza mientras se acariciaba la pistolera negra que le caía por el muslo derecho.

—Esperábamos a una persona... Nolan —dijo en un inglés bronco, pero perfectamente entendible—. ¿Quién es?

Anthony dio un paso adelante apartando de un manotazo el cañón de un fusil que le apuntaba a la altura de la entrepierna.

—Soy yo —respondió tranquilo, controlando su pulso—. Me ha enviado Fidel.

—Eso ya lo sé —atajó sucinto—. ¿Quiénes son tus amigos? No están invitados a la fiesta.

—Nadie me dijo que viniera solo —replicó sin pestañear, envalentonado, en parte por la cocaína que corría por su torrente sanguíneo.

Hakeem se quitó las gafas, dio un par de zancadas y lo miró desde las alturas. Llevaba el cráneo completamente rapado. Con esa envergadura, parecía más un jugador de la NBA disfrazado de coronel, que un señor de la guerra.

—Ummm —murmuró—. A mí nadie me dijo que acudirías acompañado...

—Será un malentendido.

Hakeem vaciló un par de segundos, escrutándolo con ojos de reptil.

—Las cunetas están llenas de malentendidos —esbozó una amplia sonrisa que enseñaba varios dientes de oro—. Vamos adentro, le debo un par de favores a Fidel, y creo que se los voy a cobrar hoy, de todas todas.

—Hakeem —Duran bufó todavía encorvado recobrando la respiración—. Hakeem...

El otro se volvió con el rostro circunspecto. Cuando lo reconoció comenzó a carcajear y dijo algo ininteligible para Nolan, que hizo que los chicos riesen al unísono.

Duran se recomponía, apretando la mandíbula, entre las chanzas de los niños de la guerra. Consiguió erguirse y levantar una mirada ridículamente desafiante.

—La mañana se pone interesante... cada vez más... Mira que yo pensaba que hoy iba a ser un día aburrido... ¿Qué haces aquí, Duran? ... ¡Te ha noqueado uno de mis muchachos! —de nuevo la risa brotó de lo más hondo de su pecho y todos sus adláteres lo imitaron—. Ven conmigo, Nolan, tienes extraños compañeros de viaje... Fidel y Duran... ¿quién es el otro? ¿Un británico? —inquirió con fingido desinterés. Sus ojos destilaban inteligencia y astucia.

«El británico nos observa desde las alturas. Pero, apuesto a que eso ya lo sabes».

—Un amigo.

—Tu amigo y Duran se quedan fuera. En este asunto solo rindo cuentas a Fidel... Espero que tu amigo tenga las camisetas de las que habla, si no los muchachos se lo tomarán a mal...

Nolan miró vacilante a Delgado y este asintió con la cabeza con una mueca despreocupada. Abrió el maletero a punta de pistola y desabrochó la cremallera de una de las dos bolsas que portaba. Para sorpresa de Anthony, empezó a sacar y a repartir camisetas de Messi y Ronaldo entre unos niños emocionados. Tiraron los fusiles al suelo y comenzaron a bailar entonando un pegadizo cántico, batiendo palmas y dando brincos en torno a un Delgado que los imitaba torpemente, levantando aplausos y risas a parte iguales.

Los chicos sonreían felices de oreja a oreja, como si hubiese venido un mago de tierras lejanas a traerles una pizca de infancia a sus vidas. Al fin y al cabo, eran solo niños, caviló Nolan.

Duran se movía inquieto, dando pasitos cortos de un lado para otro, cejijunto, observando atónito la escena, que mostraba lo estrambótica que

podía ser la vida en los suburbios de Niamey.

Nolan siguió la sombra alargada de Hakeem y sus lugartenientes. El lujoso interior de la casa contrastaba con la pobreza del gueto.

Lo cachearon a conciencia en el recibidor, de cara a una talla de ébano oscura, a tamaño natural. Representaba a un guerrero africano y a una mujer, de caras alargadas, con ojos y labios desproporcionadamente grandes. Le quitaron la pistola de la sobaquera, le hicieron descalzarse y desabrocharse el cinturón.

—*Boss* —dijo uno de los piratas del desierto dibujando una sonrisa de triunfo, mostrando varios huecos en una dentadura amarilla—. Mira lo que he encontrado.

Le lanzó el cinturón a Hakeem que lo cogió al vuelo. Lo observó con detalle hasta que dio con el hueco en el que escondía el pequeño estilete de cerámica de no más de medio palmo. Un arma pequeña y aparentemente inofensiva, pero que, en las manos adecuadas, podía ser tan letal como la picadura de una mamba negra.

—Hombre precavido... vale por dos. Muy hábil, Nolan. Amunike... Toma nota —apuntó Hakeem. Agarró la cuchilla por el soporte, entre los dedos índice y corazón, en sus manazas apenas sobresalía una diminuta punta—. Luego te lo devolverán, Nolan. Ven, pasa, tomemos algo y hablemos de hombre a hombre.

Anthony asintió y decidió dejarse llevar. Ente otras cosas, porque no le que quedaban más opciones.

Continuaron por un pasillo de mármol blanco, inmaculado, en el que las paredes estaban muy recargadas de cuadros étnicos. Llamaban la atención por su colorido y su gran tamaño. Pequeñas estatuas de marfil se intercalaban entre las pinturas. Las alfombras estaban prístinas, los muebles de madera oscura y noble, no tenían roces ni arañazos. Parecía como si alguien hubiese comprado muchas cosas en un bazar caro y las hubiese puesto sin un orden y concierto aparente.

Tuvo la sensación de que las pinturas apenas eran contempladas, ni siquiera por aquellos que a menudo atravesaban esos pasillos.

Tres de los soldados abrieron la puerta de una habitación que olía a destilería barata, sudor y humanidad. Se metieron dentro. Antes de que se cerrara la puerta corredera, Nolan acertó a ver una mesa con un tapete verde, un revolver, cocaína esparcida, cartas, bebidas y tres mujeres sentadas en las

rodillas de dos hombres, uno de los cuales sostenía entre sus labios dos cigarrillos, mientras sobaba a una de las chicas que parecía totalmente ida.

Siguió los pasos de Hakeem, escoltado por Amunike, hasta un amplio salón que parecía salido del sueño de un taxidermista: en las paredes, colgaban cabezas de animales de la sabana (un león macho, un oryx, un ñu) y los colmillos de dos grandes elefantes; en el suelo, alfombras con pieles rayadas terminaban con una cabeza de cebra; y había dos amplios sillones tapizados con la piel moteada de varios leopardos.

Al fondo, al lado del ventanal tintado —que ofrecía unas vistas de los suburbios en primer plano, y más allá, la gran urbe—, descansaba un guepardo que observaba el nado rítmico de una mujer en una piscina a ras de suelo. Nada más entrar, la fiera cobró vida y se acercó a Anthony para olisquearle en la entrepierna.

Hakeem se rio, de nuevo a carcajada limpia.

—Es Kira, nuestra mascota, está en celo... —se agachó para acariciarle el lomo, a lo cual la felina respondió con un suave ronroneo—. No te preocupes, es inofensiva, ¿le has dado el filete Amunike?

Amunike enseñó de nuevo su maltrecha dentadura y una vaharada de aliento putrefacto salió de ella.

Nolan mantuvo el tipo mientras Kira le lamía los genitales y olfateaba su trasero.

—Siéntate, Nolan —ordenó en su inglés directo y conciso—. Debes de ser alguien especial para que Fidel me pida que le devuelva favores. En mi mundo los favores se venden muy caros... O eso, o lo que tú le ofreces a cambio debe compensarle... Tengo curiosidad, por ver de qué va todo esto...

Sobre la mesilla del sofá había una botella de cerámica de color ámbar con tres vasos anchos, de cristal azul oscuro. Kira se tumbó a los pies de Hakeem.

—Amunike, ve un rato a divertirte con los muchachos. Nolan y yo tenemos que hablar de unos asuntos.

Amunike pareció algo contrariado, pero acató las ordenes sin rechistar.

«A pesar de su apariencia tosca y primitiva es listo y desconfiado», caviló Nolan mientras se sentaba e intentaba relajarse. El corazón le latía desbocado, en parte por la tensión y en parte por la cocaína que se había metido para mantenerse despierto.

—Prefiero algo de intimidad —bramó con un vozarrón Hakeem. Asió la botella y vertió parte de su contenido en los tres vasos.

«¿Falta alguien en la reunión?», se preguntó Anthony.

—Yo también, estoy aquí por un tema sumamente delicado.

—Bebe —ordenó sin miramientos—. Después me hablarás de delicadezas.

Nolan esperó a que él lo hiciera. Mojó sus labios.

—Bebe, del tirón —repitió el gigante de ébano.

Anthony obedeció observando el licor oscuro que le quemó la lengua, le rajó la garganta, desgarró su esófago y calentó su estómago.

—Un poco temprano para la absenta —dijo reluctante, tragando abundante saliva. Al instante comenzó a sentir una cálida sensación de bienestar que se expandía por todo el cuerpo.

—Un poco temprano para la coca... No se da cuenta, pero no para de gesticular —rio enseñando sus dientes dorados—. Si quieres un poco... le digo a los chicos que traigan. Fidel nos tiene bien abastecidos.

—Suficiente —masculló Anthony—. Estoy aquí porque necesito tu ayuda.

Hakeem abrió los brazos y se arrellanó en el sofá. Se sirvió otro trago y le fue dando sorbitos, mojando la punta de la lengua.

—Me necesitas para encontrar a esos niños ricos que han secuestrado los yihadistas del demonio... Ese es tu tema delicado...

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Anthony intentando controlar los espasmos nerviosos que afloraban de forma inconsciente. Su organismo metalizaba alcohol y droga a marchas forzadas.

La pregunta sobraba, concluyó la parte racional de Nolan al cabo de un par de segundos. A la caterva de contrabandistas, narcotraficantes, esclavistas, señores de la guerra y empresas mineras sin escrúpulos que regían el Sahel nigerino, les interesaba la estabilidad. Permanecer fuera del foco mediático. Y que la presencia militar extranjera fuese reducida a su mínima expresión. Mientras menos testigos, mejor para todos. Y Hakeem era el vórtice de esa espiral.

A su izquierda, al otro lado de las cristaleras opacas, atisbó a la chica de la piscina. Se secaba con una toalla blanca que hacía contraste con su piel de turmalina. Daba pequeños saltitos para quitarse el agua que se había colado por su oído. Era un cuerpo esbelto, pura fibra, carne magra, sin un átomo de grasa.

—Uno no llega donde yo estoy sin saber cosas... sobre todo lo que ocurre a su alrededor... —dijo con voz cavernosa—. En mi trabajo el saber es casi tan importante como utilizar la violencia en las dosis adecuadas.

—No me cabe la menor duda...

—En esta ocasión... Estoy de tu parte... Tienes suerte, eso ya me lo había dicho Fidel —remedó la voz del colombiano—: «es un tipo con suerte ese Tony Nolan, siempre cae de pie... aunque le pongas una zancadilla y le des una patada en los cojones...» Veremos, Tony Nolan, la suerte se acaba —abrió una cajita de madera con una acacia tallada en la tapa. Sacó un enorme puro—. ¿Quieres uno? —Anthony dudó. El tiempo se alargaba y se contraía según los ritmos de su corazón bombeando sangre adulterada al resto de su cuerpo—. Vamos, hombre, no tengas prisa... Esta conversación te resultará provechosa.

Nolan alargó la mano, cogió el habano y humedeció la cabeza con sus labios. Hakeem le pasó una guillotina para cortar la perilla e hizo lo apropiado. Dentro de la caja había unos fósforos largos de madera. El señor de la guerra prendió una de las cerillas y encendió ambas piezas. Las volutas de humo comenzaron a ascender. Su corazón comenzó a latir a un ritmo más pausado y la dimensión tiempo volvió a ser la de siempre.

La mujer de la piscina abrió la puerta corredera. Entró en la sala con un paso ágil y decidido, todavía húmeda, con las gotas de agua bajando por su torso, cubierto con un bañador de tres piezas, dorado con bordados plateados. Kira se acercó hacia ella ronroneando, le lamió la pierna desnuda. Nolan la observó de los pies a la cabeza, quedando petrificado al observar su rostro.

Ella sonrió sin decir nada. Se acercó a la mesa y mojó sus labios en su copa de absenta.

—Creo que sobran las presentaciones—dijo Hakeem—. Ya conoce a Iman.

La chica alzó el vaso hacia Anthony, con una expresión taimada. Era la camarera del hotel. Llevaba el pelo muy corto, casi a cepillo —lo cual le permitía ponerse pelucas y ayudaba a cambiar su aspecto con facilidad—. Se apoyó en el respaldo del sillón, detrás del señor de la guerra.

Hakeem vertió más absenta en su vaso y en el de Anthony, que vaciló por un segundo, aturdido.

—Brindemos por el rescate de Nolan —exclamó socarrón. Sus ojos brillaban de placer mientras advertía la cara de estupefacción de Anthony.

Los tres levantaron sus vasos sin chocarlos. Esta vez Nolan bebió un buen trago.

—Te vigilamos desde que pusiste un pie en Níger —comentó la mujer después de dar un pequeño eructo.

«¿Cómo podían saberlo? ¿Los británicos? ¿Los franceses? ¿Ambos? No tenía mucho sentido... A no ser...»

—Trabajan para el DGDSE —concluyó Nolan. La *Direction Generale de la Documentation et de la Securite Exterieur*e era el equivalente al CNI en Níger—. No tiene mucho sentido, pero es lo único coherente que se me ocurre.

Hakeem saboreó su bebida. El hielo casi se había derretido.

—Iman trabaja para el DGDSE, —corrigió—, yo colaboro estrechamente, ella es mi enlace... —asintió divertido mientras le acariciaba el antebrazo. Ella no rehuyó el contacto físico—. A todos nos interesa, de vez en cuando... Hay que mantener un orden. No es bueno que los dientes riñan con la lengua.

—Controlamos a la mayoría de los extranjeros que pisan Níger —añadió Iman observándolo con ojos de pantera, con un brillo profundo y oscuro—. No hay muchos españoles por aquí... y menos de civil... y que se bajen de un avión militar... No has sido muy sutil que digamos.

—El tiempo apremia, es lo que hay... Haces bien tu trabajo... ¿Qué más puedo decir? —apuntó Anthony. Aspiró hondo del puro, avivándolo de nuevo—. Chapó.

La chica cogió una pitillera de dentro la caja y sacó un cigarrillo alargado. Sus movimientos eran ágiles y felinos. Colocó una boquilla de marfil en el cigarro y prendió fuego. Se quedó de pie observándolo con las piernas entreabiertas y los brazos cruzados. Kira se rozaba entre sus pantorrillas.

—Somos eficientes con los pocos recursos que tenemos —le dio una breve calada—. Mis jefes quieren formar parte de esto...

—Quieren apuntarse un tanto —replicó Anthony.

—Están en nuestro país... —dijo mirando a Hakeem de soslayo—. Al fin y al cabo, son nuestros huéspedes y queremos tratarles bien...

Hakeem rio y le refirió unas palabras en el dialecto en el que hablaba con sus hombres. Ella le contestó primero tranquila y después algo airada. Hakeem aspiró bronco, puso las piernas sobre la mesa, enseñando el barro de sus botas.

—Estabas también en el Petit Paradis... —apuntó Anthony atando cabos.

—Una enfermedad que se cura no necesita de muchos adivinos... —añadió Hakeem risueño.

Ella asintió.

—Acertaste. Chico listo. Quizás demasiado... —¿era una insinuación velada? —, no me fue difícil colarme allí, Hakeem me ayudó a hacerlo...

—Entiendo.

La absenta lo había tranquilizado y le había aclarado la mente, pero su cuerpo comenzó a mostrar signos de cansancio. Seguramente, lo había visto

hablando con Dana, ¿sospecharía algo? Quizás para ella solo fuese una mujer, una prostituta buscando un cliente.

—Ahora que está todo aclarado —continuó Anthony—... podemos pasar al meollo de la cuestión... ¿Dónde podemos contactar con la gente del ISIS?

Ella miró de nuevo a Hakeem.

—En el Norte, en el desierto... —afirmó el gigante apurando su vaso.

—El desierto es muy grande —replicó Anthony—. Necesito algo más concreto.

—Todo a su debido tiempo. Los europeos siempre con sus malditas prisas... —estiró las piernas dando un bufido—. Los acompañaremos, tengo que resolver unos asuntos. Hay muchos lobos que acechan al rebaño.

Ulises **(Madrid, instalaciones del CNI)**

Ulises observaba atónito las imágenes que le enviaban desde el aeropuerto de Barajas. Beatriz de la Piedra estaba en la cola de embarque de un vuelo con destino a Catar. Se apoyaba en una maletita de mano metalizada mientras sacaba su pasaporte.

«¡Catar! Eso solo podía significar una cosa», pensó mesándose la barba, justo en el sitio en que cubría la cicatriz que le surcaba media quijada. El tajo era recuerdo de una pelea en un antro del Líbano con un marine americano. A veces sentía una comezón recorriéndole la piel mórbida, sobre todo cuando se avecinaba tormenta. Rio para sus adentros rascándose el hueco hundido en la mejilla. Hoy hacía un tiempo cojonudo en Madrid, pero le picaba horrores.

El mastodonte de Iowa también se llevó un buen suvenir, en la boca del estómago, estuvo a punto de morir aquella noche desangrado con las tripas por fuera. Tras la partida de cartas y borrachos como cubas, tuvo que batirse el cobre con ese gigantón rubio de piel rosada. Naturalmente, para salvaguardar el honor de su madre y el de la unidad. Por aquella época, la unidad y su madre, por ese orden, eran temas sagrados que bien valían un navajazo en la cara y una cuchillada en el estómago. Terminó arrestado por la policía militar durmiendo la mona en un calabozo. Lo tuvieron que mandar de vuelta a casa para evitar males mayores. Fue en ese momento cuando el CNI lo reclutó, la

alternativa era someterse a una corte marcial. Adolfo fue muy persuasivo, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, solía conseguir lo que se proponía. Había tenido un buen maestro.

Beatriz de la Piedra. ¿Quién eres? ¿Para quién trabajas? Después de lo visto, se proponía descubrir todo lo necesario, y más, sobre esa mujer. Cuando todo este embrollo terminase la iba a desenmascarar de una vez por todas. La subestimó en Bagdad y después le perdió la pista. No del todo, recordó atando cabos. Asomaba su cabecita de vez en cuando, con esa tapadera de la ONG y se volvía a meter en el hoyo para no salir hasta pasado un tiempo. También sabía que Anthony se la tiraba de vez en cuando, por deporte, nada serio. «Ese cabronazo de Nolan».

A primera hora, mientras seguían desde el Centro de Mando las evoluciones de Anthony, vía dron —cortesía del MI6—, la tipa en cuestión recibió una llamada misteriosa. Estuvo hablando unos cinco minutos de cara al panel central, en un murmullo apagado. Después se despidió sin más, aludiendo a que tenía un asunto urgente que resolver, un tema personal.

Antes de subirse al ascensor la Abeja Reina la asió del brazo —curioso, ella solía evitar el contacto corporal todo lo posible—, y la retuvo durante unos segundos. No oyó de lo que hablaban, pero se palpaba la tensión en el ambiente y en cada uno de sus gestos. Finalmente, Cayetana la dejó ir frunciendo el ceño. Volvió a ocupar su asiento, impertérrita, mientras observaban la caravana de tres vehículos saliendo de la casa de ese tal Hakeem. Un señor de la guerra, según les había contado el mendigo Delgado por videoconferencia, mientras unos niños de no más de trece años jugaban al balón en un descampado y coreaban nombres de futbolistas, armados hasta los dientes. «Una escena de lo más extraña», cavilaba Ulises, tanto la de la pantalla como la que acababa de presenciar al lado del ascensor.

Por supuesto, había ordenado a uno de sus hombres que siguiera a Beatriz de la Piedra. Algo olía mal en todo aquello. En la puerta del CNI cogió un Uber que la llevó a su casa y la esperó en la puerta. Después de veinte minutos de reloj, volvió a salir, cambiadita de ropa —un traje pantalón beis—, con el pelo recogido en una coleta y con una maleta de mano. El trayecto terminó en Barajas donde se disponía a coger un vuelo directo al aeropuerto internacional de Hamad en Doha.

—¿Sabe dónde ha ido? —preguntó Cayetana con una actitud inane.

Cada vez mostraba peor aspecto. Se levantó y lo miró sin decir a quién se refería, no hacía falta. Nadie había hablado desde que Beatriz abandonó la

sala. Con esos cercos cárdenos colgándole de los ojos, el maquillaje desvaído y sin peinar, Cayetana Pons de Heredia perdía parte de su glamour.

—A Barajas —respondió Ulises sin titubear. No valía la pena ir de farol—. Va a coger un vuelo con destino a Doha... La tengo en vivo y en directo...

El jefe de inteligencia asomó su oronda cabeza por encima del portátil e hizo un gesto a su adjunta, la chica con pinta de bibliotecaria de cuyo nombre nunca lograba acordarse.

—Doha —escupió la Abeja Reina cogiendo el móvil, observando las imágenes con los ojos como platos—. Hija de perra...

—¿Doha? —repitió la bibliotecaria con la boca abierta. Su naricilla pecosa se movía como olfateando el aire. Ulises se la imaginaba a menudo desnuda, apoyada sobre su mesa, de nalgas, pero nunca lograba acordarse de su nombre—. Eso significa que...

Aquiles le hizo un gesto, negando con la cabeza.

—Sí —afirmó Cayetana echando espuma por la boca—. No pasa nada, es obvio. Eso significa que van a negociar a nuestras espaldas.

—La podemos detener antes de que coja el vuelo —vaciló Ulises—. Tengo a dos hombres allí.

La Abeja Reina sopesó la idea durante unos segundos. Su rostro, avinagrado, denotaba una tensión extrema deformado en una extraña mueca.

—No creo que podamos hacerlo, las familias se nos echarían encima... Son gente muy poderosa... —añadió Aquiles solícito, en el papel del fiel escudero Sancho.

—Tiene razón —concedió Cayetana frunciendo el ceño, apretando los nudillos—. Sería pegarnos un tiro en el pie.

«Duda. Tiene miedo de tomar decisiones. No es la idónea para este puesto. Pero, lleva razón».

—Como ordene —dijo Ulises cruzando las piernas chasqueando la lengua.

Observó a Aquiles detenidamente. «Qué estará tramando el pequeño cabrón».

—Una cosa —añadió la Directora altiva, sacando unas trazas de su orgullo herido—. Cuando esto termine quiero saber todo de esa hija de puta, quiero que saquen toda la mierda que tenga, qué marca de papel higiénico utiliza, dónde gasta su dinero, qué desayuna, a quién se la folla y si le gusta que le den por el culo... ¡Todo!

«Eso último se lo podría decir ahora mismo», caviló, no pudo evitar modular una sonrisa íntima. Por una vez, sin que sirviera de precedente, estaba

de acuerdo con ella. Con el CNI no se juega, se le respeta y se siguen sus instrucciones, pero nunca se juega con La Casa de los espías.

—No se preocupe, lo haremos con gusto; tendrá lo que se merece —replicó Ulises sacando la petaca. Dio un pequeño trago que lo reconfortó por dentro. Se la pasó a la bibliotecaria, la tenía al alcance de su mano, frente a él, pero rehusó el ofrecimiento con una sonrisa nerviosa. «Tan cerca, tan lejos». Estuvo tentado de preguntarle su nombre, pero se contuvo, estaba fuera de lugar, como todo en esa operación—. ¿Qué dices, Aquiles?

—Haremos lo que sea necesario para que se arrepienta de esta afrenta, Cayetana —replicó solemne.

—Franz —ella alzó un poco la voz para dirigirse al extraño ser que comandaba la sección de tecnología en esta misión. Seguía con el mismo traje de corte inglés, se había quitado la chaqueta, y era el único que se había aseado. Desde el fondo olía el agua de colonia—. ¿Sabemos quién la ha llamado?

—Imposible en tan poco tiempo —negó con la cabeza, mascando chicle. Sus dedos colgando del chaleco—. Un móvil encriptado, le estamos siguiendo la pista a la llamada de origen, pero nos llevará algún tiempo. Lo que es seguro es que es de fuera.

Cogió un paquete de cigarrillos que había en la mesa y encendió uno.

—¿Cómo de fuera?

—Aún no lo sabemos —farfulló desviando la mirada a uno de los ordenadores.

—Sigue con ello y avisa si obtienes algún resultado —le dio una larga calada a su cigarro y se masajeó el cuello—. ¡Espabila, coño!

Franz escondió la cabeza detrás de una pantalla de 20 pulgadas y murmuró algo parecido a un ostia puta con los de su equipo.

—¿Abortamos la misión? —preguntó Aquiles.

—No. Seguimos adelante. Vamos a ver dónde nos lleva este Nolan de los cojones.

Ulises se rebullía en su sillón aguantando una carcajada. Nunca la había visto fumar, ni tampoco le había escuchado un improperio, y, oírlo de sus labios, hacía que fuera aún más insultante, y cómico.

—¿Les informamos? —inquirió Ulises.

—No —negó con la cabeza—. Los quiero motivados.

—Están jugándose la vida en un avispero —apuntó el jefe de Operaciones en voz baja.

—¡No! —exclamó de nuevo, iracunda, dando un fuerte golpe en la mesa con la palma de la mano, descargando parte de la tensión que tenía acumulada. Apuró el cigarro y lo tiró al suelo enmoquetado, aún encendido. Aquiles alargó su pierna y lo aplastó de un pisotón—. Qué sabemos de ese hombre... Hakeem.

—Nos han pasado un informe de París...

El jefe de inteligencia crujió los nudillos —tenía manos de labrador con dedos gordos y recios—, miró a la bibliotecaria como diciendo «tu turno». Esta se ajustó las enormes gafas de cristales convergentes y pasta gruesa, que ocultaban unos ojos llenos de inteligencia, y habló con un hilo de voz que iba ganando en confianza conforme las palabras brotaban de su garganta:

—Hakeem Iwobi, se le calcula unos cuarenta y tantos —apareció en la pantalla una foto apaisada en color. Mostraba a una docena de hombres y algunos niños, vestidos de militar, junto a varios cuerpos que yacían apilados en el suelo. En la parte central, sonriente, sobresalía un hombre alto y robusto, con una boina negra. Abrazaba una enorme ametralladora y portaba varias cartucheras alrededor del torso—. No existe información precisa sobre su pasado, rumores... solo que pertenece a la etnia *sonhay*, y que su familia podría haber muerto durante la sequía de 2004.

» La sequía fue una auténtica catástrofe humanitaria, afectó a más de cuatro millones de nigerinos. De hecho, fue a partir de ahí cuando surge la figura de Hakeem en el desierto, en la frontera con Mali. Comenzó a reclutar hombres que lo habían perdido todo; primero, para defender a su gente de los ataques de las mafias y de otros señores de la guerra; y, después, para expandirse a lo largo del borde fronterizo, ya de por sí permeable y de difícil control por parte de los estamentos gubernamentales.

Ha tenido varios enfrentamientos con los Tuaregs de Mali, de los cuales ha salido reforzado. Actualmente, se cree que su influencia se extiende a ambos lados de la frontera, a lo largo de todo el Valle del Níger y, en el desierto, campa a sus anchas hasta las minas de Arlit, en la región de Agadez. A partir de ahí terreno difuso... Hasta la fecha ha mantenido a raya a los grupos yihadistas de Níger y Mali —Boko Haram y Ansar Dine— y a las tribus Tuaregs que han intentado recobrar el control de ciertas zonas.

Según París, colabora con el gobierno y proporciona seguridad a las minas francesas. Se le conoce por ser implacable en tiempos de guerra, y justo en tiempos de paz. Sus hombres lo veneran de una forma enfermiza... lo que no quita que sea un tipo violento y temperamental, capaz de lo mejor y de lo

peor...»

Ulises se tapó la boca para bostezar, distraído. Se había perdido cuando lo de la etnia sonhay y había vuelto a aparecer en Arlit. Su móvil vibró en el bolsillo de su pantalón. Tenía otras cosas más urgentes en las que pensar mientras Anthony Nolan recorría el desierto y en el CNI competían a ver quién la tenía más grande. Le había llegado un mensaje de Cantarejo: «Tenemos que hablar de lo de Níger». Parecía que el hijo de puta tenía ojos y oídos en todas partes.

Se escudó con que tenía que ir al baño y salió de la sala. Subió en el ascensor hasta la planta baja y fue directo a los jardines a respirar aire fresco que oxigenase sus pulmones y refrigerase su cerebro.

Eran cerca de las seis y estaba anocheciendo. Llevaba en ese búnker del demonio más de un día entero. Una tenue brisa fresca le ayudó a relajarse. Se desabrochó el botón superior de la camisa. Encendió uno de sus puritos y comenzó a andar, engranando los mecanismos internos de su mente.

Anthony Nolan estaba metido en un buen lío. No sabía quién los estaba utilizando ni para qué. Si la propia Directora del CNI no se daba cuenta de la situación, mal iba el asunto... ¿Quién podría querer torpedear una operación de esa magnitud? ¿Alguien de dentro? Estaba él... y estaba Aquiles. Aquiles, ese viejo cabrón iba por la vida de buen Samaritano... Pero, de sobra sabía que en La Casa nadie era una hermanita de la caridad. ¿Querría Aquiles provocar un golpe de estado dentro del CNI? Improbable, pero no podía descartar ninguna opción.

Aquiles y él eran la mano izquierda y la mano derecha del Viejo Zorro, Adolfo, y uno de sus mantras más repetidos era «que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda». Operaciones e inteligencia eran compartimentos estancos que se relacionaban a través de un único brazo comunicante, fino como un capilar: Adolfo.

Quizás el Viejo Zorro estuviera detrás de todo el embrollo, reflexionó. Era muy típico de él tejer extrañas e intrincadas alianzas entre las sombras. ¿Buscaba venganza? ¿Una vuelta al Centro? Improbable. La última vez que lo vio fue en su finca de los Montes de Toledo, en el Benei Mitzvá de Ariel, su nieto mayor. Y parecía que disfrutaba de lo lindo ejerciendo de abuelo. Le dijo que estaba harto del CNI y que quería disfrutar de su merecido retiro. Adolfo y su mujer tenían ascendencia judía, pero no eran practicantes. Al parecer, la familia de su yerno, sí que lo eran, y se habían empeñado en celebrar el Benei Mitzvá por todo lo alto.

Improbable, de nuevo le vino esa asociación de ideas a la cabeza, pero no imposible. Y mientras más lo pensaba, más sentido cobraba todo, y más turbado se sentía. Tendría que explorar la opción Adolfo, averiguar si estaba tramando algo con Aquiles y si lo habían dejado fuera de juego. Pero, ahora, tenía algo urgente que tratar: Cantarejo.

Dio una larga calada al purito y marcó el número del Comisario de la Policía Nacional.

—Mateo, pensaba en ti precisamente... —siempre lo llamaba por su nombre de pila, era una forma de recordarle que lo trataba como a un igual. Tenía una voz juvenil y campechana, siempre con un aire socarrón—. Estaba a punto de llamarte.

De fondo se oía la voz de un locutor deportivo.

—Lucho —respondió seco Ulises—. Tenemos que hablar.

—Eso parece, compadre. De muchas cosas. Dispara tú primero.

—Por aquí no —no se fiaba de que lo estuviese grabando. Sabía de su afición por los magnetófonos y de su colección de archivos de audio—. Ven a mi despacho.

El otro rio por lo bajini, como si fuera la tos de un tísico.

—Después de tantos años... ¿No te fías de un viejo camarada?

—Por eso mismo —atajó—. Te conozco.

—¿Cuándo?

—Ahora. Lo de Níger es importante... y lo otro también...

—¿Ahora? Me pillas viendo un partido del Atleti... hombre, espera a que termine. Parece mentira, viniendo de ti. Un sacrilegio... —carcajeó perezoso.

—Te adelanto el resultado, uno a cero —dijo Ulises en tono seco y cortante, frío como el acero de una cuchilla—. Déjate de jilipolleces, te quiero aquí en media hora. Vamos a hablar de todo un poco y deja de tocarme los cojones que los tengo muy negros.

Cortó la llamada y se dirigió hacia dentro del edificio. En vez de regresar al Centro de Mando, marchó directo a su despacho, sin hablar con nadie y sin saludar. Estaba que echaba humo.

Abrió el minibar y se sirvió una copa de whisky con soda. Su estómago le rugía como un león del Serengeti. Marcó el número de su secretaria y le pidió, más bien le ordenó, que le consiguiera un serranito de la cafetería, uno de esos con pimiento frito.

Su móvil comenzó a vibrar, la Directora. «Como no, la Abeja Reina, reclamando su cuota de protagonismo, la muy puta».

De repente sintió un pinchazo en la nuca que se expandió en forma de un intenso dolor de cabeza. Intenso y punzante. Y oportuno. Cogió el móvil, respiró hondo desde el ombligo y contestó; si no lo hacía, montaría la de Dios es Cristo y en el estado en que ella se encontraba era imprevisible. Decidió contarle la verdad, en parte, no toda. Eso nunca lo hacía un buen espía.

—¿Dónde diablos se mete! —exclamó en tono rechinante—. Desaparece camino de echar una meada y nadie sabe dónde coño está.

Ulises dibujó una amplia sonrisa, cínica. A pesar de la jaqueca, le divertía oír a la todopoderosa Abeja Reina a punto de perder los papeles por completo.

—Estoy en mi despacho —respondió calmado—. Esperando a Cantarejo.

—¿Cantarejo? —preguntó sorprendida—. ¿Qué demonios pinta ese desgraciado en todo esto?

—No lo sé, es lo que intento averiguar. He recibido un mensaje en el que mencionaba la operación de Níger.

—¡Hijo de puta! —exclamó de seguido—. ¿Cómo se habrá enterado? Tenemos un topo...

«Qué grande».

—Puede ser... espero conseguir algunas claves... —mintió. En realidad, su máxima motivación para verle era por lo de la operación Cárdenas.

Por detrás se oyó la voz de pito de Aquiles, estaba escuchando la conversación:

—No debemos dramatizar... supongo que será por lo de la ECI en Níger. Han estado formando a la policía nigerina durante varios años, tienen sus fuentes y sus contactos dentro del país. Nosotros no participamos, Adolfo no quería meterse en camisas de once varas, bastante teníamos ya con los atentados del 17A...

«Buen tanto, Aquiles».

—¿El ECI? —preguntó Cayetana, desde la distancia podía sentir las ruedecillas de su mente lubricando a toda velocidad—. El Equipo Conjunto de Investigación... Ahora lo recuerdo —masculló—. Será eso.

El ECI-Níger era un Equipo Conjunto de Investigación, creado durante el 2017, que tenía como principal objetivo fortalecer las capacidades de la policía nigeriana en la lucha contra las redes de trata de seres humanos. Una utopía sobre el terreno. El operativo estaba liderado por la Policía Nacional española; y en él participaban también Francia y Níger. Un operativo un nivel por debajo de los servicios de inteligencia —al menos en teoría—, pero que

podían confluir con sus intereses, como podría ser el caso. Serviría para apaciguarla.

—En cuanto termine la reunión, baje de nuevo a informar —ordenó, más para salvar las apariencias, más que para otra cosa.

Estaba claro que no se iba a ir de pinchos por la Latina.

—De acuerdo —dijo Ulises estirando el cuello—, ¿cómo va Anthony Nolan?

—Sin novedad en el frente, sigue en la caravana de camino al Norte.

—¿Continuamos con el trato que hicimos con los colombianos?

—Que hicimos... —rio como solo los locos saben hacerlo, a carcajada limpia.

—Sí, que hicimos —respondió muy serio Ulises.

Hubo un momento de duda que se prolongó demasiado.

—Propóngale a su amigo lo de las detenciones, a ver de qué pie cojea... Hágale un breve resumen de la situación; confío en usted, Ulises —rio de nuevo, esta vez más comedida. Estaba perdiendo los nervios a cada minuto que pasaba—. Coméntele lo de la autopista libre de peaje... pero hasta que no termine la misión... nada de autorizarlo...

Ulises se arrellanó en su mullido sillón de cuero. Se había duchado, cambiado de camisa y de ropa interior, y se había comido el serranito en tres bocados. Encendió un cigarrillo y saboreó su segunda copa de whisky con soda dejando que el hielo se derritiera en su paladar.

Abrió el cajón y sacó un botecito con unas pastillas azules; una reserva de anfetaminas guardada para momentos como este, que le había suministrado su médico personal —y que a veces ejercía de camello—. Para eso llevaba veinte años con un seguro privado.

Necesitaba un poco de ayuda extra para aclarar el fango que enturbiaba su cerebro y refrescar los huecos oscuros llenos de polvo y telarañas. Imaginaba que algunos de los de abajo tendrían que estar tomando algo similar aparte de los cafés cargados que llevaban de la cafetería cada dos horas.

Sonó el timbre del interfono, su secretaria le informó que Luis Cantarejo estaba en la puerta. Le dijo que lo hiciera esperar cinco minutos con cualquier excusa que se le ocurriera, y que después entrase. Le gustaba hacer esperar a la gente, era una sutil forma de decirle a los demás que él estaba por encima, que su tiempo era más valioso que el del resto. Dio una calada honda y un buen trago antes de levantarse a estirar las piernas.

Luis Cantarejo Rojo. Compañero de armas en sus inicios en la Academia de Infantería de Toledo y camaradas en misiones en el extranjero. La vida de ambos se bifurcó después de su experiencia castrense, uno entró en el Centro Nacional de Inteligencia y el otro en el Cuerpo Nacional de Policía. Los dos habían colaborado estrechamente en la lucha contra la banda terrorista ETA, y se habían distanciado tras el 11M —más en las formas que en el fondo—, demasiada mierda esparciéndose en todas direcciones.

Manténían cierto contacto de forma subrepticia, y siempre que podían se ayudaban echándose un cable, o una mano al cuello, dependiendo del caso. Pero, todo tenía su límite. Una jugarreta como la de Cárdenas... se la tendría que devolver y rápido. Ambos habían apostado a un caballo ganador en la misma carrera y, por lo que se veía, ninguno iba a conseguir una victoria clara. Por ahora iba ganando el de Cantarejo por media cabeza. Por ahora.

La puerta se abrió y Luis Cantarejo entró con paso decidido. Era un tipo alto y robusto, de espaldas de nadador y manos de leñador; de cara ancha, y pelo ralo, trigueño. Tenía un carácter abierto y campechano, a veces, parecía incluso algo infantil, cosa que al principio de su carrera había hecho que muchos de sus compañeros lo subestimaran —y pagaran caro su error de cálculo—. Él, desde luego, había aprendido a no hacerlo: Cantarejo tenía tantas revueltas, recovecos y callejones sin salida como un laberinto griego; pero poseía una visión periférica y una inteligencia aguda, dignas de admiración. Su mayor defecto: estaba de vuelta de todo. Se creía por encima del bien y del mal.

—Lucho, pasa, siéntate —dijo Ulises muy serio, cortante como la punta de un tempamo, recostado desde el otro lado de la mesa—. Te mentiría si te digo que me alegro de verte.

—Vamos, hombre, Mateo, no seas melodramático —se quitó la gabardina azul marino y la boina de cuadros, y las apoyó en una silla que había al lado de la estantería. Era oriundo de Écija y aún conservaba cierto deje andaluz en su acento—. En peores nos hemos visto, compadre.

—Puede que sí, pero uno se hace mayor —Ulises frunció el ceño—, y cada año llevo peor que me den una patada en los huevos... sin avisar, con premeditación y alevosía.

El otro rio como una hiena, mostrando unos colmillos amarillentos y gastados.

—No es para tanto, hombre... Todo tiene arreglo... todo, menos la muerte... —cruzó las piernas recogiendo la rodilla, que quedaba encima con

las dos manos sobre ella—. Alguna solución habrá que darle ...

—Eso espero.

Cantarejo movió el cuello a ambos lados.

—¿Era necesario que tus hombres me registrasen de esa manera? Prácticamente les ha quedado meterme el dedo por el culo...

Los de Seguridad habían recibido instrucciones precisas de que pasase por el protocolo de seguridad «nivel cinco», el más exhaustivo. No quería arriesgarse a que lo grabase y que la conversación formara parte de su particular archivo de cacofonías VIP.

—Una simple formalidad... La nueva Directora ha dado órdenes muy concisas sobre las visitas...

El otro asintió moviendo la cabeza, apretando los labios, receloso. A veces tenía una pose histriónica, como si estuviese representando un papel delante de un auditorio.

—No te pido permiso para fumar —dijo mientras sacaba su pipa y vertía un poco de tabaco en la cazuela—. Podrías ser un buen amigo y ponerme un trago...

Ulises se levantó hacia el minibar perfectamente camuflado en la estantería de roble de Ikea.

Parecía que Cantarejo estaba de buen humor, mejor mantenerlo así y bajar un poco la guardia, no demasiado, a la altura de la barbilla.

—¿Lo de siempre?

—Lo de siempre, amigo —Cantarejo remarcó a las últimas sílabas.

Le sirvió una copa de Martin Millers con tónica y volvió a sentarse.

—Cayetana, ummm... La nueva jefa del cotarro, hace tiempo que no la veo, ¿cómo está? —Cantarejo dibujó una sonrisa ladina saboreando su bebida.

—Capeando su primera crisis.

—Ya imagino... Buena hembra, buen chasis, pero un poco cara caballo... Al final Adolfo salió escaldado.

—Con el rabo entre las piernas.

—Parecía tonta cuando la compramos...

De nuevo rio, como un carroñero de la sabana al vislumbrar que tenía a una presa moribunda delante de sus fauces.

Ulises también moduló un atisbo de sonrisa. Tenía que reconocer que era un hijo de puta, pero era un hijo de puta de los suyos, con un carisma que hacía que te sintieses a gusto en su presencia, aunque te la estuviese metiendo doblada.

—Al final, su familia se salió con la suya, ya sabes que aquí hay intereses espurios... como en la policía...

—Era la candidata que menos molestaba —aspiró de la pipa extendiendo un olor afrutado por la estancia.

—Has dado en el clavo.

—Los de nuestra casta... tenemos que apoyarnos si queremos llegar alto, ¿no?

—En esas estaba yo hasta hace unos días... amigo —Ulises encendió otro cigarrillo con una parsimonia calculada.

—No me quedaba otra... créeme. Eras tú o yo. Si hubieras estado en mi lugar habrías hecho lo mismo.

Ulises meditó durante un instante. Hubiera hecho lo mismo, a buen seguro que sí. Él era un lobo gris de espalda plateada, como Cantarejo, con los colmillos desgastados y la quijada cuajada de cicatrices, dispuesto mantener a raya al resto de la jauría.

—No sabía que la cosa era tan grave —dijo Ulises echando carnaza al chacal. Parecía que Cantarejo tenía ganas de hablar y había que darle carrete.

—Cárdenas tiene información que nos puede perjudicar... —sonrió de forma sardónica levantando las cejas y apretando los labios—, a la policía, a mí, y a otros muchos.

—Y ahora esa información está en vuestro poder.

Cantarejo se envaró por un segundo, después volvió a su pose confiada.

—No. La tengo yo —corrigió. Echó un puñadito más de tabaco en su pipa. Frunció todo el rostro de forma repetida, ejercitando la mayor parte de sus músculos faciales, como si estuviese contrayéndolos y estirándolos después de estar sometidos a mucha tensión.

—Puedes joder a mucha gente —caviló Ulises en voz alta. «Apunta alto el muy cabrón»—. Y mucha gente te puede joder a ti.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr... —se dio un par de golpecitos en la barbilla con el dedo índice—. Por eso necesito tu ayuda.

Ulises bufó de forma exagerada. Estiró las piernas y evaluó a su antiguo camarada y actual adversario. «Ten siempre cerca a tus enemigos...», la voz de Adolfo resonó en su cabeza.

—Nadie sabe que la tengo. Ni el propio Cárdenas —añadió el Comisario pausando deliberadamente las palabras. Renuente. Prendió una cerilla y encendió de nuevo la pipa de madera noble. Ante la cara de estupefacción de Ulises continuó—: Verás, después de vuestra intervención llevé a unos

novatos de la científica a inspeccionar la vivienda con el pretexto de recabar mientras más pruebas mejor...

» Fueron con todos sus aparatos y cachivaches que sabe Dios para qué sirven... Como te digo, se presentaron con sus monos blancos y todos esos artilugios del demonio, que si luces fosforescentes, detectores geotérmicos, gafas especiales, etc...

La mujer de Cárdenas nos enseñó la caja fuerte, y ahí no había nada, excepto billetes, escrituras de fideicomisos de varias empresas y el testamento del cabeza de familia. Todo parecía legal. La mujer, muy en su papel de esposa ultrajada abandonó la vivienda a regañadientes y me quedé solo con los chicos, dirigiéndolos como si fuera un general de brigada desde el sofá.

Pulverizaron toda la casa con un *fly fly* de esos de limpiar y hallaron una zona en el techo que tenía huellas de manos a punta pala. Apagaron las luces, bajaron las persianas y me pasaron una de esas gafas especiales... Joder, Mateo, estaba claro que allí había algo. Les dije a todos que se largaran a casa, que ya estaba bien de hacer prácticas por hoy. Me quedé allí solo, con el piso precintado, y con la información más buscada del país a un palmo de mis narices.

Desmonté una lámpara que no daba luz y allí estaba, dentro de un falso techo de pladur, el jodido ordenador de los cojones y un montón de pendrives. Se los llevé a un amigo de los bajos fondos que me debe un par de favores, un entendido en la materia, uno de esos *jaquers*... Le dije que copiase toda la información en mi ordenador, y borrarse el original. Y, de vuelta a la casa de los Cárdenas a hacer de electricista y colocar la lámpara en su sitio.»

Ulises se encendió otro pitillo, sopesando con calma lo que le contaba Cantarejo, que fumaba de la pipa repantingado como si estuviera haciéndole un resumen del partido del Calderón. La historia era demasiado absurda para que se la estuviera inventando.

Rebuscó en su mirada algún indicio de que todo fuese una charada, una argucia que él no acertaba a vislumbrar y no halló rastro de dobleces ni mentiras. «¿Por qué creerle? ¿Qué gana él contándomelo?».

—No te entiendo... Si lo que dices es cierto... entonces todo el engaño lo ideaste tú... ¿por qué?

Cantarejo negó con la cabeza, divertido, como diciendo no entiendes de la misa a la media, espía de pacotilla.

—Los de arriba me encomendaron la tarea de desbaratar la operación... aunque fuera a costa de meterse con el CNI hasta el fondo, o a una facción del

CNI, en este caso a ti... Apuesto a que la Directora no sabe nada del tema... —Ulises no parpadeó. Su mirada traslucía sorpresa, aunque intentaba evitarlo—. Por la cara que pones, he dado en el blanco... No importa, eso no viene al caso ahora. Lo que sí viene, es que me ordenaron desbaratar la operación, no conseguir la información. Eso fue cosa mía, improvisé sobre la marcha. Siempre está bien cubrirse las espaldas. La información es poder... no hace falta que te lo diga...

—¿Qué hay en esos pendrives? —preguntó inquieto Ulises.

Cantarejo chupó de la cánula. Los pelos de la coronilla se le erizaron.

—Información que podría hacer tambalear al gobierno y a muchos prohombres del país y empresas del IBEx. No te puedes ni imaginar...

Ulises dio un par de caladas rápidas a su cigarrillo y lo apagó en el cenicero, con un pequeño tembleque. Los nervios y el cansancio empezaban a jugarle una mala pasada.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque necesito un socio —confesó sin parpadear—. Y no confío en nadie dentro de la policía. Hay demasiado en juego... Necesito a alguien de fuera, del que nadie sospeche que puede ser mi aliado.

—Después de lo que pasó... ¿pretendes que me fíe de ti?

Ulises se mesó la barba y apuró su copa.

—Precisamente por eso... ¿Quién mejor que tú? Nadie recelaría que estuviésemos conchabados. Mira, Mateo, dejamos que pase la tormenta y vamos utilizando la información a cuenta gotas... Movemos los hilos en la sombra, soltamos un poco aquí y un poco allá. Sabemos de sobra cómo hacerlo y ambos nos podemos beneficiar de esto...

Los mecanismos internos de Ulises comenzaron a imaginar un escenario tras otro. Casi podía oírse los goznes dentro de su cerebro chirriando en la habitación.

Aunque era diabólicamente maquiavélico, no era un mal plan. Tenía sus riesgos, naturalmente. Jugaban con los poderes fácticos del Estado, pero no le pareció más peligroso que hacer de escolta en las calles de Bagdad o instigar un golpe de estado en Venezuela. Ambos podrían beneficiarse, ambos llevaban demasiado tiempo desatascando las alcantarillas de mierda procedente de los más poderosos. Ya era hora de que utilizarasen el mismo guano maloliente a su favor.

Ulises se levantó de nuevo al minibar. Cogió la botella de whisky, la de ginebra y un cubilete de hielo. Los puso sobre la mesa y rellenó los vasos con

un poco de cada. Después vertió un par hielos usando sus dedos. Había confianza.

—Hay dos cabos sueltos... —señaló el espía. Su jaqueca remitía—, que debemos atar...

—Sabía que podía contar contigo —exclamó Luis Cantarejo con júbilo, sin levantar excesivamente la voz.

—Primero... ¿por qué estás aquí? Esta visita ha quedado registrada, estás en la casa de los espías, hay mil ojos observando... Eso ha sido una temeridad —su voz era afilada como un puñal, pero estaba hilvanando sus pensamientos a un ritmo vertiginoso—. Incluso la propia Directora sabe que estás conmigo en este preciso instante... Segundo... La persona que tenéis retenida y que tantos titulares ha copado, el cura loco, mi agente... Guancho, necesito que lo liberes más pronto que tarde... Ese hombre es una bomba de relojería...

Él ya tenía la respuesta, pero dejó que fuera Cantarejo quien diese forma a sus ideas.

—La cuadratura del círculo —sonrió el Comisario abiertamente, dándole un trago a la ginebra—. Todo nos viene rodado... He venido hasta aquí porque nos han dado un chivatazo, uno de nuestros contactos del ECI, de que había una operación en marcha en Níger... en la que estaba implicado un agente español... Los lugareños no tenían conocimiento, se han cabreado bastante, ya te puedes imaginar. Si entrenamos a sus policías y después no les avisamos de lo que hacemos en su territorio... Al segundo de nuestros problemas, cómo liberar a Guancho, sin que nadie sospeche... Necesito algo a cambio, algo gordo, para mantener a mis superiores contentos.

Ulises hizo como que lo pensaba. Encendió otro cigarrillo. Se puso de pie y observó cómo las sombras se apoderaban de la ciudad.

—Creo que tengo justo lo que necesitas...

La sonrisa de Ulises se ensanchó a pesar de su fatiga.

—Dispara —dijo el comisario con cierta expectación, sus ojos de halcón se clavaron en los del espía.

—El caso es que nuestro hombre en Níger está inmerso en una operación muy importante... —dejó sus palabras en el aire para ver cuánto sabía Cantarejo.

—Está intentando encontrar a los pijos esos de los cojones que han secuestrado... Eso es lo que nos dicen de Níger... con los gabachos y la pérñida Albión detrás...

—Imagínate... es como encontrar una aguja en un pajar.

—Me hago cargo —respondió el policía ligeramente inquieto alisándose la pernera del pantalón de pana beis. Su zapato de piel, con un pequeño tacón repiqueteaba rítmicamente a intervalos de cinco segundos.

—Nuestro hombre tiene recursos... —vaciló un par de segundos antes de continuar—: créeme, es un tipo excepcional para moverse dentro de ciertos ambientes. Ya te hablaré de él. El caso es que en mitad de la operación se ha encontrado con información relevante...

Estaba llevando la conversación dónde y cómo quería, utilizando a propósito amplios circunloquios. Podía retrasar su bajada al Centro de Mando durante unos minutos más y deleitarse viendo cómo la ansiedad se apoderaba de Cantarejo. No era algo que se viera todos los días.

—¿Qué tipo de información? ¡Joder, ve al grano!

Ulises encendió otro pitillo. Lo observó frunciendo el ceño, fingiéndose ofendido.

—Nos ha proporcionado información sustancial... rutas, domicilios, empresas para detener a los dirigentes de la mafia rusa, italiana y albanoskogar en la Costa del Sol.

Ulises observó con satisfacción como una sonrisa taimada se dibujaba en el rostro cuarteado de Cantarejo, enseñando sus gastados colmillos de macho alfa.

—Eso es una bomba... —sus ojos despedían destellos de avaricia. Infló los carrillos y los desinfló de golpe haciendo un pop—. Suficiente para contentar a los mandamases del cuerpo... Obviamente, habrá gente que salga escaldada, pero no se puede contentar a todos... ¿Quién os ha dado la información?

Advirtió en su mirada y en su sonrisa esquinada como trabajaban los engranajes de su mente: cintas métricas, goniómetros, barómetros, reglas y poleas que se movían al unísono. «Ya estás pensando cómo aprovecharte de la situación...».

—Los colombianos... y a cambio, quieren otra cosa... Quieren que les dejemos vía libre en el Estrecho durante una temporada —simplemente estaba tanteando el terreno como le había dicho Cayetana—. Un par de meses...

El comisario frunció los labios y arqueó las cejas.

—¿Ya tenemos la información?

—Sí —mintió Ulises—. Ya la tenemos.

Cantarejo vaciló durante unos segundos y después respondió:

—Pues que les den por culo a los colombianos y a su puta madre...

Hubo una pausa en la que ambos calibraron su silencio.

—¿Sería posible? —insistió el espía—. Nuestro hombre se ha comprometido con ellos personalmente —recalcó las últimas sílabas.

—Pues que se dé por jodido... sácalo fuera de órbita durante unos años... que pase por quirófano y que le den un puesto honorífico en algún consulado en ultramar, como Isla Mauricio. Sería lo más sencillo.

Ulises dio un par de bufidos sopesando la situación. ¿Debería dar por amortizado a Anthony Nolan? Sabía demasiado, quizás habría que tomar alguna medida, con él y con el Guancho de los cojones. Era algo de lo que se ocuparía más adelante. Lo primero era sacar al merchero de las garras de la policía no fuera que le diera por cantar.

—Umm... Lo pensaré. Al menos, como gesto de buena voluntad... ¿Podrás sacar a Guancho?

—Algo se me ocurrirá... con lo que me dices —adoptó un aire pensativo y asintió con la cabeza—. A propósito... el tipo o es muy bueno o está como una puta cabra... Ayer, durante el interrogatorio, cogió un par de cigarrillos y comenzó a masticarlos como si nada... terminó en la enfermería vomitando como un cabrón...

—Ambas cosas —masculló Ulises—. Ambas cosas...

Orson (Bamako)

Orson sudaba a chorros dentro de su traje de lino. El aire acondicionado estaba averiado y los ventiladores de techo volaban a pleno rendimiento, pero, aun así, lo único que hacían era remover aire caliente y viciado. Había recibido nuevas instrucciones de Londres en mitad del operativo, algo que lo pilló de sorpresa. Debía acudir urgentemente a Bamako, a la embajada británica, era la más próxima a Niamey. No le hacía ni puta gracia, pero las órdenes eran claras. Y él, en su situación, y a sus años, nunca las cuestionaba. Se limitaba a hacer su trabajo lo mejor que podía, como buen obrero del espionaje.

Había cubierto el trayecto en una vieja avioneta Cessna, que tenía preparada para emergencias en Niamey, recorriendo el curso del Níger,

atestado de campos de refugiados perfectamente visibles desde el aire. Orson había sido piloto de la RAF, hace mucho tiempo —una eternidad, otra vida, otro hombre—, antes de entrar al servicio de su majestad para asuntos sucios.

Cogió la pitillera y se encendió uno de sus cigarrillos rosados. Observaba, junto al resto del operativo de inteligencia, las imágenes del dron que acompañaba al convoy en su camino al Norte de Níger. En unas horas llegarían a Agadez.

Podía tomarse un respiro para reflexionar sobre los matices y el nuevo cariz que tomaba el asunto. No ocurriría nada en las próximas horas, al menos nada que él pudiese evitar. Las familias estaban moviendo ficha por su cuenta. Habían tardado, pero habían reaccionado con contundencia y rapidez, demasiada. Olía a gato encerrado.

Salió de la embajada y cogió un taxi que lo dejó en la puerta de su hotel, en la zona rica y segura de la ciudad. No era una maravilla, pero las habitaciones tenían aire acondicionado —que funcionaba— y ducha.

Se sentó en la cama, cubierta con una colcha adornada con círculos entrelazados, colorida, y, tras pensarlo unos instantes, llamó a un empleado del hotel que conocía de antes. Le pidió que le subiese a un chico joven junto con una botella de Dom Perignon, bien fría. El otro, solícito, le propuso un precio y Orson aceptó sin regatear. Era, más o menos, la cantidad de siempre. Necesitaba sentirse vivo.

Se quitó la ropa y la amontonó en un rincón para que el servicio se la diese limpia y planchada. Fue directo a la ducha. Su piel tenía una costra de sudor y de mugre considerable que le causaba un picor muy incómodo. Le dio al agua caliente hasta que el cuarto de baño se inundó de una fina neblina que evocaba a su añorada Londres. Con la agilidad de una bailarina se metió en el plato de cerámica. Comenzó a tararear *God save the queen* mientras se frotaba fuerte con la esponja hasta que su piel enrojeció. Su miembro se puso erecto como un monolito. El himno patrio siempre lo excitaba; no podía evitarlo, era británico hasta la médula.

Miró hacia abajo, su pene apenas sobresalía de su enorme barriga, dura como una piedra. Se lo frotó un poco para comprobar que estaba en buena forma. Concluyó las pruebas preliminares con una sonrisilla cargada de lascivia. Decidió guardar energía para el envite que tendría que afrontar en breve, con un chico veinte años más joven que él —como mínimo—, lleno de vitalidad y energía, y al que tendría que pagar jugosamente por ello. Se lo merecía, de vez en cuando podía permitirse ciertos dispendios. Cada cual

tenía sus vicios ocultos. A él le iba la juventud, a veces chicos y a veces chicas, a veces todos juntos. Le gustaba probar un poco de cada.

Comenzó a relajarse y a pensar en la conversación con el embajador. Un tipo enclenque, con gafas, extremadamente cauto, distante y pulcro en las formas, que la había cagado en su anterior misión en la India por usar información privilegiada en inversiones bursátiles. La cagada debió ser mayúscula para terminar en Mali, pensó mientras las gotas de agua recorrían su oronda geografía.

La misión ha cambiado, le dijo el embajador. ¿Y eso? Tenemos nuevas órdenes: la operación pasa a otra fase, una fase, algo más sangrienta, y no vamos a participar... Sangrienta, repitió Orson con aplomo. Mire, yo solo soy el mensajero, me han dicho que nosotros nos retiramos del tablero de juego. Que nos dediquemos a observar desde la distancia. ¿Y los otros? Preguntó Orson inquieto. Los otros siguen sobre el terreno, pero ahora su misión es llevarnos hasta ese fanático... Y acabar con él. Acabar con él, repitió Orson como un autómatas. Eso significa que... Eso no significa nada, atajó el embajador.

Eso significa que los niños pijos están a salvo o muertos, pensó mientras se enjabonaba. Si estuvieran muertos, ya se habría enterado. Están vivos, pero hay otra línea abierta u otro equipo que ha dado con una pista más fiable. Las familias, quizás.

Llamaron a la puerta. El soldadito de Orson reacción al instante y se envaró adoptando forma y textura de monolito. Se aclaró la espuma con unos chorritos de agua, cerró el grifo y se puso una toallita de mano alrededor de la cintura. Salió al pasillo excitado y silbando, dejando unas pisadas húmedas tras él. Era lo que tenía estar en África, era una mierda de destino, pero allí podía dar rienda suelta a su yo más depravado. Nadie le iba decir nada.

Dana (Bamako)

Dana tenía que actuar rápido y con precisión. Parte del operativo que habían montado, se basaba en que Anthony Nolan —el jodido Tony, recuerda —, tuviera éxito en su búsqueda y en que ella obtuviese la información del

agente británico, conocido como Orson.

Por suerte, con el cabrón inglés solo habían tenido que escarbar un poco. Si estaba destinado en Niamey, significaba que no era trigo limpio. A pesar de su apariencia de gentleman, era un sádico sexual al que le gustaba hacérselo con todo bicho viviente, a ser posible con pocas primaveras; y sus finanzas estaban por los suelos, tenía tres hijos y dos ex mujeres que mantener. Toda una joyita. No tendría remordimientos cuando acabase la faena.

El MI6 había reaccionado como pensaban, echándose a un lado y reculando a Bamako, a su cuartel general en la zona. Bastantes problemas internos tenían ya con el terremoto del Brexit como para verse comprometidos en un complot que, si salía a luz, ponía su credibilidad en entredicho. Además, se lo habían dado todo casi resuelto. Ezequiel era un buen estratega, de eso no cabía duda.

Los franceses, sin embargo, querían, ansiaban, dar un puñetazo sobre la mesa, fuerte, con los nudillos. Su presidente necesitaba liderar un golpe internacional contra el yihadismo para reforzar la política del Elíseo en el Sahel.

Los españoles, eran harina de otro costal, más pendientes de apuñalarse por la espalda entre ellos que de otra cosa. El Viejo Zorro planeaba hincarle el diente en la yugular a la gallina que comandaba el corral. Ellos lo iban a aprovechar. Y el pobre Tony, sin enterarse de nada. Quizás se lo tenía que haber contado. Quizás.

Frunció el ceño ante las imágenes en directo que aparecían en su móvil. Desde la perspectiva caballera que le proporcionaba una microcámara ubicada en la lámpara de la mesilla, observaba de soslayo las perrerías que hacía el hombre con el niño, tan solo una planta más arriba. Justo encima de ella. Había bajado el audio casi al mínimo, pero oía como las patas de la cama se movían chirriando con el suelo. Estuvo a punto de soltar un par de arcadas.

Apretó los dientes, solo tendría que esperar un poco más. Hasta que termine, le dijo su jefe de operaciones. Después, entra, y haz lo que tengas que hacer.

No desvíes la vista del hijo de puta, se ordenó a sí misma, así te costará menos. A veces, tenía remordimientos de conciencia e incluso alguna pesadilla. Se le aparecían caras, caras sangrientas, caras de culpables y caras de inocentes. Es normal, tiene un trabajo muy estresante, le comentaba el psicólogo que tenía asignado en el Mossad —un tipo barrigudo que siempre

llevaba la camisa por fuera de los pantalones y parecía que andaba fumado mientras escuchaba las intimidades de su psique—. Después de esta misión tómesese unas vacaciones por prescripción médica. Eso haría.

Nolan. Había tenido que ser precisamente Anthony Nolan —el jodido Tony, no lo olvides—. Cuando se enteró de que estaba implicado en la misión, se presentó voluntaria. Fue casi como un acto reflejo, ni ella misma sabía por qué lo hacía. El nuevo jefe de operaciones no conocía nada de su pasado juntos. Nadie en el Mossad lo sabía. ¿Su pasado juntos? No me hagas reír, se dijo así misma. Una breve aventura, más bien un revolcón de una noche. Del cual todavía recuerdas cada segundo cuando estás a solas en la cama o dándote una ducha. Te dejaste llevar una vez y no volverá a suceder, se dijo convencida.

Se levantó de la silla y se asomó a la ventana. Estaba harta de verle la cara contorsionada al cerdo inglés. El ojo que le faltaba comenzó a palparle. A veces lo sentía. Era una falsa sensación que aparecía cuando estaba hastiada de la vida, al borde del colapso, y solo creía en la violencia extrema como válvula de escape. Tenía puesto el parche, cuando tenía que matar, siempre lo hacía. Le gustaba ser ella misma, sin edulcorantes.

Oía el bullicio en la calle, en un segundo plano, amortiguado por las ventanas y el zumbido del ventilador de techo. El hotel daba a un pequeño ensanche en el que todas las mañanas se montaba un mercadillo con furgonetas, chamizos y puestos improvisados. Mujeres grandes y negras como el carbón, ataviadas con exóticos vestidos de colores y pañuelos en la cabeza vendían frutas y verduras, y especias de todo tipo. Si abría la ventana podía oler a África en su plenitud.

Los jadeos habían terminado. La cama ya no se movía. Se volvió y observó en la pantalla que el chico ya no estaba. Solo veía la panza del orangután, blanca y peluda, con el vello cobrizo, subiendo y bajando con una respiración pausada. «Casi roncando, el cerdo cretino».

Llegó su hora. Se ajustó el chaleco con la acreditación de periodista, una cinta en el pelo y se echó una cámara al hombro, para disimular. Era su tapadera. Había entrado en el país desde Níger esa misma mañana, como periodista francesa, para hacer un reportaje sobre un centro de acogida para niños que habían escapado de las mafias de la guerra y de la trata de seres humanos. Qué ironía, pensó.

Subió por las escaleras de servicio. Esperó paciente a que la señora que hacía la limpieza doblara la esquina del pasillo y a que una pareja de mediana edad, hombre y mujer con anillo de casados y ropa de militar, abandonasen la

habitación con aire furtivo y cogiesen el ascensor. Terreno despejado.

Salió al pasillo, caminó con pies de gato y llamó a la puerta, con los nudillos, adoptando un tono servil y melifluo.

—Monsieur, servicio de habitaciones.

De nuevo dio un par de golpecitos, tensando cada músculo de su cuerpo.

—Acabo de decirle a su compañera que todavía estoy dentro... —era una voz hosca, pero educada—. ¿Es que no ven el cartel de no molestar?

—Monsieur... No le entiendo bien... —insistió en un francés con fuerte acento—. ¿Puede abrir por favor? Necesito entrar para limpiar la habitación...

Oyó unos pasos al otro lado, pesados, crujiendo sobre la tarima. Quitó el cerrojo. La puerta se abrió.

—¿Qué coño...?

No le dio tiempo a terminar la frase. Con la punta de la bota, Dana le dio un tremendo puntapié en los genitales que hizo que se inclinase, seguido un rodillazo en la barbilla, concentrando toda su potencia en los golpes. El enorme corpachón de Orson se tambaleó y cayó hacia atrás.

Cerró la puerta con el talón. Antes de que tuviese tiempo de reaccionar, se echó sobre él a horcajadas, rociándole el rostro con spray pimienta. El hijo de puta era fuerte, pero Dana lo había pillado por sorpresa y con las defensas bajadas del todo. Sacó una jeringuilla del bolsillo del chaleco y presionó fuerte, pinchando la aguja en la base de su cuello de toro.

El animal intentaba moverse bajo su cuerpo de avispa. Farfulló e intentó gritar. Ella le asestó un par de puñetazos en la nariz. Oyó un pequeño crac, huesos rompiéndose, y comenzó a manar sangre profusamente.

Dana jadeaba por el esfuerzo. Todo su cuerpo estaba en tensión, como un alambre a punto de romperse, enroscado en Orson. Lo tenía inmovilizado con una llave de jiu jitsu, apretando fuerte alrededor de su garganta, presionando su sien con su cabeza. Tendría que aguantar uno o dos minutos a lo sumo para que la droga hiciese su efecto. Apretó el antebrazo contra su boca y notó la dentadura a través de la manga de su blusa, clavándose en su epidermis. Mordía fuerte y no soltaba carne, como si fuera un pitbull agarrado a su presa. Sintió el dolor, focalizado primero en un punto y después expandiéndose por todo su brazo, en cada terminación nerviosa. Apretó los dientes y siguió empujando.

A los pocos segundos, a ella le parecieron interminables minutos, sintió como la mandíbula de la bestia disfrazada de hombre, comenzaba a aflojar,

lentamente, hasta que dejó de morderla. El pitbull se había convertido en un perro salchicha tumbado en el suelo, respirando profundamente, con ojos vidriosos, medio entornados.

—¡Hijo de puta! —farfulló Dana—. Se subió la manga de la blusa y vio los dientes marcados en su piel hinchada y enrojecida, casi le arranca un trozo—. Maldito bastardo... Espero que no tengas ninguna enfermedad.

Abrió la ventana para ventilar el olor a sexo reciente. Un olor que solía gustarle cuando era suyo, pero que en esa ocasión le pareció putrefacto y ominoso. Cerdo depravado, le escupió en plena cara.

Fue directa al cuarto de baño. Abrió el grifo y se limpió la sangre que manaba de un par de puntitos con jabón de manos de aloe vera. Sentada en el retrete cogió una toalla y se presionó en la herida, hasta que las plaquetas hicieron el trabajo para el que estaban diseñadas, cortando la pequeña hemorragia. Respiró hondo varias veces bajando pulsaciones. Poco a poco sus sienes dejaron de latir y sus sentidos se agudizaron.

Las cortinas de la ducha se balancearon muy levemente. Oyó un gemido ahogado y un suspiro de llanto. Se levantó de un salto, empuñó la pistola, un modelo Bul M-5 semiautomática que llevaba en el cinto, bajo la blusa, y tiró de las cortinas con fuerza.

¡Maldición! El chico estaba allí, desnudo, hecho un ovillo, los ojos cerrados y la cara desencajada, con los brazos tapándole la cabeza encogida entre sus piernas. No tendría más de quince años. Estaba muy delgado, rayando la anorexia. Un hilillo encarnado salía bajo su cuerpo para perderse por el desagüe.

Le puso la pistola en la nuca.

—*S'il vous plait...* —farfulló en francés soltando un sollozo y sorbiendo mocos—. No dispare. No diré nada. No he visto nada.

Rompió a llorar desconsoladamente.

No se podía arriesgar. Si le había visto la cara... el parche era difícil de olvidar... Tras unos instantes de duda, le propinó un fuerte golpe en la nuca con la culata de la pistola, dejándolo inconsciente. El cuerpo dejó de temblar y cayó a plomo sobre la bañera.

Ya pensaría en él más adelante. Ahora tenía otras preocupaciones relacionadas con el cerdo cabrón inglés.

Volvió a la habitación. El hijo de puta respiraba plácidamente tumbado sobre la alfombra raída de motivos geométricos y color ocre. Cogió su corpachón por las axilas y lo sentó sobre la silla de madera que había junto al

espejo en tres intentos. Pesaba como si estuviese hecho de plomo macizo. Con cinta americana le ató las manos por detrás y dejó bien sujetos sus pies a las patas de madera. Le puso un pañuelo en la boca y selló sus labios también con una tira de cinta.

Parecía un muñeco. Un enorme muñeco de trapo, velludo y barrigón con la cara echada para adelante, babeando, y murmurando palabras ininteligibles.

Dio una vuelta por el cubículo, necesitaba calmarse y concentrarse en su tarea. Buscó entre la ropa que Orson tenía esparcida por el suelo, junto con las del crío, cosa en la que no había reparado con las prisas. Palpando en un bolsillo del pantalón de lino blanco halló lo que buscaba: el móvil del espía.

Se levantó y comprobó que tenía el acceso por huella dactilar. Comenzaba la segunda fase del trabajo. Tiró del velcro de uno de los bolsillos de su chaleco. Portaba otra jeringuilla llena con un líquido cerúleo de aspecto metalizado y denso.

—Ahora vas a despertar y vas a cantar como un pajarito.

Orson seguía babeando, con la cara hecha un cristo, sangrando por la nariz rota. Cabeceó un poco hacia un lado, para verle la cara con un ojo entreabierto. Todavía no era consciente de lo cerca que estaba de su propia muerte, aunque entre el caleidoscopio de colores y brumas en las que se encontraba inmerso lograba vislumbrar que algo malo iba a pasarle. Intentaba decirle algo, pero lo único que pudo articular fue un quejido lastimoso.

Dana tiró para atrás del flequillo que arrancaba a medio cráneo y le clavó la aguja en el cuello, en la aorta, con un movimiento preciso y certero. Así su efecto será inmediato, le dijo el médico de la unidad un par de días atrás, cuando le explicaba cómo funcionaba el fármaco experimental: un híbrido sintético a medio camino entre la adrenalina y la epinefrina —con la peculiaridad de que no dejaba restos post mortem en el organismo debido a su rápido metabolismo—.

Orson se irguió instantáneamente, como movido por un resorte interior e intentó aspirar aire de forma abrupta a través de la cinta que le tapaba la boca. Sus ojos se abrieron como platos, inyectados en sangre.

Al segundo intento de boquear, recibió una bofetada con el revés de la mano de Dana. Era una muestra de poder más que otra cosa. Para ir calentando.

La agente del Mossad se colocó a la espalda de Orson y utilizó su huella dactilar para entrar en el móvil. Abrió la aplicación que le interesaba. Ahí estaba el convoy en el que iba Anthony Nolan. El hijo de puta de Tony, matizó

una voz interior; por si se te había olvidado, el que te dejó tirada y te partió el corazón en dos, aunque no quieras reconocerlo.

La imagen era bastante nítida, rodeada de un recuadro negro y con una cruz en el centro. El convoy lo conformaban tres todoterrenos negros —se podía hacer zoom desde la aplicación y ver la marca alemana—, y una Pick up con una metralleta de gran calibre instalada en el remolque. Por la nube de polvo, se adivinaba que avanzaban a gran velocidad por una carretera a veces asfaltada, a veces de firme arenoso.

Necesitaba la clave de acceso de Orson a la aplicación de drones del MI6. Sabían que cada seis horas tenía que actualizarla, mediante un mensaje cifrado vía correo electrónico. Había que darse prisa, no sabía cuándo había sido la última actualización. Tenía que darles tiempo a los chicos de la panadería. Con ese sobrenombre se conocía dentro del Mossad a la brigada de hackers que trabajaban a turnos en el sótano acorazado de una panadería de Tel Aviv —que utilizaban de tapadera—. El objetivo era piratear el sistema y acceder al control del dron. Al menos, eso era lo que le habían contado. El Director solía compartimentar la información de la misión según el agente y su labor, como medida de precaución. Así, si te cogían, solo podías cantar una parte de la obra, por mucho que te torturaran.

Orson comenzó a respirar profusamente y a sudar como un condenado. Un charco de orina se había formado bajo la silla.

«No eres de los valientes», se dijo Dana, «bien, eso facilitará las cosas».

Se colocó delante del despojo y le propinó otra buena ostia en forma de puñetazo que terminó de machacarle la nariz.

—¿Esto no te lo esperabas? ¿Eh? —Dana dibujó una mueca malvada—. Después de abusar de un pobre niño... como postre... esto causa acidez, ¿a qué si?... No se hace bien la digestión...

Orson intentó gritar desesperado, pero solo consiguió emitir un leve quejido a través de la cinta americana. Dana le levantó el mentón y lo obligó a mirarla al ojo.

—Te preguntarás por qué ha pasado esto... —su voz era glacial—. ¿Por qué estás desnudo y atado a una silla en un hotel de medio pelo? Simplemente, porque eres el eslabón más débil de la cadena —gruñidos—. Estás aquí porque sabemos que nadie va a echar mucho de menos, ni tu mujer, ni tus hijas, ni tus jefes... cuando vean lo que haces en tus horas libres... Pero, si colaboras, no será muy doloroso... El dolor puede ser algo horrible, ya lo sabes. Y, si me das la información que necesito, esta pesadilla terminará

pronto y podrás irte a la embajada casi de una pieza, podrás recomponer tu fea cara y seguir follándote a niños y cabras si te apetece... —mintió. Se le daba bien mentir.

Orson intentaba zafarse de sus ataduras con movimientos fútiles, armando demasiado ruido.

—Creo que no me explico bien... —suspiró cansada—. Necesito que te concentres en lo que te digo... Necesito toda tu atención y creo que no la tengo...

De uno de los bolsillos laterales del pantalón sacó un bisturí quirúrgico de titanio, con los bordes muy afilados. Lo colocó justo delante de sus narices aplastadas. El espía abrió mucho los ojos y emitió más gruñidos que sonaban a desesperación.

Ella dio un par de pasos y se colocó detrás, fuera de su campo de visión. Orson temblaba y berreaba; ahora, más que un cerdito, parecía un jabalí salvaje al que habían atrapado con un lazo. Consiguió mover la silla unos centímetros a base de fuerza y movimientos espasmódicos.

Dana actuó con rapidez. Lo asió fuerte del hombro, buscando un punto de apoyo y de un tajo le cortó la oreja izquierda. Orson gritó de dolor, con un sonido sordo y chirriante, como si fuera un lechoncillo. Comenzó a convulsionar.

—Tranquilo, es más la impresión que otra cosa, no duele demasiado... —Dana le enseñó el trozo de cartílago y lo arrojó al charco de orín con apatía, mientras el espía lloraba a lágrima viva—. No vayas a vomitar, no sea que te atragantes.

«Definitivamente, no es de los valientes».

—Ahora, céntrate... ¿tengo toda tu atención? —Orson asintió desesperado, con ojos desorbitados, gimiendo quejosamente, quebrado por el dolor y por el miedo—. Bien, lo que tienes que hacer es sencillo... simple... hasta un niño podría llevarlo a cabo...

Sacó una libreta de anillas verde y un lápiz amarillo del otro bolsillo del pantalón. En la primera página había escrito a mano un abecedario en mayúsculas, otro en minúsculas y los números del uno al diez. En la segunda, estaban todos los iconos del teclado de un iPhone.

—Quiero tu clave de acceso al sistema de drones... ¿Está claro? —le enseñó el móvil con la imagen del convoy atravesando las tierras áridas de Níger. Orson asintió solícito, llorando como un bebé. Casi daba pena, casi; había un chico imberbe e inconsciente en la ducha, que la bestia inmundada había

comprado por menos de veinte euros—. Bien... así me gusta... ahora te voy a ir marcando con el lápiz las letras y los números, y tú me dirás con un gruñido qué tengo que ir apuntando. ¿Entendido? —Orson asintió de nuevo con la cabeza. La sangre le chorreaba por el cuello y por barbilla—. Aun te queda una oreja... No te equivoques... porque voy a comprobarlo delante de tus narices... o lo que quedan de ellas —rio de forma abrupta.

Dana comenzó a señalar con la punta del lápiz, paciente, y él comenzó una sinfonía de gruñidos y quejidos alternos. El proceso les llevó no más de diez minutos. Después, Dana llamó a Tel Aviv y le corroboraron que la clave de acceso era correcta. Suspiró aliviada. Mejor al primer intento. No le apetecía tener que cortarlo en trocitos hasta que se desangrase para conseguir la información. Era muy aprensiva para la sangre.

Sin decir nada, se colocó detrás. Asió el escalpelo con fuerza, con el pulso firme, como le enseñó su instructor. Recordó las palabras del veterano agente —un hombrecillo con aspecto demacrado que solía vestir con prendas de saldo—, antes de que degollase a un alto mando de Hizbola a plena luz del día en la puerta de su casa. Le explicó que cortar un cuello de forma eficaz, no era tarea sencilla: «No creas que es fácil, aunque lo tengas atado a una silla y amordazado. Ten el pulso firme, no vaciles y corta con fuerza. A la hora de la verdad la piel y los músculos se tensan y se ponen duros como las cuerdas de una guitarra».

DÍA 3

Anthony (Agadez)

Nolan abrió los ojos, le pesaban como dos columnas dóricas. Una luz nívea se colaba por la ventana, a través de unas cortinas blancas con motivos florales, raídas y desgastadas. Se encontraba algo desorientado. Por un momento, no supo dónde estaba. Recordaba vagamente algunas imágenes de su paso por los dominios de Morfeo. Dana y él, manos entrelazadas, observando el mar, o un lago, de azul turquesa y pequeñas olas mojándoles los pies en la orilla. Una sonrisa suya y la mirada ausente de ella, vacía de contenido, como si fuera una muñeca de porcelana con un solo ojo.

Cogió la pistola de debajo de la almohada y puso los pies en la esterilla del suelo. Aún tenía sensación de frescor y humedad. Vio una cucaracha escondiéndose bajo la puerta que daba al pasillo y oyó los ronquidos de Delgado, que dormía como un bendito en el camastro de al lado. Antes de acostarse, se había tomado una de esas pastillas amarillas.

La realidad volvió a caer sobre él de forma aplastante. Se encontraban en Agadez, la puerta del Teneré, al Norte de Níger, punto de partida de lo que los migrantes subsaharianos llaman «el camino del infierno»: la travesía del desierto profundo hasta Sabha.

Hakeem los dejó en una cochambrosa pensión bien entrada la noche, con lo puesto y con la promesa de recogerlos a la mañana siguiente. Son gente de confianza, les dijo.

Duran dormía en la habitación contigua, o más bien en el cobertizo de al lado. Ellos compartían habitáculo —por eso de que eran españoles—. Las

camas eran colchones que descansaban sobre unas tablas atadas con cuerdas a unos antiguos ejes de carro de bueyes. Sospechaba que no se trataba de una pensión. Era mejor que nada, pensó Nolan, dando un sonoro bostezo.

Se asomó por el agujero que hacía de ventana para respirar una bocanada de aire fresco. Absorbía las vistas, los sonidos de la ciudad ya despierta y, por desgracia, los olores de un pequeño vertedero que había debajo, con abundantes moscas y roedores. Desde la distancia, más allá del engrudo de casas de adobe y paja, observó el pináculo de arcilla roja y ladrillo de barro que se erguía hacia el cielo adoptando una pose fálica, con esas extrañas vigas sobresaliendo que parecían las púas de un erizo. Se encontraban en la ciudad vieja —si es que había algo que no fuera viejo en la ciudad—, muy cerca de la gran Mezquita de Agadez.

El viaje fue duro, más de quince horas para recorrer casi mil kilómetros por carreteras, pistas y caminos pedregosos. Aún le dolía la espalda y tenía el culo pelado de tanto bache.

Estiró el cuello e hizo varios ejercicios para relajar la espalda, tocando los pies con la punta de las manos. Delgado seguía roncando plácidamente, sin ningún tipo de complejo, parecía un angelito de edad avanzada.

No tuvieron demasiados sobresaltos. Orson se encargó de que, en los controles militares, los dejaran pasar sin problemas. En aquellos que hubo reticencias, Hakeem tiró de su influencia y, sobre todo, de dinero. Un par de gruesos fajos de billetes terminaron en el bolsillo de un sargento y de un cabo, separados por cientos de kilómetros, pero que sonrieron de igual forma: con consumada avaricia y con la satisfacción de haber cumplido el deber de llevar un poco de dinero extra a sus hogares, o al prostíbulo más cercano.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Arriba! —exclamó Imán al otro lado—. Hakeem nos espera antes de una hora. En el patio tenéis preparado un desayuno.

Nolan abrió la puerta bostezando. La mujer vestía unos pantalones militares, y una camiseta de tirantes negra. Sus brazos estaban fuertes, se marcaban sus tríceps, y su pecho era firme y turgente.

—Hola.

La diosa de ónice le echó una mirada de arriba a abajo, despectiva.

—¿Vas a ir así? —carcajeó forzada—. En calzoncillos de Calvin Klein... Te quedan muy muy bien, pero... los tuaregs te cortarán en pedacitos. Y guarda esa pistola, joder, que te vas a dar un tiro en pie...

—¿Los tuaregs? —gruñó Anthony dando un paso atrás cogiendo los

pantalones del suelo.

—Espera, no hagas eso... No lo hagas...

—Que no haga qué...

—Antes de vestirte date una ducha, al final del pasillo tienes una... A los tuaregs tampoco les gusta que huelas como un camello. Son gente muy civilizada.

Nolan torció el hocico.

—¿Para qué vamos a ver a los tuaregs?

—A partir de aquí... son los que controlan la zona. Sabrán dónde encontrar a ese fanático, si todavía sigue por la zona... —se cruzó de brazos y frunció los labios—. A propósito... Tu amigo Duran... el franchute... No está en su habitación. Acabo de entrar y ahí no ha dormido nadie.

—No es mi amigo.

—Ni el mío, pero, tú verás... lo has traído tú como mascota.

Ella se dio la vuelta y se fue con paso firme y decidido. Lo dejó pensando sobre dónde cojones habría pasado la noche Duran.

Se dio una ducha rápida y fría, en un baño que tenía un tubo con una alcachofa en la pared y un agujero oscuro en el suelo. Llenó un cubo para echárselo encima a Delgado. No había forma de sacarlo del trance onírico en que se encontraba.

Sonreía como un niño con zapatos nuevos. Destapó las sábanas y vertió el líquido elemento en plena cara.

—*Fillo de puta!* —masculló el espía cuando sintió el agua en su cabeza—. *¡Carallo! Vou cortar os ovos bastardos* —escupió con una pizca de odio.

—Arriba hombre, que ya hace rato que amaneció —Anthony lo miraba desde arriba, ya vestido, con el cubo en la mano—. No sabía que dormías sin gallumbos.

Desnudo parecía muy poca cosa, un amasijo de huesos y músculos perfectamente marcados, unidos por tendones tensos como el acero. Tenía una cicatriz en horizontal, de unos quince centímetros, en el bajo vientre, y otra, pequeña y con forma circular, en la espalda.

Un navajazo y un tiro, adivinó Nolan.

—Y yo no sabía que te gustaban las pollas... —replicó el mendigo Delgado mientras se sentaba sobre la cama y sorbía una buena andanada de mucosidad—. Qué puto frío hace en el desierto... —recogió las prendas que tenía en el suelo—. Tenemos que informar a la Directora... ¿Qué planes tenemos para hoy? ¿Vamos a cruzar el Teneré en camello? —preguntó con

ironía. Abrió una cajita que tenía en la bolsa y se tomó una pastilla azul.

—Vamos a ver a unos tuaregs...

—Joder... Ostia puta... —farfulló—. Anda pásame algo de farlopa colombiana que me espabile...

—No lo dirás en serio...

—Tan en serio como que me llaman el mendigo Delgado.

—¿Quieres suicidarte de una sobredosis? Te puedes cortar las venas con ese machete que llevas, aunque mejor prefiero que lo hagas otro día. Hoy tenemos cosas que hacer.

—Lo que yo haga o deje de hacer, no es asunto tuyo, rapaz —su mirada asesina lo decía todo.

—¿Qué son esas pastillas? —terció Anthony—. Te veo tomar una amarilla por la noche y una azul por la mañana...

—Tampoco son asunto tuyo —dijo mientras cogía el cuchillo de debajo de la almohada y se lo ajustaba en la sujeción de la pantorrilla—. Cada cual decide cómo vivir y morir —sentenció—. Anda, Nolan de los cojones, déjate de sermones y pásamela.

—Como quieras... Si te sirve para equilibrar la modorra de las pastillas... allá tú —Anthony abrió su mochila de campaña y le tiró una bolsita con cocaína pura al noventa por ciento. Comenzaba a sentir algo cercano a la simpatía por ese despojo de espía que le habían asignado de compañero—. Voy a informar a Madrid.

—Informa bien —sugirió el mendigo Delgado con una sonrisa en los labios—. Informa bien...

En el patio, alguien les había preparado un cuenco con leche de cabra, un poco de queso, pan y dátiles. Se sentaron debajo de unos toldos, sobre unas esterillas y comieron voraces.

Hasta que llegaron a los dátiles no se percataron de que tenían compañía. Había un hombre con la barba cana y el rostro cuarteado, ataviado con una chilaba parda y un turbante azul, fumando de una pipa de agua. No les quitaba ojo desde un rincón. El hombre hizo una seña hacia dentro, y por la puerta apareció una joven rolliza, de piel mucho más oscura que él, con la cara cubierta por un burka. La chica llevaba una bandeja con nuevas viandas. Se arrodilló y recogió los cuencos con mirada huidiza, apartándolos entre sus rodillas y sirvió los platos que llevaba.

—Gracias —acertó a decir Anthony con su sonrisa de galán de comedia

americana.

La chica lo miró por unos segundos con un brillo de agradecimiento en sus ojos violeta claro. El anciano le dijo algo visiblemente contrariado. Las manos de la joven comenzaron a temblar y se derramó un poco de leche en el vestido. Nolan se dispuso a ayudarla con una servilleta.

Delgado le dio un pequeño tirón de la manga e hizo un leve gesto, negando con la cabeza.

—No te metas donde no te llaman—le dijo escueto.

La chica recogió rápidamente lo que le quedaba y regresó por la puerta oscura de donde había salido. Al pasar por su lado, el hombre canoso asió un garrote y le dio un fuerte golpe en la espalda. No emitió ni un quejido.

—¡Vamos!—exclamó Iman desde la entrada con los brazos en jarras. Se había puesto una casaca marrón que ocultaba sus curvas y una boina roja que le ocultaba medio rostro. Podría pasar por un muchacho imberbe—. ¡No tenemos todo el día!

Afuera, les esperaba un Land Rover blanco con restos de óxido por toda la carrocería. Uno de los hombres de Hakeem estaba al volante fumando un pitillo, con el motor encendido a ralentí. Ni rastro de Duran.

La parte vieja de la ciudad estaba conformada por un laberinto de calles estrechas y pasajes polvorientos. Proliferaban como setas comercios, tiendas y bazares de todo tipo y condición, que exponían sus productos en alfombras o sobre viejos enseres de madera. Las casas, de una o dos alturas a lo sumo, estaban construidas con ladrillos de barro, cuadrados o rectangulares. Parecían salidas del corazón del desierto, mimetizando Agadez con él.

El piso de la plaza principal, sin asfaltar, lo atestaban un enjambre de motos y carrmatos, principalmente, y algunos coches; las aceras, llenas de terrazas y cafés, de gente que iba y venía. Nolan advirtió una mezcla de razas y etnias africanas que se reflejaba en el colorido y corte de sus ropajes, en la crudeza y diversidad de sus facciones, y en la variada tonalidad de su piel.

En una esquina observó a un grupito de occidentales saliendo de un café, comandados por un guía de tez oscura y rodeados de un pequeño séquito de niños que les intentaban vender toda clase de baratijas. El turismo, el comercio y la migración eran los motores de la economía local, de eso no había duda. Y, dependiendo de los vientos del desierto, también la guerra.

Agadez era un oasis para las comunidades del Teneré, rodeadas por nada

más que arena a cientos de kilómetros a la redonda. Pero, también era un lugar de secretos: la puerta de entrada al Sahara desde tiempos inmemoriales y hogar de toda clase de contrabandistas, traficantes y criminales.

—¿Quién era esa chica? —preguntó Anthony mientras cogía un cigarrillo de su paquete, ajado, y se lo ofrecía a Iman.

Ella estaba a su lado, en el asiento trasero del Land Rover, con la expresión sombría. Delgado iba delante, su cuerpo asimilando las píldoras doradas y la nieve de los colombianos. Repiqueteaba en el salpicadero con la palma de la mano al son de una emisora de música local. Anunciaron un festival de guitarra eléctrica en Agadez. El conductor frunció el ceño y emitió un quejido despectivo.

—Una de sus mujeres —contestó, atisbó su rostro reflejado en los cristales de las Ray Ban de ella—. Llegó de niña del norte de Nigeria, huyendo de Boko Haram y Hakeem se la vendió a su amigo Yusuf. No es malo del todo... Y pronto morirá de viejo o de un infarto... La historia de siempre... Si son inteligentes, una de sus jóvenes esposas lo matará en un orgasmo.

—¿Te parece bien? —Anthony se sorprendió así mismo haciendo una pregunta tan tonta. Sabía de sobra que el bien y el mal eran relativos. Quizás se estaba ablandando por el calor y la falta de sueño.

Iman prendió fuego a su cigarro y dio una larga calada. Delgado lo observó por el espejo retrovisor y chasqueó con la lengua. En la radio sonaba un tradicional habibi y el conductor parecía obviarles tarareando la melodía.

—Ni bien ni mal, la vida en este agujero simplemente es así. La otra opción era que la chica cruzara el Teneré para llegar a Libia... Yo me quedaría con Yusuf, aunque tuviera que chuparle la polla una vez por semana...

—No te creo —mintió Anthony para ver hasta dónde podía llegar con ella. Probablemente él también se la hubiera chupado al viejo.

Iman no pudo evitar una sonrisa aquiescente.

—Tienes razón... —rio—, yo se la habría cortado de un mordisco... y me habrían lapidado frente a la mezquita. Aquí el islam es la religión imperante y la sharia la ley suprema.

Ahora fue el que Anthony esbozó una media sonrisa. Los ojos de Delgado seguían fijos en el espejito.

—Hakeem... ¿de qué bando está? —la mañana iba de preguntas tontas.

Se bajó un poco las gafas, sorprendida y lo miró por encima de los cristales. Se adentraban por un laberinto de calles cada vez más estrechas.

—Del mismo que tú y que yo... del único bando posible, el suyo propio.

—Pero tú y yo trabajamos para un gobierno...

—No me hagas reír... Tú y yo somos perros de presa... Nos sacan cuando hay que morder en la yugular... Igual que Hakeem, solo que él no tiene dueño que le tire fuerte del collar... y le dé de comer.

El coche se detuvo bruscamente. Un carro de bueyes cargado de sacos de estiércol obstruía un cruce. Se le había pinchado una rueda y un hombre ataviado con una túnica añil y un turbante negro intentaba cambiarla con la ayuda de dos jóvenes con kufi. El conductor comenzó a gritar y a pitar airadamente. El del turbante se revolvió ofendido, gesticulando y moviendo los brazos como si fueran dos aspas de molino.

Había algo raro en la atmósfera, la gente se alejaba del vehículo con parsimonia, como si emitiese una fuerza magnética y los repeliese. Delgado los observaba desde su particular horizonte bioquímico.

—Esto no me gusta... —masculló el mendigo Delgado echando mano a la sobaquera. La veteranía era un grado.

Súbitamente los bueyes comenzaron a tirar del carro. Antes de que el conductor pudiera embragar primera, les cortó el paso una Pick up con varios hombres malcarados, ataviados con turbantes, que les apuntaban con sus Kalashnikov. Por detrás apareció una furgoneta blanca de la que se bajaron tres hombres, también con el rostro cubierto, portando rifles de asalto.

Estaban rodeados.

—Yala, yala —comenzaron a gritar como posesos seguido de un «con las manos en alto» en un francés macarrónico.

—No hagáis ninguna tontería —advirtió Iman, sobre todo a Delgado que echaba mano a su sobaquera—. Seguidle la corriente. Salid con las manos muy en alto y tranquilos... Son Tuaregs. Si nos quisieran muertos, ya lo estaríamos.

«Dónde coño está Duran con la caballería cuando los necesitamos», pensó Nolan con un regusto amargo subiéndole por el esófago.

Duran (Agadez)

Duran se encontraba a unos diez kilómetros al Norte de la ciudad, tomando

el té, con las piernas cruzadas, sentado en una sillita plegable. Seguía las evoluciones del Land Rover desde las alturas. Justo en ese momento, observaba en la pantalla del portátil como caían en una emboscada de manual de guerrilla urbana. El dron británico no les quitaba ojo de encima, un punto invisible sobre la ciudad a más de 9.000 pies de altura. Sorbió de su tacita de plástico y se tragó la aguachirri que sabía a polvo del desierto. Simplemente, los habían cambiado de vehículo. Respiró con cierto alivio.

Al entrar en Agadez, la noche anterior, recibió un escueto mensaje de la estación en la embajada. Le ordenaban que se replegara a las afueras de la ciudad, un coche lo recogería en las inmediaciones de la Mezquita para llevarlo unos kilómetros más al Norte. Concretamente, a las instalaciones del destacamento de efectivos franceses que prestaba apoyo logístico a tropas norteamericanas en un valle cercano. Colaboraban en la construcción de una nueva y sofisticada base de drones. Los americanos pretendían controlar los cielos del Sahel. «Pobres ilusos», reflexionaba Duran mientras observaba como las excavadoras removían la tierra y un pelotón de Rangers se ejercitaba al trote, con el teniente marcando el paso. Recorrían sudorosos el perímetro de la base, entonando unos cánticos soeces que hablaban sobre unas novias y unas hermanas, unas tetas y unos culos. La escena le recordaba a las películas de guerra americanas que había visto de joven; concretamente, le vino a la mente una en la que un recluta algo patoso termina pegándole un tiro a su superior — que le hacía la vida imposible— y a continuación él mismo se volaba la tapa de los sesos en los baños del barracón. «Real como la vida misma», sonrió para sus adentros sintiendo nostalgia de sus años en el ejército.

Sabía de sobra que la guerra no era para los débiles de cuerpo y espíritu, la guerra era para los tipos duros que sabían acatar las órdenes y tomar decisiones. Los débiles y los cobardes se refugiaban detrás de un escritorio, esperando que tipos malcarados y llenos de cicatrices, como él mismo, les resolviesen la papeleta y los mantuviesen en su estado de seguridad ficticia. Como su excuñado Bernard; el muy cabrón siempre alardeaba de sus ideales progresistas, de salón, con una copa de vino de en la mano. Enarbolaba la bandera de la *liberté, égalité, fraternité* a los cuatro vientos, apoltronado tras su dinero, su influencia y su poder. El mundo funcionaba así, no había que darle más vueltas, el sistema premiaba a lo inútiles, a los mediocres y a los chupaculos, como a Bernard. Había que adaptarse, o sucumbir. Él se había adaptado, la otra opción era pegarse un tiro. Se la tenía jurada a Bernard y a los de su estirpe. Le había roto el corazón a su hermana pequeña, dejándola

por una publicista veinte años más joven. Al menos, le pagaba una pensión, suficiente para que Elisa no tuviese que trabajar y cubrir las necesidades de las crías. Algún día le lamería la suela de sus zapatos, algún día.

En los últimos tiempos, Bernard y los de su calaña, habían despertado del sueño eterno, nadie parecía a salvo de la amenaza terrorista. Ahora, les veían los colmillos al lobo muy de cerca. Chillaban como corderillos asustados. Querían soluciones para continuar con su vida apacible llena de ideales superfluos, volátiles y caducos. Su país había sufrido varios ataques y se habían endurecido las acciones contra los grupos insurgentes en las regiones de origen. Era el momento de anteponer la seguridad a la libertad. Por eso estaba él allí, para que su hermana y sus sobrinas pudieran tener una vida sin estar expuestas a la barbarie y a la violencia. Para que Bernard pudiera seguir tirándose a jovencitas sin miedo a que lo degollase un yihadista imberbe. Por eso estaba él allí, a veces tenían que recordárselo, con una llamada, con un vídeo de las niñas en clase de baile o haciendo karate; porque, a veces, ni él mismo lo sabía, su mente divagaba entre tanto caos.

Había dormido lo justo, en un futón en el suelo de la tienda del capitán. Se rascaba las picaduras de las chinches, se habían dado un festín con su sangre durante toda la noche.

Aún esperaba instrucciones del Elíseo. Barruntaban cambios en la misión. El Presidente en persona estaba siendo informado y decidiría directamente sobre las acciones a seguir. Quería un golpe de efecto que le devolviera al primer plano mediático. Después del affaire con la actriz —también veinte años menor—, había que lavar su imagen. Perteneecía a la calaña de Bernard, pero se trataba del Presidente de la República. Escupió en el suelo con rabia. ¿En qué se habían convertido los lobos? ¿En perritos pastores amaestrados que cuidaban de los corderos? Quizás estuviese bien una guerra para depurar la sangre. Eso decía su abuelo, senil en la villa del Loira, en sus momentos de lucidez. Un regusto amargo subió por su esófago.

De nuevo intentó hablar con Orson, pero saltaba un mensaje de contestador. Seguramente, estaría en su misma tesitura. Los españoles, parecía que jugaban la misma mano y continuaban con la partida, quizás con las cartas marcadas.

Aunque le costaba reconocerlo, el tal Anthony Nolan estaba haciendo un buen trabajo. Era un tipo de la peor estofa, sin lugar a dudas, pero tenía huevos, tenía contactos y se estaba acercando al objetivo, que era lo que importaba. Y, sobre todo, el jodido tenía la suerte de su parte.

El fin justifica los medios, era algo que había aprendido en los años que llevaba en el servicio secreto. Para salvar vidas francesas necesitaba valerse de todos los medios a su alcance, e incluso a veces ponerse de parte de los menos malos, como Anthony Nolan.

Encendió un pitillo y apuró el té. Escuchó unos pasos que se acercaban pisando fuerte sobre la arena.

El capitán entró en la tienda, junto a un hombre ataviado con un uniforme negro, con la cara picada por la viruela. Sabía perfectamente quién era —un cabrón con mala sangre, de otro tipo de calaña, aun peor. Carroñero—; lo que no sabía era lo que hacía allí.

Intercambiaron saludos militares con una cortesía plomiza y, sin más preámbulos, el capitán le pasó un teléfono satélite, que parecía salido de otra época, de otro tiempo.

Era la llamada que estaba esperando. Tuvo una breve conversación con el Jefe de Gabinete del Ministro de Asuntos Exteriores, adivinó la presencia del responsable de la Dirección, que asentía en segundo plano con monosílabos cuando le cuestionaban sobre su parecer. La situación había dado un giro de ciento ochenta grados. No le gustaba lo que escuchaba. Cuando le preguntaron si las órdenes estaban claras, respondió con un escueto sí y colgó.

Al fin y al cabo, él era un tipo eficaz, pragmático, sin sentimentalismos. Únicamente le interesaba el resultado final. Era un soldado, un buen soldado, antes que espía. Lo había mamado desde la cuna. Su abuelo luchó en la Segunda Guerra Mundial, primero en el ejército regular y después en la resistencia, en la Francia de Vichy. Y, su padre, era un general en la reserva, que había dedicado toda su vida a servir a la patria, a *le grand France*, — primero en Ruanda y en Senegal y después en los despachos de París—, para hacerla aún más grande y libre. Y él no les iba a la zaga. Tenía que aportar su granito de arena a la gloria familiar.

Aun así, no le agradaba acatar las órdenes que acababa de recibir, dejar a Nolan y a Delgado tirados a los pies de los caballos de esa forma tan artera. No era honorable. Pero, era lo que hacían los espías: mentir, traicionar y sacar provecho de la situación. No se acostumbraba a ello, a pesar de los años de servicio en la Dirección. Era otra forma de actuar, otra forma de ganar las batallas. Otras guerras, otros tiempos.

Le devolvió el aparato al capitán que desvió la mirada.

El hombre con la cara picada dibujó una sonrisa esquinada de tres cuartos. Malvada. Ahora sabía también qué hacía él allí.

Ulises **(Madrid, instalaciones del CNI)**

Ulises observaba en la pantalla como el convoy avanzaba por pistas rodeadas de pedregales y de dunas. Una perspectiva cenital desde el dron británico. Nolan —y compañía— dejaba atrás Agadez y se adentraba en el desierto profundo, en el temido erg del Teneré.

La misión daba un paso más hacia su incierto desenlace, cualquiera que fuese.

No sabían nada de Beatriz, no habían podido localizarla y el abogado de Bouvilla les daba largas de una forma nada sutil. Nadie se atrevía a presionarles más de lo preciso. Un estornudo del patriarca podría levantar un huracán en cualquier parte del mundo.

Delgado había llamado a la Directora a primera hora de la mañana para informar de sus avances, lo que pareció ponerla de mejor humor. Al menos, estaba más calmada.

Al resto del equipo, les había dado tiempo a dormir unas horas, cada uno en su despacho, más o menos las mismas que habían dormido Nolan y Delgado. Desde la distancia, seguían los ritmos circadianos del Sahel. El grupo de Franz se había quedado de guardia, a turnos, y se notaba el cansancio acumulado en sus caras macilentas.

Hubo un momento de tensión cuando sufrieron la emboscada en las calles de Agadez. A la Directora casi le da un síncope, pero supo mantener la compostura, solo soltó un gritito de sorpresa y un suspiro de alivio. Aparentemente, los cambiaron de auto y siguieron rumbo al desierto profundo.

—¿A dónde se dirigen? —inquirió Cayetana, que había recobrado parte de su glamour y una fina capa de maquillaje—. Franz, amplía la imagen del mapa.

En el panel opuesto a la retransmisión en directo que suministraba el dron de los ingleses, apareció una panorámica de la región de Agadez, con un punto rojo que avanzaba lentamente en dirección noreste.

—Ahí —apuntó Ulises levantándose de su sillón. Señaló un macizo con forma triangular en mitad de la nada. En realidad, quería estirar las piernas. Y también adelantarse a Sancho, no se fuera a creer que él era el único con dos

dedos de frente en la sala—. Van a las Montañas de Air —anunció con el rostro pétreo.

—Las montañas de Air... —repitió la Abeja Reina.

—Ahí se esconden algunas tribus nómadas y grupos insurgentes —añadió Ulises crujiendo los nudillos—. Un buen sitio, apartado del mundanal ruido...

—¿Aquiles?

Aquiles consultaba el móvil con sus dedos rechonchos, de hecho, no había dejado de consultarlo en la última hora. Su rostro denotaba concentración en el aparato, y ausencia de interés sobre lo que acontecía a su alrededor. ¿Qué podía ser más importante que la misión? Se preguntaba Ulises, circunspecto por dentro, aunque aparentando normalidad por fuera. De nuevo esa desazón y ese cosquilleo que le recorría todo el espinazo. Sanchito trajinaba algo de forma subrepticia.

Con un gesto de la mano, el jefe de los analistas cedió el turno de palabra a la bibliotecaria.

Ya sabía su nombre, Manuela —nombre en clave, Criseida—. La invitó a tomar una copa en su despacho con la excusa de comentar unos detalles sobre la misión. La abordó a la salida del baño, y, para su sorpresa, aceptó su propuesta. La muy calientapollas se acercó con esos aires de analista de nueva hornada, recién salida de alguna universidad privada, moviendo su naricilla pecosa y observándolo todo muy de cerca, con esas gafas que la hacían tan apetecible. Todavía no la tenía ubicada del todo, no sabía quién era su padrino o si tenía algún grado de parentesco con algún miembro ilustre de La Casa. Se acercó solo a olisquear y a catar su whisky escocés, un reserva de doce años guardado para ocasiones especiales. Pero, ni con esas. Al tercer trago, se largó con viento fresco dejándole el mástil bien alto y la palabra en la boca, justo en el momento que empezó a remedar a la Directora; cuando se dio la vuelta, con una sonrisa de oreja a oreja, ya había desaparecido. Era una espinita que tenía clavada.

—Se elevan a más de 1800 metros de altitud y se extienden más de 84.000 km². Una superficie mayor que Castilla-La Mancha, por ejemplo. Se localizan en medio del Teneré al norte del paralelo 17, en el valle del *Air plateau* —explicó Manuela alias Criseida. Su acento francés la hacía aún más deliciosa. Parecía que describía un lugar bucólico en mitad del desierto. Hizo una pausa para ajustarse las gafas y continuó—... con una altitud media entre 500 y 900 metros. Forma una isla de clima saheliano que permite una amplia gama de formas de vida, una diversidad de comunidades pastorales y agrícolas, y

llamativos lugares geológicos y arqueológicos.

—Un lugar retirado, uno de los más remotos del planeta —matizó Aquiles.

Ulises lo observaba con curiosidad. Cogió uno de los panecillos y le untó una capita de mantequilla, un movimiento de distracción para acercarse sigilosamente por detrás.

En ese momento, se le asemejaba más a Aquiles que al fiel escudero de Don Quijote. Lo conocía de sobra como para saber que estaba tramando algo a sus espaldas. ¿Y a la espalda de la Directora? ¿Qué coño estaba pasando? Su rostro permanecía tranquilo, impasible, demasiado impasible. Su camisa recién planchada ya tenía esas manchas en forma de ródalo debajo de las axilas.

De pronto, sintió una especie de ahogo, como si le faltara aire en los pulmones. Algo iba mal, algo no cuadraba en esa escena. Y ese algo era Sancho.

—¿Sabemos algo de los franceses y de los británicos? —preguntó la Directora con voz algo ronca, encendiendo un cigarro entre los labios. Nadie respondía—. Franz, Aquiles.

—Siguen brindándonos apoyo con sus drones —respondió Franz.

—Y apoyo táctico de sus efectivos —el jefe de Inteligencia, ahora sí, miró directamente a Cayetana, era la primera vez en toda la mañana que levantaba la cabeza del móvil más de dos minutos seguidos.

—Entonces... ¿Dónde cojones están? —saltó airada—. Ese tal Duran desapareció ayer y no sabemos nada. Y el británico tres cuartos de lo mismo.

—Duran está junto a un destacamento de la legión que presta apoyo a las tropas americanas... —juntó las manos formando un corazón. ¡Miente! Exclamó Ulises por dentro. Estuvo a punto de gritarlo en voz alta. Siempre que adoptaba esa pose confiada ocultaba algo—. Por lo visto, el Presidente en persona quería conocer los detalles de la operación... Están preparando un equipo de operaciones especiales, por si la cosa se tuerce.

¿Y Orson? Los británicos dan pocas señales de vida. No ha dicho nada de Orson. «Quizá no miente del todo. La mejor forma de enmascarar una mentira era sazonarla con pequeñas dosis de verdad», reflexionó Ulises que había aprendido el arte del engaño y la mentira de manos del mejor. Adolfo, el Viejo Zorro. Le vino a la mente la imagen del entrañable abuelo jugando con sus nietos bajo la sombra de las encinas. «Si estuviese aquí... sabría de qué va toda esta charada que está montando Aquiles».

—Nos están dejando en bragas —escupió la Abeja Reina—. Esos hijos de

puta nos han pasado todo el peso de la operación.

En eso coincidía con ella. Fuera lo que fuese lo que estuviese ocurriendo, los habían abandonado, solos y en pelotas, en mitad de un desierto plagado de escorpiones. Hasta una inútil integral como Cayetana podía verlo.

Estaban dejando en pelotas a Nolan y la Abeja Reina, para ser más exactos. A él lo habían dejado a oscuras en mitad de una tormenta que le afectaba de soslayo. Pero, iba a hacer un par de llamadas en cuando tuviese algo de intimidad. Tenía que indagar, remover la mierda, su instinto le decía que lo hiciera. Después de tantos años, había desarrollado un sexto sentido para detectar subterfugios y complots en la sombra.

Cayetana pecaba de novata, se trataba de su primera operación importante y no quería llamar personalmente a Londres y París. Y ponerse en evidencia. Si ellos no lo hacían primero, ella tampoco lo haría, sobre todo caminando en un terreno lleno de arenas movedizas donde cualquier paso en falso te llevaba a tragar lodo. Le dejaba todo el trabajo sucio a Aquiles; él mantenía el contacto con el resto de servicios de inteligencia. Era sus ojos y oídos fuera del Centro. Confiaba en él. Quizás demasiado.

—Hacemos un descanso de media hora —añadió la Directora con aire indolente—. De todas formas, solo podemos mirar las dunas del desierto —murmuró abatida.

Dana (Bamako)

—¿Cómo va lo de Catar? —preguntó Dana tendida sobre la esterilla de gomaespuma.

Se encontraba en un piso franco del Mossad en Bamako.

Todas las mañanas, al levantarse, tenía por costumbre realizar ejercicios de fuerza, flexiones y abdominales hipopresivos, primero, y, después, estiramientos para oxigenar sus músculos.

El móvil, en el suelo, con la función de audio conectada. Hablaba con Tel Aviv.

Había dormido como un bebé. Se sentía bien, casi eufórica, después de haber liquidado a esa alimaña. No sería de los que se aparecerían en sueños

suplicando piedad. Era un maldito hijo de puta con mala sangre corriendo por sus venas.

—Viento en popa —la voz raposa de Mishka, el Director operativo del Mossad, respondió en un susurro—. En breve liberarán a los rehenes.

—Una buena noticia... —dejó las palabras en el aire mientras levantaba las piernas encogidas y se agarraba los antebrazos por encima de los bíceps femorales, estirando glúteos y lumbares

«Espero que no estemos financiando a nuestros enemigos», caviló para sus adentros. Casi como si hubiera leído sus pensamientos su interlocutor respondió:

—La división de informática rastreará el dinero, tal y como estaba previsto. Ya están preparados para jugar al gato y al ratón —hizo una pausa. Mishka siempre hablaba con un halo de gravedad y misterio en sus palabras, espaciándolas en el espacio y en el tiempo, dándoles consistencia—. Les daremos donde más les duele. Observaremos todo el entramado de empresas y sociedades, y tendremos información para usar en un futuro.

—¿Y los británicos...?

—Ya han encontrado el cuerpo del tal Orson, y también han encontrado en su móvil ciertos vídeos... No creo que se levante demasiado revuelo... Por ahora lo están tratando como un asunto local, un robo con violencia —remarcó—. El embajador no quiere más problemas de los que ya tiene. La heroína en su cuerpo, los indicios de pederastia... Mezclar drogas y niños en África, a nadie le interesa sacar los pies del tiesto. A sus ex mujeres y a sus hijos les quedará una bonita pensión, un bonito recuerdo de su padre... ¿Qué has hecho con el dinero que tenía? Casi cinco mil libras...

Dana bufó. Era un tipo meticuloso. No se le escapaba ningún detalle, sobre todo si era económico. Se sentó con el brazo estirado, apoyándose sobre la palma de su mano izquierda. Flexionó su rodilla, pasó una pierna por encima de la otra, agarrándola con la mano que tenía libre, y tirando levemente de sus glúteos, cuádriceps y tracto lateral.

—Lo he donado a la beneficencia —masculló quejosa—. Una obra de caridad.

«Te estás ablandando». Cuando te ablandes déjalo, la voz de su instructor resonaba en su cabeza. Te matará, te reconcomerá por dentro como una tenia; si no lo haces tú misma, lo harán otros. Ese será el momento de dejarlo.

No quería reportar que el chico seguía en la habitación cuando ella entró y que le había dado todo el dinero que llevaba Orson encima a cambio de sellar

su silencio, bajo la amenaza de que si hablaba lo encontraría y lo mataría. Tendrás que poner tierra de por medio con Bamako, le dijo. Con esto podré comprar un pasaje para Europa, le respondió el adolescente emocionado entre lágrimas. La abrazó con todas sus fuerzas y le plantó un beso en la mejilla que aún le escocía. ¿No tienes familia? No, respondió lacónico, todos murieron en las revueltas, añadió bajando la cabeza.

Quizás lo había sentenciado a él también, caviló apesadumbrada. A veces, pensaba que todas sus acciones desencadenaban la muerte de personas, de una u otra manera. ¿Debía dejarlo o bastaría con tomarse unas vacaciones? Al principio nunca las necesitaba... Amaba lo que hacía, y era su deber con la patria. Pero, ahora... después de cada misión... necesitaba calmar su ansiedad y su conciencia. Iba a tomar el sol a Eliat, se apuntaba a viajes de solteros, se emborrachaba con algún compañero de trabajo y se acostaba con todo bicho viviente para apaciguar a sus demonios.

¿Dejarlo? ¿Sabría vivir sin esto? La adrenalina es una droga poderosa corriendo por las venas del ser humano... No se trata de vivir, sino de cómo vivir; ahora era la voz de Tony —del puto Tony Nolan, se recordaba siempre así misma—, la que resonaba en su cabeza.

Para evitar riesgos innecesarios —ella siempre lo hacía, por eso seguía con vida—, se había cortado el pelo a lo pixie, con bastantes trasquilones, y se lo había teñido de caoba. Naturalmente, se quitó el parche de cuero y, en su lugar, se ajustó una bola de cristal, como ella llamaba a sus prótesis, en el hueco ocular. Ahora trabajaba para una ONG inglesa, era Fionna Scott, enfermera diplomada, natural de Manchester.

—Tendrá recibo, por supuesto... —dejó caer Mishka. Tenía un sentido del humor el jodido, bastante siniestro.

—Por supuesto —mintió, ya se inventaría alguna excusa—. Espero que haya servido de algo.

Estiró las piernas y se cogió los tobillos.

—Eso es indiscutible... Dana... Nuestros chicos ya están dentro del sistema de drones —a veces se refería a sus agentes como sus chicos, eso la sacaba de quicio—. Y, los británicos seguirán prestando sus ojos a la misión, cuando dan su palabra la cumplen. Los franceses... continuarán jugando, pero han retirado a su alfil de la primera línea de ataque, ahora mantienen una posición defensiva.

Mishka alardeaba de ser un excelente estratega de ajedrez y gustaba de usar símiles del juego en la vida real.

—¿Y eso? —preguntó despreocupadamente mientras adoptaba la pose de la flor de loto. Respiró hondo. La energía no fluía. Todos sus chacras estaban atascados de mierda a rebosar.

—Van a utilizar una fuerza de operaciones especiales, de mercenarios... Cuando sea necesario... Observarán y atacarán el objetivo. Su presidente necesita una victoria en el Sahel, su política en la zona pende de un hilo demasiado fino.

—Entonces...

La maquinaria pesada de Dana comenzó a engrasar rápidamente dentro de su mente, como si fueran los pistones de un motor diésel.

—Nos van a hacer el trabajo sucio. Con suerte. Si tienen paciencia... puede que su objetivo y el nuestro converjan. Quizás no tengamos que utilizar los drones británicos después de todo.

—Entiendo —asintió presionando sobre sus muslos, todavía en posición de flor de loto. Respiraba profundamente para no perder los estribos—. Una contingencia no prevista.

Sabía de sobra que Mishka era un experto manipulador. Había observado desde la distancia como ejercía de titiritero con el resto de compañeros, poniéndolos a bailar a su son. Para conseguir un bien mayor, para salvaguardar la paz en Israel, solía decir.

Ahora que lo sufría en sus carnes se sentía como una vulgar marioneta, recién pintada y llena de costuras y remiendos. Se preguntaba hasta qué punto la había manipulado a ella, hasta qué punto había tensado y aflojado los hilos para que ella se hubiese tirado a una piscina llena de pirañas, prácticamente sin pensar. Un acto reflejo. Se había presentado voluntaria a una misión peligrosa, pero que le iba como anillo al dedo. Quizás la misión tenía dos objetivos, o quizás el objetivo principal fuese conseguir las claves de acceso a los drones británicos.

—¿Y los españoles?

Hubo un momento de silencio. ¿De duda? ¿De remordimiento de conciencia? No me hagas reír, apareció la voz nítida de su yo más sarcástica y escéptica. Te está utilizando porque sabe que lo amas, que todavía se te revuelven las entrañas cuando piensas en él. Imbécil.

Mishka carraspeó, podía sentir su aliento en la nuca. Se aclaró la garganta a 4.000 kilómetros de distancia, cómodamente sentado en su sillón de cuero.

—Siguen adelante.

—¿Saben lo que se está cocinando?

—Algunos lo saben, por supuesto —admitió de mala gana—. Los que están de nuestro lado. ¿Lo sabe alguien más? —preguntó con voz afilada.

«Claro que es consciente. Desde el primer momento.»

—No. Nadie más —mintió con un tono glacial, firme, aunque su corazón martilleaba. Tragó una saliva que le supo a ácido cuando llegó a su esófago.

—Bien —respondió lacónico. Unos segundos de pausa y después continuó con tono condescendiente—: Has hecho tu trabajo de forma eficiente, como siempre. Ahora, tómate unos días libres, un par de semanas en Eliat... y después vuelves a Tel Aviv con las pilas cargadas para evaluar el resultado de la operación.

Cortó la comunicación.

Era un tipo que economizaba sus palabras. Ese último comentario decía bastante: estoy al tanto de todo lo que haces, de tu vida privada, de tus vacaciones, de con quién te acuestas y de quién te acuerdas cuando te vas a la cama a masturbarte.

Debía dejarlo correr y relajarse un poco. Su cabeza era una olla a presión. Quizás se lo estaba inventando. Imaginaba cosas. Estrés postraumático.

No tenía que haber hablado con Nolan —el jodido Tony, le decía su querida vocecita interior, rasposa—. Pero, lo había hecho, contraviniendo claramente el protocolo y poniendo en riesgo la misión y su tapadera. No le había contado todo, solo lo suficiente para que supiera que ella —el Mossad — estaba cerca.

Notó una presión en el esternón, como si le estuvieran aplicando varias atmósferas y su cavidad torácica no pudiese soportarla. A veces le pasaba, pensar en Anthony Nolan —el jodido Tony—, la hizo sentirse enferma, y el dolor empezó a constreñir su pecho. Respiró profundamente desde el abdomen, intentando abrir sus chacras. Estuvo cinco minutos vaciando su mente, recuperando su lugar en el mundo. Poco a poco se tranquilizó.

Ruido. Alguien abría la puerta. Se envaró tensa como un alambre. Asió la pistola que tenía enfundada sobre la mesita y se colocó pegada a la pared conteniendo la respiración. El corazón en un puño y el dedo sobre el gatillo.

—¿Hay alguien? —preguntó en tono desenfadado una voz varonil cargada de testosterona.

Se desinfló por completo y se asomó al pasillo con la pistola en la mano.

—¡Joder! Ariel... Me has dado un susto de muerte. Sabes que si no hay problemas debes llamar con tres golpecitos antes de entrar... y uno seco.

—Perdona... —musitó avergonzado—. Tienes razón. No estoy acostumbrado a recibir visitas. Llevamos casi un año por aquí y eres la primera que viene. Esto es el culo del mundo...

Ariel era el jefe de estación en Bamako. De cara al mundo exterior, era un técnico agrícola que trabajaba en una empresa francesa que intentaba poner en marcha técnicas de regadío en las zonas adyacentes al Níger. De cara al interior, era un oficial del Mossad, recién salido del horno. Proveniente de las fuerzas especiales del ejército, de la unidad Duvdevan. Había recibido un balazo en la pierna que le dejaba incapacitado para las exigencias del ejército, pero no para el servicio secreto israelí.

—¿Qué haces con una pistola en la mano? —preguntó inocente.

—Nada —vaciló—. Simplemente creía que eras un espía británico, un fanático yihadista o un ladrón con mala suerte...

Se encogió de hombros y enarcó las pobladas cejas. Tenía cara de osito.

—He ido a comprar unos bollos y a dar una vuelta por la fundación —en sus ratos libres colaboraba con una organización religiosa que cuidaba de niños que habían perdido a sus familias en la revuelta Tuareg de 2012. Ayudaba a reforzar su tapadera—. ¿Sabes? Hoy he vuelto a recobrar la confianza en el ser humano.

—¿Y eso? —ella distaba mucho de confiar en cualquier animal que fuera erguido sobre dos patas, sobre todo si tenía rabo—. ¿Se te ha aparecido Yavé y te ha dado las nuevas tablas de la ley? Cuantos mandamientos son ahora... ¿veinte?

—¿Por qué eres tan sarcástica? Si sonrieras de vez en cuando... te vendría bien, ¿sabes? Para tonificar tus músculos faciales.

—Ya están suficientemente tonificados —escupió áspera y seca como una lima.

—Ha venido un chaval... —sus ojos negros brillaron como dos supernovas a punto de implosionar—, uno del orfanato que siempre anda metido en líos... ha donado 5.000 libras que dice que ha encontrado en la calle, en un cubo de basura. Las monjitas están que no caben en su gozo de alegría, imagínate... 5.000 libras esterlinas —remarcó mientras dejaba el envoltorio de papel con los *meni-menyong* encima de la encimera de la cocina—. ¿Tú no sabrás nada de eso?

—Anda, no digas más sandeces... —contestó hierática— y vente a la cama, que yo también quiero recobrar la confianza en el ser humano.

Le hizo un gesto con el índice cargado de sensualidad.

Ariel podía ser un simplón, pero, no era tonto del todo, y además tenía un cuerpo de Adonis. Debía recibir algunas lecciones para hacerse un buen agente de campo, y ella se disponía a dárselas.

—¿No tuviste suficiente con lo de anoche? Con lo de hace un rato quiero decir —replicó en tono jocoso quitándose la camiseta. Tenía un torso imponente, velludo, joven y fuerte. Sus ojos chispeaban de nuevo, ahora con un reflejo de lujuria.

—No. Es lo que tiene este trabajo, tienes que aprovechar los momentos, nunca sabes cuándo puede ser la última vez que a una le hacen un cunnilingus... —había ocasiones en que le gustaba ser soez y provocar, y esta era una de ellas.

Dana se dio la vuelta y moduló una amplia sonrisa interior. No era Anthony Nolan, pero bien podía valer para pasar el rato.

Dieron tres golpes en la puerta, seguidos de uno seco.

—Y dile a Benji que se venga también.

Anthony (cerca del Macizo de Air)

El aire era límpido y nítido. El sol en el cielo, fuerte, abrasador. Atravesaban un vasto y primigenio paisaje esculpido por la arena, moldeado por el astro rey más despiadado. Se adentraban en el Teneré, el lugar más inhóspito de la Tierra. Antaño el hogar del pueblo Tuareg, valiente y orgulloso, degradado a una sombra alargada de lo que fue.

Aún estaban a medio día de camino de las Montañas Azules. Habían atravesado áreas de extensas salinas, campos de dunas que ascendían y descendían como océanos enrabiados, y gigantescos afloramientos de obsidiana y mármol cristalino que quebraban la arena como si fueran criaturas mitológicas de otros tiempos. Restos de otra época, de un pasado glorioso en el que los tuaregs dominaron este reino de arena, piedras y sol, exigiendo tributo a los mercaderes que recorrían las rutas caravaneras y saqueando a las tribus sedentarias de las orillas del Níger para procurarse animales y esclavos.

Viajaba al lado de Iman. Delgado iba en el asiento de atrás, junto con un

hombre de edad indeterminada con ropas de militar y turbante negro, fuertemente armado. Tenía la piel oscura, muy negra, y una nariz ancha; una fisonomía robusta, más propia de otras latitudes. El chófer y el copiloto eran más parecidos a lo que él tenía en mente de los tuaregs: espigados, piel aceitunada y nariz aguileña. Ambos tenían los ojos azul topacio como el cielo del desierto. Los de la pick up que los escoltaban estaban a medio camino, eran una mezcla de ambas fisonomías.

—Todos los hombres llevan turbantes —murmuró Anthony más para sí mismo que para entablar conversación. No habían hablado mucho desde que los sacaron a punta de pistola y les ordenaron que cambiaran de auto. Simplemente observaban el vasto paisaje cada uno sumido en sus disquisiciones internas.

—Es una tradición para los tuaregs. No así las mujeres, ellas no se cubren el rostro —aclaró Iman con un deje de orgullo, levantando el mentón en plan erudita—. Las capas de tela no sólo los protegen del sol y del viento, también ocultan sus emociones.

—No parecen tuareg.

—¿A qué te refieres?

—A su piel... a sus rasgos... son tan diferentes entre sí... solo sus ojos se asemejan, lo cual también es extraño.

Iman rio como si hubiera dicho algo gracioso.

—Los tuaregs se casaron con sus esclavos de otras tribus durante siglos, se hibridaron... en todos los sentidos, no solo en el plano físico... La mayoría distan mucho de lo que uno espera de ellos.

—Fueron un pueblo aparte hasta que se follaron a sus esclavas —Anthony fue soez a propósito, explorando posibilidades.

—Así es... —hizo caso omiso a la parte vulgar de su comentario—. Antaño altivos e irreductibles, ahora luchan por sobrevivir en los convulsos territorios del norte de África.

El coche traqueteó al coger una zona de baches en pleno erg del desierto.

—¿Cuál es la relación que tienen con tu gobierno?

Ella observó al frente, dejando su perfil de princesa Nubia para deleite de Anthony; sus pómulos parecían esculpidos por las manos de un ebanista, y sus labios dibujados por un grueso pincel.

Se lo pensó un poco antes de responder.

—La misma de siempre... Los tuaregs han protagonizado dos rebeliones contra el Gobierno de Níger, la última de ellas por los beneficios de la

explotación de las minas de uranio ubicadas en sus tierras.

—Que explotan los franceses —añadió él.

—Y los chinos, desde hace poco —terció ella—. Llevan relativamente tranquilos desde el 2007, no se han metido demasiado con los grupos yihadistas.

—Vive y deja vivir.

—Besa la mano que no puedas cortar —atajó Iman con un brillo especial en sus ojos—. No les gusta que les digan lo que tienen que hacer, pero tampoco se van a meter en una guerra que no pueden ganar.

—Salieron escarmentados de la última rebelión.

—Puede ser... el caso es que últimamente la cosa se ha complicado bastante.

—¿A qué te refieres?

—Revueltas, hambre y sequía... Aunque no necesariamente por ese orden. El último brote de violencia entre las comunidades tuareg del norte de Mali provocó desplazamientos masivos de su población hacia nuestras fronteras, amenazando con agudizar la crisis alimentaria que sufrimos desde hace años, aquí en el Norte.

—Cuando las barbas de tu vecino veas cortar... —Anthony dejó la frase sin terminar. Ella lo miró sin comprender—. Nada, continúa, es un dicho de mi país.

—Los enfrentamientos entre grupos tuareg de Mali se vienen recrudeciendo desde finales de abril, y la región de Tahoua, en el oeste de Níger, se ha visto obligada a acoger a numerosos grupos de refugiados. Ocurre lo de siempre... se produce un desproporcionado incremento de la población en poco tiempo, meses... que coincide con un período de escasez entre cosechas que sufrimos cada lustro, con la consiguiente merma de las reservas de alimentos. Caos, hambre y guerra que deriva en más caos, más hambre y más guerra. El cuento de nunca acabar en África.

—Entiendo... El ambiente está revuelto.

—Más que revuelto... puede que estemos al borde de otro levantamiento. Es algo que debemos evitar, o estar preparados si es ineludible.

Las piezas del puzle comenzaban a encajar.

—Por eso estás tú aquí. En realidad, os importa un cojón lo que les pase a los chicos...

La verdad, que a él le importaban también un carajo, pero era lo que había. La otra esbozó una tímida sonrisa de asentimiento.

—Por ambas cosas —admitió ajustándose la boina bajo la atenta mirada del copiloto que no le quitaba ojo desde el espejo retrovisor. Anthony tampoco lo hacía—. Principalmente, para conseguir información de primera mano... Y, si nos podemos apuntar el tanto, pues también... Al menos, el nombre de nuestro país se asociaría, por una vez, a un hecho positivo. Al gobierno también le interesa la propaganda en los tiempos que corren, granjearse buenos aliados y una buena ración de ayudas humanitarias aliviaría el calvario de mucha gente.

—Y Hakeem... ¿Qué gana con todo esto?

—Todo y nada —replicó—. Si hay un levantamiento, no creo que pueda ponerse de perfil y continuar como si nada ocurriese... Deberá sobrevivir entre un fuego cruzado que puede terminar con su negocio, como mínimo. Si debe escoger bando... querrá saber qué es lo que se cuece...

—¿Y tú? ¿De qué bando estás?

De nuevo esa sonrisa ladina. Giró el cuello mostrando unos finos tendones.

—Igual que tú... del mío. Ya te lo he dicho.

A la caída de la tarde el Land Rover subía por la cresta de una empinada duna, sacando lo mejor de sí mismo, apurando su motor, revolucionando al máximo. El conductor mantenía el pulso firme en el volante y el pie a fondo pisando el acelerador.

Cuando llegaron a la cima atisbaron un pequeño Oasis al otro lado, a unos dos kilómetros, en el que se adivinaban unas dos docenas de jaimas sobre una alfombra de hierba salpicada de arena.

El copiloto intercambió unas palabras en *tamashek* por radio y después hizo un gesto para continuar.

—Vamos a hacer noche aquí —anunció Iman.

—¿Aquí? —inquirió Anthony—. Las montañas todavía quedan un poco lejos...

—Las prisas no son buenas en el desierto, Anthony Nolan... Los vehículos llevan más de cinco horas de marcha, los motores necesitan refrigerarse, no aguantarán mucho más. Además... Hakeem nos espera ahí abajo con el comandante de los Tuaregs.

Anthony se volvió para mirar a Delgado que permanecía ensimismado en su mundo de ansiolíticos, antidepresivos y cocaína de alta pureza. Mantenía una expresión hueca, inane, como si no tuviera contenido. Durante esos momentos, en los que se encontraba inmerso en un hiato temporal, ya había

aprendido a dejarlo vagar a solas por su colección de recuerdos.

Entraron en el campamento en el ocaso de la tarde. El sol se escondía en poniente dejando un horizonte de colores imposibles, en el que los ocre, los naranjas y los violetas ganaban la partida al resto.

Un niño en sandalias, pantalón y camisola cárdena mantenía a una recua de burros alejados de un pozo. Les atizaba con una vara, bajo la atenta mirada de su madre, que observaba la llegada de la caravana con el rostro descubierto y una expresión circunspecta.

Un rebaño de camellos, tumbados al fondo, descansaban apaciblemente bajo la sombra de unas palmeras que desde la distancia tenían mejor aspecto que el resto del oasis. Iman tenía razón, la sequía hacía estragos, había más arena que pasto y la vegetación moría de sed.

El color ocre predominaba sobre el verde, solamente el palmeral parecía aguantar estoicamente los efectos de la falta de humedad. El oasis se secaba, de eso no cabía la menor duda.

Al poco de entrar el convoy y apagar los motores, un grupo de niños se acercó corriendo hacia ellos. Los conductores comenzaron a tocar el claxon. Se oyeron algunos disparos de bienvenida procedentes del interior del palmeral.

El campamento lo conformaban unas cincuenta jaimas fabricadas con piel de camello, dispuestas en los claros que dejaban las palmeras datileras, sin un aparente orden. Nolan se fijó en que había dos pozos de los que partían varias acequias que inundaban una pequeña zona de huerta. Un lago del tamaño de una piscina olímpica afloraba de las entrañas del desierto en el centro del Oasis. Alrededor, pastaban, o lo intentaban, pequeños rebaños de camellos, cabras y burros. También había media docena de niños que chapoteaban alegres en una de las acequias, dándose chapuzones y jaleándose los unos a los otros.

Dejaron los vehículos en las inmediaciones del palmeral, junto a otra docena de todoterrenos. Los niños se acercaron primero a los milicianos tuaregs, que repartieron caramelos entre el jolgorio de los pequeños que saltaban de alegría con un brillo de júbilo reflejado en sus ojos.

Varias mujeres caminaban hacia ellos con paso tranquilo, charlando alegremente, para abrazar a sus hijos o sus maridos. Ninguna llevaba el rostro cubierto. La mezcla de etnias, tal y como había mencionado Iman, se mostraba también patente en sus rostros, afilados y endurecidos por la vida

nómada y las privaciones del desierto.

Delgado observa a los niños desde su particular atalaya.

—Ya no te quedan camisetas... —le dijo Anthony.

—No —frunció el ceño y se rascó la nariz. Su mirada traslucía un halo en el que Anthony identificó algo parecido a la ternura—. Además, aquí no surtirían el mismo efecto.

Se metió las manos en los bolsillos y se acercó a los chicos. Como si fuera un consumado mago prestidigitador comenzó a sacar monedas de sus orejas a diestro y siniestro. Sus dedos se movían con agilidad, sacando euros de la nada, haciendo graciosas cabriolas y giros en el aire. Los niños se quedaron boquiabiertos ante las habilidades del mendigo Delgado, que habría hecho cosas horribles a lo largo de su vida pero que, en ese instante se había transmutado en un ser maravilloso para un puñado de críos en mitad del desierto.

Los zagales miraron rápidamente a las mujeres que observaban la escena con una sonrisa, asintiendo con la cabeza. Como un resorte, todos comenzaron a gritar y a saltar alrededor de Delgado que disfrutaba con ellos como si volviera a tener ocho años. Gritó, cantó, corrió y saltó a la pata coja remedando lo que hacían y ellos imitándolo a él, hasta que perdió el equilibrio, cayó sobre la arena y los pequeños se arremolinaron en torno a su figura.

Madres y hermanas reían a carcajada limpia. Al cabo de unos minutos, en los que Iman y Nolan asistían al espectáculo con una sonrisa perenne, comenzaron a gritar algo en tamashek y los niños se retiraron corriendo al interior del palmeral, cada uno con una moneda de un euro en la mano. Un tesoro. Un trocito de felicidad.

Iman le cogió la mano con una leve sonrisa y Anthony acarició su dorso.

Por el camino principal del oasis se acercaba un grupo, con Hakeem a la cabeza, escoltado por Amunike, junto a un espigado imuhar, ataviado con túnica y turbante negro. Unos pasos por detrás, iban tres hombres en ropas militares que portaban rifles colgando de sus hombros.

Nolan le tendió una mano a Delgado y lo ayudó a levantarse.

—Tamariz... —dijo con sorna—. Hoy te has ganado el pan.

—Ahora te lo tendrás que ganar tú...

Cuando llegaron a su altura, Iman se acercó a Hakeem y le dio un abrazo que a Anthony le pareció más fraternal que otra cosa. El gigante se acercó y

estrechó la mano de Nolan y de Delgado.

—Me alegro de veros —esbozó una enorme sonrisa enseñando sus dientes blancos, aún más blancos en contraste con su piel—. Este es el jefe del poblado y comandante de los tuaregs del Norte de Níger.

El individuo se acercó con paso firme. Irradiaba una autoridad intrínseca a su propia naturaleza, transmitida de padres a hijos durante generaciones.

—Salam Aleikum —dijo el imuhar llevando la mano en el pecho, una mano callosa de dedos alargados y fuertes. Sus ojos azules se clavaron en los de Anthony y Delgado.

—Aleikum Salam —respondieron al unísono Nolan y Delgado imitando el gesto del targuí.

—Me alegro de que hayan venido. Tenemos mucho de qué hablar —su voz era como un murmullo rugoso. Hablaba un inglés correcto, entendible, sin demasiados artificios—. Mi nombre es Gazel. Puede que existan intereses comunes que podamos aprovechar.

—Gracias, eso espero. Buscamos a una persona y quizás pueda ayudarnos —replicó Anthony cruzando los brazos.

—¿Una persona en mitad del Sahara? —Nolan percibió que esbozaba una pequeña sonrisa debajo del turbante—. Hay que estar muy desesperado para eso... o estar loco de atar... Es una broma —dijo sin sonreír—. Tendrán hambre... Las mujeres estarán preparando la cena... Pero, antes tomen un baño... de agua o de arena... como prefieran.

El imuhar se dio la vuelta y se perdió entre las palmeras.

—Parecéis muy amigos —concluyó Anthony cuando el targuí estaba a suficiente distancia.

—Ya sabes lo que dicen... ten cerca a tus enemigos... y más a tus amigos —replicó Hakeem.

Nolan, Delgado e Iman siguieron a Hakeem hacia un grupo de tiendas camufladas en el borde septentrional del oasis. Allí descansaban sus hombres —esta vez no había muchachos ni niños, se percató Nolan—, fumando, bebiendo y jugando a los naipes, o tumbados en hamacas improvisadas, colgadas entre dos palmeras datileras. Alguno saludó a Iman con un leve gesto y una risa torva, pero, la mayoría siguió atento a la partida o sumido en sus pensamientos. Todos llevaban sus armas cortas al cinto. Aparentaban tranquilidad, pero se notaba una corriente de tensión subyacente. Al fondo, junto a una gran estera, se arrodillaba un anciano enjuto con la cara marcada

de cicatrices que, junto a otro hombre grueso y de mediana edad, limpiaba y engrasaba con mimo los Ak47 y varios subfusiles de asalto.

Amunike les dio un par de bolsas con ropa limpia y, sin decirles nada, se introdujo en la tienda principal, por la que habían entrado unos segundos antes Iman y Hakeem.

Ninguno de los guerrilleros pareció reparar en su presencia. Parecía que la cosa no iba con ellos. Convidados de piedra, pensó Nolan circunspecto.

Se quedaron mirándose durante unos segundos. Rictus serio. Ambos se encogieron de hombros, se dieron la vuelta y caminaron en dirección al lago que ocupaba la parte central del oasis.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Delgado—. Este negro cabrón se ha traído a tipos curtidos.

—Un número reducido para no llamar la atención —añadió Nolan mientras bordeaban el campamento Tuareg, dejándolo a unas decenas de metros a su izquierda.

—Exacto —replicó el mendigo con aire pensativo. Se presionó la nariz y echó abundante mucosidad sanguinolenta—, una especie de comando.

—Imagino que querrá moverse rápido —apuntó Anthony—. Mientras menos polvo levante mejor.

—Eso es lo que me preocupa. No quiere llamar la atención. ¿Por qué? Ya has visto la mansión dentro del suburbio, y las joyas, es un tipo pomposo... —hizo una pausa—. Ese hijo de puta trama algo, nos está utilizando. Y también está la desaparición del gabacho... no me gusta... no me gusta... —repitió.

—Según Iman, busca información de primera mano —replicó Anthony consciente de lo inconsistentes que sonaban los argumentos de la espía. Lo de Duran le inquietaba tanto como a Delgado.

—Según Iman...

Las ramas caídas de las palmeras crujían a su paso. El viento del desierto barrió el campamento y le llevó el olor a guiso. Las mujeres targuís comenzaron a gritar con una excitación contenida.

—¿Qué coño les pasa? —dijo Anthony cansado de la larga jornada.

—Parece que están de celebración.

—Una celebración... en mitad de la nada es nada.

—Joder, todo el mundo tiene derecho a ser feliz en este puto mundo, Nolan... Incluso en este rincón perdido de la mano de Dios... fíjate, hay gente que parece feliz.

Nolan se quedó observándolo, sorprendido por la respuesta.

—No sabía que tenías una vena filosófica... y que te gustaban tanto los críos.

—Los que no son míos... me gustan... me hacen sentirme más joven. La inocencia de la juventud y todas esas chorradas... supongo, eso... o es que me estoy volviendo senil.

«Las pastillas ayudarán también, loco cabrón», pensó Anthony para sus adentros.

—¿Y cuántos tienes? —preguntó Anthony a medio camino entre el interés y la sorna. Le caía bien ese tipo.

—¿Reconocidos? —Delgado se paró en seco, alzó una ceja y le dio un empujón en el pecho—. Los mismos que tú, Rodolfo Valentino. Cacho cabrón... No creas que no te oí la otra noche. Tuve que ponerme unos tapones y endosarme una ración doble de pastillas amarillas.

Ambos rieron a gusto. Primero con una risa nerviosa para liberar la tensión acumulada y después con ganas, a mandíbula batiente.

—Eres un tipo raro... mendigo Delgado.

—Mira quien fue a hablar...

Las carcajadas debieron de alertar a algún niño que andaba por las inmediaciones del campamento. Oyeron unas voces infantiloides en esa extraña jerigonza que hablaban y, de repente, salidos de la nada, aparecieron una docena de chavales corriendo en tropel hacia donde ellos estaban.

—Todo tuyos —dijo Nolan poniéndose de perfil, invitándole a avanzar con la palma de la mano en dirección al lago.

—Nos vemos luego...

Delgado arrojó la bolsa al pie de una palmera y comenzó a correr los cien metros que le separaban del agua en un tiempo bastante digno para una persona de su edad. Dio un alarido y se zambulló de panza. Los niños, enloquecidos en una algarabía ininteligible corrieron detrás de él e imitaron su estilo panzudo a la hora de tirarse al agua. Risas cantarinas. Lo rodearon y comenzaron a palmotear sobre el lago levantando pequeñas olas espumosas alrededor del mendigo Delgado que berreaba, daba pequeños saltos, se zambullía y volvía emerger aún más enloquecido.

Nolan cabeceó y esbozó una media sonrisa. Se dirigió al extremo más alejado del poblado. No le gustaban los niños, ni los suyos ni los de los demás. Los consideraba un incordio, un atraso en la vida y en la evolución humana. «El hombre debe de dejar de reproducirse, se acabarían gran parte de nuestros problemas», le decía a Guancho cuando filosofaban con unos

Bourbon de más, después de cerrar las puertas del puticlub de la carretera de la Coruña. La verdad que hacía tiempo que había perdido la fe en el ser humano, mucho tiempo. Aunque el mendigo le estaba dando otra oportunidad. Le estaba cogiendo cariño a ese malnacido.

Se quitó la ropa cerciorándose de que el estilete seguía en su sitio. No tenían armas de fuego y, lo peor era que los tuaregs les habían requisado los móviles al montarse en el todoterreno en Agadez. ¿Les habrían quitado la tarjeta? Suponía que sí, pero siempre cabía la posibilidad de que hubiera algún tuareg tonto, como había españoles tontos y franceses tontos. Quizás estuviesen monitoreando su posición desde Madrid. Tampoco suponía ningún alivio, no esperaba más ayuda que la de Delgado. En Madrid esperaban resultados. Era consciente de que estaban solos en el desierto, sin apoyo. El franchute se había largado y suponía que, al menos, el británico estaría observando el campamento desde las alturas.

Desnudo como su madre lo trajo al mundo, metió los pies a la altura del tobillo. El fondo era limoso, blando y pegajoso. La primera impresión fue de frío. Los músculos erectores del pelo se contrajeron involuntariamente provocando una piloerección. Su vello se erizó en forma de pequeñas protuberancias. Carne de gallina. Dio un par de zancadas hasta que el agua le cubrió el ombligo. Se sumergió completamente, cerró los ojos y aguantó la respiración hasta que sus pulmones estuvieron a punto de estallar.

¡Dana! Sin el móvil no podría avisarle. Eso era un problema. Un problema bastante serio. Un regusto amargo bajó por su esófago. Por unos segundos, se sintió helado, como si fuera golpeado por un aguacero de tormenta. Podría terminar calcinado en cualquier momento. ¿Y si los yihadistas se encontraban en el campamento? ¿Aniquilarían a un centenar de personas, mujeres y niños inocentes porque sí? Solo para matar a un hombre, a un peligroso terrorista internacional... No sería la primera vez que pasaba, ni la última.

«El Mossad está orquestando una operación en la sombra, te utilizan de pantalla para llegar a los malos, Tony», fueron sus palabras exactas. El Mossad era ella. Dana trabajaba para el Mossad, pero le había advertido. Con la muerte de los cabecillas podrían evitar la masacre de soldados hebreos y ciudadanos occidentales, de esos que salen en las noticias de las tres. Sí, si podían, lo harían. Estaba seguro.

El resto serían bajas asumibles, daños colaterales. De esas víctimas, de tercer o cuarto grado, tan alejadas de Madrid, París o Londres, que no salían en las noticias, o, si lo hacían, eran solo durante unos segundos efímeros. Unas

imágenes de fondo fuera del contexto cotidiano, en un lugar exótico, a miles de kilómetros. De allí, de al sur de morilandia, donde se matan los negros a machetazo limpio, como diría Guanchito. A quién carajo le importan si mueren diez o diez mil... Y, Delgado y él eran prescindibles. Héroe caídos en combate. Nadie los iba a echar de menos.

Si llegaba el caso, lo más probable fuese que nadie se enterase de lo que había pasado. O que se filtrase la información justa y necesaria para dar algo de dramatismo al asunto y que algún militar se pusiese alguna medalla a costa de vidas de inocentes.

Esa era su vida, una vida de perros. Al fin y al cabo, su vida, a la que tanto se aferraba.

El hecho de ser un espía, a menudo implicaba verse obligado a elegir entre opciones desagradables. La vida real no era algo limpio y claro, como la gente de bien pensaba. Era sucia, cubierta de una fina capa de limo y detritus. Ningún hombre deambulaba por ella sin mancharse, y menos uno como Anthony Nolan. Un hombre roto en mil pedazos y vuelto a recomponer, en varias ocasiones.

«Mira el cielo despejado —se dijo—. Respira el viento. Disfruta de la libertad, mientras puedas.»

Aspiró hondo, llenando sus pulmones de un aire cálido y limpio. Estiró los brazos en cruz, con las palmas vueltas hacia el cielo, flotando sobre el estanque. Alejó de su cabeza la idea de morir desangrado intentando sostener sus intestinos con sus propias manos y que no se desparramasen por la arena del desierto. Dejó su mente en blanco, lo más parecido al vacío. No era dueño de su destino, se dejaría llevar hasta que tuviera una oportunidad. Y, la aprovecharía, aunque fuera in extremis.

Cerró los ojos durante unos minutos que bien pudieron ser horas o días. El tiempo era maleable, elástico, y él era solo un elemento más en la ecuación. La incógnita a despejar.

Cuando los abrió de nuevo, la luna en su cuarto decreciente apareció plateada sobre su cabeza como una guadaña. Los rayos del sol apenas conformaban una franja rojiza en el horizonte y las estrellas comenzaban a asomarse al firmamento como luciérnagas en un prado oscuro. Ya no se oía el griterío de los niños, había sido sustituido por el cántico dulce y sostenido de las mujeres tuareg.

Una figura más oscura que el atardecer apareció entre el palmeral. Dejó su ropa al lado de la suya y metió los pies en la orilla. Iman. Misteriosa y

salvaje. Su piel de obsidiana destacaba entre las sombras grises. Su cuerpo era imponente, musculoso y atlético, de fémures kilométricos y pechos turgentes. Con movimientos ágiles y felinos se zambulló en el agua, cortando la superficie con un nado preciso y vigoroso.

«Un animal peligroso», se dijo Anthony, sintiendo una gran erección bajo el agua.

Se plantó a un metro de donde estaba Nolan en cinco brazadas de crol. Brazos en jarras, mostraba su cuerpo desnudo sin tapujos, sumergido de cintura para abajo. Los pezones apuntaban directamente hacia él, como dos puntas de ballesta dispuestas a saltar. Pequeñas gotas de agua bajaban por su tersa piel confiriéndole un aspecto de una ninfa aguerrida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Anthony.

Nolan dio un paso hacia ella. Solo le sacaba unos centímetros. Podía sentir un leve jadeo y su corazón palpitando

—¿A ti qué te parece?

La mirada de Iman era intensa y su rictus denotaba tensión o excitación, o puede que ambas cosas. Nolan acarició uno de sus pechos y ella le cerró la mano. La agarró de la nuca y atrajo sus labios hacia los suyos. Ella se envaró y lo abrazó con fuerza enroscándose a él como una pitón estrangulando a su presa.

Al cabo de unos minutos, frenéticos, de deseo y lujuria, en los que habían gozado de la carne, se tumbaron en la arena de la pequeña playa que daba al lago. Recuperaban la respiración y bajaban pulsaciones. Ella ronroneaba satisfecha y Nolan le acariciaba la espalda, recorriéndola con la uña de su dedo índice.

La luna, cuarteada, esmerilaba la superficie del agua. Los juncos se movían levemente. Parecía que iba a ser una noche tranquila, serena y cálida, con las estrellas apuntalando el firmamento.

Nolan rebuscó entre los bolsillos de su pantalón. Encontró el paquete de cigarrillos Camel y unas cerillas. Prendió fuego a un pitillo y dio un par de caladas hasta afianzar la brasa.

Iman se lo quitó de las manos y aspiró hondo.

—Creía que había algo entre Hakeem y tú —dijo él para romper el silencio y ver si podía recabar algo de información útil. Sabía por experiencia que eran momentos en los que se bajaba la guardia.

Ella se revolvió inquieta.

—Hay algo, pero no lo que piensas. Es complicado, por ahora tengo que seguirle la corriente a ese cerdo cabrón —Anthony se sorprendió al oírlo hablar así—. Llegará el día... algún día —susurró sin terminar la frase.

Le devolvió el cigarrillo y se recostó apoyándose en sus antebrazos, estirando las piernas. Su mirada se perdió hacia la otra orilla plagada de sombras grises en varias escalas. Detrás de las palmeras se levantaba una duna gigantesca, de decenas de metros que parecía a punto de engullir todo el oasis.

—Pensaba que no te gustaba —prosiguió Nolan apretando los labios y juntando las mejillas, tenía la mandíbula en tensión después del envite.

En cierta medida había sido un ejercicio, una lucha. Una cópula violenta. Sentía los arañazos en la espalda y tenía el glande dolorido. No podía decir que hubiese sido la experiencia más placentera de su vida, pero sí algo interesante, quizás un camino a explorar en el futuro.

—Y no me gustas, solamente estaba cachonda. Has cubierto una necesidad animal, un instinto primario, nada más. Eras el que más sano parecía de la manada —añadió ella con una sonrisa. Sus ojos parecían dos lunas, con dos agujeros negros en el centro—. Cuando la muerte acecha me pongo así. Supongo que prefiero hacer esto que estar sentada alrededor de una fogata jugando a las cartas y bebiendo whisky...

—La muerte siempre nos acecha —musitó él. Había algo que le ocultaba.

—Las cosas están cambiando, Nolan, de forma vertiginosa —dijo de forma enigmática. Su mirada era intensa y su rictus serio—. Se acerca tormenta.

—Tormenta en el desierto... La última vez que eso ocurrió... —imágenes de la aldea en Irak aparecieron delante de él, suspendidas sobre el estanque del oasis.

—Tenemos que salir de aquí, en cuanto podamos —dijo Iman. Anthony parecía ensimismado con sus pensamientos más íntimos—. ¿Me has oído?

Nolan no respondió. Ella le dio una sonora bofetada.

—Te he oído.

Dio la última calada y enterró el pitillo en la arena.

—Hakeem juega a tres bandas...

—¿Qué te ha dicho en la tienda? —inquirió Anthony muy serio, la respiración tranquila. Rebuscó de nuevo en sus pantalones.

—Te lo contaré cuando nos hallamos ido —afirmó tajante.

—¿Y los yihadistas? ¿Y el Fantasma? ¿Y el secuestro? —algo iba rematadamente mal en todo aquello y tenía la impresión de que era el único

que no se había enterado. Todo el mundo lo utilizaba. Ya se había cansado, estaba hasta los cojones de que lo manipulasen como a un vulgar muñeco.

—Cuando estemos lejos de aquí.

—Está bien, no me dejas otra opción —musitó, respirando hondo, en castellano.

De un salto se colocó sobre ella. Iman lo miró sorprendida, con los ojos muy abiertos con una mueca extraña. No se lo esperaba. Nolan aprovechó el segundo de ventaja que tenía para volcar todo su peso sobre ella y estrangularla con el antebrazo, cortando la circulación de la carótida. Se enroscó entre sus piernas hacia afuera, inmovilizándolas.

Podía sentir la fuerza de su cuerpo bajo el suyo, fibroso, intentando escapar, rebulléndose en la arena. Se contorsionaba como una serpiente buscando un resquicio por el que escapar. Apretó sus dientes y le mordió el antebrazo. Anthony bufó. Un hilillo de sangre brotó de algún capilar roto. La mano que tenía libre sostenía su afilado estilete. Colocó la punta bajo el párpado.

Ella aflojó la mandíbula al sentir la piedra afilada cortando su piel. Se quedó muy quieta, como una mangosta siguiendo los movimientos de una cobra que la tenía aprisionada.

Lo miró aterrorizada. Sentía la sangre manando. Unas gotitas. La punta estaba a escasos milímetros de perforarle la córnea.

—Tranquila, no te voy a hacer daño —la voz de Anthony era glacial. Una voz que llevaba mucho tiempo escondida, hibernando dentro de su ser, bajo capas de detritus. La voz de un asesino frío y calculador que se lo jugaba todo a una carta—. No te voy a hacer daño, siempre que cooperes y me digas qué es lo que está pasando. ¿Entiendes? —apretó el antebrazo contra su garganta—. Asiente con la cabeza. ¡Qué asientas, joder! ¡No te lo voy a repetir!

Ella asintió con la cabeza, solícita.

—Te voy a quitar brazo para que puedas respirar. Si gritas, te salto un ojo. ¿Me crees?

De nuevo asintió con la cabeza, dócil.

—Bien.

—Hijo de puta —farfulló tosiendo quejumbrosa. Anthony aflojó un poco la presión sobre su laringe para dejarla hablar—. No tenías por qué hacerlo... Estoy de tu parte.

—Eso tengo que decidirlo yo. Empieza a hablar o te dejo la cara echa un Cristo.

Anthony Nolan, en su máxima expresión. Un redomado hijo de puta, un superviviente nato.

Iman comenzó a largar, estuvo hablando durante casi diez minutos sin parar, despejando varias de las incógnitas que lo apesadumbraban. A los cinco, Nolan retiró el estilete y se situó a horcajadas sobre ella.

Una sombra de preocupación surcó su rostro. Si lo que decía Iman era cierto, estaban en apuros. Bien jodidos.

—Vístete —le ordenó Anthony—. Vamos a seguirles el juego durante la cena. El imhwar quería hablar... quizás nos diga algo que no sepamos. No puedo volver a Niamey con las manos vacías.

—Estás loco... Pueden venir en cualquier momento.

—No lo creo... —Nolan cogió una muda limpia y se puso los pantalones. Colocó el estilete dentro del cinturón—. Los tuaregs tendrán centinelas apostados alrededor del campamento. Vendrán de madrugada, cuando el cansancio haga mella y el sueño sea profundo.

Ella asintió y se dio la vuelta.

Sin previo aviso se giró y le propinó una patada lateral en el estómago, golpeando con el talón. Una patada potente, precisa y seca que hizo que Nolan se doblara y se quedase sin respiración. Lo cogió de los huevos, alzándolo unos centímetros de puntillas.

—Maldito cabrón —le escupió en la cara—. Nunca vuelvas a amenazarme.

Los hombres del desierto habían prendido varias fogatas repartidas por el campamento tuareg. El fuego crepitaba al son del vaivén del viento que agitaba las llamas confiriéndoles extrañas y abigarradas formas.

Las mujeres cantaban y reían, con las manos manchadas por el tinte añil de sus ropas nuevas. Celebraban un nacimiento. Una nueva vida, una nueva alma en el pueblo tuareg era motivo de festejo por todo lo alto.

Las más jóvenes, repartían cuencos y platos con comida sobre esteras tejidas con juncos. Los hombres, con el rostro descubierto, también sonreían. Comían con las manos y bebían *eghajiraes* con un cucharón, una bebida que elaboraban machacando mijo, queso de cabra, dátiles, leche y azúcar y se servía en festivales o en días señalados como ese.

El índigo era el color predominante. Ropas cómodas y holgadas, pero elegantes para la ocasión. Ellos con el *bufar o tagelmust*, ellas con el *afetek y takarbast* y el afer a modo de *pagne*.

Nolan comía taguella, un pan plano hecho de harina de trigo y cocinado

bajo fuego de carbón. Hacía lo que el resto, lo rompía en trozos pequeños y lo comía con salsa de carne hervida con leche y manteca. También lo mojaba en una papilla de mijo, llamada liwa. Como detectó que era objeto de alguna burla, dejó de hacerlo y lo sorbió como el resto. Una joven le puso delante un cuenco con queso de cabra y otro con dátiles.

Intentaba actuar con naturalidad, sentado entre el comandante Tuareg e Iman, que parecía muy relajada, aunque de vez en cuando le lanzaba una mirada cargada de preocupación. Disimulaba bien. Hakeem no debía darse cuenta de que se lo había contado.

Delgado se encontraba en la fogata más alejada, en la que comían los niños. Seguía sorprendiéndolos con trucos de prestidigitación, con naipes y monedas, y algún juego malabar con naranjas. Oía las risas y los gritos de asombro. Apenas habían cruzado palabra. Mejor así, no había que tentar a la providencia. Tras meditarlo brevemente, llegó a la conclusión de que no lo iba a abandonar a su suerte. Podría serles de ayuda. De vez en cuando, lo veía echar un trinque de una petaca que llevaba oculta en uno de los bolsillos del pantalón y seguía con la actuación.

Una de las mujeres se levantó, su rostro era bello y destilaba cierta nobleza en su mirada. Se recogió el velo con una mano y habló en alto. Sus palabras fueron secundadas por la mayoría creando un gran jolgorio. Todos los ojos se volvieron hacia el comandante. Nolan observó a Iman de soslayo.

—Es la hija del jefe, le pide que cuente una historia —susurró—. Al parecer, es una excelente cuenta cuentos.

El silencio se hizo en todo el campamento. Gazel se irguió con el semblante sereno y comenzó a pasear de espaldas a los comensales. Tenía una voz fuerte y áspera que intentaba suavizar conforme hablaba según los giros de la historia. A veces provocaba risas, otras expresiones serias y de asentimiento. Había una cierta majestuosidad en su porte y en su forma de actuar.

—Es la leyenda de Tin-Hinan —le aclaró Iman al oído—. Los Tuareg claman ser descendientes de la princesa Tin-Hinan a la que aluden como fundadora de su pueblo. Según su tradición oral, provenía del desaparecido continente atlante del que pudo escapar antes del cataclismo que acabó sepultándolo bajo las aguas. Las historias, transmitidas de padres a hijos, cuentan como Tin-Hinan estaba emparentada con unos hombres de tremenda estatura, cabellos claros y ojos rasgados que procedían de la constelación de Orión.

—Una bonita historia para los niños.

Ella se volvió haciendo un mohín y cogió un poco de carne de cabrito.

Los niños. Daños colaterales, no podían hacer nada por ellos. Él no era un héroe. Las acciones de sus mayores tenían consecuencias. Esperaba que los respetasen. No sabía cómo se lo iba a tomar Delgado.

La historia terminó con aplausos y un griterío generalizado, y Gazel volvió a su sitio acomodándose en la esterilla.

Poco a poco, los asistentes comenzaron a retirarse a sus jaimas; quedaban unos pocos rezagados en cada hoguera, charlando en susurros y observando los rescoldos del fuego y las estrellas de la noche.

Se quedaron prácticamente solos, Gazel, Hakeem, Iman y él. Hakeem se había mostrado bromista y risueño durante toda la velada. Hablando con unos y otros, y saltando de fogata en fogata bajo la atenta mirada de Gazel que parecía no perderle de vista. Nolan intuía que no se fiaba del todo de él. Perro viejo, aunque no tan viejo como el propio Hakeem. Había que ser muy rastrero, pensó Anthony, en eso consiste el negocio de la guerra, en comerciar con la muerte y venderla al mejor postor. Y Hakeem era un señor de la guerra, cuyas cartas Nolan no lograba vislumbrar del todo.

También se preguntaba a qué distancia de Hakeem se encontraba él, reflexionando sobre moralidad; a muy corta distancia, seguramente.

Iman no parecía alterada por el percance del lago. Ni por el primero, más placentero y carnal, ni por el segundo, algo más traicionero y revirado, aunque a la postre esclarecedor. Hacía muy bien su papel. Controlaba bien los nervios. ¿Debía estarle agradecido? Probablemente sabría más de lo que le había contado. Un buen agente de campo siempre se guarda un as en la manga, por si las moscas. Eso era de manual de primero de espías.

—Mañana me acompañarán —dijo Gazel moviendo las ascuas con un atizador de hierro oxidado con forma de gancho. Hubo una pausa. Hakeem miró a Nolan con una media sonrisa e Iman permaneció impasible atenta a las palabras del comandante. Anthony tragó saliva—. Mañana me reuniré con varios líderes de grupos insurgentes en el Macizo de Air.

La revelación pareció coger por sorpresa a Hakeem, que se rebulló en su esterilla, como si tuviera un escorpión debajo del culo. Estiró las piernas. Y sacó un puro del bolsillo de su casaca.

—¿Qué ha pasado? ¿Planeas unirte a ellos? —preguntó prendiendo el cigarro con una cerilla alargada. Sus anillos reflejaban los rescoldos del fuego con un destello en oro—. No me digas que a estas alturas quieres hacer la

revolución.

—Nada de eso... Ya tuvimos bastante con la última. Casi acaba con mi pueblo. Dejó una ristra de lisiados y de viudas. No pretendo embarcarme en una guerra que no puedo ganar. Con los americanos y los franceses poniendo dinero y armas... imposible.

Negó con la cabeza. Parecía preocupado. Su rostro armonioso, relajado durante toda la celebración, parecía haberse contraído, tensando todos sus músculos, mostrando unos surcos que le recorrían la frente.

—Hubo un atentado en las minas de Uranio... —frunció el ceño y miró hacia Hakeem. Sus ojos, verdes grisáceos, emitían un destello helado—. Alguien atacó a los ingenieros jefes de la mina... y mataron a tres de ellos.

Un silencio sepulcral inundó el claro de la fogata. El viento azuzaba las últimas ascuas y las ramas de las palmeras titilaban en cortas ráfagas.

Iman contuvo la respiración. Nolan se palpó de modo inconsciente el cinto.

—Alguien se los cargó... —dijo Hakeem quitándose la boina. Un gesto que no pasó inadvertido a Anthony ni a Iman, que miró de reojo hacia atrás.

—A ti te pagan por mantener la paz en esa zona—apuntó el comandante de los tuaregs—, por mantener a los muyahidines a raya...

—Dicen que no han sido los yihadistas... —respondió Hakeem con su voz gutural, dándole una chupada al puro—. Dicen que han sido los de tu pueblo.

—¡Mienten! —gritó Gazel con una ira contenida.

—Los franceses están convencidos de ello, quizás una facción rebelde...

—No hay facciones rebeldes —cortó Gazel seco, recobrando la calma— ¿Qué dice la chica? —preguntó volviéndose hacia Anthony e Iman, con el mentón alzado, escrutándoles a ambos con una mirada de halcón.

Realmente parecía uno de esos príncipes de las novelas de Vázquez-Figueroa que le leía su abuelo antes de dormir, un imuhar que respeta las tradiciones, las leyes del desierto y se regía por su propio código de honor. Un hombre extemporáneo a su tiempo, rumió Anthony con una punzada de remordimiento y envidia a partes iguales, de esas que le duraban un segundo.

—El gobierno cree que han sido los tuaregs —asintió con el semblante contrito—. Es la versión oficial.

—La versión oficial... —masculló Gazel moviendo levemente la cabeza, con una sonrisa amarga asomando entre sus labios—. ¿Y la extraoficial?

—Para eso estoy aquí —respondió ella.

—Nos quieren como cabeza de turco... Alguien nos quiere borrar del mapa Nolan observó a Hakeem. Dio otra chupada al puro, de nuevo se puso la

boina, e Iman miró hacia atrás, hacia la oscuridad del palmeral.

—No esperes que vengan tus hombres, maldito hijo del demonio... —susurró Gazel.

Hakeem mantuvo la compostura.

—¿Qué quieres? —preguntó el gigante apenas sin entonación.

—No más mentiras... Sé que lo del secuestro no te importa en absoluto, es algo que no va contigo. Lo has utilizado de pantalla para acercarte a mí —añadió clavando la mirada en Hakeem—. Lo he permitido por varias razones: la primera, porque quería hablar cara a cara contigo, verle la cara al famoso chacal que comercia con la muerte; la segunda, porque quería formar parte del rescate de los jóvenes occidentales, eso me pondría de parte de los poderosos por un tiempo y tendríamos buena imagen, que falta le hace a mi pueblo; y, la tercera, porque tenía pendiente un encuentro con los líderes insurgentes y quería llevarte conmigo... Y aclarar todo el asunto —sus manos permanecían quietas en su regazo, fuertemente entrelazadas, sus venas se marcaban—. Quiero saber por qué estás aquí...

Gazel se acercaba peligrosamente a la verdad, pensó Nolan.

—He venido a matarte... —Hakeem rio como una hiena—. Todavía no te has dado cuenta... estúpido príncipe del desierto —escupió sus últimas palabras—. Estás muerto.

El imuhar gritó algo en voz alta, pero no llegó terminar. Las manos de Hakeem se aferraron a su cuello estrangulándolo con una fuerza descomunal. Gazel se revolvió en el suelo intentando zafarse del agarre. Sus ojos se iban a salir de sus órbitas y su rostro se contorsionaba violentamente, adquiriendo un tono violáceo.

Iba morir irremediablemente, si no lo impedía. Nolan miró a Iman que aún no había salido del estado de shock. Se palpó el cinturón y sacó la cuchilla perfectamente camuflada apretándola entre sus dedos índice y corazón, cerrando el puño con fuerza.

Gazel intentaba darse la vuelta con movimientos espasmódicos, desesperados. Un último intento de aferrarse a la vida. Daba puñetazos y patadas de forma frenética, que terminaban impactando en la mole de hueso, músculo y carne que tenía encima. Hakeem permanecía impassible, concentrado en su agarre. El targuú había conseguido un poco de aire, un hálito de vida, un par de segundos más. Se oyeron voces y pasos apresurados saliendo del palmeral.

Nolan se irguió y se abalanzó sobre el señor de la guerra. No quería

matarlo, eso podría perjudicarlo, solo que aflojara la presión sobre el comandante tuareg. Asió el estilete con fuerza y lo incrustó en la pierna de Hakeem. Los cuatro centímetros de afilada punta cerámica atravesaron la piel y los tendones sin excesiva dificultad hasta clavarse en el cuádriceps. Anthony giró un poco la muñeca, como le había enseñado Abdul cuando tenía quince años, antes de realizar su primera descarga de hachís en las playas de Barbate.

Notó la sangre caliente, como el tendón se rompía y el músculo cedía. Hakeem emitió un quejido de dolor seco y se revolvió de forma instintiva, aflojando el agarre. Momento que aprovechó Gazel para golpearle la cara con una piedra que tenía a mano y romperle la nariz, crujiendo como una rama partida.

De las sombras aparecieron varios tuaregs armados con AK47, apuntando alternativamente al señor de la guerra, a Imán y a él. Hakeem se arrodilló conmocionado y levantó las manos detrás de la nuca en una actitud dócil. Nolan e Iman se incorporaron e hicieron lo propio.

El comandante targuí bufaba y tosía, recuperando la respiración. Hizo una señal a sus hombres asintiendo a sus preguntas. Se incorporó, escupió un par de veces al suelo y con la punta de la bota golpeó el mentón de Hakeem, que aguantó estoico sin emitir ningún sonido. Le devolvió a Gazel una media sonrisa con el rostro ensangrentado. La sonrisa del diablo, caviló Nolan, que sabe que tiene la partida ganada de antemano.

Gazel cogió un machete que colgaba del cinto de uno de sus guerreros y colocó el filo en la garganta de Hakeem. La manzana de adán bajaba y subía presionando la cuchilla. Apretó un poco, cortando el gástrico, hasta que manó un hilo de sangre.

—¡Habla, perro! —gritó Gazel— ¡O te rebano el pescuezo y te dejo desangrarte aquí mismo como un cerdo!

Hakeem dirigió una mirada al machete que sostenía Gazel y luego sonrió, con los labios contraídos, mostrando solo un atisbo de dientes. Aquella sonrisa ansiosa, pareja a los ojos enloquecidos, era una de las cosas más malignas que Nolan había visto jamás.

—No puedes matarme, comenzarías una guerra... ¡Estás muerto! —una carcajada estentórea brotó de su garganta y Gazel comenzó a comprender demasiado tarde.

Se oyeron disparos en la lejanía de las dunas. Los vigías alertaban del ataque inminente o habían sido abatidos. Nolan se volvió hacia Iman. Se había equivocado, el ataque había comenzado antes de lo que había previsto.

—¿De qué parte están? —preguntó Gazel escrutándolos con ojos acerados. Nolan aún sostenía entre sus dedos la cuchilla de cerámica ensangrentada.

De las jaimas, salían hombres armados, y mujeres y niños que gritaban despavoridos, asustados, en los brazos o cogidos de las manos de sus madres y hermanas. El caos se apoderaba del campamento.

—De la vuestra —replicó Nolan, consciente de que los segundos contaban. Además, quién atacaba el campamento no solía dejar prisioneros, y, si lo atrapaban con vida, Hans no dudaría en proporcionarle una muerte lenta y dolorosa. Por ahora, estaba de parte de los targuís.

Iman asintió y Gazel hizo lo propio.

—Gracias por salvarme la vida —le dijo el imuhar antes de darse la vuelta y comenzar a dar órdenes a sus lugartenientes.

—No tenemos armas —apuntó la espía.

—¡Cojan las de esos perros! —contestó Gazel.

Corrieron junto a los hombres que llevaban atado a Hakeem, con las manos en la espalda, hacia las tiendas donde tenían retenidos a los secuaces del señor de la guerra, de rodillas y amordazados.

Los disparos cada vez se oían más cerca. Ráfagas de rifles de repetición y armamento pesado.

Iman se metió en una de las tiendas y salió armada con dos pistolas al cinto y un AK47. Nolan la imitó y cogió una pistola, un Kalashnikov y un par de granadas que se metió en el bolsillo del pantalón.

Detrás de una de las tiendas apareció Delgado con el rostro soñoliento.

—¡Qué coño pasa! —gritó.

—¡La gente de Oryzon ataca el campamento! —respondió Anthony—. ¡Tenemos que largarnos de aquí enseguida!

Nolan cogió uno de los fusiles Tal de fabricación israelí que había amontonados al pie de una palmera y se lo tiró a las manos.

Delgado lo cogió al vuelo, con la pericia de un militar experto comprobó que el arma estaba cargada y que funcionaba correctamente.

—¿Te has tomado las pastillas? —preguntó Anthony, a lo cual Delgado asintió con un bostezo—. ¡Maldito tarado!

—¿Te queda algo de nieve?

Nolan se palpó el bolsillo trasero del pantalón. En otras circunstancias le hubiera dado un puñetazo, pero, sabía que de algún modo tenía que contrarrestar la química de las pastillas.

Comprobó que todavía tenía la bolsita con la cocaína de los colombianos. Se la pasó a Delgado. De rodillas, improvisó todo el operativo sobre una bandeja para servir el té. Enrolló un billete de veinte, esnifando la mitad del contenido una tacada. Aspiró hondo y se limpió la nariz con el dorso de la mano, que sangraba con un hilillo granate que le caía por la mejilla.

—¡Vámonos! —exclamó Iman haciéndoles gestos con las manos para que se apresuraran—. Si nos damos prisa, podremos coger los vehículos y salir pitando antes de que sea demasiado tarde. Todavía no han bajado de las dunas.

—Venga, Delgado —apremió Nolan—. Ya te darás otro festín cuando estemos a salvo. ¡Deja de hacer jilipollecés!

—No voy a abandonar a estos rapaces a merced de unos mercenarios hijos de puta de tres al cuarto —dijo en tono solemne y se lanzó corriendo en dirección hacia donde provenían los disparos dando un potente alarido, bajo la atónita mirada de los hombres que custodiaban a Hakeem y sus guerrilleros.

Iman y Anthony se quedaron mirándose sin decir nada, con la boca abierta.

—Tú verás —dijo ella—. O él o nosotros.

El mundo entero era una pústula, repulsivamente verde y putrefacta, infestada de corrupción, pero, de vez en cuando, alguien tenía que hacer algo bueno por los demás, pensó Nolan. Tampoco creía que tuviera muchas posibilidades de salir de aquel infierno jugándose a una carta, solo con Iman. «Qué diablos, es un buen día para morir, uno tan bueno como cualquier otro».

—No me voy sin Delgado —las palabras sorprendieron al propio Nolan que salió corriendo tras la estela de su compañero.

—Jodidos españoles locos —masculló Iman dando grandes zancadas para alcanzarlos.

DÍA 4

Beatriz (Catar)

Beatriz de la Piedra ascendía a los cielos en un ascensor del Burj Qatar. El edificio le recordaba a la torre Agbar de Barcelona. El catarí era como un hermano mayor, con más lujos y accesorios.

Tenía una cita, un desayuno, en la planta cuarenta y tres —de las cuarenta y seis que constaba la Torre Doha—. El cuarenta y tres era el piso más alto al que podía optar una firma extranjera. Las otras tres plantas las ocupaban empresas vinculadas a la familia real Al Tahni, que gobernaba el pequeño emirato desde mediados del XIX con mano de hierro.

Catar poseía la tercera mayor reserva de gas natural conocida, hecho que lo convertía en el país con mayores ingresos per cápita del planeta. Además, su economía era reconocida como de altos ingresos por el FMI y también figuraba en el puesto decimonoveno como país más pacífico a nivel global según el ranking de la ONU. Un modelo a seguir en el mundo árabe, el menos en apariencia, barruntaba Beatriz admirando el paisaje urbano a vista de pájaro.

Por si no fuera poco, Catar estaba inmerso en una gran transformación planificada meticulosamente que duraría varios decenios y que pretendía conseguir una economía moderna y sostenible. Con el objetivo de abrirse al mundo, sus gobernantes habían invertido miles de millones de dólares en la mejora de infraestructuras. De forma que el emirato había organizado los Juegos Asiáticos de 2006 y había sido elegido sede de la Copa Mundial de Fútbol de 2022 —el primer país árabe que lo conseguía—.

Qué ironía, reflexionaba Beatriz ajustándose la chaqueta, se trataba de una

estrategia de marketing perfectamente orquestada, un lavado de cara. Incluso en Camp Barça habían lucido su propaganda varias temporadas. Chapa y pintura. La verdad era mucho más compleja, más siniestra, llena de sombras y claro oscuros, como en todos los países. Una paradoja del mundo globalizado. Sabía de sobra lo que se cocía entre bambalinas, en las oficinas de las últimas plantas de los rascacielos de Doha, con la connivencia de Occidente. A pesar del mundial, de los juegos y de su economía saneada, en Catar se jugaba por partida doble, en la superficie y en las alcantarillas: el pequeño y excelso estado era uno de los principales centros de financiación del extremismo islámico.

Desde la emergencia de Catar, a finales de la década de los noventa, el rico emirato gasífero —aliado histórico de Estados Unidos—, había alentado el desarrollo de movimientos extremistas, apoyándolos directa o indirectamente en los países donde tuvo lugar la Primavera Árabe. Desde los servicios de inteligencia se apuntaba a Catar también como uno de los principales financiadores de los Hermanos Musulmanes en Egipto y de grupos afines a este grupo en la región, en especial en países como Siria, Libia y Túnez. Y, por si no fuera poco, también había fundadas sospechas de que Catar era uno de los principales apoyos del expresidente islamista egipcio Mohamed Mursi, miembro de los Hermanos Musulmanes, derrocado en 2013 por el jefe de las fuerzas armadas y actual presidente egipcio, Abdel Fatah al Sisi. Desde entonces, ambos países mantenían relaciones muy tensas.

Con el paso del tiempo, y bajo la presión de otras monarquías amigas del Golfo Pérsico, Catar había rebajado las críticas contra Sisi. No fuera a salpicarles y se liara por una nimiedad, un defecto de formas. En esas latitudes se vivía muy bien y el dinero fluía a espuestas, desde y hacia casi todos los rincones del globo.

No obstante, en Catar se pasaron por el forro algunas de las recomendaciones. Sin pudor. Por ejemplo, se rumoreaba que acogía a dirigentes de primer plano de los Hermanos Musulmanes, hermandad calificada de terrorista por la monarquía saudí y los Emiratos Árabes Unidos, como fue el caso de Yusef al Qaradaui, considerado uno de sus jefes espirituales. El exdirigente del movimiento islamista Hamas palestino, Jaled Mechaal, también podría haber encontrado acomodo en Catar. Y, además, los talibanes afganos tenían una delegación a la vista de todo el mundo.

Observaba su reflejo en los cristales tintados del elevador,

superponiéndose a la espectacular imagen de los edificios del Marina Lusail, el corazón del distrito más exclusivo de la capital catari. El mar de un azul turquesa de fondo, y el puerto deportivo, una construcción de dos plantas con forma de ola sobre el mar, justo un poco más allá, al alcance de su mano.

Sonrió satisfecha. Vivía en mitad de la treintena, pero aparentaba menos edad, algo que intentaba suplir con un vestuario tirando a serio y formal. Había adelgazado cinco kilos, estaba en su peso óptimo, según su entrenador personal y dietista. Su figura no era estilizada, sino más bien voluptuosa. No era uno de esos palillos que cruzaban las pasarelas ni a los que imitaban las damas de la alta sociedad. Tenía un rostro armonioso de facciones dulces, algo añidadas. Había quien la subestimaba por ello, también quien lo había pagado.

Esbozó una mueca amarga. Unas facciones correctas, le había dicho Tony la primera vez que se encamaron. El dulce e ingenioso Tony. Un cabrón como otro cualquiera, pero era su cabrón. Aunque con ella se había portado bien, correcto, en su papel de macho alfa cubridor. Tampoco se podía quejar. No esperaba otra cosa, era un capricho de la carne del cual sacaba un jugoso provecho extra de vez en cuando. Eso ya se había acabado. Ella había mostrado sus cartas, no le quedó otro remedio.

No era la primera vez que visitaba Doha. Después de su estancia en Irak — donde acabó curtiéndose en muchos aspectos vitales—, su marido le obsequió con unas vacaciones a todo trapo en el pequeño estado árabe. En la última década era un destino que se había puesto de moda entre las élites. En determinados círculos, si no habías estado en Catar no eras nadie. Sonrió para sus adentros recordando el que a la postre sería el último viaje de su matrimonio. Después de aquel intento de reconciliación —o lo que fuera—, habían acordado continuar con la superchería, guardando las apariencias. A ambos les convenía —y a sus familias también, por supuesto—, y cada uno vivir a su aire. En cierto modo, fue un viaje liberador. Lo suyo era un amor aparente de pura adquisición social. Una simbiosis de conveniencia. Un matrimonio pactado.

Después de aquello, había vuelto en un par de ocasiones, por trabajo, haciendo escala en sus viajes como embajadora de la ONG que apadrinaba su familia. Con la fundación tenía la excusa perfecta para moverse por el mundo sin levantar sospechas.

Una tapadera perfecta. La realidad era mucho más brumosa. Beatriz de la Piedra-Arístegui trabajaba como freelance, desempeñando la encomiable y difusa labor de seguidora, en asuntos turbios de altos vuelos. Con su labor,

facilitaba la vida a otras personas, hacía contactos en uno y otro bando, y cobraba muy bien por ello. Empezó como un hobby, como un juego de niños ricos, una distracción, y había terminado convirtiéndose en su modo de vida.

No le hacía falta el dinero para vivir. Bueno, quizás sí, si quería mantener su independencia, su status y su más que elevado tren de vida. Sin embargo, no se trataba solo de dinero; si era sincera con ella misma, lo principal era que no podía vivir ajena a los juegos de poder que observaba a su alrededor desde que era una cría. Una vez que había probado el sabor del poder... era adictivo, una poderosa droga que enganchaba, adrenalina pura y dura corriendo por su torrente sanguíneo. Quería formar parte de ello, necesitaba, ansiaba, estar detrás de las bambalinas moviendo los hilos. Simplemente, no podía permanecer al margen, así de sencillo.

Solía actuar en la sombra. Una regla de oro, no revelar su identidad al gran público. No le gustaba dar la cara. Solo un selecto grupo de personas conocía lo que hacía. El papel de esposa de un diputado de provincias interesada en la caridad y en resolver los problemas del mundo a lomos de una fundación le iba que ni pintado. Pero Onofre Bouvilla, amigo de la infancia de su padre, había sido muy claro al respecto. «De esto quiero que te encargues en persona, Beatriz. Sé de sobra a lo que te dedicas». Cuando uno de los hombres más ricos del mundo —y principal benefactor de su ONG e inversor de los negocios familiares—, te lo pedía de esa manera, una no se podía negar, o se tenía que atener a las consecuencias.

Había tenido que mostrarse, ante la nueva Directora del CNI —que lo estaba pasando putas con este asunto—, ante ese cerdo oportunista de Ulises, y, sobre todo, ante Tony. No era tonto, había sumado dos más dos, y rápidamente había atado cabos con lo de Venezuela. No valía la pena negarlo. En realidad, lo de Venezuela había salido de casualidad, y no fue culpa suya, ella no lo iba buscando. Si Tony no se hubiera ido de la lengua después de una soberana felación... quizás ninguno de los dos estaría donde está ahora.

Lo iba a echar de menos al muy cabrón. Ya pensaría cómo arreglarse con él cuando terminase todo el asunto. Si es que salía con vida de Níger. Una punzada de remordiendo se instaló en la boca del estómago y, para su sorpresa, tardó en irse más de la cuenta. Era un rufián con una bonita sonrisa que a veces la hacía sentir princesa, otras estrellas de cine y otras —con las que más disfrutaba ella—, una vulgar fulana. Tenía claro que ella únicamente le interesaba de cintura para abajo. El sentimiento era mutuo.

El cazador cazado, el macho alfa reducido por su hembra beta. La cara que

puso cuando la vio aparecer desde la penumbra fue todo un poema, una oda a la estupefacción. Se rehízo al instante, tenía madera, el muy cabrón. Una puesta en escena un tanto melodramática, no pudo hacer otra cosa. No lo había preparado. Improvisó sobre la marcha, el asunto era demasiado importante para andarse con remilgos.

Aun así, Tony podría seguir siendo un activo. Tendría que enhebrar fino, sin pincharse. Podían seguir sacándose provecho mutuamente, intuía que con un nuevo contrato de por medio con varias cláusulas a su favor y jugosos dividendos para Tony. La relación no tenía por qué malograrse, al contrario, un *quid pro quo* con todas las de la ley. Nada de faroles. Cartas boca arriba.

Los acontecimientos se habían precipitado de forma vertiginosa. Las familias le habían dado una semana al CNI para que moviesen sus hilos. Pero, una cosa había llevado a la otra, un mensaje de la CIA le había puesto en contacto con el Mossad. Nadie le decía que no al Mossad. Al menos, nadie como ella.

Los admiraba, pero no le gustaba trabajar para ellos. Aunque sabía que el día llegaría. Se habían tanteado en un par de ocasiones, un flirteo inocente sin consecuencias. Tenían bien ganada su fama. Eran eficaces y eficientes, meticulosos y, en cierto modo, maquiavélicos. De antemano, los israelíes parecían saberlo todo de todos, y eran retorcidos, nunca te podías fiar del todo. Para echarse a temblar.

Ese Mishka era un tipo muy persuasivo. Sabía qué teclas había que presionar para que la melodía sonase como a él le gustaba. Afinaba bien el instrumento. Y había pensado la jugada muy rápido, demasiado rápido. Eso la escamaba. Le aseguró que, si seguía sus pasos al pie de la letra, esa misma mañana tendrían a los chicos sanos y salvos a las afueras de Catar.

Sanos y salvos, menos una oreja, rumió mientras se alisaba la falda un centímetro por encima de la rodilla. Calzaba unos Manolos muy altos, de diseño exclusivo, con la puntera de metal, un pequeño capricho que había comprado en la tienda del hotel. Realzaban su figura. Se desabrochó el botón superior de su blusa blanca, dejando al descubierto un colgante sencillo con un pequeño rubí en forma de corazón —a juego con el color de su pelo—, y unas pecas que bajaban por su pecho. Insinúa, pero no enseñes, se dijo así misma, mantente dura y firme como una roca, a ese viejo verde le gustan las marimacho y que le den fuerte con el látigo, recuérdalo. Conformó una sonrisa mórbida al evocar las imágenes que le había enviado Mishka como último recurso. Viejo perverso. No creía que tuviese que utilizarlas.

El plan estaba en marcha, perfectamente engrasado. Solo había un escollo que salvar. Debía convencer al presidente de una firma financiera londinense para que moviese el dinero del rescate —una millonada—, por diferentes puntos del globo hasta que llegase limpio a unas determinadas cuentas en Kuala Lumpur que controlaba un jeque afín al estado islámico. Después, los hebreos, y su pléyade de abogados y lobbies, se encargarían de destapar todo el entramado de ingeniería financiera que había detrás.

Muy fino hilaba ese tal Mishka. Tenía bien ganada su reputación. Decían que era un consumado jugador de ajedrez, y que no escatimaba en sacrificar peones y alfiles con tal de derrocar al rey negro y ganar la partida. Tony era una pieza prescindible en la partida; por motivos que no lograba vislumbrar, querían que la operación del CNI siguiera en marcha. Una jugada de doble filo. No había podido interceder a su favor. Hubiera resultado sospechoso. Algo fuera de lugar, poco profesional. Pero, lo de pagar un rescate de este calibre... Un jaque a la descubierta.

A pesar de todo, su encomienda era relativamente fácil. Sabía que los de Oldman&Fynch no se podían negar. Se mostrarían duros y reticentes, y querrían algo a cambio. Dinero en inversiones, participaciones de fondos, acciones... tenía manga ancha para negociar. Se trataba de contribuir al rescate de la hija de Bouvilla y de los otros magnates. Solamente Bouvilla, era motivo suficiente para que cooperasen. Muy fino hilaba el hebreo, demasiado. Parte del trato era que no informase al CNI de sus pasos. Fue muy específico en eso. Se cabrearían bastante cuando todo saliera a la luz. Sabía que en LA Casa ni olvidan ni perdonan. Pero, con Bouvilla como padrino, tenía carta blanca en suelo patrio.

Imaginaba que Mishka no le había contado la mitad de la mitad. No había que ser un lince para percatarse de que aprovechaba la coyuntura del secuestro para otros fines espurios.

Observaba ensimismada el *skyline* de Catar, nada tenía que envidiarle al de New York, Tokyo o Hong Kong. Parecía un milagro que se hubiese levantado una urbe tan colosal en mitad de un desierto en el que tan solo hacía cincuenta años solo había cabras y camellos pastando.

Quedaban todavía cinco plantas.

Ulises (Madrid)

Ulises estaba que echaba humo. Bufaba mientras caminaba, abandonando las instalaciones del CNI a todo trapo, pisando los charquitos que se formaban en el pasillo de ladrillo visto de la entrada que daba al jardín.

Caían chuzos de punta. Un frente polar acababa de alcanzar la península y hacía estragos, La Bestia del Norte lo llamaban en los telediarios. Frío y cielo encapotado. Se las apañó con una trinchera con el cuello subido y un gastado sombrero de fieltro gris a juego. Atuendo típico de espía, capítulo uno, primer párrafo. Eran prendas que guardaba para emergencias o imprevistos. La situación en la que se encontraba bien podía ser lo uno o lo otro.

Los de seguridad se le quedaron mirando con aire divertido. Payasos. Pasó de largo. Adiós muy buenas. No quería ni pararse a pedir un paraguas, no fuera a ser que lo engancharan con cualquier conversación estúpida sobre el tiempo, el tocamiento de testículos de Simeone o el pase a cuartos del Madrid en la Champions. Cobraban por vivir, siempre ociosos en la garita.

«Aunque, el día que haya un atentado serán los primeros en caer... Se juegan el pellejo y no son conscientes. Un atentado aquí... poco probable. A quién cojones se le va a pasar por la cabeza», meditaba desechando la idea. Conformó una media sonrisa a modo de saludo. Chasqueó la lengua y continuó caminando encorvado, dando saltitos para evitar los charcos del acerado, que aún estaba en obras meses después de las elecciones.

De nuevo, había tenido que abandonar el Centro de Operaciones. Un mensaje de la Vicepresidenta: «Le espero en el café Zarzuela en veinte minutos. Salgo para allá». Un mensaje de wasap. Una prueba por escrito. No decía nada comprometido, pero algo era algo. Quizás no quería arriesgarse a que la grabasen —estaba tan de moda—, o quizás estaba muy desesperada. El caso es que a la Enanita Zumbona no le gustaba que la hicieran esperar, eso la pondría de muy malas pulgas. Su tiempo se pesaba como el oro y el de los demás como el de un pedo de un caniche.

Tuvo que ausentarse poniendo mala cara, dando arcadas. Previamente, se había tragado la colilla del cigarrillo. Vomitó el café con trocitos de rosquilla a medio deglutir en el ascensor, justo antes de que se cerraran las puertas automáticas. Pudo atisbar la cara de asco que ponía la Abeja Reina, la sonrisa despectiva del informático y «la cara de yo no he roto un plato» de Aquiles. Una cara de bollo relleno de crema por dentro—.

«Que les den por el orto a ella, a Aquiles, a la bibliotecaria y al Franz Ferdinand de los cojones». De todas formas, poco o nada iba a hacer allí, la operación ya llevaba un camino nefasto. Los franceses se habían bajado del carro y los ingleses, siempre cuidando el decoro y las formas, los apoyaban con un dron. Nolan estaba bien jodido.

Pasó la mayor parte de la noche durmiendo en su despacho. El sofá iba tomando la forma de su cuerpo. Un descanso reparador. Le había venido de perlas a su lucidez mental, tan mermada en los últimos días. Se había duchado y se había puesto una camisa limpia, blanca, conjuntada con unos chinos y una americana de cuadros oscuros, que siempre tenía en el trabajo. Esa noche no recibió la visita de la bibliotecaria de Aquiles. Aun teniendo fresco el desplante de la anterior velada, la había invitado. Lo ponía a mil, palote palote, como diría Cantarejo. Siempre había que dejar la puerta abierta, algún día colaría. Esa noche, desde luego que no metió ningún gol, ni siquiera hubo remate a puerta.

A la Bibliotecaria, ya tenía mote, le había tocado de guardia en el Centro de Operaciones y se le notaba el agotamiento en las ojeras que le caían por las mejillas como dos sombras oscuras. La había cagado del todo, y Ulises había disfrutado, como un niño con un caramelo robado en la tienda de golosinas. Se deleitó con la bronca que le echaron tanto la Abeja Reina como Aquiles — sorprendentemente tenía sangre en lugar de horchata—. Más por el continente que por el contenido. No hacían más que observar cómo iban y venían por el puto desierto del Sahara.

La ratoncita había aguantado estoicamente hasta que la Abeja Reina le gritó que a quién se la estaba mamando en su tramo de guardia. Después de eso, había roto a sollozar como una niña, enseñando sus dientes de roedora, buscando el consuelo en los brazos de Aquiles, que, primero la aceptó en su regazo y, cuando ya era tarde, la rehuyó con un par de voces, para sorpresa de la joven que salió corriendo al baño. Lo nunca visto.

El muy cabrón se la estaba tirando. Era eso. Seguro. Jugaba a hacer el papel de padre comprensivo. Muy sibilino. Dibujó en su mente la imagen de la escena de forma casi automática: las carnes colgantes y fofas del jefe de Inteligencia frotándose sobre el cuerpecito nacarado de la chica. Sonrió divertido. Una escena grotesca, de principio a fin.

«Parecían fuegos artificiales», dijo la Bibliotecaria a modo de disculpa con un hilillo de voz quejumbrosa. La muy idiota pensaba que estaban de celebración. Y casi acierta. ¡Ostia puta, qué monumental cagada! Recordaba

pocas así. «Eso pasa por meter en el ajo a los ratones de Inteligencia», pensaba, regodeándose malicia. Si no fuera, por estos pequeños momentos... la vida en La Casa sería muy aburrida. Moduló una sonrisa interior, sardónica y maquiavélica.

El café estaba al otro lado de la calle, haciendo esquina, con un rótulo carmesí de letras redondeadas. Justo en frente, en su lado de la acera, había aparcado un inmenso A6 negro, metalizado. Un hombre trajeado se miraba el afeitado por el espejo retrovisor sin quitar las manos del volante, con gafas de sol —a pesar de la que caía—, hoyuelo en el mentón, pinganillo, patillas y pelo corto. Olía a personal de empresa privada a kilómetros.

Ulises cruzó presto el paso de peatones y, justo antes de subir el escalón de entrada, pisó en blando. Una caca de perro verde amarillenta. En ese momento, se abrió la puerta y el hermano mellizo del chófer lo invitó a pasar. Un tipo fornido, con músculos de gimnasio y mirada torva de portero de discoteca. Empresa privada, se repitió así mismo cabeceando. No pudo evitar una mueca despectiva.

Lleva cinco minutos esperando, le comentó el tipo con aire inexpresivo, como si tuviese puesta una máscara de carnaval veneciano. Intentó limpiarse sus zapatos Martinelli con la pernera del pantalón, disimulando, pero lo único que hizo fue extender un poco más la mierda por el tejido de franela.

Siguió los pasos del armario empotrado que hacía de escolta hacia las escaleras que conducían a la primera planta del establecimiento. Al pasar de perfil por el mostrador, el camarero los miró de reojo sin decir nada, dedicado al noble arte de poner cafés de máquina con sacarina.

Arriba no había nadie, excepto la Enanita Zumbona en la mesa del fondo de una sala estrecha y alargada. El resto de mesas estaban a medio poner. Las cortinas descorridas, menos las de la zona que ocupaba la todopoderosa Vicepresidenta del gobierno.

Espere, le dijo el guardaespaldas poniéndole una mano en el pecho, demasiado firme. Ulises se la quitó de un manotazo. El otro gruñó por lo bajini lanzándole un reto con la mirada. Del bolsillo interior de su chaqueta sacó un mini escáner del tamaño de un móvil que daba pequeños pitidos.

Qué demonios crees que haces... acertó a decir Ulises. El escolta observó de soslayo a la Vicepresidenta que asintió con aire distraído. Tenía que pasar por el aro. A regañadientes, abrió los brazos, alzó el mentón y se dejó hacer. El guardaespaldas pasó el aparato por toda su anatomía, por delante y por

detrás.

Niñato, le espetó al oído. Deme el móvil, por favor, respondió. Ni de coña. Pues entonces no pasa de aquí. Cretino. No pasa.

La Vicepresidenta resopló dando a entender que se dejasen de hacerse los machitos.

Ulises, sin dejar de asesinarle con la mirada, le dio el móvil de mala gana y se acercó solícito hacia donde estaba la Vicepresidenta, ensuciando la moqueta granate a cada paso que daba. Como un jabalí, sacando pecho y enseñando los colmillos. Perfil bajo, se dijo.

Paloma Prado de Pamanés —alias PPP— levantó la mirada, tenía el hocico torcido y las orejas de punta hacia Ulises. Parecía un yorkshire malcarado a punto de ladrar.

Lo observó de arriba a abajo, escrutadora, y después ladró.

—Siéntese —ordenó sin miramientos. Le caía un moquillo, líquido, por el orificio izquierdo de la nariz. Se lo limpió con un rápido movimiento de muñeca, utilizando una servilleta de papel—. Le estoy esperando desde hace cinco minutos.

Hacía algo de calor dentro. Ulises se quitó pulcramente el sombrero y la gabardina, ambos empapados, con parsimonia calculada, y los dejó en la mesa de detrás, debajo una pintura de un mar embravecido con un faro en primer plano.

—No he podido acudir antes... Ya sabe... Estamos en medio de una operación muy delicada, como usted mencionó —hubo cierto retintín en las últimas sílabas—. Hay que utilizar todos los recursos a nuestro alcance.

El comentario le hizo cierta gracia. Incluso carcajeó un poco con los labios cerrados, moviendo todo su cuerpecito. Dio un sorbo a su taza de café humeante, café muy negro, espeso, bien cargado.

—Todos los recursos a nuestro alcance —repitió divertida—. No he venido por eso... bueno... no del todo —carraspeó. Tenía la garganta tocada, su voz sonaba a camionero recién levantado—. Pero ya que lo menciona... ¿cómo va la operación en Niamey?

Ulises tragó saliva. ¿No venía por lo del rescate?

—Va... Hacemos avances, hay que pisar sobre seguro, dentro de lo que cabe... —Ulises acercó un poco la silla de plástico tubular para apoyar los codos en la mesa. Se arrepintió. A esa distancia ya podía oler su aliento: un leve aroma hediondo, mezcla de cafeína y tabaco, aderezado con un poco de bilis y jugo gástrico—. Se trata de una zona complicada, las comunicaciones

fallan, el gobierno no tiene control sobre algunas regiones, grupos armados que proliferan como setas, narcotraficantes...

En sus reuniones anteriores, había comprobado que la Vicepresidenta padecía de una halitosis galopante. Muy desagradable. «Ninguno de sus asesores le decía nada, joder, qué mala leche», pensó Ulises. No entendía cómo diantres había podido llegar tan alto con ese hedor fétido saliendo de su boca. Aunque, cuando se reunía con personas de altos vuelos, también había observado que chupaba unos caramelitos de menta. No era el caso.

—Una macedonia de frutas silvestres...

Dejó la taza en el platito. Esta vez no jugaba con la pulsera del osito plateado haciéndola girar sobre alrededor de su muñeca. Confianza. Autocontrol.

—Más bien un desierto lleno de escorpiones y serpientes venenosas —matizó Ulises con una amplia sonrisa abriendo un poco las manos.

—¿Algún avance significativo?

Algo se le escapaba a Ulises en la conversación. Le daba la impresión de que PPP iba dos pasos por delante de él.

—Vamos camino de contactar con los secuestradores. Con un poco de suerte, los chicos estarán mañana en casa tomando pastitas con papá y mamá, jugando con sus gatitos o a la videoconsola.

No era lo que había reportado Anthony Nolan. Pero se aproximaba a la realidad. Podía valer. No le convenía hablar de más. Una aproximación lejana, esbozada a carboncillo.

—No se pase de listo conmigo que le puedo pisar el rabo.

Ulises apretó la mandíbula. No estaba acostumbrado que nadie le hablase así. Y menos una mujer. Una hembrilla vestida de muchachito de Armani. Perfil bajo, se repitió para sus adentros haciendo de tripas corazón.

—Está bien... Seré claro y conciso.

—Eso está mejor.

Ella se retiró un mechón de pelo que le caía por la frente. Y se arrellanó en la silla, echando un brazo por detrás, doblando una rodilla sobre la pierna y girando levemente el cuerpo.

Eso fue un alivio para Ulises y su nariz. Buscó en el bolsillo de su americana un paquete de cigarrillos —había acabado con las existencias de puritos—.

—¿Puedo? ¿Le importa?

—Adelante —asintió Paloma con la cabeza, benévola.

—¿Quiere uno?

Se lo pensó durante un segundo y volvió a asentir con una mueca aburrida.

—No sabía que fumase.

—Vuelvo a los vicios de vez en cuando —dijo ella con su voz ronca—. Vicios ocultos —rio su propia gracia entre dientes.

No se imaginaba a esa mujer de mediana edad, con aspecto de monja de clausura, capaz de recitar de memoria los artículos del código civil o de la ley de dependencia desde su escaño del congreso, teniendo vicios ocultos. Su sucia mente aún no había trabajado en ello, pero en breve se pondría.

Ulises prendió los dos cigarrillos con un encendedor que le había regalado su hija. Ella lo observó con los ojos muy abiertos.

—No sabía que su sueldo le daba para tanto.

—Es imitación —aclaró él con una risa torva mientras sostenía la imitación del Dupont Ligne 2 Champagne—. Un regalo de mi hija, lo compró en Amazon. Lo saco cuando quiero gastarle una broma a alguien...

—Entiendo —aspiró el humo del cigarro con una calada corta—. Ya me parecía de demasiado buen gusto para un hombre como usted.

Ulises frunció el ceño contrariado, muy levemente.

—La misión camina hacia su desenlace... cualquiera que sea. No sabemos con certeza si encontrará al Fantasma y si tendrá a los chicos con ellos.

—Eso está mejor —concedió ella condescendiente. Había un punto de petulancia en sus palabras, casi infantil, que lo sacaba de quicio—. Acelere, que no tengo mucho tiempo. Me espera una reunión con el presidente de la Generalitat.

—¿Una reunión con LLorrent?

—Una reunión fuera de agenda, una reunión secreta... —enarcó las cejas, poco depiladas y juntó sus labios, sonrosados, sin pintura. Una boca de piñón, pequeña, y con un punto de crueldad. Hizo una breve pausa, suspensiva—. Hay que seguir mareando la perdiz, esto va así, ahora nos toca a nosotros hacer el paripé. Durante cuatro años o lo que dure la legislatura. Dejar que el problema evolucione a su ritmo...

—Un quiste que hay que extirpar de raíz...

Asintió comprensiva. Hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Avanti, por favor.

—Le resumo la situación —comentó Ulises con aire sereno y marcial—. Nolan ha reportado esta mañana. Se dirigen al Macizo de Air. Unas montañas perdidas en mitad de la nada, o, peor, en mitad del Sahara. Resulta que se ha

ganado el favor y la protección de uno de los líderes tribales tuareg. Anoche fueron atacados por fuerzas hostiles y salvó la vida del comandante targuí. En breve, quizás en estos momentos, asistirá a una reunión en la que espera encontrarse cara a cara con el Fantasma y exponerle las condiciones del rescate.

Encendió y apagó el encendedor de forma alternativa.

Se guardó la parte que no le interesaba: las fuerzas hostiles eran hombres de Oryzon, estadounidenses a cargo de la seguridad de las minas francesas, que contaban con el beneplácito de los franceses. Eso que lo pusiera Nolan por escrito. Los ingleses habían dejado el avioncito volando por la noche y lo que la Bibliotecaria confundió con fuegos artificiales, se trataba en realidad de fuego cruzado de armamento pesado, y explosiones de obuses. Una feria en mitad del desierto.

Joder, cada vez que se acordaba de la expresión de la chica le daba un síncope.

Por supuesto, tampoco le contó la espantada de Beatriz de la Piedra y sus sospechas más que fundadas de que les habían colado un gol por la escuadra.

—¿Qué le parece tan divertido?

Le vino una vaharada directamente de su esófago. Ulises arrugó la nariz. No iba a ser él quien le llamara la atención.

—Nada —frunció los labios y mantuvo la compostura.

Ella apagó el cigarrillo, rubio americano, y cruzó las manos sobre la mesa.

—Las condiciones del rescate dice... ¡Joder! —gritó con acritud, sin levantar demasiado la voz. Fue más bien como el siseo de una víbora—. ¡De verdad hay tanta incompetencia o se está quedando conmigo! —dio un manotazo en la mesa con la palma abierta.

La madre que la parió, la jodida Enanita Zumbona tenía mala leche.

Ulises se echó para atrás de forma instintiva, casi violenta. Si las cosas fueran como tenían que ser... se dijo respirando hondo. Pero como no lo eran, se tragó su bilis y guardó su veneno. Y la ostia que le iba a dar.

—No me estoy quedando con nadie. Ya sabe quién dirige la operación. Yo solo estoy de... —se lo pensó un instante—... observador.

—¡Joder! De observador... Mira que me dijeron que las cosas iban a cambiar para mejor... Malo conocido, dos veces bueno. Después de todo, quizás ese Adolfo no fuese tan malo...

—No le dio tiempo a conocerlo —dijo Ulises haciendo el ademán de guardar el encendedor.

Ella le tocó la mano con un gesto cercano. Extraño. Jugaba con él de forma subrepticia.

—Deme otro cigarro —Ulises hizo lo que le ordenó. Sacó dos cigarros, uno para ella y otro para él. Se secó un par de gotas de sudor que le caían por la frente con un pañuelo que llevaba en el bolsillo de la americana. La Vicepresidenta aspiró hondo.

—Fue algo impuesto por el partido. De más arriba. Lo de Venezuela no gustó demasiado.

No era motivo suficiente.

—Ya imagino —asintió Ulises cruzando las piernas, ajustándose los calcetines de ejecutivo con una mano mientras con la otra se consumía el cigarrillo.

—Me ha llamado mi colega francés —soltó ella de un modo casual, mirando por una de las ventanas. Parecía que había escampado un poco.

La cosa se ponía interesante. Su salida de tono no era una bronca, después de todo. Nervios subyacentes.

—Me ha comentado un par de cosas sobre la dichosa operación. El gabacho estaba indignado, no dejaba de farfullar porque una súbdita española, literalmente, acaba de pagar un rescate millonario por los secuestrados. De parte de las familias. Un rescate lo suficientemente importante como para desestabilizar el Sahel. Una súbdita española que colaboraba con los servicios secretos. ¿Es cierto?

—Una observadora —asintió Ulises mesurado—. De parte de Bouvilla. Pregúntele a Cayetana.

Ulises pensaba esconder el bulto y enterrar la cabeza en el suelo como un avestruz. Balones fuera.

Paloma río de forma sencilla, sin ambigüedades.

—Una observadora... Joder, ¿qué hacen ahí dentro? ¿Todo el mundo observa? Quizás pueda ir el sábado por la tarde a observar yo también mientras me tomo una Fanta.

Ulises enarcó las cejas y sonrió con complicidad fingida.

—También me ha dicho que el Eliseo autorizó una misión contra un posible objetivo yihadista en represalias por un ataque a las minas de Uranio, en la que su hombre estaba implicado.

No le pasó inadvertido el posesivo de tercera persona del plural.

—Algo de eso he oído... pero, con otra versión de por medio —replicó echando la ceniza en la taza de café reconvertida a cenicero.

—Bueno, me trae al paio —carraspeó ella, le salió un gallo—. Estamos trabajando con los franceses para sacar petróleo de donde no lo hay... algo de rédito mediático de la puñetera operación. Nuestros gabinetes de comunicación están dándole al coco para darle la vuelta a la pifia, ocultando el pago del rescate. Al final, les echarán flores y todo.

—Si necesita algún dato, no dude en pedirlo —añadió solícito, con demasiada soflama.

—El nombre de la mujer, no estaría mal.

—Eso no puede salir a la luz.

—Solo es por curiosidad. Por saber quién es la recadera de Bouvilla.

Ulises dio un par de caladas, espaciadas. Pareció pensárselo durante un par de segundos.

—Beatriz de la Piedra-Arístegui —dijo muy serio. Ella misma se lo había buscado.

La respuesta hizo que levantara una ceja. De nuevo una risa franca.

Ulises no parpadeó.

—Está de broma, ¿la esposa del diputado Ruipérez? ¿Qué pinta ella en todo esto? Es una mosquita muerta... una paleta de provincias.

—Ni puta idea, pero no le quepa duda de que pienso averiguarlo —apuntó con vehemencia—. Ya sabe lo que dicen... El mejor truco del diablo fue hacerle creer al mundo que no existía...

Ella asintió, ahora más seria.

—Cuando descubra algo, infórmeme.

—Quizás debería pedirlo por los cauces habituales. No me quiero saltar a la Directora, Dios me libre...

—No le conviene ponerse barrunto. Uno tiene que tener amigos hasta en el infierno.

Ulises se mesó la barba, cuando cambiaba el tiempo la cicatriz palpitaba levemente, como si tuviera el corazón de un gusano dentro.

—De acuerdo —concedió Ulises. Ya vería en su momento. No era cuestión de ponerse a discutir sobre el tema.

—De todas formas, este asunto del secuestro ya me preocupa menos —dijo ella ecuánime, limpiándose de nuevo el moquillo. Dibujó una sonrisa sórdida, sin enseñar los dientes—. Aunque nos costará alguna que otra explicación a nivel de Presidentes, en conversaciones privadas... En realidad, esto era solo el aperitivo.

Ulises se quedó mirándola con el corazón en un puño. Le estaba dando

suspense la muy cabrona. Encendió otro cigarrillo. Esta vez no le ofreció, ni ella lo pidió.

—Dispare —dijo él rezongando—. Tiene toda mi atención.

PPP parecía disfrutar del momento. Se regocijaba. Se rebulló en su silla y se ajustó el pañuelo encarnado que anudaba en su cuello.

«Es de esas que le gustaba dominar a los hombres», pensó a Ulises. «Mírala. Se ve que está a punto del orgasmo, le falta gemir un poco y poner los ojos en blanco. Perra».

—Vamos a ir a por Cantarejo —sentenció, midiendo el peso de cada una de sus palabras—. Ha tocado los cojones ha demasiada gente... del monarca emérito para abajo no hay Dios que se libre del cerdo hijoputa —lo soltó con rabia, con tono poligonero—. Ha jugado con fuego y se ha quemado. El muy imbécil se ha creído el más listo de la clase. Más listo que usted, que yo y que todo el resto de fuerzas y cuerpos de seguridad.

Ulises contenía la respiración. Estaba a punto de tener un amago de infarto. Su corazón iba salir de su pecho dando saltitos y se iba a tirar por la taza del wáter.

—Huele como a mierda —dijo ella—. Qué olor más nauseabundo.

—Las alcantarillas del estado es lo que tienen —replicó Ulises pensando las posibles implicaciones de lo que acababa de escuchar. Aún no acertaba a dilucidar qué papel le había asignado la Enanita Zumbona.

—No. Digo aquí, huele mal... vendrá del baño —comentó frunciendo la nariz y haciendo un ademán con la cabeza hacia una puerta con el grabado de la silueta de un sombrero de copa—. ¿Puede abrir la ventana?

Ulises dejó el cigarrillo cogido entre sus labios y se levantó solícito, con los carrillos hinchados y colorado como un tomate. Abrió un par de ventanas antes de sentarse de nuevo en la misma postura que antes. Como si estuviera valorando lo que le decía sobre Cantarejo.

—¿Por qué me cuenta esto? —inquirió guardando la calma.

—Cantarejo estuvo ayer en su despacho —soltó altiva.

Ulises dejó de respirar durante otros cinco segundos y después preguntó con renovado interés, pero sin que se le notase demasiado.

—¿Cómo lo sabe?

No valía la pena negarlo. Comenzó a sudar por la frente, un sudor nervioso. Hiperventilaba. Se pasó el pañuelo un par de veces.

—Lo tenemos vigilado.

—¿Desde cuándo?

¿Y por quién? ¿Por los mequetrefes del traje y la corbata?

—Desde que Cárdenas habló con nosotros, más o menos antes de ayer — Paloma Prado de Pamanés continuó ante el silencio de Ulises. Había momentos en la vida en que uno tenía que agachar la cabeza y escuchar su sentencia de muerte con un mínimo de dignidad—. Quería hacer un trato. Se lo imagina, ¿no? Inmunidad a cambio de información. No inmunidad total... sufrirá la penitencia de un par de años en Soto del Real, pero no se tocará a su familia ni a sus cuentas en las Caimán... Estaba desesperado, y asustado también. Después de todo, nuestra chapuza sirvió de algo. Su amigo ese, el compadre de Nolan, tiene pinta de loco... por lo que me han dicho intimidada. El caso es que nos dijo que nos daba los pendrives, el ordenador y las escrituras de su piso en el barrio de Salamanca si hacía falta... —hizo una pausa para aclararse la garganta y tomar resuello. Su pequeño relato tenía un principio, un desenlace y un final que Ulises no acertaba a vislumbrar—. Pero, también nos mostró unas imágenes de un circuito de seguridad ultramoderno que tiene el bicho en su casa... Unas microcámaras como mi uña de pequeñas, fijese... Conectadas a una empresa holandesa de seguridad. Y, joder, la verdad que el Guanchito ese es un artista de la farándula... Pero, lo de Cantarejo... Sin palabras. Menudo hijo de puta. Un listo entre los listos... —dejó las palabras en el aire—. ¿No tiene nada que decir?

Ulises bajó pulsaciones, estaba entrenado para dominar situaciones de pánico, al menos en teoría. Mostró su pose de estatua de piedra, de la que salía sudor a chorros.

La ceniza del cigarro se consumía en el platito que tenía sobre el mantel de la mesa.

—Un cabronazo hijo de puta —farfulló desde lo más hondo, con un puntito de cólera y convicción—. De la peor calaña.

—Vamos por buen camino. Nos entendemos... —asintió apoyándose sobre la mesa—. Sabemos que hizo una copia y que al día siguiente fue a verle a su despacho.

—Sí, estuvo allí —contestó lacónico. Le temblaba un poco la voz. Contrólate, mariconazo no te vengas abajo delante de esta rata.

—¿Y bien?

Decidió jugársela a una carta, y jugársela a Cantarejo, por supuesto. Lo sentía por Lucho y por los viejos tiempos, pero no se podía ir contra marea en mar abierto. Lo habían pillado y había que salvar el cuello. Luchar contra el poder fáctico que movía los engranajes del país... Una batalla perdida de

antemano. Una retirada a tiempo era una victoria. Quizás lograra conservar el cuello.

—Me lo contó todo. Quería que fuese su cómplice, quería compartir la información, comenzar una cruzada... recuperar Gibraltar y no sé qué mierdas más —puso su mejor cara de póker, la de la escalera de color—. Un desvarío. No le creí, parecía muy alterado, bebido o drogado... Por supuesto, le seguí la corriente a ver hasta dónde quería llegar.

—¿Hasta dónde? —inquirió—. Si puede saberse.

—Me dijo que me daría la información y que después la utilizaríamos según las circunstancias. Según fuésemos viendo.

Ella lo miró con renovado interés.

—Perfecto.

—¿Cómo?

—Perfecto. Sabía que hacía bien en acudir a usted y no echarle a los perros —habló tranquila, con una cadencia armoniosa. Hilvanando palabras con la presteza de una consumada costurera—. Va a traicionar a su colega y nos va a ayudar a recuperar esa información que anda suelta por ahí, esa que parece que tiene patas. Es la única forma que tiene de salir de una pieza de esto.

—Entiendo.

—No creo que entienda nada —repuso displicente—. Pero, es lo que va a hacer. Espero que no me defraude.

Empezó a sentir una comezón en la nuca y un hormigueo en el estómago. De repente, tuvo ganas de vomitar. Evitó dar una arcada por poco.

—Se ha quedado blanco —beba un poco de agua. Sacó una botellita de su bolso y se la tendió—. ¿Ha entendido lo delicado de su situación? Si no colabora, puede perderlo todo, su familia también va incluida en el lote.

Todo el mundo tiene una retaguardia, un punto flaco, un talón de Aquiles al que clavar una flecha. Para lo bueno o para lo malo, infames o vulnerables. Y, aunque Ulises solía comportarse como un cretino redomado, quería a su familia, a su manera. Era su sostén en los momentos difíciles.

Sintió un profundo cansancio, todos sus músculos parecían de plastilina y sus huesos pesaban como el plomo.

—No se preocupe —atajó boqueando—. Lo haré.

Tenía que traicionar a un amigo, pero lo haría. Cantarejo hubiera hecho lo mismo en su lugar. No le cabía la menor duda. Era como él, un perro viejo, cubierto de dentelladas.

Cogió el móvil como un acto reflejo. Asimilando, deglutiendo la

conversación. Tenía diez llamadas perdidas de la Abeja Reina y otras tantas de Sanchito. Consultó su wasap. Le habían enviado varios mensajes y un vídeo. Lo abrió. Era una secuencia aérea, tomada desde las alturas con un dron. Se veía como un misil impactaba en un campamento en una zona montañosa del desierto y dejaba un pequeño cráter en la roca. Después hubo un segundo misil que remató la faena.

La Vicepresidenta lo sacó de su ostracismo.

—¿Ocurre algo? —preguntó con esa voz repipi, nasal, que martilleaba sus tímpanos —Ulises le mostró las imágenes—. Un ataque... a un campamento en el desierto...

—Nolan estaba ahí —dijo seco, sin emoción—. Los ingleses han disparado sin avisar. No sabemos los motivos. ¿Qué hacemos?

—Pues que vamos a hacer... negarlo todo —contestó enervada como si le hubieran metido un palo por el culo. Se levantó de la mesa, mirando su móvil como si en él tuviera la respuesta—. Para eso están los espías, ¿no? Actúan al margen de la legalidad... Llamaré a Downing Street —añadió pomposa—, a ver qué averiguo, puede que saquemos algo de provecho y nos deban un favor.

—¿Y Nolan? ¿Y Delgado?

—¿Están vivos?

Ulises señaló el smartphone, enarcó las cejas y apretó los labios.

—Sigam el protocolo —respondió ella encogiendo los hombros—. Manténgame informada sobre lo de Cantarejo.

Le dio la espalda y salió disparada hacia la puerta mientras hacía una llamada, El ruido de sus tacones lo amortiguaba la moqueta.

Ulises se levantó con urgencia y fue directo al lavabo a vomitar lo poco que le quedaba en el estómago. Un líquido amarillento y diluido.

Estaba en un aprieto, bien jodido, como hacía tiempo que no lo estaba. Si al principio de la semana pensó que había tocado fondo, ahora sentía que le habían echado una tonelada de mierda encima. Mascaba estiércol, se rebozaba en guano de alta densidad, bien cuajadito.

«Malditos burócratas. Nos tratan como perros callejeros».

Se consoló pensando que había quién estaba peor. Si es que seguían con vida. El protocolo, rio, qué protocolo.

Una fina lluvia barnizaba el asfalto de la ciudad. Se encontraba furioso, cabreado con el mundo. La cólera le ardía por dentro. Hablaba solo, más bien blasfemaba solo. Anduvo unos minutos por la acera, sin rumbo fijo, calándose

la ropa, con la gabardina abierta y el sombrero empapado. De nuevo pisó blandito. Otra caca. Maldijo en alto.

Unos metros más adelante divisó a un chico con un labrador. Un rufián con melena, pendiente, sudadera de heavy metal, y uno de esos pantalones cagados. ¡Redios! Se le veía la raja del culo. El labrador defecó en la acera y el chico tiró de la correa como si nada. Siguió caminando con paso calmado.

Ulises miró a un lado y a otro de la calle. No había moros en la costa. Con grandes zancadas se acercó al muchacho y su mascota. Sin mediar palabra, lo agarró del cuello con violencia y lo estampó contra la puerta de metal herrumbroso de un edificio de ladrillo visto.

Sacó la pistola de la sobaquera y le apuntó a la frente. Se acercó mucho al adolescente imberbe, que apenas respiraba.

—Ni una puta mierda de perro más, ¿entendido? —siseó iracundo.

El chico miccionó al instante asintiendo con la cabeza, con los ojos desorbitados.

Ulises recobró la cordura y lo soltó.

—¡Ostia! No servís para nada, los jóvenes de ahora... ¡Limpia la puta mierda ahora mismo!

Se restregó la suela del zapato contra la pernera del vaquero del chico y le dio una patada al perro. Desde la distancia observó como el bribón quitaba la caca con una bolsita y salía corriendo.

Anthony Nolan (Macizo de Air)

Tres horas antes del café con la Vicepresidenta, Anthony Nolan bebía de la petaca de Delgado, observando cómo se acercaban a las montañas de Air. Una suave brisa mañanera entraba por el hueco de la ventana a medio bajar. El cielo despejado, en azul añil.

Un poco de whisky de Malta para el desayuno, un trago corto; era reconfortante, dadas las circunstancias.

Su estómago rugía como una fiera hambrienta y sus manos tenían un tembleque nervioso, ligero pero palpable. Se había olvidado completamente de comer y de beber. Su organismo ya había diluido por completo la

adrenalina y volvía a demandar nutrientes y líquidos. Abrió una bolsita que contenía un poco de queso, dátiles y carne reseca. Probó un bocado de cada. Cerró la petaca y le dio un trinquete a un pequeño odre de piel de camello que había a sus pies. Agua fresca. Qué bien sabía. Qué bueno era estar vivo, un día más.

Delgado farfullaba en el asiento de detrás, rabioso. Reconocía que tenía unos cojones de toro bravo. Se había portado como un héroe. O como un loco. La diferencia, a veces, era ínfima. Gracias a él se habían ganado el respeto y gratitud de Gazel de por vida.

Lo observó por el espejito. Una fina película de polvo y arena se adhería a sus ropas y su piel. Un improvisado vendaje le cubría medio cuero cabelludo, y una herida le surcaba el costado en un tono violáceo. Quizás una contusión o una costilla rota; el caso es que tenía un moratón de mil demonios. Pero, Delgado parecía ajeno al dolor. Únicamente barbullaba con la mirada perdida que iba a matar a todos los hijos de puta bastardos mercenarios de Oryzon. Juraba y rejuraba en gallego cerrado.

Pudo haber sido una escabechina. Una matanza en mitad de la nada de la que nadie se acordaría. Otra más en el marcador de Anthony Nolan. Pudo, pero las cosas no siempre salen como se planifican. Una suerte para ellos.

El coche no dejaba de dar botes y bandazos, bamboleaba hacia un lado y hacia otro de la pista de arena y piedras.

—No tan rápido —le dijo a Iman que manejaba el volante con la mirada fija y los brazos tensos como dos alambres de cobre—. No quiero morir de un accidente en mitad del desierto.

—Muy gracioso, Nolan de los cojones —su acento afrancesado la hacía parecer aún más cabreada.

Iman y él habían salido bastante mejor parados que Delgado. Ella con un arañazo en la frente —que le daba un punto más de fiereza—, y Nolan con un pequeño esguince de tobillo. Tampoco se habían expuesto demasiado, cubriendo la retaguardia, apoyando con fuego de cobertura para repeler el ataque de los mercenarios.

—En serio, preferiría dejar un cadáver viejo y decrepito que un bonito cadáver en mitad de la nada.

—A este ritmo, puede que lo consigas, y antes de lo que crees... —le espetó iracunda. Estaba muy enojada por haber participado de la refriega, de parte de los Tuaregs—. No sé quién está más loco de los dos... Tu amigo tiene una buena avería, pero tú... ¿A qué juegas? Si llega a oídos de mis superiores

lo que hemos hecho... estaremos metidos en un buen aprieto... Por no mencionar el hecho de que podríamos estar muertos.

—Nos ahorraremos los detalles.

—¡Aquí los franceses son los que ponen la pasta y los que mandan!

Ese último grito le salió de muy dentro. Realmente, debía andar con tiento.

Un frenazo para esquivar un bache impulsó a Nolan hacia adelante.

—¿Por qué me seguiste?

—Por qué va a ser, imbécil, no me dejaste muchas más opciones... Mi misión principal es protegerte y encontrar a esos malnacidos blanquitos que andan metidos en líos...

Nolan asintió ajustando el cinturón de seguridad.

—¿Y qué hay de Hakeem? ¿Qué pasará con él ahora?

Amunike había confesado —después de varios culletazos de Kalashnikov y de levantarle las uñas con unos alicates— que el plan consistía en atacar el campamento desde dentro, masacrando a los tuaregs a traición mientras dormían, al mismo tiempo que los mercenarios lanzaban su ofensiva. Estaban conchabados. Un plan ominoso, digno de un señor de la guerra sin ningún tipo de escrúpulo. O, de mercenarios sin ética ni pudor. La vida de los habitantes del desierto valía menos que nada. Sin duda, su actuación hubiera sido determinante para decantar la balanza.

Ese Gazel tenía buen olfato y mejores fuentes de información, reflexionó Nolan.

Después de oír la confesión del lugarteniente de Hakeem, el comandante targuí ordenó cortar la lengua a todos los soldados que lo acompañaban y abandonarlos a su suerte en mitad del desierto. Les esperaba una muerte segura, lenta y dolorosa.

A Hakeem lo habían apaleado a conciencia, y, aun así, el hijo de puta seguía con vida. Un portento físico. Gazel había evitado su linchamiento. Quería mostrarlo en la reunión, como a un trofeo de caza.

Nolan había visto como metían al gigante de ébano en el vehículo de delante: amordazado, medio desnudo, con la cara hecha un guiñapo deforme y el cuerpo lleno de moratones, laceraciones y una costra de sangre cubriéndole todo el pecho.

—Nada bueno le espera a Hakeem —murmuró ella.

—¿Qué hay entre tú y él? —soltó Nolan.

Ella pareció dudar.

—No puedes esconder el humo si enciendes fuego, Anthony Nolan. No

quieras saber... más de la cuenta.

—Simplemente es curiosidad insana. Deformación profesional.

Ella movió la cabeza.

—Está bien... qué más da. Puede que al final del día estemos muertos... — aceleró por un tramo de pista que parecía más estable—. Fui la amante de Hakeem durante unos años, hace tiempo... en otra vida. Eso es todo... Después... vio cualidades en mí y me ayudó a entrar en la policía. Tiene buenos contactos... ¿Contento?

Nolan percibió un brillo parecido al odio en sus ojos. No se lo contaba todo.

—Más o menos. Supongo que esperará que lo ayudes, que intercedas por él.

—Supones bien —atajó crispada. Cogió la petaca con una de sus largas manos y le dio un buen trinque—. ¿Qué hay de lo tuyo? ¿Qué esperas encontrar en Air?

Nolan se lo pensó antes de contestar. Observó por el espejo retrovisor a los cuatro todoterrenos que cerraban la comitiva. En total eran seis vehículos los que conformaban el convoy. Una fuerza no demasiado numerosa para intimidar a los yihadistas, pero suficiente para poder defenderse, llegado el caso.

Después de repeler el ataque, Gazel había ordenado al grueso de sus hombres que se replegaran con las mujeres y los niños hacia el desierto profundo, hacia las antiguas rutas y se unieran con un clan amigo a la espera de recibir nuevas órdenes.

—Supongo que dinero, al final todo se reduce a eso. Si logro que esos malditos críos vuelvan sanos y salvos... Me pagarán bien y... sacaré a un amigo de un apuro.

—Un amigo... no pensé que tuvieras amigos, Anthony Nolan —parpadeó esbozando una sonrisa mundana. Sacó un paquetito de cigarrillos del bolsillo de la guerrera y se puso uno entre los labios. Lo encendió con un mechero zipo, sin manos al volante. El vehículo se tambaleó hacia un lado.

—Algo parecido, y es solo uno —Nolan asió el volante y equilibró el todoterreno.

—Dinero —masculló Iman recobrando el control. Le lanzó el paquete a Nolan—. Al final, todo se reduce a eso.

—¿Hay algo más? Es lo que mueve el mundo...

—Puede ser...

—Te guste o no, es lo que hay.

—Y, a ese de ahí atrás... qué le pasa... ¿Está loco de verdad? En tu país... ¿es habitual que envíen a dos tarados para tratar con terroristas? —dijo con ironía.

Nolan se volvió y observó que Delgado había dejado de murmurar y se había quedado dormido, con la cabeza echada hacia adelante.

—Está un poco loco... pero tiene buen corazón.

El mendigo soltó una sonora carcajada.

—Viniendo de ti es todo un cumplido, Nolan —terció Delgado sin levantar los párpados. De nuevo comenzó a murmurar un galimatías, mitad castellano mitad gallego, sobre cargarse a no sé cuántos mercenarios de Oryzon.

La noche fue larga y dura. Toledana. Una luna de sangre.

Habían sobrevivido, que era lo que contaba. Un día más respirando, o un día menos, según se mirase.

Decenas de armas comenzaron a dispararse a discreción, a un ritmo convulso y ensordecedor. Cientos de balas volaron de un lado a otro en los primeros compases de la refriega, en busca de sus primeras víctimas.

Al cuarto de hora ya se habían desperdiciado numerosos cargadores y los guerrilleros tuareg corrían desorganizados reclamando a gritos más munición. No daba tiempo a pensar, sólo a seguir combatiendo. Un segundo de duda podía resultar fatal. Protegerse, municionar y volver a disparar. Disparar y disparar.

Al tiroteo inicial, le siguió un intercambio de fuego de artillería. Los targuís contaban con dos lanzacohetes RPG-7 soviéticos —vetustos y nada fiables—, y un lanzagranadas C-90, apuntando hacia donde provenían los disparos. A ciegas. Hacia la negrura de la noche. Era como cazar moscas a cañonazos.

Por suerte para ellos, los mercenarios solo contaban con un bazuca, pero era un M3E1, con un potente cañón portátil sin retroceso diseñado para hacer mella en el blindaje de los carros de combate más modernos. Sus proyectiles habían volado tres vehículos y hacían estragos entre las filas tuaregs.

A pesar de que su número era muy superior al de los atacantes, su posición —una depresión hundida entre en mar de dunas— y el entrenamiento y la tecnología del comando de Oryzon —equipados con visores nocturnos—, los hacía muy vulnerables.

Los disparos de los tiradores de Oryzon volaban a su objetivo con una

precisión quirúrgica y letal. Disparo, ruido seco y amortiguado, pof, pof: herido o muerto. Si la cosa se hubiese prolongado en el tiempo, hubiera resultado fatal, un tiro al plato.

Gazel tomó dos decisiones cruciales que, a la postre, salvarían muchas vidas. La primera, ordenar que las mujeres y los niños, acompañados por los más ancianos que podían ser un estorbo más que ayuda en la lucha, se retirasen al extremo más septentrional del oasis. Lejos de donde se libraba el combate y justo el lugar donde el palmeral se abría el desierto en una planicie sin dunas. Delgado, Iman y Nolan ayudaron a mover los vehículos y el ganado a esa posición para comenzar la evacuación. La segunda decisión, fue táctica: abrir la defensa del oasis. Los hombres abandonaron la formación defensiva de las improvisadas trincheras y comenzaron a dispersarse hacia las dunas en zig zag, con el fin de que los francotiradores no tuvieran un blanco fácil.

Aun así, si no llega a ser por la intervención de Delgado, hubieran caído muchos más de los que lo hicieron.

El que manejaba el bazuca M3E1 era bueno en lo que hacía, y también un hijo de puta redomado. Iba alternando los disparos: obuses, bombas de humo y proyectiles de iluminación. Pim, pam, pum. Todo el oasis se convirtió en una feria. Estaba sembrando el caos entre las tropas tuaregs causando numerosas bajas.

La primera media hora bajo el fuego transcurrió como un suspiro. Ni un segundo dejaron de ladrar las ametralladoras y los bazucas.

Uno de los obuses impactó en la zona de retaguardia. Dos niños cayeron mientras corrían despavoridos con las manos tapándose los oídos, a pocos metros de donde estaba Delgado. Dos de los chicos que habían reído con él unas horas antes. Fue un punto de inflexión. A partir de ahí, Delgado entró en trance con un grito desgarrador. Una ira ciega se apoderó de él, oscilando entre la locura y el ardor guerrero.

Nolan no recordaba muy bien los detalles de lo que ocurrió, solo tenía retales en su memoria. Sus sienes latían a ritmo de metralleta, la adrenalina corriendo por sus venas y el corazón desbocado. De vez en cuando, le venían imágenes, sensaciones vívidas. Ni sentía ni padecía, solo disparaba hacia la negrura de las dunas como un poseso.

Corrió junto a Delgado hacia la vanguardia sin temor a las explosiones y las balas que silbaban a su alrededor. Siempre unos metros por detrás, por precaución. El mendigo Delgado parecía imbuido de una fuerza sobrenatural que lo empujaba hacia adelante con mayor ímpetu que el resto. Un tipo de

orgullo, de estirpe de valiente. Pararon donde estaba Gazel y Delgado pidió una mochila con granadas y bengalas. Gazel asintió con la cabeza, sorprendido, y uno de sus hombres le proporcionó el material.

Nolan miraba de vez en cuando al cielo estrellado, temeroso de que en cualquier momento aparecieran unos Apache o de que hubiese un dron en las alturas, pilotado a miles de kilómetros de distancia, y los borrarán de la faz de la tierra con solo apretar un gatillo. Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro.

Dando un amplio rodeo por el flanco derecho, Delgado se internó en la arena, escalando la enorme duna por la pendiente más tendida. Nolan seguía su estela sin resuello. Más atrás, Iman gritaba palabras incomprensibles en un susurro amortiguado por el viento del desierto.

Gazel intuyó lo que pretendía Delgado, y, junto a una decena de hombres, partió tras ellos.

Se acercaba el momento de la verdad. Matar o morir. Asumir la violencia como algo natural, una regla de vida, dejar atrás los miedos y encontrar a tu verdadero yo: el lobo. De nada sirven unos brazos fuertes y un adiestramiento en combate si, en realidad, tu auténtica naturaleza es la de un cordero asustadizo. Era el momento de enfrentarse con la muerte, mirarla a los ojos y desafiarla. La mayor parte de los seres humanos no se atrevía a hacerlo.

Fue una lucha a cara de perro. No hubo honor ni gloria en la victoria. Solo sangre y muerte. Delgado localizó a dos de los tiradores del flanco oriental, separados unos quince metros el uno del otro. Se arrastró sigilosamente, como una serpiente a punto de morder y, cuando el mercenario más cercano se disponía a recargar el fúsil, se lanzó por detrás dispuesto a darle muerte. Con la destreza de un carnicero le cercenó la garganta de un tajo, por la espalda, sin dejarle tiempo a que reaccionara. A traición. Técnica depurada, asesino nato. Muy profesional.

El segundo francotirador se revolvió para disparar a Delgado. Nolan, bien plantado, sin que le temblase el pulso, lo acribilló con una ráfaga de balas. Sin miramientos. Delgado lo observó durante un segundo, el rostro salpicado en sangre, y esbozó una sonrisa diabólica.

Acto seguido, sin titubear, el mendigo se arrodilló, abrió el petate y lanzó en gancho varias bengalas, iluminando la zona donde se atrincheraban el grueso de los hombres de Oryzon con una luz blanca y brillante. No llegarían a la treintena, hombres perfectamente pertrechados para la guerra. Los visores nocturnos no servían de nada con las bengalas. Su luz los cegaba.

Sin apenas darles tiempo a reaccionar, envió una andanada de granadas,

una detrás de otra. Pum, pum, pum. Hasta acabar existencias. Ahora, el caos estaba de su parte, y las cosas parecían más igualadas.

Nolan se tumbó en la arena y disparó en ráfagas a las siluetas que se movían hacia un lado y hacia otro, sorprendidas, sin saber muy bien qué hacer. Delgado se lanzó a degüello, seguido por Gazel y sus hombres, que acababan de llegar a la cima de la duna. A cara de perro. Iman se agazapó junto a Nolan y comenzó a tirar con su subfusil, con precisión y tiento, con entrenada meticulosidad.

Delgado se movía al ritmo de las balas, con la pistola en una mano y el cuchillo en la otra. Imbuído de un diabólico frenesí, dibujaba extrañas fintas, disparaba en una pierna, al pecho o donde le cogiese y después remataba la faena con el cuchillo. Estaba poseído, inmerso en una extraña danza, una coreografía violenta y macabra, con la muerte como única aliada.

Nolan atisbó al tipo espigado que llevaba el bazuca a la espalda. Disparaba con arma corta y gritaba a sus hombres que se batiesen en retirada. Al pasar cerca de una de las bengalas, la luz blanquecina iluminó un rostro afilado, escarificado por la viruela. Un rostro infame que recordaba perfectamente.

Respiró hondo y bajó pulsaciones, situó la mirilla de su fusil en línea con el pecho del mercenario sudafricano. Aspiró y espiró, justo antes de apretar el gatillo, como le habían enseñado los colombianos.

De repente, las bengalas comenzaron a apagarse, una tras otras, sumiendo a la duna en la más absoluta oscuridad. Apretó el gatillo, pero la bala se perdió en la negrura de la noche, sin dar blanco. Un segundo tarde.

La parte final se libró cuerpo a cuerpo. Una refriega de cantina. A cuchillada limpia, armas cortas y disparos a boca jarro de unos y otros. Anthony e Iman se quedaron en la retaguardia, atentos por si discernían algún uniforme negro que rematar.

Delgado se batió como si tuviera el demonio dentro, asestando estocadas a diestro y siniestro, trinchando carne mientras las balas pasaban a su alrededor esquivando su figura. Al final del combate se presentó ante Gazel, cubierto de sangre, con cuatro cabelleras recién cortadas. Sus hombres lo vitorearon como a un héroe. Tenía la mirada perdida, era la mirada de un asesino que mata por placer.

Una imagen esperpéntica que Nolan siempre recordaría.

La pista comenzó a ganar altura, serpenteando, ascendiendo en las

postrimerías del macizo de Air. La velocidad del convoy se redujo considerablemente.

—¿Qué, has informado a tus superiores? —inquirió Iman. Había estado callada un buen rato—. Te he visto hablando por teléfono esta mañana... Como para no verte, subido en el techo del todoterreno... Menudo agente de campo...

Nolan la miró con cara de circunstancias. En realidad, estaba buscando cobertura para contactar con Dana, de forma desesperada. Ella dijo que intentaría avisarle... y no daba señales. No sabía si era algo bueno o malo. Más bien, su olfato le susurraba que lo segundo.

—Buscaba cobertura.

—¿No te han dado un teléfono satélite?

—Hay recortes... ¿Lo tienes tú?

—No —dibujó una mueca extrañamente simpática—. He llamado con el de Hakeem.

Nolan asintió con una media sonrisa de tres cuartos, natural, patentada, marca de la casa. Intentaba disimular su zozobra.

—¿Qué les has dicho?

—Que no han sido los tuaregs, los del ataque a los franceses... Se han mostrado decepcionados... En el gobierno hay quién piensa que una nueva revuelta contra estos príncipes del desierto... —acentuó sus palabras con retintín, con un deje de ironía—... vendría bien a los intereses de patrios...

—De unos pocos.

—Correcto.

—La excusa perfecta para reactivar la economía del armamento y hacer una pequeña purga... por aquí y por allá.

—Vaya, no eres tan inútil como pareces... —repuso ella—. Tienes algo más que una bonita sonrisa...

—Si no han sido los tuaregs... ¿quién ha sido?

Iman se encogió de hombros mientras tomaba una curva cerrada, de raqueta.

—Quizás lo averigüemos antes de que acabe el día... ¿Y tú que les has dicho?

—Que todo va como la seda... Que tuvimos un pequeño percance, pero que en breve contactaremos con los yihadistas.

Iman emitió una carcajada bronca al tiempo que Delgado comenzó a roncar.

—Un pequeño percance... serás cabrón. Eres como el resto de europeos...

os importa una mierda lo que ocurra aquí, para vosotros todos somos iguales... Quitando a ese loco de atrás...

No andaba muy desencaminada.

—Estoy aquí por una misión... no en un viaje de placer, ni en una ONG.

Apretó el acelerador y giró el volante para encarar la siguiente rampa, con confianza. Conducía segura de lo que hacía.

—Ese tipo... al que buscas... El Fantasma... Es un pez gordo, muy escurridizo, por lo que he oído.

No le había hablado del Fantasma. Intentaba sonsacarle.

—Eso he oído yo también —replicó Nolan mirando al océano de dunas que había debajo—. El motor se va a recalentar... como sigas revolucionándolo de esa forma. ¿Queda mucho?

Cogió el micrófono de la radio y habló unas frases en árabe con Gazel, que iba justo en el vehículo de atrás.

—Unos veinte minutos. Detrás de aquel risco hay una pequeña meseta. Allí nos dirigimos —hizo una pausa, carraspeó, no era lo suyo la sutileza—. He oído que tenéis un pasado común, cuentas pendientes, ese Fantasma y tú...

—Eso he oído yo también —respondió Nolan lacónico.

—Mis jefes preferirían que no le pasase nada... no quieren comenzar una guerra con quien no se debe. No hagas ninguna tontería. La protección de Gazel y la mía tiene sus límites.

—Ni por asomo. Lo único que quiero... es hacer un trato y largarme cagando leches de este infierno arena y sol.

Más que el Fantasma y los yihadistas del demonio, le preocupaba el dron británico que podían tener sobre sus cabezas en ese preciso instante, y, sobre todo, que un hijo de puta que comía humus en Tel- Aviv apretase un botoncito.

Las dunas de color beige se extendían a sus espaldas, hacia el norte, adquiriendo un color anaranjado. Desde cierta altura, se asemejaban a las pequeñas olas de un mar embravecido. El convoy encaraba las cumbres escarpadas, culebreando por la pista de tierra. Iman revolucionaba el coche y bajaba de marcha en cada revuelta. Las sombras de la montaña se cernían amenazantes sobre el fondo del solitario valle de Tazerzaït, donde el macizo del Air se funde con los océanos de arena del Teneré.

Se trataba de un lugar emblemático, le contaba Iman. Los tuaregs se cobraron allí su mayor victoria en los dos años de rebelión contra el Gobierno de Níger, décadas atrás. Casi olvidado. Luchando bajo la bandera del

Movimiento de los Nigerinos por la Justicia y apoyados por el sátrapa libio Muammar al-Gadafi, capturaron a 72 soldados del Gobierno en Tazerzait, y exigieron al Estado que compartiese los ingresos de la principal fuente de riqueza de ese desierto: el uranio extraído de sus tierras. Pobres ilusos, caviló Nolan.

Habían elegido un lugar con historia para celebrar el cónclave.

Dejaron los todoterrenos en una planicie al pie de una cresta, y continuaron ascendiendo por caminos y trochas hacia el poblado medio derruido que había cinco kilómetros más arriba. Se topaban con hombres armados cada medio kilómetro, yihadistas barbudos en ropa de campaña y mirada taciturna que saludaban a los tuaregs con cierto respeto, pero que escupían cuando Nolan pasaba por su lado. Delgado se mimetizaba mejor en el entorno, pero, la piel blanquecina y el pelo rubicundo de Anthony, no dejaban lugar a la duda. Más de uno lo apuntó con su fusil simulando apretar el gatillo.

—Pisad por donde yo piso —advirtió Gazel cuando llegaron a las postrimerías de la aldea.

Nolan observó a Iman.

—Esta zona está plagada de explosivos —explicó ella—. El ejército minó los poblados rebeldes en la última gran revuelta. No suelen venir mucho desde entonces...

—Un buen lugar para una reunión clandestina —masculló.

—Lo vas pillando.

Nolan asintió preocupado. Andaba muy despacio, con pies de plomo. Pisando sobre las huellas de Iman. Delgado lo adelantó y se colocó detrás de la diosa de ébano sin hacer ruido.

—Estuviste bien anoche —comentó Nolan, cogiéndole del brazo—. Hicimos lo correcto.

El otro lo miró con una mueca de desdén.

—A veces, me pregunto si estamos en el bando de los buenos.

—Ya sabes que no, pero es nuestro bando —replicó Nolan.

Cabeceó Delgado, apretando el paso tras Iman. Nolan hizo lo propio.

Al fondo de la explanada, se adivinaban decenas de casas medio derruidas y los restos de lo que, en otro tiempo, fue una escuela. Se acercaron con cautela bajo la atenta mirada de los insurgentes que aguardaban su llegada.

Nolan contó por lo alto unos cincuenta hombres armados, atrincherados entre los restos de los edificios. La cosa se ponía interesante.

—Construimos el colegio aquí porque era un lugar estratégico: había agua

en el subsuelo y el lugar estaba en el centro de las dispersas áreas de pasto de la región —comentó Gazel a Delgado con aire melancólico—, así nuestros padres podían visitarnos mientras se movían con los rebaños. Mi padre sólo sabía vivir en el desierto. Sabía conducir la caravana de sal a Bilma, encontrar hierba en la arena, viajar con las estrellas, cazar antílopes en los cañones y carneros en las montañas. Y, eso, es cuanto sé yo también, pero la vida del desierto está llegando a su fin. Nuestro modo de vida está obsoleto. Nuestros hijos tienen que ir al colegio y adaptarse a los nuevos tiempos. En las ciudades. Algún día lo harán. Pronto. El fin de los tuaregs como príncipes del desierto se acerca.

—Todo tiene su tiempo —Delgado le puso una mano en el hombro. Gazel asintió imitando el gesto.

Iman se giró hacia Nolan enarcando una ceja.

—Genio y figura —musitó Anthony ufano, guardando los nervios en una cajita y tirando la llave.

El comandante dijo unas palabras a sus hombres. Acto seguido, arrastraron a Hakeem, maniatado y amordazado, y lo tiraron en mitad del arenal, a la vista de todos. Se levantó un murmullo generalizado entre los yihadistas conforme su identidad trascendía.

Gazel cogió de la cuerda y tiró de él como un perro hasta que se levantó.

—Vengan conmigo —les dijo.

Iman, Delgado y Nolan caminaron tras Gazel y Hakeem, que andaba a trompicones, hasta la cima de un pequeño risco en el que erguían cuatro aulas de adobe sin tejado, con los muros acribillados a balazos.

Dos soldados les pidieron que dejaran las armas en la entrada. Los cachearon a fondo, sobre todo a Iman, que se mantuvo impasible, el rostro impertérrito, durante todo el proceso de tocamientos y comentarios soeces. Delgado dejó su enorme cuchillo, aun manchado de sangre, a regañadientes, y Nolan mantuvo su estilete dentro del cinto.

Ataron a Hakeem a un poste, como si fuera un perro vagabundo, y los escoltaron hacia una de las clases con las pizarras pintarrajeadas de grafitis con obscenidades en francés y caricaturas de los tuaregs practicando sexo con animales.

—Legado de los soldados de Níger —comentó Gazel.

—Unos artistas —musitó Nolan.

Ninguno le rio la gracia. Delgado lo miró con desdén moviendo la cabeza e Iman resopló con hartazgo.

—Solo los de su país se ríen de esa forma de las desgracias propias y ajenas —replicó Gazel, pausado, mirando hacia el horizonte a través de un gran agujero abierto en la pared.

—Nuestra historia está plagada de ellas. En el cómputo global, a desgracias y desgraciados no nos gana nadie —añadió Nolan ofreciéndole un cigarrillo a Gazel—. Venga coja, fumemos la pipa de la paz.

Gazel asió uno de los cigarrillos y se volvió hacia la puerta a hablar con dos soldados.

Anthony se acercó a Iman que observaba con los brazos cruzados a través de la ventana.

—¿Tienes cobertura? —inquirió Nolan.

—No —negó con la cabeza—. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Esperas una llamada?

—Podría ser —sacó a relucir su dentadura.

Iman le dedicó una mueca parecida a una media sonrisa.

—Un poco tarde para llamadas, Nolan —adelantó el mentón hacia el hueco de lo que antaño fue una ventana.

De la montaña bajaba una comitiva de una veintena de hombres, ropa militar, turbantes, Kalashnikovs al hombro. El segundo era un poco más alto que la media, un tipo delgado de movimientos ágiles y de una mirada azul, fría y translúcida, como un estanque en calma.

Se acerca la hora de la verdad, pensó Nolan.

Dana (Bamako)

Más o menos en ese mismo instante, minuto arriba, minuto abajo, separada por más de dos mil kilómetros, Dana despertaba. Estiraba la pierna y alzaba el brazo. Se desperezaba con los primeros rayos de sol filtrándose entre las cortinas de la ventana del dormitorio.

Las sienas le palpitaban todavía con restos de alcohol y tabaco. La noche había sido movidita. Desenfrenada. Lasciva. Salió con los chicos de la estación a cenar a uno de los restaurantes de moda de la capital. Un festín

regado con ingentes cantidades de vino. Después, fueron a tomar unas copas y a bailar en una discoteca para occidentales.

Terminaron los tres encamados de nuevo. Lo pasaron bien, sin intimar demasiado en lo personal, solo en lo carnal. Eran buenos chicos. Hablaron de todo y de nada, conversaciones intrascendentes para pasar el rato. Tampoco había que contarse la vida de cada uno.

Un brazo hercúleo, depilado, le pasó por encima y una mano, nervuda, le acarició el pubis. Dana se la quitó de un manotazo.

—No me apetece, Benji —dijo seca. Se ajustó la prótesis ocular presionándose el párpado—. Por las mañanas me levanto de muy mala leche, arisca como un gato.

—Umm está bien, tú te lo pierdes... —musitó con un bostezo, dándose la vuelta hacia su lado de la cama. Se agarró a la almohada en posición fetal y comenzó a ronronear casi al instante.

Ese Benji era un poco palurdo, pero un buen chico. Fuerte y resistente, un semental de primera. Aunque algo escaso de neuronas. Era el que ponía el músculo en la estación de Bamako. El cerebro se lo dejaban a Ariel.

Entre copa y copa de Burdeos —no escatimaron en gastos, había que celebrarlo—, Benji le había contado que provenía de un kibutz, en Yotvata, en el desierto de Israel, hijo y nieto de militares. Su abuelo fue uno de los primeros halcones del Herut —precursor del Likud—, en el recién estrenado estado de Israel; y, su padre, un héroe en la Guerra de los Seis días. Benji era el más pequeño de cinco hermanos, había crecido escuchando las batallas de sus ancestros y ansiaba convertirse en un héroe a la mayor gloria de Israel. Estaba en Bamako haciendo méritos, su primer destino. Era mejor que nada. Seguramente, lo ascenderían en cuanto volviese. Ariel tenía un camino mucho más espinoso.

Las sábanas despedían el inconfundible aroma a sexo, sudor entremezclado con fluidos. Había dado el cayo con los dos. Tenía que reconocer que estaba algo desentrenada, pero aún se mantenía.

De vez en cuando, había que engrasar y darle un poco de alegría al cuerpo.

Sonrió para sus adentros mientras se incorporaba y recogía su ropa interior, lencería fina y barata comprada en un Zara. Coqueta, pero nada más. Quizás debería cuidar esos detalles.

Se sintió contenta, satisfecha: contenta de estar viva y de que nadie la hubiera quitado de en medio. A pesar de todo, quería seguir disfrutando un poco más.

Oía ruido en la cocina, sartenes, cacerolas y un cuchillo cortando ágilmente sobre una tabla. Taca, tac, tac. Ariel tarareaba una canción popular de Sarit Hadad: enciende una vela o algo por el estilo.

Olor a frito. Olor agradable. Olor a casa.

Se acercó por detrás sin hacer ruido, con pies de gato. Ariel, descalzo, velludo y desnudo, con un delantal por delante, trabajaba ufano en la encimera. Un tipo interesante, este Ariel. Lo opuesto a su compañero. De origen humilde, era inteligente, tenaz, meticoloso, tenía temple y sabía callar cuando había que hacerlo; no como Benji, que parecía una cotorra, pomposa y petulante.

Recordó su tendencia dominante en la noche anterior, rol de macho alfa; en contraste con las poses sumisas de Benji, que gustaba beber de sus bajos. Boca jugosa y lengua juguetona. No le pareció que fuesen actitudes homosexuales, pero rozaban el límite. Casi se ruborizó de pensarlo. Casi.

Sin embargo, Ariel tenía algo, cierto carisma, con un vago punto ascético. Ejercía cierta influencia a su alrededor. Le auguraba un buen futuro en el servicio si sabía apretar las teclas adecuadas. Y, además, poseía un trasero espectacular. Era unos años más joven que ella —al menos lo aparentaba—, pero la atraía de igual forma. Le daba un aire a ese actor que tanto le gustaba a su madre de joven, Lambert... o algo así, el de la mirada triste.

Si no fuera por Nolan... El jodido Anthony Nolan.

¡Nolan! Se había olvidado por completo de él. Comenzó a hiperventilar.

¡Dios! Le dijo que lo avisaría del ataque, pero Mishka se había mostrado reticente a darle más información de la necesaria. Le gustaba trabajar en compartimentos estanco, decía. Mientras menos sepa uno del resto, mejor. Solo él tenía la visión de conjunto.

Encendió el móvil e intentó llamarle. No contestaba. Había esperado hasta el último minuto por si a alguien en Tel Aviv le daba por monitorizar su móvil... Al menos, que supiera que no se había olvidado de él.

No se lo merecía. Jodido Anthony Nolan. Embaucador. Bastardo. Cabrón.

—¿A quién llamas? —Ariel sostenía una bandeja con sucedáneos de shakshuka bajo el dintel de la puerta.

—A nadie... a un amigo... —musitó con ojos huidizos.

Ariel inclinó la cabeza.

—Un amigo... está bien... —concedió—. Te he preparado un desayuno especial —sus facciones duras, cejijunto y mandíbula cuadrada, se dulcificaron. La miraba con curiosidad—. Para una chica especial.

Dana observó el contenido: pan, queso duro y blando, yogur, aceitunas,

mermelada, mantequilla, huevos. Para beber: zumo, café y leche. Su estómago rugió.

—Una chica especial... —repitió ella. Tan especial que la compartes con tu compañero de estación, pensó con sorna. Tenía suerte con los hombres. Una suerte bárbara. Curiosamente, ninguno de los dos se había mostrado posesivo con ella, más bien al contrario—. Gracias.

—Mira bien tu móvil —dijo comedido, mientras dejaba la bandeja en la mesa del salón, bajo un gran mural colorido, de trazo grueso, que representaba un poblado rural en la margen de un río. Se aplacó el mechón que caía por su amplia frente patricia.

—¿Y eso? —parpadeó ella enarcando una ceja.

—Me ha llamado Mishka —se envaró. Su voz, incluso su rostro, cambió de registro. Notaba un cierto resquemor en cómo fruncía los labios al pronunciar su nombre. Era el efecto que tenía el cabrón de Mishka sobre la gente. Ponía a cualquiera de mala uva—. Quería hablar contigo y no te localizaba.

—Claro, lo tenía apagado. Estoy de vacaciones —respondió muy tranquila acariciándole la mejilla con el dorso de la mano, su corazón latiendo a mil por hora. Se bebió el café, cogió el móvil y se fue a su cuarto cerrando la puerta.

—Mishka —pronunció Dana, fría y distante.

—He estado intentando localizarla —respondió una voz silbante al otro lado.

—Durmiendo —no había que achantarse—. Estoy fuera de servicio, ¿no? Quizás eso último sobraba.

Sonó una sirena de fondo. Su cuerpo se tensó como un alambre. Abrió un poco la cortina, observando de perfil, pegada a la pared. En frente había un colegio. Los niños salían corriendo al patio en la hora del recreo. Suspiró aliviada.

En realidad, en el Mossad una nunca estaba fuera de servicio. Siempre tenías un hormigueo como ruido de fondo.

—¿Todavía en Bamako?

No sabía si la pregunta tenía un doble sentido. Con Mishka nunca se sabía. Aunque no imaginaba a Ariel contándole la agitada noche que habían tenido, todo era posible.

—Sí. Aún sigo aquí. Hoy marchó.

—Vamos a lanzar el ataque, esta mañana. Los chicos están pirateando los sistemas de los drones británicos.

El corazón de Dana tamborileó desbocado. Jodido Anthony Nolan. ¿Por qué se preocupaba por él? Quizás fuese mejor así, un bombazo y se acabó. Pero... siempre estaba el pero... Esa sonrisa, su piel, esos ojos gris azulados, esas manos callosas.

—Su amigo, Nolan, está allí —contestó a la pregunta que iba a hacerle—. Lo tengo en pantalla. El dron ha bajado de altura y nuestros sistemas de reconocimiento facial lo han identificado, junto a otros líderes fundamentalistas de la zona... y un sujeto que podría ser Al Golani —hizo una pausa—. Los chicos secuestrados ya se encuentran sanos y salvos en Catar. La cuadratura del círculo —rio entre dientes, casi nunca lo hacía—. Lo hemos conseguido.

—¿Por qué me cuenta esto? —preguntó Dana sin alterar un ápice su frío tono de voz.

—Para que intente avisarlo y que se aleje del área de impacto. Digamos que una persona ha mostrado interés en que salga con vida... y nos conviene quedar bien con esa... mujer —matizó esa última parte—. Ese Nolan debe ser un buen activo —de nuevo una risita contenida—. ¿Tiene su número?

Sentía algo, una presión en los oídos, un frío más intenso de lo normal que la inmovilizaba. Y también otra cosa. Una gelidez interior. Mishka había jugado con ella durante toda la misión.

Claro que lo tenía y él bien que lo sabía.

—Sí.

—Pues avísele. Le queda una hora, como mucho.

La llamada se cortó sin más. Puto Mishka.

Volvió a repetir el proceso para contactar con Nolan en varias ocasiones, sin éxito.

Dana volvió a la cocina con la cara blanquecina y un sudor frío bajándole por la sien.

—Dana... —acertó a decir Ariel, con el rostro marcado por la preocupación—, ¿qué te ocurre?

Ella lo observó con precisión. No sabía si podía confiar en él. En asuntos de espías había que camuflarse bien, ser camaleónico cuando la situación lo requiera y no dejarse engañar por las apariencias. Siempre una capa de barniz. Quizás este Ariel estaba informando directamente a Mishka. A veces se volvía paranoica.

Parecían tan cándido con ella, tan entregado a la causa... que decidió

jugarse todo a una carta. Eretz Yisrael. Si lo convencía a él, Benji no sería problema.

—No sé si debería contártelo —dijo en tono apesadumbrado. Suspiró dos veces antes de sentarse en la mesa y coger un poco de pan—. Es un tema delicado.

—Puedes confiar en mí, Dana... En lo que pueda ayudar... Lo que esté en mi mano... ¿Es Mishka?

«Joder, como son los hombres. Lo que hace un buen polvo».

Dana asintió. Su único ojo refulgía como un diamante perfectamente pulido.

—Sí, Mishka me ha pedido un favor, fuera de los límites reglamentarios...

—Ese hijo de puta... —masculló—. Siempre intrigando, llevando a las personas al límite...

—Me ha pedido que vaya a Níger, al desierto del Teneré, más allá de Agadez y localice a una persona...

Ariel silbó, afinando la mirada, atravesándole el hipotálamo.

—Tu amigo —aventuró.

—En efecto, mi amigo.

—Eso es como buscar una aguja en un pajar.

—Me ha dado las coordenadas —mintió. Tendría que pedir un par de favores en Tel Aviv para conseguirlas, pero había gente que le debía unos cuantos. Entre ellos, su propio hermano metido en política en el ala ultraconservadora del Likud. Se había hecho famoso de la noche a la mañana, después de su cautiverio y había sabido aprovechar su rédito ascendiendo en política. Tendría que llamarlo—. Necesito una avioneta y combustible para ida y vuelta.

De nuevo volvió a silbar.

—Mishka no te ha pedido nada de eso —dijo con voz de locutor de radio. Se mesó sus mejillas con barba de un día—. ¿Me equivoco?

Maldición, era bueno. Rematadamente bueno. Eso, o a ella se le notaba demasiado. Dana no contestó.

—Tengo un sexto sentido para detectar mentiras —aclaró en tono monocorde—; y también meses de entrenamiento en contraespionaje. Tu pupila se ha dilatado involuntariamente y tus labios han temblado brevemente.

Touché. No valía la pena seguir por esa vía.

—No, no me ha pedido nada de eso, más bien lo contrario —se sinceró ella, cauta, sin parpadear y sin evitar su mirada—. Creo que me ha llamado para restregarme que esa persona me importa, y que él tiene el control sobre la

situación. Control absoluto. Pero tengo que encontrarla con tu ayuda o sin ella —habló con una determinación férrea, apretando los puños.

De nuevo esa mirada insondable sobre ella.

—¿Te importa tanto como para terminar en mitad de la nada? ¿Volar a una zona plagada de yihadistas que podrían despedazarnos en directo, para millones de personas que se regocijarían en todo el mundo?

—Sí —afirmó tajante—. Además, puede que cuando llegemos esté muerto.

El otro meneó la cabeza, como diciendo estás loca de remate.

—¿Putearemos a Mishka?

—Sí —repitió.

—Entonces te ayudaré —pronunció tranquilo, para sorpresa de Dana. Ella dejó de masticar y esbozó un atisbo de sonrisa—. Ese bastardo me envió aquí para quitarme de en medio... para anularme. Es una larga historia que se remonta a la época de la Duvdevan. Resumiendo, nos jodió vivos: una operación encubierta en Gaza, en la que el Mossad metió la zarpa hasta el fondo con el estratega de Mishka a la cabeza. Cogieron a uno de los nuestros y lo encontramos al día siguiente, degollado al pie del muro, con las ratas comiendo de sus tripas. Yo era el jefe de unidad y declaré contra Mishka. No hubo consecuencias, pero la espinita se nos quedó clavada, a ambos. Después se encargó de ajustarme las cuentas cuando ingresé en el Mossad, el muy hijo de puta. Por eso acabé en este agujero. Si puedo hacer algo para que le salga una almorrana en el culo, no te quepa duda de que lo haré.

La cosa iba por buen camino. Dana sonrió cómplice.

—¿Y Benji? ¿Qué le decimos? No parece preparado para una misión de este tipo... Y, además, se irá de la lengua con tal de conseguir una palmada de Mishka.

—Benji... hará lo que le digamos, si se lo adornamos con un poco de épica y gloria.

Un carraspeo detrás de Dana. Ambos se volvieron y Benji asomó su cuidado tupé perfectamente engominado, a lo Cristiano Ronaldo.

—Benji... os llevará dónde queráis... a salvar a ese amigo especial para esta princesa... —dos hoyuelos se marcaron en sus mejillas, casi imberbes. Ni siquiera tuvo la decencia de sonrojarse al presentarse casi desnudo, con un tanga blanco—, con tal de joder a Mishka. También tengo un pasado con él... Y sin conocernos siquiera... Lo suyo fue con mi padre... —los dos lo miraban expectantes, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué cojones creéis que el hijo

de un general ha terminado en el culo del mundo? —dibujó una sonrisa sardónica—. Sé dónde alquilar una avioneta y puedo llevaros hasta allí.

Quizás se había equivocado con Benji, pensó Dana.

—Perfecto, salimos enseguida —dijo Dana con una sombra de angustia en el fondo de sus pupilas—. Con un poco de suerte estaremos aquí al anochecer.

No sabía qué se iba a encontrar en mitad del desierto. Quizás Nolan habría muerto cuando llegase. O, quizás no. El caso es que tendría que cerrar el círculo. Lo necesitaba. Estaba cansada de esperar, simplemente, viendo cómo el tiempo pasaba delante de sus narices sin que ocurriese nada que le importase.

«Jodido Anthony Nolan», se dijo así misma.

Anthony (Macizo de Air)

Iman, Delgado y Nolan permanecían en un segundo plano, arrodillados en la arena, atentos a la conversación que tenía lugar en el aula principal de la escuela, semiderruida y sin techo. Sobre ellos el cielo azul y el sol a media altura.

Los habían cacheado a fondo de nuevo, y, esta vez, sí que habían encontrado el estilete de Nolan.

No les quitaban ojo de encima. Los tenían encañonados, tres de los hombres de los Ansar Dine, de rostro fiero y mirada pétrea. Guerreros. Soldados. Terroristas. Libertadores.

El que apenas tenía dientes y bizqueaba, le había propinado a Nolan un fuerte golpe en la sien con la culata del Kalashnikov, sin motivo aparente. Le dejaban bien claro lo que pensaban de él. Le abrió una pequeña brecha y le provocó un fuerte dolor de cabeza. El Fantasma tuvo que intervenir con un gesto de la mano para que la cosa no fuese a mayores.

Hacía calor, el sudor le picaba en los brazos y en la frente.

Delgado gozaba de la plena protección de Gazel y sus hombres, e Iman parecía inmune a los yihadistas, su estatus de agente del gobierno la hacía intocable. Por el momento.

A los yihadistas les convenía tener un testigo oficial de lo que allí ocurría,

cavilaba Anthony. Había demasiados intereses en juego. El ataque a las minas de Uranio podría tener serias consecuencias sobre la geopolítica de la zona si no se gestionaba adecuadamente. A nadie le interesaba en estos momentos una guerra abierta con los franceses —y sus aliados—, nadie quería ver sus cielos surcados por los Mirage y la legión extranjera patrullando por el desierto. Era un asunto que había que zanjar y que aclarar cuanto antes.

Entre Delgado e Iman le iban traduciendo lo principal de la conversación que tenía lugar al fondo del aula, en un pequeño púlpito, donde antaño debía estar la pizarra y la mesa del profesor. Sobre una alfombra de finos bordados rojos anaranjados, con intrincados motivos geométricos, estaban sentados algunos de los principales líderes yihadistas del Sahel. Recordaba los dossiers y, vagamente, sus caras de las fotografías que los acompañaban.

Todos se echaban las culpas de lo ocurrido. Las voces, al principio calmadas y respetuosas, fueron subiendo de decibelios hasta que el cónclave se convirtió en una especie de riña de patio de colegio en la que algunos amenazaban con llegar a las manos y romper el pacto de coalición.

«Están rumbosos, como diría Guanchito», Anthony sonrió por dentro echando de menos a su amigo.

—Parad —ordenó el Fantasma con una voz firme, sin elevar el tono en exceso. Los observaba desabrido, con un visaje de voyeur melancólico, como si presenciase una escena deprimente y procaz en mitad de un ensayo. Quizás hastiado por la incompetencia de los actores—. Venimos aquí como hermanos, unidos por una causa común... No para insultarnos como mercaderes.

Apenas había reparado en Nolan. Solo un saludo con una leve inclinación de cabeza cuando se vieron en la entrada de la escuela. Anthony esperaba algo más. Quizás no lo había reconocido. Era poco probable. Tendría grabada su cara a fuego tanto como él la suya.

Todos lo miraron, ásperos, taciturnos. Quedaron expectantes. Cabezas altas, cuellos estirados. El Fantasma parecía un encantador de serpientes tocando la flauta en un nido de cobras reales. Era una de esas personas que emanaba autoridad intrínseca, de las que no les hacía falta empuñar un arma o levantar la voz para que su audiencia los escuchase.

—No voy a tolerar que se siga insultando a mi pueblo —rezongó Gazel visiblemente alterado. Se rebulló en su cojín—. Los imuhars no tenemos nada que ver con el ataque. No estamos tan locos como para repetir los errores del pasado.

—¡Cobardes! —farfulló Nabil Hatad, el lugarteniente del brazo armado de

los Ansar Dine. Mano derecha de Ghaly. Un tipo escuálido, barbudo, de ojos oscuros como un pozo sin fondo. Se colocó una tela del turbante detrás del hombro y se ajustó unas gafitas redondas en la punta de la nariz—. Tendríais que haberos unido a la causa... como vuestros hermanos de Mali.

Los fundamentalistas de Ansar Dine tenían su base principal entre la tribu Ifora de la parte sur de la patria de los Tuareg. Su líder, Iyad Ag Ghaly era de origen targuí y participó activamente en la rebelión de 1990 contra el gobierno de Malí.

Gazel lo fulminó con la mirada, todos sus músculos tirantes.

—¿Dónde están ahora! —aulló altivo, ojos muy abiertos, expresión hosca—. Perseguidos. Muertos de hambre, pidiendo limosna vagando por el desierto. ¿Es ese el destino que quieres para el pueblo de la lanza? Malditos locos —masculló.

Escupió en el suelo. Nabil Hatad hizo un ademán de llevarse las manos a la pistolera de piel de camello que llevaba al cinto, pero uno de sus lugartenientes se lo impidió. A Nolan le pareció más teatro que otra cosa.

—Eso es mejor que arrodillarse ante los infieles... —bufó Nabil. Sus narinas temblaban. Lo apuntó con la cazoleta de la pequeña pipa de metal reluciente, con aire amenazante. Fumaba un tabaco que despedía un fuerte aroma. No pasaría de la treintena. Savia nueva en la organización.

—Tarde o temprano tendréis que tomar una decisión, Gazel —el que hablaba ahora era el ideólogo del Frente para la Liberación de Macina, Mojtar Imhar, (primo del temible Amadou Koufa, según recordaba Anthony). Un maliense negro como el tizón, de complexión fuerte, cara ancha y ojos pequeños, con un cuello de toro y una prominente barriga. Le faltaba un trozo de cartílago de su oreja izquierda. Era una marca que lo delataba. Vestía un uniforme de camuflaje beis muy apretado. Bebió un poco de té, servido en tacitas de metal plateado, y se atusó su enorme mostacho dando una pausa a la conversación—. No podéis manteneros al margen indefinidamente —terminó con una sonrisa, su tono era conciliador.

El Frente de Liberación del Macina tenía fuertes vínculos con los Ansar Dine. Ambos operaban en Mali y Argelia, y tenían una mayoría de bases compuesta por fulanis.

Si no fuera por el uniforme y el escenario, Abdul podría pasar por un simpático guía turístico, rumió Nolan.

Gazel hizo una extraña mueca arrugando la nariz y habló templando sus palabras.

—No es el momento, Mojtar.

—Siempre dices lo mismo. No es el momento —reprochó Nabil, más calmado, entre bocanadas de humo—. Mírate, eres una caricatura de lo que fueron tus ancestros. Habéis dejado atrás las leyes del desierto y os asentáis en las ciudades, donde sois tratados como escoria por las mismas tribus a las que esclavizabais en el pasado. Ya no queda nada de los orgullosos príncipes del desierto que surcaban las dunas y dominaban los vientos. Nada. Si tu padre y tu abuelo levantaran la cabeza... ¿Qué crees que pensarían? Se avergonzarían de ti.

Gazel bajó la mirada un par de segundos. Ese último comentario le había hecho mella. Parecía realmente avergonzado.

—Este no es el asunto principal que tenemos que tratar... —dijo Hizaam Zarabib, fundador en origen de Al Qaeda del Magreb Islámico, hombre de confianza de Abdelmalek Droukdel. Era el más anciano del cónclave, un hombre comedido y parco en palabras. Iba ataviado con una holgada túnica, un chaleco, oscuro y un turbante de color hueso. Abundantes hebras grises veteaban su tupida barba—. Primero tenemos que tratar de dilucidar qué ocurrió en las minas francesas... Es un asunto que nos puede pasar factura, todavía no estamos lo suficientemente organizados para enfrentarnos a una guerra a gran escala.

—Los franceses no tendrán suficiente con lo de anoche... —apuntó Nabil Hatad, ahora con aire de filósofo clásico. Más relajado. De nuevo ajustó sus gafitas que se le caían por la nariz, como si fuera un tic nervioso. Estuvo pensando un momento, fumando de su pipa, dudando si añadir algo sin decidirse.

—El uranio es demasiado importante en su economía —añadió Abdul Imhar, estirando una de las piernas. Sacó un paquete de cigarrillos Gauloises y prendió fuego a uno con una cerilla. Los otros lo miraron con mala cara. Se rascó el cartílago de oreja que le quedaba con el dedo meñique. Moduló una sonrisa ambigua—. Querrán un culpable, más pronto que tarde. Un cabeza de turco a quién sacar en los telediarios. Alguien de cierto peso... debe caer para aplacar los ánimos. O nos arriesgamos a una guerra abierta, quien sabe si alguien más se apuntará al carro... Los chinos no se opondrán, también quieren estabilidad en la zona...

—Los que atacaron anoche eran mercenarios de Oryzon —recordó Gazel con un punto pesimista—. Los americanos también tendrán algo que decir.

—Volvemos al punto de partida —concluyó Hizaam con un gruñido, como

un tañido de guitarra mal afinada. Su pose era rígida, demasiado anquilosada, como si le hubieran metido una vara por el orto—. Perdemos el tiempo.

Llevaban dándole vueltas a lo mismo más de media hora. Nolan adivinó el cansancio y la ansiedad en sus rostros. En todos, menos en los del Fantasma, que parecía observar con una intensidad superior al resto. Había tomado la palabra solamente para poner orden.

Finalmente, los hombres callaron y se volvieron hacia él de un modo inconsciente.

—Perjuráis que no ha sido ninguno de vosotros —dijo vehemente, con voz aterciopelada. Daba énfasis a cada una de las palabras que pronunciaba, como espaciándolas en el tiempo para que calasen. Hubo un cabeceo generalizado, asintiendo—. La única explicación plausible es que lo hayan hecho otros... Alguien que tiene interés en crear cierto caos en la región. Alguien que se puede beneficiar de ello... de la guerra.

Nolan adivinó hacia dónde quería llegar. De una rápida ojeada a Iman, percibió que ella también ataba cabos. Delgado ni sentía ni padecía, permanecía ensimismado, en uno de sus viajes astrales.

El resto no fueron tan rápidos. Quizás estaban cegados por sus propios egos. Vistos desde ese ángulo, peleándose como niños en el patio de colegio, no parecían tan fieros como los pintaban. Guerreros. Ideólogos. Víctimas. Verdugos. Terroristas contra occidente. Dependía del prisma con que se mirase.

—Quién puede querer una guerra... que no esté en esta sala... —se preguntó Nabil chupando de la pipa de madera con sus dedos huesudos.

—Alguien de fuera —musitó Hizaam pensativo rascándose la barba, sus ojos iban de unos a otros.

—Quién se puede beneficiar... —insistió Mojtar de modo retórico. Sonrió con ironía moviendo la cabeza. Ya sabía la respuesta. Atrapó la mirada del resto—. Quién gana dinero con una guerra... Un señor de la guerra.

Un repentino silencio inundó la estancia.

—Hakeem —masculló Gazel—. Pero... él tiene tratos con los franceses... le pagan para mantener el orden en las minas... Para que nadie atente contra ellas.

—Exacto... —respondió Mojtar con vigor—. Y, si hay una guerra, le pagarán más para que les proteja, y si él está del lado de los ganadores... Saldrá reforzado. Es retorcido, pero tiene sentido.

—Una jugada arriesgada —añadió Nabil de corrido, reclinándose.

—Y astuta... —matizó Hizaam entornando los ojos. Se quitó el sudor de la frente con un pañuelo blanco—. Si Gazel no hubiera reaccionado a tiempo... ahora mismo... las noticias serían otras.

Nabil Hatad cabeceó con una mueca taimada.

—Los franceses se habrían anotado un buen tanto de cara a la opinión pública, ya tendrían su chivo expiatorio... y los tuaregs habrían respondido a sangre y fuego... Y nosotros, ¿qué habiéramos hecho nosotros? —inquirió el Fantasma, una pregunta con doble sentido. Todos se observaron sin saber muy bien qué decir. Miradas huidizas, ojos culpables, ojerosos. Ninguno habría movido un dedo ni arriesgado un solo hombre hasta que los imuhar estuviesen lo suficientemente debilitados para romper con su hegemonía en el desierto—. Traed a Hakeem, hay que hacerle hablar. Quiero oírlo de sus labios.

—Es un tipo fuerte y testarudo —apuntó Mojtar con precisión, pragmático. Esta vez no sonreía. Rictus serio, ensombrecido—. No será fácil.

El Fantasma asintió con la cabeza, se levantó e hizo un gesto a los guardias que custodiaban a Nolan. Posó sus ojos en él un segundo más de lo necesario.

Hicieron falta hasta cuatro hombres para traer a Hakeem, hecho un guiñapo sanguinolento. Rabiaba como un demente al que hubieran encerrado, impotente e ignorado.

Cuando pasó al lado de Iman la miró con odio. Parecía una alimaña, una fiera herida atrapada en su propia trampa. Gruñía e intentaba morder o dar cabezazos a quien le ponía la mano encima.

Lo empujaron al centro de la estancia y cayó de boca al suelo. Se incorporó sobre sus rodillas, escupiendo polvo y arena con una mirada desafiante y cargada de odio.

—¡Soltadme! —exigió altivo levantando las manos—. ¡Soltadme si no queréis que mis hombres os masacren! ¡Tengo al gobierno de mi parte! ¡Empezaréis una guerra! Preguntad a la chica...

Varios pares de ojos se volvieron hacia Iman que negó con la cabeza. Rostro rígido y mandíbula apretada.

El Fantasma permanecía delante de él, observándolo muy atentamente. De repente, con un rápido y violento movimiento de su cuerpo, golpeó el rostro de Hakeem con el dorso de la mano. Nadie se lo esperaba, ni el propio Hakeem que cayó de lado sobre el suelo polvoriento. El Fantasma continuó su castigo, le propinó una fuerte patada, seca, en el cuero cabelludo con la puntera de su bota que le hizo gemir. Le abrió una brecha en la frente.

—No te atrevas a exigir nada, perro... —sugirió siseante, con voz templada, sin perder la calma—. Tus ladridos son una ofensa para mis oídos. Anoche intentaste masacrar un campamento... con mujeres y niños —enfaticó las últimas palabras y volvió a golpearle varias veces, con la puntera, machacando sus cuencas oculares hasta que le reventó una ceja y Hakeem le rogó que parara. Yacía tendido en el suelo respirando con dificultad, con las manos extendidas—... con mujeres y niños —escupió.

El Fantasma, respiró hondo un par de veces, brazos en jarra. El sudor le caía bajo el turbante. Se giró y echó mano del machete que llevaba al cinto y, sin más preámbulos, lo levantó por encima de su cabeza, arqueando su cuerpo, y lo bajó con todas sus fuerzas. De un fuerte tajo, le cercenó a Hakeem la mano izquierda.

De la garganta del señor de la guerra brotó un alarido sobrenatural. Helador. Después, comenzó a sollozar mirando su miembro a escasos centímetros de su rostro.

Todos los presentes se miraron circunspectos, algunos con la sombra del miedo surcando su rostro. Quizás nadie esperaba ese estallido de violencia de un hombre que unos minutos antes era la viva imagen de la calma y el temple.

—Esto va a ir así... —terció sin alzar la voz. Se arrodilló sobre un Hakeem sollozante, quebrado por el dolor y por el hedor de su inminente muerte—. Nos vas a contar todo lo que sepas sobre el ataque a nuestros hermanos tuaregs. Así... podrás elegir entre una muerte digna o que te vaya cortando trocito a trocito y se los demos de comida a las ratas. Te voy a dar una única oportunidad, no te lo voy a repetir.

El Fantasma le alzó el mentón hasta que sus ojos se enfilaron con los de Hakeem.

—El jefe de Oryzon... —sollozó entre lágrimas—. El de la cara comida...

—¡Habla más alto! —gritó el Fantasma con violencia.

—¡Se acercó en ese antro de Niamey...! —continuó Hakeem convulsionando de dolor, sangrando por el muñón que teñía de rojo la fina arena del desierto—, y me propuso un trato... Que atacase a las minas... debía haber muertos... Y los culpables serían los tuaregs.

Mojtar asentía con su enorme cabeza. Nabil escuchaba boquiabierto y Hizraam apenas si movía un músculo.

—¿Por qué? —preguntó Gazel atribulado, más parecía un llanto que una pregunta.

—Por dinero... —masculló escupiendo sangre—. De esa forma, ellos

reforzarían su contrato con los franceses... y yo también saldría beneficiado, por partida triple —se incorporó sobre su codo y levantó el puño de la otra mano, del cual manaba abundante sangre—. Ellos me pagarían un millón por el ataque y la traición a Gazel; empezáramos una guerra en la que las posibilidades de lucro serían enormes, para Oryzon y para los míos; y borraríamos del mapa a los tuaregs en el norte de Mali. Tendría terreno libre. Ya tenéis la verdad, haced con ella lo que queráis... Que sea rápido —alzó la mirada desafiante, sacando a relucir las últimas trazas de orgullo que le quedaban.

Mojtar le escupió en la cara un gajo verdoso y compacto.

—A las serpientes venenosas hay que cortarles la cabeza —dijo Gazel, sus ojos relucían de odio. Cogió el machete con determinación.

El Fantasma le puso una mano en el hombro, firme, y negó con la cabeza.

—Lo hará ella —hizo un ademán con la barbilla hacia Iman y todos los ojos se clavaron en ella—. Lo ha escuchado todo y es la representante del gobierno... Nosotros nos lavamos las manos y ella acaba con Hakeem. Sus lacayos tendrán a otros a quién culpar.

Para sorpresa de Nolan, Iman se incorporó sin dudar. Asintió cabeceando y con paso decidido se acercó a Hakeem.

—Vas a ser tú, mi verdugo... —susurró Hakeem entre un silencio expectante y denso que se podía cortar con una cuchilla—. No te atreverás... Mi dulce niña —sonrió con una pose histriónica, como solo sabe hacerlo el diablo cuando ve reflejada su propia muerte en los ojos de su adversario.

Iman reaccionó con una mueca despectiva.

Acto seguido, se volvió y se acercó a Nabil. Sin pronunciar palabra, le cogió la pistola que llevaba al cinto, asiéndola por la culata, sin que este se lo impidiera. Después dio un paso y se situó de frente a Hakeem, alargó el brazo y apuntó en el entrecejo del gigante. Apretó el gatillo sin que le temblara el pulso, ni un solo titubeo. Una sola bala. Un trueno rompiendo el silencio. Nolan adivinó destellos de odio en su mirada.

Tiró la pistola al suelo y volvió sobre sus pasos.

—Cortadlo en trocitos y echádselo a las ratas, darán buena cuenta de él —ordenó el Fantasma ojeando de soslayo a Nolan.

Iman se colocó a su lado. Anthony se incorporó y se puso a su altura.

Su mirada era intensa, dura y fría como el acero cromado.

—Te dije que fui su amante ... —le susurró al oído, seca y envarada—. Pero no te dije qué edad tenía.

—De nuevo, nuestros caminos se cruzan, Anthony Nolan —pronunció con voz agreste, en un inglés rudo, pero perfectamente entendible.

El hombre de ropajes negros se acercó a él, escrutándolo con sus iris azules, profundos y tranquilos.

Nolan inclinó la cabeza a modo de saludo.

—De nuevo... —repitió Nolan con aplomo—. No creas que me alegro de verte. Te mentiría si lo hago. Tanto como tú a mí.

Trabaron las miradas.

—Un hombre directo. Me gustan las personas que no serpentean con las palabras.

El Fantasma sonrió con malicia. Llevaba el rostro descubierto. Tenía una barba muy tupida, con abundantes hebras canosas. La piel cuarteada y la cara mucho más enjuta y esquinada de lo que recordaba. Llena de aristas.

Despedía un aura de poder, casi sacro, a su alrededor. Todos allí lo trataban con excesiva veneración, incluso Gazel.

—Caminemos —le dijo el comandante del ISIS.

Hizo un ademán a sus hombres para que les dejasen unos metros.

Nolan, satisfecho de entrar en materia, lo siguió hacia detrás de las ruinas de la escuela, ignorando la ojeada reprobatoria que Iman y Delgado le lanzaban desde la distancia; custodiados por soldados del ISIS, los llevaban fuera del recinto. Los líderes fundamentalistas se habían quedado dentro de las ruinas debatiendo sobre los siguientes pasos a dar.

Nolan escrutó el horizonte. Un viento cálido sopló en sus mejillas sin rasurar, suave, sentía su calidez como si fueran los labios de una mujer. A sus pies, la inmensidad del Teneré.

Había una pequeña explanada a cuatro o cinco metros del borde del barranco y después una gran caída hasta la siguiente meseta de rocas graníticas.

—El destino... —musitó cuando se cercioró de que nadie los podía oír—. ¿Crees en el destino Anthony Nolan? —no dejó que respondiese. —. Yo sí que creo en el destino. Pienso a menudo, a diario, cuando me levanto y cuando me acuesto, en ese día en que mi existencia cambió por completo... El día en que nos conocimos. A menudo me pregunto por qué nos salvaste la vida, por qué no dejaste que ese malnacido nos sacase a la puerta para morir acribillados — aún no se había percatado de que Hans era el que estaba detrás del complot de Oryzon, caviló Anthony. No pensaba decírselo. Desviaría su atención del

problema principal y empeoraría las cosas—. Todo hubiera sido más sencillo para mí. Lo he deseado durante mucho tiempo... que no estuvieras allí... Así me hubiese ahorrado un sufrimiento indescriptible —se sentó en una roca y Anthony lo imitó—. Nadie puede entenderlo, nadie que no haya sufrido lo que yo... Todo ese odio acumulado... Es lo que me ha dado fuerzas para vivir... La venganza es un placebo para mi tormento, pero no cura las heridas abiertas. He matado con mis propias manos y he mandado matar en nombre de Alá a cientos de personas. En realidad, era en nombre de mi pequeña e inocente Raissa y de mi mujer Nahid, que el altísimo las tenga en su gloria.

—Lo siento —musitó Nolan—. Pensaba que hacía lo correcto.

—No pareces un hombre acostumbrado a hacer lo correcto.

—Ni por asomo lo soy, pero a veces lo hago.

Asintió el Fantasma, con el gesto firme.

Nolan se palpó la guerrera y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pecho. Se colocó el más arrugado entre los labios y lo prendió con un zipo que había encontrado en el coche. El Fantasma, cogió otro, sacó una cajetilla de cerillas, negra y amarilla, con la propaganda impresa de un café en Londres. Comenzó a jugar con ella, dándole vueltecitas. Se fijó en sus dedos, amarillentos de la nicotina.

—Cuando me enteré de que había alguien buscándome en mitad del desierto para rescatar a los chicos, casi me parto de la risa.

Eso sí que no se lo esperaba. Mala señal. Quizás se los había cargado, rumió huraño.

Nolan aspiró hondo y lo miró. Asió una piedra y la tiró por el barranco. Oyó como se despeñaba.

—¿No están vivos? —inquirió—. Sus familias son muy poderosas... de las que mueven el mundo. Tienen dinero para empezar una guerra, o varias... dónde se les antoje. Mucha gente inocente sufrirá...

El Fantasma emitió una sonora carcajada. Levantó la mano para indicarle a sus hombres que todo iba bien.

—Eso ya lo sé. El secuestro fue un canto del cisne. Un golpe de efecto para maquillar las derrotas del ISIS y un intento de sacar algo de dinero para la causa. No los quiero dejar huérfanos del todo... —hizo una pausa. Anthony se había perdido en algún momento—. Se me fue la mano con el franchute, era un gilipollas engreído, me ensañé con él. Se quedó sin oreja. Podrá vivir con eso.

—¿Dónde los tiene?

—Alguien te la ha jugado bien... Anthony Nolan —respondió entre

bocanadas de humo.

—Los chicos... ¿dónde están? —insistió con un punto de ansiedad, una lucecita se encendió en algún recodo de su mente y comenzó a ver con claridad.

—Ya están camino de sus casas. El mismo día que emitimos el vídeo, los mandamos a Catar... Fue solo un golpe de efecto, como te he dicho, que propició una respuesta rápida. Eso era lo que buscaba. Sabíamos que las familias contactarían con nosotros, más pronto que tarde. Y así fue —dijo abriendo las manos con una expresión de satisfacción—. Han pagado una fortuna.

Beatriz. Ulises. Cayetana. Dana. Alguien se la había jugado, o, todos ellos, cavilaba iracundo, mientras el Fantasma lo observaba indolente.

Nolan pensó que su rostro debía de ser un reflejo de su alma, de lo que sentía por dentro. Se recompuso y sacó la mejor cara de póker que tenía en su variado repertorio. Dio una buena chupada a su cigarrillo. En Madrid tampoco lo sabían. Qué sentido tenía seguir con la operación... A menos que... Algo se le cruzó por la mente. Era algo descabellado, pero, no imposible del todo.

—Mi verdadero nombre es Bahib, «el hombre alegre y contento...» —el Fantasma interrumpió sus reviradas cavilaciones—. Tiene su punto de ironía, hay que reconocerlo —chasqueó la lengua y tragó saliva trazando una mueca amarga. Había algo más, pensó Anthony—. Y ahora, mira en lo que me he convertido... Los míos me llaman de muchas formas... Asim, el protector, Amid, el general o Rasul, el mensajero. Depende del lugar, la hora del día y los ánimos de cada uno. Vosotros me llamáis el Fantasma porque no conocéis mi rostro... Muchos me llaman simplemente asesino... o ejecutor. Quizás, una denominación más acertada, más acorde con la realidad.

Bahib, pensó Anthony. Un nombre lo humanizaba. Aunque fuera solo un poco. Ahora, bien podría parecer un padre que ha perdido a su familia y odia al mundo por ello.

El Fantasma dio un par de pasos hacia la caída. Se situó delante de Nolan, con las manos apretadas detrás de la espalda. Unas manos sucias, fuertes y callosas, con uñas ennegrecidas. Unas manos manchadas de sangre. Como las suyas.

Podría empujarlo... Por Conrado y otros tantos hombres buenos —o lo que fueran— que habían muerto en cumplimiento del deber, defendiendo a su patria y sus ideales. Unos ideales caducos y un país que los trataba como perros de guerra, sacrificándolos cuando era necesario. Sin pudor, sin

ruborizarse solo un poco. Como hacían con él.

Pero, aun así... Solo estaba a un paso del abismo. Podría hacerlo. ¿Y después qué? Les habían quitado las armas. Después tocaba morir acribillado en mitad de la nada. O degollado como un cerdo en el matadero.

Su instinto de supervivencia estaba muy desarrollado, por encima del resto. Resopló levemente, resignado a su suerte. Tendría que jugar una mano más, tirar los dados, y esperar que los hados fueran favorables.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque creo que estás aquí por algo... Anthony Nolan. De alguna forma, que no acierto a vislumbrar... estamos conectados.

«Un cúmulo de casualidades y mucho hijo de puta», pensó Nolan. Aplastó la colilla con la suela de sus botas y avanzó un par de pasos para ponerse a su altura. El Fantasma se giró media vuelta y continuó:

—Quiero volver a ser Bahib, el hombre alegre... Ya tengo sobre mi conciencia demasiada sangre. Por mucho más que siga matando, ellas no regresarán.

Nolan parpadeó sorprendido. Tras pensárselo un instante respondió.

—Un poco tarde para eso... Tienes cuentas pendientes con demasiada gente, a ambos lados... imagino. Uno no puede desaparecer, así como así, cuando es una leyenda viviente. Te buscarán hasta debajo de la última piedra.

Bahib asintió con una media sonrisa ladina.

—Uno no puede desaparecer a no ser que tenga dinero en abundancia y... uno muera... oficialmente.

Nolan asintió un par de veces. Tenía una lógica aplastante.

Cogió otro cigarrillo del paquete.

—Quieres simular tu propia muerte. Es la única forma de que te dejen en paz.

—Y para eso te necesito —añadió. Anthony dio un paso atrás comenzando a comprender—. Quiero que certifiques mi muerte.

—¿Por qué ahora? ¿En este preciso momento?

El otro desvió la mirada hacia el abismo y suspiró. Pareció pensarse la respuesta durante varios segundos. Su expresión era serena y tranquila.

—Voy a ser padre de nuevo, Anthony Nolan —anunció solemne—, una niña está en camino. Sangre de mi sangre —Anthony volvió a parpadear. Abrió un poco la boca y el cigarrillo calló al suelo. Se agachó para recogerlo—. Quiero que crezca sana, apartada de toda esta barbarie, de la guerra y del odio.

Una tenue sonrisa asomó entre sus finos labios. Sus ojos refulgieron llenos

de vida y algo más, adivinó Nolan: esperanza. Esperanza en una nueva vida.

—Traicionas a los tuyos, traicionas tus ideales —musitó Anthony; se atusó el pelo por la coronilla, con aire despreocupado. Un gesto nervioso.

—Lo que yo traicione es asunto mío y solo mío —atajó.

Asintió Nolan, consciente de lo delicado de la situación como para ir dando lecciones de moralidad.

—¿Qué gano yo con todo esto?

El fantasma rio y le golpeó el pecho como si fueran unos camaradas que bromean en la barra de un pub.

—Tu vida, Anthony Nolan... Tu vida. Y también, un poco de lo que más te importa... el dinero. Te daré unas claves para contactar y, cuando me establezca, te ingresaré medio millón de euros dónde y cómo quieras... Un buen pellizco, ¿no? Creo que es una buena oferta... Mi palabra vale más que la de cualquiera para quien trabajes.

De eso estaba seguro. Nolan permaneció impasible. No le quedaba otra alternativa que seguirle el juego. Dio un par de caladas al pitillo polvoriento hasta apurarlo.

No era mala jugada. Si no fuera porque está confabulando con uno de los hombres más buscados del planeta, no sería una mala jugada. Un terrorista sanguinario... Aparte de esos pequeños detalles, menudencias sin importancia... era una buena mano. Nadie tendría por qué enterarse. Si salía a la luz sería hombre muerto... o peor... carne de presidio de por vida.

—Pero... no entiendo cómo... —dijo finalmente Anthony. Una ráfaga de viento levantó un poco de arena a sus pies—. Voy a hacerlo... Cómo vamos a hacerlo.

Bahib sonrió taimado. Le tiró la cajetilla de cerillas con la que jugaba y la agarró al vuelo. Café Babilonia, Londres, anunciaba con letras doradas.

—Entiendo, que si te han engañado y te han dejado que te metas en la boca del lobo, tú solito, es porque tienen un pájaro en las alturas... —miró hacia arriba entornando los ojos—. El verdadero motivo por el que estás aquí ahora mismo soy, precisamente, yo. Y no esos muchachos. Van a borrar este lugar de la faz de la tierra más pronto que tarde. ¿Me equivoco?

Seguía teniendo una lógica aplastante. Y eso le preocupaba. Sacó el móvil y observó que tenía cobertura. Llamadas perdidas de Dana. Muchas. Un escalofrío recorrió su espinazo.

—Puede ser... —aventuró Anthony.

—Esto es lo que vamos a hacer: cuando volvamos, les diré a mis hombres

más allegados que nos retiramos a las montañas, de inmediato. Tú vienes conmigo. Y, una vez bombardeen la zona, nos deshacemos de ellos —hablaba con aplomo, como si el asesinato y la traición estuviesen a la orden del día. Y se atrevía a mencionar el valor de su palabra. Valía tanto como la suya. Anthony tragó saliva—. Mientras menos testigos, mejor. Yo desaparezco del mapa y tú cuentas a los tuyos que uno de los cadáveres calcinados es el mío.

Así de simple. Así de fácil. Tendría que contar con que lo creerían. El Anthony Nolan de siempre podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía. Sobre todo, si había un millón de por medio.

—Enseguida —Nolan hacía esfuerzos para que no le temblase la voz.

—¿Enseguida? Qué quieres decir...

Las llamadas perdidas de Dana no auguraban nada nuevo. Debía avisar de algún modo a Delgado y a Iman. Se lo debía. Al menos, lo intentaría. No es que tuviera una conciencia muy machacona, pero a veces una vocecita parecida a un leve arrullo, aparecía en los momentos más inesperados causándole una sensación parecida al malestar o al remordimiento.

—Intuyo que no nos queda mucho tiempo —aclaró levantando el móvil— Una amiga ha intentado avisarme... de algo...

No pudo terminar la frase.

Un sonido agudo, un silbido como una enorme vara cortando el aire, caía de las alturas. De repente, la oscuridad sobrevino.

Su piel ardía, por dentro y por fuera. Su cabeza le iba a estallar de dolor, como si tuviera clavadas mil agujas en su cuero cabelludo. Palpitaba. Calor. Hacía mucho calor. El sol implacable del Teneré reinaba bien alto y ejercía todo su poder sobre sus vasallos y sobre aquel que osaba profanar sus dominios.

Permanecía en el límite de la consciencia. No sabía cuánto tiempo llevaba así, era imposible calcularlo. Su mente iba y venía, perdida entre luces y sombras.

Al cabo de un tiempo, que bien pudieron ser cinco minutos o una semana, percibió algo cálido y húmedo deslizándose por su cara. Agua. Bendita agua. El líquido de la vida. Alguien pronunciaba su nombre en la distancia, como un eco lejano reverberando en su mente.

Sintió que lo zarandeaban de un lado a otro. Intentó moverse, pero, apenas pudo abrir los ojos. Unas manos fuertes le abrieron la boca y le metieron la boquilla de una cantimplora. Casi no podía tragar. Notaba la lengua pastosa y

la boca llena de polvo.

Lo cogieron por las axilas y lo arrastraron hacia un lugar sombreado. ¡Nolan, Nolan, Nolan! Había dos voces entremezcladas que reverberaban cada cierto tiempo.

De nuevo, le abrieron la boca y le hicieron beber un poco de agua. Unas gotas, un traguito. Lo mantenían semi incorporado, apoyado en algo blando. Intentó abrir los ojos de nuevo. Otra vez. Al tercer intento lo consiguió. Enfocó una imagen borrosa que, poco a poco, se hizo más nítida. Un rostro enjuto, alargado, asurcado, sin rasurar, feo y lleno de polvo. Una nariz fina y puntiaguda, y unos ojos inyectados en sangre. El mendigo Delgado.

Nolan comenzó a toser. De alegría.

Delgado le alcanzó la cantimplora de nuevo.

—Ya está despierto —anunció Delgado.

Había alguien más, advirtió Nolan entornando los ojos. Una figura alta y estilizada en traje de campaña, con unos prismáticos colgados. Pómulos marcados, labios gruesos, ojos de pantera.

Iman se arrodilló sobre él, escrutándole de forma profesional. Le tomó el pulso y comenzó a palparle en diversos puntos de su cuerpo. Pies, piernas, caderas, costillas. Dolor (Nolan emitió un sonoro quejido). Manos. Brazos. Cuello. Rostro y cabeza. Dolor.

—Sigue mi dedo con la mirada —le indicó desde un lugar muy lejano — Anthony sacó fuerzas de flaqueza y acompañó a su índice en un breve recorrido — ¿Puedes moverte? Inténtalo...

De nuevo Nolan hizo un esfuerzo que se le antojó hercúleo e intentó incorporarse.

—¿Cómo está? —preguntó Delgado, con una nota de interés más que de preocupación

—Bien. Solo conmocionado, una fisura en una costilla, o una rotura...— Iman lo empujó al suelo—. Siéntate y descansa. Bebe agua y recupérate. Come un poco. Has tenido suerte.

—Este hijo de puta tiene una flor en el culo... —replicó Delgado con un tono jovial.

—Bicho malo nunca muere —masculló Iman con un deje de desprecio.

—No lo sabes tú bien.

El mendigo sacó una barrita de una mochila y se la tendió a Nolan que la cogió con ansia y la masticó con calma. Bebió un poco más de agua. Estaba caliente, pero le sabía gloria. Al cabo de unos minutos fue recuperando fuerzas

y la consciencia. Estaban sentados en lo que quedaba de las ruinas de la escuela: una pared de adobe orientada al oeste que daba un poco de sombra.

Olía a carne chamuscada. Se incorporó unos grados y observó a su alrededor. Había decenas de cadáveres —y miembros amputados, separados de sus dueños— esparcidos por la arena y las rocas. Las moscas pululaban de un cuerpo a otro, y había ratas dándose un festín con los restos de una pantorrilla quemada. Unos buitres volaban bajo y, finalmente, se posaron detrás de un risco.

Un espectáculo realmente dantesco.

—¿Qué ha pasado? —acertó a decir—. Solo recuerdo una gran explosión.

Delgado le dio unas palmadas en el muslo.

—Fuego amigo, querido —chasqueó la lengua y bebió de la cantimplora—. Nos han freído desde un pajarraco, de los nuestros. Apostaría que desde el dron británico. Era el que nos seguía. Cinco misiles. Cuatro al poblado y uno a los vehículos. Querían arrasarlo con todo. El primero y el segundo, impactaron de lleno en la escuela. Pensaba que habías muerto. Ella fue la que se empeñó en buscarte abajo, en el barranco, nerviosa como una colegiala a la que no le viene la regla... —rio atragantándose con el agua—. Jodido Nolan, guapito de cara... Había una senda que bajaba a la explanada y allí estabas... boca abajo, durmiendo la mona a medio metro del abismo.

—¿Y vosotros?

—Entrenamiento, acto reflejo, instinto... Llámalo como quieras... —dijo de corrido con una nota de orgullo—. Después del primer impacto nos zafamos de nuestros captores y salimos corriendo en dirección a la montaña, mientras el resto miraba con la boca abierta como la escuela se desintegraba en una densa humareda. Fue cuestión de segundos. Hasta que el pajarraco escupió de nuevo. Nos refugiamos detrás de aquella piedra —señaló con el dedo hacia un conglomerado de piedras graníticas que afloraba unas decenas de metros más arriba de la montaña.

—Suerte la vuestra...

—Ya te he dicho, entrenamiento, instinto... ¡Suerte la tuya, condenado! Saliste despedido —bramó—. Cuando lo cuente, nadie me creerá...

—Mejor que no lo cuentes. Nunca hemos estado aquí.

El otro enarcó una ceja.

—Tienes razón —sacó una petaca metálica del bolsillo lateral del pantalón. Le dio un trago y se lo pasó a Nolan. Bourbon—. Alguien nos la ha jugado...

—Eso parece... Si fuera solo yo... Pero... Estando tú de mi lado... No creo que en Madrid supiesen nada.

—Muy amable de tu parte, Nolan —carcajeó mordaz—. Imagino que soy una pieza prescindible, tanto o más que tú. Agente a punto de jubilarse... sin familia, ni nadie que lo eche de menos... Se ahorran la pensión y que me vaya de la lengua.

Nolan dibujó una media sonrisa y le dio una palmada en el pecho.

Se palpó la guerrera y sacó un paquete de tabaco arrugado, con dos cigarrillos. Le tendió uno a Delgado. Este cogió una cajetilla de cerillas —Café Babilonia—, y prendió fuego a los dos.

Nolan tosió un par de veces al aspirar.

—Tienes polvo en los pulmones —le dijo Delgado.

—Será... —respondió escueto—. ¿Dónde has cogido eso?

Delgado alzó la cajetilla y Nolan se la arrebató de las manos.

—La tenías aferrada en tu mano derecha... ¿Algo importante?

—Un recuerdo —dio otra chupada al cigarrillo y un trinqué al Bourbon—.

Nada más.

Delgado hizo un amago de reír. Se quedó a medias.

—Seguro.

—¿Y el Fantasma?

El mendigo negó con la cabeza.

—Sin supervivientes. Ella se ha encargado de rematar a los que estaban vivos o intentaban huir —escupió en la arena—. Sin titubear. Muy profesional. Yo no podría... ahora...

—¿Habéis encontrado su cuerpo? —inquirió Anthony mirando al tendido.

Delgado abrió las manos hacia los cuerpos calcinados y mutilados.

—Tú mismo... Esto es lo que hay... Había un cuerpo en el barranco... Al fondo. No se ha movido del sitio... puede que sea él.

—Seguro —asintió Anthony—. Es él. Estaba conmigo cuando cayó el misil

—Seguro... si tú lo dices... —se encogió de hombros—. Es él —sentenció.

Iman se acercó caminando con paso firme. Su cara denotaba tensión y cansancio. Nolan se fijó en las manchas de sangre que salpicaban los pantalones y la chaqueta a medio abrochar.

—Los vehículos están reventados también —se dirigía a Delgado más que a Anthony, al que miraba de soslayo. El móvil no funciona —levantó el teléfono vía satélite que le había birlado a Hakeem—. Estamos bien jodidos.

—Eso ya lo sabemos —rio Delgado tendiéndole una barrita de la mochila—. Toma, come algo y descansa tú también... que no has parado.

Se sentó al lado de Nolan. Suspiró. Le acarició la mano.

—¿Cómo estás? —preguntó ella, ruda.

—Mejor —apuntó Anthony. Quitando unas molestias en el costado y un intenso dolor de cabeza había salido bastante bien parado—. Gracias.

—No te iba a dejar ahí solo para que se te comieran los cuervos. Habrá que sacarte algún provecho... —dijo quitándole el pitillo y fumándose la última calada.

—Todo un detalle por tu parte.

Delgado se había levantado de sopetón. Tieso como una vara, miraba a un punto fijo en el horizonte, con las manos haciendo de visera.

—¡Déjame los prismáticos! —gritó. Iman obedeció levantándose al instante—. ¡Mira!

Nolan aguzó la vista. Un punto muy pequeño destacaba en el azul índigo del cielo sahariano, haciéndose cada vez más grande. Venía del oeste. Estuvieron varios minutos observando como el punto se convertía en silueta.

—Se acerca hacia aquí —afirmó Iman—. Alguien viene. Coged las armas. Bajemos al pie de la montaña. Si se disponen a aterrizar tendrán que hacerlo allí.

Nolan se quedó quieto como una estatua de sal. De repente, tuvo un pálpito. Intuición. Instinto.

—¡Vamos hombre! No te quedes como un pasmarote —lo apremió Delgado dándole un pequeño empujón—. Es nuestro día de suerte, Anthony Nolan... tienes una flor en el culo.

TERCERA PARTE
PERROS FALDEROS

ABRIL DE 2018. MADRID

*

Ulises mondaba pipas con los dientes, ajeno al griterío generalizado, presionando fuerte con el filo de las paletas. Sus ojos iban y venían por inercia. Seguían la trayectoria del esférico y a los veintidós energúmenos que intentaban darle una patada para meterlo entre los tres palos del área rival. A veintidós tipos que cobraban mucho más que él, una millonada, por vestirse de corto y darle coces a un balón de cuero. «El circo romano, el opio del pueblo», cavilaba con una sonrisa lobuna.

Él mismo formaba parte de ese circo. Había comprado el abono, de otro equipo y en otro estadio, y también tenía gratis los partidos de la Liga y de la Champions en televisión, gracias a unas claves que le pasó por el morro la chica de personal del centro.

«No tienes que pagar nada, guapo, corre por cuenta de la casa». Nunca mejor dicho. Esa era la Charo, yegua percherona sin igual. La chica de personal. Que, de chica, tenía ya lo mismo que él, pero que se había quedado con ese sobrenombre entre los más veteranos del centro. Charito, recordaba Ulises, cuántas cenas de empresa hemos zanjado en la sala de fotocopias... Siempre guardando las formas y las apariencias. Eran otros tiempos, otras formas; ambos estaban empezando, él como agente de campo —reclutado con recomendación del ejército— y ella como secretaria de Adolfo. Cada uno con sus propias aspiraciones. De aquellos polvos estos lodos.

Se ajustó los auriculares y bebió un trago de su petaca, rápido y clandestino. Por puro acto reflejo, se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta

tweed e hizo un ademán de sacar la cajita de puritos. Pero, ya no se podía fumar —tampoco beber—. La dejó donde estaba.

«Ni en el fútbol, joder, puede uno esparcirse a gusto», rumiaba cabizbajo. Aún no se había acostumbrado a esa estúpida moda que duraba ya más de lo que vaticinó en su momento. Movi6 la cabeza con gesto avinagrado. Asqueado de la situación.

Cualquiera que lo observase, pensaría que Ulises era un forofo del fútbol. Uno más, un dominguero, y del Atleti —llevaba una bufanda rojiblanca colgada entre los hombros, a mucha honra—, de los que le gusta ir a sufrir en casa del eterno rival capitalino. Y de los que se gastaban los cuartos. De esos que veían el partido en directo, mientras comían piense para loros y simultaneaban la realidad escuchando en la radio a los comentaristas de la Cope.

Cuando el pelotero luso marcó el primer gol, de penalti injusto, ni se inmutó. Se caló un poco la boina de lana, abrió otro paquete de pipas y subió el volumen de la radio. Alguno de la fila de delante se giró y lo miró con expresión de jódete cabrón, con una sonrisa tonta y burlona. Los tenía fichados: el rapadito calvito cuarentón de ojos saltones, que fardaba que venía de Salamanca a ver al Madrid —con su hijo adolescente, igual de rapado y con los mismos ojos saltones—; y el amigo de carnes gruesas que sudaba a raudales y reventaba la camisa, ajustada, cada vez que alzaba los brazos.

A su lado, tenía acoplados a una pareja de turistas japoneses, coreanos, chinos —o lo que fueran—, ataviados con camiseta, gorro y bufanda merengue. No paraban de reír, gesticular, gritar, lanzar fotos, grabar vídeos y hacerse selfis. Inundados de felicidad. Abrumados, superados, por el ambiente del coliseo blanco. Enloquecieron con el torso apolíneo del delantero galáctico cuando se quitó la camiseta y mostró sus abdominales a la grada. Torero, torero, le gritaban.

Ulises aguantó estoico el chaparrón. Rostro impenetrable, a lo Marlon Brando. Tampoco se alteró cuando el Principito dribló a dos defensas, dejó sentado al de Camas, y pegó un zurdazo desde el balcón del área que terminó alojado en la red. El gordito y el rapadito lo miraron de soslayo y él les enseñó un par de colmillos con el esmalte gastado, sin brillo, pero todavía bien afilados.

En realidad, toda su atención se focalizaba a sus seis en punto, justo frente donde él se sentaba. Treinta grados más arriba.

Su mente regurgitaba sobre lo que acontecía en la zona VIP del Bernabéu.

En uno de los palcos privados tenía lugar un encuentro de lo más interesante y esclarecedor. Y humillante, también. Él debía estar allí, en el monte Olimpo, donde pasaban las cosas, y no relegado en un segundo plano. Junto a la plebe.

Las cosas, precisamente, se habían trocado de forma radical en el último mes dentro de La Casa. Cambios estructurales y organizativos, los llamaban. Cabrones. Desagradecidos. Canallas. Tenía gracia que él se lamentara, cuando había sido el peor con diferencia. Pero, cuando a uno le toca, la herida con sal escuece.

Una serie de catastróficas desdichas, concatenadas en el espacio tiempo, lo habían sacado a trompicones del terreno de juego, nunca mejor dicho. Sabía que muchos se alegraban de perderlo de vista, y que era la comidilla de analistas, espías y funcionarios de La Casa. Oía los arrullos apagados cuando entraba en la cafetería y las reuniones de pasillo se disolvían en cuanto él aparecía en escena. Tocaba aguardar tiempos mejores y retirarse a los cuarteles de invierno de las dehesas de El Pardo. Pero, si tenía que morir, lo haría matando y dando dentelladas, a lo loco.

Todo comenzó con el fin de la operación en Níger y la caída en desgracia de Cayetana. Cayetana, si no fuera por su apellido rimbombante, estaría poniendo cafés, recorriéndose los pasillos con un fajo de expedientes bajo el brazo, babeando atiborrada de pastillas. Él seguía ejerciendo de jefe de la División de Operaciones, nominalmente, pero lo habían trasladado a las instalaciones de El Pardo, de forma permanente. Se lo habían quitado de en medio en la cadena de toma de decisiones. Seguía cobrando lo mismo a fin de mes, pero ahora no estaba manejando el cotarro. Recibía órdenes de Aquiles, para ejecutarlas. De Sanchito. «Hay que joderse».

Cogió los pequeños prismáticos y enfocó al palco en cuestión, el más escorado hacia el oeste. Donde, platicaban animados el mismísimo Adolfo, el susodicho Aquiles y un tipo cuyo rostro le era conocido por su fotografía en el dossier del Mossad. Casi le dio un pasmo. Ulises era bueno con las caras, un más que aceptable fisonomista —al menos, en eso se tenía hasta ese día—. Y, esas facciones, no eran otras que las del enigmático Mishka, el Director Operativo del servicio secreto israelí. Un cargo que se parecía al suyo en cuanto al continente, a las formas y al nombre; pero, que difería ostensiblemente en cuanto al contenido, con un poder casi ilimitado dentro de la estructura de inteligencia hebrea.

Una tenue luz comenzó a alumbrar en el fondo de su cerebro, pero aún no sabía a qué se debía. Mishka se había convertido por derecho propio en una

leyenda viviente del gremio. Sus métodos y sus acciones eran motivo de estudio dentro de La Casa y en cualquier fuerza y cuerpo de seguridad que ejecutase operaciones encubiertas en la sombra. Le temblaba el pulso al enfocarlo. Quizás se estaba extralimitando.

La vuelta de Adolfo lo había cogido desprevenido, totalmente en calzoncillos. Hombre, Adolfo, somos amigos, más que amigos... esas cosas no se hacen así, por la espalda; le dijo cuando fue a saludarlo, recién nombrado, aún calentito, en su flamante despacho de Vicedirector del CNI —un cargo creado ad hoc para él, nunca antes había existido ese puesto—. Ulises... querido Ulises... lo saludó estrechándole la mano. Ha sido todo como muy repentino, un cambio de viento inesperado, ni yo mismo lo supe hasta ayer... Me lo propuso la mismísima Vicepresidenta, me lo pidió encarecidamente... No pude negarme... por el bien de España. Lo consulté con Eva y con la almohada y dije que sí. Fíjate, querido amigo... Otra vez en la palestra... Echaré de menos ejercer de abuelo...

Ulises sabía de sobra que cuando el Viejo Zorro se refería a alguien como querido y amigo en la misma frase, en realidad, quería decir todo lo contrario.

Se concentró en la conversación que tenía lugar en la zona VIP. Le había colocado un micro a Aquiles en la solapa de la chaqueta, de esos de nueva generación, tan pequeños como una mota de polvo. Si alguien se enteraba de lo que hacía, podía olvidarse de su empleo y de su jubilación. La curiosidad mató al gato, bien lo sabía. Pero, cuando escuchó de la boca de piñón de Charo, perfectamente pintada de rouge, que Adolfo había reservado palco en el Bernabéu para asistir con Aquiles, supo que se estaba perdiendo gran parte de la película. No pudo reprimirse. Él mismo se lo colocó en la solapa, a la hora del desayuno, en la cafetería. De una palmadita de colegas. Un encuentro casual. Se pasó por las instalaciones con la excusa de recoger unos informes.

Esos aparatos eran una virguería, lo último en nanotecnología. Se escuchaba como si estuvieran a su lado, en estéreo. Se lo había encargado a un antiguo camarada que trabajaba en la privada. Menudo juguetito.

—Buen pelotero... el Cristiano... —advirtió Mishka con un deje de indolencia. Tenía un leve acento sudamericano. Cantarín. Como un actor que doblaje de segunda fila. A veces se entrecortaba y sonaba un poco ridículo—. Parece sobrado de todo menos de modestia... Ligerero de cascos.

—Es lo que quiere la gente... Alguien a quién adorar, por encima de conceptos morales y éticos —repuso un Adolfo filosófico—. La estética

prima.

—Siempre hay que ser estético.

—Siempre que se pueda... —concedió Adolfo—. Míralos como rugen cuando la toca, parecen perros hambrientos... —apuntó con el mentón al tendido, risueño.

—Tiene un punto infantiloides —terció Aquiles con su inconfundible voz de pito—. No es para tanto. El gol del Principito tiene más mérito: habilidad, precisión y potencia... Pura poesía.

«Toma ya con Sanchito. Hasta sabe de fútbol el muy cabrón... Se habrá empollado las alineaciones de cada equipo». Ulises rezumaba envidia mientras enfocaba los prismáticos al jefe de la División de Inteligencia del CNI —ahora más jefe y más división que nunca—, engominado, embutido en un traje gris marengo, repantingado y bebiendo de su combinado.

Estaban los tres, solos, en uno de los palcos VIPs del Bernabéu. Uno que Ulises había disfrutado en contadas ocasiones y que ahora vislumbraba desde la distancia. Eran las migajas que te daba Adolfo para mantenerte contento.

Los tres no, cuatro. La Bibliotecaria Manuela aparecía en escena, presta, disfrazada de azafata —con minifalda, escote y tacones parecía otra—, cada vez que uno levantaba la mano, para traerles bebida o cacahuets.

Ulises se mordía el labio ojeando su silueta de avispa. Maniquí. Convidado de piedra, ¿o algo más?, se preguntaba inquieto.

—El pueblo quiere a Cristiano —apuntó Mishka cogiendo un fruto seco. Señaló al público abriendo la mano. Después sorbió un poco de agua de una botella de cristal azul. En su dossier se especificaba que ni fumaba ni bebía alcohol. Solo tenía un único vicio: su trabajo—. Necesita héroes para evadirse del mundanal ruido... Necesita un faro que lo guíe en la oscuridad.

Adolfo rio entre dientes la ocurrencia.

—Una verdad como un templo, querido amigo Mishka... Mientras focalicen su energía en aplaudir en los juegos del César...

Ulises sonrió en la distancia. Mishka. Querido y amigo.

—El imperio romano cayó por sus pies de barro... —añadió el hebreo petulante, con un punto de soberbia—. Nosotros velaremos porque no ocurra lo mismo en Occidente...

El estadio rugió cuando el árbitro asió el silbato y señaló un penalti a favor del equipo merengue.

—Lo va a tirar Ronaldo —apuntó Aquiles.

Era lo obvio. No había que ser un entendido. Ni un pitoniso.

El astro cogió el balón y lo alzó por encima de su cabeza, caminando hacia el punto de penalti con determinación.

—Gol seguro —dijo Mishka con aire confiado—. Ese tipo es uno de los mejores cañoneros del planeta, si no el mejor. Técnica depurada.

—No estés tan seguro ... —replicó Adolfo, impecablemente ataviado con un traje de tres piezas, pelo ralo, canoso, con una frente amplia. Estaba más Delgado, pensó Ulises. Levantó el dedo índice hacia el gigantesco portero colchonero que cabeceaba hacia la hierba con las manos en jarras—. Ese tipo es un verdadero especialista...

Mishka dibujó algo parecido a una sonrisa, divertido.

—Te apuesto una cena a la carta en el Viridiana a que mete gol... —su acento de narco colombiano era impecable—. A ese pinche no hay quien le haga sombra... Tiene un guante en el pie. Es el *number one*.

—El Messi... es mejor —susurró Aquiles sin convicción—. Un artista, un portento del balompié... el argentino.

Se notaba a legua que iba de comparsa.

—Ese no juega hoy... —repuso Adolfo tajante. Le faltó darle un coscorrón—. Acepto, querido Mishka. Lo para. Una cena a la carta.

Abajo, en el pasto, el jugador portugués miraba con aire desafiante al guardameta, como si lo fuese a fulminar en el acto. Colocó el balón, con mimo, a once metros de la raya de gol. El otro duelista, de luto riguroso, susurraba por lo bajini algún conjuro del lejano Este, atisbando al cielo, ajeno a lo que acontecía a su alrededor, invocando a los hados para adivinar la trayectoria del disparo.

El adonis le dio un par de vueltecitas más al esférico, se atusó el tupé y anduvo tres grandes pasos hacia atrás. El estadio enmudeció. Casi cien mil personas expectantes al pateo de un balón. Arrancó, avanzando ahora con tres zancadas. Acomodó el cuerpo y lanzó un tiro potente, seco, pegado al palo. El portero adivinó la intención medio segundo antes, y se estiró hacia el lado correcto rozando el cuero con la punta de los dedos. Desvió la pelota lo justo para mandarlo a saque de córner.

Ulises dio un salto y emitió un sonido gutural, algo parecido a un grito le salió muy de dentro, levantando el puño y apretando los dientes con rabia. Los asiáticos le echaron una foto y, el rapadito y el gordito lo ojearon con cara de pocos amigos. Ulises les devolvió un corte de manga patentado al uso. Se estaba calentando.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Mishka alisándose la pernera del pantalón.

—Pura estadística... desde el punto de penal ataja una de cada cinco. Y lleva cuatro sin hacerlo... tocaba... —respondió Adolfo ufano, marcándose un farol. Saboreó su bebida. Una sonrisa perenne le marcaba el rostro—. Tengo un buen servicio de análisis.

Los tres rieron al unísono, como en una coreografía perfectamente ensayada.

Adolfo palmeó a Aquiles un par de veces en el hombro, lisonjero, a lo cual Sanchito respondió asintiendo con la cabeza, modulando una mueca de gratitud.

Ulises se vio reflejado en el rostro de Aquiles. Perrito faldero. Un Boston terrier, un pomerania cualquiera. Tragó saliva, las pipas se hacían bola en su estómago. Un perrito faldero, de usar y tirar. Como él lo había sido durante muchos años. Y, ahora, abandonado en una cutre gasolinera de carretera secundaria.

Adolfo sacó un enorme puro del bolsillo de su chaqueta. Hizo ademán de ofrecérselo a Mishka, por pura cortesía, pero este lo rechazó de un gesto con los dedos índice y corazón juntos. De Aquiles, aunque tampoco fumaba, ni se acordó.

Nadie le dijo nada cuando lo encendió, delante de miles de personas. Estaba en el palco VIP del Bernabéu, en la cima del mundo civilizado. Qué cojones, se merecía fumar y beber lo que quisiera.

—Me alegro de que estés de nuevo al frente del Centro —dijo Mishka—. Creo que podremos hacer grandes cosas juntos.

El zaguero camero del Madrid y el delantero brasileiro del Atleti chocaron la frente, farfullando improperios, tras una falta al borde del área blanca. Como dos machos cabríos. Los colchoneros atacaban a degüello, espoleados por la hazaña de su portero. Tenían al Madrid acorralado. Era el momento de matar o morir.

Adolfo saboreó su puro y cruzó las piernas antes de contestar.

—Solo Vicedirector... Mishka... —aclaró con su voz cascada de abuelete fumador—. Al frente sigue Cayetana... aunque esté de baja, sigue siendo la Directora.

Mishka rio entre dientes, más bien fue un intento o algo parecido.

—Qué diplomático eres... Adolfo... Siempre tan correcto... tan estético.

La Bibliotecaria llegó con dos nuevos cuencos de cacahuets y una botella

de whisky de Malta para rellenar los vasos de Adolfo y Aquiles.

El Viejo Zorro se quedó mirándole el escote con disimulo.

—Buena hembrilla... Aquiles —dijo cuando ella regresó de vuelta a la barra, dándole un par de palmadas en el hombro al jefe de los analistas—. Algo falta de carnes, pero tiene un puntito adolescente. No te hagas el inocente, que se te nota a la legua. Granujilla.

Aquiles asintió, aparentemente satisfecho, sin decir nada. Al poco, cuando Adolfo se giró para comentar el sabor añejo del whisky con Mishka, frunció los labios.

«Joder, Aquiles, no me digas que te has pillado por la niña, a tu edad...».

Mishka permanecía impertérrito, rostro pedregoso, observando el juego a través de sus gafas cuadradas. Ulises enfocó sus prismáticos centrándose en el jefe operativo del Mossad. No era alto, no parecía demasiado fuerte y la sonrisa le salía esquivada. Aparentaba menos edad de la que tenía —según su ficha, cuarenta y ocho—. Con aspecto de maestro de escuela. Piel cetrina, abundante pelo oscuro, algo rizado y expresión adusta. Vestía con cazadora de cuero beis y jersey oscuro de cuello de cisne. Incoloro.

Un tipo corriente, del montón, con una cara común, de la que a uno le cuesta trabajo recordar.

De pronto, le vino un fogonazo. La luz. Demudó su rostro. Se envaró al instante. Ese tipo estaba en el Benei Mitzvá del nieto del viejo. Con barba y el cabello más largo. No llevaba gafas y tenía ese estúpido gorrito negro en la cabeza, un kipá. Se camufló entre la familia del novio. ¡Incluso estrechó su mano! En ese momento, no lo reconoció. Le sonó su cara, pero, su mente no lo ubicó. Jamás hubiera imaginado...

—Llegaste a conocerla... A Cayetana... —inquirió el Viejo Zorro; en una mano el puro, en la otra el combinado.

—No tuve tiempo —respondió el hebreo con sorna. Histriónico. Cara de Joker—. Y ella tampoco...

—Cuando vuelva de su baja, si es que vuelve... Ella se ocupará de dar la cara ante los medios y de justificar políticamente las acciones del Centro.

Obviaban a Aquiles deliberadamente. Formalmente, aún ostentaba el cargo de Director interino.

—Tuvo un comienzo trepidante —ajustó Mishka sus palabras a su amago de sonrisa.

—Yo estaré haciendo el trabajo detrás de las bambalinas. Engrasando la

maquinaria. Gracias a ti...

—Sombras chinescas... es lo que te gusta. Tendrás poder.

Después del asunto de los rehenes, la Abeja Reina entró en barrena, caída libre, sufrió una crisis de ansiedad aguda que la bloqueó por completo. El médico le recomendó reposo, le dio una baja de un mes y así seguía, en su casoplón de la Moraleja a la sopa boba. Ante el inminente vacío de poder, y para sorpresa de todos los empleados del sector, el gobierno, en una maniobra estrambótica, nombró a Aquiles como Director interino, y, un día después, a Adolfo como Vicedirector.

Les faltó tiempo para quitárselo de en medio y largarlo a las instalaciones pardinas. Una semana. Ulises no creía en las casualidades. «Tiene cojones. Sanchito...».

—Una jugada maestra —comentó el adalid de los analistas—. De lo mejor que he presenciado en mucho tiempo...

—Hubo un factor de suerte... —sopesó Mishka, con falsa modestia.

—Siempre lo hay —terció Adolfo, aparentemente sin perder detalle de lo que ocurría en el terreno de juego. En el césped se jugaba a trompicones, el balón no rodaba por el pasto. Una falta detrás de otra—. Pero, todo lo demás... pura estrategia...

No era costumbre de Adolfo regalar los oídos a nadie.

—En este oficio, la clave está en adaptarse a las circunstancias... —añadió el hebreo reclinándose en su asiento—, en tener capacidad de resiliencia. Desde luego, que no lo tenía preparado de esa forma... Pero, al final todo vino a salir de boca... Ese tipo vuestro, Anthony Nolan, o es muy bueno o tiene una flor en el culo.

—Las dos cosas —asintió Adolfo, risueño—. Tiene suerte y más vidas que un gato pardo. Y tengo entendido que es una especie de Rodolfo Valentino versión mejorada.

—Eso dicen las malas lenguas —aportó Aquiles, rígido como un alambre. Casi había acabado con su cuenco de cacahuets.

—Y las buenas también —sonrió con malicia Adolfo—. Siempre me ha parecido un tipo interesante... Un activo en alza que podemos seguir aprovechando como agente oscuro.

—Qué manera de llamar a los externos... agentes oscuros. Los españoles siempre con ganas de dramatizar... —casi se animó a sonreír. Dio otro sorbito a su botella—. Lo de los pepes... es divertido. Y, lo de sus jefes de división... es algo superlativo... Hilarante. Llamarlos como los héroes de la Ilíada, me

parece un concepto absolutamente genial, ¿De quién fue la idea? —preguntó con retintín.

Aquiles y Ulises se ruborizaron en la distancia al mismo tiempo.

—Ellos mismos... Fíjate qué cabezas pensantes tenemos. Puro ingenio.

—Unos maestros de la escena...

Aquiles peló un par de cacahuets sin darse por aludido.

Ulises apretó los dientes. «Coño, que poca sangre tiene el condenado... ¡Horchata! En vez de sangre. Ya le metía yo a ese la estrella de David por el culo».

—Me alegro de que tu chica lo salvase... —soltó Adolfo de modo casual —. ¿Fue algo premeditado o espontáneo?

Mishka frunció el ceño avinagrado. Se estiró la cara con dos dedos, masajeando el músculo buccinador. Pasaron varios segundos. Más de los que debería. Después de todo, había algo que Mishka no controlaba. Por algo Adolfo tenía el apodo de Viejo Zorro.

—Una petición de última hora. De una amiga común —dejó caer el hebreo con acento cantarín.

—¿De quién si puede saberse? —inquirió Adolfo. Aquiles lo miraba esquinado.

Mishka carraspeó.

—De Beatriz de la Piedra.

El intercambio de golpes bajos iba in crescendo.

Adolfo infló los carrillos y frunció los labios durante una milésima de segundo. Ulises conocía perfectamente ese tic, reservado para los momentos en que le habían cogido las vueltas.

Observó cómo Aquiles se rebullía inquieto. Quizás no habían tenido tiempo de ponerse al día en todo. Sanchito habría empezado por menudencias, como los posibles objetivos yihadistas en el territorio patrio o un listado de las fortunas en paraísos fiscales, por lo de los papeles de las Caimán.

—Una mujer muy interesante. No le quitaré el ojo de encima.

—No lo dudes —comentó el hebreo—. Fue muy persuasiva en cuanto a Nolan... Se ve que le tiene cariño.

—Aquiles, toma nota... —ordenó Adolfo con tono perentorio, áspero.

A él nunca lo había tratado de esa forma tan despectiva. ¿O sí?

—Lo hago, lo hago. Nota mental —respondió el aludido, que empezaba a sudar profusamente. Se aflojó un poco el nudo de la corbata de rayas moradas y blancas.

«Hortera. Cateto. Pueblerino».

—No obstante, me alegro de que tu agente... Dana o como diantres se llame... lo salvase... A Nolan —Adolfo siguió metiendo el dedo en la llaga—. Tengo entendido que utilizó todos los recursos a su alcance —ante el silencio de Mishka continuó—: me refiero al rescate en avión con otros dos agentes del Mossad... Deberías de destinarla aquí... a Dana. Puede ser un buen enlace. Y creo que se tienen cariño. Hay que aprovecharlo.

—Por eso precisamente la escogí... Es resoluta y pertinaz. Un diamante que hay que pulir de vez en cuando para que siga brillando —respondió abrupto—. Por ahora, se quedará dónde está.

—Era simplemente una sugerencia... —aspiró de su cigarro—. Lo de Nolan me ha costado casi un riñón, pero, me alegro del final feliz...

—¿Y eso?

—Alguien hizo un trato que no debía, he tenido que tirar de existencias... un buen pellizco de los fondos reservados.

—¿Y dónde está ese alguien?

Se referían a él, rumió Ulises.

—En una especie de retiro espiritual, por eso y por meter el hocico donde no debía...

—Amistades peligrosas... —rio Aquiles con estruendo—. Tiene a medio gobierno pidiendo su cabeza. Lo van a colgar de los cojones como se descuide.

—Lo conociste en el Benei Mitzvá de mi nieto... En la finca de Toledo.

—Como para no acordarse... —comentó Mishka—. Ese tipo que comía y bebía como si no hubiera un mañana. Parecía un sujeto rudo... ese tal... Ulises. Un cromañón con traje de Armani, si mal no recuerdo.

—Un gorila amaestrado —matizó Aquiles pelando un maní con los dientes. Disfrutaba de su momento.

Ulises los maldijo en la distancia. Que se atragante el gordo cabrón y le dé un infarto al viejo bastardo. Así que era por eso por lo que lo habían exiliado al Pardo. Por haber prometido a Nolan que saldarían sus deudas —y por el tema de Cantarejo—. Motivos de peso.

—Nolan... —continuó Adolfo—, no podía negarme a cumplir el trato... Se ha convertido en un héroe, en una celebridad dentro de ciertos círculos. De la noche a la mañana, mucha gente habla de él. Hay quien incluso comenta de ponerle una medalla, pero por ahí no paso... En el fondo es un maleante con mucha suerte... Un rufián...

—Eso he oído —añadió Mishka.

—Un hijo de puta con pocos escrúpulos —destacó Aquiles—. Pero hila fino. En buenas manos, una herramienta muy eficaz.

—Eso no es bueno... Que la gente hable de ti... —dijo el hebreo chasqueando la lengua—. En este oficio hay que mantenerse entre las sombras, camuflado dentro de la amplia gama de grises.

—Ya lo sé —carraspeó Adolfo—. Pero había que dar muchas explicaciones... Y Cayetana no estaba en condiciones de darlas. Para lo bueno y para lo malo, Anthony Nolan me ha servido de chivo expiatorio, con eso de que es externo y de que la operación fue un éxito nadie ha hecho más preguntas de la cuenta... Tuve que improvisar sobre la marcha, como los británicos... —habló más deprisa de lo que era habitual en él. Hizo una pausa como para tomar aire, nivelando el ritmo—. Anda, Aquiles, ve a buscar más cacahuets y a tomarte una mirinda con tu amiga.

«¡Ja! Te la han dado Sanchito... Ahora van a hablar los mayores... y ... me lo voy a perder».

Por suerte para Ulises, no fue así. Aquiles puso morritos, se aflojó un poco más el nudo de la corbata —dejando que su papada respirase libremente—, sacó un pañuelo para secarse las gotas de sudor que caían por su frente y dejó la chaqueta en el respaldo del asiento.

Ulises suspiró aliviado exhalando todo el aire de sus pulmones al otro lado del coliseo.

—El caso es que la gente conoce su nombre, pero casi nadie le pone cara... Anthony Nolan sigue siendo un activo en alza. Dentro de un mes nadie se acordará de él... Solo unos pocos...

—Es un tema doméstico —Mishka asintió sin darle más importancia al asunto.

—Tú lo has dicho.

Ambos callaron durante unos instantes. Un libre directo en la hierba, en las inmediaciones del área local. El estadio también enmudeció cuando el esférico bajó del cielo trazando una parábola imposible, una especie de *folha seca*, rozando el palo de la portería blanca, tras un zapatazo del capitán colchonero. Una corriente generalizada de alivio, traducida en miles de suspiros espontáneos, inundó la atmósfera por unos segundos.

—¿Cómo están los ánimos en Londres? —preguntó el del Mossad, cambiando de tema, con aire taciturno.

Adolfo se equilibró en el asiento, dio una chupada al puro y un sorbo a su

bebida. Se tomó su tiempo antes de contestar.

—De cara a la galería... Vendiendo la moto como una operación conjunta con el CNI, con la Dirección francesa y con el gobierno nigerino. Nuestros gabinetes de comunicación han trabajado a destajo para mostrar algo creíble a la opinión pública. Ya has visto que los del Eliseo se están echando flores, el enanito francés se cree Napoleón... Le ha faltado decir que va a cruzar el mediterráneo con sus naves y recuperar las colonias... —Mishka hizo un intento de reírle la gracia que se quedó en un mohín sonoro—. Pero, de puertas adentro, tienen un mosqueo de tres pares de cojones... Los británicos, que creían que iban de comparsa en todo esto, están que trinan. Por ahora, no saben quién les pirateó el sistema. Pensaban que fuimos nosotros, fíjate qué ocurrencia... o los franceses... He tenido que dar mil y una explicaciones. Ahora, parece que les echan la culpa a los rusos, dicen que buscan desestabilizar la zona para comenzar una guerra de cara a decantar la balanza en futuros comicios. Tarde o temprano, las sospechas se volcarán sobre vosotros.

—Como siempre... Cuando nadie sabe quién ha sido... Todos miran hacia Israel... —añadió con toque de dramatismo—. Lo negaremos todo, naturalmente.

—Naturalmente —concedió Adolfo.

—¿Y los franceses? —se interesó.

—Más o menos igual que la pérfida Albión. Están haciendo una campaña de marketing brutal... Tienen el problema añadido de que en las redes circulan imágenes del ataque al campamento tuareg de la noche anterior al bombardeo. Pero, como aparecen hombres de negro... Mercenarios de Oryzon... se lavan las manos... Se centran en decir que han asestado un golpe a los grupos insurgentes de la zona. Y los de Oryzon niegan categóricamente que sus hombres estuviesen allí... Ya ves, Una merienda de negros...

—Perfecto —añadió sucinto el jefe de operaciones hebreo.

—Perfecto —rio Adolfo—. Pura suerte...

Mishka negó con la cabeza.

—Nada de eso querido amigo... —enmarcó las últimas dos palabras dos octavas por encima del resto.

—No me creo que lo tuvieras perfectamente planificado —respondió tajante Adolfo con unas trazas de envidia—. Es imposible planificar toda una serie acontecimientos tan imprevisibles.

—En eso tienes toda la razón... Tengo fama de ser un excelente estratega

—replicó con un punto de soberbia—. Pero, te contaré un secreto, Adolfo... lo que en realidad se me da bien, como decís vosotros... cojonudamente bien... es improvisar.

—¿Improvisar? —le dio pie a continuar.

—No te negaré que juego con las cartas marcadas. Poco a poco, con paciencia y tiempo, voy creando varios escenarios globales, como grandes puzzles... con piezas que pueden alternarse en uno u otro tablero. Después voy pegando esas piezas, o intercambiándolas según se vayan desarrollando los acontecimientos.

—Como yo... —replicó Adolfo aspirando de su habano. Agitó el vaso y los hielos tintinearón—. Una pieza que se ajustaba al diorama...

—No intercambiable...

—Me pregunto... si tu sobrino era otra carta marcada... y su boda con mi hija... otro elemento de la gran ecuación... A veces... me lo pregunto.

—El azar, Adolfo, eso sí fue el azar —esta vez, Mishka rio con ganas. Después recobró la compostura y su cara de esfinge—. A veces, yo también me hago la misma cuestión... quién es el gato y quién es el ratón... Quién se acercó a quién...

Ulises permanecía inmóvil, la boca entreabierta. Sin perder detalle. Su gesto era de admiración casi devota hacia el tal Mishka.

—La adversidad crea extraños compañeros de cama...

—Siempre me has parecido más un aliado, más un amigo, que un adversario —matizó Mishka—. Eres casi uno de los nuestros. Familia, coño —ese coño le quedó un poco afrancesado—. No me gustó que te echasen de esa forma.

—Te lo agradezco —apuró su bebida.

—Eso espero.

—Pero, que te quede claro, que yo sirvo a mi país, España y a nadie más.

«Le salió la vena patriota. Sirves a España y a tus intereses, cacho cretino. Se te llena la boca con tu propia bazofia», caviló Ulises amargo.

—Por supuesto. Por supuesto. Todos formamos parte de un fin mayor.

—Alguna vez caeremos en el bando opuesto —auguró Adolfo sibilino.

—Espero que eso no ocurra, querido Adolfo. Velaremos porque los intereses de nuestros países converjan —apuntó en tono condescendiente. Le dio un par de golpecitos en la pernera del pantalón en el sobre muslo— Si estás aquí de nuevo, en primera línea... es por nosotros. Hemos creado una situación de la que has sabido aprovecharte... Si saliera a la luz...

—Saldrían muchas cosas —replicó rápido de reflejos. Aplastó el cigarro en la moqueta que cubría el suelo con el tacón del zapato—. Una cosa —susurró. Mishka se volvió sorprendido ante el matiz sibilino que adquirió la voz del Viejo Zorro—. ¿Sabes a mí lo que se me da bien? ¿Realmente bien?... Cortarle los huevos a quién me toca las pelotas...

El Viejo Zorro también sabía dar estopa cuando se veía acorralado en su propio gallinero.

Se produjo un silencio en el palco y un estruendo en la grada. El estadio en efervescencia pura. Ochenta mil gargantas aullando enloquecidas. Ulises no escuchó la respuesta de Mishka.

El delantero gabacho del equipo merengue, el tatuado que se asemejaba más a un mafioso marsellés que a un futbolista, se había dejado caer en el borde del área y la plebe reclamaba penal. El auxiliar levantó la bandera como fuera de juego, sin titubeos. El colegiado pitó el final del partido, sin más complicaciones.

El rapado calvito de ojos saltones no paraba de increpar al árbitro bajo la atenta mirada de su vástago, que cogía carrerilla espoleado por sus genes. El gordo tampoco perdía comba prefiriendo insultos de baja estofa. Y, los asiáticos, seguían presenciando el final del partido a través de su móvil.

Ulises respiró hondo y bajó pulsaciones para no perder los estribos. La tensión se acumulaba sobre sus hombros como si la gravedad lo aplastase contra el suelo. Se sentía humillado, traicionado, hundido por el que creía su mentor. Lo había cambiado por Sanchito a las primeras de cambio.

El rapado calvito se volvió un par de segundos y se frotó sus partes, quien sabe si de forma intencionada o simplemente se rascó porque le picaba. El caso es que Ulises lo interpretó como un tocamiento de huevos en toda regla. Y, ese día, nadie más le iba a tocar los cojones, por sus muertos, mitad beréberes mitad leoneses de Astorga.

Se caló la gorra de lana y apretó la mandíbula. Se levantó enervado, se ajustó la chaqueta y, sin más preámbulo, le dio una hostia al tipo con la mano abierta, a traición y por detrás, a lo español castizo, descargando todo el peso de su cuerpo en el golpe. El calvito no la vio venir y terminó estampado contra el hombro del amigo, bajo la atenta mirada de su hijo. La cara señalada en rojo bermellón, el labio partido y la nariz sangrando con el caballete hinchado. Cuando salieron del shock y se giraron ya no había nadie en el asiento de Ulises. Solo la bufanda del Atleti. Los asiáticos observaban su

móvil con la boca abierta.

Ulises no era de los que condonan o aplazan deudas.

MAYO DE 2018. MÓNACO

*

Nolan esperaba cómodamente, piernas cruzadas y reclinado cuarenta y cinco grados, en una de las hamacas del megayate amarrado en el exclusivo Puerto de Hércules. El único puerto de aguas profundas del Principado, con capacidad para proporcionar anclaje a 700 embarcaciones de lujo. Él estaba en una de ellas, en la tercera cubierta del Excelsior. Era el nombre que aparecía grabado en las aletas y en el extremo de popa de la nave. Le había costado casi dos mil euros por día —a cargo de los fondos reservados, no tenía que entregar facturas—.

Vestía para la ocasión unos pantalones claros de algodón natural, color hueso, camisa de rayas azules y blancas de cuello italiano, americana oscura de tela fina y unos mocasines de borlas Carmina.

Se incorporó ligeramente, alzando el cuello hacia el muelle. Aún tenía una leve molestia en el costillar derecho. También una bonita cicatriz en el pecho e intensos y repentinos dolores de cabeza —que le venían con suma facilidad y se iban después de varias dosis de sumatriptan—. Daños colaterales, le dijeron los médicos. Secuelas del bombardeo en el Macizo de Air. Era lo que tenía sobrevivir, te dejaba marcado. No habían pasado ni tres meses, pero parecían tres años.

Tuvo suerte de que Dana lo rescatase. De que se hiciese más de dos mil kilómetros en pleno desierto con una avioneta de vuelos turísticos, comprometiendo su carrera, jugándose la vida y metiendo en el ajo a otros dos incautos. Cada uno tiene sus razones para estar aquí, le dijo el cejijunto, el que parecía que lo evaluaba con ojos de halcón. Valía más por lo que callaba que

por lo que hablaba. Le dio mala espina.

El viaje de vuelta fue más tenso de lo que esperaba. Iman y Dana. Dana e Iman. Se lanzaban miradas asesinas. Andanadas de profundidad. Se notaba una tensión subyacente, visceral, en cada una de las palabras que pronunciaban.

Hicieron escala en Agadez, para repostar combustible. Una pista arenosa con varios hangares de madera y chapa. Iman se despidió allí, envuelta en una nube de arena. Le pidió que volviera con ella a Niamey, que sería lo mejor para todos. Anthony hizo lo que era mejor para él. Alejarse con Dana, echando leches. Delgado se quedó en el avión con cara de circunstancias. La diosa de ébano se despidió del mendigo con un abrazo, no así de Nolan. Orgullosa princesa del desierto.

Delgado logró contactar con Madrid en pleno vuelo. Los acogerían en la base de adiestramiento de Kuolikoro, donde estaba destacado un contingente de tropas españolas. Miembros de la Brigada Galicia VII y del III Batallón de Desembarco de la Brigada de Infantería de Marina del Tercio de Armada, proporcionaban al Ejército maliense entrenamiento militar y asesoramiento en las cadenas de mando y control. Nolan y Delgado fueron atendidos por el personal médico del complejo y comenzaron los primeros reportes con La Casa. Para sorpresa de Anthony, informaron directamente a un tal Aquiles, Director interino. Cayetana se encontraba indispuesta, con una crisis de ansiedad aguda, según le comentó Ulises días después.

Le perjuraron que no sabían lo que tramaban las familias a espaldas del CNI, cosa que Anthony no creyó en ninguna de las modalidades de disculpa que le sirvieron.

Lo que en un principio parecía una misión desastrosa, se transmutó en una operación secreta orquestada por una coalición europea —con España, Gran Bretaña y Francia a la cabeza—, junto con el gobierno de Níger, para asestar un golpe a los grupos insurgentes de la zona. Por supuesto, Nolan reportó que el Fantasma había muerto en el ataque. Todo fueron dádivas para sus oídos y felicitaciones. Habían acabado con un enemigo de occidente, un asesino, un terrorista. Nadie comentaba nada sobre quién había apretado el gatillo para lanzar los cohetes. Curioso.

Ulises había caído en una especie de purgatorio, sucumbiendo al rodillo, descendiendo varios puestos dentro del escalafón de mando del CNI. No daba mucha información y las migajas que transmitía había que ponerlas en cuarentena. A priori, la operación Cárdenas fue el detonante de sus penurias. Afortunadamente, soltaron a Guancho justo antes de que comenzasen los

tejemanejes para acabar con el comisario Cantarejo.

Al cabo de una semana en el hospital de campaña, Delgado regresó a Madrid y Anthony se fugó con Dana. Sin dar explicaciones a nadie. Unos días perdido del mundo. Vivieron un tórrido romance por las costas africanas de Senegal y Marruecos. Hoteles de lujo frente al atlántico, desayunos con Champagne, paseos por el zoco y atardeceres en terrazas observándose con quietud el uno al otro. Tuvo su lado bueno. Romántico, sensual, carnal. Una bonita historia de amor, una bonita segunda parte.

Ojalá muriera ahora mismo. Aquí, en tu regazo, le dijo Dana en un susurro apagado, con el ojo cerrado, quizás soñando despierta. Esa frase fue el comienzo del fin, lo arruinó todo. Se encendieron todas las alarmas en los paneles de control nolianos. Pánico. Quédate, le susurraba su corazón. Huye, le decía una voz interior, afilada y artera. La voz a la que le solía hacer caso, gracias a ella, había llegado a dónde estaba. Nolan se revolvió entre las sábanas, entumecido, haciéndose un ovillo, frío y duro como la piedra. Su cuerpo se transmutó en una muralla infranqueable para ella. También notó su rigidez, en una posición simétrica a la suya. Silenciosa como una esfinge, conteniendo la respiración. Unos centímetros suponían un mundo. Su verdadera naturaleza, limpia e inocente, había tomado el mando, confiada. Su error: demasiada sinceridad, había mostrado demasiado claramente su necesidad de él. La gente como Nolan no busca la verdad, si no solo su propia verdad. Y su propio afecto. El amor verdadero no tenía cabida en la verdad de Anthony Nolan.

Y ahí se estropeó su relación. Después, en Madrid, la debacle. Vinieron los comportamientos erráticos. Manías absurdas. La decadencia, el desapego, la inevitable ruptura. Aburrimento a la cuarta semana. Demasiado pronto. El roce hace el cariño, dicen algunos, y la convivencia lo cimienta. No fue su caso. No hubo ningún motivo de peso. Quizás fuese eso, precisamente la ausencia de peso.

Sobre todo, cayeron las expectativas. Ella, voluble y llena de altibajos, en el fondo quería una vida tranquila, retirarse a su kibutz de Galilea, y a él le gustaba vivir al filo de la navaja. Un funambulista sin red. Todo o nada. Quemar la gasolina sin arder. Vivir a todo trapo mientras pudiera.

Al fin y al cabo, las expectativas son como el cristal de Murano. Cuanto más fuerte te agarras a ellas, más probable es que se resquebrajen en mil pedazos.

Una discusión tonta terminó con ella enfurruñada y encabezonada,

embarcada en un vuelo a Tel Aviv. No habían vuelto a hablar desde entonces. Quizás era mejor así.

Intuía que la volvería a ver más pronto que tarde, sus entrañas se lo decían. Y, probablemente, le debía la vida. Anthony Nolan siempre pagaba sus deudas.

Dana. Todavía la recordaba como Dana, como la primera vez. Galit era su verdadero nombre, la pequeña ola.

La camarera, una chica de acento balcánico, de fémures kilométricos, ataviada con un mono corto, que enseñaba más que escondía, le sirvió su segundo combinado en una copa rectangular con una sonrisa insinuante. Nolan le devolvió el gesto sin decir nada. Tenía una misión que cumplir. Un asunto doméstico sumamente delicado, peliagudo, como le había referido el propio Adolfo en un paseo matutino por los jardines del Retiro. Un asunto doméstico ubicado en Montecarlo. Tenía su gracia.

Se aflojó el pañuelo de lino celeste y se ajustó las gafas de sol, Carrera, modelo clásico, cuando se percató de que su objetivo embarcaba.

Los motores rugían unos metros por debajo. Saboreó su Martini con vodka observando como los monoplazas salían del túnel, frenaban y afrontaban la chicane bajando revoluciones, calentando neumáticos antes de la carrera. Las gradas de en frente, abarrotadas de gente que tenía el dinero por castigo, de mayoría rojo Ferrari, bramaban a cada coche que pasaba.

El Excelsior era propiedad de una firma de seguros británica. Había conseguido acceder a ellos a través de Beatriz. Adolfo le comentó que la relación de Beatriz de la Piedra con La Casa se estrecharía de forma más que apreciable. Hay que aprovechar sus contactos y sus habilidades, le dijo.

Según las fuentes del Viejo Zorro, la dulce e ingenua Beatriz había trabajado para la CIA durante años y tenía contactos con el hampa de las altas esferas. Banqueros, directivos, políticos y magnates de la comunicación se encontraban entre sus amistades y clientes. Se mueve bien en esos ambientes, como pez en el agua, le dijo textualmente; usted ya lo sabrá, añadió con segundas un Adolfo incisivo.

Ninguno de los dos se reprochó nada. Una conversación corta entre profesionales. Vía telefónica. Ella puso un precio y no preguntó para qué quería el pase, ni él le dio más explicaciones. Las heridas aún no habían cicatrizado. Incluso alguna supuraba. La traición de una amante era algo que le costaba digerir. Nolan no estaba acostumbrado a ser la mascota de ninguna mujer.

—Ya viene, Tony —le susurró Guancho, que había subido del segundo piso, donde se fraguaba la verdadera fiesta. Llevaba un traje oscuro, sobrio. Iba perfectamente rasurado y el pelo engominado hacia atrás. Ya apestaba a alcohol y tabaco. En teoría, su papel era secundario, apoyo logístico y conducción, y no debía estar allí, pero el jodido se había empeñado—. Creo que esa es ella, ¿no?

Tenía buen ojo para lo que le interesaba.

—Sí, es ella —Anthony se mesó la barba, perfectamente tupida y recortada para la ocasión.

Ojeó a la mesa de al lado, reconociendo el terreno. La cubierta superior era muy pequeña, con capacidad para diez personas a lo sumo. Sobraba espacio. Todos se apiñaban abajo, donde Guancho. La mesa la ocupaban dos parejas, italianos cuarentones, impecablemente vestidos; ellas, de algodón blanco, y polos holgados de la escudería del caballo rampante, para ellos. Su acento lombardo, su aspecto tudesco —piel blanca y ojos claros—, y sus zapatos de mil euros, los delataban como más que posibles empresarios milaneses, acompañados de sus consortes oficiales o queridas de fin de semana.

Los engominados ragazzi discutían acaloradamente sobre la independencia de la Padania y el papel de la Liga Norte italiana para recuperar la gloria nacional. Uno de ellos metió con calzador a la nieta de Mussolini como futura lideresa para recuperar los valores patrios. Bebían y fumaban enardecidos por la perspectiva imposible de emanciparse del tacón y de la suela de la bota. Nolan sonreía en su interior, pensando en lo poco que diferían las personas de unos países a otros, con los mismos anhelos y la misma capacidad de ser manipulados por unos pocos. «En Italia también tienen la cabeza llena de gilipollices».

Mientras los machos se calentaban, las ragazzas reían tontamente. Una mano se metió por debajo del vestido de una de las damas, hurgando en su contenido. Ella dio un leve respingo, más por sorpresa que por sentirse incómoda. Abriendo levemente los labios, le acercó su bebida al hombre que la magreaba. «Queridas de fin de semana», caviló Nolan.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Guancho de buena fe—. ¿Algo de cobertura?

Nolan lo miró enarcando una ceja. El merchero destacaba allí tanto como una escolopendra en un baño de señoras de un balneario de lujo. Tenerlo cerca complicaría las cosas. Quizás había sido un error sacarlo de paseo.

—No, tú sigue a lo tuyo, sin armar jaleo...

El speaker anunció por los altavoces que la salida se retrasaría unos minutos. Un monoplaza se había quedado varado en la curva de Loews. Le había fallado el motor. Un murmullo de desaprobación se adueñó de las gradas y de las terrazas de los yates.

—¿Qué dicen? —inquirió Guancho.

—Tienen que retirar un coche... le ha fallado el motor...

—No habrá sido el españolito —mover la cabeza resoplando—. Acabo de apostar mil pavos con un cabeza cuadrada a que termina la carrera.

Desde que habían repartido el dinero de la cuenta de Suiza, Guancho era una máquina de fundir cuartos.

—¿Por cuál de ellos?

—El asturiano... ¿es ese? —preguntó con ligera ansiedad. Anthony calló y le dio un poco de suspense sin contradecirlo—. Venga, Llanito, no me jodas la mañana que la tengo muy bien encarrilada...

—¿Y eso? —preguntó Anthony medio interesado—. ¿Dónde estás metiendo tu sucio hocico? Tenemos que pasar lo más desapercibido posible... Guanchito...

—Esta misión es pan comido, Tony. No me estreses...

—Mientras pasemos desapercibidos —insistió.

—Hay un par de jóvenes cincuentonas inglesas con ganas de cachondeo... —dijo con aire engreído. Se regocijó haciendo crujir sus nudillos—; han dejado a los maridos en casa, viendo al Arsenal, y buscan macho que las cubra...

—Y ese macho vas a ser tú —resopló Anthony. Guancho asintió convencido—. Es el finés el que se ha quedado sin motor... —añadió—, el que tiene tan mala uva.

—¿El que vimos ayer con la cogorza en el casino? —llevaban dos días a todo trapo, frecuentando los lugares habituales donde su objetivo se dejaba ver más a menudo—. ¿El de Ferrari?

Anthony asintió cabeceando.

—Menos mal... —Guancho silbó aliviado.

Anthony se recostó y carcajeó por lo bajini.

—¿Cómo te entiendes con los de abajo?

—Con un poco de inglés, un poco de francés, mucho griego y... algo de gracia... —Guancho rio pícaro enseñando su dentadura recién blanqueada. Otro dispendio más.

—Anda, vete para abajo y no molestes mucho...

—Descuida...

Se dio la vuelta sonriente. Feliz. Contento.

La mujer llegó a la terraza justo antes de comenzar la carrera. Cuando las gradas rompieron su murmullo con un sonoro estruendo. Todo Mónaco vibraba. Una corriente de energía y euforia conectaba a los miles de personas allí congregadas. Se palpaba en el aire como una fuerza electrostática, invisible pero real.

Era el día del Principado. El mundo entero estaba pendiente de lo que acontecía en las calles de Montecarlo ese fin de semana. La quintaesencia del automovilismo. Mónaco era sinónimo de Fórmula 1 y viceversa. Gente guapa y gente podrida de dinero. Glamour. Famosos deportistas, actores de Hollywood, músicos y aristócratas de la vieja Europa. Magnates asiáticos, políticos, presidentes y jefes de estado. Nadie se quería perder uno de los eventos más glamurosos del globo, si no el que más. Setenta y ocho vueltas a un circuito urbano de poco más de tres mil metros para cubrir un total de 260,286 kilómetros. Velocidad, potencia, dinero, poder.

La mujer se aproximó con paso firme, taconeando. Tomó asiento en la mesa que quedaba libre, la más alejada de la puerta de entrada. Zona sombreada, alejada de miradas indiscretas. En la primera y segunda planta del yate transcurría la verdadera fiesta. Los italianos se levantaron con sus bebidas y se acercaron a la barandilla frontal sin prestarle demasiada atención.

La acompañaba un caballero mayor que ella, rondaría los sesenta, delgado, casi esquelético, con una cara triangular y una perilla puntiaguda. Camisa blanca almidonada, pantalón y chaqueta azul marino. El reloj de su muñeca despedía destellos dorados. Unos 40.000... le calculó al peluco a ojo de buen cubero; un Zenith de oro personalizado con incrustaciones de zafiro. Habría pocos en el mundo como ese.

Nolan se concentró en ella saboreando su vodka Martini. Calibró a su presa. Caderas anchas, cintura estrecha. Espaldas fuertes, de nadadora, y piernas torneadas por innumerables horas montando a caballo. Formidable. Un ejemplar soberbio.

La Duquesa se giró a medias, echándole una ojeada somera, quizás sintiéndose observada. Estaba diferente de las fotos que había visto. Se había teñido el pelo de negro con reflejos caoba. Lo llevaba recogido en un moño con algunos mechones sueltos cayendo por su frente. Sabía que tenía cuarenta

y muchos, pero aparentaba treinta y pocos. Piel tersa, sin arrugas, levemente dorada. Alguna operación de bisturí fino, de las que cuestan un riñón. Cara alargada, nariz recta, y pómulos salientes. Rasgos arios, atractivos. Lucía un ceñido vestido blanco por encima de la rodilla, con una fina línea en granate fuerte, vertical, desde el cuello hasta el dobladillo. Los colores del principado. Un guiño a la familia real y a su reciente pasado. Había quien la comparaba en presencia y belleza con la princesa monegasca.

Una hembra de bandera, la ex amiga del emérito, cavilaba Anthony con ojo clínico, mostrando el colmillo. Una obra maestra de la madre naturaleza, depurada genéticamente generación tras generación.

La mujer metió la mano en el bolso de piel de aligátor y sacó una pitillera de plata. Escogió un cigarrillo alargado al azar. Lo apretó entre los labios, del mismo tono que la línea del vestido, y esperó paciente a que su acompañante lo prendiese.

Los primeros coches aparecieron por el túnel, haciendo la Nouvelle Chicane en bajada, a tope, con trazadas milimétricas, como si se tratase de un juguete de Scalextric. Aceleraban hasta llegar a la curva de Tabac y volvían a frenar en la chicane de la Piscina. Los perdía de vista en el viraje a derechas de La Rascasse. Comandaba el australiano del coche de las bebidas energéticas, seguido del alemán con el bólido rojo del caballito. Los españoles, mediocres, en mitad de la tabla. Su posición natural, viviendo de un pasado glorioso; de las rentas, el campeón, y, del apellido familiar, el aspirante a ídolo de masas. Como la vida misma, pensaba Nolan. A Guancho le bastaba con que el primero terminase la carrera.

El caballero de aspecto gris, podrido de dinero, le puso la mano sobre el regazo. Ella no movió ni un músculo, mirando al tendido, dando una calada tras otra, como ajena a todo cuanto transcurría a su alrededor. Atemporal y etérea, pero a la vez llena de vida, como una Madonna de Botticelli. Ella le acarició el dorso de la mano. El otro ronroneó complacido, como si fuera un gato persa.

Nolan no advirtió en sus ademanes ningún atisbo libidinoso más allá del cariño. Dedujo que no eran amantes convencionales.

Tras varias miradas de soslayo, lo sintió. Azorado, la observó más a fondo. La dama emitía un aura de tristeza a su alrededor, un halo decadente que no lo dejaba indiferente. Ansiaba la protección de un caballero con armadura. Y, dada la que le estaba cayendo encima, no era para menos. Se sintió atraído por ella al instante. Como, seguramente, el resto de mortales con los que se

cruzase. Una mezcla de deseo carnal y de amor fraternal.

Moduló una sonrisa interior. Peligro. Por mujeres como esa los hombres enloquecían y mataban; se habían perdido reinos y derrocado imperios.

Sin preguntar, la camarera les sirvió un Manhattan a ella y un zumo de tomate a él. El caballero se levantó sin probar la bebida y se fue directo al baño, según pudo comprobar con el rabillo del ojo.

Nolan, a propósito, la observó con intensidad manifiesta. Sonrió abiertamente levantando su Martini. Una mirada inglesa la suya, orgullosa, limpia, curiosa, insinuante, perfectamente ensayada en el espejo. Con un puntito de descaro. Impregnada de desparpajo y clase a partes iguales, a lo Hugh Grant. En asuntos de mujeres no era de improvisar.

Ella, de perfil, cruzó las piernas, cabeceó hacia él y abrió levemente los labios a punto de devolverle el gesto. Se contuvo. Turbada, frunció el ceño con una fina arruga y se colocó unas gafas de cristales grandes y ahumados. En el momento en que Anthony se disponía a saltar de su hamaca para abordarla, apareció de nuevo su acompañante.

Decidió esperar un poco más. Continuar mirando. Deleitándose con las vistas. Su alma de voyeur errante ganó la partida.

Los motores de los monoplazas atronaban en un rugido que parecía no tener fin. Miles de ojos estaban puestos en el asfalto. Eso era lo de menos para Nolan. La carrera le traía al paio. Nunca fue amante de los deportes de masas —y de los deportes en general—. Los consideraba vulgares y soeces. Una droga dura para el pueblo. Otra más.

Se fijó en que el caballero le susurraba algo al oído. Casi al instante, ella se giró hacia el Este, dos yates más allá. Envarada, con el cuello en alto como una jirafa, enfocó su atención hacia el barco donde se encontraban los sobrinos de los príncipes, rodeados de su séquito de famosos y aspirantes a famosos. La cubierta donde, si la cosa no se hubiera torcido tanto, debiera estar ella. Cerca de sus protectores.

La camarera se aproximó de nuevo, risueña y desenvuelta. Les trajo dos platitos con strudle salpicado de nata y virutas de chocolate. La mujer pareció sorprendida y, esta vez, fue ella la que le cogió la mano con afecto. Asió una cucharita, partió un pedacito del dulce y lo untó de nata. Lo comió a bocaditos, relamiéndose con la punta de la lengua.

La Duquesa, la apodaban en las revistas del corazón. La prensa rosa la había descuartizado desde que salió a la palestra como amiga especial del emérito. Kriska von Richthofen, un personaje de novela, de novela de papel

cuché. Se decía que una rama de su familia estaba emparentada con el Káiser Guillermo; al parecer, su abuelo paterno era primo lejano del emperador y, también, pariente del célebre aviador de la Gran Guerra, el temido Barón Rojo. Pero, no estaba muy claro del todo, había varios medios trabajando en ello. El pueblo se merecía conocer la verdad por encima de todo.

Nolan dio un pequeño sorbito y moduló una sonrisa para su disfrute, sin dejar de ojearla.

Lo que sí se sabía a ciencia cierta era que su crianza fue Helvética, en Ginebra; que era hija de un banquero austriaco y una aristócrata húngara venida a menos, de la Casa Koháry; y que había cursado el bachillerato en Londres y estudiado en la Sorbona, donde se graduó en Economía Cum Laude. Se había casado una vez, muy joven, nada más terminar sus estudios en París, con el hijo de un conocido empresario del sector de la cosmética, diez años mayor que ella. El matrimonio duró un lustro escaso. Sin hijos. Durante ese periodo aprovechó las influencias de su marido para hacer contactos a lo largo y ancho del mundo. Con su apellido de casada se le abrieron puertas que para otros serían imposibles de franquear. En esa época fue muy celosa de su intimidad. Escogía a sus amistades con sumo recato y huía de los paparazzi como de la peste.

Al parecer, se separaron de mutuo acuerdo, también en lo económico, en torno a los diez millones de euros. Después, se dedicó a pasearse por los salones y eventos de la jet set europea, presentándose como una rica duquesa de sangre azul —en realidad, la auténtica duquesa era su abuela materna—.

Se le atribuyeron dos relaciones serias posteriores a su matrimonio. La primera, con el nieto del fundador de una de las empresas siderúrgicas más importantes de Alemania, y, otra, con un Lord inglés afincado en Suiza. Ninguna de ellas fraguó ni pasó del simple noviazgo; según los rumores, por las reticencias de ella a comprometerse.

Kriská von Richthofen trabajó varios años como responsable de la agencia Hunt Sporting. Organizaba excursiones y safaris de lujo para clientes de alto standing, entre los que se incluía el emérito, por aquel entonces todavía activo en su reinado. Se decía que se conocieron en una cacería de osos en los Urales rusos. Amor a primera vista, un flechazo, como dos adolescentes, cada uno cegado por los atributos del otro, reales y metafóricos.

Desde que comenzó su idilio, compatibilizó la actividad de moderna concubina real —su título incluía una casa propia en el perímetro de Zarzuela— con la de asesora. Siempre en la esfera del monarca, manteniendo una

intensa vida social en torno a su figura. Hasta que estalló el escándalo y comenzó su caída a los infiernos.

Su impacto fue tal, que había rumores fundados de que Netflix planeaba hacer una serie sobre ella. Según Adolfo, desde la propia Moncloa tuvieron que intervenir para pararle los pies a una productora catalana, vinculada al entorno republicano nacionalista, que estaba ofreciendo el proyecto al gigante del streaming. Hubiera sido un escándalo mayúsculo, un golpe mortal para la monarquía, en palabras del Viejo Zorro. El país no estaba aún preparado para ese tipo de indigestiones. La izquierda bolivariana y los restos comunistas que deambulaban como zombis hambrientos, querían asaltar los cielos e hincar el diente en algo sólido. No había que darles excusas. Los poderes fácticos habían movido ficha para evitar el descalabro final de la realeza. O, al menos, lo habían retrasado un par de décadas.

Trátela bien, es una buena persona, le dijo Adolfo. No le haga daño: nada de violencia, ni un rasguño. Y controle a ese perro sarnoso de Guancho; enfatizó esa parte. Debe ser un trabajo fino, precisión quirúrgica, sin armar ruido y sin llamar la atención. Se trata de una petición personal del emérito, aclaró el actual Vicedirector del CNI sin pelos en la lengua. Pero, tenemos que recuperar la información que tiene en su poder, sí o sí, matizó rudo.

Se refería a que tenían que recuperar unos documentos que conservaba la Duquesa y que ponían en evidencia los negocios internacionales del monarca y sus vínculos con la casa de Saúd y otros sátrapas del Golfo, de Asia Central y del África Negra. Si salían a la luz, se levantaría un tsunami de resultado impredecible. Una catarsis que podría socavar los cimientos morales del Estado.

Desde el advenimiento de Adolfo, se habían citado en un par de ocasiones, siempre fuera de las instalaciones del CNI. Las amenazas de Cayetana de acabar con los externos se habían quedado en agua de borrajas. De Ulises, poco o nada sabía después de un par de conversaciones inanes. No había vuelto a contactar. Bastante tenía ya con parar las ostias que recibía a diestra y siniestra. Se lo merecía el muy cabrón.

En su etapa final, la von Richthofen, se convirtió en la sombra de los príncipes de Mónaco, que la acogieron como consejera internacional tras abandonar su nido de amor en España. Le habían concedido una especie de asilo político. Eran amigos íntimos, cultivados con agua de rosas durante su periodo marital. Durante varios años apenas se había despegado de sus faldas, acompañándoles lo mismo en visitas de Estado al Oriente Medio, que a un

front row de Calvin Klein en París. Lo más curioso, era que no se ocultaba. Ella quería hacerse notar, reluciente, esplendorosa, el resurgir del ave fénix. Siempre posaba en lugar destacado, hinchada como un pavo real. Luciendo palmito en fiestas y recepciones varias. Pero... igual que consiguió hacerse un hueco en la corte monegasca... de un día para otro fue repudiada y apartada de un plumazo. Un portazo en la cara sin explicación oficial. Aunque, todo sucedió cuando la charada de la duquesa que en realidad no lo era saltó por los aires. Demasiado escándalo para un principado que anhelaba quitarse el sambenito de que era de opereta.

Señalada de por vida. Un animal herido. La clase de animal más peligroso, cavilaba Nolan.

Mitad de carrera. El ruido seguía siendo ensordecedor. Apareció el coche de seguridad. Uno de los monoplazas se había quedado sin frenos y había golpeado la parte trasera de un Toro Rosso, dejando un rastro de piezas y aceite sobre el asfalto. Abucheos y aplausos a partes iguales.

Atribulado, el caballero se levantó de nuevo dejando el culillo de su zumo de tomate y se fue directo al baño. Cosas de le edad, pensó Nolan.

Ella se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Se masajeó las sienes y sacó otro cigarrillo de la pitillera.

Nolan se acercó a la mesa en cuatro zancadas, con aire seguro y confiado.

—Disculpe... —le tendió el mechero metálico ya encendido cuando sus labios rozaban el cigarrillo. Marca británica, Lambert & Butler—. He visto que necesitaba fuego...

Ella lo miró con una intensidad que habría encogido a muchos hombres, enfocando toda su atención en él. Exudaba sensualidad por cada poro de su piel. Nolan le mantuvo el pulso sin pestañear. Le pareció que sus ojos verde grisáceos denotaban una leve miopía.

Sin decir nada, acercó la punta del cigarrillo a la llama del mechero y aspiró hondo. Dedos largos y finos. Manicura perfecta. Uñas traslúcidas. No portaba anillos ni otras joyas que desviasen la atención de su rostro.

—Gracias —dijo al fin. Levantó sus finas cejas, perfectamente depiladas—. ¿Quién es usted? No me diga que ha venido a ver la carrera, porque lleva observándome diez vueltas, por lo menos. Podría decir que me está acosando y lo largarían de aquí sin miramientos.

La dicción de su inglés era perfecta. Tenía una voz ligeramente nasal, con una cadencia medida y proporcionada. Olía a agua de lavanda. De cerca su piel era aún más dorada.

Nolan le dedicó la sonrisa más franca de su repertorio. La que usaba desde niño cuando cometía alguna travesura y su madre lo pillaba al vuelo.

—Me llamo Justin Lemark —mintió manteniendo la pose y la sonrisa—. No estoy aquí por la Fórmula1.

—Usted ya sabe quién soy, ¿no? —Anthony asintió—. Tiene un acento... raro... No sabría decir por qué.

—De ultramar.

—Ultramar —rio ella en cascada, casi desarmándolo—. Muy original... ¿Es usted paparazzi? —soltó a bocajarro.

—No —negó él con la cabeza—. Soy consultor.

—No tiene pinta.

—¿De qué? ¿De paparazzi o de consultor?

—De ambos.

—¿Le importa que me sienta?

Anthony no esperó su respuesta. Ocupó el sillón de mimbre que había de espaldas a la barandilla.

Había pensado contarle una media verdad, que es la que mejor aguanta la mentira, enmascarando dentro su auténtico propósito.

—¿Para quién trabaja? —inquirió ella sin quitarle ojo. Era directa. Nolan cogió uno de los Lambert & Butler de la pitillera y lo prendió sin pedirle permiso—. ¿Qué es lo que quiere...?

Anthony tomó aire.

—Me hago pasar por empresario inglés... pero, en realidad soy una especie de consultor, como le he dicho. No la voy a engañar, de eso creo que usted ya está servida...

—Touché... —dijo un par de caladas largas—. Es usted brutalmente directo. Tan directo que estoy a punto de marcharme.

—Trabajo para el gobierno de... su majestad... —dejó caer. La observó mientras su rostro se contraía y sus aletas nasales temblaban.

—¿Para el gobierno o para Él?

Anthony dudó por un segundo.

—Para Él —puntualizó.

Ella hizo una mueca. Su expresión se avinagró por completo. Miró hacia el yate que le cogía de frente. Era el barco de la fiesta rosa, con actores americanos, modelos de alta costura y famosos deportistas, todos vestidos de color frambuesa. Durante la espera, Nolan había reconocido a ese matrimonio influencer británico, el que vivía en Los Ángeles, el futbolista y la cantante

reconvertida a marca de todo un poco, rodeado de una pléyade de aduladores; también a la rusa que gemía como una actriz porno cuando le daba a la raqueta; a uno de los reyes de Juego de Tronos, el del Norte; y, a esa actriz, heroína de Marvel, cuyo rostro aparecía desafiante en paradas de autobús y en la cartelera gigante de Callao.

—¿Qué quiere de mí? —inquirió al fin, después de un incómodo silencio.

—Protegerla.

Ella rio desabrida. Dio un sorbo a su Manhattan hasta apurarlo.

—Un poco tarde para eso... Supongo.

Rio de nuevo, esta vez a carcajada limpia. Eso descolocó a Anthony, no encajaba con la imagen de mujer desolada que tenía de ella.

—Le hago gracia...

—Un poco —concedió la falsa duquesa—. Al menos, han mandado a uno guapo... —lo observó con detenimiento. Anthony ni parpadeó—. ¿Con quién reportará? ¿Con Él en persona?

—Puede... —dejó abierta su respuesta. Dio una calada a su cigarro—. Las cosas han cambiado un poco en Zarzuela.

—Y tanto... la vieja bruja ha encontrado la horma de su zapato... ha dejado entrar a un hurón en la madriguera.

—¿Vio lo de Palma? —quería congraciarse con ella—. Un espectáculo.

—Usted lo ha dicho —lo miró divertida—. Lo tengo grabado en el móvil para cuando tengo que ahogar las penas.

Ambos sonrieron cómplices. La cosa no iba tan mal, caviló Nolan. En ese momento, apareció el caballero, mirando a uno y otro con el ceño fruncido. Se sentó y le dijo algo a ella. Nolan identificó algunas palabras en húngaro.

—Quiere saber quién es usted... —dijo la falsa duquesa riendo entre dientes—. No lo haga enfadar, que bastante tiene ya con su maltrecha próstata

Anthony lo escrutó. Tenía un aspecto realmente peculiar. A la extraña forma de su cara se le unía el hecho de que apenas tenía cejas y su cuello era casi tan fino como el palito de una escoba.

—¿No habla inglés? —quiso saber Anthony.

—Sí —afirmó ella cogiéndole la mano al estrambótico caballero—. Pero no le gusta. Mi tío es un hombre de costumbres antiguas... un auténtico caballero magiar... En cuanto se enteró de mi... digamos... situación... Se plantó aquí. Quiere que me vaya a vivir a su castillo.

Se pasó la mano recogiendo un mechón que le caía por la frente.

Nolan no sabía si hablaba en serio o le estaba tomando el pelo.

—Creo que estará muy sola —dijo Anthony en castellano. El tío bizqueó encogiendo los labios—. No le pega un castillo, si fuera un palacio, quizás...

—Un castillo frío en mitad de la nada... —continuó ella siguiéndole el juego en el idioma de Cervantes, con un leve acento, espaciando las palabras—. En Váparlota... ¿Conoce la zona?

—No tengo el gusto.

—Se la recomiendo, si alguna vez tiene que esconderse —sus ojos brillaban, o al menos eso le parecía a Nolan—. Es un sitio apartado, fuera de rutas turísticas.

—Quizás si me invita... algún día...

El caballero magiar carraspeó. Ella sacó dos cigarrillos, uno se lo tendió a Nolan y otro se lo colocó en los labios.

—No le gusta que lo obviemos. El español no entra dentro de sus habilidades lingüísticas...

—Me alegro —sonrió Anthony.

La carrera se había lanzado de nuevo. El coche de seguridad dio paso a que los pilotos pisasen a fondo el acelerador. Callaron durante unos instantes, hasta que los bólidos pasaron en pelotón y las gradas dejaron de chillar.

—Tiene un minuto catorce segundos aproximadamente... —era el tiempo de vuelta rápida del circuito—, hasta que vuelvan a pasar...

—Deshágase de él... Lo que tengo que contarle es solo para sus oídos —sonrisa lobuna, esquinada, de tres cuartos. Especial marca de la casa—. Y para sus ojos...

Sus miradas se cruzaron durante un par de segundos más de lo que debieran.

Entablaron una breve conversación en húngaro y al cabo de unos segundos el caballero se levantó con el rictus muy serio. Sus iris refulgían de ira hacia Anthony.

—Es muy protector... —hizo una pausa—, como su jefe... —dijo con sorna, endulzando la voz.

—¿Qué le ha dicho?

—Que es un agente secreto del gobierno de su majestad... y que ha venido a ofrecerme un trato... —rio de nuevo—. Ha ido a por zumo de tomate. Tardará poco.

Nolan dio un par de chupadas a su cigarrillo.

—Se equivoca.

—¿En qué? ¿En lo de agente o en lo de secreto? —preguntó mordaz.

—En lo de agente... Ya le he dicho que no voy a mentirle... Trabajo de asesor.

—Antes ha dicho que de consultor.

—Para el caso es lo mismo... —atajó Anthony.

La Duquesa cogió el vaso, ancho y redondo, y giró la muñeca en movimiento circular. Los hielos tintinearón. Sorbió uno de los cubitos a medio derretir. Rezumaba sensualidad por cada poro de su piel.

«Sabe utilizar sus armas, perfectamente», caviló Anthony controlando sus pulsaciones.

Según su particular catalogación noliana, esa mujer que tenía delante, coqueteando descaradamente, era caviar beluga listo para servir. Tenía la suerte de tener un recurso muy valioso entre las piernas, algo que ansiaban los hombres como él —y como el emérito—, desde que el mundo era mundo. Debía tener cuidado con ella, mucho cuidado.

Los coches de cabeza volvieron a pasar.

—Otro minuto y cuarto —remarcó.

—Queremos ayudarla... —Anthony se sorprendió hablando en plural. No solía hacerlo—. Sabemos que tiene información que podría hacer tambalear a la monarquía patria. Y queremos recuperarla... Hay muchos intereses en juego... Los rusos la acechan... quieren mostrar esa información a la opinión pública y desestabilizar el país. Lo han hecho otras veces, en las elecciones americanas... En el referéndum del 1 de octubre... Son unos maestros de la manipulación —hizo una pausa—. Apelamos a su lealtad con el hombre no con el rey.

Nolan lo soltó con toda la gravedad que le fue posible. Solemne. Contrayendo todos los músculos de su rostro. Le cogió la mano. Ella pareció no darse cuenta. Cuando lo hizo la movió inquieta.

—Usted no parece hombre que case con la palabra patria... ni con el concepto de lealtad, si me apura.

—Depende del día.

—¿Hoy?

—No, no lo soy —reconoció—. Hago esto por dinero. Pero, le puedo asegurar de que corre un peligro real y de que Él está preocupado. Si no, yo no estaría aquí. Los rusos no se andan con chiquitas.

—Al menos han enviado a alguien sincero... —la falsa duquesa se quedó pensativa—. Hijo de puta... —musitó—. Vladimir... —aspiró hondo de su cigarro—. Y decía que era mi amigo... Una ya no se puede fiar ni de con quien

se acuesta.

—Ya ve... qué tiempos corren.

Se miraron y rompieron en una carcajada. Había picado el anzuelo.

—Es usted todo un personaje —rió entre dientes—... Justin, permíteme que te tutee.

—Te lo permito... Kriska —sonrisa franca, enseñando su perfecta dentadura, perfectamente ensayada para momentos de intimidad. Las distancias cortas eran su especialidad.

—Veamos qué me ofreces... Justin Lemark... Veremos lo sincero que eres.

—Prometo decir toda la verdad y nada más que la verdad —replicó con un puntito de insolencia.

—Seguro.

—Te daremos dinero a cambio de tu silencio y... de la información que guardas en tus ordenadores de la fundación...

—Vaya, sí que estás bien informado... No sé... el dinero me sobra...

—Dos millones de euros —añadió Anthony sucinto.

—Pero... siempre viene bien —sonrió pizpireta—. Una tiene sus caprichos.

«Y estás acorralada. Repudiada por un príncipe y un rey. Te va a ser difícil remontar el vuelo.»

—No es mal trato. Además, el reino de España te dará protección. Has tocado los cojones a mucha gente, nunca se sabe.

—No tienes por qué ser grosero. También he tocado los ovarios a muchas... sobre todo a una...

Esta vez Nolan no rio. Quería mantener su registro hierático. No era el momento de chanzas.

—Soy realista.

—El reino o el gobierno...

—¿Cómo?

—¿Quién me ofrece protección? ¿El reino o el gobierno?

Nolan dudó un segundo. Junto sus manos, aparentando seguridad.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—No me hagas reír —dijo también seria—. Los gobiernos van y vienen.

Era de mente rápida. Demasiado lista.

—Podrás contar con el CNI —aclaró Anthony sin titubeos. Aplastó su cigarrillo contra el cenicero de cristal romboide con el emblema del Excelsior—.

—Siempre es mejor tenerlos de tu lado, te lo puedo asegurar.

Una verdad como un templo.

—Entiendo... —hizo una pausa larga. Un silencio irascible—. He oído que ha vuelto Adolfo... ¿Te envía el Viejo Zorro? No me equivoco, ¿no? Él no tiene nada que ver con esto... —se refería al emérito.

—Sí, me envía Adolfo —reconoció, no valía la pena mentir en menudencias. Ella empezaba a comprender que el trato, fuera cierto o no, era su única salida.

—Siempre preocupado por el devenir del reino... el Viejo Zorro... —suspiró hondo—. Cree que lo va a heredar... —soltó una carcajada franca. Anthony la secundó incómodo—. Déjame hasta la noche para pensarlo.

—No me parece que tengas mucho margen para pensarlo.

Ella chistó moviendo la cabeza, como diciendo: así no, lo haremos a mi manera.

—Esta noche... serás mi acompañante en el Racing Lounge... —lo dijo como si fuese una orden de un superior jerárquico—. No quiero acudir sola. Me vendrá de perlas... ¿Qué tal andas de habilidades sociales?

—Tengo la lengua afilada y el paladar fino —sonrió Anthony con cara de circunstancias. No le apetecía mucho pavonearse a su lado en la noche monegasca.

—No lo dudo... Ven de esmoquin... talla 52... si no me equivoco... —Anthony asintió. Ella sonrió satisfecha por su buen ojo en el tallaje—. Quien algo quiere algo le cuesta, Justin Lemark.

*

Guancho conducía por las curvas de la Grande Corniche, una de las famosas rutas que daban acceso —y salida— al Principado, como si estuviera al mando de un Fórmula 1. Silbaba contento una canción que le sonaba a Anthony de siempre.

—Pisa el freno macareno. Me parece que has visto demasiados coches este fin de semana.

—Algo se pega —replicó Guancho con autosuficiencia.

—Seguro —Anthony se arrebujó en su asiento estirando las piernas. Dio un sonoro bostezo—. ¿Qué silbas?

—Los Chichos.

—Los Chichos... —repitió Nolan con una mueca que vislumbraba una sonrisa oblicua.

—Los más grandes entre los grandes —añadió socarrón.

Guancho en esencia. Genio y figura. No se había portado mal del todo. En el fondo, se alegraba de haberlo recuperado para la causa. Era un seguro de vida, mejor tenerlo de su lado.

Le había costado lo suyo convencerle de que lo acompañase a Mónaco. Para ser exactos, millón y medio de euros. Al principio, se había mostrado reticente a seguir como comparsa de Nolan y trabajar para el Centro. Pero, oh, poderoso caballero Don Dinero. En cuanto metió la mano en la bolsa de billetes de quinientos, no hubo discusión alguna. Una sonrisa perenne se instaló en el rostro del merchero, y así, hasta la fecha.

También sudó para encontrarlo. Después de que lo soltaran, por los pelos —justo un día antes de que comenzara el show Cantarejo—, Guancho se volatilizó de la faz de la tierra. Había cambiado de número de móvil sin avisar; Danila era una tumba, estuvo una noche y se fue sin dar explicaciones, le contó esquivas; sus amigos de la legión tampoco sabían nada de él, o no lo contaban; y en el lupanar de carretera de La Coruña tampoco había puesto los pies. Que Nolan supiera, solo le quedaba una alternativa: el Sur.

Decidió bajar a La Línea, una visita rápida, y olisquear, a ver qué encontraba. Sin llamar demasiado la atención, sin familiares ni amigos.

Las cosas se habían calmado, al menos para Nolan. Los demás, por contra, vivían días aciagos, una especie de purgatorio por los pecados cometidos. En el que Anthony Nolan había jugado un papel principal casi sin quererlo. La Policía Aduanera y la Guardia Civil estaban cumpliendo su parte del trato. Con demasiado ahínco. Aparecían en prensa día sí y día también, dando un golpe tras otro a los narcos del Estrecho. La información que había proporcionado Nolan estaba siendo utilizada en una dirección inesperada. El Ministro del Interior había tirado del hilo, fuerte, y no tuvo suficiente con pararles los pies a las mafias foráneas de Marbella, sino que también se cebaba con los clanes autóctonos que controlaban el paso del Estrecho.

Nolan dudaba sobre si los colombianos estarían contentos con la deriva que tomaba el asunto. No en vano, les privaban de mano de obra, detenían a la gente que les cruzaba la mercancía desde Marruecos, y, para ellos, el negocio era lo primero. Ya tendría tiempo de comprobarlo. Si alguien se iba de la lengua... sus días estarían contados. Una operación de cirugía, una nueva identidad y directo al kibutz de Dana.

Nolan hizo una visita rápida a casa de la Juanita. Esperó a que saliera de comprar el pan en el horno y la abordó en el zaguán de su casa encalada. Antoñito, Antoñito, dichosos los ojos que te ven. Qué susto me has dado.

Cómo se te ocurre presentarte así... Era una mujer menuda y recia, con la cara morena surcada por arrugas y un sempiterno moño, vestida de luto desde que murió su marido en la mar hacía ya casi una década. Le cogió la cara con las dos manos, fuerte, con nervio, y lo llenó de besos. Cuánto tiempo, niño, dónde te metes. No le habrá pasado nada a Juanito. Quejido lastimero. Ay, mi Juanito, dónde estará, vino por estos lares y ni siquiera se dignó en venir a darme un beso, ay, a su propia madre, sangre de mi sangre. Así son los hijos que Dios me ha dado, desagradecidos... Se fue a los bares con sus primos y nadie lo ha vuelto a ver. ¿No le habrá pasado nada? Cuídamelo, Antoñito, tú sí que eres un niño formal... con la cabeza sobre los hombros.

La Juanita no sabía nada. No esperaba menos de Guancho.

Así pues, tuvo que tirar de sus primos del barrio. La buena gente, como decía Guancho, con la que habían trabajado en el negocio desde los trece años. Siguió a uno de los de toda la vida, el Maraca, era el que tenía más papeletas para el premio. Un tipo pendenciero, bastante sonado y duro de mollera. Como las maracas de Machín estás, Gonzalito, le decía Don Esteban en la escuela; y se quedó con un mote para toda la vida. Le venía como anillo al dedo. Guanchito y él habían sido uña y carne. Como no.

Nolan se apostó en el coche y se armó de paciencia hasta que el Maraca salió del puticlub tres horas después de entrar, dando tumbos, borracho como una cuba. Se acercó por detrás, sigiloso, en la oscuridad del aparcamiento de tierra. Un error de principiante dejar el coche bajo una farola. Allí se conocía todo el mundo. El Maraca se abalanzó sobre él, como un fantasma salido de las sombras, rápido y certero, y le puso una navaja en el cuello. Olía su fétido aliento, a whisky de garrafón y tabaco, mezclado con perfume barato y otros efluvios corporales. Era un hombrecillo nervudo, cabezón, con mucho pelo y unos ojos de hurón, que lo escrutaron en la negrura de la noche hasta reconocerlo. Todos sabían que la higiene y él no casaban. Anthony contuvo una arcada.

Hombre, el Tony, el jodido Llanito de los cojones. El dandi de Gibraltar. No me des estos sustos... Avisa, hombre, que hay confianza... Cuánta guerra das, maricón. Estuvieron buscándote hasta debajo de las piedras esos rusos de mierda, tuvimos que darles estopa a los más osados. Vinieron chulos, con sus cochazos y sus joyas, y salieron con el rabo entre las piernas. Malo para el negocio... Ya nadie pregunta por vosotros, todo el mundo está muy nervioso con los picoletos y los maderos entrando en la casa de todos. Me cago en la puta, cómo demos con el chivato... le corto el cuello de un tajo.

El Maraca le dio un par de palmadas en la cara y le cogió un moflete con un pequeño pellizco. Anthony respiró aliviado, sin que se le notase. Menos mal que estaban en penumbra.

¿El Guanchito? Ni idea de dónde puede estar... Vino por aquí la semana pasada, estuvimos de farra, una noche entera, terminamos aquí mismo...

Rio de forma estertórea y echó un par de gapos al suelo, aclarándose la garganta antes de continuar.

Estuvo sentado toda la noche en una mesita contando chistes a las señoras de la casa... Decía que estaba enamorado o algo así, de una rumana, también puta, pero que parecía una princesa. Todas lo miraban embobadas... al muy cabrón. Ya sabes cómo es, un cuentista con mucha labia. Y también decía que eras un hijoputa, pero que eras su amigo. Ni idea de dónde puede estar...

Anthony sacó dos billetes de quinientos de la cartera.

Coño, siempre dando la nota, Llanito... dos Bin Laden, hace tiempo que no se ven por aquí... A ver, hombre, no te los guardes... a nadie le amarga un dulce... Vete pitando para Isla Mayor; está con uno de esos primos raros que tiene por parte de padre... uno segundo o tercero, bastante sonado. Quieren abrir una nueva vía por allí o qué se yo. No le digas que te lo he chivado, dile que te lo dijeron las putis.

Serpenteaban por el asfalto, paralelos a la costa, bordeando la frontera norte del principado en dirección a Niza. Cogieron el desvío para la más alta de las tres Corniches, la más alejada del litoral. Las otras dos estarían atestadas de turistas y de coches. Nolan quería poner tierra de por medio cuanto antes.

Irían hasta Niza por carreteras secundarias, por si las moscas, para despistar —siempre había que ponerse en lo peor—, y allí cogerían la autovía y con viento fresco hasta Vielha. Donde los esperaba Adolfo, cómodamente instalado en el Parador.

Guancho conducía con el coche muy revolucionado, decía que le gustaba como rugía y que así se pegaba más al piso.

A su izquierda se extendía la Côte d'Azur en todo su esplendor, con el mediterráneo en calma, iluminado por un sol radiante y una luz brillante. Las vistas, salpicadas de acantilados calizos y pueblecitos con encanto, eran realmente privilegiadas, pero Nolan no les prestaba demasiada atención.

Había dormido poco, una noche movidita en una habitación del Le Méridien. Después del parón inicial, la Duquesa le había sacado hasta el

higadillo.

—Guanchito... Guanchito... Guanchito... ¡Qué frenes coño! —gritó Nolan, subido de adrenalina, cuando adelantaban a un camión en plena curva, rozando el granito del quitamiedos por el carril contrario. La gravilla hizo derrapar el coche. Estiró las piernas, haciendo fuerza, y se cogió del asa de la ventanilla.

—Tranquilo, Llanito, sin nervios... este coche tiene buena tracción — chasqueó la lengua—. Y una suspensión cojonuda. Por no hablar de la inyección, acelera como un cohete. Tenemos un pepino.

Llevaba todo el camino así, hablando como un entendido chusquero.

Habían alquilado un deportivo, un Mazda RX7 del año 1994. Un modelo que se había puesto de moda, como todo lo de los ochenta y noventa. Había que aparentar en Mónaco. Lo retro estaba bien visto. No se podían presentar con un SUV o una berlina alemana al uso. Eso sería una especie de sacrilegio, llamar a la puerta en casa del gafe. Adolfo dijo que esos caprichos se los pagaban ellos. En esta misión el CNI corría con los gastos logísticos y las dietas. No se podían negar, le habían devuelto los tres millones de la cuenta de Suiza. En mano, en dos mochilas con fajos de cincuenta, cien y quinientos. Billetes gastados en su mayoría.

Es una vez en la vida, Tony, cuándo nos veremos en otra..., le rogó Guancho con ojos de corderillo, babeando, en el concesionario de renting. Para una vez que no comemos polvo... Nolan aceptó a regañadientes. No iban mal de dinero, pero el merchero despilfarraba a todo trapo.

La verdad era que el coche se adhería al asfalto, suave, sin vibraciones, quejas ni traqueteos.

—¿Qué sabrás tú? —le espetó Anthony.

—En la legión aprendemos un poco de tó... —sonreía con desparpajo, con ese gracejo gaditano transmitido generación tras generación, y que Anthony no poseía—. Es como la universidad de los pobres...

—Quiero volver de una pieza —Nolan abrió el bote donde guardaba las píldoras de sumatriptan. Le daban unas punzadas de campeonato. Como si tuviera mil demonios dentro de su cabeza danzando y clavándole los agujones de sus colas.

—Estoy pensando en comprarlo, se ajusta a mí como un guante de seda...

—Qué sabrás tú lo que es la seda... —replicó Anthony cortante—. Ya hemos llamado bastante la atención. Por un tiempo, perfil bajo. Lo que hemos hablado.

Guancho gruñó.

—Y esas pastillas... —apuntó con el mentón—. Te he visto tomar unas cuantas...

—Para el dolor de cabeza —contestó Anthony desviando la vista hacia la deslumbrante Riviera francesa.

—Te has quedado tocado —rio como una hiena—. Quién lo iba a decir... La bomba esa te ha dejado para el arrastre... La bomba... o la Dana. No sé cuál de las dos.

—No es asunto tuyo, malasangre —respondió seco—. Uno ya no tiene veinte años.

—Se te ven las canillas. Mírame a mí, como un chaval. Con las dos inglesas... a tope con la Cope...

—Gallina vieja hace buen caldo.

—Hombre... no se puede comparar con lo tuyo, el gran Anthony Nolan, probando las sobras del emérito... ¿Están ricas sus babillas?

—Que te den por el culo, maricón.

—No te pongas así, Llanito... Te noto muy serio. Si estás cabreado no lo pagues conmigo. Algo te ronda la cabeza... te preocupa... —Anthony no respondió—. ¿La echas de menos o qué te pasa?

Nolan sacó un Camel del paquete arrugado que guardaba en su cazadora y le pasó otro a Guancho.

Estaba jodido, de mal humor. Porque la misión había estado a punto irse al traste. Por los pelos. Guancho no era consciente o simplemente se la sudaba. En ese preciso momento podían estar en los calabozos monegascos, que, aunque tuvieran un retrete de oro, no serían de su agrado. Y, también tenía otra preocupación. Personal. Íntima. De índole fisiológica. Tuvo un gatillazo del copón con la falsa duquesa. La primera vez en su longeva y meritoria carrera. Tuvo que pensar en Dana mientras la medio húngara se afanaba para levantar el mástil entre risas y comentarios de no pasa nada cariño, les ocurre a muchos, tú tranquilo que yo me encargo. Después del momento de bajón todo fue sobre ruedas, una sesión maratoniana. De las que se recuerdan. La falsa duquesa estaba en buena forma. Pero, tuvo un momento de pánico importante.

El médico ya le había aconsejado que no mezclase alcohol y drogas con el sumatriptan, podía tener efectos secundarios. Adversos. Y, era justo lo que había hecho. Kriska tenía una buena dosis de nieve de alta pureza colombiana en el doble fondo de su bolso. Toda una caja de sorpresas la querida venida a menos.

—Me pasa que tengo una resaca de órdago y punto —zanjó con cara

pulgosa. Si le contaba a Guancho lo del gatillazo le daría el viaje. Y el año. Secreto de Estado.

—Oído cocina, Llanito, ya me callo —dio un par de caladas, pero su naturaleza bullanguera pudo con él—. No hablas mucho de ella... Es una buena mujer para ti, Tony. Digo, la Dana...

El aludido refunfuñó.

—No funcionó Guanchito, ya te lo he contado. No congeniamos.

—Congeniar... Bonita palabra... Me gusta. ¿Qué significa?

—Como lo tuyo con Danila...

El medio gitano y medio payo rio. Estaba hablador y de buen humor, cosa rara en él. Normalmente era una cosa o la otra, o lo contrario.

—Hombre, Llanito, lo mismo lo mismo... No tengas mala leche. La Dani se volvió a su casa con nuestra bolsa de cincuenta mil euros y si te he visto no me acuerdo.

—De tus cincuenta mil euros —matizó Nolan chupando del cigarro. Abrió la ventanilla y lo tiró a la cuneta—. ¿Cuánto llevas ya gastado?

—Vas a quemar el monte, malaje.

—¿Cuánto te has fundido ya? —repitió Nolan desabrido.

—¿Contando lo de ayer en el casino? —preguntó inocente.

—No habrás sido capaz... —Anthony se giró para observar su rostro. Había sido capaz.

—La mitad —afirmó acariciando la palanca de marchas.

Habían repartido un millón para cada uno, dejando el resto para contingencias.

—¿La mitad de lo que cogiste? —asintió Guancho haciendo un mohín—. Entonces te queda la otra mitad.

—Vas a ser el tipo más rico del cementerio, Anthony Nolan.

—Tienes que parar, Guanchito... —movió la cabeza negando—. Baja el ritmo, hombre —repuso Anthony en tono conciliador—. ¿Cómo cojones te puedes gastar quinientos mil euros en un mes?

—En putas, drogas y borracheras —sentenció orgulloso—. El resto lo he desperdiciado... La Dani me ha dejado el corazón *partío*... Compréndeme, compadre. Si alguien puede hacerlo, ese eres tú.

—Medio millón, Guanchito...

—También he invitado a mis primos...

—¿A cuántos? —preguntó a medio camino entre la preocupación y la ira.

—Al Paco, al Manué, al Pancho, al Agarrao, al Alfon, al Perita, al

Manzanita, al Pirolo, al Moreno, al Luis... a todos.

Nolan apretó la mandíbula.

—¿A todos?

Sabía que Guancho tenía más primos que pelos en la cabeza.

El merchero se encogió de hombros.

—A todos. Son familia, Tony —apuntó condescendiente.

—¿Qué vas a hacer ahora? A este ritmo no llegas a final de año.

—Volver a Isla Mayor, descansar, hacer unos trabajitos y esperar a la siguiente misión, le estoy cogiendo el gustillo a esto de trabajar para los buenos —respondió con naturalidad—. También le voy a echar a mi primo una mano con los civiles... Ya sabes que le falta cerebro al Navajita, el pobre... mucho músculo y poco seso.

—Si lo dices tú... miedo me da el Navajita.

—Imagínate —resopló.

—Y, de paso, cogerás la otra bolsa.

Escondieron el dinero que habían recibido de Adolfo en una finca que tenía un primo en Isla Mayor. Enterrado en un paraje pantanoso a pocos kilómetros del pueblo, la Isla Mínima lo llamaban. Una zona pantanosa de marismas y canales, de difícil acceso entre la provincia de Sevilla y Huelva, cerca del Parque de Doñana y la desembocadura del Guadalquivir.

Allí era donde el Navajita y los otros del clan planeaban abrir una nueva vía de acceso para la entrada de neumáticas desde el Estrecho. Algo más al Norte de lo habitual, pero las últimas redadas les obligaban a agudizar el ingenio. Aunque costase unos pocos galones de combustible, merecía la pena. La ley de la oferta y la demanda. Si el producto comenzaba a escasear, subirían el precio y cubrirían costes. Se trataba de un bien de primera necesidad, por mucho que la sociedad más puritana e hipócrita le diera la espalda, las redadas tendrían que terminar más pronto que tarde.

—¿Algún problema? Me lo merezco tanto como tú. Yo he sido el que se ha chupado unas semanas en la trena...

—Lo dices como si fuera un martirio, Guanchito... Por lo que tengo entendido Cantarejo te ha tratado a cuerpo de rey.

—Me trajeron un loquero y todo...

—No te quejes tanto.

—Tienes suerte, Llanito... naciste con estrella o *estrellao*... —rió su ocurrencia.

—Será eso.

—Un buen tipo, el Lucho. Una pena que lo traten así... No se lo merece... Mira —rebuscó en su móvil, con un ojo en la carretera y otro en su aparato—. Me lo ha mandado uno de la cárcel, un tipo que me pusieron para vigilarme... Un moro de Ceuta, Mohamed, ya te lo presentaré...

Le tendió el móvil a Nolan, que lo cogió con curiosidad.

—Las manos en la carretera.

—Te pareces a mi madre... —rezongó Guancho—, cada vez más.

—A propósito, te manda recuerdos la Juanita... Que vayas a verla, hombre, que madre solo hay una...

—Mira quién fue a hablar... al menos yo vuelvo a casa por Navidad... como el turrón... —Anthony le dio al vídeo, mientras el otro se descuajaringaba vivo—. ¿Qué te parece?

La pantalla mostraba una secuencia de aire rancio, con un Cantarejo muy joven que sudaba por el maquillaje y los focos, de traje marrón, camisa de pico, engominado y raya marcada a la derecha. Nolan le hizo un zoom para asegurarse de que era él, con treinta años menos. Se trataba de un programa de tertulia ochentera. El futuro comisario estaba sentado con otros invitados en torno a una mesa ovalada. De repente, aparecía en pantalla una famosa de la época con micrófono en mano. El público aplaudía enfervorizado. A Nolan le sonaba. Era una actriz que salía en las películas de James Bond, con cara de mala uva, cuerpo de corredora de cien metros lisos y una tez negra como la noche. Comenzó a interpretar un tema con voz profunda y sensual, restregando su trasero sobre un Cantarejo que sonreía bobalicón a la cámara con cara de yo no he roto un plato.

Alguien dentro de la policía tenía un sórdido sentido del humor. Alguien cabreado con el comisario. Seguramente, la fila de candidatos daría la vuelta a la Plaza Mayor.

Si Cantarejo estaba así, tan en la palestra, desahuciado por los suyos, el cabrón de Ulises estaría al borde del infarto, pensó Nolan. Se lo merecía.

—A cada cerdo le llega su San Martín —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—No seas rencoroso, Llanito. En este oficio no es rentable.

—No lo soy, pero nos jodió vivos —replicó desabrido.

—Ostias, menudo careto... qué prenda... —bufó inflando los carrillos—. Has pillado cacho con una princesa y la misión ha sido un éxito. Sonríe, Llanito, sonríe... joder, qué careto tienes, pisha brava.

—Duquesa... —matizó.

—Lo que sea, pero la *jembra* tiene sangre azul, ¿no?

—Un hilillo... Y hemos estado a punto de cagarla...

—Eso es lo que cuenta, una princesa. Verás cuando se lo cuente a mis primos.

—No creo que les interese, mejor ahórrate los detalles. Ya sabes que no podemos hablar de nuestros trabajos. Ni un deslíz, Guanchito. Prométemelo.

—Seré una tumba —hizo un gesto con el índice y el pulgar, cerrando sus labios a modo cremallera—. Dame un piti, anda, camarón, que últimamente nunca te veo contento, con esos ojos de búho... Parece que te maquillas con sombra de noche.

Nolan le tendió un cigarrillo. Él también se encendió otro. Bajó a medias la ventanilla.

—¿De verdad conociste al Brad Cluney? —preguntó Guancho ufano—. ¿Es maricón?

—No seas capullo.

—No lo soy...

—Pues lo pareces. Solo piensas en gilipolleces —añadió. Tras una breve calada añadió—: Le gusta la carne y el pescado.

—No me lo creo, es un machote, hombre, ese tío es una máquina... ¿Has visto su última película? —Anthony negó con la cabeza. Guancho comenzó a hurgarse la nariz. Seguramente se trataba de uno de los pocos actores de cuyo nombre se acordaba el merchero—. Un marine al que hieren en una emboscada en Afganistán y se enfrenta a una panda de moracos, él solo... Hasta rescata a una periodista buenorra que tenía el malo en una cueva —su tono era de admiración devota—. Como Rambo.

—Guanchito... que es una película... —dijo benévolo, suavemente. Cuando quería, le sacaba una sonrisa—. La próxima vez, le pediré un autógrafo dedicado.

—Para el Guanchito...

Sí, había conocido al Brad Cluney, a él y a toda una pléyade de chupópteros recién horneados en el festival de Cannes. Acudieron en sus cochazos y limusinas como moscas a la miel, para mezclarse con la flor y nata de las grandes casas europeas, sacarse fotos y hacerse un poco de publicidad gratuita en el Racing Lounge Party. Ese año, con desfile solidario para apoyar el autismo. Hipocresía pura. Droga dura. Una gatomaquia. Gente tocada por los dioses, podrida de dinero, se dejaba ver y daba un poco de limosna a los pobres. Los poderosos buscaban maniqués, y los maniqués, dinero y fama —

por ese orden—; si tenían sangre real o una fortuna para compartir, mejor que mejor para todos.

No era mal tipo el Brad Cluney, algo blandito y con ramalazo, pero simpático y muy extrovertido. Con un par de copas se comía la noche y el mundo. Para su sorpresa, Kriska y él eran amigos íntimos —se habían conocido en la fiesta de un conocido productor en Miami venido a menos por unos escándalos—.

La megaestrella de Hollywood se acercó a darle un abrazo, en un ambiente distendido, de los pocos que recibió esa noche —parecía marcada a fuego con la flor de lis—. Una pena lo de Malcom... la cantidad de mentiras que se inventan de él... Quién es este chulazo que va contigo Kris, le dijo el nuevo Rambo, oteando a Nolan con ojo clínico, ¿tu guardaespaldas? Te lo compro por esta noche... Le dio a Nolan un apretón de manos de plastilina y le tocó el brazo, apretando, como para comprobar que era de carne y hueso. Es un amigo, un empresario británico, respondió ella, cuídamelo un rato y preséntalo por ahí, luego lo recojo.

Nolan estuvo gran parte de la noche con Brad y sus colegas —estrellas y estrellados—, tomando copas y fumando sin parar. Le decía a todo el mundo que Anthony era su nuevo guardaespaldas; con un leve cabeceo aquiescente lo obviaban y él se mantenía en un discreto segundo plano. Echado en la barra ojeó la vida que burbujeaba a su alrededor. La fiesta de los maniqués. Miradas de cristal, gestos calculados, sonrisas etéreas. Disfrutaba del cálido y envolvente zumbido de otros seres humanos a su alrededor. Lo maravilloso que tenía la gente, era que uno podía fijarse en rostros concretos, ademanes y gestos, estudiarlos atento y encontrar en ellos historias dispares. Muchas personas con muchas vidas, cada cual un pequeño universo separado del resto.

Observaba como Kriska, imponente, ataviada con un vestido de seda negra semitransparente, que dejaba su espalda al aire, pelo suelto y un pequeño colgante con un diamante en forma de corazón, iba de un grupito a otro, derrochando simpatía y encanto. Si uno se fijaba bien —Nolan lo hacía—, a cambio, recibía fríos besos sin apenas rozarse las mejillas. Ella intentó acercarse varias veces a la zona donde se encontraban los príncipes. Sin éxito. Los guardaespaldas, discretos y sobrios, le cortaban el camino con un simple cabeceo. Finalmente, volvió al grupo de la farándula, donde todavía gozaba de ciertas prerrogativas.

Nolan se sentía como una mascota a la que Kriska y Brad mostraban a los invitados. Mientras, ella se cogía de su brazo cada vez más fuerte.

Conforme la noche avanza, las luces se volvieron más tenues y la música más intensa. Las caras rígidas se mostraron desencajadas y las risas forzadas pasaron a sonoras carcajadas. Llegó un momento en que Kriska le tiró de la manga y se lo llevó a un reservado. Pidió una botella de Dom Pérignon y dos copas. Acepto tu oferta, Justin... pero quiero ver el dinero en mi cuenta corriente, ahora. Le dio un número de una cuenta Suiza —como no— y Nolan procedió a traspasarle la cantidad convenida, previa llamada a Adolfo para que desbloquease los fondos que había reservado.

Brindemos, le dijo desinhibida, acercando su lengua a la oreja de Nolan. La información... mañana, ahora vamos a celebrarlo.

A primera hora, Nolan y Guancho, resacosos, cansados y con cara de circunstancias, se plantaron en la oficina de Atenea Holding, en pleno centro de Montecarlo, a la espalda del Casino, con las claves que les había proporcionado para entrar en el despacho y en los ordenadores. Ambos se cuidaron de taparse ante las cámaras de seguridad con gorras deportivas y gafas oscuras.

Nolan descargó el programa que le había preparado Franz Ferdinand y lo avisó con una llamada. Necesitaban media hora. Al poco, apreció en escena una joven pizpireta, muy dispuesta, que se presentó como la secretaria de Kriska. Los miró de arriba a abajo y les comentó que ella la había avisado, y que si querían un poco de café. Los invitó a ponerse cómodos y a quitarse las gorras y las gafas. Ellos hicieron mutis por el forro.

Todo iba sobre ruedas, hasta que llamaron a la Duquesa mientras hacía sus ejercicios matutinos de yoga —el saludo al sol y otros movimientos—, de parte de una tal Vladimir. Al parecer, ella intentó contactar durante la tarde del día anterior con su gabinete sin éxito, dejando recado. Tras hablar con él, solo cinco minutos, Kriska se arrepintió del trato. Llamó a su asistente y la chica los invitó, titubeante, a abandonar el edificio y a retirar sus zarpas de los ordenadores. El teléfono de Nolan no paró de sonar hasta que lo silenció. La Duquesa, seguramente, encolerizada.

Guancho, siempre rápido de reflejos cuando la situación lo requería, cogió a la joven por la fuerza, le dio una pequeña torta con la mano abierta —quizás no era necesario— y le quitó el móvil justo cuando daba la dirección a la policía. La encerró en un aseo, trabando la puerta por fuera rompiendo la manivela.

Minutos después, cuando arrancaban el coche, despojados de sus disfraces, vieron como tres coches oscuros, con los cristales tintados, les pasaban a toda

velocidad y paraban frente al edificio que acababan de abandonar.

—El móvil no te para de vibrar, Llanito... —apuntó Guancho cogiendo el desvío de la autovía—. ¿Ta hace cosquillitas?

—Es la Duquesa, que no le gusta que le den gato por liebre —contestó sin mirar.

—Me parece que no es la primera vez.

—Ni la última, es un alma cándida.

—Como tú —replicó con sorna, risa artera contenida.

—No creo que me guarde rencor —repuso mientras leía sus mensajes—, cuándo se le pase el cabreo, comprenderá que fue lo mejor.

—Ninguna te lo guarda... mamoncete.

—Dice que lo va a contar todo a la prensa.

—Todo, todo...

—No creo que nadie le eche muchas cuentas.

—Lo que te faltaba, que te hicieras famoso por acostarte con la examante real.

—No seas pájaro de mal agüero, Guanchito...

—Se te va a caer a cachos, un día de estos, de tanto mojar.

—Mira quien fue a hablar.

De nuevo vibró el aparato. Nolan miró la pantalla de reojo, esta vez era Adolfo. Le decía en un mensaje en clave que la madriguera estaba limpia y los polluelos a salvo.

Guancho pisó a fondo el acelerador en plena autovía.

Nolan sacó la tarjeta del móvil y arrojó el aparato a la calzada. Por el espejo retrovisor observó cómo un camión pasaba por encima. Partió la tarjeta por la mitad y la tiró también por la ventanilla.

—Misión completada con éxito, Guanchito —espiró aire, más relajado. Las punzadas habían desaparecido. La vida seguía su curso inexorable, y él seguía en la brecha para que no se lo contaran—. Ahora vamos a Vielha, al parador.

—¿Vielha? ¿Qué vamos a hacer allí?

—Adolfo quiere que le informe en persona.

—Manías de viejo, para qué están los móviles, si no es para ahorrar tiempo...

—¿Tienes prisa?

—No, pero no me hace gracia el Adolfo, me mira por encima del

hombro... Y, además, con el que quiere hablar es contigo. Yo esperaré en el coche, como siempre.

—Por algo será.

—Tony, Tony... cabroncete... que uno tiene su orgullo.

—No te pongas serio, hombre, que era una broma.

Guancho rio la ocurrencia moviendo la cabeza.

—Después, podemos darnos un homenaje —propuso Guancho—. Nos lo merecemos.

—¿Otro? —ambos rieron como camaradas quinceañeros—. Tengo que hablar con un amigo... ya te avisaré; pero, tú no te pierdas mucho y ten el móvil operativo. Y no te metas en líos, que eres un malasangre.

—Un amigo... no me hagas reír —musitó Guancho rugoso—. Anthony Nolan no tiene amigos.

*

Anthony Nolan conducía relajado, disfrutaba de la quietud de las tierras manchegas. Campos de vid y cereales, interminables, se extendían a derecha e izquierda de la carretera. Los molinos de Consuegra dominaban la llanura desde su atalaya. Una luz nívea y mate iluminaba el cielo de la mañana, surcado de cumulonimbos que adoptaban extrañas y abigarradas formas en un cielo inmenso, coloreado de un cian casi transparente.

Delgado le había dejado un mensaje escueto. Quería verlo para comentarle un asunto. En persona, nada de móviles. Eso era lo único que sabía de él desde que se separaron en la base de Koulikoro. Anthony había aceptado, intrigado, y el mendigo le había enviado unas coordenadas como punto de encuentro. Enigmático. Unas coordenadas que lo conducían al corazón de La Mancha, en mitad de la nada.

Intuía dónde lo había citado. Había oído cosas, rumores, leyendas urbanas, sobre el Área 51 española.

Apreciaba a Delgado, no era mal tipo. Tenía un puntito de locura, y sus manías, como todo el mundo. Pero, era de fiar, y valiente. Había algo honorable en él, algo de lo que Nolan estaba muy alejado, pero que podía reconocer como una virtud ajena —o, a veces, una debilidad—.

Sentía curiosidad por conocer en qué andaba metido. Si podía echarle una mano lo haría, dentro de sus posibilidades, sin mancharse demasiado.

Adolfo les dio las gracias por el éxito de la misión en Mónaco y le dijo

que se tomaran unas vacaciones, pero que se mantuviera localizable. Nada de desaparecer, Nolan, por si acaso le necesitamos. No salga de la zona Euro. En un radio de alcance de tres horas de avión.

Guancho lo dejó en Atocha antes de continuar su ruta hacia el Sur. Durmió una noche en un hotel de Embajadores, solo, estuvo tentado de llamar a Natalia, pero al final se contuvo. Bastantes cosas tenía ya en la cabeza. Y, a la mañana siguiente, se plantó en la misma agencia de renting donde habían alquilado el Toyota. Ante las quejas del encargado de que tenía que entregar el coche —el malamadre de Guancho había seguido ruta sin pasar por caja—, le adelantó todo un mes de alquiler, y pagó un par de días para disponer de un SUV, uno de marca alemana. Ya ajustaría cuentas con Guancho cuando lo viese.

En Manzanares dejó la A4 y se desvió hasta coger la N430 que lo llevaba hasta Daimiel. Allí tomó una comarcal que lo adentraba en una zona de cultivos de secano, la mayoría en barbecho, castigados ya bajo un sol de justicia de media mañana.

Según las coordenadas, debía virar hacia el sureste, y continuar unos diez kilómetros. Cogió una salida sin señalizar, un camino asfaltado, y se bajó del auto para estirar piernas y fumarse un cigarrillo. Su teléfono dejó de tener cobertura, ni llamadas ni conexión 4G. Fumó un par de caladas oteando el horizonte.

Un coche se acercaba por el camino, en dirección contraria, directo hacia él. Iba a toda velocidad, levantando una densa nube de polvo y gravilla. Se trataba de un todoterreno de la Guardia Civil, comprobó cuando le quedaban unos cuatrocientos metros. Cogió el bote de sumatriptan y se tomó una cápsula. La cabeza le atronaba con fuerza de tanto calor.

El Land Rover Discovery, de blanco y verde, se paró en seco, con el morro pegado al suyo, a un metro escaso. Nolan permaneció tranquilo y sereno, apoyado en el capó, mientras el más joven de la pareja, un tipo con la barba perfectamente recortada y un tupé fijado con laca, le pedía la documentación y los papeles del vehículo con ojos escrutadores. Rezumaba desconfianza. Se los pasó al agente más veterano que había dentro del coche. Rezumaba aún más desconfianza. Este, como si le quemaran, se las devolvió de nuevo al del tupé, que hizo las comprobaciones oportunas a través de un pequeño ordenador.

Al cabo de un par de minutos, el de más edad, se apeó con aire cansado.

—Todo correcto, señor Nolan... —se atusó su tupido bigote. Era un tipo barrigudo, algo bajito, con una voz de muchacho que no le pegaba nada. Una abundante mata de pelo canoso se adivinaba bajo la gorra. Olía a puro y carajillo matutino. Sus ademanes eran chulescos. Galones de teniente. Perro viejo. Picha brava—. ¿Qué hace aquí? ¿Se ha perdido?

—Tengo una cita... con un amigo... —contestó Anthony, terminando su cigarro. Lo aplastó en el asfalto con parsimonia calculada.

—¿Una cita? ¿Con un amigo? —preguntó mirando a su compañero con una media sonrisa. Bufó como si bajarse del coche supusiese un gran esfuerzo físico—. Mira Carlitos, un despistado. Se ha perdido, una cita... mis cojones tienen una cita después del cocido... con el culo de la Flori...

El tipo rio y tosió. El joven lo imitó en lo primero y bajó del coche, cauto.

—Iba a llamar para confirmar —replicó Nolan abriendo las manos, a medio camino entre la disculpa y la sorna—, pero el móvil ha dejado de funcionar, como por arte de magia.

—Aquí no hay nada —dijo el agente más joven, con tono varonil. Acento silvestre. Proyecto de picha brava—. Ya ve... Solo hay campo, moscas y calor.

—Están ustedes... Algo habrá —repuso Anthony con retintín.

El bajito se acercó a escasos centímetros. Sus barrigas rozándose. Lo miró a los ojos en oblicuo.

—Aquí no hay nada —sentenció—. Le acompañaremos a Daimiel y de allí echando leches de vuelta a la autovía o al cuartelillo, según prefiera. No nos gustan los extraños que tienen citas en mitad del campo. Huele mal... mariconeo entre amigos...

Ambos rieron como hienas.

Nolan se llevó la mano al bolsillo de la cazadora de tejido técnico. Los otros dieron un paso atrás. El más joven se envaró y acarició la funda de pistola que llevaba al cinto.

—Me han citado en estas coordenadas —dijo Nolan tendiéndole un papelito arrugado al del bigote—. Es un asunto oficial —mintió—. Ustedes verán, si me acompañan o tengo que dar parte —su tono se endureció y adoptó un aire marcial. Desde que era un niño, había jugado al gato y al ratón con la Benemérita, a veces los había tenido de su bando y otras en el opuesto. Le gustaba darles coba.

—Carlitos, llama para verificarlo —ordenó el del bigotito a regañadientes—. Si nos está tomando el pelo... Se le va a caer al señorito en el calabozo.

—Lo tengo de buena cepa... estuve en Turquía hace poco...

—Mira, Carlitos, un gracioso en mitad de La Mancha... qué suerte la nuestra.

El teniente se encendió un Ducados y se dedicó a dar vueltas alrededor del coche, dando patadas a las piedrecitas mientras jugaba con un llavero de Naranjito. Al cabo de unos minutos hablando por el móvil, Carlitos asintió con cara de circunstancias.

—Luz verde —dijo sucinto.

Nolan cruzó los brazos y miró al guardia civil con una sonrisa ganadora.

—La gente suele venir a tiro hecho... —la voz del teniente se tornó más de trompetilla—. Es una zona restringida... ya sabe... —carraspeó. Un ladrido suave—. Bueno, está en la lista... parece que alguien le espera. Vamos, síganos.

Sin más dilación, Nolan arrancó su vehículo, no sin antes percatarse de que tenía un fino rayón en la pintura metalizada, por todo el lateral. Se acordó de la madre y de los muertos del bigotito, por lo bajo, y siguió al todo terreno por una recta de varios kilómetros en los que aparentemente no había más que tierra sin arar.

Se cruzaron con otra patrulla de la Guardia Civil que sombreaban bajo una encina solitaria, vestigio de otros tiempos. Se saludaron cordialmente, pero no pararon.

Pronto vislumbraron los límites de una finca, vallada y electrificada, con cámaras de seguridad en los postes más altos, cada cien metros. Habían llegado a su destino: la conocida como base de «El Doctor».

Nolan supo de ella por primera vez, por los comentarios huidizos de Ulises sobre un área secreta en Ciudad Real, en la que se monitorizaban comunicaciones de zonas calientes del Mediterráneo y del Norte de África con tecnología de la NSA, y cuyo papel había sido fundamental en la caída de ETA. Al día captaban una media de 4.000 conversaciones, nada menos. También funcionaba como base de adiestramiento para los reclutas del CNI.

Poco más sabía de ella. El hermetismo sobre la zona 51 española, como algunos la llamaban, era total.

Llegaron a lo que debía ser la entrada principal del complejo. Había un puesto de control: un par de garitas hormigonadas, con los ventanucos tintados, y una verja corredera de acero detrás de una barra basculante roja y blanca. El coche de la Guardia Civil se apartó a un lado de la carretera, dejando que

Nolan enfilase el morro hacia la barra. Mantuvo el motor a ralentí.

Dos militares del Ejército de Tierra, musculosos y fornidos en uniforme de camuflaje, boinas y gafas de sol, salieron de una de las casetas para pedirle la documentación. Parecían tipos rudos. Empuñaban con firmeza sendas ametralladoras ligeras Heckler & Koch MG4 de calibre 5,56x45mm. Con tono seco, le pidieron la documentación y Nolan se la tendió comentándoles suave que tenía una cita con Delgado. Ninguno se molestó en contestarle. Uno de ellos volvió al puesto con su DNI y el otro se quedó escrutando la carretera en su plena quietud.

La patrulla de la Guardia Civil seguía apostada, esperando acontecimientos. El gordito del bigote fumaba con los ojos clavados en la nuca de Nolan. Se oía el sonido estridente de las chicharras entre las ramas de unas coscojas, anunciando que se acercaba el estío. Si tenía que volver con el rabo entre las piernas, cabía la posibilidad de que terminase la mañana en el cuartelillo comiendo cocido.

Al poco, el otro militar sacó medio cuerpo de la garita para indicarle a su compañero que estaba todo correcto. Nolan resopló aliviado.

Uno de los soldados procedió a registrar el vehículo con un escáner y el otro lo cacheó a conciencia. Se quedaron con su documentación y su móvil.

Las puertas correderas se abrieron y la barra se levantó al mismo tiempo. Vaya por el camino de la derecha, en un kilómetro encontrará las instalaciones principales, le dijo el soldado. Ahí pregunte por el instructor Delgado.

«Instructor Delgado», caviló Nolan con una sonrisa interior.

Se adentró en la finca en tercera. No había vegetación en la zona de acceso, terreno yermo. Aunque, al fondo, en dirección contraria hacia dónde él enfilaba, se adivinaba una masa boscosa, más pegando a la linde norte.

Se percató de que había varios grupos de antenas desperdigados —de diversas formas y tamaños—, en paralelo, cerca de la carreterilla, junto a casas pequeñas de un blanco encalado y tejas de cerámica, que desde el aire se verían como construcciones agrícolas para guardar aperos. Un kilómetro más adelante pasó junto a dos enormes hangares de hormigón y chapa, que podían cobijar al menos dos Boeing 727 cada uno de ellos. Había también varios jeeps aparcados al lado de la puerta. Eso no había forma de enmascararlo. Sin embargo, en las fotos aéreas que había visto en el navegador, toda la zona se mostraba como terreno de labranza.

Un monolito de piedra colocado a la izquierda del asfalto, presidía la entrada a un complejo de dos grandes edificios bajos, cercado por una valla

con concertinas. Paró junto a la estructura de granito con el motor en marcha. Se encendió una luz rojiza en una lámina de cristal ahumado que había en la parte central del monolito y la puerta se abrió.

Estacionó en un aparcamiento de gravilla camuflado bajo toldos de tela verdosa y recia. Habría unos cincuenta vehículos, calculó a ojímetro, de muy diversa gama y condición.

Una zona ajardinada, con fuentes y una acequia, custodiaba el corazón de la base. Los aspersores funcionaban a pleno rendimiento, generando una cierta sensación de frescor. Un jardinero podaba tranquilamente las ramas de un olivo ornamental. Se respiraba paz y armonía en el entorno.

Cogió el camino que terminaba en una pequeña plazoleta con el suelo empedrado dibujando un mosaico con el escudo patrio. Allí se alzaban dos edificios con apariencia de caseríos manchegos, blancos y encalados, coronados por tejas oscuras y separados por una arboleda de acacias.

En un recodo se topó con una pareja, mediana edad, bien vestidos de paisano con ropa cara, fumaban y cuchicheaban con la misma intensidad, indignados por no sé qué de un permiso de vacaciones que no les había concedido el comandante. Cuando pasó junto a ellos dejaron de hablar y le dedicaron una mirada hosca. Nolan respondió dando una ojeada en arco de medio punto a las piernas bien torneadas de la mujer. Deformación profesional.

En una bifurcación había un letrero de madera que indicaba aulas y residencia de forma alternativa. Un par de mujeres, personal de limpieza cargadas con sus útiles, lo saludaron sin ocultarle su sonrojo. Les devolvió el saludo con una sonrisa taimada y les preguntó dónde podía encontrar al instructor Delgado. Le indicaron que estaría en el aula principal, recibiendo a los nuevos. El personal de limpieza siempre era de fiar.

Un grupo de jóvenes de entre veinte y treinta años, salía en ese momento del edificio que cobijaba el paraninfo de la base. Los había incluso que aparentaba menos edad. Pasaron por su lado, con aspecto desaliñado, luciendo tatuajes, piercings y camisetas de Stars Wars, Dune y otras películas de ciencia ficción. Había más chicos que chicas. Hablaban en susurros y se miraban de soslayo. Ninguno reparó en Nolan más de una fracción de segundo.

Al abrir el enorme portón de madera que daba a un zaguán con las paredes llenas de papeles clavados con chinchetas, que mostraban horarios y anuncios varios, casi se choca con Franz Ferdinand.

—Coño, Anthony Nolan, el jodido Nolan... —musitó con su característica

voz atiplada. No parecía muy sorprendido—. Como será que no me extraña verte... —apuntó enigmático.

Llevaba un atuendo mucho más informal que la primera y última vez que coincidieron en persona, con americana caqui, vaqueros de pitillo y camiseta negra.

—El placer es mutuo, Franz. Te hacía en Madrid.

—Y yo en Mónaco.

Ninguno de los dos hizo ademán alguno de estrecharse las manos.

—Tienes el don de la ubicuidad.

—Como Dios.

—Últimamente, se habla mucho de ti. Me pregunto si será verdad todo lo que dicen... Lo bueno y lo malo...

—En el término medio está la virtud.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin apenas entonación—. Estás un poco lejos de Madrid o de Mónaco...

—Lo mismo te iba a preguntar —respondió Nolan con rapidez. Lo observó con detenimiento—. Hoy no te has echado gomina cuando te has levantado, Franz.

El otro se tocó de modo inconsciente el pelo, ensortijado, como para comprobar que lo que decía Nolan era cierto.

—Es la nueva moda, elegante pero informal... —movió la cabeza con un gesto contenido—. Algún día alguien te quitará esa sonrisilla rutilante de la cara.

—Algún día Franz, algún día... —respondió divertido—. Mientras tanto, no me quites el sol y déjame que disfrute.

—Anda, ven conmigo, que a los militares no les gusta compartir la base con sus primos lejanos del CNI... Aunque, después muchos quieren venirse a jugar de nuestro lado... No nos quieren como nosotros a ellos.

—Un amor no correspondido, la historia de mi vida...

Franz bufó casi enseñando los dientes, sin saber si reír o contestarle.

Dejaron paso a una comitiva encabezada por un general de tres estrellas, seguido de su séquito de oficiales, todos de uniforme de paseo, a los que les contaba algún chascarrillo. Todos rieron de forma estridente cuando lo hizo el general.

A Nolan le sonaba la cara, era un JEMAD, ese que se codeaba con la izquierda y había puesto el grito en el cielo con lo de Venezuela —ya casi nadie hablaba de ello—. Nunca se habían visto en persona. Suponía que, si

supiera quien era él, lo habría detenido en ese mismo instante. Pasaron de largo sin prestarles la menor atención.

Franz se alejó de la puerta y le ofreció un pitillo.

—Estoy reclutando nuevos efectivos para mi división —ya habla como si fuera suya, caviló Anthony. A pesar de los cambios y de la confianza que profesó Cayetana sobre él, seguía ocupando su puesto. Curioso—. Hemos organizado unas olimpiadas para hackers. Unas pruebas preliminares en Madrid... aquí ha llegado la crem de la crem.

—¿Unas olimpiadas? —preguntó Anthony escéptico.

—Les ofrecemos a los malos la oportunidad de pasarse al lado luminoso de la fuerza... Si muestran que valen y ponen interés, se quedan; si no, ya los tenemos fichados... ¿Te suena de algo?

—No hay ni buenos ni malos, un niño como tú ya debería saber eso —Anthony lo soltó entre volutas de humo.

El otro sonrió sin sentirse ofendido. Se dio la vuelta dándole la espalda a Nolan, observando los trabajos de jardinería del operario.

—A Adolfo le entusiasmó la idea. Quiere que los mejores estén dentro de la pomada.

—¿Y lo están? —Nolan dio una calada larga.

—Eso dicen, que estamos los mejores.

Hablaba con esa extraña tonalidad aflautada que nada pegaba con su físico de tiarrón del Norte. A Nolan le seguía pareciendo que alguien le había medido un globo de helio por el culo.

—Y, Cayetana, ¿cómo anda? —preguntó haciendo sangre.

—Jodida, la mujer está jodida, tuvo una crisis aguda... Se ve que no sirve para esto —apuró Franz Ferdinand su cigarro y lo apagó en un cenicero que había en una papelera, al lado de una de las columnas llenas de enredaderas que sostenían el techo de paja del inmenso porche.

—Curioso —suspiró Anthony.

—¿Curioso? ¿Qué te parece curioso?

—Parecías muy unido a ella, muy apegado... Por un momento, incluso pensé que eras una especie de mascota, un perrito faldero.

—No tienes ni idea —de nuevo movió la cabeza y rio entre dientes. Intentaba aparentar indiferencia, pero sus ojos refulgieron con trazas de orgullo—. Me limité a cumplir mi papel, dentro de un plan mayor, del que tú eras una pieza de un engranaje, al igual que yo.

—Seguro —Anthony lo animaba a continuar. Parecía que ese día Franz

Ferdinand tenía la piel muy fina.

—No tienes ni idea —repuso de nuevo, rascándose la barba en la zona del mentón, estirando sus músculos faciales—. Te diré dos cosas, para que vayas atando cabos tú solito, guapito de cara...

Esa expresión le recordó a Delgado.

—Ilumíname.

—En todo momento, sabíamos con quién había hablado Beatriz de la Piedra antes de abandonar el Centro de Mando y dejarte tirado en mitad del desierto —golpe bajo en la boca del estómago, que Anthony encajó con elegancia, sin mover un solo músculo—, alguien la llamó desde un móvil encriptado desde Israel... Pero, mi cometido era informar antes a Aquiles que a Cayetana... Como puedes ver, tanta antena tiene su utilidad... Nos hicimos los suecos, porque formaba parte del plan...

—¿Trabajabas para Adolfo? —dijo sorprendido en un susurro, más una reflexión en voz alta que una pregunta —Franz esbozó media sonrisa, pero no respondió—. Entiendo... Y la segunda...

—Y la segunda, es que colaboramos con los israelitas para *hackear* el sistema de drones británico. Aquí donde me ves, soy una especie de Miguel Ángel dentro del mundillo. Poseo un don para colarme en servidores ajenos, en especial si tienen un nivel de seguridad muy alto... Veo grietas donde otros solo ven cemento, veo luz donde otros ven oscuridad...

—Muy poético. Pero... dime algo que no sepa.

—Yo apreté el botoncito para disparar los cohetes.

Las revelaciones de Franz Ferdinand implicaban un alto grado de colaboración con el Mossad. Si estaba en lo cierto, Adolfo tenía bien ganado su apodo.

—¿Me observabas desde al aire?

—Más o menos... intuía dónde estabais cada uno.

—Me salvaste la vida —dijo Nolan.

—A Delgado sí —atajó—. Lo tuyo fue cuestión de suerte.

Estaba realmente sorprendido.

—Gracias —acertó a decir.

—Te espera dentro... Está terminando una charla para los nuevos reclutas. Creo que te va a proponer algo... peligroso... que está fuera de vuestro alcance. Niégate, y habremos saldado cuentas, y quizás te deba alguna...

—¿Por qué debería hacerlo?

Se acercó a Nolan en un par de zancadas.

—Porque es un buen hombre. Y tú lo sabes.

Nolan observaba la maqueta y los paneles explicativos que recibían a los aspirantes a agentes en el pasillo principal. Mostraban imágenes, planos y fotografías aéreas de la base, en sus distintas épocas. Desde su fundación, allá por los años sesenta, hasta la fecha.

Ahí estaba el famoso Pedro, a secas. El socio fundador. El agente secreto alemán, adiestrado durante el régimen Nazi, alto y delgado, con su sonrisa bonachona y su aire campechano, con un sombrero de paja y zapatos de esparto. Saludaba en la plaza del pueblo a los lugareños, recién adquirida la finca.

En otra foto aparecían juntos el susodicho Pedro y Reinhard Gehlen, cabeza pensante de los servicios de inteligencia de la Alemania Federal (BND), un ex general nazi — reeducado por la CIA hacia el lado luminoso de la fuerza, como diría Franz—. Había tantos recovecos, tantos giros inesperados en el oficio de espías que Nolan no tuvo por menos que sonreír.

La base tenía una historia cuando menos curiosa. Casi inverosímil. Pero, que le venía como anillo al dedo y aportaba una dosis surrealista, rozando el humor negro, como no podía ser de otra forma, al Área 51 española.

El todopoderoso general Gehlen había lucido los galones de mayor general de la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial, y había ocupado el puesto de jefe de contrainteligencia en el terrible Frente Oriental. Su conocimiento de la guerra y, sobre todo, de los servicios secretos soviéticos, le permitió comerciar, después de la caída del III Reich, con la nutrida información que Hitler había reunido sobre los espías comunistas. Fue el que concibió la idea de instalarse en España.

La finca en cuestión fue adquirida en 1959 por un agente alemán que se hizo pasar por un ingeniero agrícola, un doctor en la materia, cuyo alias era Pedro, a secas, que quería mudarse para perfeccionar el cultivo de ciertas especies mediterráneas. El plan de convertir a la finca en la gran oreja del servicio secreto teutón se habría materializado a finales de los sesenta bajo las directrices de Gehlen, con el auspicio y beneplácito de las autoridades franquistas.

Ahí, en una pequeña foto enmarcada, aparecían el Caudillo y algún ministro, de los gallegos, saludando efusivamente a Gehlen y a Pedro, que les sacaban más de una cabeza.

Según se desprendía de los planos, se habían excavado dos niveles

subterráneos que recorrían gran parte de la propiedad, unidos por anchos pasillos. Múltiples salas, quirófano, sala de control de comunicaciones, montacargas para vehículos...

También había fotos del área residencial, con sus habitaciones utilitarias, piscina, bar y comedor.

Nolan se asomó cauto por la ventanita acristalada de la puerta de formica que daba al aula. El instructor Delgado —no le costó pensar en él como el instructor—, impartía una especie de charla de bienvenida a un grupo de jóvenes, un poco mejor vestidos que los adláteres de Franz. Todos eran muy parecidos, ni altos ni bajos, ni feos ni guapos, ni gordos, ni delgados... excepto las chicas, que eran espectaculares.

Lo observó con atención, desde la distancia. Su aspecto era algo diferente. Pulcro, aseado y bien vestido. Transmitía confianza en sus poses y ademanes, y su mirada brillaba límpida. Parecía haber rejuvenecido. Lucía unos chinos de verano, camisa de lino de un blanco immaculado, y zapatos de ante beis, a juego con los pantalones. Y se había cortado el pelo, y rasurado la barba. Sin ojeras y sin la piel amarillenta, diez años menos. Nada que ver con el loco justiciero que cortaba cabelleras en mitad del desierto.

Su voz le llegaba amortiguada. Hablaba con vehemencia sobre lo que significaba servir a la patria y hacer carrera en el CNI. Su orgullo tremolaba la bandera hasta lo más alto. Formarían parte de un cuerpo de élite, les decía, serían los elegidos para defender al país de amenazas externas e internas.

El discurso era vivo, rozando lo efusivo, y le imprimía la dosis de pasión justa para que los alumnos lo escuchasen muy atentos en sus sillas de madera tapizada y asintieran, cada uno a su ritmo.

Después de todo, es un idealista, un iluso, rumió Nolan con frialdad.

A los pocos minutos, el soliloquio propagandístico dio un giro de ciento ochenta grados avanzando hacia sus experiencias y anécdotas personales en misiones encubiertas. Su voz se volvió más aguda, casi un susurro, y su mirada se perdía en un punto indefinido del suelo enmoquetado.

Anthony abrió la puerta sin hacer ruido y se sentó en la última fila. Nadie se percató de su entrada. Todos parecían formar parte del extraño trance por el que pasaba Delgado.

«...Hará unos tres años, estando de permiso, después de lo del rescate del pesquero en Somalia —hizo una pausa y tragó saliva—, acabé en el pasillo de los encurtidos de una gasolinera... Le di un puñetazo a un tipo, casi le rompo

la tráquea... lo cogí por el cuello, le apreté tan fuerte que se meó encima, todo el pantalón, incluso goteaba por el suelo—hizo una pausa melodramática—. Mi prometida por aquel entonces, Nina se llamaba, después de aquello rompimos —risas apagadas—, tuvo que subirse encima de mi espalda para que no lo matara. Os podéis imaginar, todo un espectáculo... Acabé con un expediente abierto y con un tratamiento para controlar mi ansiedad. Sabéis por qué lo hice... porque se coló en el mostrador y no me hizo ni puto caso cuando le dije amablemente que era mi turno —su voz subió varias octavas—. Yo estaba en la élite de los agentes de campo, en la cúspide de la cadena trófica... Era lo mejor de lo mejor, y había sido adiestrado por los mejores; era capaz de desconectar, controlar y manipular todos los instintos humanos básicos en busca de un objetivo, para completar una jodida misión que salvaría la vida de muchos españoles. Pero, los efectos de infligir una violencia extrema continuada contra otros seres humanos, son tanto biológicos como psicológicos. Ese es el precio de ser un agente —sus ojos volvían a tener vida y se posaron sobre Nolan. Hizo una pausa—. Este es el precio que vais a pagar, vais a sacrificar vuestra vida, vuestra cordura y vuestra propia identidad por defender a vuestro país, por convertirlos en espías. Cuando perdáis esas tres cosas, será el momento de dejarlo. No esperéis a que la sensación os corroa por dentro».

*

—Muy buena la charla —comentó Anthony con una pizca de sorna, lo suficiente como para que el instructor alzase una ceja—. Se han emocionado los pipiolos.

Anthony Nolan saboreaba su cerveza, servida en jarra de cerámica helada, con fruición. Tenía delante una tapa de pisto manchego de la que picaba después de cada sorbo. Delgado lo había invitado a comer en el restaurante de la residencia. Se había mostrado comedido cuando se saludaron, un abrazo seco aderezado con una mueca parecida a una sonrisa. Lo achacó a su carácter ciclotímico.

—Solo intento transmitirles lo que sé —Delgado lo miraba desde el otro lado de la mesa de piedra, bajo la sombra de una higuera. Había pedido una botella de vino de la tierra que se sirvió en un vaso ancho de cristal gastado.

Estaban un poco apartados del resto de comensales. Militares o aprendices de espías. Un curioso batiburrillo, cavilaba Nolan.

—Que es mucho... Hasta me ha entrado un hormigueo en el bajo vientre.

—No me jodas.

—No te jodo... guerreros de la patria, honor, lealtad a la bandera; los pelos como escarpas se me han quedado... mira...

Alzó el brazo.

—Carallo con el jodido Nolan, siempre tocando los huevos —se sulfuró—. Ya sé que te la suda la bandera, el escudo y la madre que te parió. Pero hay gente a la que le importan los valores...

—La habrá, digo yo... Estoy rodeado —Nolan aguardó a que sonriera, pero no lo hizo—. No esperaba encontrarte en un ambiente... tan controlado... Me ha sorprendido verte encima de la tarima arengando a la tropa.

—No siempre estoy aquí...

—Ah, ¿no? —preguntó Anthony con ánimo de sacarlo de su hermetismo.

—Trabajo como asesor para La Casa, es un buen puesto... Para mí esto es casi como estar jubilado. De vez en cuando, viajo aquí y allá como enviado especial del Centro, asuntos de relaciones públicas y coordinación. Gilipolleces varias. pero, al menos, nada de trabajo de campo ni de papeleo burocrático. Me hastié de lo primero y creo que nunca podría con lo segundo...

Eso tenía sus implicaciones obvias. Adolfo, el Viejo Zorro.

—¿Trabajas para Adolfo? —inquirió Nolan, incisivo como la punta de un cuchillo. Sacó un cigarrillo Camel, el último antes de la comida, y le ofreció uno a Delgado que lo rechazó negando con la cabeza.

—Sí, esto es un regalo de Adolfo, una especie de reconocimiento por los servicios prestados —cruzó las piernas y movió levemente la punta de su mocasín.

—Migajas.

—De eso vivimos la mayoría, ¿no? De las migajas que nos dejan en el camino.

Nolan siguió su mirada hasta la piscina donde se refrescaban algunos de los ganadores de la Olimpiada junto a su mentor, Franz Ferdinand, luciendo palmito. Dio una calada honda consumiendo un cuarto de cigarrillo.

—¿Desde cuándo trabajas para él? —Delgado pareció no inmutarse. Seguía imbuido de la escena bucólica de la piscina. Una de las chicas coqueteaba con Franz, dando pequeño chapoteo a su alrededor. El rostro de Delgado se endureció—. ¿Desde cuándo? —repitió Nolan.

—Desde siempre —su rostro se relajó conforme se sinceraba—. Adolfo y yo hemos tenido nuestras diferencias, que, dependiendo de las circunstancias

hemos ocultado o... destacado... pero siempre hemos ido de la mano. Fue mi mentor —dio un sorbo a su vaso de vino y se llevó a la boca un trocito de pan mojado en la salsa de tomate del pisto—. Yo empecé en esto por él; él me reclutó y me entrenó al principio de los tiempos. Si a alguien le debo lo mucho o poco que soy, es a Adolfo... Tuvimos un sonado desencuentro justo antes de su caída... Cayetana creía que trabajaba para ella, pero en realidad siempre fui un topo de Adolfo metido en la colmena.

—Muy arriesgado.

—Sí, ese ha sido mi sino —dio un par de golpecitos sobre el mantel de hule de la mesa con el tenedor. Se echó otro vaso de vino—. Mira Nolan, algunos nacemos estrellados y necesitamos ir cogiendo los cabos que nos echen, aunque sea por la borda. Yo nací en un pueblecito de Lugo, mis padres no sabían leer ni escribir, cuando tenía doce años dejé la escuela y a los diecisiete me alisté en las filas de un ejército todavía franquista. Y aquí estoy ahora... instruyendo a las nuevas generaciones, cobrando bien y en vistas de retirarme... de verdad.

—No te juzgo, Delgado. Cada mochuelo sabe cuál es su olivo.

Un camarero, calvo y orondo, entrado en años, ataviado con el uniforme universal —polo blanco, pantalón oscuro—, les sirvió una cazuela con carne de venado en salsa.

—Cazado por mi hijo en los Montes, al acecho, en dupla con un alemán... —anunció con voz bronca y orgullosa—. La Fernanda lo cocina con una salsa especial y secreta —guiñó un ojo—. Espero que le guste, instructor Delgado... está blandito y picante...

—Seguro, Manuel, seguro que sí... Da recuerdos al chico, y que no se meta en líos... Los civiles son duros por aquí... Y un beso a la Fernanda, casto...

Ambos rieron cómplices.

—Usted siempre tan cumplido...

Se retiró con la cabeza gacha y una sonrisa de oreja a oreja.

Nolan apagó el pitillo y apuró su cerveza. Delgado le rellenó un vaso con vino y se lo puso delante.

—Te noto diferente... mendigo Delgado...

—¿Diferente? —respondió sin prestarle toda su atención.

De nuevo siguió su mirada hacia la piscina. La chica de piel canela y tatuajes élficos tenía acorralado a Franz en una de las esquinas.

—Estás... como cambiado —chasqueó la lengua. Ensartó un trozo de carne con una bolita de pimienta. Dio un trago al vino—. Tienes mejor aspecto, ya

no pareces un guerrero... de esos que se les va la pinza en las gasolineras...

Delgado masticó un trozo de ciervo, paciente. Mojó una sopita de pan y la saboreó antes de continuar.

—Sí —asintió—, es verdad, puede que esté cambiando... He conocido a alguien...

—Me alegro por ella.

—¿Ella? —Delgado sonrió con malicia moviendo su caja torácica hacia delante y hacia atrás. Estuvo a punto de atragantarse—. No me jodas, Nolan. Eres el único en La Casa que no lo sabe...

—¿Qué no sabe qué?

—Que me gusta más la carne que el pescado. Es lo que tiene ser externo... No te enteras de los chascarrillos.

Nolan se quedó con el trozo de venado en el aire, durante un segundo.

—Ni falta que hace.

—Salí del armario hace mucho tiempo, con el cambio de siglo, el efecto dos mil y todo eso —dijo con chanza—. ¿Algún problema?

—Ninguno —masticó tranquilo—. Me alegro por ti, ¿quién es el afortunado?

—Ahí lo tienes —señaló con el mentón a Franz Ferdinand, que salía de la piscina, ataviado solo con un bañador turbo, bajo la atenta mirada de la chica.

—¿Lo sabe él?

Delgado soltó una sonora carcajada.

Franz se volvió hacia ellos y los saludó serio mientras se sacaba con una toalla.

—Qué cabroncete estás hecho...

—Va de serie —replicó Anthony.

—Fue él quien me sedujo.

—La leyenda del guerrero, supongo...

—Supongo que algo de eso habrá.

Sus ojos refulgían con un brillo especial, a medio camino entre el orgullo y el enamoramiento.

—No es por aguarle la fiesta, pero le sacas casi treinta años, calculo, por lo bajo.

—Lo que dura, dura, Nolan. A nadie le amarga un dulce, y menos a mi edad, tengo que aprovechar lo que me dé la vida —Delgado apuraba la salsa de su cuenco de cerámica roja con un trozo de pan—. ¿Qué hay de ti?

—¿De mí? —se sorprendió Nolan.

—Sí, te largaste con la chica esa tan mona que fue a buscarte al fin del mundo... La tuerta que nos salvó del desierto... —soltó procaz. Era su turno —. No creo que lo hayas olvidado.

—Estamos de parón —cortó Nolan, seco.

—¿De parón? —preguntó con un mohín histriónico.

—Un descanso.

Delgado movió la cabeza.

—*L'enfant terrible*... Eres un caso perdido, Anthony Nolan... Algún día, alguien te borrará esa estúpida sonrisa de la cara...

—Eso mismo me han dicho hace un rato.

Nolan dio un sorbo a su vaso hasta vaciarlo. Rellenó de nuevo el suyo y el de Delgado.

—¿Quieres postre? —preguntó el otrora mendigo—. Te recomiendo la tarta de queso casera.

—No os lo montáis mal —rio Nolan—... los espías con nómina y los aspirantes a espías con nómina...

—Más se cobra siendo externo.

—Pero no tenemos pensión. Anda, pídemme una tarta y un café.

Delgado levantó la mano y el camarero se acercó solícito. Nolan encendió un cigarro. El del postre.

—Ahora, están en la parte inicial de su entrenamiento. Si te interesa hacer de poli malo... tenemos una baja, Miguelito se ha torcido el pie jugando al pádel...

—¿Poli malo?

—En los interrogatorios, necesitamos un tipo duro, que asuste... Son solo simulacros de realidad...

—No gracias. Creo que no doy el perfil... los llevaría por mal camino.

—Sobre todo a ellas... Dejarte por aquí... sería como dejar a un zorro dentro de un gallinero.

—¿Qué más perrerías les hacéis?

—Poca cosa, una ronda de psicotécnicos aderezada con test de reconocimientos faciales y pruebas de memoria fotográfica... A partir de mañana, sin descanso, fuera móviles e incomunicados del mundo durante dos semanas... Solo una llamada por la noche a la mama para que sepan que están bien. La segunda semana es la más dura, tienen que ir a los pueblos y conseguir información, y después hacer una incursión nocturna en una finca... con perros, guardas y todo... Un verdadero show. Y nosotros puteándoles en

cada prueba... buscando sus puntos débiles... tanto físicos como psicológicos, con añagazas.

—Disfrutas.

—Mucho —su mirada tenía un punto artera—. Los elegidos vuelven a Madrid y después los mandamos a La Coruña donde empieza el adiestramiento de verdad: defensa personal, cambio de apariencia, conducción, fotografía, informática, idiomas, técnicas de persuasión. Para que se percaten de que lo difícil está hecho y lo imposible puede hacerse.

—Suenan bien... Buen eslogan —abrió la boca con un amago de bostezo—. ¿Cuánto se gana?

—Tres mil brutos... —contestó mientras hurgaba en su dentadura con un palillo de dientes—, con complementos...

—Prefiero seguir como estoy —replicó Anthony indolente—. Sin complementos.

—Lo suponía.

Manuel les sirvió los postres y los cafés con ademanes serviciales, recogió la mesa de forma rápida y precisa y volvió a su guarida canturreando a Camilo Sexto.

—¿Para qué me has llamado? —Nolan jugueteaba con la cucharilla cortando la tarta en pequeñas porciones—. No creo que sea para ofrecerme un puesto en la academia de espías.

Delgado se limpió unas gotas de jugo de sandía que le caían de la barbilla con una servilleta de papel y se arrellanó en su sillón. Clavó sus ojos en los de Nolan.

—Estuve en Níger la semana pasada, en Niamey —anunció con expresión seria y voz grave—. Iman te manda saludos, dale recuerdos al jodido Nolan, aunque no se lo merece... Palabras textuales. La chica te sigue teniendo aprecio.

Nolan se quedó quieto como una estatua de sal. Le costó trabajo deglutir el trocito de tarta que se acababa de tomar. De todas las posibles combinaciones y permutas que había imaginado en las quinielas, Niamey no aparecía en ninguna.

—¿Y eso? —acertó a decir—. ¿Cómo terminaste allí?

—Adolfo me pidió que fuera con los jabalíes a tantear el terreno...

—¿Los jabalíes?

Casi sin darse cuenta, sacó la cajita de sumatriptan y se tomó una cápsula bajo la atenta mirada de Delgado.

—Los GAR, los Grupos de Acción Rápida de la Guardia Civil —aclaró—. Duros, resistentes y flexibles, como los jabalíes. Trabajamos con ellos desde los tiempos de ETA. Junto con la Gendarmería francesa van a formar unidades similares en el Sahel, o, por lo menos, van a hacer el paripé de adiestrar a un puñado de hombres con apego a su gobierno y a su país... Después ya veremos qué es lo que hacen... muchos se pasarán al sector privado. Pero, ese es otro problema. Ya tenemos el titular de que Europa colabora con el tercer mundo... y se preocupa por su seguridad.

—Entiendo.

—El caso es que Iman me estaba esperando al bajar del avión y me escoltó al Hotel en coche oficial. Incluso me invitó a cenar en uno de los restaurantes caros de la ciudad... La han ascendido... La jodida también sacó rédito de la mierda de operación... Supo venderse bien.

—Como todos... —musitó Nolan.

—El caso es que me comentó que el cabrón ese, el jefe de los Oryzon, un amigo tuyo... según tengo entendido... El cabrón se ha pasado al bando de los colombianos. Los de Oryzon lo despidieron y el Clan del Golfo lo reclutó casi de seguido, sin darle tiempo a que cogiera un avión.

Nolan dejó de respirar durante unos segundos. Su corazón latía a ritmo de metralleta, a punto del infarto. Tragó un buche de saliva acre que se le formó en la boca.

—Por si no lo sabes, los colombianos y los rusos se han aliado en el Estrecho, han sido las dos únicas mafias que han salido reforzadas de las operaciones de Interior... Algo habrán hecho, bueno o malo... Y el asesino de niños —lo soltó con ira contenida—... ha terminado en Marbella, como jefe de seguridad de un tal Igor. Te suena, ¿verdad?

Nolan sentía que se mareaba y que le faltaba el aire. Vertió vino en su vaso hasta llenarlo y se lo bebió de un trago.

—Por qué coño me cuentas esto.

—Primero, para que sepas cómo está el patio... Los colombianos, según parece, no están muy disgustados... El terreno de juego se les ha quedado inclinado a su favor. Pero, los rusos, es otro cantar... Tienen un mosqueo de la leche, han perdido millones y han rodado cabezas, la de Igor se ha salvado de chiripa... El trato con los colombianos fue su tabla de salvación. Les van a mover la droga por Europa a precio de saldo...

Nolan se agarró a los brazos de su silla, fuerte, para no caerse.

—Gracias por la advertencia.

—De nada, espero que tomes nota. Sobre todo, porque tu nombre saldrá tarde o temprano...

—Lo haré... ¿Y lo segundo? —inquirió preocupado.

Delgado aspiró hondo y emitió un sonoro suspiro.

—Quiero acabar con ese malnacido... Es un jodido asesino de niños... Merece la muerte. Y quiero que me ayudes a conseguirlo.

De nuevo resurgía el cortador de cabelleras loco. Justiciero. Su mirada estaba troquelada por el odio.

Nolan no movió ni un músculo. Le pedía que se metiera en la boca del lobo. De un lobo rabioso, con ganas de morder en la yugular y saciarse de sangre fresca. La suya. Delgado había perdido el Norte.

—Delgado...

—Adolfo no quiere ni oír hablar del tema... Será un asunto extraoficial. Estaremos solos.

—No —negó tajante.

—Piénsatelo antes de darme una respuesta.

—No sabes dónde te metes. Si les haces daño... no se detendrán hasta que estés muerto, y, con suerte, pararán ahí. Te lo digo por experiencia.

—Tú les golpeaste más fuerte... Fuiste más listo.

—No —volvió a negar Nolan alzando la voz—. No quiero tentar a la suerte.

—No sabrán que hemos sido nosotros.

—No.

Siempre terminaban enterándose de todo, las redes de la mafia —y su dinero— se extendían por los rincones más insospechados.

Delgado suspiró hondo.

—Nolan, te cubrí las espaldas en las montañas de Air.

—¿A qué te refieres? —dio una chupada a su cigarro, ni siquiera se había dado cuenta de que había encendido uno.

—No tengo tan claro que ese fanático muriera allí... Vi un cuerpo en la distancia. Sin identificar. Quemado. No le he contado nada a Adolfo...

—El Fantasma murió allí —rezongó Nolan. Aún tenía la cajetilla de cerillas en el bolsillo de su cazadora. Era un asunto que tenía pendiente. Una visita a Londres y al Café Babilonia. Cobrarse una deuda de un millón. Si había sobrevivido—. Sin lugar a dudas.

—Tengo un pálpito... Hay algo que me huele mal. Y tengo buen olfato para la mierda.

Nolan mantuvo su pose de esfinge egipcia, con la nariz arrugada.

—¿Me estás chantajeando para que te ayude a matar a esa rata?

Sin duda alguna, el malnacido de Hans se lo merecía. Una y mil veces. Una muerte dolorosa y lenta. Pero, no iba a ser él quién se la diera. Si podía evitarlo, que fuese otro.

—En absoluto, Nolan. No tengo pruebas y... al fin y al cabo, somos compañeros de armas... Sigo un código del honor muy estricto con respecto a eso...

Del cual tú careces, le faltó decir.

—Delgado, disfruta de lo que tienes, es un consejo de amigo, y déjalo estar. Lo pasado, pasado está.

—¡Y un carallo! —dijo una palmada en la mesa iracundo. Sus ojos refulgían fuego—. Me despierto cada noche con las caras de esos chicos asustados en la oscuridad, llena de sangre, mientras ese cabrón intentaba masacrarlos con su bazuca.

Nolan no sentía esa angustia que reflejaba Delgado retorciéndole el estómago como una cuerda de nudos. Ni por asomo. Estaban hechos de diferente pasta.

—No son épocas de justicieros, Delgado...

—¿De verdad no te corroe la conciencia por dentro? Lo que pasó allí pudo ser una masacre... ¿No tienes ni una pizca de honor?

Un silencio incómodo se instaló entre ambos.

—Delgado... Tu amigo Franz me ha pedido que rechace tu oferta... —era la salida más fácil—. Si ya se lo has contado, imagínate lo que pasaría si de verdad lo hiciéramos... ¿Confías en él tanto como para que te guarde un secreto que puede costar vidas? ¿También lo vas a meter en el ajo? Míralo... —señaló con el mentón al hombretón que tomaba el sol encima de una hamaca a pecho descubierto—. No duraría en la calle ni dos segundos, se lo comerían los perros a las primeras de cambio.

Delgado farfulló por lo bajo, maldiciendo.

—Hay que hacer justicia... Nolan.

—Mira, te diré lo que vamos a hacer —la maquinaria de Nolan, ya repuesta del susto y engrasada, comenzaba a funcionar a toda velocidad para largarse de allí cuanto antes. Encendió el segundo cigarrillo del postre sin darse cuenta—. Tengo una amiga periodista, en la Costa del Sol, con más huevos que tú y que yo juntos...

—¿Una periodista?

—Una de las de verdad —añadió Nolan con seguridad fingida.

—¿Para quién trabaja? —una luz asomaba en su iris.

—Es independiente. Hace reportajes de investigación, de vez en cuando sale por la tele y en la radio, en tertulias. Una enamorada de su trabajo. Le han publicado incluso en el National Geographic y tiene varios premios... —dio dos caladas rápidas. Sonrió cáustico—. Es una tía comprometida con las causas perdidas, creo que tendréis mucho en común... Te pondré en contacto con ella y le contarás tu historia... A ver qué sacáis en claro. Ella es una tumba con sus fuentes. Y después, si eso no funciona, hablamos.

Después, quizás ya hubiera cambiado de opinión. Delgado era ciclotímico por naturaleza.

Tendría que ser persuasivo con Andrea para que hablase con Delgado y marease la perdiz hasta cansarla; la última vez que la vio le tiró un jarrón a la cabeza que esquivó por poco. Debería emplearse a fondo y soltar gaita.

—Ummm... —Delgado meditaba— Eres un cabrón con recursos... Quizás funcione... Quizás no sea mala idea...

—Funcionará. Confía en mí. Le darás su merecido... Y sin baño de sangre de por medio.

Un hormigueo incómodo le corrió por el espinazo. Quizás fuera su maltrecha conciencia o un sexto sentido. Nolan hizo caso omiso y moduló una sonrisa esquinada, de tres cuartos, patentada para momentos en los que había que mentir a un amigo.

EPÍLOGO

Anthony Nolan se rebullía incómodo en el sillón de cuero gastado. Demasiado tiempo en la misma postura, sentado, encorvado sobre una mesa, observando una pantalla de veintiséis pulgadas, dividida en cuatro secciones. Los ojos le escocían, veía chiribitas y apenas lagrimeaban secos como un uadi en el desierto.

Estiró el cuello hacia un lado y hacia otro. Abrió una botellita de agua. Tenía el gaxnate irritado y un intenso dolor de cabeza, zumbante, en parte provocado por el cansancio, en parte por la tensión a la que estaba sometido. Habían sido veinticuatro horas frenéticas, demasiado frenéticas.

Se masajó las sienes, aliviando un poco la presión. Sacó la cajita metálica con el sumapriptán que le habían devuelto en el interior una bolsita con el resto de sus cosas, cinturón, zapatos y móvil incluidos; y tragó una pastilla. Era la segunda en lo que iba de madrugada.

Se levantó hastiado de ver caras. Caras inglesas, paquistaníes, iraquíes, hindúes, españolas, escocesas, francesas, japonesas, holandesas y belgas. Por ejemplo. A buen seguro habría muchas más nacionalidades congregadas en esos escasos cinco kilómetros cuadrados de ciudad. Hastiado de ver a gente caminando estresada hacia el trabajo, de paseantes de perro de piel estirada y ojeriza, de parejas de turistas cogidas de la mano haciéndose fotos en las calles de Notting Hill. De madres en tacones que llevaban a los niños al colegio tirándoles del brazo. De runners, de ciclistas, de personas saliendo de tiendas de ultramarinos con la bolsa de la compra hasta los topes de comida basura. Estaba al borde del colapso, a punto de sobrepasar el umbral del raciocinio y de perder los nervios que templaba sin perder un ápice de su flema británica —por parte de madre—.

Necesitaba estirarse y estirar sus extremidades, activar su circulación, que la sangre fluyera de modo natural por sus arterias y oxigenase sus células. Buscó en su cazadora, apoyada en el respaldo, y encontró el paquete de tabaco, medio vacío, con la caja de cerillas dentro. Café Babilonia. Esbozó una sonrisa interior, amarga, sardónica. Se encendió un pitillo bajo la mirada reprobatoria del agente Best. Con el mentón le indicó un cartel de *no smoke*. Era lo único que adornaba las paredes de la salita, junto a la mesa, las dos sillas, la pantalla y el ordenador portátil conectado a ella. Se encogió de hombros y le tendió el paquete ajado.

Best suavizó el gesto por primera vez desde que se habían conocido, doce horas atrás en el aeropuerto de Heathrow. Imaginaba que estaba igual de harto que él. Pero, ahí seguirían hasta que alguien les dijese que parasen.

—Sin rencor —le dijo Nolan palpándose el vendaje que tenía en la frente.

Best le respondió con un exabrupto y se levantó para abrir la ventana, meneando la cadera de una forma peculiar. Recordaba a un oso perezoso de los dibujos animados de la Warner.

Nolan agradeció el aire fresco y húmedo que entraba por la ventana. Dentro olía a humanidad reconcentrada.

Estaba amaneciendo. Algo de luz se filtraba entre la neblina del cielo londinense. En frente, el Támesis y más allá San Pablo y el inconfundible skyline de la City emergiendo de las sombras grises de la noche. La ciudad despertaba, pero él llevaba veinticuatro horas despierto. Solo el café y el tabaco lo sostenían en pie.

—Es usted un hijo de puta redomado —barbotó Best. Se pasó la mano por la mejilla, empezaba a aparecer una barba recia, de esas que se afeitan dos veces al día—, con suerte, con una flor tan grande como el culo de mi exmujer.

Tenía un leve acento de Manchester.

—Afortunada... su ex mujer, digo —bromeó entre bostezos—. No es la primera vez que me lo dicen.

—Si por mí fuera, le daría estopa en grandes cantidades —gruñó Best frunciendo los labios y arrugando la nariz.

—Menos mal que no es el caso.

—Me ha jodido la final de la EFL Cup. Soy de Manchester.

Nolan lo miró, intentando deducir qué pretendía. Finalmente le rio la gracia con una risita apagada entre dientes.

Se encontraba en las instalaciones del MI5 en Londres, en en Thames House. Dentro de su sobria pero imponente sede ubicada en el distrito de

Millbank, heredera de la tradición neoclásica imperial británica, tan diferente de la popular y estrambótica central del MI6 en Vauxhall Cross.

Llevaba más de cinco horas visionando las cintas de las cámaras de seguridad que grababan los alrededores y las calles adyacentes al Café Babilonia.

El trato había mejorado bastante. De los codazos y empujones del aeropuerto, habían pasado a las disculpas y al té con pastas, pasando por un par de horas en una celda de aislamiento y un bronco interrogatorio a la remanguillé con Best, Gascoine y Lineker, esta última como maestra de ceremonias.

Adolfo había tenido que mediar, palabras amables y decorosas para los británicos, bronca cerrada y barriobajera para él. Amenazante. ¡Ya me explicará que cojones hacía en ese café justo media hora antes de que saltase por los aires! Su voz bajaba sibilina, y subía exaltada en varias octavas como si fuera un trombón mal afinado. ¡Coño, Nolan, nos jugamos nuestra reputación! ¡Ostia puta! Jugando a los espías... por su cuenta. Puto aficionado. Y resulta que el jodido Fantasma de los cojones seguía con vida... Ya le ajustaremos las cuentas cuando vuelva a suelo patrio. Voy a dar la cara, cubriré su coartada, les diré que ese loco yihadista había contactado con usted para comerle la polla si es necesario, pero le va salir caro... No se crea que irá de rositas de esta. Y ni una palabra de sus operaciones con La Casa. Si habla de más, se las apaña como pueda. ¡A las Malvinas de los cojones!

Nunca antes había sentido en sus carnes la ira de Adolfo. Gélida, punzante, acerada. Solía ser un tipo bastante comedido, con sus aires de abuelo bonachón, campechano sería la palabra adecuada. Ahora, transformado en un basilisco que despotricaba a diestro y siniestro.

Iba a salirle caro, de eso no tenía la menor duda. Un millón de euros.

Lo habían cogido en el aeropuerto de Heathrow, justo cuando se disponía a embarcar en el avión que lo llevaría de vuelta a Madrid. Unos minutos más y habría minimizado el impacto en suelo español.

No se resistió, dócil como un corderito. Esperaba ese momento desde la hora del sándwich. Esta vez la suerte le había sido esquiva. Quién juega con fuego siempre corre el riesgo de quemarse y Nolan había estado a punto de abrasarse vivo. Quizás saldría con quemaduras de primer y segundo grado, pero lo que contaba era salir. Ya había sopesado los pros y contras, y, en caso de que lo trincasen, su mejor baza era colaborar con las autoridades.

Best y Gascoine lo abordaron sin miramientos en la cola, acompañados de cuatro policías con chalecos antibalas y armas automáticas. Todo muy efectista. Lo esposaron y lo cogieron por los brazos. Se lo llevaron a trompicones a una de las salidas de emergencia, bajo la mirada asustadiza de los viajeros que se disponían a facturar sus equipajes. Londres estaba en estado de alerta después del atentado bomba en el Café Babilonia. El pánico y la paranoia se había extendido por toda la ciudad. Se enteró mientras tomaba un sándwich frío e insípido de queso y jamón de york en uno de los restaurantes de comida rápida del aeropuerto. Casi se atragantó con el pepinillo cuando reconoció las imágenes de la esquina en llamas, con los bomberos trabajando a destajo entre los restos de los escombros, sacando cuerpos en camillas para meterlos en las ambulancias. Chillidos, gemidos, miembros retorcidos por las aceras. Una escena dantesca. La deflagración había afectado a las personas que transitaban por la calle.

Se había librado por los pelos. Joder, por muy poco. Había estado allí una hora antes de que lo mandaran al infierno. Para cobrar una deuda. La avaricia rompe el saco, decía el refrán.

Le pusieron una capucha y lo metieron en una furgoneta, no sin antes sufrir un empujón, para nada fortuito, que lo estampó contra el borde la puerta metálica abriéndole una brecha en la cabeza. Un preludio de lo que estaba por venir. Ya dentro, intuía que Gascoine y Best, le propinaron sendos codazos, bien dados, secos y certeros, sello de profesionales, que le hicieron doblarse hacia adelante y vomitar parte del sándwich en la tela que le cubría la testa. Repitieron la operación dos curvas más adelante.

Iban a toda velocidad circulando por la ciudad. Habían activado una sirena que probablemente les abría paso. De fondo, oía el ruido característico del tráfico, frenazos, cláxones, y sirenas, muchas sirenas. La furgoneta estacionó en lo que adivinó un parking subterráneo. Lo bajaron a empujones y lo subieron en un ascensor.

Cuando le quitaron la capucha una luz blanquecina lo cegó por completo. Tardó varios segundos hasta que sus pupilas se aclimataron a la claridad.

—Señor Nolan... ¿Puede hablar?

Era una voz femenina, neutra, de esas que aparecen en los navegadores.

—¿Dónde estoy? —preguntó bizqueando, estirando el cuello—. Me llevé las toallas del hotel, creo que esto es excesivo, les compraré unas nuevas.

—Soy la agente Lineker, subjefa de la División de Inteligencia; y estos son los agentes Best y Gascoine —replicó con el rostro impertérrito—. Ya los

conoce.

Nolan la observó de arriba a abajo y le mantuvo la mirada sin pestañear.

—Un placer... —cogió una toallita húmeda del paquete que había encima de la mesa para limpiarse el vómito de la camisa—. Como no, el país que inventó el fútbol... Si necesitan un defensa, de pequeño no se me daba mal —esbozó un amago de sonrisa—. En mi país son más de apodos literarios, de epopeya griega... Ahora que ya están hechas las presentaciones, ¿podrían quitarme estas esposas? Comienzan a cortar la circulación.

Una risita de fondo, del tipo alto y nervudo, Gascoine.

La mujer se acercó y le dio una fuerte bofetada con el dorso de la mano, proyectando su cadera en el golpe. Un golpe bien entrenado y ejecutado a la perfección.

Nolan bufó, escupió sangre y se frotó la piel con el dorso de la mano. Estaba jodido.

La audiencia parecía complacida con el espectáculo. Best y Gascoine se intercambiaron un par de miradas cómplices.

—No se haga el gracioso. No está en posición. Se encuentra bajo la tutela del MI5, al amparo de la ley antiterrorista del gobierno de su Majestad —aclaró con voz helada—. Un varón, joven, súbdito británico y musulmán radicalizado, se ha inmolado en el Café Babilonia. Esta mañana, a eso de las once, justo una hora después de que usted apareciese por allí... No sabemos muy bien a qué. Y es lo que me dispongo a averiguar.

—A tomar un té con galletas, me había invitado un amigo.

La mujer, ahora sí Nolan la tenía bien enfocada, tenía un suave rostro ovalado, pelirroja de bote, algo bajita y ancha de caderas, ojos claros, perfectamente enfundada en un sobrio traje de falda y chaqueta demasiado apretado. Muy pecosa. Y torcía el gesto constantemente.

Se acercó de nuevo a Nolan —se tensó como un alambre para recibir el impacto—, hizo el gesto de darle otra bofetada, pero se contuvo cauta.

—Mire, tiene dos opciones: o colabora o colabora —se acercó a un palmo. Olía bien, a aloe vera, recién duchada. Lo observó con molesta fijeza—. No le queda otra. Teníamos fichado a ese hijo de satanás, estaba colaborando con nosotros. Habíamos llegado a un trato con él, darle protección a cambio de información. Y, de repente, llega usted, y todo salta por los aires. Doce muertos, y diez heridos, dos de ellos en estado grave. Gente inocente, en su mayoría. Yo no creo en las casualidades, Señor Nolan. ¿Y usted?

Nolan tampoco creía en las casualidades, pero no tenía ni pajolera idea de

qué había pasado. ¿Realmente había estado en el lugar equivocado en el momento menos oportuno? Ni por asomo. Eso solo pasaba en las malas películas de espías, las de bajo presupuesto para buenos guionistas y muchos efectos especiales.

Fingió cierto desconcierto, aunque no necesitaba fingirlo del todo.

—Colaboraré —contestó ecuánime, esta vez sin dobleces. No era terreno firme el que pisaba.

—Eso está mucho mejor —no alteró su tono neutro. Como si la respuesta de Nolan fuese una verdad absoluta. Le mostró la pantalla de un ordenador en la que una cámara enfocaba la barra del café—. Ahí entra usted, las 9,30 de una plácida mañana de lunes después de haber pasado la noche en el hotel Europa en el barrio de Kensington. Bahib, nuestro hombre, lo saluda con un afecto manifiesto, embutido en una camiseta de los Who y le tiende la mano, le invita a pasar a la trastienda donde su esposa prepara croissants con mantequilla y bollos rellenos de chocolate a la vez que atiende los llantos de su hija recién nacida. Pasan cinco minutos escasos tras los cuales usted sale con una expresión... ¿satisfecha? Con una sonrisa de oreja a oreja. Una hora después el local salta por los aires. Nuestro software de reconocimiento facial lo clasifica como un expediente de nivel 3, un agente de un país aliado. Se activan todas las alarmas para localizarlo, hasta dar en la puerta de embarque —hizo una pausa para tomar aire, dándole la espalda—. Anthony Nolan, un tipo peligroso y escurridizo. Mitad súbdito británico, gibraltareño, mitad español; joder, menuda mezcla hicieron sus progenitores... Contrabandista, traficante de armas, de personas y estupefacientes. Relacionado con la mafia rusa y el Clan del Golfo. Ahora, agente servicio secreto de su país, un externo... encargado de limpiar mierda —se apoyó en la mesa, firme—. No hace falta que le describa la situación, la nación se encuentra al borde de la paranoia, convulsionada, en estado de alerta; los del IRA deseando de comenzar una guerra en el Ulster, manifestaciones por todo el territorio a favor y en contra del Brexit, y ahora este atentado yihadista. El primer Ministro tiene los nervios destrozados, eso significa que mi jefe también los tiene, y también el jefe de mi jefe. Por ahora, hemos optado por la vía diplomática, han acudido a mí; la otra vía es embarcarlo en un avión a las Malvinas, allí está ubicada una base secreta del SAS, donde se le puede interrogar a gusto, en mitad de la nada, lejos del mundanal ruido, ¿sabe a qué me refiero?

Nolan tragó saliva. Se le hizo una bola en el estómago. Esa gente era eficiente. Había dejado pasar un par de meses para que se calmasen las aguas,

antes de comprobar si el Fantasma Bahib había salido con vida de aquel bombardeo. Y para cobrar su deuda, de un millón de euros.

—¿Puedo coger un cigarrillo? —preguntó haciendo ademán de meter la mano en el bolsillo.

Best le señaló el cartel, dándole un par de golpecitos a la pegatina de *no smoke*. La agente Lineker asintió con la cabeza mientras se sentaba al otro lado de la mesita, cruzando las manos, justo en frente de Nolan.

Gascoine le sacó el paquete de la chaqueta. Nolan cogió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. La mujer le prendió fuego con un encendedor dorado. Marca de anillo, muy leve, en el anular. Recién separada. Deformación profesional.

La mente de Nolan comenzó a calcular con rapidez cuánto de verdad debería contarle. Apenas un leve trazo que dibujase una historia inverosímil pero probable, como la vida misma.

Por si las moscas, ya había esbozado un plan de escape, a carboncillo, por si la situación en la que se encontraba pasaba de ser mera conjetura a convertirse en cruda realidad. Había tenido unos minutos desde la hora del sándwich hasta que lo abordaron en la cola de embarque.

—¿Quiere uno?

Le tiró el paquete de Camel al borde de la mesa. Ella lo rechazó sin tocarlo.

—No, gracias. Eso es para hombres muy hombres. Para españoles toreros.

—Yo soy más banderillero.

—Sigue sin hacerme ni puta gracia —alzó el labio a punto de sonreír.

—Disculpe, agente Lineker, será el cansancio que me tiene abotargado. Colaboraré.

—Subjefa.

—Subjefa —repitió Anthony.

Ella asintió cómplice. Sabía que había ganado la partida. Se medio giró en la silla hacia el pelirrojo.

—Best, traiga un poco de café y unos bollos —dijo con autoridad Lineker—. Creo que el señor Nolan los va a necesitar —insinuó un pelín tosca, aun neutra. De su bolsito de cuero negro sacó una minigrabadora plateada y le dio al *play*. Se encendió una luz roja—. Cuando quiera.

Nolan dio una calada honda.

—¿No esperamos a los bollos?

—No abuse de mi paciencia, se lo aconsejo —por primera vez cambió de registro, su voz se tornó más grave y sus ojos refulgían, brillantes con un destello cercano a la ira. Le dio un par de vueltecitas a la grabadora, como si fuera un molinillo—. Soy una persona muy racional, demasiado. Tengo fama de ello. Mis hombres lo pueden atestiguar —ambos asintieron casi por acto reflejo—. Si percibo que intenta jugar conmigo... a las Malvinas. Si creo que me miente... a las Malvinas. Y, si creo que no le puedo sacar partido, a las putas Malvinas, con un par de costillas astilladas. Gascoine lo hará encantado.

La palabra putas quedaba malsonante en los labios de esa mujer, caviló Nolan, rebulléndose en la silla. Pero, no había duda de que hablaba completamente en serio.

Gascoine rio por lo bajini y crujió los nudillos. Tenía una fisionomía extremadamente delgada para su envergadura. El traje le quedaba demasiado holgado.

La subresponsable de la división de inteligencia lo fulminó con una mirada gélida y punzante.

—Entendido, Mrs. Lineker —la cortó Nolan espirando todo el aire de sus pulmones en forma de reviradas virutas que se quedaron suspendidas sobre la mesa de metal.

—Tiene toda mi atención —volvió a darle al *play* y se arrellanó en su asiento, clavando sus ojos en Nolan.

—Como usted bien apunta, realizo ciertos trabajos para el servicio secreto de mi país... Trabajos sucios, de los que hieden a putrefacción manifiesta... Trabajos de perro de presa. Trabajos de perro de guerra. Y también trabajos de perro faldero. Soy un asalariado como otro cualquiera. Puteado pero bien pagado. No me quejo.

—Abrevie señor Nolan, tengo mucha gente pendiente de usted en este momento— de nuevo, levantó ligeramente el labio superior, esta vez despectiva, y después se apartó el flequillo a media melena que le caía por la frente. Nerviosa.

—No sé si estará al corriente de que mi relación con ese tipo, el Fantasma, Bahib o como cojones se llame... se remonta al pasado, a una operación encubierta a tres bandas entre la CIA, el Mossad y el CNI que no viene al caso, y a un atentado en Bagdad, que tampoco viene. Únicamente le diré que nosotros creamos al monstruo y después intentamos aniquilarlo.

Abrió levemente la boca, pareció que sopesaba su respuesta.

—Sobre eso hablaremos después. Seguro que hay información de interés

que podamos añadir a su expediente desclasificado. Centrémonos en lo urgente, los detalles importantes... ya habrá tiempo de tratarlos.

—Bien... —carraspeó Nolan—. El caso es que en la misión de rescate a los rehenes de las *happy holidays*, como se les llamó en la prensa de su país... ¿Sabe a cuál me refiero?

—Perfectamente. La que sirvió de cortina de humo para que las familias pagasen un jugoso rescate, a partir del cual rastreamos el dinero hasta las cuentas del Estado Islámico en entidades financieras de Kuala Lumpur. Nos apuntamos un buen tanto con nuestros primos del MI6.

Ambos sabían que guardaban las apariencias delante de Gascoine.

«Con la ayuda del Mossad, que mantiene a todo el mundo contento», rumió Nolan. «Reparte el pastel de forma equitativa, así nadie protesta».

—Está al tanto de todo, por lo que veo. Justo antes de que su sistema de drones fuese pirateado... —dejó en sus últimas palabras en el aire para que tomaran consistencia y fuese consciente de que estaba bien informado. Cruzó las piernas, con el cigarrillo colgando de sus dedos, echando la ceniza al suelo. Quería observar su reacción. Ella levantó el mentón con interés renovado y sus pupilas verde azuladas se dilataron—. Le hice una oferta al hijo de puta yihadista que no pudo rechazar...

» Protección y dinero a cambio de información... ¿Le suena? Bien, por la cara que pone, agente Lineker, supongo que sí. No hay nada que funcione mejor que el dinero para doblegar la férrea voluntad de un enviado de Alá ávido de nuevas experiencias terrenales. Se trataba del momento oportuno, un nuevo amor y una hija, una familia en ciernes... una cosa llevó a la otra. Certifiqué la muerte del terrorista, por los pelos. Ya sabe, la mejor forma de desaparecer y que nadie remueva cielo y tierra para encontrarte es hacerse el muerto... —hizo una pausa para terminar su cigarro—.

El caso, es que el tipo nos salió rana desde el primer momento. En vez de un locutorio en el barrio de Lavapiés, en nuestro Madrid, decidió establecerse en Notting Hill, en su querida metrópoli. Reconozco que no hay color, si no fuera por su pegajosa bruma y la lluvia de los cojones, en su lugar quizás hubiese hecho lo mismo. Tenía un primo de un primo de su mujer que quería traspasar el local. Una oportunidad única. O eso nos hizo creer.

Como se trataba de un mirlo blanco, se pusieron pocas pegas, incluso se barajó como una buena opción para evitar imprevistos en suelo patrio, como desgraciadamente ha sido el caso. El viejo Adolfo fue el que dio el visto bueno. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

El problema llegó cuando le pagamos el millón de euros convenido y perdimos el contacto con el bueno de Bahib... Ya vieron qué campechano se volvió nada más pisar suelo británico. Ya no parecía un sanguinario terrorista, sino un humilde tendero. Imagino que su oferta fue más tentadora, o no le dejaron más opciones que trabajar para el MI5.

Mi misión consistía en enterarme de lo que pasaba con el mirlo blanco y recuperar la guita, *the money*, en caso de que el trato no siguiera adelante. Sin represalias, esas eran mis órdenes. *No violence*. Desconozco si mis jefes sospechaban que el MI5 estaba implicado. Supongo que sí. Después de todo, si me envían a mí es porque algo huele mal, como a mierda, *shit*.

Cuando desaparecimos en la trastienda, me explicó rápidamente lo complejo de su situación. Su gente le había apretado bien las tuercas o quizás sus condiciones laborales eran más jugosas. Eso lo tendrá que valorar usted, Lineker. Como a buen seguro habrá comprobado, desde su móvil realizó una transferencia del milloncito que nos debía a una cuenta que mi organización tiene en Trinidad y Tobago... para contingencias e imprevistos. Ya sabe a lo que me refiero.

Si me deja mi teléfono para que llame a Adolfo, seguro que le podrá corroborar letra por letra lo que acabo de contarle.»

—Seguro, seguro, señor Nolan —dijo Lineker condescendiente, se mesaba la barbilla con aire pensativo—. Esa historia no tiene ni pies ni cabeza, se la acaba de inventar. Reconozco que es usted una persona imaginativa y con recursos, como se detalla en su expediente.

—Es la verdad. Créame.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Lo racional sería hacer esa llamada y, si no estoy en lo cierto, me empaca en un avión directo a las putas Malvinas.

Ambos mantuvieron la mirada en un duelo que duró varios segundos. Casi se podía sentir la respiración agitada de Gascoine detrás de él.

—Suponiendo que le crea —hizo una pausa para darle énfasis a sus palabras—. Suponiendo que le crea, ¿cómo explica el atentado posterior a su pequeña charla con Bahib?

Nolan se apoyó en sus codos, levantando las manos esposadas.

—No pensará que estoy detrás de un atentado bomba en pleno Londres... Me subestima si piensa eso... Y, menos que el CNI lo haya orquestado todo, en ese caso diría que los sobrestima —los labios de ella se abrieron enseñando unos dientecitos blancos, con unas paletas separadas—. Yo

tampoco creo en las casualidades, agente Lineker. La única alternativa que considero... es que alguien me siguiera, alguien que supiese de la misión o alguien que estuviese al tanto de mi relación con el Fantasma. ¿Tienen fichado al tipo que se ha inmolado?

Lineker asió su móvil y le mostró a Nolan la foto de un joven de origen árabe, barba rala, melena negra, gafas de pasta, con una camiseta del Chelsea. Su mirada era orgullosa y refulgía imbuida de pasión.

—Es un súbdito británico —aclaró—, nacido en los suburbios de Londres, hace veinte años. Segunda generación de inmigrantes iraquíes. Su historia, la de siempre en estos casos... se radicalizó a través de las redes sociales y acudió a la llamada de la Guerra Santa en Siria. Lo teníamos fichado desde su regreso.

Nolan le devolvió la mirada con cara de circunstancias. Ella lo había dicho todo. Parecía incómoda por el último comentario.

—¿Le suena? —preguntó inquisitiva.

Anthony hizo el paripé de observarla desde diferentes ángulos, frunciendo el ceño, mostrando interés. No había visto a ese pobre crío en su vida. Un terrorista. No tenía pinta, más bien parecía un universitario de segundo año.

La cosa no iba mal encaminada, pensó mientras ampliaba la imagen. Se había marcado un farol tan grande como un piano de cola, pero confiaba en la mente rápida del viejo Adolfo, y, sobre todo, en su avaricia. Un pozo sin fondo, muy difícil de llenar. Bien lo sabía. Había en juego un millón fresco, recién sacado de las redes, en una cuenta de un paraíso fiscal. Adolfo se tragaría toda la mierda hasta que le rebosara por las orejas y, después, intentaría arrebatárselo. Un millón libre de impuestos. Era un mordisco muy apetecible para que el viejo cabrón lo dejase pasar así como así.

—No, lo siento —le devolvió el aparato—. No lo he visto en mi vida. Seguro. Soy bueno para las caras.

Lineker suspiró.

—Está bien, Nolan —parpadeó ella apoyando los codos encima de la mesa, imitando la pose de Nolan. Mostraba empatía. Anthony sonrió levemente—. Voy a darle la oportunidad de demostrar que su historia es cierta. Llame a Adolfo, lo pondré en antecedentes, escuchará la grabación de nuestra charla, y veremos... Gascoine, vaya a por el móvil del señor Nolan.

El otro obedeció como un perrito faldero. Nolan no tuvo por menos que modular una risa interior, pensando que en todos lados había las mismas clases de canes al servicio de un bien mayor.

Al abrir la puerta entró Best con una remesa de café y bollitos.

Después de la llamada y de ser abroncado por Adolfo, estuvo tumbado en un camastro, elucubrando. Incomunicado en una celda sin ventanas, ni adornos, ni mobiliario alguno. Sin recibir información sobre lo que pasaba en el exterior. Intentó dormir un poco, pero las jaquecas iban y venían de una forma cada vez más virulentas, y su mente no dejaba de divagar. Pasó un tiempo indeterminado, Nolan calculó entre dos y tres horas de zozobra. Finalmente, se abrió la puerta.

Por ahora han corroborado su historia, le informó Lineker juntando las mejillas, frunciendo los labios, con las piernas abiertas y los brazos cruzados. Pero, hemos pedido permiso para que nos ayude en la identificación de posibles sospechosos. Puede corroborarlo con su jefe.

Le tendió el móvil.

Adolfo siempre hacía entrar en razón a las personas más obstinadas, caviló Nolan levantándose del camastro con aire indolente. Demasiado blando, muy malo para su espalda. En los últimos meses, un dolor punzante le recorría el nervio ciático en los momentos más inesperados. Te haces mayor, Tony, le susurraba Natalia mientras sus expertas manos de quiromasajista en ciernes le recorrían las vértebras, haciendo presión sobre la L5S1. Las noches en el que Bourbon y las películas antiguas no eran suficiente compañía, acudía a Natalia, ella siempre lo acogía cargada de buenas intenciones, intentando redimirlo.

Esto ha sido... un quid pro quo. Lineker le devolvió a la realidad con su cara de oveja escocesa esquilada a media melena. Su jefe nos ha dado unas pistas sobre el hackeo del sistema de drones, lo que nos lleva a investigar por extraños derroteros, nuevas vías de agua, continuó ella, ampulosa en su discurso.

Por primera vez, la mujer sonrió de forma franca.

Con un gesto de la mano le indicó que lo siguiera. Salió tras las bamboleantes caderas de Lineker, presto, escoltado por Best y Gascoine, que lo miraban con otros ojos, todavía con algunas trazas de recelo.

Recorrieron varios pasillos y bajaron en ascensor una planta. Más pasillos grises y enmoquetados, al estilo británico, con gente que salía y entraba, visiblemente azorada, sin prestarles demasiada atención.

Utilizando la huella de su dedo pulgar, Lineker abrió una puerta que daba a una habitación con una ventana, mesa de formica, un ordenador conectado a

una pantalla de veintiséis pulgadas, dos sillas, café y bollos. Nolan se abstuvo de hacer ningún comentario simpático sobre la dieta rica en azúcares que le había impuesto el MI6 y, sobre el hecho más que evidente, de que no era el único al que le hacía falta una buena ducha.

Ahí lo dejo, nunca se sabe, señor Nolan; pero, si su teoría es cierta, quizás reconozca a alguien.

Empezaron a visionar las grabaciones de las cámaras de seguridad, públicas y privadas —estos hijos de la Gran Bretaña eran condenadamente eficientes— de las calles adyacentes al Café Babilonia; de los días anteriores y minutos posteriores al atentado. Gascoine y Best iban a turnos. Lineker parecía de vez en cuando para ver el pampaneo.

—Voy a echar una meada —anunció Best rascándose la entrepierna. Había cogido confianza después de pasar la mitad de la noche con el bueno de Anthony—. No se escapará, ¿no?

Nolan se dio la vuelta y enarcó una ceja.

—Que aproveche —soltó parco.

—No haga estupideces, Nolan.

—No suelo hacerlas.

—Si está aquí es porque ha cometido una muy grande —se mesó su incipiente papada.

—He dicho que no suelo; no que no las haga —apuró el cigarrillo y lo apagó en la taza de café gastada—. ¿Hasta cuándo vamos a estar encerrados? Esto empieza a oler a pocilga.

Best bostezo, sacó barriga y se atusó el flequillo pelirrojo que caía desde mitad del cráneo.

—Hasta que diga la jefa.

El agente británico salió de la sala, parsimonioso, pegándose un sonoro cuesco antes de cerrar la puerta, dejando a Nolan a mitad de camino de una arcada. Abrió la pequeña ventana para ventilar la estancia. Respiró un poco de aire fresco. Resignado, se encendió otro cigarro y se sirvió un poco de café del termo de las cinco.

Se sentó de nuevo delante de la pantalla y observó con desgana la grabación de una cámara ubicada en el frontal de un banco, que ofrecía una panorámica de toda la calle. Rebobinó hasta el momento en que él pasaba delante, justo a las 9.22 am del día anterior. Se cruzó con una mujer con un carrito, un hombre trajeado lo adelantó por la izquierda, un autobús de dos

plantas se paró justo delante del hombre del traje y este subió con prisas dando un empujón a una viejecita. Él siguió caminando hasta perderse en los límites del gran angular y cruzar la calzada por un paso de peatones justo donde se ubicaba el Café Babilonia. Dejó que pasasen los minutos. Ya se sabía esa escena de memoria. Ahora vendría la corredora en mallas y top —de bonitas piernas y pecho turgente— tirando de un bulldog francés —de torso ancho y cabeza cuadrada—, que se negaba a seguirle el ritmo. Se pararía y haría pis en una papelera. Después pasaría el grupo de escolares y dos bicicletas casi chocarían al intentar esquivar un crío que saltó al carril. Y, dos minutos más adelante, la pareja de la mano que termina besándose al final de la verja del jardín. Una chica con andares pizpiretos y coqueta en sus ademanes. Tirando a bajita, pero bien proporcionada.

El corazón de Nolan comenzó a latir a ritmo de metrallera. Un palpito. Avanzó la escena hasta el momento en que se adivinaba el perfil de la pareja e hizo zoom. Ella con un pañuelo en la cabeza, gabardina y enormes gafas de sol. Él, con cazadora y un gorro de lana que le tapaba media cara.

Hacía calor. Demasiado calor para llevar gabardina, cazadora y gorro de lana.

El tipo era atlético, espaldas y hombros anchos, y cejijunto. Barba muy tupida, como si fuera un lobo de mar. Ella, delgada con los gemelos muy marcados estirados sobre sus botines, tenía los labios finos y un pequeño hoyuelo en el mentón. Lo besaba con fruición, pero miraba por encima del hombro hacia donde se ubicaba el Café Babilonia.

Una mano se posó en su hombro sacándolo de su ensimismamiento. Una mano fría como la piel de un lagarto, con una manicura perfecta en unos dedos cortos y algo regordetes. Olía a agua de rosas.

Ni siquiera se había percatado de su presencia.

—¿Qué ha visto Señor Nolan? Parece que se le haya aparecido un fantasma.

—Nada, será el cansancio —contestó rápido, bostezando—. Estoy agotado Lineker, creo que deberíamos dejar esto... Aquí no hay nada.

Estaba seguro de que era Dana. Y el cejijunto. Parecía un beso muy natural, no forzado.

Si ella estaba implicada... Era demasiado rebuscado, pero si estaba allí en ese preciso momento... ¿El Mossad pasándole información al enemigo? ¿Para acabar a su vez con un enemigo común? Improbable, pero no imposible.

Y, se trataba de ella, de eso estaba seguro. La imagen seguía congelada

justo donde Nolan la había parado. Sintió una punzada de celos al imaginarse la lengua cálida y juguetona de Dana dentro del otro. Le debía la vida, y él siempre pagaba sus deudas.

Era lo que había. El destino baraja las cartas y cada cual las juega con mayor o menor acierto, rumió.

Clicó con el ratón a doble velocidad y ella desapareció unos segundos después, de la mano del otro, mirando al café. Mirándolo a él a través de los ventanales.

Otra mano, la de Lineker, seguía sobre su hombro, repiqueteando. Impaciente, nerviosa. Nolan alzó la vista y observó cómo se mordía el labio indecisa y expectante. Él la obsequió con la mirada de galán de serie B, adornándola con una media sonrisa, enseñando el colmillo.

—Hemos cogido a la célula que operaba con el muchacho. Su tío y un imán radicalizado. Están atrincherados en su piso, amenazan con volar el edificio entero. Las fuerzas especiales están al mando. Podemos darnos un respiro... Anthony.

Su voz había pasado del tono neutro y glacial al melifluo. Lo tuteaba.

—Sería una buena idea, agente Lineker... Una excelente idea.

Nolan le acarició el dorso de la mano.

—Llámame Lizzy.

—Necesito una buena ducha.

—Se la cambio por un masaje de pies, estos tacones me matan —sugirió tontamente. Le guiñó el ojo. Se había despojado de la máscara completamente, sin complejos—. Tenemos un piso franco a un par de manzanas de aquí, totalmente equipado.

—Trato hecho —se levantó cogiéndole la mano con fuerza, con una sonrisa de oreja a oreja.

No sería mala idea estrechar lazos con el servicio secreto británico. Había que tener amigos hasta en el infierno, se dijo mientras echaba una última ojeada a la pantalla, justo en el momento en que se adivinaba la explosión y los efectos de la onda expansiva causada por la detonación de la bomba.

Algún día la vida le pasaría factura por los servicios prestados de un modo cruel y despiadado. El cobrador del Frac, señor Nolan, debe abonar todos los gastos, con recargo por las demoras. Fin de la charada, apaguen las luces, cada mochuelo a su olivo. Pero, ese día aún le quedaba muy lejos.

Eran tiempos extraños, tiempos de lobos que se escurrían entre las sombras del anochecer para proteger a los corderos de otros lobos. Tiempos de

hombres como Anthony Nolan. Parias, buscavidas sin más ley que su propio beneficio. Tipos sin conciencia y sin escrúpulos. Tipos sin valores. De moral abyecta y maleable. Deleznable, pero necesarios en tiempos de incertidumbre.

Toledo, 29 de mayo de 2019

SOBRE EL AUTOR

J.R. Escudero (La Rambla, Córdoba, 1977) es ambientólogo de vocación y comunicador social de profesión. Por motivos de trabajo se desplazó a Toledo donde reside desde hace diez años. Allí no sólo consolidó su trayectoria profesional, sino que también comenzó su incipiente aventura literaria. Desde niño ha sido un apasionado de la literatura y del género de la novela de ficción.

Ha publicado dos novelas de ciencia ficción con el pseudónimo de G.R. Squire: *2042. El Sueño de Eli* (2016) y *La Sombra del escritor* (2017).

El *Juego de Valeria (Ese dulce mal)* (2019), fue su primera incursión en el género de novela negra. Con *Perros de Presa* dio un giro a su narrativa adentrándose en el mundo del **thriller** y el **espionaje**. Actualmente está trabajando en una nueva entrega de la saga.

[Más libros del autor](#)

Mensaje del autor:

Querid@ lector@, te animo a que colabores con la difusión de autores

independientes con una breve reseña sobre la obra que acabas de leer en la web de [Amazon](#). Tu opinión cuenta y es el mejor camino que tenemos para darnos a conocer.

Puedes contactar conmigo a través de mis redes sociales en [Facebook](#) y [Twitter](#).